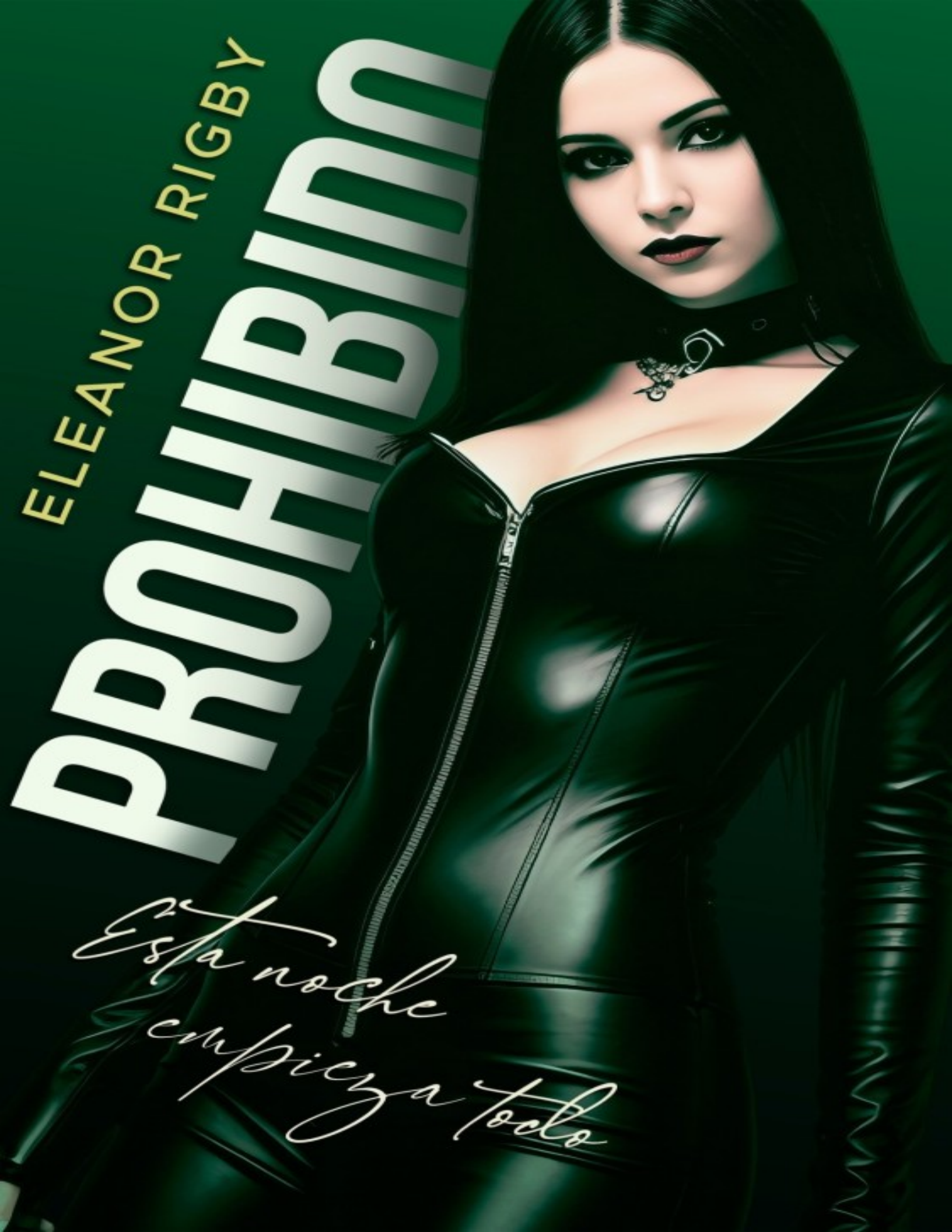
ELEANOR RIGBY

PROHIBIDO



Esta noche empieza todo

PROHIBIDO

Esta noche empieza todo

ELEANOR RIGBY

© 2025, Eleanor Rigby

Título: *PROHIBIDO: Esta noche empieza todo*
Primera edición: diciembre de 2025
Sello: *Independently published*
Diseño de portada: H. Kramer
Maqueta: Elena Salvador

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

¡Escucha la lista de reproducción en Spotify!



Sin prohibiciones no hay erotismo.

GEORGES BATAILLE

Capítulo 1

—Bienvenido un día más, señor.

El guardia de la puerta se retiró con una venia para cederle el paso.

Habría quien pensara que el gesto estaba de más. Que era anacrónico o incluso cómico viniendo de un gorila de dos metros de estatura con una orden de búsqueda y captura en los países del Este. Pero así le era obligado recibir al dueño del garito que, cada noche sin falta, abría sus puertas a los fetichistas de San Francisco.

No había sido necesario que Karim diera sus credenciales. Tampoco que mencionara el apodo por el que era conocido en el barrio de South of Market, SoMo para los que frecuentaban sus clubes de alterne con gozosa frecuencia. Había bastado con que lo viera bajar del Audi Q8 acompañado de una belleza exótica para que el currante reprodujera *ipso facto* el incontestable ritual nocturno.

Desde que tuviera lugar una escena vergonzosa con el antiguo portero, un joven con ganas de aprenderlo todo sobre el oficio a excepción de la jerarquía de los miembros, se había corrido la voz de que ante el conocido como Califa era menester agachar la cabeza y no hacer preguntas absurdas como «¿Tiene usted invitación?», «¿Sabe usted dónde se encuentra?» o, como sucedió el fatídico día del despido del anterior guardián de la puerta, «No me suena su nombre; deje que lo consulte con el propietario».

Karim debía reconocer que había sido divertido asentir con displicencia, retirarse a un lado y esperar con paciencia a que el portero de entonces marcara su número en el teléfono. Ante la mirada divertida de su compañera, Kir Royale, el móvil de Karim había empezado a vibrar en el bolsillo de su pantalón de lana azul marino. Lo había sacado con parsimonia para responder un diplomático «¿Dígame?» al portero.

No lo había despedido porque lo hubiese confundido con un curioso. Lo había despedido porque cabía la posibilidad de que se repitiera el episodio con alguno de sus clientes habituales: un político en plena campaña por la gobernación del estado, un

multimillonario de la industria tecnológica de Silicon Valley o el actor de moda de Hollywood.

Karim no podía permitir que ninguna celebridad le sacara los colores por un desaire fácil de evitar.

Ni a él ni a su socio Marcelo.

El nuevo portero conocía al dedillo el procedimiento. Sujetó la puerta de hierro cromado para que Karim y compañía accedieran al pasillo, decorado sin estridencias —pero con mucho gusto— para que ningún viandante atinara a averiguar qué se cocía en la esquina de Harrison Street. Lo único que se alcanzaba a ver desde el exterior era un corredor iluminado con focos ambarinos y su desembocadura en una barra de ónix negro custodiada por God Mother, una de las mejores especialistas en coctelería de toda la Costa Oeste.

No era hasta que el invitado pronunciaba su sobrenombre elegido para los juegos de rol que la segunda barrera hacia el paraíso se levantaba para ceder el paso al salón principal.

La barman lo saludó de lejos con una sonrisa mientras sacudía la coctelera para un cliente recién llegado. A juzgar por la americana de raya diplomática que le enfundaba los hombros de gimnasio, debía de tratarse de algún político recién salido del congreso.

—Califa —lo llamó. La informalidad de su tono elevado irritó a Karim, al que no le gustaban ni los gritos, ni las faltas de compostura. God Mother se justificó explicando—: Una amiga tuya ha venido a verte. No me ha dado su nombre. Ha pasado al salón de fiestas.

Karim asintió —«Mensaje recibido»— y se despidió con un guiño cómplice antes de empujar una puerta camuflada con el papel de pared. Esperó a que su acompañante femenina cruzara el umbral del acceso vip.

Viendo que se demoraba, buscó su mirada divertida y la encontró con los brazos en jarras.

—Conque una amiga tuya, ¿eh?

—Ya sabes que soy muy popular. Es una de las cosas que te gustan de mí, ¿recuerdas?

—¿Ah, sí? ¿Eso lo he dicho yo alguna vez, o es de esas supuestas virtudes que te conviene que me gusten y pones en mi boca para

salirte con la tuya?

—No me atrevería a poner en tu boca nada que no te guste, cariño.

Kir Royale esbozó una sonrisa lobuna y le prodigó una caricia insinuante al hombro.

—Solo espero que no me dispute tu atención esta noche. Hoy no me apetece compartir.

Aceptó la galantería de Karim adentrándose en los corredores secretos del club.

Entretenido con lo más parecido a un ataque de celos que padecería viniendo de Kir Royale, Karim aprovechó que iba a la zaga de la señorita para echarle un vistazo a la curva de sus caderas. La potenciaba el *little black dress* que había escogido para cumplir con el código de vestimenta de la fiesta: látex, cuero y cadenas. La prenda escotada por delante y por detrás era de látex brillante, las botas de caña alta cerraban el cuero con una cremallera plateada y de la gruesa gargantilla de sumisa que apresaba su cuello pendía una fina cadena que solo por ahora colgaba, insinuante, de su espalda. La larga melena negra, el que Karim consideraba su mejor atributo, cubría la amarra para no hacer el espectáculo demasiado obvio..., si bien todo aquel que conociera las reglas del juego sabría a simple vista que Kir Royale tenía dueño desde hacía unos cuantos meses.

Por desgracia para los demás.

Guiando pasillo a través a una de las mujeres más bellas de la fiesta, si no la que más, mientras sonaba *In Da Club* de 50 Cent en los altavoces, Karim se sentía exactamente como había querido sentirse desde que era un adolescente desgarbado o incluso antes; desde que era un crío que jugaba arrodillado en las aceras arenosas de la ciudad de Fez con un trompo artesanal o un balón remendado.

Sería justo decir, pues, que los sueños que había albergado durante la infancia y pulido en la pubertad habían resultado ser una premonición de su futuro.

Enamorado del lujo que vendían las películas de mafiosos y alentado por ningún otro deseo que convertirse en uno de sus protagonistas, hombres intocables por la peligrosidad y la riqueza

que les hacía superiores al currante promedio, había trabajado día y noche para erigirse como lo que era ahora: el amo y señor del cincuenta por ciento del local que esa madrugada daba cobijo a hombres y mujeres de todos los apetitos sexuales.

Era el Henry Hill de *Uno de los nuestros* cuando se colaba por la puerta trasera y saludaba a los peces gordos de la capital para impresionar a la mujer que llevaba del brazo; era el Michael Corleone de *El padrino* cuando se permitía ahorrarse explicaciones que le dejaran en mal lugar y hasta mentía con descaro a sus acompañantes para no revelar hasta qué punto era poderoso, aunque aún no del todo corrupto; fue el Tony Montana de *El precio del poder* cuando tomó asiento en el sillón presidencial del reservado a su sobrenombre, *Califa*, y esperó a que Kir Royale, conocedora también de los rituales, le encendiera el cigarrillo.

Intercambiaron una sonrisa cargada de promesas eróticas con el primer contacto visual. Los ojos de Karim, el Califa, destellaban el mismo rojizo que el cóctel que le daba nombre. En los de Kir Royale, rasgados y oscuros por su ascendencia japonesa, no había menos fuego.

—Te encanta esto, ¿verdad?

Aprovechó que estaba inclinada sobre él para regalarle una caricia desde la nuca hasta la curvatura de las nalgas, donde dejó la mano con intención.

—Hay otras cosas que me gustan más... —insinuó—, pero ¿para qué negarlo?

Con gusto cayó en la provocación y apoyó una mano en cada reposabrazos para ofrecerle una vista atractiva de sus pechos, pequeños pero no por ello insuficientes. Ambicioso y perfeccionista como era, nunca se había conformado con una sumisa menos que ideal. Y, aun así, aquella en concreto había sido bendecida con más gracias divinas de las que podían convenirle a un carácter soberbio como el suyo. No contenta con ser atractiva, era divertida, misteriosa e insaciable.

—¿Ah, sí? ¿Qué te gusta más que French 75?

La respuesta obvia —«Tú, por supuesto»— no le habría gustado tanto como una sincera.

Suerte que a Kir Royale le reservaba casi siempre la verdad.

—Ya sabes que soñaba con otra clase de local. Uno más... exuberante —contestó después de dar la primera calada de su primer y último pitillo, el que inauguraba la noche. El filtro de menta llenó el espacio acristalado de un agradable aroma a hierbabuena—. Este lugar no se acerca a la idea que yo pinté en mi cabeza. Quería un club privado, sí, y eso está hecho. Pero en mi imaginación se entraba a través de un pub de aspecto lujoso pero sencillo. El pub iba a ser la antesala, ¿entiendes? El anzuelo, si quieres llamarlo así —meditó. Entretanto, atrapó la cadena que colgaba del collar y empezó a jugar a enrollarse la muñeca ella—. Una vez dentro del verdadero club, blindado por una contraseña, se entraría a una pista de gente bailando.

—¿Y dónde estarían las habitaciones de los azotes?

Karim se reclinó en el asiento de cuero, que a esas alturas ya tenía las formas imposibles de su cuerpo, y cerró los ojos para ver los detalles de su proyecto más ambicioso.

—Alrededor de esa pista, como en un patio andalusí. Se podría admirar el interior de las salas BDSM a través de las cristaleras y pedir una participación pulsando un botón rojo. Y los palcos estarían abiertos y un nivel por encima de la pista para poder verlo todo con perspectiva, no como ahora —apostilló. Señaló con un gesto de cabeza el cristal blindado que separaba el palco vip del corazón del club, que por limitaciones de la arquitectura del local se encontraba a la misma altura que el escenario central.

Kir Royale le sonrió con la cabeza ladeada. Alargó una mano hacia su rostro y delineó con el dedo la mandíbula acentuada por el corte de la barba. Karim era más de bigote y perilla, pero ella lo prefería con el estilismo de Can Yaman, un actor turco de moda, y de vez en cuando le apetecía darle el gusto.

También de vez en cuando pasaba olímpicamente de afeitarse.

—Debes de fiarte mucho de mí si compartes conmigo tus planes. Sin hacerme firmar antes un contrato de confidencialidad, quiero decir.

—Nada me despierta más confianza que una mujer sin intereses materiales. No me robarías la idea porque no sabrías qué hacer con

ella.

Para ser una mujer con un elevado concepto de sí misma, Kir Royale estaba muy por encima de toda clase de agravio. Nunca interpretaba como tal ningún comentario que Karim hiciera sobre lo que él podía entender como un defecto, incluso si eran esos «defectos» los que mayoritariamente les impedirían formalizar jamás una relación de pareja. Habían encontrado el equilibrio perfecto en su transacción de afectos y fluidos, como lo llamaban con afán bromista: él admitía que no podía amar a una mujer sin ambición y ella admitía que no le importaba en absoluto.

—Eso es verdad. En según qué ámbitos, prefiero ser el cliente que el propietario. —Arrugó la nariz con un gracioso mohín—. Lo segundo conlleva demasiada responsabilidad para mi gusto. Siendo lo primero te gozas todas las ventajas.

Karim le dio la razón con un cabeceo abstraído.

Por suerte o por desgracia, él siempre tenía hambre de más, *más*, MÁS..., lo que no significaba, por otra parte, que no supiera ponerse cómodo en sus victorias por un tiempo.

Limitado, sí, pero por un rato podía vivir de las rentas.

«¿Por qué lo llamaste French 75?», le había preguntado Kir Royale una vez. «Si lo que querías era respetar la temática de los cócteles, podrías haberlo llamado Califa's».

«No soy tan protagonista como tú crees».

«Es verdad. Lo eres aún más».

Karim se había reído y le había explicado que, en un principio, el nombre no había pretendido hacer tanta referencia al cóctel de ginebra y champán homónimo —cuya existencia desconocía— como al cañón de artillería francés de 75 mm que se estiló durante la Primera Guerra Mundial. Fue al descubrir que French 75 también era el título de una bebida cuando se le ocurrió convertir la coctelería en la pieza central del club. Le pareció un concepto mucho más amable y original que la armamentística, de la que había sido fanático de niño.

Tanto en el aspecto creativo como en los demás, el club no estaba nada mal para tratarse de una primera inversión. En el futuro procuraría que la fachada fuera aún más discreta renunciando a las

dos sirenas que, tendidas de costado con los pechos en exhibición, se miraban de frente con aire retador. Procuraría, también, que hasta los porteros fueran atractivos. Sobre todo, procuraría que desde el primer hasta el último cliente se deshiciera de relojes y móviles antes de poner un pie en el club, una táctica similar a la que ponían en práctica los mejores casinos para que a sus víctimas se les fuera el santo al cielo.

Pero estaba satisfecho con el resto de los aspectos del que gustaba llamar su reino. Al final, había gozado de libertad creativa salvo por las imposiciones a las que su socio Marcelo no había querido renunciar: suelos revestidos de mármol oscuro y ambientadores de cuero y sándalo. Todo lo demás había corrido a cuenta de Karim. Los espejos ahumados, los sofás y cortinas de terciopelo, los biombos con celosías andalusíes, las lámparas de vidrio colorido que proyectaban mosaicos de luz en el suelo y el escenario central, ubicado sobre un escalón circular y bien provisto de todos los utensilios necesarios para hacer las delicias del público con exhibiciones profesionales —como el *shibari* o *pole dance*— y teatrillos que no lo eran tanto pero contribuían al ambiente sexual, como juegos con cera, látigos, fustas y el resto de la parafernalia.

Estaba conforme con French 75 del mismo modo que estaba conforme con Kir Royale, que después de casi un año había conseguido que Karim la nombrara su sumisa oficial. Esto no quería decir que no se divirtiera en otros brazos —o entre otras piernas—; solo que la tenía como prioridad y, de forma esporádica, se animaba a convocarla fuera del club para tomar un aperitivo en algún que otro *lounge* de moda o unas copas de vino en la azotea de un hotel lujoso.

Esto no casaba con el espíritu fundamentalmente sexual de las relaciones entre amo y sumisa, pero la chica se había ganado su interés a fuerza de contonearse delante de él, de frecuentar el club con modelitos que dejaban en paños menores a la inmensa mayoría de la oferta femenina y de follárselo con la energía juvenil que solo tenían las estudiantes universitarias.

La libido de Kir Royale no tenía rival, y eso ya era decir en un entorno en el que se concentraban los mayores fetichistas de la

región. La llamara cuando la llamara y le pidiese lo que le pidiese, ella siempre estaba puesta para la acción.

Y el atractivo la acompañaba.

Karim sentía debilidad por los encantos latinos y Kir Royale tenía un padre o una madre oriental, pero al menos era morena y tanto las calorías como las horas de gimnasio se le notaban exclusivamente en las nalgas.

Sí, era casi lo mejor a lo que un hombre podía aspirar. Y no se creía injusto ni cruel por colgarle la etiqueta de suficiente porque él significaba lo mismo para ella. No era en absoluto su tipo —a la belleza caprichosa le pirraban los blancos, cuanto más caucásicos, mejor—, pero seguía siendo un amante lo bastante habilidoso para conservarlo a largo plazo y priorizarlo sobre otras aventuras...

... de las que de todas maneras no se privaba.

Eso era lo que Karim tenía entendido que era la felicidad en pareja, si es que así podían llamarse. Ambos estaban encantados con el pacto tácito de quedarse el uno al lado del otro mientras algo mejor, ese algo óptimo e ideal, aterrizaba en sus vidas como por arte de magia.

Claro que quizá Kir Royale no creyera que fuese posible mejorar su situación actual.

Karim, en cambio, tenía la certeza ciega de que así era.

Entre otras cosas, porque ya había conocido a la mujer perfecta.

Dando la conversación por concluida, Kir Royale se arrodilló ante Karim. Sin pedir permiso más allá de lanzarle una mirada lujuriosa desde abajo, procedió a desabrocharle el cinturón y hurgar bajo la tira de Calvin Klein. Él se reacomodó en el sillón separando las rodillas y alargó la mano hacia la mesilla auxiliar para servirse un par de dedos del whisky que dejaban en su palco por si acaso le apetecía aparecer.

Y siempre le apetecía aparecer.

Vertió el *single malt* de The Macallan y dio un pequeño sorbo para confirmar que estaba a la temperatura adecuada. Luego desvió la mirada hacia abajo y observó con una media sonrisa que Kir Royale ya había empezado a jugar con su polla. La ordeñaba ejerciendo la

presión ideal con un movimiento de mano vertical y ligeramente horizontal.

Se inclinó sobre el prepucio y se lamió el labio superior antes de besarle el arete de titanio que le atravesaba el glande. Muy pronto sacó la lengua y jugó con el *piercing* sin dejar de masajearlo arriba y abajo, deteniéndose, sobre todo, a estimular la base de la erección.

—¿Por qué no me grabas? —sugirió ella con un ronroneo—. Voy a estar desaparecida una semana por todo eso de los exámenes parciales, y me gustaría que te quedaras un recuerdo mío... No vaya a ser que me olvides de tanto ponerte las botas con mis sustitutas.

Karim se rio en voz baja, divertido con su coqueteo. La complació rescatando el móvil del bolsillo de la chaqueta colgada en el respaldo.

No cabía ni una notificación más en la pantalla de bloqueo, sin duda culpa de su indiferencia hacia las tecnologías y el falso contacto humano que ofrecían, pero había querido la casualidad que una de las últimas noticias destacara por encima de las demás: una cuenta de Instagram que seguía obsesiva y secretamente había subido una publicación.

Notando de pronto los dedos débiles, pulsó la notificación, que le redirigió enseguida al perfil que más visitaba con independencia de si había o no actividad reciente. Lo habitual era que no la hubiese en absoluto, porque, por desgracia para él, el objeto de sus fantasías tenía una opinión sobre las redes sociales muy similar a la suya. Pero esa noche se había dignado a alimentar la locura de Karim y de sus más de quince mil seguidores con un *selfie* en el espejo de un hotelucho. Así se lo chivaban las almohadas apelmazadas, los muebles de melamina barata y un enchufe carcomido por la suciedad que encuadraban a la mujer más bella del planeta Tierra.

Y esa era una opinión objetiva.

La princesa aparecía con la lacia melena oscura sobre los hombros, larga hasta los límites de la espalda, y con el que era uno de sus atuendos favoritos: una camiseta de hombre holgada que sin embargo no lograba disimular el volumen de sus pechos.

El corazón le dio un vuelco. La misma punzada viajó rauda hasta su entrepierna, que por si no hubiera estado lo bastante estimulada

ya, se endureció más aún.

Tendía a taparse el rostro en esa clase de fotos, como si supiera que la combinación de sus curvas y su cara causaría una conmoción. Esa noche, sin embargo, había decidido enloquecer a su público hambriento mostrando la expresión que le era propia: la de los labios ligeramente entreabiertos y la mirada fija en el objetivo.

Karim no era el objetivo. Nunca lo había sido. Pero se sintió apelado por la fotografía como si se la hubiera enviado solo a él.

Y no. La había enviado a todo internet. A los quince mil pajeros que, sin conocerla, sin ser ella *influencer* o modelo, la habían seguido por el simple hecho de que contemplarla era un regalo para la vista.

Ni pie de foto ni canción que la acompañara. Ni efectos en blanco y negro o filtros de Instagram. Ni esfuerzos por que la imagen gozara de la mejor calidad ni poses rebuscadas. Solo ella, los labios pintados de marrón oscuro y los ojos subrayados por la línea que le rasgaba la mirada, las piernas desnudas, los pezones insinuados bajo la tela desvaída por los lavados, el brazo que no sujetaba el móvil escondido a la espalda como lo escondían las niñas que cometían la travesura.

Sabía lo que Kir Royale estaba haciendo porque lo sentía. Un calor húmedo e indescriptible le envolvía la piel más sensible del cuerpo, y la contracción de los músculos de la garganta le apretaba y le liberaba, le apretaba y le liberaba, como si la boca de la sumisa fuera un corazón latiente. Había engullido su polla hasta casi hacerle cosquillas con los labios en el vello púbico; *casi*, porque aún no podía comérsela entera. Y no hacía falta. Esa noche no. Sostuvo el teléfono con una sola mano y agarró con la otra la melena oscura que podría ser perfectamente la de la mujer que le devolvía la mirada desde la pantalla.

¿Cuánto tiempo hacía que no la veía en persona, exceptuando las vacaciones de Navidad? Desde que se largó a estudiar Derecho a Stanford, la universidad de élite que había tenido la suerte de convertirse en su preferida por encima de Harvard y Yale. Desde entonces habían transcurrido tres años. Treinta y seis meses. Más de

mil días sin tenerla delante en carne y hueso a diario, como sí la veía a diario mientras estuvieron en el instituto.

Solo había subido seis fotos a Instagram en ese período. Una de su graduación del instituto con el vestido que su hermano le había prohibido terminantemente ponerse, como si algo se le pudiera prohibir a ella, de forma terminante o no. Otra en una fiesta de fraternidad cogida del brazo de su mejor amiga Nicole; ahí donde su compañera sonreía con todos los dientes, borracha como una cuba, despeinada y con el maquillaje corrido, ella se erguía, impoluta e inaccesible, con apenas una insinuación de sonrisa que se burlaba de quienquiera que la mirase. Otra de las luces del atardecer en la playa de Santa Mónica, en la que apenas se apreciaban sus rodillas morenas sobre la toalla rayada. En la cuarta imagen denunciaba el genocidio palestino; en la quinta, el asesinato de un afroamericano a manos de la policía. En la sexta celebraba su vigésimo cumpleaños sentada con las piernas cruzadas de lado en un parque. Lucía un vestido ceñido con corsé integrado y mangas caídas con el que parecía una princesa de cuento.

La última era la que admiraba ahora.

Los sonidos placenteros de Kir Royale podrían haberle distraído, pero si bien jadeaba sin ninguna discreción y él mismo la acompañaba, acalorado por la mamada, su mirada seguía atravesando a la mujer encerrada en su pantalla.

No sería justo decir que siempre era su cuerpo el que se follaba cuando reservaba una habitación en el club, o que siempre era su boca carnosa la que le besaba los labios o acogía su erección..., pero esa noche sí. Esa noche era ella la que se la chupaba con hambre voraz. Era el calor de su paladar el que mantenía su polla empinada. Era su lengua la que se detenía a hacerle cosquillas en el *piercing*.

Karim había nacido con una imaginación ilimitada, pero cuando *ella* estaba involucrada se le disparaba. Y tanto se le disparó que, mirando la imagen, los pintó a los dos en la cama del motel, ella sentada sobre él con nada más que la camiseta holgada y él agarrándola de la melena para apresurar el movimiento de sus caderas. Ya no era su boca lo que lo catapultaba al orgasmo, sino su coño caliente, los fluidos de su excitación, el simple hecho de que

era ella, su sueño encarnado, la que cedía a sus deseos tórridos y a menudo demasiado sucios para alguien de su nivel. Imaginó que le apoyaba las manos en el pecho, imaginó que las puntas de su melena le acariciaban la piel, imaginó que alcanzaba a besar su boca prohibida e imaginó que ella le sonreía con calidez y le decía que llevaba fantaseando con estar así con él desde hacía años, desde que sabía lo que era hacer el amor. Imaginó que le decía que lo quería. A él y no a otro admirador. A él y a ningún otro hombre sobre la Tierra, porque sus competidores eran lógicamente todos los hombres sobre la Tierra, incluso los que no podrían verla porque seguirían pudiendo olerla, incluso los que no podrían escucharla porque seguirían pudiendo tocarla.

Lo imaginó con tanto detalle que fue como si se lo susurrara al oído.

«Te quiero, Karim. Te quiero solo a ti».

El clímax le lanzó una descarga eléctrica desde los dedos de los pies hasta la nuca empapada de sudor. Se corrió con un gemido gutural, tirándole del pelo a la sumisa para mantenerla inmóvil con su miembro en la boca.

Tenía que descargarse en las entrañas de su mujer de fantasía, en ese foco de calor que era su sexo incluso en su imaginación, y así lo hizo: se corrió durante lo que parecieron años en la boca de Kir Royale, que no pudo ni sorprenderse, ocupada tragando e intentando respirar, hasta que él soltó el último suspiro.

Dedicaron casi un minuto de reloj a calmar las respiraciones y adecentarse.

—Me alegro de que lo hayas grabado —atinó a decir ella entre resuellos. Se peinaba la melena desordenada con los dedos—. Parece que hoy has gozado como nunca.

Con visible turbación, Karim bloqueó la pantalla y depositó el móvil sobre la mesilla.

No tardaría en sumirse en un silencio hosco.

Lo malo de la fantasía era que más pronto que tarde tocaba abrir los ojos a la realidad. Y la realidad era que ella nunca sería suya. Era terreno vedado se mirase por donde se mirase: porque para llegar hasta ella tendría que renunciar a la vida que llevaba, traicionar a su

hermano Marcelo, porque era prácticamente hermano de los dos, y algo que se le antojaba aún más complicado: tendría que conseguir que ella le correspondiese, y eso era imposible incluso si lograba enamorarla.

Porque por enamorada que estuviera de él, nunca lo estaría ni la mitad de la mitad, ni un tercio de la mitad, ni un cuarto de la mitad de lo que él lo estaba de ella.

Y, ante todo, el llamado Califa era un hombre orgulloso.

No por nada respondía al nombre de los príncipes sarracenos que sucedieron a Mahoma.

A fin de evitar que Kir Royale se preocupara, le dirigió una escueta sonrisa y se inclinó para limpiarle la boca con el pañuelo de tela que siempre llevaba consigo.

Ella se lo agradeció con una expresión libidinosa. Luego se levantó del sillón y la invitó a ocupar su puesto con un gesto elegante.

—¿Quieres algo de beber?

—Creo que ya he bebido suficiente.

—¿Algo frío, entonces? —se mofó él.

—No te diré que no.

Podría preguntarle de qué eran esos exámenes que la esperaban a la vuelta de la esquina, porque lo cierto era que no tenía la menor idea de qué estudiaba y dónde lo hacía. Podría preguntarle qué tal le había ido el día, o, ya puestos, cuál era su nombre de pila. El cuerpo le pedía que tuviera gestos de humanidad semejantes cuando le traicionaba la conciencia imponiendo a la mujer de sus amores en un escenario privado. No era justo para Kir Royale porque, para empezar, no era justo para él. No era justo tampoco para *ella*, que de seguro se horrorizaría con sus anhelos. Pero el pacto entre las sumisas y Califa funcionaba gracias a una máxima: nada de detalles personales.

Karim se dirigió al minibar del que disponía su palco, ubicado justo debajo de la cristalera que concedía unas vistas reducidas —pero, de nuevo, suficientes— a la concurrencia.

Aunque la temática de la noche no era especialmente atractiva en comparación con otras ideas que se le ocurrían a su socio, el salón

estaba abarrotado. Apenas distinguía melenas sueltas, trenzas como látigos, hombros desnudos y brazos apuntando al cielo entre el gentío.

Karim se perdió admirando lo que había logrado de la mano de Marcelo: levantar en el corazón de San Francisco un templo dedicado al pecado que acogiera a los incomprendidos, a los juzgados, a los temerosos de sus propios deseos.

Más que Sodoma y Gomorra, aquello era un confesionario.

Mientras preparaba el cóctel preferido de Kir Royale —el que le daba nombre—, observó, desesperado por una distracción, las caras de conocidos y no tan conocidos. La mayoría eran clientes frecuentes. Tenía en una mano la botella de champán y en la otra la *crème* de cassis cuando el DJ conectó el final de la canción con un tema de reguetón.

La elección le extrañó. Allí sobre todo combinaban la electrónica con el jazz y, de vez en cuando, el pop de moda con cadencias eróticas. Solo ponían reguetón si Marcelo se había levantado caprichoso, porque no es que Karim lo encontrara odioso —que también— sino que lo vinculaba a una persona en concreto.

Una que no escuchaba otra cosa.

El pulso se le disparó al reconocer la voz aguda de uno de los componentes de Plan B. Olvidó que estaba vertiendo el champán porque olvidó también cómo se preparaba un Kir Royale. Su mirada se precipitó a buscar ávidamente a la responsable de que estuviera sonando el legendario dúo de Puerto Rico, porque solo ella podría haber convencido al DJ de cumplir su voluntad y solo ella podría haber importunado a una fiesta entera para bailar lo que le viniera en gana.

Y allí estaba. En el centro de la pista, sin importarle no haber cumplido ni por casualidad el código de vestimenta, una mujer morena de no más de metro sesenta se acariciaba el torso y las caderas al ritmo de la canción.

De lejos la vi
Bailando yo la vi

Como no podía ser de otra manera, la mayoría de los hombres y buena parte de las mujeres habían ralentizado sus movimientos para admirar a la infiltrada como lo que era. Una fantasía.

O, mejor aún, *una novedad.*

Fue como si la mente de Karim hubiera adquirido de pronto el don de manipular a los invitados, pues poco a poco fueron haciendo lo que él quería que hicieran: retirarse lo suficiente de la trayectoria de su mirada para poder mirarla de la cabeza a los pies, de los pies a la cabeza. Lo suficiente para que ella, con sus ojos de lince o de gata o de los dos, lo localizara paralizado tras la cristalera del palco y tuviera la desfachatez de saludarlo con un movimiento de deditos y un amago de sonrisa.

Siempre el amago y nunca la conclusión.

Y cuando llegué yo, ella me vio
Con una mirada me insinuó
Que estaba mala, bien mala

Karim soltó las botellas con estrépito sobre la barra. Había empezado a dolerle la mandíbula tratando de contener la rabia y el anhelo. No sabía qué pesaba más, pero sabía que tenía que hacer algo al respecto.

Iba a darse la vuelta con los puños crispados cuando Kir Royale, que tonta no era, se detuvo a su lado de brazos cruzados.

Una sonrisa sabedora le curvaba los labios.

—Así que esa es Paula.

Solo la sorpresa podría haber detenido a Karim en esas circunstancias.

—¿Qué?

—Paula. Paula León. La que buscas en Instagram todos los días.

Karim arrugó el ceño, no tan indignado como simplemente asombrado.

—¿Me has mirado el móvil?

Kir Royale le lanzó una mirada socarrona.

—No te piques, Califa. —Le acarició la barbilla con condescendencia—. No es como si hubiera averiguado tu nombre, y,

además, cosas más íntimas hemos hecho que registrarnos el uno al otro las redes sociales, ¿no?

En otra ocasión, Karim la habría escarmentado por violar su privacidad, pero es que tenía razón. Era *esa* Paula. Volvió a confirmarlo, atónito, echando un vistazo por encima del hombro y comprobando que seguía allí, en carne y hueso, contoneando unas caderas creadas para fines perversos y para recibir alabanzas, ofrendas, oraciones.

Sintió que toda la sangre se le iba a los pies y luego le estallaba en el rostro al ver que un cliente se había acercado a ella para acompañarla en su baile, y que no contento con respirar su mismo aire, le plantaba las manos en la cintura para guiar sus movimientos.

Mala, se cree mala
Yo le voy a quitar las ganas

Por supuesto que se las iba a quitar.

Karim se dirigió a toda prisa al teléfono que colgaba de la pared y pulsó el comando que conectaba con el pinganillo del DJ.

—Apaga la música —rugió con la mirada fija en Paula. Ella ya no se la devolvía—. Apaga la música *ahora*.

Capítulo 2

«Joder. No se puede ser más predecible, ¿verdad?».

Eso fue lo primero que pensó Paula en cuanto la vibración de los altavoces se interrumpió súbitamente. Dejó de tener sentido, pues, que arrojara un brazo al aire y con el otro se acariciara el algodón barato de su sencillo vestido. Disimulando el fastidio, detuvo sus movimientos y se quedó varada en medio de la pista con sensación de abandono.

Aunque el tipo que se le había acercado por detrás ya no gozaba de ninguna excusa para seguir tocándole la cintura, lejos de agradecerle el ratito de diversión y retirarse como haría un caballero, se le pegó más aún y le susurró al oído:

—No vienes mucho por aquí, ¿no? No recuerdo haberte visto antes, al menos.

Conocida como era por su compromiso con el ahorro de palabras —el ahorro en general, en realidad—, Paula se habría ahorrado la respuesta verbal incluso si Karim no la hubiera alcanzado justo a tiempo.

Le habría resultado imposible no verlo llegar. Suponía que su nombre y su apariencia eran debatidos a menudo entre los miembros del club y que, además de respeto, suscitaban fascinación, porque los invitados le abrieron un pasillo hasta el que era su destino como si lo hubieran ensayado. Apenas le dio tiempo a fijarse en que vestía con su pretensión habitual: los mejores chinos de sastre planchados con meticulosa pulcritud, cinturón de cuero negro con remates dorados de Versace y camisa remangada por los codos de seda italiana. El pico abierto gracias al enfado de los dos últimos botones, que nunca se dirigían la palabra en cuanto caían en el cuerpo de Karim, desembocaba en una nuez de Adán disimulada por la sombra de la barba oscura. Encima de esta, una mandíbula que cortaba el aire, y sobre todo eso, dos ojos de tigre de bengala que sabían advertir muy bien a sus enemigos qué cosas encontraba tolerables y qué cosas entraban en su lista de límites infranqueables.

Tocarla era un límite infranqueable, como se aseguró de dejar meridianamente claro apartando la mano del desconocido con un contundente movimiento.

—¿Se le ha olvidado la política de «prohibido tocar» si no hay consentimiento verbal? —le dijo al tipo con un tono que no admitía réplica. Tenía a Paula justo delante. Siendo específicos, a cinco centímetros de distancia horizontal y a unos vertiginosos veinte de distancia vertical, pero fingió que no existía y que no era tampoco la causante de la disputa fulminando con una mirada hostil al hombre sin rostro de su retaguardia—. ¿Es que quiere meterme en un problema legal? O, peor, ¿quiere que yo le meta a usted en un problema legal?

—¿Cómo sabe que no ha habido consentimiento verbal?

—Conozco a la señorita y me consta que no es muy fan de los verbos en general. Ni de los adjetivos. Ni de los monosílabos, siquiera. Por eso sé que no te ha dicho que sí.

Paula contuvo una risotada.

No le faltaba razón.

—Solo estábamos bailando, Califa.

«Califa».

Se había podido imaginar que los nombres en clave que se utilizaban en el club French 75 hacían referencia a cócteles historiados nada más colarse. Hasta el momento, había hablado con una God Mother, con una Bloody Mary y con un Aviation. Cuando se trataba de «pegarse el menso curado», Paula se inclinaba más por los mal llamados cubalibres o, cuando estaba en Chile, de piscolas; bebidas accesibles y de no tan alto *standing*, en definitiva. Pero a su amiga Nicole le encantaba probar toda la carta de coctelería y a fuerza de costumbre había terminado conociéndolos todos.

Se le escapó una pequeña sonrisa burlona.

¿En serio había escogido «Califa»?

¿De verdad tenía que ser tan obvio? ¿Por qué la elección? ¿Porque era marroquí? Entonces su hermano tendría que haberse puesto Pisco Sour para honrar la herencia chilena.

O Jote. O Cola de mono...

—¿Y tú de qué te ríes? —le espetó él, mirándola desde arriba con poca o ninguna paciencia. Paula no alzó la barbilla. Nunca la alzaba para devolverle el saludo. Lo miró a través de las pestañas con una coquetería que no impostaba, que le era natural como respirar, y solo se encogió de hombros—. Te vienes conmigo ahora.

Paula abrió la boca para rechistar. Fue en vano. Karim cerró la mano adornada de anillos copiosos en su antebrazo y tiró de ella en una dirección que le pareció equívoca hasta que del camuflaje de la pared emergió la manija de una puerta. Le sorprendió y divirtió a partes iguales que el club contara con laberintos secretos. Era el estilo de Karim, que desde niño se había pirrado por los jueguecitos de las *escape rooms* y por estar en posesión de saberes que no quedaban al alcance de los demás. Saberes que solo compartiría con «los suyos», como llamaba a sus amigotes y conocidos.

Lo de fantasear con ser un mafioso no se le había pasado con los años.

Karim la condujo a toda prisa por un pasillo mal iluminado que apostaba por que desembocaba en nada menos que la puta calle, donde la soltaría como un perro que había tenido la grosería de cagarse en la alfombra.

—Hola a ti también —masculló por lo bajo, mirando de reojo la línea de los hombros del jefazo—. ¿Alguien ha accionado el mecanismo de una bomba y tenemos que salir de aquí cuando antes o qué pasa?

La camisa ya le quedaba algo tirante por culpa de la musculatura desarrollada —no se hacían prendas de lujo para hombres de uno noventa con afición al gimnasio; más bien para jóvenes gráciles y estrechos de cintura por constitución natural—, pero su comentario tensó a Karim y, en consecuencia, tensó también la tela por encima de sus posibilidades.

Por eso debía de gustarle la ropa cara. Porque le aguantaba los berrinches.

No así Paula.

Karim no detuvo el recorrido con la provocación y empezó a ladrarle reproches sin girarse.

—No sé cómo demonios has conseguido entrar, pero está claro que has echado mano de contactos que no somos ni yo ni tu hermano, porque ninguno de los dos te íbamos a permitir que pusieras un pie aquí, ¿y ahora me vienes con «hola a ti también»? No tienes un pelo de tonta y sabes que esto no le iba a hacer ni puta gracia a nadie. Tienes suerte de que Marcelo esté en Nueva York cogiendo ideas para incorporar al club y no te haya visto, o te la habrías cargado. Te la habrías cargado *pero bien.*

—Mi hermano sabe que estoy aquí —respondió con naturalidad. Entonces, Karim sí se paró y alineó la barbilla con el hombro para mirarla de reojo con lógica sospecha. Tan solo ese amago de mirada bastó para que Paula tuviera que hacer la puntualización con hastío —: Sabe que he venido a San Francisco, quiero decir.

—Y seguro que le ha parecido estupendo que le prestes una visita. ¿Le parecerá igual de estupendo que le cuente que te has infiltrado Dios sabe cómo en su club BDSM?

—Se enfadará si se entera de que no me has dejado consumir. Si al menos hubiera colaborado con su negocio pagando veinte dólares por un cóctel... Veinte dólares —repitió, y puso los ojos en blanco—. ¿No os parece excesivo? ¿Incluso para ser The Golden City?

Karim le soltó el brazo y viró sobre los talones para mirarla a la cara como no había hecho ni siquiera en la pista de baile.

Era su modus operandi. Tenían que transcurrir al menos diez, quince minutos, a veces incluso un par de horas hasta que él se habituaba a su presencia y se dignaba a reconocérsela interactuando con ella como una persona con la mínima educación. No quería decir con esto que en esos diez, quince minutos, a veces incluso un par de horas, ignorase su existencia: Paula llevaba toda la vida perfeccionando el radar sensible con el que había nacido para detectar en un radio de cinco kilómetros la mirada de un hombre sobre ella. Karim la buscaba, la localizaba y no volvía a perderla de vista hasta que se largaba, pero le costaba un infierno comportarse con naturalidad a su alrededor.

Para muestra, un botón: había dinamitado una fiesta y arruinado el ambiente para sacarla como si fuera una amenaza terrorista.

—Dime cómo has entrado u organizaré una reunión urgente con la plantilla del club para interrogarlos uno a uno. Como no me guste lo que oiga, los pondré de patitas en la calle del primero al último.

Paula estuvo a punto de torcer el morro. Karim sabía que amenazando con ser cruel con sus trabajadores estaba tocando su punto débil. A él no le costaba prodigar un trato injusto en beneficio de sus intereses personales porque no tenía los valores que ella sí defendía a capa y espada.

—Esa no sería una decisión muy favorable para el negocio —se limitó a contestar.

—Sería una decisión muy favorable para lo que a mí me sale de los cojones. ¿Y bien?

—He entrado por la escotilla del baño —se burló.

—Paula.

—¿En serio no te lo imaginas?

—¿Te has insinuado al guardia?

El comentario bien le habría valido un rapapolvos si la misma Paula no fuera consciente de que se lo tenía merecido. Se había ganado a pulso una reputación, por ponerlo de un modo suave, en los últimos años de instituto.

—No ha hecho falta. Es verdad que no cumplo el código de vestimenta —se acarició la curva de la cintura. Llevaba un vestido de algodón ajustado hasta las rodillas con el tirante fino y el escote cuadrado, un atuendo de lo más simple y recatado—, pero poco importa eso cuando el producto es llamativo, ¿no? Soy la clase de anzuelo que morderían los invitados, y eso se traduce en un aumento significativo de las ventas de la noche, en el rumor de que las mejores mujeres frecuentan French 75 y, en definitiva, en que la popularidad del club suba como la espuma.

—Si dejaran entrar a toda monada que suplica en la puerta, Naomi Watts tendría un palco. No me mientas —le advirtió.

Paula suspiró con dramatismo.

—Le he dicho al guardia de la entrada que soy hermana de Marcelo, y como resulta que soy su calco en femenino, me ha creído. Por si acaso no bastaba, he mencionado que tú y yo somos amigos. He enseñado una foto de cuando éramos adolescentes.

Él se quedó perplejo, y no en un buen sentido.

—¿Le has dado nuestros nombres reales al portero?

—Bueno, no sabía que te hacías llamar Califa. —Volvió a amagar una sonrisa burlona—. Ya no haces el Ramadán, si no comes cerdo es porque prefieres solomillo de vaca rubia y apuesto a que la prohibición de practicar sexo sin compromiso te la saltas a la torera. ¿No es apropiación cultural apodarse así?

—¿Qué tipo de apropiación es comportarse con temeridad siendo una mujer inteligente? ¿Apropiación intelectual?

—Si la regla número uno es respetar el consentimiento, ¿qué temeridad he cometido? No se me ha arrojado encima ningún hombre con unas bolas chinas en la mano. Solo se me ha arrojado encima un hombre. —Levantó la cejas en su dirección.

Él huyó de su escrutinio intencionado mirando al techo con impaciencia.

—Esto no es una fiesta de fraternidad, Paula.

—Tienes razón. En las fiestas de fraternidad se viola a las mujeres y aquí parece que eso no se estila. —Se cruzó de brazos—. No es justo que llevéis un año vetándome la diversión. A mí también me gusta bailar, llevar ropa ajustada y los motes divertidos. ¿Cómo me llamarías tú..., Califa?

No ocultó que le hacía gracia y se cubrió la boca con la mano para ahogar una sonrisa displicente. Ahí donde se le veía, erizado como un gato por su mera aparición, Karim podía capear con dignidad toda suerte de situaciones, pero si algo no soportaba era la condescendencia de Paula.

—Los apodos son títulos de cócteles. No es que me crea Dios en persona.

—Peor me lo pones. No te gusta el zumo de piña. ¿Cómo te haces un califa sin zumo de piña?

—¿Por qué has venido, Paula?

Ella fue atenuando la sonrisa muy despacio hasta copiar la expresión entre neutra y fastidiada de Karim. Le sostuvo la mirada con los brazos lánguidos a cada lado del cuerpo, modestamente erguida sobre las deportivas que no se había cambiado ni después

de saber que el código de vestimenta exigía el disfraz de Jessica Rabbit... *como mínimo.*

Jugó la carta que hasta el momento no le había fallado nunca: la distracción.

—¿Es que no te alegras de verme?

A Karim le traicionó la vista, que escapó del peligroso embrujo de los ojos de Paula para deslizarse con avidez e irritación por todo su cuerpo, desde los labios pintados de marrón claro hasta los tobillos desnudos.

—Claro que me alegro de verte —murmuró sin renunciar al fastidio. Para empezar, dudaba que el verbo «renunciar» figurara en el vocabulario de Karim. Él nunca había dado su brazo a torcer o abandonado un sueño en toda su vida—. Ahora que ya te he visto, te voy a acompañar a la puerta.

Volvió a cogerla, esta vez de la mano, y tiró en dirección al extremo opuesto del pasillo.

Paula se resistió clavando los talones en el suelo. Utilizó sus sesenta y cinco kilos de peso como ancla echándose hacia atrás. Califa seguía siendo más alto y más fuerte, pero ella era escurridiza y estaba acostumbrada a que no uno, sino dos hombres sobreprotectores y bastante sexistas le dijeran a dónde tenía que ir e incluso hicieran valer su evidente dominio físico para cumplir su santa voluntad. No le costó echar mano de sus muchas tácticas aprendidas para deshacerse de su agarre: le asestó una pequeña patada en la corva de la rodilla izquierda y empleó un certero manotazo.

Quedó libre de su tiranía, pero ¿qué iba a hacer ahora? ¿Correr de vuelta a la pista de baile? Karim ya había demostrado que no le importaba dejarse en evidencia delante de su clientela, y ¿acaso dicha clientela lo reprendería si lo veían forzarla en público? Uno iba a French 75 a disfrutar de juegos de rol en los que uno era el sumiso y otro era el amo. Lo interpretarían como una sesión BDSM y no intervendrían.

Karim le lanzó una mirada de advertencia y volvió a cernirse sobre ella para atraparla por la cintura. Paula se revolvió empujándolo por

los hombros, por el pecho, y utilizando las rodillas para hacerle daño en el estómago.

Quien los viera desde fuera pensaría que un hombre estaba violentando a una pobre indefensa, pero no era la primera vez ni sería la última que se peleaban como dos críos. Que Paula se opusiera a los designios prefijados para ella por Karim y Marcelo era el pan de cada día, y que ellos la sometieran con su fuerza bruta, más de lo mismo. Por eso logró desembarazarse de él con agilidad, que no con facilidad: para quitarse sus brazos de hierro de encima tuvo que hacer acopio de toda su fuerza y liberarse le costó trastabillar hacia atrás y perder el aliento. Se apartó el pelo despeinado de la cara para mirarlo, retadora. Él también la estaba mirando con los ojos brillantes y la respiración entrecortada.

Karim hizo un gesto con la cabeza que podía significar tanto «Cómo eres, joder» como que le había hecho daño en el cuello. Fuera lo que fuese, no le dio tiempo a reaccionar yendo a por ella. Paula amagó una huida de espaldas sin perder de vista a su enemigo. Él la alcanzó inmovilizándola en un abrazo que tuvo que mancharle la camisa de pintalabios, porque casi se asfixió entre sus pectorales.

Ella lo golpeó débilmente con los puños, atrapados también contra el torso masculino, y emitió sonidos de protesta. Aprovechando que solo tenía libres las piernas, caminó y caminó de manera que dieron una vuelta sobre sí mismos.

Pensó que el mareo lo aturdiría, pero Karim se cansó del juego y la estampó contra la pared.

—Ya basta —rugió—. Este lugar es mi casa. Vas a hacer lo que yo te diga.

Unos años atrás había tenido lugar un episodio similar. Paula había querido ponerse un vestido ceñido y muy revelador para su graduación del instituto. Ya había cumplido dieciocho años y no volvería a tener la oportunidad de lucirse. Marcelo había intentado esconderle el vestido de marras, meterlo en la lavadora unas horas antes de la ceremonia y, como último recurso, se había victimizado invocando unas patéticas lágrimas de cocodrilo para que no se lo pusiera. Suerte que lo llamaron por teléfono para que cogiera un

turno en la hamburguesería en la que trabajaba entonces y tuvo que dejarla a cargo de Karim.

Por supuesto, Marcelo le dio la orden a su amigo y matón de evitar a toda costa que Paula se presentara en la fiesta con el vestidito.

Bloqueó la puerta de salida con su propio cuerpo cuando ella se disponía a escabullirse de puntillas con, recordemos, el atuendo de su elección. «¿A dónde crees que vas, guapa?», le había preguntado él. Paula lo había ignorado y había intentado pasar por debajo, y esto había desencadenado el mismo tipo de forcejeo al que se enfrentaba hoy, tres años después... Con la diferencia de que ese día consiguió salirse con la suya de una manera poco ortodoxa pero innegablemente eficaz: Paula había fingido ceder y, delante de sus narices, se había quitado el vestido por la cabeza y se lo había echado al hombro como un paño de cocina.

«¿Satisfecho?», le había dicho con la mirada.

La reacción de Karim pertenecía al salón de la fama de todas las reacciones que había obtenido de hombres que creían tener derechos sobre ella. Se había quedado por completo catatónico, petrificado, aterrado; puede usarse el adjetivo que se quiera y aun así no haría justicia a cómo lo dejó su atrevimiento. Paula pudo aprovechar que no conseguía volver en sí mismo después de verla en ropa interior —la clase de ropa interior sexy que una se ponía para una noche importante, se propusiera o no dormir con alguien— para salir por la puerta en tanga y sujetador, volver a ponerse el vestido en el recibidor del edificio y enfilar a su fiesta de graduación con el modelito que le había apetecido lucir.

En el mismo salón de la fama, junto al careto de Karim, conservaba el que se le quedó a su hermano cuando consiguió unirse a la ceremonia unas horas más tarde y la vio sobre el escenario con el vestido de los horrores.

Por desgracia, no podía llevar a cabo ahora la misma jugada. Karim ya se habría vacunado contra esa clase de numerito y ella no llevaba ni tanga ni sujetador debajo de su vestido de algodón.

No llevaba nada, de hecho, y una cosa era lucir algo muy parecido a un bikini y otra muy distinta era regalarle la vista.

Así pues, tuvo que echar mano de otra táctica no menos efectiva.

Karim seguía teniéndola inmovilizada contra la pared. Paula alzó la barbilla y clavó en él una mirada carente de emoción, como todas las miradas que recibían todos los hombres del mundo a excepción de aquellos que no la deseaban, y alargó una mano hacia su bragueta.

Si se sorprendió o no con las dimensiones de su miembro o con el hecho de que estuviera semierecto, no lo expresó. Tan solo tuvo que rodearle el paquete con la palma de la mano y frotársela dos veces muy despacio para que Karim se sobresaltase y, muerto del bochorno, diera tres pasos atrás.

Paula se reservó una sonrisa triunfal, en gran medida porque no habría sido triunfal, sino resignada. Se arregló de nuevo el alisado japonés y las arrugas del vestido y esperó a que hubiera transcurrido un silencio prudencial para decir:

—He cumplido veintidós años, lo que me hace mayor de edad en todos los estados. Tengo un pasaporte norteamericano, dos piernas, dos brazos, un cerebro y una gran voluntad. Estoy en mi derecho de frecuentar el club que se me antoje, cuando y como se me antoje.

Había subestimado el humor del que se pondría Karim después de un comportamiento que podía interpretarse como una humillación. No le rehuyó la mirada ni se mostró en absoluto avergonzado al arrojar su advertencia en tono hostil.

—French 75 no es ni un pub irlandés ni un restaurante de comida rápida en el que pueda entrar y sentarse quien le dé la gana. Se accede por invitación, y tú ni has recibido ninguna ni la recibirás. Así o que sales por la puerta por las buenas, acompañada del jefe, o llamo a seguridad para que te escolte. Tú decides.

Capítulo 3

Paula demoró unos segundos en reaccionar para no darle el gusto de saber enseguida que había perdido la batalla. Todavía dedicó un rato a adecentarse, por si acaso el pintalabios se le había corrido durante la trifulca. Luego, sin mirarlo, enfiló en la dirección que Karim había pretendido tomar inicialmente.

Él la siguió por detrás a ritmo ligero.

Aunque estuviera procurando no airear su indignación, Paula sentía en su retaguardia, como una sentía que iba a llover por la densidad acumulada en el aire, que el gran Califa estaba echando humo por las orejas.

La recibió la brisa fresca del exterior, pero no la calle llena de vida de un barrio consagrado a las galerías de arte y los clubes nocturnos, sino un aparcamiento privado. Karim la adelantó con las llaves del coche ya en la mano y la condujo sin mediar palabra hasta su vehículo.

«¿Quién es el enemigo de los verbos, los adjetivos y los monosílabos ahora?».

Paula hizo el camino pensando cómo recalcular la ruta ahora que acababan de vetarle la entrada a French 75. Se le había ocurrido presentarse allí mientras Karim estuviera porque, aun siendo sobreprotector como su hermano, seguía sin ser Marcelo. Él no habría forcejeado con ella para echarla del club, sino que se las habría arreglado para que la deportaran del país.

No podía recurrir a su propia sangre para que le dejara entrar.

Tampoco podía recurrir a Karim, visto lo visto.

No era el eslabón débil de la cadena como había pensado.

Tendría, pues, que conseguirse un amo o un sumiso, y aunque Paula confiaba en sus habilidades para averiguar información, sobre todo si la información estaba contenida en el disco duro de un salido con una pasión irreprimible por las mujeres jóvenes y atractivas, le iba a costar enterarse de quiénes estaban en la lista de invitados y cómo contactarlos. O, en su defecto, cómo ponerse en su camino para insinuárseles cuanto fuera necesario.

Karim se detuvo ante la puerta del copiloto de un Audi Q8. Abrió la puerta, sacó una americana azul marino que descansaba sobre el asiento y esperó a que Paula llegara para ponérsela sobre los hombros.

—No hace tiempo de ir en tirantes —fue su excusa.

—Esta mañana no hacía tanto frío.

—No te fíes del clima de San Francisco. Karl The Fog puede aparecer a arruinarte el día en cualquier momento.

—¿Karl The Fog?

—Hace un par de años desde que en Twitter llaman así a la niebla de la ciudad.

—¿Eres usuario de Twitter? No me extraña. Hay bastante porno y de alguna manera tendrás que promocionar tu peligrosísimo club.

Karim apretó la mandíbula, pero siguió sosteniendo la puerta a la espera de que ella se sentara obedientemente. Si no opuso resistencia, fue porque sabía que después del numerito no toleraría ni una sola provocación de más.

Momentos después, estaba arrancando el motor.

A diferencia de la mayoría de ciudadanos norteamericanos, conducía un vehículo con su palanca de cambios. No creía en los coches automáticos del mismo modo que no creía en las videollamadas, ni en los asistentes de voz virtuales, ni en los pagos con el móvil, ni en Spotify, ni en el café *to go*, ni en los relojes inteligentes, ni en nada que pretendiera replicar o hacer más cómoda una experiencia única. Si quería conducir, lo hacía con todas sus consecuencias y dificultades. Si quería hablar con alguien, lo citaba en un sitio a una hora. Si quería encontrar la receta de un almuerzo, la buscaba entre las páginas de un libro, igual que si necesitaba recordarse la agenda del día leía sus propias notas encuadernadas. Si algo le gustaba, sacaba la cartera y contaba los billetes físicos uno a uno, veinte por ciento de propina incluida. Si le entraba el gusanillo de escuchar música, ponía el tocadiscos retro o encendía el reproductor de cedés. Si le apetecía un café, consultaba su reloj analógico para ver si podía permitirse un hueco en la apretada agenda. Y si era posible, se lo tomaba sentado junto a la cristalera del establecimiento mientras leía el apartado de economía

y deportes del periódico en físico o solo admiraba el trasiego de la ciudad.

No le extrañaba, tampoco, que el modelo de su elección fuera un vehículo grande. Karim era tan orgulloso que no se agacharía ni siquiera para meter su metro noventa en un deportivo de la marca Maserati. Le gustaban las cosas a lo grande: los coches 4x4, las casas de techos altos, las bolsas de viaje de Louis Vuitton —incluso si solo iba a estar veinticuatro horas en su destino—, los escritorios empotrados de pared a pared, los puros más que los cigarrillos y los vinilos más que los discos.

No había vinilos en el coche, pero había comprado un reproductor de cedés y lo había integrado a petición personal para escuchar álbumes enteros sin saltarse una canción. A la vieja usanza, o, como decía él, *como Dios mandaba*.

«Dios y no Alá, ¿eh, don Califa?».

Observó que sacaba un disco de música en francés, una de sus dos lenguas maternas, e introducía otro que sabía que sería del gusto de su acompañante: uno de Kali Uchis que apostaría por que había comprado por si se daba la eventualidad de que algún día ella necesitara un viaje en coche.

—Ponte el cinturón.

Incluso enfadado con ella, porque era obvio que estaba enfadado, procuraba cuidarla.

Dicen que no me conviene to fall in love with you
It's too late to close that door[1]

Para incorporarse a la carretera tenía que dar la vuelta y pasar por la puerta principal del club. Cometiendo una grave infracción de tráfico, porque la seguridad vial no le importaba si no era para imponérsela a ella, paró el coche ante el letrero de French 75, las dos sirenas que daban la espalda a su admirador.

Bajó la ventanilla y le hizo un gesto al portero para que se acercara.

—¿Sí, señor?

—No vuelvas a dejar pasar a esta mujer, ¿me has entendido?

El gorila debía de medir dos metros a lo alto y a lo ancho y tener antecedentes penales por crímenes de sangre, pero palideció ostensiblemente al recibir la advertencia. Asintió y se disculpó hasta tres veces, y solo cuando Karim se había dado por satisfecho, volvió a arrancar el motor.

Paula suspiró con hastío.

—¿Hacía falta asustarlo?

—El miedo es más contundente que la amabilidad —dijo sin mirarla—. Dime dónde te estás quedando.

—Si quieres te indico.

Mutismo voluntario por parte de ambos. Solo les salvaba la dulce voz de Kali Uchis: «Mira, bebé, *it doesn't matter what they say. They don't love you* como te quiero yo. *I want you constantly, eternally, unconditionally*»[2].

Karim rompió el silencio después de que Paula le hubiera señalado un par de calles al azar.

—¿Has cenado?

Ella negó con la cabeza.

No hacía falta hablar. Él era capaz de tener la atención en la carretera y en Paula al mismo tiempo, como era capaz de tener la atención en su lectura sesuda y en Paula, en el partido de fútbol y en Paula, en el correo que estaba respondiendo y en Paula, en la llamada telefónica con la puta Casa Blanca y en Paula.

Karim se saltó sus indicaciones confusas y dio un volantazo para acercarse a un restaurante de comida chilena que quedaba a tres manzanas de South of Market.

Aunque Paula tenía muy buenas razones para indignarse, no solo esa noche, sino la mayoría de veces que coincidía con él, nunca armaba broncas porque sí. Creía que no merecía la pena darles un mal rato a Karim o a su hermano, incluso si se habían pasado tres pueblos, cuando una consecuencia era que ella también se quedaría con el disgusto. Además; le gustara o no, él la conocía como a las líneas de su mano y nunca se había equivocado asumiendo lo que quería. Sabía que Paula podía comerse una empanada rellena de pino con queso a cualquier hora del día, y por más que ella quisiera

mosquearse porque ni siquiera le preguntara si tenía hambre o qué se le antojaba, la verdad era que no hacía falta.

«Puto lector de mentes. O de estómagos».

Karim salió del coche y se encaminó al mostrador del restaurante veinticuatro horas. Ella lo miró a través de la ventanilla tintada por fuera. La espalda en forma de uve. La cabeza rapada al uno que mantenía a raya unos rizos naturales que eran la envidia de los anuncios de Garnier. El caminar compacto de un hombre que no cabía en sí mismo.

Con los años se hacía más y más grande, como él siempre había querido.

Paula contó hasta tres segundos desde su marcha y alargó la mano discretamente hacia su móvil. Dudaba que ahí estuviera la información que le interesaba, pero por si acaso escribió la contraseña que le constaba que lo desbloquearía —el día que conoció a Marcelo: 091701[3]— y buscó un nombre en la lista de contactos.

No había ningún James Carver en la agenda del gran Califa.

Se metió en las aplicaciones de iMessage y WhatsApp y probó con James, con Carver, con Jamie, con Jimmy, todas las alternativas posibles. Tampoco hubo suerte. Por último abrió la aplicación de Instagram.

Lo primero con lo que se topó fue con la foto que había subido esa tarde para despistar a su hermano y que pensara que estaba con alguna amiga. En cualquier sitio excepto en su club.

Durante un rato más largo de la cuenta, Paula se miró a sí misma sin ninguna expresión en el rostro. Luego simplemente abandonó su perfil y averiguó si James Carver o si el bufete de abogados Carver & Ford seguía la cuenta oficial de French 75, una cuenta discreta y empleada en exclusiva para contactar con los interesados.

Por supuesto, no se seguían. Un hombre de la talla del señor Carver no podía dar a conocer de ninguna de las maneras que frecuentaba esa clase de lugares sórdidos.

Borró el historial y cerró todas las aplicaciones menos Instagram, que procuró dejar abierta con la foto que había subido. La miró una

última vez, como si así pudiera averiguar qué había pensado Karim al verla, y dejó el móvil donde estaba justo a tiempo, pues la puerta del coche se abrió unos segundos después.

Benditos cristales tintados.

Karim le tendió la empanada de carne picada y queso sin ninguna ceremonia, sin esperar ningún agradecimiento. Ya le había preguntado una vez hace años si prefería comer con el coche parado para evitar mareos o si no le importaba la marcha. Memorizaba todo lo que Paula le decía, así que no tuvo que entretener cortesías de nuevo.

Se puso a comer en silencio con un ligerísimo malestar en la boca del estómago.

Sabía que no estaba bien utilizarlo a él, precisamente a él, para llegar a donde quería, pero no tenía otra opción. Si la tuviera, no se le habría ocurrido interrumpir su plácida vida en San Francisco, porque no le cabía la menor duda de que la estaba interrumpiendo y hasta se la iba a joder.

Tendría que estar ciega o ser muy estúpida para no saber a esas alturas que Karim sentía por ella una debilidad que no podía catalogarse ni de amistosa ni de fraternal.

Al menos le quedaba la tranquilidad de saber que no estaba enamorado. Era atento con ella porque desde siempre su naturaleza había sido la de un hombre caballeroso y observador, rasgos heredados de la cortesía y hospitalidad propias de la cultura marroquí. Esto se acentuaba con Paula porque era la hermana de su mejor amigo de la infancia, socio y también compañero de piso, y, por supuesto, porque quería acostarse con ella aunque no hiciera ni dijese nada al respecto.

Pero eso no era amor.

Paula había aprendido siendo muy pequeña que lo único que los hombres querían de ella era su cuerpo. Se quedaban impactados con su físico, les picaba la curiosidad porque los rumores universitarios repetían que no había quien la impresionara y empezaban a obsesionarse en cuanto confirmaban que era parca en palabras, esquiva y solitaria. Y ¿qué había más sexy que eso para el

espécimen masculino promedio? Una cara bonita con un culo grande, tetas firmes y, encima, calladita.

Menudo regalo caído del cielo.

Todos los admiradores que se le habían declarado con fervor romántico juraban adorar «su misterio», «su complejidad», y en realidad lo único que ella había hecho para ganarse tales atributos había sido ignorarlos porque no le suscitaban el menor interés.

Ah, y ser vista en público leyendo un libro de dimensiones significativas sobre divulgación filosófica.

A su humilde parecer, el hecho de que se moviera por la vida sin recrearse en la atención masculina lanzaba un mensaje de fácil comprensión —*no me hueís, po*[4]—, pero para un enamorado obsesivo este desdén suyo se presentaba como una suerte de virtud. Incluso como un reto la mar de halagador: *estoy aquí sola y desolada porque aún no he conocido a un príncipe como tú, vamos, háblame de ti, atrévete a conquistarme, serás el elegido*.

La triste verdad era que no tenían ni idea de cuáles eran sus sentimientos, su visión o sus opiniones, y ese vacío de información era un excelente caldo de cultivo para idealizar su personalidad. Idealización que de seguro se iría al garete una vez descubrieran que era de la misma y mediocre mundanidad que el resto de los habitantes del planeta Tierra. Porque si algo había observado Paula en las relaciones de sus conocidas, era que las mujeres amaban más cuanto más sabían, cuantos más obstáculos debían salvar para proteger o entender a su hombre, y los masculinos se desengañaban a la primera inconveniencia porque, *oh, es que no eras como yo pensaba.*

Karim no podía idealizarla porque sí la conocía, pero también la habían deseado antes hombres que la conocían por las razones equivocadas. Cierto era que, si le preguntaban a Paula cuáles eran esas razones adecuadas, no sabría qué responder. Su desconocimiento se debía, en parte, a que no acostumbraba a sentarse a pensar ni en los hombres ni en el amor, temas visitados y revisitados hasta la saciedad que no merecían más atención, ni la suya ni la de nadie. Nicole solía bromear con que únicamente

aceptaría los sentimientos de un ciego que nunca la hubiera tocado, tan solo escuchado hablar, y aunque eso era una exageración, lo daba por válido.

En gran medida porque siempre daba por válido todo lo que Nicole decía.

Lo que Paula tenía claro era que nunca podría tomar en serio a un hombre que la miraba con lujuria. Porque si ya antes tenía sus reparos solo imaginándose complaciendo la lujuria de ningún hombre, ahora podía decir con todo convencimiento que no, *nunca* complacería la lujuria de ningún hombre.

—Oye —la llamó Karim.

Paula esperó a haber masticado y tragado el tercer bocado de una de las mejores empanadas chilenas que había probado.

El negocio debía llevarlo una familia de su tierra.

Luego miró su perfil de nariz arábiga, la curvatura de los labios fruncidos en una mueca de contrariedad —no le gustaba cabrearse, y le gustaba menos aún exteriorizarlo—, la protuberancia de la nuez de Adán.

Los días que la masculinidad la impresionaba, y no en un buen sentido, Paula se sentía relativamente indefensa en su compañía. Los días que la masculinidad la asqueaba, que eran la mayoría, Paula podía campar a sus anchas en los alrededores de Karim sin preocuparse por nada. Al final, nada podía proteger a una mujer como una fobia, una de las pocas cosas que podrían hacerla saltar, huir y esconderse o, en caso extremo, pelear.

—No te enfades, ¿vale? —le pidió él sin llegar a sonar suplicante o tierno en ningún momento. Lo máximo a lo que se podía aspirar de un hombre orgulloso como él era que dejara traslucir su cansancio —. Sabes que Marcelo me colgaría de las pelotas si supiera que te vi colarte en el club y te dejé alternar con la clase de gente que se mueve por allí.

—Tú formas parte de esa clase de gente —respondió en su tono de las afirmaciones irrefutables—. Y él también.

—Por eso ambos sabemos de lo que hablamos cuando decimos que no queremos verte envuelta en el ambiente.

—Un ambiente sexual —puntualizó con la misma neutralidad.

—Sí —se resignó a asentir.

—Porque los dos pensáis que yo no follo.

Karim siguió conduciendo en completo silencio, pero su uso del lenguaje directo le hizo aferrar el volante con la única mano que lo sujetaba: la diestra. Los anillos del índice y el meñique parecían absorber la luz de las farolas y carteles de neón de los establecimientos. El dorado del material caro emitía destellos que parecían exclamar: «¡Mírame, mírame!»

Una de las joyas era sencilla, grande y por eso llamativa, pero sin ninguna floritura. La del dedo de las acusaciones sí tenía grabado un símbolo: la figura de un tigre, su animal del horóscopo chino. Lo había traído de uno de sus viajes a Oriente.

—Es por ahí —le dijo Paula para corregir la ruta—. ¿Te ha comido la lengua el gato? Te has callado de repente.

—Yo no recurro a frasecitas hechas con segundas cuando tú te quedas en silencio.

—No iba con segundas, iba de cara, y yo no me suelo quedar en silencio en plena conversación.

—Sí te quedas en silencio en plena conversación —se quejó—. Y en plena discusión también.

—Estás intentando distraerme. No queréis que entre al club porque no queréis que folle —retomó. No era una pregunta—. Es una razón un tanto absurda porque se puede follar en muchos otros sitios.

—Paula...

—Se puede follar en un hotel. En una piscina. En un avión. Se puede follar en...

—Deja de decir la palabrita —la cortó con hostilidad. Sus nudillos habían palidecido—. No queda bien en la boca de una mujer.

—¿En la boca de una mujer o solo en mi boca? Porque seguro que la morena con la que te estabas divirtiendo en el palco sí tiene permiso para decirla. —Pausa controlada en la que se miró las uñas —. Y para ponerse en la misma boca otras cosas que parece que tampoco quedarían bien en la mía.

Karim apretó la mandíbula.

—Paula —masculló entre dientes.

—Si quiero probar el BDSM, me es tan fácil como ir a cualquier otro club nocturno. He tenido la cortesía de visitar primero el vuestro para no darle dinero a la competencia. Pero ya veo cómo me lo pagas... Siendo un anfitrión cuestionable como mínimo.

Karim aprovechó que un semáforo le había pillado en rojo para girar el torso hacia ella. Apoyó un codo sobre el hombro del respaldo y se inclinó en su dirección. Esto la pilló por sorpresa, con un bocado de empanadilla en uno de los carrillos y la boca formando un mohín.

No osó mover una pestaña cuando su aroma con notas orientales le llegó como un hechizo.

—Nos la suda la edad que tengas y los pasaportes que colecciones, Lita. Nunca vas a ser tan mayor y tan experimentada como para que a tu hermano o a mí nos apetezca verte abierta de piernas ante un enmascarado o recibiendo seis cargas de semen en un escenario. —Suavizó el impacto del comentario retirándole una mancha de grasa de la comisura del labio con el pulgar—. Y juraría que tú tampoco vas a ser nunca tan atrevida, porque si no has presentado ni un novio formal en casa ni se te ha conocido un amante, será porque ni follas en aviones, ni follas en hoteles, ni follas en ninguna puta parte.

—O porque no me habéis investigado tan a fondo como creéis.

Su respuesta dejó a Karim sin argumentos y casi sin sangre en la cara. Se recuperó con tanta rapidez del golpe bajo que Paula creyó haber soñado su palidez.

Prácticamente le leyó el pensamiento con el que apaciguó su instinto asesino.

«Y una mierda. Claro que te he investigado a fondo».

Retomó la ruta obedeciendo las últimas indicaciones de Paula. Aunque iba concentrado en la carretera, ella sabía reconocer cuándo se había disociado. Esa tuvo que ser la razón por la que no se dio ni cuenta de que guiaba el coche por el distrito financiero y aparcaba justo a las puertas del glorioso edificio The Harrison.

Paula le hizo un gesto para indicarle que había llegado, se quitó el cinturón, se sacudió las manos con energía y le devolvió la chaqueta.

—¿Ya estamos en...?

Karim se interrumpió al echar un vistazo por la ventanilla y reconocer el portal.

Buscó enseguida la confirmación de Paula con una mirada inquieta.

Ella ya había salido del coche. Se encogió de hombros y sacó del bolsillo del vestido un manojo de llaves de repuesto. Las hizo tintinear con una graciosa sacudida.

—Marce me ha dicho que me puedo quedar con vosotros. —Y añadió con malicia—: ¿No te lo había comentado?

Le cerró la puerta a su cara de pasmo y rodeó el vehículo por delante. Anticipó que Karim bajaría el cristal para decir algo, no sabía el qué, pero ella lo dejó sin palabras esperándolo apoyada en el borde de la ventanilla con la única sonrisa de la que era capaz: la carente de ilusión.

—Gracias por el paseo, Karim. Te veo luego. —Se inclinó hacia delante, metiendo la cabeza en el coche, y lo besó en la comisura de los labios. Gracias a la iluminación callejera, vio al separarse que él se había ruborizado—. Vuelve pronto, que no me gusta estar sola en casa... y ten cuidado con lo que haces, que me han dicho que en ese sitio al que vas hay gente muy mala y muy peligrosa.

Capítulo 4

Paula despertó con la salida del sol. Estrategia en mente, retiró el edredón que había tomado prestado del dormitorio de su hermano para descansar en el sofá, y...

Un momento.

No estaba en el sofá.

Al no reconocer el espacio, suspendió todo movimiento. Se quedó sentada en el borde de una cama que parecía una piscina olímpica, con los pies descalzos pegados al parqué oscuro y un ceño fruncido pintado en la cara.

No recordaba haberse acostado en aquella habitación. De hecho, podía reproducir de memoria, una a una, las acciones que había emprendido la noche anterior hasta conciliar el sueño: estimulada por el hecho de encontrarse cada vez más cerca de su objetivo, Paula había recorrido toda la casa hasta ubicar el que solo podía ser el despacho de Marcelo y Karim. Una vez dentro, la había invadido la clase de sueño que ralentizaba los movimientos y dificultaba la concentración, y muy sabiamente había decidido robarle una almohada y algo con lo que taparse a su hermano mayor.

Él le había insistido vía mensaje de texto y vía llamada telefónica en que se pusiera cómoda en su propia cama aprovechando que se había ausentado. Paula le había dado la razón como a los locos a sabiendas de que no convenía llevarle la contraria, pero se había negado a pasar más de cinco segundos en la habitación que compartiera con su exnovia.

Aunque eran pocos lo que lo sabían porque evitaba dar a conocer este aspecto de su carácter, Paula tenía la sensibilidad muy desarrollada y había podido percibir en el aire nada más cruzar el umbral el perfume de la susodicha.

Su imaginación había volado hacia terrenos pantanosos.

No, no habría podido dormir allí ni aunque la hubieran obligado a punta de pistola. Estaba segura de que las pesadillas de por sí habituales la habrían torturado más allá de la razón.

Así pues, se había mudado al inmenso salón. El lujoso cristal que cercaba la sala de estar ofrecía unas impresionantes vistas a la Bahía de San Francisco.

No era eso lo que Paula veía ahora que miraba alrededor, sino las paredes marrón chocolate de una habitación en proceso de reforma que sin embargo no perdía su toque personal.

Todavía confundida, se inclinó sobre la almohada y confirmó sus sospechas: olía a madera de agar, tabaco rubio y eucalipto, la fragancia exótica de un hombre oriental apasionado del lujo.

Estaba en el cuarto de Karim, pero ¿cómo?

Había tenido que sufrir otro ataque de sonambulismo.

Solo esperaba no haberse metido bajo sus sábanas cuando él dormía profundamente.

Dudaba que Karim lo hubiese interpretado como un flirteo y ni mucho menos habría hecho algo al respecto, y aunque a Paula no le disgustara la proximidad con aquel hombre en concreto por la familiaridad que les unía, prefería no llamar su atención.

Estaba allí de incógnito, al final.

Salió de la cama con la misma ropa con la que se había acostado, un simple culote de jugadora de vóley que en un descuido le había robado a Nicole —campeona universitaria del deporte— y una camiseta roja, enorme y desgastada del *anime Evangelion*. Pasó por el baño para lavarse la cara y los dientes con cuidado de hacer el menor ruido posible, al menos hasta que llegó a la conclusión obvia: Karim no habría regresado aún del club.

Sabía muy poco sobre French 75 porque Marcelo creía que siendo parco en palabras la protegería de lo que allí se cocía, y de lo que era más: de pensar que su querido hermano mayor era un perro lujurioso. Pero sí sabía que contaba con servicio de *after* y que siempre tenía que haber un socio de cuerpo presente desde que abría hasta que cerraba. Era una de las desventajas de no llevar ni dos años abiertos y del gran secretismo que envolvía las prácticas ofertadas. Todavía no confiaban en nadie lo suficiente para delegar responsabilidades.

Más tranquila ahora que sabía que Karim no estaría pululando por allí, se dirigió al despacho con el móvil en la mano.

Solo había tenido la oportunidad de ver el apartamento en un vídeo que Marcelo grabó para ella nada más pagar la fianza, cuando aún no estaba amueblado. Se había llevado una grata sorpresa con el estilo por el que se habían decantado para dotarlo de vida, y también con las dimensiones del espacio.

Contaban con un solo un baño provisto de ducha con hidromasaje, un salón conectado a la cocina americana, un modesto balcón para cada dormitorio y cuatro habitaciones, dos lo bastante grandes para acoger camas King *size*, otra más amplia para plantar los escritorios tras los que maquinarían la temática de sus próximas fiestas y una cuarta que ejercía de gimnasio.

A Paula solo le interesaba el despacho.

Se notaba que era el espacio al que Karim le había puesto más cariño. Sabía que la decoración y elección de mobiliario habían corrido a cuenta de él porque su hermano siempre había preferido la comodidad y la sobriedad a los estilos retro y maximalistas, y aquello era una oda a la arquitectura sesentera que se veía en series como *Mad Men*, la favorita de Karim. Detrás de los escritorios de madera de ébano satinado asomaban los respaldos de sillones Chesterfield de cuero envejecido. La luz del amanecer que entraba a raudales por la cristalera iluminaba ambos rincones de trabajo como si quienes allí fueran a sentarse fuesen a maquinar el modo de salvar —o dominar— el mundo. A un lado de la habitación asimétrica se levantaba una estantería empotrada preñada de libros sobre finanzas, economía, arquitectura y hasta arte; toda clase de diccionarios y manuales de no-ficción que pudieran servir al propósito de engrosar sus cuentas bancarias.

Cada uno de los tomos podía valer una fortuna.

En la pared inmediatamente paralela había, cómo no, una mesita con un tocadiscos junto a un silloncito reclinable de cuero oscuro. Una serie de fotografías en blanco y negro enmarcadas servían de decoración. Las había tomado Marcelo en los pocos ratos de los que disponía para dar rienda suelta a las aficiones artísticas que tanto deploraba su padre. Juntos, los cuadros formaban una composición temática de siete piezas cuyo eje común era la ciudad de San Francisco.

En una de ellas aparecía Nicole.

Paula se recordó por qué estaba allí y se dirigió a uno de los escritorios. Tuvo que ser el de Karim, porque junto al cuaderno forrado de cuero había una estilográfica Mont Blanc y solo dos fotos: una de Marcelo y él cuando eran unos adolescentes y otra de su madre antes de renunciar al *hijab*.

No le gustó sentirse perseguida por la mirada de la señora Najdi y de sus dos hombres, y a fin de convencerse de que no estaba haciendo nada inquietante, puso música. Con una melodía de fondo, inmiscuirse no parecería tan grave... O eso se dijo.

A continuación, procedió a abrir cajones y buscar en los estantes para localizar la llave que abriría la única gaveta sellada.

Debía de estar allí la información que necesitaba.

Se puso a pensar en dónde demonios guardarían Karim o su hermano una llave de valor y se regocijó en lo retorcidos que eran.

Nadie podría haberlo averiguado, pero ella sí porque los conocía muy bien.

Demasiado bien.

Se encaminó hacia la colección de vinilos del otro extremo de la sala y fue husmeando entre las carátulas ordenadas por año —Karim era meticuloso incluso para eso— hasta dar con el par que le interesaban. Solo había dos opciones posibles: que la llave estuviera escondida en *The Massacre* o en *Get Rich or Die Tryin'*, ambos álbumes de 50 Cent.

El rapero había sido uno de los pocos artistas musicales en los que ambos socios habían coincidido y que, de hecho, habían quemado hasta la saciedad a lo largo de la adolescencia acaparando los cascos de cortesía de las tiendas de cedés. Por lo demás, no compartían gustos: al final, Karim barría para casa escuchando *hip-hop* y rap francófono, *rai* argelino y *chaabi* marroquí, y Marcelo para la suya poniendo a todo trapo a Tego Calderón, Calle 13 y algo de rock alternativo, esto heredado de las modas musicales de los dos mil.

Paula sonrió para su coleto cuando encontró la llave introducida en el vinilo de *Get Rich or Die Tryin'.* Tenía sentido, porque se publicó

el año que Marcelo y Karim se hicieron oficialmente mejores amigos: 2003.

En el cajón misterioso estaba lo que Paula buscaba, una agenda física y detallada de los clientes frecuentes del club.

Había oído alguna que otra vez a su hermano hablando con Karim sobre la necesidad de proteger el anonimato de sus invitados y socios minoritarios. Al final, eran en su mayoría personajes célebres, fuera por su vinculación con la política o porque aparecían en alfombras rojas promocionando el producto cultural que protagonizaban, en su mayoría películas y álbumes. Le constaba que alguna que otra estrella hollywoodense había viajado hasta San Francisco en busca de un ambiente más privado —y sosegado— del que se encontraba en las macrofiestas de la ciudad de las estrellas para dar rienda suelta a sus pasiones.

Por lo que Paula vio, no habían exagerado. Solo en la letra A reconoció a una cantante pop emergente que iba camino de alcanzar la fama internacional con su último *single* y a un escritor de *thrillers* exitosos. Además de los nombres y apellidos, había una cuenta bancaria, un número de teléfono, una dirección postal y, debajo de todo eso, seguido de un asterisco, preferencias que el cliente había considerado importante transmitir a sus anfitriones.

Al señor Saxton no le gustaba que le miraran a la cara cuando le hablaban; todos los miembros de la plantilla de French 75 tendrían que acatar esta regla, y para prevenirlos había proporcionado una detallada descripción física del sujeto. La señorita Olsen tenía un diagnóstico oficial de epilepsia, así que al aviso de que acudiría esa noche a la fiesta, los encargados de la iluminación habrían de tener cuidado de evitar las luces parpadeantes que le pudieran desencadenar un ataque. El señor Goulding era un apasionado de los pies, por lo que procurarían que las jovencitas llevaran las noches de su visita unas sandalias abiertas. La pareja de casados Pouter debía tener siempre listo un palco con buena visibilidad para poder disfrutar de sus sesiones de voyerismo.

Y un largo etcétera.

Aunque era interesante enterarse de los fetiches de algunos nombres conocidos, Paula no era una persona curiosa y, además,

tenía un objetivo.

Voló hasta el marcapáginas de la letra C.

Reluciendo como los ojos de un gato en la oscuridad, estaba el nombre de James Carver.

Su residencia era un secreto para la ciudadanía a pesar de tratarse de uno de los abogados más importantes de la Costa Oeste y, ahora, también el candidato predilecto para la gobernación de California. No sería ya un secreto para Paula, sin embargo, que no tuvo que hacer una foto ni anotarlo en un papel para que se le quedara grabado a fuego: el barrio de Sierra Oaks en Sacramento.

Entre los asteriscos, Karim había anotado con su rica caligrafía una clave: al señor Carver le gustaban muy jovencitas.

Paula torció la boca en una mueca asqueada y a punto estuvo de dejar sus huellas dactilares impresas en el cuero de la libreta. Se obligó a recuperarse de la arcada que le había contraído el estómago y la garganta y se recordó que aún le quedaba algo por hacer aparte de confirmar que Carver frecuentaba el club.

Encontrar un amo disponible para asegurarse la entrada.

Buceó entre las páginas con la esperanza de toparse con alguno que no estuviera ya emparejado. Los había a raudales, por supuesto, pero la mayoría eran caballeros entre los cincuenta y los sesenta años y ese era un límite que evitaría cruzar en la medida de lo posible.

Si no encontraba nada mejor, claro estaba, cedería.

En realidad no había límite que no estuviera en la disposición de traspasar con tal de consumar su venganza.

Pasando hojas y hojas dio con alguien interesante.

Magnus Vass. 35 años.
Empresario escocés emigrado a San Francisco.
Socio mayoritario de Menzie, compañía automovilística especializada en deportivos.
Veterano del BDSM. Se hace llamar *Rob Roy.*
*ABIERTO A TODO MENOS A CAMBIAR DE ROL. NO SE DEJA DOMINAR.
*PREFERENCIA POR LAS SUMISAS *BRAT*

Paula sonrió, satisfecha.

Los deportivos eran el único lujo que no le disgustaba —le encantaban los coches, esa era la verdad— y siempre le habían llamado la atención las personas con acento propio. Además; tenía experiencia resistiéndose a las órdenes de los tipos dominantes. Sería pan comido presentarse en el concesionario exigiendo hablar con el dueño de la empresa para que le recomendara un modelo u otro de la marca, flirtear un poco con él, intercambiar teléfonos...

El resto sería historia.

Tenía razones para creer que ningún hombre le diría que no.

Guardó la agenda en su sitio, cerró con llave y la devolvió a la funda del álbum de 50 Cent.

Luego alzó la vista hacia la fotografía de Nicole.

Estaba centrada entre las otras seis imágenes capturadas por la cámara Leica de Marcelo. Aparecía distraída admirando la Bahía en un plano cinematográfico. El viento le sacudía la melena rubia, amenazando con interrumpir las líneas abruptas de un perfil masculino que solo su mirada dulce podía suavizar. La piel pálida le daba un aspecto delicado que pronto desmentía su altura de supermodelo y su cuerpo musculado por el deporte.

Paula le pidió a Siri que pusiera la canción *Slave 4 You* de Britney Spears y, sin dejar de mirarla, empezó a bailar moviendo los hombros, luego las caderas, después los brazos.

Aquella había sido su canción desde la infancia. La que ponían mientras se maquillaban antes de salir a partir la pana en los *dives* de Mission District, veladas que comenzaban en el dormitorio infantilizado de Nicole con las pinturas de su madre y terminaban en la taquería más marronera del barrio después de que todos los porteros hubieran hecho la vista gorda al hecho de que sus documentos de identidad eran falsos y no tenían ni dieciséis años. Era la canción que su mejor amiga eligió para abrir la ambiciosa coreografía del equipo de animadoras, del que formó parte desde que hicieron entrega a Marcelo de su dorsal de jugador de baloncesto hasta que se lesionó y tuvo que renunciar al deporte. Era el tema que ponía cuando estaba demasiado triste para moverse de la cama, pero necesitaba recordarse que seguía siendo una chica

joven y deseable por más que el síndrome premenstrual le dijera lo contrario.

Paula bailaba con sus recuerdos al ritmo de Britney Spears cuando chocó de espaldas contra la pared. El golpe la sacó de su ensoñación y la hizo girarse enseguida para asegurarse de que no había tirado o perjudicado nada.

No era la pared.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Karim.

Paula le devolvió la mirada sin dejarse amilanar por su ceja enarcada. Ya en un primer vistazo se sabía que no estaba enfadado ni sospechaba de su presencia en el despacho. Acababa de salir de la ducha, porque olía a jabón y espuma de afeitar y la ropa limpia de deporte emanaba un agradable aroma a suavizante.

Ella se encogió de hombros y quitó la música.

Por un momento solo se oyó el silencio entre los dos.

—Si tenía que esperar a que volvieras y estuvieses presentable para hacerme un tour por la casa, me iban a dar las uvas. Y Marcelo me dio permiso para husmear todo lo que quisiera. ¿A qué hora has llegado?

—¿Del club? Me vine un par de horas después de dejarte en el portal. El ambiente se quedó enrarecido tras tu impresionante llegada y pude cerrar el garito antes.

—¿Tras mi impresionante llegada? Querrás decir tras tu impresionante intervención.

—Lo mismo da que da lo mismo —respondió sin el menor género de bochorno.

—Pensaba que estarías durmiendo. —En la expresión vagamente socarrona de Karim había implícitas dos respuestas: «¿En qué cama, Lita, si la mía estaba ocupada? ¿Y desde cuándo duermo yo cuando el sol brilla en lo alto?»—. ¿Fuiste tú el que me llevó del salón a tu dormitorio?

—Es ridículo dormir en un sofá pudiendo hacerlo en una cama.

—¿Y dónde has dormido tú?

—No he dormido, pero lo habría hecho en el cuarto de tu hermano. No te llevé allí porque supuse que si no habías querido

ocuparlo, tus razones tendrías. —Se encaminó hacia la salida sin esperar respuesta—. Ven a desayunar.

Paula se quedó mirando su espalda con suspicacia. La camiseta de lycra negra se ceñía a sus contornos subrayando unos dorsales hiperdesarrollados como las aletas de un animal marino y una cintura estrecha. La prenda era un par de tallas más pequeña de la que gastaba y el borde inferior se le había levantado lo suficiente para revelar los dos hoyuelos del hueso sacro.

Le sorprendió descubrir algo sobre Karim que no sabía, como en este caso la existencia de esos hoyuelos.

Lo siguió en completo silencio con un cosquilleo en el vientre que solo podía relacionarse con el deseo de actuar lo antes posible. No podía delatar que tenía prisa por alquilar un coche y trasponer al concesionario para recibir cuanto antes una invitación formal a French 75. Si jugaba bien sus cartas y Rob Roy no contaba con una sumisa exquisita para entonces, podría acceder sin el permiso de Karim el fin de semana siguiente.

Paula se sentó en uno de los taburetes de la isla y apoyó los codos para seguir con la mirada a Karim. Se movía con sinuosa agilidad, toda de la que era capaz un hombre con sus dimensiones corporales, pero había una tensión secreta impidiéndole actuar con normalidad. Sabía que era culpa suya, y decía *culpa suya* —culpa de Paula— y no culpa de la curiosidad sexual que él pudiera sentir por ella porque Paula había explorado —y explotado— la debilidad de Karim en su beneficio cientos de veces antes.

La noche anterior, sin ir muy lejos.

Eso la convertía en un sujeto totalmente impredecible, y a Karim no le gustaban las sorpresas. Era lógico que no estuviera cómodo en su compañía.

Ella, en cambio, estaba la mar de satisfecha.

Sabía que él jamás daría un paso en falso.

—¿Cuándo vuelves a Stanford? —le preguntó él en tono desenfadado.

Estaba de espaldas a ella introduciendo un par de gofres en la tostadora.

Lo vio desplazarse hacia la nevera de doble hoja para sacar zumo de naranja, agua mineral, mermelada y leche.

Paula se miró el borde de las uñas de gel.

—He dejado la carrera.

Karim cerró la nevera de un golpe seco y todavía se quedó un momento inmóvil antes de encararla con una mezcla de incredulidad y sorpresa.

Eligió tomárselo como una provocación y sonrió, negando con la cabeza.

Sirvió un vaso de zumo y lo dejó sobre la isla.

—Estás de coña, ¿no?

—No.

Paula fue a tomar el zumo para dar un trago, pero él lo desplazó muy hacia la izquierda.

—Ese es de ayer. Ahora te hago a ti uno recién exprimido. —Apoyó las manos en el borde de la isla y se inclinó hacia delante. El movimiento le tensó los músculos de los antebrazos y bíceps, pero Paula no se fijó porque la había atrapado con su mirada grave—. ¿Cómo que has dejado la carrera?

—Puedo beberme un zumo exprimido ayer. No me va a matar, y eso de que se van las vitaminas es un cuento chino. —Alcanzó el vaso estirándose por encima de la mesa. Lo sostuvo cerca de los labios antes de decir—: No estaba convencida de lo que hacía. Para eso, mejor no hacerlo.

Karim le quitó el zumo de la mano antes de que lo probara. Lo plantó en la encimera, a dos metros de distancia, con un golpe seco.

—¿«No estabas convencida de lo que hacías»? Llevas soñando con estudiar Derecho desde que tienes conciencia. Eres la única niña del mundo que respondía «abogada» cuando le preguntaban qué quería ser de mayor. Ni princesa, ni bailarina, ni cantante, ni diseñadora de moda, ni veterinaria. Querías ser abogada.

—Y por lo visto una no puede dejar de querer lo que quería cuando era una niña. ¿Me permites que ahora me den asco los *Pop-tarts* y no haga los tests de las revistas de cotilleos para averiguar qué Jonas Brother sería mi novio, o eso tampoco?

—Los gustos son una cosa y el carácter otra muy distinta. Una no puede dejar de ser lo que era cuando era una niña, y eras una niña ambiciosa.

—Supongo que es normal que tú sostengas ese argumento. Llevas soñando con lo mismo desde que tienes uso de razón —le sostuvo la mirada con intención y sin alterarse. Nunca se alteraba. Si se alterase cada vez que Karim o Marcelo le cantaban las cuarenta, la habrían tenido que internar en un sanatorio mental. Prolongó la agonía del misterio, poniéndolo nervioso, para acabar resolviendo con desenfado—: Un billón de dólares en el banco, claro. En mi caso y en el de otras muchas personas que seguramente no respetas porque no comparten tus valores, Karim, las cosas cambian. Los gustos y el carácter.

Se levantó del asiento y fue a recuperar el zumo, ya por una cuestión de principios, pero le cerró el paso. Se miraron unos instantes, los que los gofres tardaron en anunciar que estaban listos. Él los sacó de la tostadora, los puso en un plato y procedió a decorarlo con las florituras que le hacían la boca agua a su invitada: sirope de arce, virutas de chocolate y fresas cortadas en juliana formando un círculo a su alrededor.

Karim se lo entregó con gesto severo.

—Tú no. Siempre has llevado el pelo así de largo, así de liso y con la raya en medio —señaló su melena lacia con un gesto de barbilla —. Siempre te ha gustado el desayuno norteamericano y lo tomas incluso cuando estás de vacaciones en casa de tus padres, en Santiago. Siempre te callas cuando empieza una pelea, siempre pones Plan B mientras te maquillas y, por supuesto, siempre has tenido claro que ibas a defender los derechos de los trabajadores cuando te graduaras. Has vivido cada día de tu vida de acuerdo a todo esto. ¿Por qué ya no?

Paula comprendió que no iba a dejar correr el asunto si no le ponía un alto. Esbozó una sonrisa de plástico y bajó la vista hacia los brazos venosos de Karim. Se recogió un mechón detrás de la oreja, se humedeció los labios y apoyó la mano en su hombro.

De puntillas y con la cabeza alzada, sin mirarlo a los ojos, le dijo:

—Una chica tiene derecho a disfrutar de una etapa... alocada, ¿no te parece? Fíjate cómo me has descrito. Sueno terriblemente aburrida. Ya me tocaba salir, conocer gente cuestionable... Hacer cosas divertidas, en definitiva.

El intento de provocación sirvió a medias: Karim tragó saliva, pero no permitió que le distrajera.

—No a costa de sacrificar tu futuro. Tienes que estudiar, Paula —le dijo con franca preocupación—. No porque seas muy inteligente y lo reforzara que te aceptasen en todas las buenas universidades, no porque tu familia lleve años trabajando para pagarte la matrícula, no porque sea lo que siempre has querido..., sino porque debes asegurarte un porvenir. ¿Qué vas a hacer, si no?

—A lo mejor pongo un club nocturno. Ni Marcelo ni tú habéis estudiado una carrera y os está yendo la mar de bien. Yo vivo en veinte metros cuadrados con otras tres compañeras y vosotros en un ático de lujo.

—Hemos sufrido como hijos de puta para llegar hasta aquí.

—¿Y no crees que yo sea lo bastante fuerte para soportar la precariedad en tanto que me llega el gran éxito?

—No es eso. Pero tienes escrúpulos, y con principios y valores humanos no se llega lejos.

Paula se rio por lo bajo y lo esquivó para ir hacia la nevera.

—Tú y tus cumplidos envenenados.

—Dime la verdad, Paula —exigió Karim—. ¿Por qué quieres dejarlo? —vaciló y bajó el tono al preguntar—: ¿Es por Nicole?

Ella agradeció que la puerta del frigorífico la escondiera de su mirada inquisidora, o de poco le habría servido su talento para el disimulo y hasta para el engaño: Karim le habría leído en la cara los porqués y en qué pretendía invertir su tiempo ahora que se había librado de sus responsabilidades universitarias.

El pulso se le aceleró por efecto de la indignación y necesitó unos segundos de silencio para no espetarle que no se pusiera el nombre de Nicole en la boca nunca más. Sabía que un exabrupto de esa categoría sería injusto además de desproporcionado.

Sacó un plátano y cerró la nevera cuando ya había compuesto una expresión serena. Peló la piel muy despacio, fingiéndose

sumergida en sus pensamientos, y contempló su obra con la cabeza ladeada.

—Tengo un poco de prisa —suspiró—. Voy a unirme a un *free tour* ahora, a las ocho, y todavía me tengo que vestir. ¿Te puedes creer que llevo toda la vida viviendo en San Francisco y hay monumentos y museos que aún no he visitado? En fin, la conclusión es que no me va a dar tiempo a comerme los gofres. Con esto —sacudió sutilmente la mano que sujetaba la banana— ya me basto y me sobro.

Sintiendo la mirada de fastidio y preocupación de Karim sobre ella, Paula se introdujo en la boca el plátano casi entero y lo deglutió aplastándolo con el paladar. Lo masticó despacio con los dientes y arrojó la cáscara a la basura bajo el fregadero. Pasó por el lado del pasmado Karim haciéndole una caricia sutil en la cadera y, encaminada hacia el salón, donde había dejado el macuto con su ropa, le preguntó:

—¿Me dejarías tu coche para moverme por la ciudad? Así me ahorro alquilar uno.

Sabía que Karim había abandonado la cocina, molesto, para retarla. Pero ella se quitó la camiseta por la cabeza y la arrojó al suelo, un movimiento lo bastante contundente para aniquilar cualquier reserva o reproche que él pudiera haberle dirigido.

Sin sostén y solo con el culote puesto, se giró hacia él cubriéndose los pezones con las manos.

Lo miró suplicante.

—¿Por favor?

Karim apretó la mandíbula. Esperaba que se diera media vuelta, azorado, y le dijera que sí con la boca pequeña.

Ese había sido su modus operandi en el pasado.

Por ejemplo, una vez, no hacía mucho tiempo, Paula llegó de su entrenamiento con las animadoras y se sentó en la encimera de la cocina para dar buena cuenta de un zumo envasado. Karim se iba a quedar esa noche con Marcelo en la casa de los León. Le bastó verla todavía con el uniforme cruzada de piernas sobre la mesa para empezar a tartamudear. «¿Sabes dónde está Marce?», le preguntó con la bolsa de deporte colgada del hombro y la cabeza gacha pero

la mirada vagando por sus piernas descubiertas. «Todavía no ha llegado. Puedes merendar mientras, si quieres», respondió ella, y le tendió su zumo multifrutas.

Karim no se negó al ofrecimiento y alargó la mano hacia el envase, pero ella se negó a entregárselo y él tuvo que dar un par de sorbos de su pajita ya estrenada como el pájaro que comía de la mano de su dueña.

Paula estaba convencida de que si lo provocaba lo suficiente terminaría demostrando que era exactamente igual que los demás; que los jugadores de béisbol o fútbol americano, que los listillos de los clubes de matemáticas y ciencias, que los alternativos que se paseaban, exultantes, con sus flequillos emo y sus camisetas de punk británico. Todos tenían algo en común, y era que le meterían mano en cuanto ella les diera la señal.

Y si no se la daba, también.

Desconfiando de todo y todos, pues, Paula le lanzaba las señales tan soñadas para otros a Karim, esperando que picara para confirmar que no, nadie se salvaba. Esa tarde, lo que hizo fue abrir las piernas de par en par, exhibiendo así las bragas bajo la falda de tablas, y acercar la mano del zumo a su propio pecho para que él tuviera que aproximarse a la vez y encajarse entre sus muslos.

Karim no se movió un ápice. Decidió que ya estaba saciado, le agradeció el gesto con la cortesía de siempre y luego le preguntó, medio turbado, si, en tanto que Marcelo llegaba, querría echarse con él una partida de *Tekken*. Con timidez, sacó del macuto el videojuego y anunció con la boca pequeña que acababa de comprar su sexta entrega para la PlayStation.

Paula le dijo que sí y derrotó a su Steve Fox con el personaje de Xiaoyu, que en esa versión había sustituido su traje rosa por uno naranja.

«Me gustaba más el de antes», recordaba haberle dicho ella con la vista fija en la pantalla.

«Le quedaba mejor», contestó él.

Esa fue toda la conversación hasta que llegó Marcelo.

Paula se lo pasó de maravilla.

Ella no era la única que no cambiaba, porque el Karim del presente tampoco sucumbió esta vez a sus intentos de provocación. Avanzó hacia su torso desnudo mirándola directamente a los ojos y le aclaró con una media sonrisa que se la tenía jurada.

—No vas a conseguir librarte de esta conversación como otras veces, Paulita —la advirtió—. No me hace ni puta gracia que te arruines la vida, y todo ¿para qué? ¿Para colarte en clubes de alterne? Deja los negocios sucios para los que no tienen otra cosa y céntrate en lo tuyo.

—¿«Los que no tienen otra cosa»? ¿Así es como hablas de ti? ¿Del gran Califa?

—No escurras el bulto.

Paula tuvo que subir la apuesta para quitárselo de encima. Alargó la mano hacia la piel recién rasurada de su mejilla —de entre la barba larga del día anterior, había reaparecido su clásico bigote con perilla— y le rozó la cara. Siguió la ruta de la caricia por la mandíbula afilada y el cuello. Detuvo la palma abierta en su pecho y lo miró desde abajo.

—¿Por qué te preocupas tanto por mí?

Retiró la otra mano del pezón izquierdo, quedándose semidesnuda ante él, pero demasiado cerca para que Karim pudiera verla sin agachar la vista...

... cosa que, huelga decir, no hizo.

—Porque eres la hermana de mi mejor amigo.

—Ah, sí, la respuesta predeterminada —se mofó—. Eres como un contestador automático.

—Insisto. Hay cosas que no cambian.

—Ya. ¿Y solo te acuerdas de que tu aprecio hacia mí «no cambia» cuando me ves en persona? Porque para tenerme tanto cariño como juras, aunque dicho cariño me llegue «porque te caigo en herencia» —hizo las comillas con los dedos, quedándose así desnuda de torso —, no me llamas nunca. Habrás de entender que no me tome muy en serio los consejos e inquietudes de un hombre que se comporta como si no existiera trescientos sesenta y cuatro días al año... A no ser que sea bisiesto, claro, que entonces son trescientos sesenta y cinco.

Karim compuso una expresión a caballo entre la desorientación y la tristeza por lo que entendía como una injusticia.

—No me gusta importunar —se justificó con dificultad—. Tampoco estaba ni estoy seguro de que quieras saber nada de mí el resto del año.

En su fuero interno, Paula lamentó tener que continuar el teatrillo a sabiendas de que Karim hablaba con el corazón en la mano. Sonrió mordiéndose el labio inferior y se puso de puntillas, apoyada en el amplio pecho masculino, para hablar casi contra su boca sellada por la contrariedad.

—Yo siempre quiero saber de ti —murmuró. Repitió la caricia en la dirección inversa: sus dedos le acariciaron el cuello de la camiseta, la protuberancia de la garganta, el mentón, y desde ahí se desviaron a la nuca rapada. Se estiró un poco más, solo un poco más, y le rozó el lóbulo de la oreja con los labios húmedos—. Eres tú el que en el fondo no quiere saber de mí..., no vaya a ser que te enteres de algo que no te gusta.

—Pues claro que no me gusta enterarme de que dejas la universidad.

—No me refería a eso. Si la hubiera dejado para trabajar, no te molestaría tanto, pero la he dejado para entregarme sin mesura a los placeres que lleváis años escondiendo de mi curiosidad. Y eso...

Karim la sorprendió cogiéndola de la cara con una sola mano. La miró a los ojos, los suyos convertidos en dos caramelos de naranja derretidos.

—Para —pretendía sonar exigente, pero se filtró una nota de debilidad—. Estás en la casa de tu hermano.

El mensaje implícito, que le transmitía como un ruego, era más bien este: «Eres la hermana de mi amigo».

Paula obedeció entre risas retrocediendo unos pasos con los brazos cruzados sobre el pecho, cubriendo lo que en realidad no había pretendido nunca que él viera. Se giró para sacar la ropa de diario del macuto y, cuando la tenía apoyada en los antebrazos, lo miró por encima del hombro con una mezcla de sorna y desdén.

—Se supone que también es tu casa —comentó ella, y se encaminó al baño para arreglarse con intimidad—, pero, por lo que

se ve, eres todo fachada, Califa. No tienes ningún poder ni aquí ni sobre tus propios deseos.

»Normal que regentes un club de sadomasoquismo y fetichistas. Lo único que te queda es ver desde tu baluarte cómo la gente que sí es valiente se atreve a aceptar y tomar lo que quiere.

Capítulo 5

Paula no sabía qué esperaba que sucediera, qué demonios contaba con ver, pero allí se dirigía religiosamente cada dos o tres días: a la última mansión estilo colonial del barrio de Sierra Oaks en la ciudad de Sacramento, a una hora y media de distancia de San Francisco.

Procuraba que el vehículo que conducía con la mente en blanco y el estómago encogido fuera distinto cada vez y, a poder ser, tuviera los cristales tintados. Así no saltarían las alarmas de la plantilla de empleados del hogar o de los miembros de seguridad que con toda probabilidad guarecerían la casa de *paparazzi* y enemigos políticos. Tampoco saltarían las de Karim, que apostaba por que había dotado su colección de coches de un moderno dispositivo que lo ubicaba en tiempo y espacio siempre que estuviera en marcha. Era el primero que no debía enterarse de que los paseos de Paula la llevaban, curiosamente, al mismo sitio.

Una vez entraba en el bonito barrio de lujo, reducía la marcha hasta aparcar a una calle de distancia —o, a veces, demasiado cerca de su objetivo— y apagaba la radio para poner los cinco sentidos en la cancela de acceso.

Ese miércoles su rutina no había sido distinta. Le había tocado trasponer sobre las seis de la tarde, cuando se daba por sentado que las jornadas laborales habían concluido. Pero también había conducido hasta su destino muy temprano, antes incluso de que saliera el sol, y muy tarde, cuando Karim ya se había marchado al club.

Era consciente de que sus escapadas no tenían ningún sentido puesto que no iba a obtener por arte de magia una prueba inculpatoria. Además, corría el riesgo de ponerse en evidencia, y esa sería la forma más estúpida de dinamitar sus esfuerzos. Del mismo modo sabía que no le hacía ningún bien emocional, tanto si llegaba a verle la coronilla a James Carver como si el viaje era en vano.

Si lo que quería era enfrentarse a él cara a cara, algo que le haría un flaco favor a su objetivo, sería más inteligente que se plantara en

el bufete de abogados o que echara un vistazo a su calendario de apariciones públicas. Al final, estaba al tanto de las zonas por las que se movía y era lo bastante inteligente para idear un presunto encuentro casual.

Los medios y especialistas coincidían en que la preparación de su campaña política estaba siendo un éxito. Carver seguía con rigurosidad y diplomacia los pasos prefijados por sus antecesores políticos y reafirmaba el apoyo de sus votantes con cada una de sus apariciones públicas. Se había ganado el apoyo de los directores ejecutivos de empresas emergentes y de los fondos de inversión de las zonas de Palo Alto, Sand Hill Road y Mountain View. Solo en el ático de Pacific Heights donde había organizado una cena para divulgar su mensaje, había cosechado más inversiones económicas de las estimadas inicialmente, con una asombrosa aportación media de veinte mil dólares por asistente. Era poco probable, pues, que pasara por casa teniendo unos clientes corporativos que atender en Carver & Ford, desayunos de trabajo con la Cámara de Comercio, entrevistas televisadas, reuniones privadas para solicitar *endorsement* de asociaciones profesionales de letrados y economistas, conferencias en universidades y un largo etcétera.

Pero, aun así, Paula podía llegar a echar tres largas horas con la vista clavada en su precioso jardín delantero, en el movimiento del servicio doméstico que se atisbaba a través de los ventanales estilo colonial; en el trasiego de los invitados —a veces vecinos, a veces mujeres de la alta sociedad californiana— de la señora de la casa.

Alguien más impetuoso habría llamado a la puerta y se habría citado con la mencionada esposa para ponerla al corriente de las dudosas actividades de su marido. Alguien menos ambicioso se habría conformado con arruinarle el matrimonio, algo que no habría sido moco de pavo: un divorcio no solía quedar muy bien en el currículum de un candidato del Partido Republicano. Pero Paula no era estúpida, y más allá de que las separaciones se empezaran a ver con buenos ojos también en sectores conservadores, sospechaba que los esbirros de Silicon Valley, como el mismo James Carver, llevaban sus asuntos personales de una manera distinta al resto de los mortales.

¿Quién podía asegurarle que la mujer no estaba al tanto de las andanzas de su cónyuge? Se mataría antes de sabotear su oportunidad cometiendo una insensatez como sentarse en el salón de los Carver, contar la historia y obtener una sonrisa tirante y un «¿Cuánto dinero quieres?» como toda reacción.

¿Y qué reacción quería?

Fácil.

Quería arruinarle la vida a James Carver de tal manera que no le quedase otra opción que contemplar el suicidio.

Y para eso necesitaba que el hijo de puta asomara el pelo por French 75.

Cuando ella estuviera allí, siendo específicos.

No era como si tuviera nada mejor que hacer que esperar, de todos modos. Había contado ya de entrada con que las cosas no irían como la seda y que, de hecho, tendría que ser paciente, insistente y terriblemente manipuladora para sacar adelante la estrategia. Pero cada día que pasaba, James Carver ganaba más adeptos, escalaba puestos en las listas, mejoraba su porcentaje en las encuestas, y ella no podía soportarlo. Su sentido de la ética tenía sed de justicia, y la sed era una sensación apremiante e imposible de ignorar. No podía ignorar tampoco que, aunque no tuviera una carrera universitaria o un trabajo al que volver, cuanto más demorase en obtener resultados, cuanto más tiempo permaneciera a la vista del lince de Karim, más riesgos correría de ser descubierta y que todo se fuera al garete.

Porque no le cabía la menor duda de que intentaría detenerla.

A raíz de su comportamiento errático, Karim había estado vigilándola sin disimulo y aprovechando cualquier cruce para recordarle que Stanford la esperaba. Por eso no le quedaba otro remedio que pasar por el piso lo menos posible y jugar al despiste. Y el despiste consistía en respetar la adorada medianía: alternar sus ratos de vigilancia absurda en el coche y sus citas con Rob Roy, al que ya se había metido en el bolsillo, con un tiempo de calidad con Karim que al menos sirviera para aplacarlo.

No le convenía nada tenerlo sospechando. Era el chivato de su hermano, a fin de cuentas. Si hacía un movimiento brusco, llamaría

a Marcelo..., y entonces sí que estaría jodida.

Porque Marcelo no solo no intentaría detenerla, sino que tomaría cartas en el asunto.

A nadie le convenía que Marcelo León tomara cartas en ningún asunto.

Paula arrancó el motor cuando el reloj iba a dar las siete y media. Esperaba encontrarse a Karim en el apartamento y poder sorprenderlo con una cena o una película que lo convenciera de que todo iba de maravilla y seguían siendo dos buenos conocidos con un ser querido en común. Pero antes de girar el volante para perderse calle abajo, observó que un coche con chofer se detenía a las puertas de la cancela de la mansión. Una figura familiar se apeó del asiento trasero.

El pie se le quedó petrificado sobre el acelerador, amenazando con ejercer la presión justa.

Leyó en los labios de James Carver la despedida y agradecimiento hacia el conductor. Se reía por algo que este le había dicho mientras se echaba al hombro con desenfado la bolsa de deporte. Tenía que haber pasado por el gimnasio después de marcharse del bufete. Vestía un pantalón holgado por las rodillas y una camiseta de lycra a la que el sudor le había estampado un triángulo invertido en el pecho. Llevaba el cabello negro con salpicaduras plateadas echado hacia atrás, despejándole la cara brillante por el orgullo del esfuerzo.

El paseo hacia la entrada de casa solo podría haberse descrito como triunfal.

Como si lo hubiera acordado con su esposa, esta abrió la puerta para recibirlo con un abrazo cariñoso por los hombros y un casto beso en los labios.

Huelga decir que la mencionada señora Carver era una preciosa joven de treinta y dos años. Según rezaba la información pública, el abogado y político se había casado con ella hacía más de una década, cuando él contaba con nada menos que cuarenta y cuatro. Parecía que fuera tradición que los zorros plateados de Silicon Valley escogieran a su futura mujercita entre alguna de las universidades que rodeaban San Francisco...

... Mientras ella cursaba primero o segundo, claro.

Paula se clavó las uñas en los muslos. Masculló una serie de juramentos por lo bajo en su lengua materna —*culiao de mierda*— y, presa de un arrebato furioso, acabó golpeando el volante hasta seis veces con los cantos de las manos.

Ahí estaba él, feliz de volver a su lujosa mansión, a los brazos de su amoroso cariñito, después de un día redondo de trabajo corporativo, almuerzos en restaurantes de estrella Michelin y una gratificante sesión de ejercicio con su entrenadora personal, a la que de seguro se estaría follando.

La puta vida de ensueño.

La puta vida de un campeón.

Paula se secó las lágrimas de rabia con los dorsos y se apresuró a meter la marcha para largarse de allí antes de que se la llevara el demonio. Condujo por la autovía violando más de una norma de tráfico, el corazón bombeando sangre contaminada de odio y asco, la imagen romántica de Carver grabada a fuego en la cabeza.

Ella se lo había buscado por insistir en ir hasta allí.

Inspiró hondo y se repitió que todo saldría bien. Tarde o temprano, a Carver le superarían sus sórdidos deseos y acudiría a French 75. Gracias a Rob Roy había podido confirmar los datos que en su día le proporcionó Nicole: era cuestión de tiempo que se le viera por el club.

No dejaba de ser uno de los miembros de la lista de vips.

Según le había contado el amo, había unos cuantos asiduos interesados en ocupar un lugar en la cúpula de inversores y socios. Paula había querido seguir insistiendo para sonsacarle más detalles, pero por más que Rob Roy supiera que era la hermana de Marcelo, no iba a cometer la insensatez de revelar datos sensibles. También ella había comprendido muy pronto que no podría averiguar mucho más sin dejarse el culo al aire.

Literal y figuradamente.

—Está claro que no te interesa French 75 por los servicios que ofrece —le había dicho la noche del martes anterior, apenas un par de días después de conocerse en el concesionario.

El tipo había tenido la galantería de invitarla a cenar antes de siquiera sugerir una visita al club. A fin de alimentarla como Dios mandaba, un gesto de caballerosidad casi paternal que por lo visto compartían todos los amos, se había decantado por un restaurante que fusionaba la comida mediterránea con los sabores asiáticos.

No había esperado ni a que sirvieran los entrantes para abordar el tema de su interés.

—¿Qué te hace pensar eso? —le había preguntado Paula con un Pisco Sour en la mano.

—Que te interesa más hablar de la curiosa fauna del club, de su reputación y funcionamiento, que de sus servicios sexuales. Además; he tratado con unas cuantas mujeres a lo largo de mi periplo en el BDSM y sé distinguir a una apasionada del sexo de una que no lo es.

—Y supongo que distingues a las apasionadas de las frígidas en función de lo que tardan en acostarse contigo.

Rob Roy se había reído, divertido con su comentario afilado.

A Paula le había sorprendido de forma grata que no fuera la clase de hombre que miraba a los espíritus retadores con ternura condescendiente o, peor, con lascivia. El escocés no consideraba atractivo que le llevara la contraria y tampoco refrescante, lo que denotaba que sí, se había relacionado con muchas personas del sexo opuesto dentro y fuera de la cama y le gustaba que cada una de ellas tuviera su propia personalidad.

Sin sexualizarla, además.

No de una manera flagrante y desagradable para ella, al menos.

—No te negaré que las ganas que me tengan sean un indicador fiable de la intensidad de su libido —le había reconocido con un asentimiento risueño—. Pero en tu caso no lo he descubierto porque haya proyectado mis deseos. Te delata algo tan sencillo como la forma en que te diriges a los hombres.

—¿A qué hombres?

—A mí, por ejemplo. A todos los que te miraron de arriba abajo en el concesionario, fueran atractivos, maduros o unos cerdos. No te interesan. Diría que incluso te fastidian —había resumido, no sin curiosidad—. ¿Qué es lo que esperas entonces del club, Paula? ¿Tiene algo que ver con un gusto culpable por llevarle la contraria a

Califa? Porque por más que me guste sacarle las canas verdes, es un hombre al que respeto y que espero poder llamar amigo algún día. No me gustaría meterme en problemas, y una relación complicada cargada de tensión sexual como la vuestra es un problema de los gordos.

—Nadie ha dicho nada de relaciones cargadas de tensión sexual. Te he mencionado que Califa se opone a abrirme paso porque soy prácticamente su familia y resulta que es tan machista como mi hermano.

—Preferiría tildarlo de sobreprotector antes que de machista, que son palabras mayores.

—Créeme. No son palabras mayores.

Rob Roy se la había quedado mirando con un interés indisimulable.

Esperó a que la camarera sirviera los entrantes para continuar la conversación.

A diferencia de cuando había traído los cócteles, que la había ignorado en señal de respeto a su acompañante, esta vez sí se permitió guiñarle un ojo. Había captado muy rápido que con Paula no iba a llegar a ninguna parte, por lo que no merecía la pena contenerse si había otras bellezas pululando en las inmediaciones.

Por algún motivo, la frigidez de su acompañante no solo no le hacía reacio a seguir cenando con ella, sino que lo motivaba más aún.

«Así que hay cosas que pueden interesarle de las señoritas más allá de su coño», había pensado Paula, no sin desdén.

—Desde que te conozco, y he de admitir que ese «desde» no abarca mucho tiempo, lo más cerca que te he visto de sentir alguna mínima emoción por un hombre ha sido cuando has mencionado a Califa. Discúlpame si he malinterpretado vuestra dinámica.

—Pensaba que el arte de contradecirse en la misma frase era una cosa de mujeres —había ironizado ella—. Has empezado insinuando que soy una frígida y ahora dices que me siento atraída por Califa. —Desvió la mirada a su cóctel y dio un sorbo indiferente—. Decídete.

—Yo no he dicho que la tensión sexual la pongas tú. Ni que sea correspondida, si a esas vamos.

—¿Entonces?

—Me he movido lo suficiente con Califa y con Scorpion para saber quién es la famosa Paula, y me he movido también lo bastante por el mundo para reconocer en una mirada y en la inflexión de una palabra qué siente un hombre por la mujer que ha nombrado. —Rob Roy se había inclinado hacia delante para apoyar los codos sobre la mesa. Se le flexionaron los músculos endurecidos de los antebrazos, expuestos gracias al corte informal de la camisa remangada y coloreados de tatuajes *old school*. La miró a los ojos con una mezcla de simpatía y suspicacia—. Está claro que tú y yo no vamos a follar. No te voy a negar que eso me pese, pero no me importa tanto porque tocarte podría arruinarme la vida y porque, más que atractiva, me pareces la hostia de interesante. ¿Por qué le harías pensar a Califa que nos hemos acostado dejándome llevarte a French 75? ¿Tan poco soportas al género masculino que quieres que me mate solo por el placer de quitarte a un tío de en medio?

Paula había estado a punto de sonreír.

—Tú sí que eres interesante, Magnus —le había rebatido con una sonrisa fría—, aunque no más que el resto de tu género. Todos tenéis una cosa en común: nada os atrae tanto como la idea de dominar o persuadir a una mujer que odia a los hombres.

—Yo no te quiero dominar. Te quiero entender. Y me parece de justicia que me ayudes a hacerlo dado que me estás utilizando para llegar a solo Dios sabe dónde. Insistiré una última vez. ¿Qué quieres de French 75, Paula?

Ella había tenido que salir del paso acogiéndose a la única excusa verosímil.

—Demostrarles a Califa y a mi hermano que ya no soy una niña pequeña. A lo mejor así dejan de controlarme.

Rob Roy se había echado hacia atrás en su asiento para mirarla con aire pensativo. Tamborileó los dedos contra la mesa de madera manteniendo la sonrisa en los labios.

A Paula le dio la impresión de que era la definición del tipo que sabía divertirse. Y sabía divertirse porque se divertía todo el tiempo,

en todas partes, en compañía de quien fuera, tuviese razones o no, hubiese chistes de por medio o, por el contrario y como en ese caso, un acertijo peligroso.

—Eso me lo puedo creer más. ¿Y qué pretendes que haga yo, aparte de abrirte camino?

—Satisfacer mi curiosidad. French 75 es un misterio para mí porque los dueños me tratan como si fuera menor de edad. Quiero conocer sus secretos como los conocería un usuario frecuente. Es un capricho que tengo —había concluido ella con un encogimiento de hombros.

Rob Roy la había observado atentamente.

—Yo no diría que seas una mujer caprichosa.

—¿Y qué soy?

—Una mujer que no sopesa los peligros. El único secreto de French 75 que tienes que conocer para entender por qué existe, por qué funciona y, sobre todo, por qué no se te abren sus puertas, es que Califa está loco por ti.

Paula ni se inmutó.

—Que se ponga a la cola.

Rob Roy había estallado en carcajadas.

—Ay, Paula, Paula... —Meneó la cabeza con dulce condescendencia, y esperó a haber dado un trago al whisky para mirarla a través de las pestañas—. No existe una cola de hombres que sientan esa clase de devoción por una mujer, ¿sabes? A lo mejor hay dos o tres, cuatro, a lo sumo, en todo el planeta Tierra, y no se ponen en fila porque están ocupados arrancándose los pelos. Harías bien en no subestimar hasta dónde los puede llevar semejante pasión.

Paula había desviado la vista, repugnada con el tema de conversación pero decidida a prolongar la cita. Todavía no había averiguado si existía un modo de saber cuándo acudiría quién a una velada y, en el caso negativo, cómo podría asegurarse de que James Carver asistía un día concreto.

—«Semejante pasión» —repitió con cinismo—. Como tú comprenderás, no me conmueve ni que un tipo se muera por follarme ni que haga el caballeroso esfuerzo de disimularlo.

—Te concedo que no lo disimula muy bien si lo has notado. Pero, mujer..., apiádate de la pobre criatura, ¿no? ¿Qué culpa tiene él de estar enamorado?

—¿Qué culpa tendría yo de que estuviera enamorado, en el caso de que de verdad fuera un enamoramiento y no el capricho de meterme mano? Si es doloroso permanecer al lado de alguien con la esperanza de que algún día te haga caso, imagina ser la persona ajena a esos sentimientos que descubre de repente que nada de lo vivido fue genuino; que la atención recibida venía con la condición de que tarde o temprano fuera correspondida con una mamada épica.

Rob Roy había reaccionado con fascinado asombro.

—Eres implacable, ¿eh? Ese ha sido un análisis un poco... crudo.

—¿Y desde cuándo le tiene miedo un amo sadomasoquista a lo crudo? Lo cortés no quita lo valiente: sigue siendo un análisis acertado. Seguro que conoces a algún hombre que fingió una amistad con una mujer con la pretensión de seducirla en cuanto rompiera con su novio, se emborrachara o se declarara emocionalmente disponible.

—Dudo que ese sea el caso de Califa.

—Yo también dudo que espere una mamada por mi parte —había reconocido ella—, pero no significa que no la quiera, y eso corrompe la pureza que debe tener cualquier amistad.

—No estoy de acuerdo. —Rob Roy parecía encantado con la deriva de la conversación. Se le ocurrió que, consagrado como estaba a la pasión carnal, a lo mejor echaba de menos los estímulos intelectuales—. Algo tan natural e incontrolable como el deseo físico no debería corromper la pureza de ninguna relación.

—Pero lo hace.

—Madre mía. Está claro que tú no eres muy fan del *friends to lovers...* ¿Qué? —se había defendido extendiendo los brazos—. A una mujer con la que salía le encantaba la novela romántica y estoy familiarizado con su terminología, ¿vale?

—No, no soy muy fan del *friends to lovers*. —Hizo las comillas con los dedos—. Si quiero leer una historia de terror, me compro un libro de Stephen King.

—¡Terror! —Se agarró al borde de la mesa con los ojos muy abiertos—. Qué exagerada.

—Sí, seguro que es una exageración temer que una persona que te quiere por lo que eres, por tus valores, tu sentido del humor y tu inteligencia pase a percibirte sexualmente; que, cuando se acuerde de ti, pase de anhelar tu compañía de forma platónica a fantasear con la flexibilidad de tu cuerpo y sus infinitas posibilidades. Nada contamina tanto el amor a pesar de su mundanidad como la infección del deseo.

—A mi parecer, en el amor coexisten lo platónico y el deseo en la misma proporción..., pero está claro que no voy a convencerte. No soportas que te cosifiquen (tus motivos tendrás, todos ellos respetables), y supongo que no te falta razón. Siempre hay un poco de eso en el sexo, ¿no? De cosificación.

—Por eso no me interesa lo más mínimo.

—¿El sexo, dices? —Ella había asentido—. Pero lo has probado como Dios manda, ¿verdad?

—¿Cómo lo manda Dios? ¿En el seno matrimonial y con el fin de procrear?

—Con alguien que te quiere y respeta, por mencionar unos mínimos.

Paula le había sostenido la mirada sin pestañear.

No pronunció en voz alta el secreto que había guardado durante sus veintidós años, y no por vergüenza o por miedo al juicio, sino porque le constaba que muchos de sus asquerosos admiradores la desearían el doble al saberla pura.

Él captó al vuelo la respuesta implícita y reaccionó con perplejidad.

—No me digas que no has perdido la virginidad. Una mujer como tú...

—No me gusta esa expresión. «Perder la virginidad» —le había interrumpido—. Ninguna polla es tan importante como para cambiar o arrebatarme nada de lo que tengo o soy. Una persona completa y satisfecha, por si no saltaba ya a la vista.

Rob Roy se había tomado la libertad de decir:

—Completa estás. Satisfecha... Bueno, eso no lo pareces tanto. En cualquier caso, no es asunto mío, pero te puedo asegurar que a tu hermano y a Califa les encantaría saber que nadie te ha puesto la mano encima.

«Nadie ha dicho que no me hayan puesto la mano encima», podría haberle corregido, pero conociendo a Rob Roy como empezaba a conocerlo, no habría contenido su curiosidad y habría seguido indagando, esta vez con razonable alarma.

—Por eso, porque les encantaría saberlo, tendrá que quedarse entre nosotros.

De la diversión inicial, Rob Roy había pasado al asombro. Ahora que la conversación tocaba a su fin por esa parte, se mostraba solemnemente compasivo.

—Debe de ser horrible querer tanto a dos hombres a los que al mismo tiempo desprecias por el simple hecho de serlo. No me tomo la misandria como algo personal, aunque sepa que participo en las razones de su existencia tanto como cualquier otro. De hecho, la entiendo. Sé de lo que somos capaces las bestias de mi especie. Solo espero que lo que sea que te mueva te acabe dejando en paz.

Paula le había tenido que aguantar la mirada a Rob Roy para disuadirlo de colgarle la etiqueta de sufridora, de pobre atormentada, pero sería imposible mentirle al maestro.

Lo había subestimado, esa era la verdad. Pensaba que era otro de esos insaciables casanovas que por las noches se agarraban a la primera cintura apetecible y le hacían el amor sin querer ponerle rostro, no se dijera ya atribuirle carácter propio o una historia personal.

Craso error.

Rob Roy no era un amante del sexo. Era un amante de las mujeres. Había tenido que ser ese amor incondicional hacia ellas, indudablemente basado en el respeto, lo que le había dotado de la sensibilidad necesaria para comprender la mente femenina.

Comprender y no *descifrar*, porque la triste realidad era que ni unos venían de Marte ni las otras venían de Venus; ni unos eran simplones ni las otras eran las reinas del retorcimiento. No había nada más sencillo que entender a una mujer. Requería las mismas

herramientas que entender a un ser humano. Si a alguien le resultaba imposible, era porque no tenía capacidad de escucha, ni empatía, ni el deseo de reconocer en una mujer nada menos que lo que era: una simple mortal en lugar de un objeto bonito creado para la satisfacción sexual.

—Me gustas, ¿sabes? —había retomado Rob Roy al cabo de un cómodo silencio—. No es que esperara otra cosa distinta de la Paula del Califa, pero has sobrepasado mis expectativas. Debo decir que me ofende un poco que vinieras a buscarme pensando que solo me haría tu aliado si follábamos —reconoció con desenfado—. Supongo que me lo tengo merecido con esta reputación que gasto... pero para que conste, el único motivo por el que me tragué que «coincidiéramos» en el concesionario, insistieras en hablar conmigo en persona y me manipularas toda una tarde para que al final te invitase al club fue la curiosidad. No la sexual, por cierto. Yo sí quiero conocer a mis ídolos —confesó con una sonrisa ladina—, o, lo que es lo mismo, a los ídolos de mis ídolos.

Más relajada ahora que sentía que había conectado con un extraño, si bien la sensación era sórdida por lo novedosa y contraria a sus principios, Paula se había echado atrás en el asiento con las piernas cruzadas bajo el vestido ceñido.

—¿Quieres decir que no me follarías si te diera la oportunidad?

Le gustó y le hizo gracia a partes iguales que lo sopesara igual que si fuera una oferta laboral.

—Tendría que valorar los pros y los contras. Estaría rechazando una de esas oportunidades únicas en la vida. El problema es que no llegas en el mejor momento —había suspirado él—. Nunca pensé que diría esto, pero estoy en una especie de período de celibato. Nadie me advirtió que el proceso de superar una ruptura te seca la libido y te impone unas ganas absurdas de quedarte en casa haciendo crucigramas. Lo que sea para engañar a la mente. ¿Quieres ver lo que ocupa mis horas muertas ahora? —Sacó el móvil del bolsillo y le enseñó una aplicación—. Jugar al *Scrabble* contra bots.

Lo que Paula nunca pensó que habría dicho fue que encontraría agradable a un hombre de la categoría de Rob Roy, presentado

oficialmente como Magnus Vass.

Que fuera un escocés emigrado había despertado su empatía porque ella era, al final, inmigrante chilena, pero mientras que su familia huyó de un régimen dictatorial por necesidad, el amo se había marchado al país de las oportunidades con ningún otro propósito que enriquecerse, y Paula siempre había encontrado deplorable la ambición capitalista. Le gustaba que fuera transparente, desenfadado, que no le tuviera miedo a las grandes palabras ni a las conversaciones profundas, pero le producía rechazo que el sexo fetichista fuera una de sus prioridades vitales y que, por bien que tratara a las mujeres, no dejara de verlas como un objeto de consumo al que le hincaría el diente en cuanto se le insinuaran. Formaba parte del entramado de empresas millonarias de California, de un club de BDSM y de varias aplicaciones de citas. No se posicionaba políticamente si no era en favor del beneficio económico, a veces incluso sobre el bienestar humano, pues defendía la meritocracia como máxima por el simple —y aislado— hecho de que él había prosperado lejos de su pueblo de las Highlands.

Así pues, el balance debería inclinarse más por el desprecio que por la simpatía, pero por algún motivo había terminado declarándolo persona grata.

A lo mejor porque la había escuchado con atención y sin intenciones ocultas. A lo mejor porque tenía lo denominado «encanto personal», y frente a eso de poco valía enumerar defectos. Ser un excelente conversador, tener sentido del humor y saber entretener a su interlocutor era a veces todo lo que una persona como Paula necesitaba para darse por satisfecha, sobre todo en momentos en los que necesitaba que la sacaran del infierno de su cabeza.

Lo que sobre todo la convenció de relajarse en su compañía fue que, en lugar de guardarse el número de teléfono que la camarera le anotó en un papel doblado, escribiera justo debajo por qué no iba a aceptarlo: «Este es mi restaurante preferido. No sería muy inteligente iniciar un idilio contigo con el riesgo de que termine en tragedia. Nos veríamos ambos en una tesitura la mar de incómoda

cuando volviera. Pero te dejo mi número para que me llames si y solo si alguna vez cambiaras de trabajo».

Paula había esperado a estar fuera del establecimiento para arquear una ceja.

—¿Para qué le guiñas el ojo y la halagas si no quieres «iniciar un idilio» con ella?

Él le había sonreído mientras se arreglaba las hombreras de la chaqueta.

—Coquetear es bueno para la salud, ¿sabes? Sobre todo cuando no se espera obtener algo a cambio.

—Pensaba que tú solo entrabas al juego si era para ganar.

—Pues te equivocas. A mí me gusta divertirme, no llevarme un trofeo. Además; esta es una práctica que le recomiendo a todo el mundo. Es importante tener amores platónicos e intereses románticos sobre los que no se pretende actuar para entender mejor la devoción.

—¿Por qué querrías entender la devoción?

—Por lo mismo por lo que quiero entender el resto de las emociones y descifrar todos los saberes. Porque mientras uno está en el mundo se tiene que empapar de experiencias y conocimientos.

Días después, Paula se sorprendía sonriendo con el recuerdo de aquella noche, algo que agradeció en el fastidioso recorrido de regreso al edificio The Harrison. La había distraído lo suficiente para permitirle entrar en el apartamento vacío con una cierta paz interior.

Nada tenía por qué salir mal porque todo marchaba tal y como había dispuesto. Ya contaba con un acceso irrevocable al club. Presentándose de la mano de un socio minoritario pero crucial le pondría muy difícil a Karim que, en su rol de Califa, pusiera inconvenientes.

Solo le faltaba propiciar una coincidencia con James Carver.

Capítulo 6

—¿Cuánto te queda en Nueva York, mamón? Se suponía que como mucho ibas a pasar una semana gestionando las temáticas con Donibane.

—*Es que aquí está la verdadera diversión,* po*. Entre los licores de coleccionista que tienen y la clase de mujeres que visitan el club, uno se marea y se vuelve adicto. He considerado que además de estudiar el tinglado que han montado tengo derecho a unas vacaciones, así que por lo menos me voy a quedar unos días más.*

—Venga, no me jodas —masculló Karim. Dio media vuelta en el sillón del despacho para enfrentar el anochecer sobre la Bahía de San Francisco, que en su oficina privada del club era la fotografía en blanco y negro de un *skyline*, no la Bahía real. Colocó el teléfono entre el hombro y el oído para liberar las dos manos y seguir garabateando invitados de última hora en la ficha del presente viernes. Las puertas acababan de abrirse—. ¿Me vas a tener otra semana sin dormir? Te recuerdo que French 75 funciona porque tú y yo nos alternamos las madrugadas. Un día se jode uno y al siguiente se jode el otro.

—*¿Y ese «se» reflexivo?* —Lo imaginó con la ceja de la pedantería arqueada, como siempre que podía airear su conocimiento de las artes y las humanidades—. *Yo diría más bien que un día jode uno y al siguiente jode el otro, porque no irás a decirme que desde mi partida te has consagrado al celibato voluntario. Te encanta pasar la noche de farra, cabrón.*

—No puedo pasar la noche de farra y vigilar a tu hermana al mismo tiempo, Marcelo. Al menos libérame de una de las obligaciones.

—*Ah, en ese caso, chapa el club a las dos de la mañana. Lita es lo primero* —zanjó en tono desenfadado. El tono que se le ponía cuando iba borracho como un piojo, en definitiva. En los últimos tiempos, el abuso de sustancias se había convertido en la única razón de su buen humor—. *¿Cómo se está portando?*

—Igual que ayer. Y que antes de ayer. Y que el día anterior a ese —respondió con un deje monótono. Tenía que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no prorrumpir en súplicas: «Por Dios te lo pido, vuelve ya o voy a cometer una ilegalidad»—. La veo poco porque se pasa el día dando cochazos por la ciudad. Parece que a pesar de estudiar cerca de Silicon Valley y haber crecido en la capital no ha visto mucho San Francisco. O a lo mejor lo echa de menos, no sé.

—*Está yendo a clase, ¿no?*

A Karim no se le escapó el aire conminatorio con el que lo preguntó, como si fuera su responsabilidad meter a Paula, Paulita, Lita o Litita en un taxi y mandarla al campus universitario. Si ya empleaba su vozarrón de Morgan Freeman para asustar a Karim, que poco o nada podía hacer para que la rebelde sin causa plantara el culo en el aulario de letras, no quería imaginarse lo que haría para escarmentarla a ella por haber abandonado los estudios.

Se moría por decirle lo que Paula le había transmitido con toda naturalidad dos semanas atrás, pero no le tocaba a él ni trasladar noticias de última hora y gravedad significativa a un hermano mayor, ni comerse la bronca que por consanguinidad le correspondía a Paula.

Por descontado, Karim se interpondría entre una bala y el cuerpo de la pequeña León.

No sabía, no obstante, si se interpondría también entre un Marcelo cabreado y ella.

—Imagino que sí —respondió, ambiguo—. Por las mañanas se viste y se va.

—*¿Y por las tardes?*

—Tampoco la veo mucho. No pasa a menudo por casa.

—*¿Crees que anda* pololeando[5]*?*

Karim rememoró los últimos siete días.

Había visto a Paula arreglarse con el esmero habitual, que nunca era excesivo, para coger una copia de las llaves del piso —eso siempre—, otra de uno de sus coches —eso con relativa frecuencia— y no regresar hasta bien entrada la hora de cenar —eso solo en seis

de quince ocasiones—. No le había parecido que estuviera ardiendo de ilusión juvenil al marcharse ni tampoco idiotizada al volver por causa y efecto de un apasionado beso de despedida.

Claro que Paula no era una mujer muy expresiva.

Nunca lo había sido.

Antes de que Marcelo le rompiera la cara por osado, un compañero del equipo de baloncesto del instituto había dicho que «menos mal que Paula tenía unas tetas que le sentaban bien a todo el conjunto, porque a otra le habría costado combinar como accesorio semejante cara de culo». Años después, Karim todavía seguía rumiando si a Marcelo le había molestado más la referencia lasciva a la talla de sujetador o la crítica a su hosquedad. A él le habían molestado las dos. Por eso también le había dado de hostias más tarde al atrevido, solo que fuera del instituto, donde no pudieran multarlo sin volver a jugar en la cancha.

Marcelo no había podido resistirse y le había partido los dientes en pleno vestuario.

Nadie salvo Karim sabía que ese fue el verdadero motivo por el que lo echaron del equipo. La presunta lesión de rodilla que «le incapacitó para siempre» la fingió tres meses enteros con un vendaje que su mejor amigo le desenrollaba religiosamente todos los viernes por la noche para volver a ponérselo el domingo, cuando tocaba regresar a clase.

—Ya sabes cómo es —volvió a recurrir a la ambigüedad—. Se viste de la misma manera para tomar una copa con sus amigas que para comprar los ingredientes de un guiso de porotos. Y tiene la misma cara cuando llega de una fiesta de fin de año que mientras juega a la Play.

—Por eso tienes que averiguar dónde se mete, Karim. La nena no es tonta. Lleva toda la vida viendo lo que hay y aprendió muy rapidito a vestirse de camuflaje para despistarnos. Tenemos que ir varios pasos por delante.

Eso no hacía falta que se lo recordase. Karim había tomado medidas antes de que Marcelo pudiera pedírselo.

Las veces que Paula había cogido prestado uno de sus coches, le había resultado la mar de sencillo seguirle la pista. Tenía una

aplicación en el móvil que le permitía saber dónde estaba el vehículo en cada momento siempre que anduviera en marcha. Así había confirmado lo que ya sabía: que «la nena», como Marcelo la llamaba, conducía por el placer de conducir... o que pretendía desorientarlo, porque la había visto dar vueltas absurdas por el corazón de San Francisco, cruzar el puente y volverlo a cruzar a la inversa, aproximarse a Sacramento, rodear Malibú.

Había parado en un par de lugares sospechosos: un restaurante caro que había llegado a oídos de Karim por su ambiente romántico y el concesionario original de la marca Menzie.

Si Paula no fuera una mujer de veintidós años con la cabeza bien amueblada, habría pensado que estaba sufriendo los temidos —y temibles— síntomas de la crisis de los cuarenta: quedar con algún amante veinte años más joven en establecimientos de estrella Michelin para impresionarlo y comprarse un deportivo para suplir sus carencias afectivas, falta de autoestima o las dos.

Si bien no le podía diagnosticar la mencionada crisis de los cuarenta, sí que exhibía unos síntomas alarmantes. Dejaba la universidad, intentaba colarse en French 75, se mudaba de forma inesperada al piso de su hermano y empezaba a interesarse en comprar un vehículo de más de cien mil dólares. Todo aquello era muy impropio del carácter de Paula León, que siempre había sido una persona sobria y centrada.

Ese giro drástico olía a chamusquina.

Pensaría que le había pasado algo grave si no fuera porque a Paula no le pasaban cosas; era Paula la que le pasaba a las cosas.

No había nada que esa mujer no pudiera o supiera controlar. Nada le venía grande.

Salvo, quizá, Nicole.

Pero en lo que a Nicole respectaba era poco lo que se podía hacer.

Sabía, pues, que tramaba algo, y que ese algo era importante para ella además de peligroso para el resto. Todo lo que era importante para ella era peligroso para el resto. Por ejemplo, los derechos de los trabajadores y la redistribución de riqueza eran

importantes para ella, y si alguien osaba alguna vez hacerle caso, sus enemigos multimillonarios se verían en un serio aprieto.

Otro ejemplo era el que estaba viviendo en el día presente: para los propósitos de Paula era menester convivir con Marcelo y con Karim, y eso ponía a Karim en un aprieto aún más serio.

—Llámala y le preguntas tú, chico. Ya te digo que es poco lo que sé.

Hubo un silencio que auguraba problemas.

—Andas muy esquivo con el tema Litita, ¿no? La estás tratando como se debe, ¿verdad?

El subtono de advertencia que había empleado lo decía todo. Con «como se debe» no se refería a «con la mayor de las cortesías». No le estaba preguntado si le preparaba el desayuno, se ofrecía a lavarle la ropa y la llevaba y la traía en coche en función de sus necesidades. Le estaba preguntando de soslayo lo que solo una vez antes le había preguntado sin ningún rodeo, aunque quizá no con estas palabras exactas: «¿*Vai* a mantenerte el pico[6] dentro de los pantalones, o te tengo que volar la puta cabeza?».

Karim y Marcelo eran mejores amigos desde los doce años por muchísimas razones. Porque ambos eran unos locos del deporte, en concreto del baloncesto, el béisbol y el fútbol europeo. Porque a ambos les chiflaba el rap y el hip-hop estadounidense. Porque cuando tenían hambre se miraban y decían a la vez: «Un burrito del Andy's», tuvieran catorce o veinticuatro años. Porque a ambos les gustaba el sexo extremo y compartían una visión parecida sobre las relaciones de pareja: no podían ser una cárcel o, dicho de otro modo, excluyentes de los placeres que podían ofrecer terceras personas.

Pero Paula señalaría que, sobre todas las cosas, se entendían porque ambos eran, y esto era una cita textual, *culturalmente machistas.*

Aunque Karim había nacido en Casablanca a finales de los ochenta, había vivido en una pequeña localidad del Rif hasta el éxodo familiar a Estados Unidos. Convivía en una casa de setenta metros cuadrados con una abuela enferma de demencia, otra abuela

lúcida, dos tías solteras, un padre y una madre, y aunque el género femenino les ganaba en número por goleada, era el señor Najdi el que gobernaba con mano de hierro.

Allí nadie salía más tarde de las seis, y cuando salía antes, si es que se le daba permiso, debía decir a dónde iba y hacerlo acompañada o de otra mujer o de un hombre de la familia. Todas tenían que ir prudentemente tapadas de la cabeza a los pies, mantener la cabeza gacha en público y no dirigirle la palabra a ningún desconocido si este no se la dirigía antes. Ninguna podía emprender actividades remuneradas, ni para costearse caprichos, que debían correr siempre a cuenta del patriarca, ni mucho menos para disfrutar de una relativa libertad económica. Su madre y sus tías podían hacerles unos apaños de costura a las vecinas y visitar a los amigos del barrio para darles a probar sus postres, pero poco más.

Las mencionadas tías no se habían casado porque su padre había impuesto normas muy estrictas a los pretendientes, entre ellas que se les viera en la mezquita con la frecuencia que se estimaba respetable, que ganaran un salario holgado a través de un trabajo honesto, que no se les hubiera conocido ningún escándalo de índole moral, que llevaran por delante la modestia, la rigurosidad y el conservadurismo y que no tuvieran interés alguno en viajar con o sin su esposas.

Había sido imposible hallar un candidato que cumpliera los requerimientos y a la vez estuviera interesado en formar parte de su estructura familiar.

Huelga decir que no todos los practicantes del islam con los que Karim se había relacionado —primero en Marruecos, luego con otros emigrantes de San Francisco— eran inflexibles como su padre. La religión no podía ni debía aportarse como motivo para justificar su tendencia a proteger, quizá más de la cuenta, a las mujeres; sobre todo porque al poco de aterrizar en Estados Unidos, y especialmente después de la infernal ola de racismo que sufrió, Karim renunció a la fe musulmana y se cambió el apellido de Najdi a Aaron.

Pero, al final, el ambiente cultural en el que había crecido le había influido de manera significativa. Y si tenía que explicar por qué se

había radicalizado a ojos de un sector más liberal, respondería sin dudar que había aprendido por las malas y siendo muy pequeño que la sobreprotección, la persecución y la constante advertencia evitaban catástrofes. Ver día tras día el modo en que habían tratado a su madre con o sin *hijab*, por ser marroquí o solo por ser mujer, le había convencido de que como hombre debía dar un paso al frente y hacer cuanto estuviera en su mano, ortodoxo o no, para ahorrarle cualquier género de sufrimiento.

Marcelo tampoco se había librado de la influencia religiosa, ni en su infancia ni tampoco en su adultez. Seguía siendo católico practicante, un devoto de su patrona, la Virgen del Carmen, pero antes que él lo habían sido su padre y su madre, sus abuelos, sus bisabuelos.

Aunque la familia León se mudó a San Francisco cuando Marcelo no tenía ni cinco años, no había gozado de otros referentes que los latinos, chinos y afroamericanos de los barrios marginales. La mentalidad fundamentalmente demócrata de la ciudad le pasaba por encima a algunos de los inmigrantes, que cargaban todavía las heridas abiertas de los dictadores que habían sangrado a su país. Pinochet apenas había caído cuando Marcelo empezaba a asistir a una escuela que no hacía sino radicalizar más aún a los niños en contra de las formas de gobierno del sur continental. El racismo estructural contra los latinos, la educación sexista y autoritarista inculcada de padres a hijos en lo largo y ancho del mundo, el orgullo nacionalista roto por la crisis, el éxodo obligado y el modelo tradicionalista y católico de la familia habían sido los ingredientes del cóctel que Marcelo llevaba bebiendo —gustosamente, había que decirlo— desde que tenía uso de razón.

Por más que su hermana Paula le hubiera invitado a cuestionarse, a veces de buenas formas, a veces durante una discusión acalorada —todo lo acalorada que podía ser una discusión con ella, que nunca alzaba el tono—, él se negaba a ceder a lo que denominaba «ideología *woke*».

Karim veía que su amigo reducía problemas sociales de gran complejidad a su más mínima expresión y que esto le hacía un muy flaco favor a la hora de entender la vida, no se dijera ya conducirse

por ella. Pero entendía su punto de vista. Al final, sus cuestionables principios se erigían sobre la base de la estadística internacional: si una mujer salía de noche vestida de una cierta manera y se emborrachaba hasta perder el sentido, aumentaban de manera significativa las posibilidades de que le hicieran daño. Y, como decía Marcelo: «Como no puedo matar a todos los violadores del mundo, por lo menos tendré que decirle a mi hermana que se tape, ¿o qué hago? ¿Quedarme callado y mirar para otro lado?».

A lo que Paula respondía «exactamente» para acto seguido largarse de la habitación.

Si Marcelo tenía cruzados ya de serie a todos los hombres del planeta Tierra, cuando Lita entraba en la conversación se convertía en una combinación letal de Rambo y Terminator. Aunque Karim no era un violador y, de hecho, era el tipo en el que más confiaba y al que más quería del mundo entero, no se fiaba de él en lo que a su hermana respectaba.

Karim nunca había tenido el descaro de pronunciarse sobre sus sentimientos, en parte porque no quería llevarse una paliza de muerte y en parte porque no hacía ninguna falta para darlos a conocer. Marcelo sabía que Paula levantaba pasiones y sabía que a Karim le gustaban las mujeres bonitas. Uno más uno era igual a dos. Matemáticas básicas.

Intentaba por todos los medios ahorrarle a Marcelo el mal trago evitando a Paula, tratándola como haría un hermano mayor: con una mezcla de condescendencia y hasta asco —porque todo buen hermano mayor que se preciase llamaba fea a su hermana—, pero nadie se lo tragaba.

Marcelo el que menos.

Había llegado a la triste conclusión de que no existía manera de disimularlo, y que lo único que podía hacer por el bien de todos era no hacer nada. No hacer nada nunca. *Jamás*. No acercarse a ella nunca. *Jamás*. No decirle nada nunca. *Jamás*.

«Lo único que te queda es ver cómo la gente que sí es valiente se atreve a aceptar y tomar lo que quiere», recordó que le había soltado la misma Paula en un alarde de maldad.

Solo de recordarlo se lo llevaba el demonio. No porque le hubiera sacado los colores con una verdad como la copa de un pino, que también, sino porque no tenía ningún jodido derecho a provocarlo. Al final, si existía una certeza aún más desgarradora que la de que Marcelo rompería su amistad, su sociedad limitada y los doscientos seis huesos de su cuerpo en el caso de que se le declarara a su hermana, era la de que a Paula no podía importarle menos que él se muriera de amor por ella.

Entonces ¿por qué el puto comentario? No era como si soñara con que Karim reuniera el valor para enfrentarse a la muerte y al corazón roto por un amigo perdido y por la traición a sus sólidos principios.

Al final, debía hasta darle las gracias porque lo ignorara. Si Karim le gustara solo un poco a Paula León, si por la cabeza de Paula León hubiera pasado una única vez, como el cometa Halley, como el cometa de Sozin, la posibilidad de estar con él, no habría respondido de sí.

Todo esto pasó por su cabeza en el curso de un segundo, porque si demoraba en responder más de eso, entonces Marcelo sería capaz de cruzar todo el continente americano sobre las rodillas y plantarse en el despacho para exigir una explicación en un marco temporal que desafiara las leyes de la física. Lo último que Karim haría considerando las circunstancias personales por las que su amigo estaba pasando era darle más motivos de preocupación.

—Con mano dura y distancia —confirmó en tono neutro.

—Bacán.[7] *¿Has visto el último partido del Manchester? Ese golazo en el último minuto me tiene la cabeza dando vueltas, po.*

Karim se incorporó a la conversación sobre los resultados deportivos con gran placer. No había visto el partido en cuestión, pero una rápida búsqueda en Google le proporcionó los datos que necesitaba para darle el gusto a Marcelo: la alineación del equipo, los tiros a puerta, el minuto de cada gol, las tarjetas.

Había que conocer muy bien a su amigo para notar que estaba sufriendo un dolor indecible, porque, como no podía ser de otro modo perteneciendo a la escuela de los León, enmascaraba sus sentimientos con maestría. Por otra parte, estar borracho día y

noche no tenía por qué ser indicativo de que andaba pasando una mala racha. Como el mismo Marcelo decía: «Si estás triste, tienes derecho a echarte una copa. Si estás contento, tienes la obligación».

Karim no era un tipo complaciente, pero precisamente porque conocía el origen de su mal y además percibía su padecimiento, iba a hacer lo que fuera para facilitarle el reajuste a su nueva realidad. En teoría le tocaba a él ir a Nueva York, pero Marcelo necesitaba más la distracción y el cambio de aires. En teoría, los jefazos de French 75 no podían hacer mucho más que observar desde sus palcos; vigilar, en definitiva, pero a Marcelo le hacía falta no pensar y Karim dejaba que se mezclara con los clientes y se largara a follar con quien le apeteciese. En teoría Marcelo podía beber lo que se le antojara, pero Karim llevaba unos meses aguándole las botellas para que al menos consumiera la mitad y no los treinta y cinco grados crudos de su vodka preferido.

Pero antes que todo eso, Karim le debía lealtad y franqueza. Y más en lo relativo a Paula.

Por desgracia, Marcelo no podía escuchar en esos momentos que había dejado la universidad, o sufriría un ataque severo... y todos lo sufrirían con él por extensión.

—Espera un momento, que me está llamando Nuréyev —interrumpió los comentarios deportivos de Marcelo. Pulsó el botón del teléfono fijo y apagó el micrófono del *smartphone*—. Dime.

—Señor, Rob Roy está en la puerta.

—Coño, Rob Roy, claro que sí. Ya sabes, escóltalo hasta God Mother.

—Sí, conozco el procedimiento, señor, pero es que viene acompañado de una mujer.

—Como siempre.

—Sí, como siempre. Lo que pasa es que usted me dijo que esa mujer no podía entrar bajo ningún concepto.

Capítulo 7

El corazón le dio un vuelco en el pecho.

«Así que para eso fuiste al concesionario de Menzie, me cago en la puta».

Ese fue su primer pensamiento. El segundo tomó la deriva de la sospecha.

«¿Cómo coño sabías que Rob Roy es el dueño de Menzie?».

Al tercer pensamiento dio con la clave de la cuestión.

«Encontraste la puta llave en la funda del vinilo de 50 Cent».

No era la primera vez que hablaba con Paula mentalmente y tampoco sería la última.

Estaba claro que la inteligencia con la que había deslumbrado al top tres de las mejores universidades norteamericanas no se había visto afectada por sus últimas decisiones, cuestionables como poco. Simplemente había decidido ponerla ahora al servicio de sus intereses privados, fueran los que fueran esos, y no tanto a los de la colectividad..., porque dudaba que los derechos humanos tuvieran algo que ver con entrar o no entrar en su jodido club de sadomasoquismo.

Ni corto ni perezoso, Karim se levantó y fue hacia la salita de control conectada con el pequeño despacho. La pantalla en blanco y negro tenía una resolución limitada, pero le confirmó lo que se había temido: la cámara de seguridad de la puerta de acceso enfocaba a una mujer de metro sesenta con el pelo suelto y un abrigo que debía de cubrir, esta vez sí, un atuendo que respetaba el código de vestimenta. Es decir; la clase de atuendo que convenía proteger de miradas indiscretas si se llegaba a French 75 a pie y no en un vehículo. La clase de atuendo que, si llevaba Paula, convenía proteger de la mirada de Karim.

Masculló una imprecación en *darija* que bien podía significar «la madre que la parió».

Se serenó inspirando hondo y puso orden en el caos de su cabeza.

Lo primero que hizo fue retomar la llamada con Marcelo para decirle en tono guasón que le llamaba el deber porque Kir Royale acababa de llegar.

—*En tal caso te dejo, amigo. Dale un beso en los labios de mi parte. En los de arriba y en los de abajo, por favor.*

Karim colgó después de forzar una risa muy verosímil —al final, parte de su trabajo requería diplomacia y unas buenas relaciones sociales— y luego, sin rastro de diversión en el semblante, apoyó las dos manos en la mesa de control. Clavó la vista en la pantalla donde Paula aparecía respondiendo con sus habituales monosílabos al amo de oro del club.

Segundos más tarde, le sonaba el teléfono móvil en el bolso que le colgaba del hombro.

Antes de responder a la llamada, Paula lanzó una mirada directa y desapasionada a la cámara de seguridad, mirada que Karim recibió con la mandíbula a punto de explotar y un tic nervioso que pareció el cabeceo de un toro a punto de embestir.

—*¿Sí?*

—Lárgate —le espetó con frialdad.

—*No puedes echarme* —respondió con tranquilidad—. *Hoy estoy invitada.*

—Claro que puedo echarte. Soy el que maneja el cotarro, ¿recuerdas?

—*Si no me equivoco, mi acompañante mete dinero en tu sociedad.*

—Me limpio el culo con su dinero, *qalbi*[8]. Dile que no puedes entrar y desaparece de mi vista.

Breve silencio.

—*¿Por qué estás tan enfadado?*

«Porque hiciste *topless* en mi jodida cara», podría haberle rugido. «Porque te tragaste un plátano casi sin masticar para provocar, uno de los trucos más viejos del mundo, y lo peor es que funcionó» era otra opción válida. «Porque tienes un don para tocarme los cojones»; «Porque eres una desobediente»; «Porque me vas a buscar la ruina»; «Porque te quiero y nunca vas a ser mía».

La lista seguía. Era infinita.

—¿Qué pasa? —oyó que preguntaba Rob Roy de fondo—. ¿Por qué no me dejas pasar, Yev? ¿Hay algún problema? ¿Llamo a Califa?

—*Lo tengo yo al aparato* —dijo Paula—. *Toma*.

Karim se quedó con las ganas de decirle que se estuviera quieta.

No le tenía ningún miedo a Rob Roy. Se enfrentaría a cientos de miles de inversores de su negocio con tal de bloquearle el acceso. Pero aquel en concreto era un lince y se coscaba de todo al vuelo, y había debilidades que Karim prefería no reconocer ante nadie.

—*¿Cuál es el drama, Califa? ¿No estás visible todavía? ¿O es que hoy no se sale?*

—Búscate otra acompañante. La mujer que traes tiene el acceso vetado.

—*¿Qué me estás contando?* —se carcajeó con aquella voz ronca que tenía, fruto, seguro, de una adolescencia dándole al tabaco—. *¿Qué clase de delito tiene que cometer una mujer para que la echen de French 75? He visto a gente beberse la sangre de la herida que le había infligido a su pareja; he visto a gente...*

—Es familia de Scorpion. Su hermana pequeña, de hecho.

—*Ah, ya. Pero Scorpion está en Nueva York, ¿no? Y su hermana es mayor de veintiuno.*

—Te estoy diciendo que es un límite infranqueable —espetó, ya colmada la paciencia—. No le vas a poner ni un dedo encima, ¿me oyes? Esa es, para ti y para quien la mire, la mujer imposible.

Karim supo el exacto momento en el que Rob Roy comprendió lo que decía entre líneas.

—*Uf*. —Chasqueó la lengua—. *Si así están las cosas, lo respeto, amigo...*

Paula le arrebató el teléfono y desapareció del campo de visión de la cámara.

—*Si pretendes evitar que me lo folle, ya me lo he follado. Varias veces* —le dijo sin ninguna entonación—. *Me lo follé una primera vez en su casa, en su loft de Russian Hill. Me lo he follado en uno de sus coches y me lo he follado también en el baño de un restaurante pijo. Llevo follándomelo desde hace quince días, y si no me dejas entrar a*

probar a follármelo aquí, me voy a largar a la calle paralela a alguno de los otros tres clubes de este tipo.

Karim recibió la sobredosis de información con síntomas de hipotermia.

Se alegró de estar solo, porque no habría podido disimular que se echaba a temblar violentamente, que se ponía rojo de ira y verde de celos para luego quedarse pálido como la tiza. No sabía si iba a llorar de pura rabia o si iba a vomitar sobre el panel de control.

Su imaginación se había disparado y lo había visto con claridad cristalina. Paula encima de Rob Roy, balanceándose sobre su polla en el asiento del piloto de un Menzie. Paula agarrada al historiado cabecero que el amo luciría en el dormitorio de su piso de lujo mientras la embestía por detrás. Paula estampada contra la pared de azulejos del restaurante, abierta de piernas y sin poder hacer ruido porque él le cubría la boca.

Haber dado por hecho que Paula no era virgen no significaba que se hubiera reconciliado con ello. Para sobrellevarlo, había tenido que engañarse con narrativas inventadas como que no le habían gustado las experiencias porque no era una criatura muy sexual.

Pero si se había metido en la cama con Rob Roy, entonces sexual era un rato. Y tenía que haberle gustado. No tanto porque hubiera repetido, sino porque Karim no había conocido aún a una sumisa que no se hubiese divertido con él.

Aunque lo que le pedía el sudor frío que le había helado la columna era salir en persona a estrangular a Rob Roy, aunque quería echarlo de la junta de socios minoritarios e inversores, aunque fantaseaba con hacer que se tragara sus billetes y monedas de los primeros a los últimos, acabó desinflándose.

«¿Y qué?», se dijo en un arrebato orgulloso. Si habían follado, *¿qué?* No era como si Rob Roy fuera un impedimento entre Paula y él. Paula no lo quería de base. No lo iba a querer nunca. Y daría igual que lo quisiera, porque Karim no podía quererla a ella.

Así que a la mierda.

Colgó la llamada y abrió la puerta de acceso principal pulsando el botón que conectaba con el portero. Salió de la sala de control mareado, tiritando y con la terrible sensación de que nada en el

mundo tenía sentido. El hombre en la Luna había sido un montaje, la Tierra en realidad era plana y Paula León había encontrado un amo habilidoso que la iniciaría en las artes del sadomasoquismo.

Abandonó el despacho y se presentó en el salón como si ya estuviera borracho. Pidió un whisky con hielo en la barra mientras lanzaba miradas furtivas y desesperadas a la puerta.

En cualquier momento entrarían.

En cualquier momento pedirían un refrigerio.

Y en cualquier momento harían algo.

—¿Te encuentras bien, cielo? —le preguntó una voz femenina. Acompañó su preocupación de una caricia a la espalda. Tenía la camisa empapada por detrás—. Estás sudando.

Le costó enfocar la vista en el rostro de Kir Royale, quien, tras su semana de exámenes, se había plantado allí con la puntualidad de un reloj.

Karim no llegó a contestar. Ya identificados por God Mother, los nuevos visitantes cruzaron el umbral.

Como las polillas a la luz, los ojos inyectados en sangre de Karim fueron directos a la figura femenina de Paula. A través de las cámaras solo había podido fijarse en las botas con tacón y el abrigo cerrado a la cintura, pero ahora que había revelado su atuendo con todo lo que eso conllevaba, el alma se le cayó a los pies.

El hijo de perra de Rob Roy la había informado de lo que debía ponerse para participar en el debut.

Una noche al mes, se celebraba en French 75 una suerte de rito de iniciación para los hombres y mujeres que quisieran, si no convertirse en socios, al menos ganar popularidad presentándose ante sus posibles compañeros de sesión. Desde que tuviera lugar el primero, ocho meses atrás, se había corrido la voz de que el tercer viernes del ciclo lunar era el día perfecto para que los amos y dominatrices invitaran a sus potenciales víctimas. El único requisito era el siguiente: los que desearan participar en la dinámica tendrían que vestir al menos una prenda de la época victoriana, como las antiguas debutantes de la reina inglesa. La mayoría de las mujeres se decantaba por un corsé; otras, por una historiada falda de volantes corta por delante. Las había que optaban por unas botas

con tacón anudadas hasta la rodilla o por un recogido con una pluma blanca.

Paula se había disfrazado con cada uno de estos accesorios.

Karim se la imaginó atendiendo con interés a la descripción de Rob Roy, quien la habría informado de las especificaciones del rito, y escapándose un rato más tarde con su coche, *su jodido coche*, el que *él* había puesto a su disposición, a la tienda erótica más cercana para adquirir el corpiño, la vaporosa camisa de debajo...

O a lo mejor había sido el amo el que se había ofrecido a comprar el disfraz para ella.

Karim descubrió que llevaba un buen rato sin tomar aire cuando empezó a notar que le fallaban los pulmones. Rob Roy conducía a Paula por el espacio presentándole a algunos amigos por sus seudónimos, indicándole dónde podía encontrar los aseos y a partir de qué pasillo comenzaban las habitaciones del placer.

Esa era la labor que Karim podría o debería haber desempeñado si no se hubiera obcecado en mantener a la señorita alejada de la diversión.

Había sido un estúpido por pensar que podría disuadirla de participar en su mundo.

—Ya veo —oyó que decía Kir Royale—. ¿Por qué estás tan agobiado? ¿No debería ser para ti un sueño hecho realidad que tu adorada Paula haya venido hasta aquí por su propio pie?

—No ha venido hasta aquí por su propio pie. Ha venido por obra y gracia de Rob Roy.

—¿Y? ¿Desde cuándo eres posesivo? No me digas que cuando estás enamorado te cobran todos los celos que te quedaban debiendo de tus cientos de relaciones previas.

En otras circunstancias, Karim la habría mandado callar, pero carecía de sentido fingir que no estaba angustiado y le parecía una niñería, además de una injusticia innecesaria, mentirle a Kir Royale para proteger sus sentimientos.

—Hoy no estoy para juegos. No me provoques.

Por lo general, su sumisa era más juguetona de la cuenta, un rasgo que le encantaba porque le permitía castigarla a placer. Pero

debió entender que Karim no estaba tirándose un farol, porque dejó estar el asunto y solo señaló:

—Entiendo por qué te gusta. Guapa y callada. El sueño de los hombres.

No se le escapó la ironía en sus últimas cinco palabras.

—¿Callada? —repitió a pesar de que no era la primera persona que la describía así.

Como el puntero de un francotirador, la mirada de Karim seguía el sereno tránsito de Paula por todo el espacio.

—No la he visto separar los labios desde que ha llegado. —No había ni envidia ni rencor en su tono. Era difícil, cuando no imposible, que Kir Royale se sintiera amenazada—. Aunque tímida no parece.

—No lo es. Y tampoco callada. No necesita abrir la boca para dar su opinión, que es distinto.

—Pues no la veo muy expresiva como para que hable con la mirada..., pero no te voy a negar que su atractivo físico hable por ella. Es un monumento.

Karim se irguió y trató de aparentar normalidad, si bien un ceño ominoso le sombreaba la expresión, cuando Rob Roy lo saludó de lejos e hizo ademán de acercarse.

El amo vestía con el desenfado que le era característico. Dentro de que podía permitirse colecciones de prendas de lujo, el físico de culturista, los coloridos tatuajes *old school* y, si le apuraban, también el hosco acento escocés imposibilitaban que luciera la ropa de diseñador con la lánguida elegancia de un hombre con estilo. Pero a sus admiradoras, que eran la mayoría de las mujeres de la sala, no les importaba el marcado contraste de macarra millonario. Lo buscaban con fervor precisamente por esto: con sus brazos venosos, su barba desaliñada y su actitud autoritaria, Rob Roy le hacía justicia como nadie a la imagen clásica del amo sadomasoquista. En el ambiente BDSM, el hijo de puta era como una sonrisa. Le quedaba bien a todo el mundo. Incluida Paula, que, morena y bronceada a su lado como una sirena mediterránea, parecía hecha a la medida del marinero taimado.

—Califa —lo saludó Rob Roy con un guiño—. La señorita y yo hemos pensado que sería interesante que participara en el ritual de la noche. Apunté su nombre en la libreta anteayer. Debe de estar entre tus notas. La hemos llamado Magic Garden.

—Magic Garden —repitió él sin apartar la vista del amo.

Él le devolvía la mirada sin miedo, incluso con cierta socarronería.

Sabía lo que se estaba fraguando allí porque no era tonto, pero lo parecía al tomarse con humor el riesgo de que Karim le cogiera la clase de tirria que haría de su paseo por French 75 un auténtico infierno.

—Por los jardines del Edén, compañero, ¿o me vas a decir que esta criaturita no parece la tentación de Eva? —Tomó de la mano a la silenciosa Paula y la hizo girar sobre sí misma. Con el movimiento, la falda corta de volantes se levantó revelando que debajo llevaba unos ligueros blancos—. Bueno, y la de Adán, y la de Benjamin, y la de Caleb, y la de Daniel... Por citarte alfabéticamente a los siete hermanos para las siete novias. ¿O era al revés? —Le guiñó un ojo.

Karim hizo acopio de todo su autocontrol para no dejarse en evidencia.

—En French 75 no se tiene apodo si no se ha celebrado el rito. Y ese, amigo mío —añadió con regocijo infantil—, es un apodo de mierda.

Rob Roy se restó toda culpa encogiéndose de hombros.

—Lo ha elegido ella.

Así le dio la excusa para apartar la vista del amo y dirigirla ahí donde le pedía todo su cuerpo, donde en el fondo tenía volcada la atención.

Más de un palmo por debajo de la cabeza de Rob Roy, estaba la calladita pero siempre desafiante Paula.

No se había creado aún otra mujer con el poder de poner a alguien en su sitio tan solo mirándolo sin pestañear. Exudaba una indiferencia y un aire de superioridad que habría hecho llorar a un hombre menos seguro de sí mismo.

Karim la enfrentó con rabia contenida.

—¿Sabes acaso en qué consiste el ritual?

—Sí. —Desvió la mirada a los dedos de una mano, que terminaban en las puntas afiladas de sus uñas de gel color vino—. Parece divertido.

—Divertido —repitió. Él mismo habría descrito así los debuts nocturnos apenas unos minutos atrás, pero de pronto se le antojaban sórdidos y violentos y quería anunciar públicamente, con la solemnidad de un pregonero medieval, que se habían terminado para siempre con efectos inmediatos—. Por lo que se ve, ya tienes amo propio. ¿Para qué quieres valorar a los demás?

Paula alzó la vista hacia Karim con gesto distante.

—Cuantos más, mejor, ¿no?

La imaginación voló una vez más lejos del alcance de Karim, allí donde no tenía ningún control sobre las crueles imágenes que desfilaban por su mente.

Cuantos más, mejor.

¿Qué significaba eso? ¿Quería convertirse en la protagonista de un bukkake? ¿Acostarse cada noche con un tipo distinto? ¿Tendría él que verlo desde su asiento? Entre el impulso de echársela al hombro como un romano a una sabina, que cada vez era más fuerte, el reto abierto que constituía la sola presencia de Paula y la letra de la canción que estaba sonando, Karim tuvo la sensación de que Dios le estaba poniendo en bandeja una actuación determinante: «Róbatela, róbatela. Ve y te la llevas, vamos».

Algo así decía Selena Gomez a través de los altavoces.

When you're ready, come and get it.[9]

Como si hubiera sabido que Karim estaba a otra señal divina de armar un escándalo, la música se fue atenuando hasta cortarse. Entonces se alzó la voz del encargado de presentar los espectáculos en ausencia de Marcelo, un amo de origen anglonoruego y con el aspecto de una estrella del rock acabada que se movía por allí bajo el nombre de Stinger.

—Damas y caballeros —anunció con su brío característico. Se encaramó al escenario central con agilidad, sosteniendo el micrófono en una mano, y saludó haciendo una venia con la otra en el pecho —, buenas noches y bienvenidos a la velada del mes, el ritual de

iniciación de las pobres almas descarriadas que llegan a la boca del lobo. No seáis tímidos, vamos; acercaos, poneos cómodos en los sofás, cercad a los corderitos que subirán a hacerme compañía en tanto que os conocéis.

»Hoy es un día especial, porque hoy, amigos, es el día de French 75.

Capítulo 8

Sería tan fácil como prohibirle que se uniera al ritual. Tan fácil como llevársela a otra parte y luego echarla de su guarida, como hiciera la noche que se presentó allí sin avisar.

Le sería fácil porque era lo que le pedían el cuerpo, el espíritu y el sentido común.

Pero a la vista estaba que ganando una segunda batalla no la derrotaría en la guerra, y era consciente de que cualquier movimiento brusco traería consecuencias de todo género. Paula se resistiría a un trato tildado de injusto y agresivo, y entonces la seguridad que él mismo tenía contratada lo largaría de su propio club. Y con más razón que un santo, porque allí la máxima era el consentimiento mutuo. No había excepciones de rango o popularidad.

¿Se violaba el espacio personal de un invitado?

Puerta.

Si Paula no se resistía físicamente y obedecía, lo haría con una condición inasumible para Karim: odiarlo de por vida por haberse atrevido una vez más a controlarla, esta vez sin la excusa de que era menor de edad.

Y, aunque a veces no lo pareciera, había mundo más allá de Paula. Las repercusiones de una intervención visceral por su parte afectarían a su reputación y también a la del establecimiento. Rob Roy era uno de los peces gordos, y no ya porque metiera dinero de su bolsillo para costear la membresía, el mantenimiento general y el presupuesto extra de las fiestas temáticas, sino porque era, junto con Marcelo y Karim, la atracción predilecta de las mujeres. Dentro y fuera del club, directa e indirectamente, Rob Roy hacía tal publicidad de French 75 que podía atribuirse en la misma proporción que sus propietarios el mérito de haber convertido un pequeño club de SoMa en el mejor centro de BDSM de San Francisco. Hasta su inclusión, Marcelo y Karim habían podido pagar las facturas y disfrutar de su sueño hecho realidad, pero en cuanto Rob Roy apareció y empezó a

echar mano de sus múltiples contactos, saldaron la deuda con el banco y comenzaron a percibir beneficios significativos.

Si había en French 75 una norma tan importante como la del consentimiento, esa era la de complacer a Rob Roy en cada capricho que se le pasara por la cabeza. Por suerte para Marcelo y para él, aunque era un acumulador de victorias obsesivo y un devorador de mujeres nato, sus caprichos nunca eran ni inasequibles ni descabellados.

De hecho, visto sobre el papel, no era inasequible ni descabellado que estuviera allí con Paula.

En la práctica todo cambiaba.

Apenas Kir Royale se esfumó, oliéndose la trifulca, y Paula se dio la vuelta para acudir al llamado de Stinger en el corazón de la sala, Karim le lanzó a Rob Roy una mirada severa.

—Seguir adelante con esto te va a salir muy caro.

El amo esperó a haber recibido de mano de la encargada de la barra su clásico whiskey puro de malta. No miró a Karim al contestar después de dar un primer trago valorativo:

—¿Y quién me lo va a cobrar? ¿El hermano o el pretendiente? ¿Con tarjeta o en efectivo?

—No puedes ni figurarte lo posesivo que es con ella, Rob.

—Si es solo la mitad de posesivo de lo que lo era con su exnovia, sí, me lo puedo figurar... —suspiró con la mirada perdida en el techo. Luego miró de soslayo a Karim. Las luces ambientales del club arrancaban destellos ambarinos a sus ojos verdes, en los que esa noche brillaba la travesura como nunca antes—, pero sé pelear, y todos aquí sabemos que por dinero baila el perro. Mientras no haga nada que viole un límite infranqueable ni os retire la pasta, no tendría razones para enfadarse.

—No necesitaría una razón para enfadarse estando su hermana involucrada. Lo he visto sentarse a horcajadas encima de un tipo para darle puñetazos hasta que perdiera el conocimiento solo por hacer un comentario desafortunado sobre ella, y entonces solo tenía diecisiete años.

—Esperemos que la vida adulta lo haya amansado.

—Lo conoces y sabes que la vida adulta ha hecho justo lo contrario. ¿De dónde la has sacado, Rob? O, mejor dicho, ¿de dónde te ha sacado ella a ti? No puede ser casualidad que coincidierais en San Francisco justo después de que sobreentendiera que solo siendo invitada por un socio podría entrar en el club. Y digo «sobreentendiera» porque yo no le dije nada parecido —agregó con la vista orientada hacia Paula, a la que Stinger ayudaba a subir al escenario.

Rob Roy compuso una mueca de fingida indignación.

—¿Tan insólito te parece que pueda haberle gustado a la chica? El que le propuso venir fui yo, no ella.

—¿Y así es como te las gastas, figurín? ¿Conoces a una mujer y, en menos de quince días, le cuentas que eres sadomasoquista y que sueles frecuentar un club de fetichistas?

—¿Debería ser un secreto? —Enarcó una ceja—. A las mujeres les gusta que les hablen con franqueza, Califa, y yo ni pierdo el tiempo con tonterías ni se lo hago perder a los demás andándome con paños calientes. —Enseguida, asaltado por un recuerdo reciente, soltó una carcajada amarga—. Te puedo asegurar que no volveré a ir despacito con una monada para descubrir que solo le va el sexo vainilla cuando ya es demasiado tarde.

—¿Cuándo se supone que es demasiado tarde?

—Cuando empiezas a plantearte su modo de vida a costa de traicionar el tuyo solo para conservarla. Dicho de otra manera —hizo un gesto con la cabeza de difícil interpretación—, cuando te has enamorado de ella.

Unos meses atrás, Rob Roy se había esfumado por completo del club. Parecía que se lo hubiese tragado la tierra. Marcelo y él hicieron bien en no preocuparse por su ausencia aludiendo a que le estaría reteniendo una mala racha en el trabajo o no le apetecería desfogar el estrés sacrificando horas de sueño.

Habían hecho bien. Al cabo de un tiempo, el amo regresó, y no lo hizo solo.

Apareció acompañado de una mujer que los había dejado a todos patidifusos.

El atractivo de la misteriosa criatura era de una rareza alienígena, de esas que solo podían ser resultado de una afortunada combinación de etnias y que se veían cada año bisiesto en un anuncio de perfume o en una película de James Bond; en ningún caso se la encontraba uno en la calle, donde podría causar un accidente grave. La única noche que la susodicha tuvo a bien dejarse caer por allí, Karim vio a Rob Roy como lo había visto nunca antes, celoso y posesivo con ella, tan afectado por su presencia que le costaba físicamente desplegar su encanto natural.

Según le contó Marcelo, tuvieron un desencuentro al poco rato de llegar a la fiesta temática y se marcharon discutiendo.

Desde entonces, la mujer misteriosa no había vuelto a dar señales de vida.

Rob Roy sí, y acompañado cada noche de una señorita distinta.

Debía de estar todavía pasando el luto, porque seguía tan desatado como desganado.

Esto debería haber tranquilizado a Karim. Rob Roy no podía estar interesado en Paula porque todo en su actitud indicaba que seguía interesado en la belleza peculiar. Pero lejos de respirar aliviado, su rabia adquirió un fuerte sentido de injusticia.

—Hay que ser audaz para iniciar a una mujer en el BDSM teniendo a otra en la mente.

Rob Roy ni se inmutó con el reproche.

—¿No es eso lo que vienes haciendo tú desde que existes? ¿Salir con esta y con aquella porque no puedes salir con la que quieres? —contraatacó con desenfado—. A mi modo de ver, Califa, no soy yo el que debería andarse con cuidado con Marcelo. Hasta este humilde servidor sabe lo que se cuece y apenas te ha oído mencionar a Magic Garden un par de veces en noches aisladas y con la mayor de las prudencias. Pero no te cabrees conmigo, anda —añadió, y le asestó un codazo amistoso en el brazo—. El sexo solo es sexo, y aunque Magic Garden sea más bien Eden Garden por lo paradisiaco e incluso *Forbidden* Garden por lo prohibido, pues no hace falta más que verla —señaló a Paula con un gesto de barbilla—, no es mi tipo.

Karim se tomó el comentario como un ataque personal, como siempre que un hombre se ponía el nombre de Paula en la boca para

bien o para mal.

—¿Ah, no? ¿Y por qué no?

—No es una mujer apasionada —respondió sin más.

Podía entender que esa fuera su visión.

Aunque el físico de Paula la convirtiera a priori en una bomba sexual sin precedentes, aunque supiera sacarle provecho a sus armas para salirse con la suya, aunque exhibiera una sensualidad innata y por ello involuntaria que Karim no había visto en nadie más, no era apasionada en lo relativo al sexo. Tampoco al romanticismo, lo que terminaba de hacerla una fuera de serie. Al final, todas las niñas y adolescentes habían visto las mismas películas, escuchado las mismas canciones, y, por tanto, habían escrito nombres dentro de corazones en sus agendas privadas porque andaban suspirando por un compañero de clase.

Paula no. A Paula no se le había conocido jamás un interés romántico. A Paula no se la podía sobornar con novelas protagonizadas por heroínas que soñaban con ser amadas, ni con la esperanzadora y adorable filmografía de Disney, ni con la promesa de un beso de amor verdadero.

Pero eso no significaba que no tuviera pasión.

Rob Roy no la había visto defender, enfebrecida, los derechos de los inmigrantes en una mesa de debate en el instituto. No la había visto golpearla con los puños y levantarse para acusar con el dedo a un alumno abiertamente racista. No había leído las disertaciones y ensayos que había practicado como carta de presentación para la universidad, todos ellos impregnados de un amor ciego por la justicia que acongojaba al que les echaba un vistazo. No se había asomado a su dormitorio en secreto para verla leer con avidez a sus filósofos, sociólogos y politólogos preferidos. No sabía que cuando Paula se sentaba a solas en su habitación después de haber presenciado un menosprecio imperdonable, lo que hacía era tramar una venganza bíblica contra los que entendía como los villanos, y no había menos pasión en su ejecución porque la llevara a cabo haciendo el ruido justo —a saber, ningún ruido en absoluto—.

Eran muchas las cosas que la hacían hervir de entusiasmo, solo que no eran las cosas a las que un hombre lujurioso le otorgaba

importancia.

Esta dicotomía quedó reflejada en la reacción de protagonista y público respectivamente durante la presentación de Stinger, que tomó de la mano a la ahora conocida como Magic Garden para conducirla bajo el foco principal. Ahí donde Paula evaluaba a la concurrencia desde arriba con una mirada calculadora, haciendo gala de su pasión por el conocimiento —del tipo que fuese—, sus recién declarados admiradores la devoraban con la vista de la cabeza a los pies, presas de un hambre algo distinto del habitual.

Por lo general, los hombres deseaban a las mujeres atractivas, pero aquello no era una mujer.

Era una deidad.

—La señorita Magic Garden quiere averiguar si hay algún candidato entre los invitados con el poder de conmoverla —decía Stinger—. Ya sabemos todos en qué consiste el ritual. Ella elegirá a tres afortunados y los invitará a subir aquí para demostrarle lo que son capaces de hacer. Al final de la noche, escogerá entre todos al más habilidoso para declararlo su amo. ¿Hay algún interesado?

Prácticamente todas las manos que sostenían una pequeña bengala se alzaron al unísono.

Ahí donde la previa debutante había sonreído con placer al saberse merecedora de atención, Paula reaccionó con la mayor de las indiferencias, recalcando ya de entrada que no era fácil conquistarla. Eso bien lo sabía él, pero no porque no lo hubiera intentado —se había desmarcado de la eterna competición antes de que empezara—, sino porque llevaba toda la vida observando de primera mano cómo se las gastaba Paulita en el ámbito romántico.

Había recibido tantas cartas de amor en su taquilla del instituto que más de una vez había sucedido como en las películas de animación: nada más abrirla, el casillero había vomitado una avalancha de papeles doblados, sobres y tarjetas en el suelo del pasillo. Había sido proclamada reina del baile porque todos los chicos la habían votado en masa, incluidos aquellos que se habían atrevido a invitarla y habían recibido una tajante negativa. Había habido peleas físicas a las puertas del centro para ver quién era el

afortunado en acompañarla a su casa, que quedaba a más de cuarenta y cinco minutos a pie.

El efecto que Paula causaba en el género masculino habría de ser estudiado por un experto en comportamiento humano, y ni tras años de estudio exhaustivo llegaría a una conclusión lógica.

Pero Karim sí.

Para un hombre no había nada tan fascinante como lo prohibido. Por eso resultaba absolutamente antinatural que Paula se pusiera a la vista de cualquiera, proclamándose tan accesible como las demás.

Para que la tocaran de forma obscena, para colmo.

Karim observó que ella barajaba sus opciones con calma. No era una mujer engreída, pero tendría que haber sido estúpida para no entender su influjo y no haberse habituado a esas alturas al que era su privilegio: podía tomarse todo el tiempo y la confianza del mundo. A sus pies había hombres de todas las edades, etnias, intereses sexuales y complexiones imaginables.

El primero al que invitó a subir fue un tipo de entre veinticinco y treinta años con el pelo oscuro recogido en un moño bajo, un ojo de cada color y el cuerpo entero lleno de tatuajes. Barbilla incluida, donde lucía unas palabras en japonés.

Reconoció en él a Red Eye, una incorporación reciente que había causado comprensible revuelo con sus fascinantes habilidades y su inquietante frialdad. En todos los amos había una cierta ternura que favorecía la complicidad, un amor y un respeto incondicionales hacia la sumisión de la mujer elegida, pero no en Red Eye. Red Eye era implacable hasta tal punto que parecía odiar de veras a quien se pusiera a su disposición. Con él solo se atrevían las mujeres que querían un castigo sin recompensa, más sufrimiento que placer... y también observar de cerca el don de aquel par de manos mágicas.

No le extrañó que, nada más subir al escenario, Red Eye le pidiera a Stinger que le proporcionara unas cuerdas. Karim había visto a aquel tipo desenvolverse con el material sadomasoquista en tiempo récord y con la soltura de un marinero veterano.

Podía entender por qué Paula lo había escogido. Debía de haber reconocido en él la misma distancia inhumana que ella ponía para

alejar a los incautos. Más que celos, Karim sintió una fuerte curiosidad asistiendo a su intercambio de miradas, a la manera en que se midieron como iguales mientras Stinger regresaba con las cuerdas.

Parecían seres de la misma raza a pesar de las diferencias étnicas: ella, latina y voluptuosa de la cabeza a los pies, y él, grácil y esbelto como un samurái de leyenda. Más que admirarla, la vigilaba con los ojos rasgados y las manos en posición defensiva mientras daba una vuelta pensativa a su alrededor.

Karim supo lo que iba a hacer antes incluso de que Stinger terminara de disponer la barra sobre sus cabezas. Red Eye era un experto del arte oriental del encordamiento, el que fuera precursor del *bondage* de Occidente, de mucha menor complejidad. No siempre conllevaba la inmovilización total del sujeto. Priorizaba el talento de quien llevaba a cabo la acción y la estética del conjunto.

Había visto a Red Eye mantener suspendidas del techo a las sumisas en toda clase de posturas: boca abajo y con las piernas en posición de loto, tendidas en horizontal, simulando ser una lanza, con las manos a la espalda; de pie en el aire con una pierna levantada en un ángulo de noventa grados respecto del cuerpo.

La visión del amo para trazar figuras en el aire era asombrosa. Trabajaba diestramente y en completo silencio con la única referencia del plano que había dibujado en su cabeza.

Casi siempre procuraba formar un triángulo más o menos deformado: un extremo era la cabeza de su víctima y los otros dos eran los pies o quizá un codo, quizá una mano.

Karim nunca había estudiado en profundidad los orígenes del llamado *kinbaku*, pero había oído que, a pesar de que en su origen había sido un método de tortura del Japón medieval, respetaba los meridianos energéticos del cuerpo humano y precisamente por su relación con la medicina oriental pretendía liberar al ser a través de la constricción.

Por desgracia, tenía que desnudar a la víctima para que el efecto de la humillación fuera más impactante.

Karim se tensó viendo que Red Eye se situaba a espaldas de una Paula inmóvil para tirar de las cintas del corsé. Abrió la boca para

decir algo, pero recordó que debajo llevaba la camisola semitransparente y rezó al cielo para que al menos le permitiera conservar aquello.

Y lo permitió, por suerte.

Paula separó los labios para respirar con normalidad en cuanto Red Eye retiró el corpiño. Un público expectante aguardó con el aliento contenido al siguiente movimiento del amo, que, para la fortuna de Karim, no fue seguir desvistiéndola: el cuadro del *kinbaku* era aún más estético si la víctima lucía una prenda vaporosa, y, por lo que sabía, a Red Eye no le parecía tan erótica la desnudez como su insinuación.

La expresión de Paula tenía que guardar alguna relación con la que esgrimió Juana de Arco mientras la quemaban: combinaba la solemnidad de un momento que exigía silencio sepulcral y una superioridad consciente respecto de los deseos banales de quienes la contemplaban. Red Eye debía de estar encantado con su víctima, que no lo miraba, no le rogaba que aflojara las cuerdas, no se quejaba porque le apretaran en la cintura.

En el *kinbaku*, para lograr la suspensión perfecta y una postura inquebrantable, las cuerdas tenían que rodear el cuerpo en este caso femenino como una espiral: la cercó por la cintura inmovilizando también las manos en posición de arresto, le dio dos vueltas a la cuerda bajo la curvatura de los senos y otras dos sobre el pecho procurando no aplastárselos. Cuando ya estaba flotando boca abajo, suspendida gracias a la barra de hierro que la sostenía en vilo, le dobló las piernas y procedió a atarlas desde la cintura hasta los tobillos.

La camisola, larga hasta medio muslo, se le había levantado y se podía atisbar la curvatura de las nalgas desnudas.

—*Futomomo* —oyó que murmuraba la camarera. Karim no se giró a mirarla, pero en el ademán que hizo de ladear el rostro en su dirección, ella entendió la duda implícita—. Es la atadura clásica de piernas flexionadas con las cuerdas formando una eme. Fíjate en el entramado romboidal que ha creado para inmovilizarla. Es un artista. Cuando lo hizo conmigo, ató las cuerdas de un modo más sencillo, como una hache.

Solo entonces Karim pensó en lo que podía llegar a suceder si Marcelo entraba por la puerta en ese momento. Era poco probable, pero no imposible; le gustaba presentarse por sorpresa en el club cuando no se le esperaba, no porque desconfiara de la gestión de su socio sino porque era así, víctima de sus impulsos.

Y de qué impulso visceral no sería víctima si veía a su hermana colgando de una barra en pleno espectáculo de *kinbaku*.

Ninguno que él no estuviera experimentando, por otro lado.

Si lograba contenerse era porque sospechaba que Red Eye lo dejaría ahí. El ritual consistía en deslumbrar a un novato con una técnica inusual o que denotara verdadero talento. Karim había elegido que así fueran las bienvenidas a los nuevos para subrayar que el BDSM ni era solo asestar azotes a diestro y siniestro, ni una práctica reservada a los enfermos; también complacía las necesidades de los apasionados de la historia y la cultura.

A los verdaderos amantes de la pasión en todas sus expresiones, en definitiva.

Pero Red Eye no estuvo a la altura de su reputación esa noche.

Paula estaba inmóvil en la clásica posición *tsuri* con las piernas en *futomomo* cuando él le quitó la pluma del pelo y la deslizó lenta y sensualmente por sus empeines. Ella se estremeció, sensibilizada por culpa de la presión de las cuerdas que le acumulaban la sangre en determinados puntos del cuerpo.

Concentrado, Red Eye se movió por el espacio desplazando la punta de la pluma por la curva de las pantorrillas, por las rodillas, por la piel que la gruesa cuerda roja dejaba a la vista.

Aun en la distancia, estuvo seguro de que a la modelo se le había erizado el vello, porque por descontado se le habían endurecido los pezones.

Karim apretó la mandíbula. Así reprimía maldiciones y reacciones aún peores, como encaramarse al escenario y bajarla de allí enseguida.

A lo mejor no era un experto del *kinbaku*, pero desde luego sabía deshacer nudos a la velocidad de la luz. Más todavía si esos nudos eran lo que separaba a Paula de su libertad.

Pero recordó lo que ella le había dicho —«Llevo follándomelo desde la semana pasada»— y se forzó a mantener la compostura, si es que eso era una posibilidad dado el terrible contexto.

El *kinbaku* o *shibari* no era peor que el hecho de que se hubiera acostado voluntaria y gustosamente con un hombre. El *kinbaku* o *shibari* no era peor que el hecho de que pudiera haberse enamorado de algún hombre alguna vez. El *kinbaku* o *shibari* no era peor que el hecho de que no podía aspirar a estar con ella.

Y, aun así, estaba obligado a verlo. Tenía que ver con sus propios ojos, bajo su propio techo, que un hijo de puta la hacía separar los labios y jadear. Que un hijo de puta la hacía temblar y le ponía la carne de gallina. Un hijo de puta le erizaba los pezones.

Un hijo de puta se concedía el lujo de darle placer.

Alguien le puso la mano en el hombro.

—Te recuerdo que eres el dueño de todo esto —le dijo Rob Roy—. Puedes detenerlo cuando quieras, con la excusa que quieras.

—La excusa le servirá al público —se oyó responder sin sentirse la cara. Tenía la sangre agolpada en los oídos—, pero a ella no.

Después de un paseo circular a su alrededor prestando atención con la pluma a las distintas zonas corporales, Red Eye se detuvo a la altura de su rostro orientado hacia abajo y la acarició con la punta en la nuca, en la garganta. Luego bajó la mano y se arrodilló debajo de Paula para que sus caras se enfrentaran, la de él apuntando hacia arriba, la de ella boca abajo y ruborizada por la postura antigravedad. Su cabeza era el punto más próximo al suelo respecto de las piernas dobladas y las nalgas, la cúspide del triángulo.

El público estaba tan extasiado con el espectáculo que no osaba mediar palabra. De no haber sido por una canción de Two Feet, que solo se atrevía a sonar a un volumen reducido, la sala estaría sumida en el silencio.

Karim había escuchado aquel tema mil y una veces —el DJ la ponía a todas horas— y sabía cómo terminaba, y en vista de los acontecimientos no podía estar más de acuerdo: *'Cause heartbreak is savvy and love is a bitch.*[10]

Sí, *love was indeed a bitch.*

Red Eye pintó los rasgos de Paula con la punta de la pluma. La curva de la mandíbula y el mentón, las líneas de las mejillas, el nacimiento del pelo. Tuvo que encontrar en su cara lo que todos los que la habían mirado habían encontrado antes que él, algo por lo que merecía la pena morir, porque se sentó sobre los talones y bajó la mano para limitarse a contemplarla.

La postura era totalmente artificial y, sin embargo, ofrecían una imagen tan estética que Karim no podía preocuparse por la comodidad de Paula; solo horrorizarse porque su belleza la hiciera quedar bien al lado de cualquier miserable.

O, mejor dicho, hiciera quedar bien a cualquier miserable a su lado.

Y entonces sucedió lo que no había previsto.

Red Eye se inclinó sobre sus labios entreabiertos y sacó la punta de la lengua despacio para darle un beso lento y húmedo. Ella no solo se dejó, sino que correspondió el movimiento de su boca incorporándose a su ritmo pausado y erótico.

Pareciera que lo hubieran hecho cientos de veces antes, que estuvieran acostumbrados a besarse así, enfrentados, el uno mirando a la luna y la otra mirando a la tierra.

La estaba besando.

Un hombre estaba besando a Paula León en sus narices.

Capítulo 9

En situaciones límite como aquella, pensamientos caóticos cruzaban su mente y escalofríos le atenazaban los músculos de la espalda. Manifestaba los síntomas del hombre que se hallaba en serio riesgo de muerte.

Karim no era estúpido. Podía racionalizar que lo que estaba sucediendo no era de una gravedad escandalosa. Sí, sentía amenazada una valiosa pertenencia suya, pero era una sensación absurda porque ni el espectáculo sexual de Red Eye ni los polvos que pudiera haber disfrutado con Rob Roy eran garantes del amor de Paula, que bien podía estar prestándole atención a este u otro fulano por aburrimiento. También era una sensación equívoca, porque Paula no era ni había sido nunca su mujer, en gran medida porque él no lo había consentido, como para que los celos lo estuvieran matando.

Pero es que *los celos lo estaban matando*. El monstruo de los ojos verdes se imponía con una violencia tiránica a la que nada ni nadie podía hacer frente. Quizá solo los argumentos despechados de los que uno tenía que armarse para convencerse de que sobreviviría al corazón quebrado: ¿Paula se enamoraba de Red Eye a raíz de la sesión y se consolidaban como pareja dentro y fuera del rol? *Estupendo*. ¿Paula y Red Eye acudían cada noche a su club y se prodigaban todos los afectos físicos del manual ante sus jodidas narices de por vida? *Genial*. ¿Paula y Red Eye, o Paula y Rob Roy, o Paula y cualquier otro se casaban, se compraban una bonita vivienda unifamiliar en un barrio rico de la suburbia californiana y engendraban niñitos adorables que asistirían a un colegio privado? *De puta madre.*

Una mujer entendida como una pareja era intercambiable, un mero accesorio temporal, se decía Karim en pleno arrebato furioso. Una mujer no era como una madre, un padre o un hermano, roles de categoría casi sagrada que nada ni nadie podría ocupar si el original desaparecía. Kir Royale era su chica del momento, pero cinco años antes lo había sido Beatrix y la que le dio el primer beso

fue Olivia, y más tendría que haberle dolido perder a alguna de esas que a la Paula intocable, la Paula imposible, la Paula ingobernable.

Al final, ¿qué era Paula, aparte de un sueño que se desvanecía cuando alargaba la mano para rozarla?

Por un segundo, este argumento le convencía y podía relajarse. Pero en cuanto la ira roja se disipaba, aparecía La Verdad en mayúsculas: Paula era una categoría en sí misma. Lo había sido desde el primer día y nadie había podido ocupar ese rincón secreto de su mente donde ella había plantado su bandera. Había habido sitio para otras, que convivieron simultáneamente con Paula en su corazón y en su rutina diaria incluso estando la dichosa Paula en el exilio. Todas esas otras habían sido interesantes y le habían aportado un valor incalculable. Pero ni la sólida presencia ni el compromiso de la mujer más maravillosa había podido nunca compararse con lo que inspiraba en él la sola idea de Paula León.

Kir Royale llevaba meses haciendo las delicias de sus noches con peripecias sexuales que no estaban al alcance de cualquiera y lo que le ponía nervioso, lo que le activaba el sistema, lo que le hacía rigurosamente consciente de sus debilidades y fortalezas, era que Paula lo mirase desde la otra punta de la habitación con su enigmático hastío.

Así que volvía a los celos, unos celos demenciales y posesivos que lo dejaban exhausto.

La idea de que alguien le robara para siempre la posibilidad de Paula, de que ocupara el que quería que fuese su sitio, le resultaba intolerable y lo volvía loco de atar. Porque de alguna manera siempre había sabido, como se sabe que el sol sale por el este y se pone por el oeste, que Paula era la última meta de una carrera de relevos.

Iba a acabar con ella. Tener esa certeza era lo único que le había permitido vivir tranquilo.

Hasta entonces.

Entonces, alguien se la estaba disputando y él lo estaba permitiendo.

Ni siquiera lo había pensado y ya estaba abriéndose camino a través del público hipnotizado para subir al escenario. Con una mano de acero que no admitiría réplica ni de Red Eye, ni de Paula, ni de

Alá en persona, Karim agarró la cuerda que sujetaba a la víctima por la cintura y tiró con fuerza para incorporarla de manera que su torso apuntara hacia él.

Estaba colorada por toda la sangre que le había subido a la cabeza, tenía el pintalabios emborronado por el beso —*el maldito beso*— y parecía mareada, pero no le costó enfocar la vista en el hombre que se había plantado justo delante y que le ordenó:

—Di la palabra de seguridad.

Paula tenía que haber demostrado ya lo que quisiera que hubiera ido a demostrar, o eso o había visto algo en la expresión de Karim que la había persuadido de seguir jugando, porque no alargó su agonía.

Le sostuvo la mirada unos segundos más de la cuenta, sí, pero cedió murmurando:

—Rojo.

Karim asintió con el músculo de la mandíbula contraído. Tan solo intercambió una mirada rápida con Red Eye para dar a entender que se había terminado la fiesta. El amo no opuso resistencia, seguramente porque estaba satisfecho con el resultado de la sesión. Hizo ademán de proceder a desatar a Paula, pero Karim le apartó la mano con un desdén que suscitó comentarios en la primera línea del público.

Los demás prorrumpieron en aplausos.

A fin de rebajar la tensión del espectáculo, el DJ sustituyó sus habituales ritmos eróticos por una canción pop que invitara a los clientes a bailar: un éxito de Mariah Carey cuya letra puso los nervios de Karim a flor de piel.

Why you so obsessed with me?
Boy, I wanna know (...)
It's clear that you're upset with me
Finally found a girl that you couldn't impress
Last man on the earth, still couldn't get this[11]

Con no menos destreza que Red Eye, Karim tiró de cada uno de los nudos y fue apartando las cuerdas como el rey de la selva se

movía entre lianas. En cuestión de un par de minutos, Paula estuvo de pie frente a él como si nada hubiera sucedido.

Pero *había sucedido*. Muestra de ello eran las marcas de las cuerdas en su piel morena y el estado enajenado de Karim.

No tuvo que agarrarla de la muñeca ni darle ninguna orden. En situaciones límite —y cierto era que no habían vivido demasiadas juntos, aunque sí las suficientes—, Paula entendía que debía obedecer sin objeciones y lo seguía, a él o a su hermano, a donde cualquiera de los dos mandaba.

Karim agarró el corsé y la falda que le habían quitado y se encaminó a la puerta privada que desembocaba en su despacho. Depositó la prenda encima del escritorio y esperó a haber oído que Paula cerraba detrás de ella para inspirar hondo, todavía sin girarse.

Apoyó las manos en el borde de la mesa y trató de apelar al sentido común, a la bondad humana, al autocontrol, a la paz de Alá —era curioso lo creyente que se volvía cuando perdía la paciencia—; a lo que fuera a brindarle algo de tranquilidad. Un intenso pitido le perforaba los oídos, arrojándolo a la locura. El corazón le latía como loco y le dolía el solo hecho de respirar.

El beso no dejaba de arder en su memoria reciente, y como siguiera quemando y quemando, acabaría por arrasar con todo lo que era y todo lo que tenía, empezando por sus principios y terminando por la amistad de Marcelo.

Cuando creyó estar preparado para confrontarla, giró sobre los talones y la miró a la cara.

Algo dentro de él se quebró y a duras penas soportó la visión de Paula en semejante estado de vulnerabilidad, con el maquillaje corrido y solo una camisola medieval cubriéndole las formas femeninas.

—Encontraste la información de Rob Roy hurgando en mis cajones —dijo con voz queda—. ¿Por qué? ¿Por qué tantas ganas de hacer valer tu voluntad por encima de la mía?

Ella no se inmutó con la violencia que subyacía en su tono.

—Alguien tiene que hacerte ver que la tuya no vale más y la mía no vale menos.

—¡No intentes convertir esto en una manera de escarmentarme por haber sido un amigo fiel de tu hermano! —la interrumpió con un rugido. El grito apenas perforó el campo de fuerza que parecía proteger a Paula de las emociones mundanas—. No eres la clase de mujer que se arruina la vida para vengarse de un hombre. Al menos, no te la arruinarías académica y moralmente para castigarme por sobreprotegerte o controlarte.

—¿Moralmente? —repitió en lo absoluto afectada—. ¿Estás insinuando que me he humillado en público al someterme a la sesión? ¿Y solo me humillo yo por ser una mujer a la que respetas por su intocabilidad, o te humillas tú también cuando haces uso de todos los servicios del club? No hace falta que contestes. Es una pregunta retórica.

Karim la señaló con el dedo desde la distancia. Con la otra mano se agarraba al borde del escritorio con todas las fuerzas de su cuerpo.

—Nadie —su voz vibró como el cristal de una ventana durante un terremoto— tiene derecho a ponerte un dedo encima.

Paula lo miraba desapasionada.

—¿No te das cuenta de que tú mismo reafirmas con tu actitud lo necesario que es que esté aquí?, ¿lo necesario que es que me revele ante Marcelo y ante ti como una mujer? Nunca me dejaréis en paz si no demuestro de una vez que soy adulta, y parece que esta es la única manera contundente de lograr semejante hazaña. Solo cuando me echen a perder, esto según tus insinuaciones, seré libre de vuestra protección... por no decir otra cosa.

—¿Qué otra cosa? ¿Qué otra cosa, eh, Paula?

—Marcelo trata así a todas las mujeres del mundo. Conmigo ese trato se acentúa. Pero tú, que con el resto del género te conduces con total naturalidad, ¿qué excusa tienes para montar estos numeritos? ¿Que eres el perro fiel de Marcelo y harás lo que te diga? Porque, a mi modo de ver, eres más bien el perro del hortelano, que ni come ni deja comer.

En un impulso, Karim se acercó a ella mientras se desabrochaba los botones de la camisa y se la quitó con las prisas del fin de los tiempos para cubrirla de inmediato. No sabía, en realidad, si quería

tapar su semidesnudez o si pretendía ocultar la verdad que acababa de soltar sin ninguna piedad por sus sentimientos.

¿Debía tenerla? ¿Debía tener piedad cuando él mismo quería abofetearse por su comportamiento?

Le pasó la prenda por los hombros y luego por los brazos, y a pesar de que podría haberla llenado a la altura del pecho, era tan estrecha de hombros que todavía le quedaba holgada.

Karim le recogió el pelo para sacárselo de la camisa, donde había quedado atrapado, y supervisó bajo las mangas que las marcas de las cuerdas iban poco a poco desapareciendo como huellas en la arena. Reprimió el deseo de llevarse sus muñecas a los labios y besarlas con cuidado, y en su lugar se resignó a acariciarlas con los pulgares mientras seguía buscando, desesperado, algo en su expresión, algo que delatara que no le había gustado, que tenía un propósito que poca o ninguna relación guardaba con explorar el BDSM con otro hombre.

«Otro hombre», decía. Siempre era *otro hombre* porque Karim se tenía por el primero, por el importante, por *el hombre*.

Era *otro hombre* el que la había besado.

Respirando con dificultad, Karim se quedó de pie ante ella con la *wife beater* blanca de la que acompañaba en invierno las camisas. Podía leer en los ojos negros de Paula la pregunta incrédula y humillante con la que por supuesto que rompería el silencio.

Lo hizo unos segundos después.

—¿Y este arrebato de mojigatería? Un poco impropio viniendo de un hombre que regenta un club de sadomasoquismo, ¿no?

—No es impropio cuando el gesto se dirige a una mujer que conozco desde que era niña.

—¿Ese es el problema, Karim? ¿Me ves y te acuerdas de la niña de once años? —La segunda pregunta le agitó ligeramente el aliento por efecto de la indignación. Se arrancó la camisa masculina, lanzando por los aires los botones en el proceso, y la arrojó al suelo —. ¿Me ves atada y semidesnuda y piensas que están prostituyendo a una menor de edad?, ¿que se está cometiendo un acto pedófilo? —insistía con la vista fija en él y los puños contraídos—. Mírame. ¿Tengo pinta de niña? Tócame. —Le agarró las muñecas y le plantó

las manos sobre los senos, que intuyó suaves como el terciopelo bajo la finísima camisola—. ¿Estas son las formas de una cría?

Karim intentó retirarse, pero la adrenalina había dotado a Paula de una fuerza sobrehumana y consiguió mantener sus palmas aplastadas contra los pezones erectos, sus dos cuerpos tan próximos que vibraban como si estuvieran imantados.

Vulnerable como nunca, Karim buscó su mirada chispeante.

—¿Qué es lo que quieres, Paula? ¿Quieres que te deje en paz? Lo haré. Lo haré para siempre con la única condición de no verte más por aquí. Ve a la competencia, si quieres. Te proporcionaré una lista de lugares apropiados a espaldas de tu hermano. Pero no vuelvas nunca —concluyó con la garganta atorada—. Nunca, ¿me oyes?

Era lo mejor. ¿No lo decía el dicho? «Ojos que no ven, corazón que no siente». Si no la tenía en primer plano desenvolviéndose con amos masoquistas que podía considerar, si no amigos, al menos buenos conocidos, sobreviviría. Si seguía citándose con Rob Roy, pero Rob Roy tenía la gentileza de reservarse los detalles, sobreviviría.

«Pero ¿qué demonios estás diciendo?», le gritó la voz interior.

Marcelo nunca lo dejaría estar. Marcelo se enteraría de todo y estaría persiguiendo a Karim por tierra y por mar para informarle, furioso, de las andanzas de Paula, y entonces él estaría perdido. Y, aparte, ¿cómo no iba a regresar? ¿Cómo iba a ahuyentarla? Si Paula le tomaba la palabra a su «por favor, desaparece para siempre», ¿qué coño sería de él? Verla era un castigo divino. Lo desesperaba y le suponía una crisis nerviosa. Necesitaba días para prepararse en condiciones para el acontecimiento y necesitaba otro puñado de jornadas a posteriori para recomponerse.

Pero también eran los únicos momentos en los que se sentía vivo.

La mirada se le había desenfocado, perdida en las infinitas posibilidades de morir, cuando ella retomó la palabra.

—¿En serio?

Pestañeó y le prestó una atención solemne a su expresión.

—¿Qué?

—¿Tanto miedo te da percibirme como un ser sintiente y sexual? ¿Tan condicional y frágil es el respeto que me tienes, que pende de

un finísimo hilo cuando me quito una camiseta o un hombre me besa?

«Un hombre me besa».

—No es eso —masculló entre dientes.

—¿Entonces? ¿Crees que vas a borrar mi vida sentimental y sexual tan solo quitándome de en medio? Karim, por favor... ¿Es que pensabas que nunca me acostaría con nadie? O, en su defecto, que nunca tendrías la certeza de que lo he hecho. Incluso si no hubiera puesto jamás un pie en French 75, ¿creías que iba a pasarme la vida sola?, ¿que nunca presentaría a un novio?, ¿que nunca tendrías que escucharnos haciendo el amor en la habitación de la casa de mis padres en Navidad, donde tú también estarías invitado para pasar las fiestas?

No supo qué fue lo que terminó de trastornarlo. Seguramente oír de su boca las palabras «hacer el amor», porque eso implicaba emociones que todavía no había visto aflorar en su semblante, ni cuando había mirado a un hombre ni cuando se había perdido en un pensamiento secreto. Imaginarla teniendo sexo despiadado del que él mismo podía ofrecer ya le costaba parte de su bienamada cordura, pero visualizarla en brazos de alguien que la amara y fuera correspondido pudo con su autocontrol.

Karim recuperó el dominio de sus manos y ahuecó su rostro en un movimiento rápido que ella no vio venir. Con el pulgar le retiró una mancha de carmín muy próxima a la comisura. Luego limpió otra de su barbilla, y otra del arco de Cupido, y se suponía que ahí se iba a quedar su servicio no requerido, pero la proximidad con su boca, su cuerpo caliente y su olor corporal le hizo perder el dominio de sí mismo. Exhaló una especie de suspiro entrecortado y utilizó la mano entera para limpiarle toda la boca. La pasó una vez, una segunda y después le frotó despacio el labio inferior.

No quería callarla ni ahogarla. Quería borrar de sus labios el beso de Red Eye. *Necesitaba* borrar de sus labios el beso de Red Eye, y Paula o se apiadaba de él o no entendía nada, porque permanecía muy quieta con la vista orientada hacia un Karim sin autocontrol.

Para cuando consideró que había eliminado el rastro del otro hombre, le había dejado la piel más sensible de las mejillas y la

barbilla ligeramente coloradas por la presión de los dedos.

Decían que Paula era callada, pero no lo habían visto a él cuando estaba a solas con ella. Le acaparaba el deseo, no, *la necesidad* de besarla y entonces le convenía guardar silencio y mirar en otra dirección.

Pero ahora estaban hablándose con la mirada y no podía alojar la vista en ninguna otra parte. Si no hablaba para romper el hechizo, acabaría haciendo algo irreversible.

—Es curioso que no entiendas que esto no es una cuestión de respeto o falta del mismo, no es una cuestión de percibirte de una forma u otra. Es una cuestión de justicia. La que tú tanto has perseguido siempre —murmuró él. Había empezado frotando con ímpetu, pero terminó relajando el pulgar y tan solo pasándolo por encima de sus labios, deseoso de acariciarlos. La atrajo hacia él alzándole la cara en su dirección. Se inclinó para apoyar la frente contra la de ella, y se atrevió a asomarse al desfiladero de sus labios amagando un beso—. Ningún hombre que eligieras, por maravilloso que fuera, podría hacerte el amor, *qalbi*. Eso solo podría hacerlo el hombre que inventó el amor única y precisamente para hacerte algún tipo de justicia.

Karim la besó como último recurso para contrarrestar la boca de Red Eye, o eso fue lo que se dijo. Pero no era cierto. Ningunos labios tenían el poder de cambiar o corromper los labios de Paula. Allí no estaba la huella de nadie. Y, aun así, tuvo que comprobarlo de primera mano atrapando su boca entreabierta y besándola despacio, sin la menor connotación sexual, sin el deseo de castigarla por torturarlo con impertinencias, sin otro propósito que besar, porque sabía que al otro lado lo esperarían la indiferencia y la ruptura definitiva.

Ella nunca se lo contaría a Marcelo para protegerlo de su ira, pero tomaría la decisión drástica de no volver a acercarse a él. Karim lo sabía y aun así la besaba lentamente, porque Paula tenía razón. Algún día aparecería con alguien del brazo, y para entonces más le valdría tener el consuelo de que le había demostrado, al menos una vez, que la quería. Que todo lo que había dicho y hecho era tan solo porque la quería y no sabía —no podía— hacerlo mejor.

Sintió que Paula apoyaba una mano sobre su pecho, donde latía con intensidad un corazón enfermo de agonía. Él interpretó que quería que se apartara y así lo hizo. Se encontró de frente con una mirada que no le había visto nunca antes, pero en la que quizá cupieran un interrogante y un sentimiento de traición. También cabían todos los caminos que él podía tomar: el de declararse de forma definitiva, el de desaparecer, el de restarle importancia.

Karim se limitó a aceptar su mirada en silencio, haciéndole saber que estaba de acuerdo con la decepción que ella quisiera verter sobre él. Y como Paula no dijo nada ni se movió, y como Karim se sentía vulnerable y fracasado como nunca antes, entendió que lo que tocaba era batirse en retirada.

La apartó con gentileza de la puerta y salió sin mediar palabra.

Los que lo vieron cruzar pasillos como un autómata para dirigirse al aparcamiento comentarían esa noche que Califa se había emborrachado más de la cuenta. Dirían que nunca lo habían visto tan pálido, tan fuera de eje. Nuréyev, que fue la única persona a la que se dirigió verbalmente antes de sumirse en un mutismo voluntario, no se atrevería a participar en las conversaciones que se tuvieron al respecto. Querría ser respetuoso con la emoción visceral que al propietario se le derramó cuando le hizo una sola petición —«Por favor, asegúrate de que Magic Garden tenga un coche a su disposición cuando quiera marcharse»—: emoción que, si le hubieran preguntado, solo habría podido describir como la manifestación definitiva del amor incondicional.

Capítulo 10

Paula llevaba toda la noche aferrada al borde del edredón con la mirada perdida en el techo. Había consagrado sus esfuerzos de atención a contemplar el vacío, porque la alternativa era reconocer que no había dejado de notar un incomprensible hormigueo en los labios desde que Karim la abandonara en su despacho. Desde entonces, ella no había pronunciado palabra, ni siquiera para despedirse de Rob Roy y compañía. Inmediatamente después de lo acontecido, que no se había atrevido aún a describir, se había montado en el taxi que el guardia de la puerta, al que ahora conocía como Nuréyev, había tenido las bondades de convocar antes de que lo pidiera, seguramente por mediación directa de Karim.

Sospechar que él pudiera haber estado detrás del gesto le había hecho vacilar si tomarlo o no, pero habría sido una niñería rechazarlo para airear una indignación que Karim no vería... y que tampoco había visto ni a lo largo de la noche, ni durante la madrugada, ni en lo que el sol de la mañana llevaba iluminando un cielo despejado. No lo había visto porque Paula no se había atrevido a salir del salón, del que esta vez ningún hombre empecinado en ofrecerle las mejores comodidades la había arrancado para depositarla sobre su cama como si fuera la princesa del guisante. Pero no lo habría visto ni siquiera si ella lo hubiese estado esperando de brazos cruzados ante la puerta, porque Karim no había regresado al piso. Estaba asquerosamente segura. Tenía los sentidos tan afinados desde el llamado Acontecimiento que lo habría oído incluso si hubiera entrado levitando y traspasando las paredes.

Por eso respingó al escuchar un chasquido de las bisagras y unos pasos ligeros. Alguien acababa de acceder al apartamento. El estómago se le encogió de pura agonía y no osó moverse, en parte por el asombro que la embargó al ser víctima de una emoción tan visceral.

A decir verdad, no conseguía entender por qué diablos se estaba comportando de esa manera; por qué no se había atrevido a levantarse para ir al baño teniendo la vejiga a punto de explotar, por

qué no se había atrevido a trasponer a la cocina para cenar o desayunar estando al borde de la inanición, por qué no se había atrevido a gritarle a Karim, a enviarle un mensaje venenoso, a maldecir a solas aunque fuera.

Había un cúmulo de palabras apretándole la garganta y no había forma de instarlas a salir.

Oyó que el recién llegado dejaba las llaves en el plato de cerámica oscura del recibidor y se adentraba en el salón con cuidado de no hacer ruido. Paula cerró los ojos y se quedó inmóvil con el corazón latiéndole a una velocidad inexplicable. Acompasó y profundizó la respiración y aguardó con el alma en vilo a que Karim confirmara que estaba dormida y se largara a su habitación.

Pero una vez llegó a su altura, en lugar de dejarla tranquila, le puso la mano en la boca y con la otra le taponó la nariz para intentar asfixiarla. Paula abrió los ojos de golpe y reconoció la sonrisa de borracho de su hermano mayor, con el que tuvo que forcejear unos segundos hasta que se retiró entre carcajadas frotándose el vientre plano.

—¿Por qué te *estai* haciendo la dormida, ah? —le preguntó en castellano, al principio con diversión y, en cuanto le radiografió la expresión, con sospecha—. ¿Pasó algo o qué?

¿Tanto se le notaba?, se horrorizó Paula. Cierto era que estaba sufriendo un infierno de puertas para dentro que, por lo intenso y por lo inesperado, le costaba gestionar. Pero ¿en serio lo estaba trasluciendo? ¿A pesar de esforzarse por evitarlo?

—Eso digo yo —contestó Paula con su mejor tono neutro. Apartó el edredón y se levantó del sofá con elegancia—. ¿Cómo es que llegaste antes de tiempo? Se supone que ibas a quedarte en Nueva York unos días más, ¿o no? ¿Pasó alguna *wea*?

—Anoche hablé con el Karim por teléfono y tincó[12] que algo andaba raro. Se despidió así de golpe y con una mentira más penca, imposible. Últimamente me trata como si fuera de cristal. Llega a ocultarme cosas *pa* que no me estrese, incluso. Tenía que volver para asegurarme de que no hay ningún cagazo y me lo está escondiendo... —explicó sin apartar la vista de ella. Con la excusa de

arreglar los cojines y la sábana bajera del sofá, Paula se giró. Aun dándole la espalda, sentía su mirada fija y suspicaz. Siempre la miraba de forma suspicaz, como si fuera una criminal—. ¿No te dije que podías dormir en mi pieza?

—Me dijiste que podía, no que lo tenía que hacer sí o sí —resolvió con indiferencia—, así que lo tomé como una sugerencia. Una sugerencia que rechacé pa quedarme viendo tele.

—¿Ah, sí? —Marcelo se cruzó de brazos ante la magnífica cristalera—. ¿Y qué viste, *po*?

Paula le lanzó una mirada cansada por encima del hombro.

—No llevas en casa ni diez minutos, ¿y ya estás interrogándome? Y puras *weás*, además.

—Pucha, si sé que me estás chamullando[13]...

—Chamullando —se burló y puso los ojos en blanco—. Ya deberías bajarle un cambio a las manías persecutorias y los delirios, Marce, y tratarme como lo que soy: tu hermana, no la principal sospechosa de un delito de sangre... Si quieres que te venga a ver más seguido, digo.

Como cabía esperar, Marcelo cedió a su petición, advertencia o amenaza, como quisiera llamarse, relajando los hombros, que no se destensaban ni con ayuda de ansiolíticos, ni con bebidas de alta graduación, ni con masajes tailandeses. Tampoco con masajes con final feliz, por lo poco que Nicole le había contado a Paula en contra de sus deseos: por lo visto, Marcelo León vivía en un permanente estado de alerta y no olvidaba que la vida era fugaz y estaba atestada de peligros ni siquiera durante la *petite mort*. Pero esa mañana aceptó fingir que sí y se acercó, sonriente, a enterrar a su hermana en un abrazo de oso.

Marcelo sabía cuándo empezaba a colmar la paciencia de Paula y, aunque no siempre frenaba a tiempo para tener la fiesta en paz, de vez en cuando, sobre todo los días de feliz reencuentro, procuraba mostrarse menos intransigente. Más encantador.

Paula correspondió su iniciativa con la sequedad que le era propia. Ahí donde ella evitaba el contacto físico, fuera cortés o fuera

carnal, Marcelo aceptaba toda oportunidad que se le ofrecía de mostrarse cariñoso.

Esta diferencia, no obstante, nunca había constituido uno de los motivos de sus broncas frecuentes. Él respetaba su espacio personal como pocas cosas en el mundo.

Y quien decía pocas, quería decir casi ninguna.

—Anda, vamos a hacerte algo de comer. —Le echó un brazo por los hombros. Así, juntos, caminaron hacia la cocina, por la que Marcelo procedió a moverse con la desenvoltura de un chef experto —. ¿Cómo es que no te habías levantado todavía? Son las doce del mediodía, *po*. ¿Qué te apetece comer? Chucha —bufó nada más abrir la nevera—, aquí no hay ni una *wea*. ¿Acaso el Karim quería matarte de hambre o qué?

Con el sigilo que convenía tener en presencia de Marcelo, Paula tomó asiento en uno de los taburetes de la isla. Más que vigilar cada uno de sus movimientos, se los estudió; se los bebió. Le puso atención al nerviosismo con el que iba registrando la alacena, los cajones, el congelador, la conversación sin hilo claro que mantenía consigo mismo en voz baja. Llevaba unos Levi's de tiro bajo que exhibían la tira de la ropa interior cara y una camiseta de corte *box* que insinuaba una franja de piel morena. Llevaba los rizos despeinados sobre la cara, lo que le hacía retirarlos con ademanes sospechosamente impacientes cada dos, cinco segundos o diez segundos.

Paula tragó saliva.

No estaba solo borracho. Se había drogado.

—¿Qué tal Nueva York? —preguntó con tiento.

Marcelo se preparó para hacer lo mismo de lo que había acusado a su hermana momentos antes: soltarle una trola.

—¡Filete[14]! —exclamó con energía. Sorbió por la nariz mientras depositaba sobre la encimera, justo delante de Paula, los ingredientes que iba consiguiendo recopilar. A cada tanto le lanzaba una de sus sonrisas de infarto, esas que convencían a su madre de que no era responsable de la travesura que se le achacaba pese a haber sido estratega y primer ejecutor—. Conocí a un montón de

gente la raja en unas fiestas temáticas a las que me invitaron. Cumplí mi misión, *po*; agarrar inspiración *pa* el club y hacer contactos. Me enteré de que...

La puerta de entrada volvió a abrirse.

Paula se quedó petrificada sobre el asiento, sin respirar ni pestañear, en tanto que la sobrevenía la misma oleada de emociones incomprensibles que con la primera falsa alarma. No tuvo que mirar hacia el recibidor para reconocer los pasos amortiguados de un hombre demasiado grande para disimular su presencia.

No podía decirse que no hubiera intentado pasar desapercibido, aun así. Había entrado a su propio apartamento como un vulgar ladrón, casi de puntillas, a juzgar por la ausencia de pisadas firmes.

—¿Qué coño haces, que pareces la puta Pantera Rosa? —se carcajeó Marcelo, de vuelta al inglés, desde la cocina. De perfil a Paula y enfrente de Karim, puso los brazos en jarras—. ¿Se te ha olvidado que estás en tu casa o qué?

—No sé si tu hermana está durmiendo —respondió con prudencia. Su voz le llegó desde el pasillo con la entonación perfecta para imaginarse con riguroso detalle su expresión, que de seguro sería de cautela y, quizá, culpabilidad—. ¿Cómo es que has regresado? ¿No te fías de mi gestión, o...?

Karim se calló nada más localizar a Paula. Había llegado a la cocina con una sonrisa, feliz de recibir a su amigo con una palmada en el hombro. La sonrisa se le tambaleó ligeramente al verla a ella por encima del hombro de Marcelo. Paula apenas atinó a verle tragar saliva antes de agachar la vista hacia sus manos, que había apoyado en el regazo para arrancarse los padrastros. La llegada de Karim la inspiró a acelerar el trabajo, con la mala suerte de que tiró de uno con más fuerza de la indicada y empezó a brotar la sangre.

Paula apretó los labios para contener un brote de odio injustificable, casi infantil.

«Todo esto es culpa tuya», pensaba.

Se tuvo que obligar a expulsar dicho pensamiento y a alzar la vista antes de que Marcelo captara al vuelo que algo pasaba entre los dos. Y aunque se dio brío por componer una expresión serena y saludar a Karim con un gesto de barbilla, aunque Karim hizo lo

mismo curvando los labios en una sonrisa aceptable, Marcelo fue más veloz que sus respectivos instintos de supervivencia. Apenas pasó la mirada del uno al otro una vez con el brazo todavía en el hombro de Karim y preguntó:

—¿Qué pasa con vosotros? ¿Os habéis peleado?

Le sorprendió que Karim le diera la oportunidad de elegir la respuesta adecuada. Otra se lo habría reprochado, alegando que la estaba poniendo en un aprieto en lugar de salvarle el culo, pero Paula siempre había odiado que hablaran en su nombre y no habría podido perdonarle que se apresurara a aportar una mentira de su cosecha para bloquear por todos los medios que ella dijera la verdad.

Como si fuera a decirla.

—No más de lo usual —respondió mirándose las uñas—. Ha estado muy encima de mí, y ya sabes que no me gusta que me controlen.

—Se lo he pedido yo como favor personal. No quería que estuvieras desatendida.

—Y no he estado desatendida. Ha sido un buen anfitrión. Se ha preocupado de dejarme comida hecha estos días y me ha prestado el coche para moverme por la ciudad. Pero habría agradecido un poco más de intimidad. —Alzó la vista hacia Marcelo, ignorando de forma deliberada la presencia de Karim—. ¿No te cansas de poner al que dices que es tu mejor amigo en la tesitura de recibir mis quejas?, ¿por un comportamiento detestable que tú y solo tú le has mandado tener en tu ausencia, además?

—¿Me preguntas si me canso? No, no me canso. Pero no te preocupes. Podéis volver a ser amigos ahora que he regresado y voy a relevarlo retomando mi puesto de guardián. —Le guiñó un ojo a ella y le palmeó la espalda a él, y acto seguido apoyó las manos en la isla para contemplar las verduras con una sonrisita crispada—. ¿Seguro que este tipo te ha tenido bien atendida? Porque la nevera da asco. Y acaba de llegar a casa —añadió—, cuando lo normal es que para estas horas esté haciendo tiempo en el estudio en tanto que llega el almuerzo. Lo normal también es que tú te hubieras levantado hace rato. —Desvió la vista a Paula y ahí la dejó fijada—.

Karim supongo que se quedó hasta tarde en el club y viene directo de allí, pero ¿tú también trasnochaste?

—No. Solo estoy cansada y quería aprovechar que es fin de semana para remolonear.

Marcelo volvió a alternar una mirada suspicaz entre su amigo y su hermana.

Que tuviera los ojos negros como agujeros espaciales, negros *de verdad*, negros como nada en la naturaleza lo era, no ayudaba ni a disimular una vigilancia de ese calibre ni a reponerse rápido de sus efectos, que eran devastadores incluso si una llevaba toda la vida intentando acostumbrarse. No se sentía incómoda ni violada, pero se sentía objeto de una investigación criminal y no le gustaba un pelo.

En esta ocasión, sin embargo, experimentó algo muy parecido al miedo. Miedo porque, por un delirante segundo, estuvo convencida de que había visto el beso pintado en sus caras. Había notado nada más tenerlos en la misma habitación que algo había cambiado de forma irreversible; era imposible, por tanto, que no hubiera deducido lo ocurrido.

Lo que la aterraba no era que Marcelo le gritara, rompiera la amistad con Karim o le prendiera fuego a la naturaleza para satisfacer una de sus venganzas, venganzas con las que nadie se desquitaba y todos sin excepción sufrían. Lo que la aterraba era que Marcelo pudiera sobreponerse a la ira inicial y tirase, tirase y tirase del hilo hasta llegar a la razón original por la que Paula lo había dejado todo y se había expuesto al Acontecimiento.

Al final, la primera y única condición de su estrategia, en parte porque de ella dependía que saliera bien, era que Marcelo no se enterara nunca. Ni de que su hermana había sido el genio ordenador detrás del plan, ni de qué la había motivado.

Igual que la sensación de hallarse al descubierto apareció, se desvaneció, pero no se llevó consigo ni la incomodidad ni la certeza de estar haciendo algo deleznable. Paula estaba acostumbrada a mentirle a Marcelo y se había perdonado mucho tiempo atrás por las veces que lo había hecho y por las veces que lo haría hasta el día del Juicio Final. Al final, de ello dependía su supervivencia y su paz

mental. Pero aquella mentira, y en las que para colmo eran sus circunstancias personales, se le hacía particularmente desoladora.

—Bueno —retomó Marcelo al cabo de unos largos segundos. Paula apostaba por que en ese breve silencio, al igual que se tenía dicho que sucedía en los momentos previos a la muerte, Karim había visto desfilar ante sus ojos todos los recuerdos de su vida—. Pues habrá que comer, ¿no? ¿Qué os parece si aprovechamos que estamos juntos y vamos a por unas hamburguesas? Vamos, Lita, vístete. Puedes estar lista en media hora, ¿verdad? Arreando.

Paula no rechazó la ventajosa oportunidad de apartarse de su vista un rato. Cogió el macuto donde había traído apenas tres mudas limpias —la mayoría ya habían pasado por la lavadora— y enfiló al baño. Se encerró con el pestillo echado y procedió a cambiarse siendo muy consciente, ahora sí, de cada una de las emociones que la embargaban.

Una pregunta se imponía a las demás. ¿Por qué le sorprendía lo que había ocurrido la noche anterior? Quizá nunca se le había pasado por la cabeza que Karim actuaría conforme a sus deseos, pero tampoco había perdido de vista jamás que ese deseo existía. Estaría ignorando largos años de experiencia lidiando con hombres lujuriosos si negara el grado de peligrosidad de dicho deseo. Paula pensaba que Karim no le importaba, o al menos, no tanto como para tener el poder de decepcionarla. Pero resultaba que se había equivocado y siempre le había reservado una pequeña cuota de respeto por reprimirse para hacerle la vida más llevadera a ella.

Esa cuota de respeto se había perdido tras el Acontecimiento.

Le vinieron flashbacks de la noche anterior mientras se perfilaba los labios en el espejo. Se le formó un nudo en el estómago que no habría sabido decir si nacía de la humillación, la incomodidad o algo aún desconocido para ella.

Tuvo que dejar de mirarse la boca hasta que se le pasara el breve momento de shock.

Los labios de Karim habían estado sobre los suyos. Los de Karim, con quien llevaba compartiendo patatas fritas de McDonald's, tiendas de campaña y mandos de la PlayStation desde la tierna infancia. También un hombre desconocido la había besado esa noche, pero

no la había impactado de la misma forma. Porque el problema no era el beso. El problema nunca era el acto en sí, sino lo que entrañaba. Y la manera de besarla de Karim había entrañado emociones con las que Paula estaba íntimamente conectada y que por esto mismo le resultaban tan difíciles de ignorar como imposibles de aceptar.

Ya arreglada con un sencillo vestido de algodón gris y una chaqueta abrigada, se reencontró con los chicos en el pasillo del edificio. Estaban enzarzados en una conversación que, a juzgar por el ceño fruncido de Karim y el modo en que se inclinaba sobre Marcelo, se intuía bastante tensa.

—Vamos a ir en mi coche —estaba diciendo cuando se acercó—. Tú no estás en condiciones de conducir.

—¿Me vas a regañar por haberme tomado unas copas? ¿Qué querías que hiciera durante el vuelo? ¿Que me leyera un libro? —se burló Marcelo.

—Por ejemplo. Antes te encantaba leer.

—Antes ¿de qué? —le ladró su hermano. Le había cambiado la cara a una velocidad alarmante, casi como si hubieran pulsado un interruptor—. No me jodas, ¿vale? Sabía de antemano que hoy me iba a enfrentar a una noche en el infierno por culpa del puto *jet lag*, así que he tomado medidas para asegurarme de que duermo la mona en cuanto mi cabeza toque la almohada.

—Las copas te ayudarán a dormir, sí, pero no sé qué favor te hará la cocaína. ¿O es que crees que me chupo el dedo, cabrón?

—Vamos a tener la fiesta en paz, Karim, que vengo con buenas noticias y no quiero hostias... —Se calló al ver llegar a Paula. Extendió los brazos y le sonrió con cariño—. Como siempre, no defraudas a tu público. Estás espectacular... mente fea.

Karim no opinaba lo mismo, porque compuso una mueca exasperada aprovechando que Marcelo no lo miraba, pero se cuidó de transmitírselo a Paula evitando posar la vista en ella. Entraron en el ascensor, la hermana pequeña poniendo los ojos en blanco cada vez que el hermano mayor se deshacía en agravios hacia su físico con todo género de detalles.

Era lo bastante amplio para que cupieran al menos diez personas. Por desgracia, era justo ese el número de personas el que esperaba a que se abrieran las puertas en la planta inmediatamente inferior. Debía de haberse organizado una fiesta con vistas a continuar hasta el amanecer: los nueve invitados parecían zombis, con los rostros pálidos por el abuso de alcohol, los maquillajes corridos y los zapatos de tacón en la mano. La primera en entrar pronunciando un balbuciente «buenos días» fue una chica rubia vestida de lentejuelas a la que Marcelo le dio un repaso sin ningún disimulo. Por lo general era algo más discreto, pero las drogas lo convertían en alguien problemático en todos los sentidos.

Paula sintió tensarse a Karim a su espalda, exactamente como se tensó ella misma de pensar que Marcelo pudiera hacer un comentario que les costara una pelea. Por suerte, las chicas y chicos de la fiesta estaban manteniendo una conversación entre ellos que no invitaba a meter baza. Se fueron integrando uno tras otro en el ascensor, obligando a Paula a retroceder, retroceder y retroceder. Para cuando entró la última, una pelirroja con los brazos pecosos y los rizos apuntando en todas las direcciones, se hallaba aplastada entre los cuatro individuos que la cercaban. No conocía a los tres que tenía delante y a los lados, pero sí a quien había situado a su espalda: lo confirmó por el olor de su perfume, el oud con tintes orientales que se derretía sobre su piel para crear sus propios subtonos aromáticos.

Apretó los labios, incómoda con la proximidad. Fue a peor cuando uno de los fiesteros quiso ponerse el abrigo y todas las filas anteriores tuvieron que apretarse para que pudiese estirar los brazos. La presión humana hizo que Paula retrocediera y aplastara la curvatura de la bragueta de Karim con las nalgas.

Intentó apartarse lo antes posible, pero no había espacio, y en sus esfuerzos por permitir que corriese el aire, se rozó una y otra vez con el botón de su pantalón de traje; con el bulto que había debajo. Se mordió la lengua para no lanzar otra imprecación y, nerviosa y abrumada, insistió empujando al desconocido que tenía delante.

Este estaba tan enfrascado en la conversación que ni se percató.

Karim le rodeó el antebrazo por detrás para llamar su atención y le habló a la nuca.

—No te muevas —masculló con un intento de contención—. Lo estás empeorando.

Paula comprendió a qué se refería y se tensó físicamente.

—¿Y por qué no te mueves tú y te apartas? —siseó.

—Porque no puedo. Estoy tan atrapado como tú. Estate quieta.

Obedeció suspendiendo todo movimiento, incluso la respiración. Clavó la vista en los números que iban descendiendo —para su infortunio, eran más de cuarenta plantas— y se esforzó por reprimir, entre irritada y confundida, las emociones que iban embargándola.

Todavía tuvo que esperar a que la masa de gente se fuera dispersando por el recibidor de The Harrison para ponerse en marcha, pero en cuanto recuperó su autonomía, se separó de Karim como si el contacto la hubiera quemado y se apresuró a colocarse al lado de su hermano.

A todo esto, Marcelo no se había dado cuenta.

«Gracias al cielo».

Capítulo 11

Momentos más tarde, Karim sacaba el coche del aparcamiento sumido en un silencio obstinado del que no parecía percatarse el mayor de los León.

Marcelo había arrancado a parlotear por encima de las canciones que reproducía el disco del estéreo, uno de tantos cedés grabados sobre blanco por el dueño del vehículo. La de descargar a través de internet los temas y agregarlos al disco físico era una afición anticuada a la que, como tantas otras cosas, Karim no había renunciado en beneficio de la modernidad.

Como Paula había sido la última en hacer uso de aquel coche, solo uno de la colección de tres modelos que había amasado en un año de sociedad anónima, eran sus canciones preferidas las que iban sonando.

Le pareció una broma del destino que en ese momento cantara Plan B su éxito *Es Un Secreto*.

Es un secreto
De tu mirada y la mía (...)
Será cuestión de tiempo
De un lugar, De un momento
De una palabra, De un encuentro
De una noche, De un intento

Quiso la gracia de la coincidencia que Karim y Paula, como coreografiados, echaran un vistazo a través del retrovisor central al mismo tiempo con expresión similar: una de pura turbación. Descubrió en su mirada inquieta que estaba tan incómodo y preocupado como ella, si bien Paula le reservaba a la vez emociones de una mayor complejidad —incomprensión, sensación de injusticia, rabia, vergüenza... Curiosidad, también— y él, por encima de todo, se sentía culpable.

Plan B acababa de cantar la línea que rezaba «Yo sé que estamos cerca de que pase el suceso» cuando Karim, notablemente exasperado, pasó la canción.

A Paula le dieron ganas de gritarle que no fuera tan obvio en presencia de Marcelo. Estaba rígido como una estaca en el asiento del piloto, y aunque acababa de ponerse las gafas de sol, su rictus contrariado seguía delatando tensión.

—Oye, ¿por qué la quitas? —rezongó Marcelo—. ¿No sabes que no se pasa una canción de Plan B? Es ley.

—No me gusta el reguetón y vamos en mi coche, así que te vas a ir jodiendo, chaval.

—Pues para no gustarte, la tienes grabada en un disco.

—Es el disco que grabamos para tu hermana, yo ahí tengo poco que ver.

Marcelo asintió con la cabeza sin darle mayor importancia y regresó a la conversación principal. Debía de estar informado de que Paula había hecho uso del vehículo en esos días, o de lo contrario los habría ametrallado a preguntas como «¿Y qué hacías escuchando el disco de mi hermana? ¿Es que querías ponerte nostálgico? ¿Querías acordarte de ella?».

O algo así.

—Te estaba diciendo que Donibane me ha hablado de un encuentro anual que se celebra en torno a octubre en una isla tailandesa. Koh Phangan, se llama. Me ha comentado que clubes de alterne, intercambios y BDSM para personalidades célebres a lo largo y ancho del mundo se han ido sumando a la experiencia desde que se inauguró, hace un par de años, y que solo se puede acceder por invitación. Me ha prometido venir a ver French 75, probar el ambiente, hablar con los socios... Ya sabes, valorarnos para ver si somos dignos de participar en el encuentro. Se llama *Fuego y Sangre*. A lo *Amos y Mazmorras*, supongo, pero más duro.

Paula se fijó en que Karim torcía el morro.

—¿Qué quieres decir con «encuentro»? —preguntó con la vista en la carretera—. Porque eso me suena bastante a lo de la isla pederasta de Jeffrey Epstein.

Le había quitado las palabras de la boca a Paula, que de haber tenido derecho a opinar habría dicho lo mismo. Le fastidió no poder ver adónde se orientaban los ojos de Karim. Podía estar mirándola a través de los cristales tintados y ella no darse ni cuenta.

Descubrió así que ya no quería ni que la observara.

Especialmente si lo hacía en secreto.

—No seas bestia, Karim. O sea, sí que tiene lista de invitados y demás; convocan a un puñado de gente importante durante una o dos semanas en un hotel exclusivo de la isla y la entretienen con juegos de rol todas las noches, pero sin niños pequeños ni escándalos mediáticos ni suicidios sospechosos en cárceles de alta seguridad. Tú solo imagínate la fiesta. —Marcelo le dio un codazo cómplice al conductor—. ¡Quince días de puro desenfreno!

—Eso tiene que valer pasta.

—Joder, siempre estás pensando en el dinero.

—¿No será porque todo vale dinero?

—Que sí, coño, vale dinero. Por un tubo. Pero es normal. Se duerme en bungalós de lujo y hace falta *plata* para costear el material. De ahí que solo se le hable de la experiencia a los socios con cuentas bancarias en Panamá y en Suiza.

—Entonces es un encuentro de defraudadores de impuestos y sospechosos de cometer delitos de cuello blanco, no de sadomasoquistas —comentó Karim, medio en broma medio en serio.

Había vuelto a quitarle las palabras de la boca a Paula.

A veces le molestaba que, pese a ser tan diferentes, estuvieran de acuerdo en según qué debates morales. Para Karim, la riqueza era un factor importante, si no el que más. Pero sabía que al IRS[15] le debía plena transparencia y procuraba que sus cuentas estuvieran en regla.

—*Eri terrible latero, weón*. Ni siquiera me dejas acabar. Hablándolo con Donibane, pensé que de French 75 podría interesarle a Rob Roy, a Carver... Espera, ¿cuál era el apodo de Carver? Se me ha olvidado.

Carver.

Se le encogió el corazón al oír el nombre en boca de su hermano.

«Claro», recordó. «Lo conoce personalmente por las prácticas de Nicole en el bufete».

—Monkey Gland —respondió Karim sin pensar.

—Bendita sea tu memoria. Hace bastante que no lo veo, por cierto. ¿Ha pasado por allí en estos días que me he ausentado?

—*Nope*.

—Pues no nos podemos permitir perder un cliente de su rango. Habrá que echarle un anzuelo apetitoso. Se me ha ocurrido que para fin de año podríamos montar una fiesta temática para los miembros más importantes. Así nos aseguramos de que aparece.

Paula se tuvo que contener para no echar el cuerpo hacia delante e inmiscuirse en la conversación, de la que estaba a todas luces excluida. No se le había escapado el modo en que su hermano había mencionado a Carver. No con la ambición de asegurar un nombre popular en su lista, sino como si le cayera de maravilla.

Llevaba un tiempo sabiendo que se conocían, pero no tenía ni idea de que su opinión sobre el sujeto era positiva. Podía imaginarse por qué quería que estuviera cerca, igual que podía imaginarse por qué Carver había estado evitando French 75 en los últimos meses.

A veces la sobrecogía el deseo humano de contárselo todo. No solo porque se merecía la verdad —eso por descontado—; también porque a Paula se le hacía cada vez más difícil vivir con un secreto de tamaña envergadura. Pero cuando estaba a punto de desahogarse, recordaba que, por más que Marcelo fuera la única persona en el mundo que podría entenderla, consolarla y ayudarla, era asimismo la que más daño podía causar a todas las partes.

—Lo estudiaremos —le concedió Karim—. Aunque no vamos sobrados de presupuesto.

—¿El despilfarrador número uno se va a acoger a la prudencia ahora? ¿Quién eres y qué has hecho con mi *compa*?

—Solo intento asegurarme de que llegamos a fin de mes con la holgura de siempre. No va a ser posible si invertimos todos nuestros beneficios en una fiesta privada para agasajar a cuatro celebridades. Por si no lo sabes aún, y por supuesto que no lo sabes porque no has mirado una libreta de cuentas en tu vida —agregó con sorna—, raras veces se recupera la inversión que se hace en los famosillos que te encanta invitar a botellas de champán. Están tan pagados de sí mismos que dan por hecho que no tienen que pagar un duro.

A Karim no le había hecho falta preguntar qué hamburguesería se le había antojado a Marcelo. Asumía las preferencias de su amigo del mismo modo que asumía las de Paula, y el cabrón siempre acertaba. Tuvo que sortear los estrechos pasillos del aparcamiento exterior de un Super Duper Burgers que acababa de abrir en el Distrito Financiero para encontrar un sitio.

Paula dejó que los socios y amigos la adelantaran hacia el mostrador de pedidos.

Por lo general, podía ponerse cómoda en la familiaridad que le inspiraban aquellos dos, por exasperantes que pudieran ser tanto juntos como por separado. Pero Karim había cambiado la dinámica entre ellos para siempre y ahora sentía que debía abrir distancia física. La distancia emocional, por otra parte, nunca había dejado de estar presente, en gran medida porque en el fondo no había dejado de temer un solo día que él rompiera ese equilibrio.

Hasta entonces no había comprendido lo frágil que era dicho equilibrio.

Si lo hubiera sabido, tal vez no habría tensado la cuerda.

Al quedarse a la zaga, pudo confirmar de primera mano el efecto que los dos causaban en según qué mesas. Un grupo de adolescentes de no más de quince años, una madre soltera con su hijo y unas amigas universitarias que comían distribuidas por la sala suspendieron sus conversaciones —o, en su defecto, las aceleraron comediendo el tono— nada más verlos pasar. Fueron indistintamente devorados con la mirada.

Nada que sorprendiera a Paula, que estaba acostumbrada a que causaran furor allá donde iban, si no por su aspecto físico, por la complicidad de su interacción. Karim era solo un par de dedos más alto que Marcelo, pero inclinaba el cuerpo hacia él con las manos en los bolsillos, ofreciéndole toda la disponibilidad de su oído derecho, y entonces su aspecto imponente quedaba en segundo plano. Era Marcelo el que más hablaba, el que gesticulaba frenético, estuviera afectado por alguna droga o no. Karim siempre miraba adónde le conducían sus pasos plenamente concentrado en lo que le decía, a veces con una leve sonrisa de «no tiene remedio» en los labios. Marcelo clavaba la vista en su amigo mientras profundizaba en sus

comentarios, que casi en todos los casos les arrancaban carcajadas sinceras a los dos.

La gente daba por sentado que, por consanguinidad, Paula era la persona que Marcelo más quería en el mundo, pero la verdad era que hasta ella desaparecía de escena cuando Karim entraba en la habitación. Tenía que ser él, el amigo de su hermano, el que anduviera al pendiente de sus necesidades, la incluyera en la conversación y procurara no darle nunca la espalda. También la supuesta prioridad que se le daba —o se le debía dar— a las relaciones románticas sobre las relaciones de amistad determinaba que Marcelo preferiría estar con sus novias antes que con Karim, pero eso tampoco era cierto. Ni siquiera Nicole había sido el amor de la vida de su hermano como lo era y seguía siendo su mejor amigo.

Verlos juntos y más o menos felices le produjo una punzada de celos. Suerte que al pasar por delante de la mesa de las veinteañeras pudo captar un comentario sobre los atractivos desconocidos y distraerse con emociones más manejables, como en este caso el descubrimiento: no era del todo una sorpresa para ella enterarse de que Karim era deseado por las mujeres. Al final, llevaba la vida entera observando su impacto. Pero detenerse a descifrar los porqués y encontrar razones que iban más allá de la objetividad fue una revelación.

Nunca había negado que fuera guapo. Canónicamente guapo. Diabólicamente guapo, de hecho. Cuando lo tenía delante, reconocía la simetría de sus facciones, y cuando lo veía alejarse solo podía asentir conforme, como lo haría un reclutador de modelos en presencia de un hombre cincelado.

La edad adulta le había sentado bien, pero siendo un crío ya apuntaba maneras. El instinto de supervivencia y la naturaleza se pusieron de acuerdo a la vez para que diera el estirón rápido y pudiera así tanto defenderse del acoso escolar como ganarse un dorsal en el equipo de baloncesto. Ya tenía barba siendo pubescente y eso levantaba envidias entre el sector popular de clase.

Nicole se había hartado de señalar una y otra vez que, si Karim le hubiera hecho algún caso, jamás habría empezado a salir con Marcelo, y aunque lo mencionaba con sorna, Paula sabía a la

perfección que, al menos en un principio, su hermano había sido el premio de consolación por no haber podido seducir a Karim.

No solo era el preferido de su mejor amiga o de las marginadas, a las que el aludido se dirigía siempre con complicidad por hallarse en una posición social parecida. También lo adoraban las populares. Solo que algunas de estas últimas, enfermas de racismo, se envenenaban a sí mismas con tal de ahogar sus obvias preferencias y lo denostaban en público para perseguirlo en privado.

Paula se había enterado de que Karim recibía cartas de amor de algunas de sus mayores detractoras por andar asomándose a la habitación de su hermano cuando no debía. Porque si algo tenía que saberse de Karim, era que procuraba ser discreto. No le habría costado nada dejar en evidencia a aquella chica y a las otras tantas que siguieron su modelo de comportamiento, pero nunca lo hizo.

Tampoco les prestó ninguna atención jamás, por otro lado. Debía de haber llegado él solo a la conclusión de que, para una mujer enamorada, la indiferencia era un castigo aún peor que la humillación pública.

El caso era que Paula había atestiguado la pasión que levantaba sin llegar a entenderla del todo. No había osado negarla, pero no podía decirse que hubiera participado en ella.

Y seguía sin participar en ella..., ¿no?

Mientras hacía la cola de pedidos retirada por unos pasos, la asaltó el recuerdo de la expresión de Karim antes de besarla; de las emociones que fueron erosionando una cara por lo demás perfecta conforme ella fue arrojando sus dardos envenenados. Era una expresión que los pintores se habrían peleado por plasmar en un cuadro, pero nunca habrían podido replicarla. Ni siquiera Paula no habría sabido replicarla porque, para empezar, no podía explicársela. Solo podía decir que la intimidaba, en gran medida porque en ese justo momento había visto su belleza por primera vez.

Sí, en ese momento le había sido revelado que ni ella era inmune a sus atractivos.

Y cuánto lo odiaba por eso.

Paula pidió por otro lado, recogió su ticket y se retiró a esperar con la sensación de estar en el borde de un precipicio. No había

podido dormir porque tenía el presentimiento de que iba a ocurrir algo, algo indeseado, algo terrible, algo impactante..., pero ese algo también le suscitaba curiosidad y la incitaba a mirar.

Estaba indignada. Por eso no buscaba a Karim con la vista.

Y, aun así, tenía la piel erizada, sensible a las miradas de él, y la invadía la necesidad de devolvérselas para averiguar qué demonios le pasaba. Tenía sentido que en Karim estuviera la respuesta a la pregunta que la perseguía, pues a fin de cuentas era quien había plantado la semilla en su cabeza al besarla: ¿Cómo se sentía *de verdad* al respecto del Acontecimiento?

Fue a recoger su hamburguesa a la vez que Karim. Él la rozó con el hombro sin querer y ladeó la cabeza hacia ella con una disculpa implícita en el semblante. Paula odió esa disculpa y odió su culpabilidad, no porque fueran falsas sino porque podría haberse ahorrado la ofensa en primer lugar.

Ignoró la atención que le prestaba y fue a comprobar que el pedido era correcto. Se quedó momentáneamente contrariada al encontrar un ingrediente extra aplastado contra el pan de brioche.

—Disculpe —le dijo Karim al encargado—. La ha pedido sin pepinillos.

—¿Ah, sí? Vaya, lo siento. Ahora se la cambiamos.

—No hace falta —intervino Paula, volviendo a envolver la hamburguesa—. Ya que está hecha, me la como así.

Karim la miró con incredulidad.

—¿Cómo te la vas a comer así? No soportas ni cómo huelen los encurtidos. Te dan arcadas.

—Sí, me daban arcadas cuando era una niña, pero ahora soy una mujer adulta. Creo que sobreviviré a un par de rodajas.

—Llevas toda la vida diciendo que las hamburguesas con pepinillos solo saben a pepinillos; que matan el sabor de todo lo demás...

—No voy a hacer que me preparen otra por una simple equivocación —atajó.

—Es su trabajo y se ha ofrecido a cambiarla. No es ninguna molestia.

—Ya he dicho que me la voy a comer así. Además, ¿y tú qué sabías si la había pedido esta vez con pepinillos? No has visto mi ticket.

—No me hace falta. Llevo diez años comiéndome mis pepinillos y los tuyos. Y también tu hamburguesa, porque cuando «está contaminada» prefieres ni probarla.

Tenía toda la razón, pero encontraba condescendiente su preocupación —ese día habría encontrado condescendiente cualquier cosa que hubiera dicho— y acabó espetando:

—¿Por qué no empiezas a practicar el arte de que te importe una mierda lo que me meto en la boca?

Karim la miró desde su altura con la bolsa de su pedido en la mano.

El encargado del mostrador se había quedado de piedra.

—Lo haré cuando tú practiques el arte de aplicar la misma vara de medir con todo el mundo. Pensaba que no hacía falta rasgarse las vestiduras por «una simple equivocación». —Arqueó una ceja interrogante.

A Paula le hirvió la sangre.

—Esto ha sido una simple equivocación. Otras cosas no lo son tanto.

—¿Y qué se supone que son esas otras cosas que insinúas? ¿Delitos a sangre fría?

—Lo fueran o no, está claro que se cometieron por gusto, así que premeditación y ensañamiento desde luego hubo.

Karim se inclinó hacia ella con una sonrisa irónica, carente de toda calidez.

—Me alegro de que no hayas olvidado la terminología legal a pesar de llevar unas semanitas alejada de Stanford... Incluso si pretendes usarla para empapelarme.

Paula hizo el esfuerzo de levantar el rostro hacia él, ruborizada, y lo fulminó con la mirada. Karim determinó que había tenido suficientes reproches por lo que llevaba de día y, sin decir más, le arrebató la hamburguesa de la mano y la sustituyó por la que había en su bolsa. No hizo falta ni que lo comprobara, pero, aun así, Paula

desenvolvió el papel grasiento y comprobó que a él no le habían puesto pepinillos.

Cuando alzó la cabeza, vio que ya se había puesto en marcha hacia el aparcamiento. Una de las chicas universitarias lo había retenido para tenderle una servilleta con, presumiblemente, su número de teléfono anotado.

Paula puso los ojos en blanco —¿qué demonios pasaba con los amos de San Francisco, que tanto furor causaban entre la inocente población femenina?— y se largó también al *parking* sin esperar a Marcelo, que seguía aguardando su pedido acodado en el mostrador.

Aburrido no estaba; una de las jóvenes encargadas le daba conversación con sumo gusto.

Estaba tan asqueada y furiosa por la discusión que por poco arrojó la dichosa hamburguesa contra la pared del edificio. La humedad empezaba a carcomerla por los zócalos inferiores a pesar de ser un negocio recién abierto.

Como en todos los aparcamientos, subterráneos o no, se respiraba un aire de abandono que la ayudó a apaciguarse. Iba camino de desenvolver de nuevo el almuerzo —lo cierto era que le rugía el estómago y no, no quería comerse ninguna hamburguesa con pepinillos— cuando Karim la abordó por detrás.

—¿Cómo vamos a solucionar esto?

Paula apretó los labios.

Ya no podría hincarle el diente al almuerzo. No podía permitir que viera que valoraba el gesto del intercambio y que lo disfrutaba.

Hecha a la idea de que tendría que devolvérsela, a poder ser estampándosela contra el pecho, se giró. Procuró que su expresión neutral protegiera sus verdaderos sentimientos.

Karim esperaba una respuesta con el rictus serio.

—¿No vas a decir nada?

—Gracias por la hamburguesa —ironizó Paula—, pero no la quiero.

—Te la ibas a comer a escondidas, así que no me vengas ahora con monsergas. ¿Qué quieres que haga? —retomó sin darle opción a

réplica. Tampoco le permitió responder a esa primera pregunta adelantándose con un arrebato sincero—. Lo siento.

—¿Qué es lo que sientes? ¿No haberme metido la lengua?

Karim miró fugazmente a un lado, hastiado, antes de contestar con paciencia.

—Siento haberme tomado libertades que no me habías dado en esas circunstancias y que además sabía que tampoco me habrías dado en otras muy distintas. Si quieres decírselo a tu hermano...

—Deja a mi hermano fuera de una sola conversación, ¿quieres? Una sola, joder.

Karim asintió en silencio. Aguardó a que Paula dijera algo, pero ella permaneció quieta y callada en el sitio, siendo muy consciente de su posición física respecto de él, de la distancia absurda, de la tensión que parecían estar transmitiéndose por telepatía.

No quería que supiera que estaba molesta. No entendía por qué estaba molesta. Y si algo odiaba una persona con los pies en la tierra como ella era no tener el control ni de la situación ni de sus emociones.

—No se lo voy a decir —resolvió al cabo de un rato— a cambio de que tú no le digas que fui al club y que pretendo volver, claro está.

—¿Que pretendes volver? —repitió con una mezcla de advertencia y preocupación—. Paula...

—No estás en posición de prohibirme nada —lo interrumpió—. Nunca lo has estado, pero ahora menos que nunca. Has demostrado ser como los demás —se desahogó al final—. Otro que me ronda e intenta ganarse mi cariño con gestos bonitos para poder meterme mano.

Karim esbozó una sonrisa incrédula.

—Los dos sabemos que eso es mentira. No soy como los demás porque, para empezar, yo no tenía previsto nada de esto, así que por lo menos la acusación de «premeditación» ya la puedes estar borrando. Y no soy como los demás por otra razón aún más simple —añadió metiéndose las manos en los bolsillos—, que es que el beso no te disgustó del todo.

El rechazo hacia su afirmación fue tal que Paula dio un paso atrás.

—¿Qué coño dices? —jadeó con voz ahogada.

—Te has cabreado conmigo —resumió, encogiéndose de hombros. Pero el gesto quedaba impostado en él. Nunca había sido una persona desenfadada, y ni mucho menos ahora que se notaba que sentía que su vida pendía de un hilo—. Por eso sé que te gustó.

—¡Me he cabreado porque has hecho algo...! —«¿Qué? Algo ¿qué? Piensa, Paula»—. ¡Algo irreparable! ¡Algo sin mi consentimiento!

—Lo que hagan los hombres con o sin tu consentimiento te importa tan poco que no tiene el poder de despeinarte, no se diga enfurecerte. He visto a más de uno y más de dos tomarse libertades mucho peores contigo y ni te has inmutado. Es como si pensaras: «Bueno, pues otro día más en la oficina». A mí no puedes ni mirarme. ¿Por qué? —preguntaba sin segundas, tan solo muerto de curiosidad—. ¿Qué es lo que te pone tan nerviosa?

—¡Pues claro que no tiene nada que ver un desconocido que me toca el culo en un autobús con un amigo que te besa de repente! ¡Tú has traicionado mi confianza! —le acusó con desdén.

Karim no tardó en menear la cabeza lentamente en sentido negativo.

—Ah, no, no, no, guapa. Puedes tildar el beso de inoportuno e indeseado, pero no de traicionero, porque vienes sabiendo que yo no soy tu amigo; soy amigo de tu hermano —corrigió—, así como vienes sabiendo también lo que siento por ti, o de lo contrario no me provocarías valiéndose de tus encantos cuando quieres escurrir el bulto. Como puedes ver —concluyó, irguiéndose con seguridad—, ni tú eres tonta ni yo tampoco.

A Paula se le desencajó la mandíbula.

—O sea, que me tocaste sin mi permiso porque te había provocado yo, ¿no?

—Me hiciste ponerte las manos encima. Literalmente.

—Y también te hice besarme, ¿verdad? ¿Sabes que ese es el argumento con el que justifican sus abusos los hombres de moral cuestionable?

—Las mujeres también pueden tener una moral cuestionable. ¿O no es cuestionable como poco que utilices tu cuerpo y mis sentimientos en mi contra para salirte con la tuya? Claro que no está

justificado que te bese o te toque por eso, ni como castigo ni como desahogo, y por eso me he disculpado con el corazón en la mano. Te puedo jurar por lo que más amo que no volveré a hacerlo —declaró con la palma sobre el pecho—, pero lo que no puedo es deshacerlo, así que no me tortures de por vida por ello.

Paula se mordió la lengua.

Era cierto que le costaba mirarlo a la cara, una cara que la había acompañado toda la infancia y adolescencia y que se conocía de memoria. Esa mañana no le parecía muy distinto de la semana anterior, de las tantas otras veces que lo había visto de forma esporádica: la perilla y el bigote oscuros, recortados con precisión para encuadrar una boca de labios llenos y delineados que serían la envidia de una mujer y, cuando no, su anhelo secreto.

—Tienes respuestas para todo, ¿eh? —masculló ella, abrazándose el codo contrario con la mano que no sujetaba el almuerzo. Una ráfaga de aire se levantó en el aparcamiento y tuvo que apartarse un mechón revuelto con una sacudida de cabeza.

—Para todo —le confirmó sin pestañear. Sus ojos eran de por sí tan brillantes, de ese insólito dorado ambarino, que parecían llenarlo todo. Como la luz—. Y si estas no te han gustado, tengo otras, pero de aquí no nos vamos hasta que esté zanjado. No pienso pasar un solo día en este mundo con la remota sospecha de que me odias.

—Pero vas a tener que pasar todos los días que te quedan sabiendo que no confiaré en ti nunca más —concluyó con la respiración agitada.

Hasta que no se quedaron en silencio por primera vez desde que había comenzado la batalla de reproches, no se dio cuenta de que el pulso se le había disparado y le temblaban las manos. Lo pudo disimular agarrando con fuerza la hamburguesa, que aprovechó para devolverle estampándosela envuelta contra el pecho.

Mala jugada. Karim atrapó su muñeca y la mantuvo cerca de su cuerpo.

—Parafraseando uno de tus comentarios de ayer —retomó en voz baja—, ¿tan frágil era el respeto que me tenías, que ha desaparecido en cuanto he exhibido mi vulgar humanidad?

Paula lo fulminó con la mirada.

—No exhibiste tu humanidad porque son pocas las emociones que justifican un arrebato, y ya te puedo asegurar que la lujuria, algo perfectamente reprimible, no es una de ellas. Lo que exhibiste fue tu egoísmo.

Karim meneó la cabeza de forma sutil, como si no se lo pudiera creer.

—¿Lo llamarías lujuria? ¿Lujuria simple y llana, sin aditivos ni atenuantes? —preguntó con la boca pequeña—. Me parece increíble que una mujer tan inteligente como tú se niegue a reconocer los matices complejos de una situación.

—A mí me parece increíble que teniéndome por una mujer inteligente me intentes vender el beso como un acto romántico, cuando lo único que pretendías era marcarme a modo de venganza. Como me había besado Red Eye, me tenías que besar tú. Como estabas celoso, tenías que hacérmelo pagar.

Karim no pudo seguir manteniendo la pose prudente y tiró de su brazo hacia sí.

—¿Cómo coño no iba a estar celoso? Te has acostado con mi puto socio. Con mi socio, joder, de entre todos los hombres del mundo —siseó a un palmo de su cara—. No puedes airear constantemente el pañuelo rojo delante del toro y luego sorprenderte porque embista. Puedes ofenderte, puedes mandarlo al infierno..., puedes sacrificarlo para que no vuelva a darte una cornada, pero no puedes sorprenderte.

Ella no intentó deshacerse de su agarre. Lo miró con llaneza y un rastro de burla.

—Gracias por informarme de lo que puedo y no puedo hacer, Karim.

—Por Dios, Paula. No seas injusta. Me has estado poniendo contra las cuerdas cuanto te ha dado la gana porque tenías la tranquilidad de que no iba a actuar. De que, una vez más, me acogería a la prudencia. Por lo visto, crees que soy de piedra... o al menos eso es lo que te gustaría.

—¿Ahora vas a ser tú el que se haga el ofendido?

—Por supuesto que me ofendo. Me estás colgando etiquetas inmerecidas. Me señalas como un depravado cuando sabes que lo

que me mueve hacia ti no es la lujuria. Pero ni siquiera tú eres tan fría como para preguntar sin ambages por qué perdí la cabeza, ¿verdad? Ni siquiera tú eres tan fría como para oír la respuesta y seguir adelante como si tal cosa.

Karim le sostuvo la mirada a la espera de que ella dijera algo, pero los dos sabían que no iba a hacer la gran pregunta: «Entonces, ¿por qué la perdiste?». Paula no quería oír otra de esas absurdas declaraciones de amor que solo enmascaraban el repugnante deseo de meterle la mano bajo la falda. Ahora no le cabía duda de que Karim estaba convencido de que el amor que sentía por ella se lo había donado Dios en persona y por eso entraba en una categoría sagrada, pero Paula era más lista, estaba más curtida en los asuntos del corazón, y sabía que lo suyo no era más que un estúpido capricho.

—Tienes razón. Te he estado provocando —fue lo que dijo ella—. Pero no para escurrir el bulto ni desviar ninguna atención de nada. He usado mi cuerpo y he mentido sobre acostarme con Rob Roy porque sé que es el único punto débil que puedo tocar para escarmentarte por tratar de controlarme.

Karim primero apartó la muñeca de Paula de su pecho y luego la soltó.

—¿No te has acostado con él?

—No. Simplemente tenía la sospecha de que diciéndolo conseguiría que me dejaras pasar a la fiesta. Y así fue.

Karim se debatió entre el pasmo, el profundo alivio y la indignación. Ella entendió el porqué de cada una de estas emociones y casi lamentó haberlo torturado. *Casi*. Al final, por más que en el fondo estuviera improvisando para ocultar la verdadera razón de su infiltración en French 75, no mentía cuando decía que quería vengarse de su sobreprotección.

Tras un silencio plagado de sentimientos encontrados, Karim sacudió la cabeza.

—Eres mala —suspiró sin acritud.

—Soy justa, que es distinto. Llevas todos estos días pagando conmigo tu cobardía. Era cuestión de tiempo que te diera a probar de tu propia medicina.

Para sorpresa de Paula, Karim avanzó un paso hacia ella y escudriñó su rostro a la caza de una huella de Rob Roy. Le levantó la barbilla con el dedo corazón.

—¿Y lo has besado? —le preguntó con un hilo de voz.

—No.

—No te ha tocado.

—No.

Karim asintió, abstraído, y en un movimiento que Paula no habría previsto, la besó en la sien, luego en el filo del pómulo y, por último, muy cerca de la comisura de los labios.

—Bien —susurró—. Tortúrame todo lo que quieras con mentiras, *qalbi*, pero, por favor, no utilices tu cuerpo con nadie para el mismo fin. Ningún cabrón se merece llevarse esa suerte porque yo sea un jodido cobarde.

Ella lo vio dejarla con la palabra en la boca con una mezcla de rabia y agradecimiento. Al final, no se había enfurecido con su admisión de culpa y tampoco se había equivocado en ninguna de sus recriminaciones. Era cierto que estaba cómoda en la certeza de que Karim nunca actuaría porque le faltaba valor. Era cierto que no quería oír algo que echara abajo sus principios, como que hubiera un solo hombre en el mundo capaz de apreciar sinceramente a una mujer y desearla al mismo tiempo.

Y quizá ese fuera el quid de la cuestión.

Comprendió allí, sola en el aparcamiento, que lo que estaba sintiendo que le resultaba tan insoportable era que le habían roto los esquemas.

Se suponía que despreciaba a todos los hombres de la faz de la Tierra porque todos respondían a un mismo patrón, y resultaba que no; que incluso si uno se comportaba como lo que era, un hombre, había matices que lo salvaban de su condenación.

Paula se llevó los dedos a los labios y los rozó suavemente con las yemas. Recordó de nuevo el rostro de Karim antes y después de besarla, recordó la tensión de su propio cuerpo y el subidón de adrenalina al recibir su caricia, y sintió que podría echarse a llorar de desesperación.

Ojalá hubiera tenido a alguien con quien hablar.

Ojalá Nicole estuviese cerca para oírla desahogarse.
Pero estaba sola. Siempre había estado sola.

Capítulo 12

Por más que la hubiera trastornado el Acontecimiento —aún se negaba a referirse a ello como «El Beso», incluso si era para sus adentros—, Paula no podía permitirse posponer sus planes. Estaba tan cerca de consumar su venganza que estaría traicionando la promesa que se hizo.

Si le había cabido alguna duda, por fin había confirmado que Carver visitaba French 75 con frecuencia y que convocarlo en una fecha específica solo requeriría organizar una fiesta privada más apetitosa de lo habitual. En tanto que la fiesta en cuestión se concretaba y llegaba, Paula debía cumplir la parte de la que era responsable garantizándose una invitación.

Solo había una forma de lograr tal cosa sin tener que prostituirse o volver a meter en un problema a Rob Roy: convenciendo a Karim.

Cierto era que el amo escocés había capeado el temporal con elegancia y humor y le había transmitido confianza, pero prefería no volver a ponerse en sus manos. Por más que él jurase y perjurase que no tenía un gran interés sexual en ella, había visto en el club cómo se las gastaba, sabía de su reputación y no se fiaba de su promesa de no tocarla.

Además; era una persona que hacía preguntas. Y no cualquier pregunta, sino las preguntas correctas.

Si Paula podía evitar dar explicaciones que la pusieran en un aprieto, lo evitaría. Si podía evitar asimismo acostarse con alguien dentro o fuera de French 75, lo evitaría. Si no, no le quedaría otro remedio que hacerlo. Pero estaba segura de que a pesar del momento de debilidad de la pasada noche, y a diferencia del aún desconocido Rob Roy, que siempre podía sorprenderla para mal, Karim no se atrevería a violentarla de nuevo exigiéndole un pago a cambio de la invitación.

Y si la violentaba, por suerte o por desgracia ya sabía qué era lo peor que podía pasarle.

Se tiraría un par de noches sin dormir, empezaría a comportarse de forma extraña a su alrededor y oscilaría un millón de veces a lo

largo del mismo día entre el desprecio y la compasión hacia él.

Le constaba que Marcelo había acudido al club el día anterior, lo que significaba que esa noche le tocaba asistir a Karim. Era el momento ideal. No podía alargarlo mucho más, en parte porque tarde o temprano se le pasaría el sentimiento de culpa y, cuando eso sucediera, le sería absolutamente imposible convencerlo de su propósito mediante chantaje. ¿O no había sido el propio Karim el que había dicho que con amenazas se obtenían mejores resultados que siendo bondadoso?

Paula se levantó del sofá, pues, y se puso un pantalón corto de baloncesto y un top deportivo para preparar el desayuno. Desde el fondo del pasillo le llegaba la melodía pegadiza de una canción en francés. Imaginaba que Karim estaría entretenido haciendo pesas, porque Marcelo era más de salir a correr por las mañanas y hacer deporte por la noche.

Al menos, esa era su rutina cuando no se pasaba el día entero borracho.

Pero cualquiera le decía algo.

Como ofrenda de paz, decidió prepararle a Karim su desayuno preferido: una copiosa taza de café solo —compraba una marca carísima de especialidad— y unos huevos revueltos poco hechos con comino y pimentón acompañados de pan brioche con mantequilla.

Lo dispuso en una bandeja y se encaminó pasillo arriba hacia el gimnasio improvisado, donde, en efecto, encontró a Karim entretenido. Acababa de incorporarse después de soltar una pesa en el suelo. Ajeno a su presencia y de perfil a la puerta en la que Paula se quedó varada, se quitó la camiseta de tirantes negra y la enrolló como si fuera a escurrirla mientras movía la cabeza al ritmo de GIMS.

J'étais censé t'aimer mais j'ai vu l'averse
J'ai cligné des yeux tu n'étais plus la même
Est-ce que je t'aime?
J'sais pas si je t'aime
Est-ce que tu m'aimes?
J'sais pas si je t'aime[16]

Aunque Paula no hablaba francés con fluidez, lo había estudiado en el instituto y pudo identificar parte de la letra. A juzgar por el aire distraído de Karim, que estaba concentrado estirando la espalda con las manos entrelazadas sobre la cabeza y luego la cintura, no debía de estar prestándole mucha atención al sentido de la canción. Pero, por algún motivo, a ella sí le revolvió el estómago.

Se le olvidó lo que iba a decir para dar a conocer su llegada.

Karim se estaba secando la cara húmeda de sudor con la camiseta cuando la vio. Fue ralentizando los movimientos hasta detenerse por completo.

No era para menos. No habían vuelto a dirigirse la palabra desde que la dejara en el aparcamiento para poner en marcha el coche. Después, Marcelo y él se habían encerrado en el despacho a hablar.

Su hermano le había dicho con sorna que «le dejaban la tarde libre».

—Buenos días —dijo Karim con tiento.

—Hola.

—¿Me has traído el desayuno?

Paula solo asintió. Vaciló antes de entrar y depositar la bandeja en la única superficie libre que encontró, una mesa donde había un temporizador y el estéreo digital que reproducía la canción.

Alargó el momento de dirigirse a él. Se sentía fuera de lugar, pero no por una cuestión de timidez. Tampoco por incomodidad. Tenía la sensación de hallarse en territorio desconocido —no necesariamente peligroso, al menos—, lo que no dejaba de ser insólito porque se trataba de Karim.

Tuvo que leerle el pensamiento, porque dijo:

—Sigo siendo yo, ¿eh? El chico que te enseñó a tirarte de cabeza en la piscina municipal, a insultar en *darija* y a resolver derivadas e integrales.

—Yo también sigo siendo yo, la chica que te enseñó a perfeccionar la cara de póquer mientras hubiera una apuesta jugosa sobre el tapete, a saltar a la comba con ritmo y a entender la filosofía de Simone Weil. —Suspiró—. Pero aquí estamos.

A él no le quedó de otra que aceptar la extrañeza entre ambos con un cabeceo. No se acercó y tampoco la acechó con la mirada

como acostumbraba.

Dio por concluido su ejercicio y empezó a secarse los hombros, el pecho y el vientre ligeramente abultado por los abdominales.

Paula clavó la vista en su torso desnudo.

Pensó que había hombres y mujeres en el mundo que encontrarían la escena irresistible. Había hombres y mujeres en el mundo a los que se les activaba el deseo sexual en presencia de alguien atractivo y ansiaban pasar las manos, la boca y la lengua por los relieves de su cuerpo. Esta certeza siempre le había resultado tan ajena como un idioma foráneo, y, cuando no, directamente asquerosa.

Pero esa mañana experimentó algo parecido a la curiosidad.

Se acercó con pies de plomo. Él notó enseguida que tomaba la iniciativa y se quedó quieto con la mirada atenta apuntando en su dirección, como una gacela sorprendida en un claro. No osó pestañear, ni respirar siquiera, mientras Paula se recreaba en su figura con un vistazo que no por concienzudo debería haberse tildado de erótico.

Hombros anchos y cintura estrecha. Brazos abultados y pecho esculpido. Eso apenas eran datos anatómicos para ella, incluso si dichos datos anatómicos estaban embadurnados del mismo sudor aceitoso que ese reparto de *Magic Mike* que hizo suspirar a toda una sala de cine. Nicole le había insistido en que la acompañara a ver la película, y ahí donde su amiga había vitoreado y hecho comentarios que habrían espantado a alguien sensible, ella no había dejado de torcer el morro, violentada por la innecesaria exposición de carne.

Pero Karim era una persona, no un personaje, y a diferencia de los figurantes de un set de grabación, que operaban en una realidad paralela, él sí participaba en la escena tanto como ella observándola con expectación. El ejercicio le había humedecido hasta las pestañas y arrancaba destellos a sus ojos atigrados, en los que sobre todo brillaba un interrogante: «¿Qué pasa? ¿Qué es lo que ves? ¿Es bueno o malo?».

A Paula se le ocurrió de pronto que mirarlo podía ser agradable. No era una mera exhibición de datos, sino una experiencia privada y

tal vez única. Algo con el potencial de conmoverla y quizá movilizarla.

¿Hacia dónde? No lo sabía.

Alargó la mano hacia su torso y rozó con los dedos la hendidura del esternón.

Era suave al tacto.

—¿No deberías tener pelo aquí?

—No me gusta —fue lo único que atinó a contestar con la voz viciada por los nervios.

En lugar de decirle que, para no gustarle, había olvidado rasurar el que nacía en el ombligo, deslizó los dedos verticalmente hacia la hilera de vello oscuro. Observó que la piel se le ponía de gallina, pero no hacía nada para evitarlo más allá de seguir mirándola con un rastro de alarma.

—¿Ya no estás enfadada conmigo? —le preguntó con cautela.

Paula dejó caer la mano con la vista aún fija en los rizos oscuros. Tragó saliva antes de enfrentarlo, así como él tragó saliva esperando una contestación.

—No lo sé —reconoció.

—¿No lo sabes?

—Creo que sigo estándolo, pero no me servirá de nada, así que... Quería pedirte un favor.

—Me lo imaginaba. —Sujetando todavía la camiseta en la mano, la enfrentó con los brazos en jarras—. ¿Necesitas el coche otra vez?

—No. Hoy quiero ir contigo al club. —Karim ni siquiera contestó. Tan solo le lanzó una mirada cargada de hastío que decía: «¿En serio, Paula?»—. Quiero que me lleves al club como tu acompañante —repitió más despacio— y me lo enseñes.

—Ya lo has visto.

—¿Las instalaciones? Puede ser. Pero no todo lo que se hace.

—¿Quieres asistir a una sesión privada como voyerista? —repitió, perplejo. Ella meneó la cabeza en un sentido que no era ni afirmativo ni negativo, dudosa. Él sonrió con incredulidad—. No sabes lo que estás diciendo, Lita.

—Claro que lo sé. Te recuerdo que no hace ni cuarenta y ocho horas desde que me ataron a una barra como a los prisioneros del

Japón medieval y me torturaron con cosquillas.

Karim abrió la boca enseguida para replicar, pero fuera lo que fuese que iba a decir, tuvo que encontrarlo insuficiente para disuadirla, porque al final solo se pasó una mano por la mejilla rasurada.

—Paula —retomó pacientemente, esperando apelar a su sentido común—, ¿no has visto cómo está tu hermano? Ayer ya iba borracho antes del mediodía, a la tarde se metió tres rayas más y para poder conciliar el sueño se hizo un cóctel de Valiums. Este es el peor momento que podrías elegir para desobedecerlo, sobre todo si pretendes desobedecerlo para iniciarte en el sadomasoquismo. Está a una mala noticia de que lo internen en un centro.

—Karim —imitó su tono solemne—, no puedo poner en pausa toda mi vida porque Marcelo haya decidido arruinar la suya, y ni mucho menos quiero traicionar mis intereses personales porque sea incapaz de aceptar que ya no tengo once años. Lo que pido no es descabellado y no se va a enterar si tenemos cuidado.

—Me estás pidiendo que actúe a sus espaldas de manera intencionada.

—Ya lo has hecho. —Karim ladeó la cabeza. «¿En serio?», parecía preguntar de nuevo con la misma exasperación. Ella solo se encogió de hombros, sin sentirse en absoluto culpable por el recordatorio—. ¿Acaso miento?

—Solo para asegurarme... —se echó al hombro la camiseta sudada—, ¿me estás amenazando con contarle lo de hace un par de noches si no cumplo tu fantasía?

—No se me ocurriría amenazarte. —Pausa intencionada—. No hace falta llegar a esos extremos cuando se trata con una persona razonable.

Karim soltó una risita desinflada y se encaminó a la mesita donde le esperaba la bandeja del desayuno y seguía sonando el reproductor; ahora, una canción de Hatik. Comprobó que había untado mantequilla en el brioche acercándose el pedazo a la nariz —a Paula le hacía gracia su manía de oler la comida antes de probarla— y dio un mordisco generoso.

Mientras masticaba, pensativo, ella intentó traducir la letra en francés.

J'te connais par cœur
comme si j't'avais toujours connu
T'es ma meilleure amie, mon âme sœur,
avec toi j'suis dans le bonus
Entre nous c'est physique
comme la street tu m'attires comme un aimant[17]

Karim esperó a haber tragado el bocado para girarse con informalidad, el brioche aún en la mano, y decir:

—Es precisamente porque soy una persona razonable que me opongo. «Que te aten como a un prisionero del Japón medieval» no es todo lo que puede ofrecer el BDSM. De hecho, Red Eye fue bastante dulce contigo. Y si no te gusta ni que te besen ni disfrutaste particularmente del espectáculo que protagonizaste...,

—¿Y tú qué sabes? —rezongó de brazos cruzados.

—... cosa que sé porque tenías la misma cara que si estuvieras en la consulta del médico —continuó con sorna—, ¿qué te hace pensar que te interesaría todo lo demás?

—Tengo que probarlo o al menos verlo con mis propios ojos para saberlo, ¿no te parece? Tú mismo dices que lo de Red Eye fue «muy vainilla» —hizo el signo de las comillas—. A lo mejor lo extremo me entra de otra manera.

Karim le aguantó la mirada unos segundos y alargó la mano hacia su botella de agua. Con esa expresión pensativa que se le quedaba cuando meditaba una cuestión importante, desenroscó el tapón e inclinó la cabeza hacia atrás para dar un trago. Paula observó la pronunciación de la curvatura de la garganta, solo interrumpida por la nuez de Adán. Era un rasgo físico canónicamente masculino que podía decir que le gustaba. Era a donde se le iban siempre los ojos, a ese relieve montañoso de su cuello. Movió la cabeza al ritmo del rap francés y canturreó por lo bajo el estribillo: «*Love, love, love, t'es la meilleure, meilleure, meilleure, meilleure. Viens, on s'taille, on va voir ailleurs, on va vivre une autre life, oublier nos malheurs*».[18]

Paula no pudo resistirse a ser ella quien lo interrogaba ahora.

—Hablas tres idiomas a nivel nativo: árabe, francés e inglés. Entiendes el español a la perfección y podrías defenderte en una conversación. Sabes de finanzas, aunque no tengas una titulación, y te sobra cultura si hablamos de arquitectura, decoración, incluso moda. Podrías haberte ganado la vida haciendo cualquier cosa.

Ladeó la cabeza hacia ella, todavía de perfil, con los ojos entornados por la sospecha.

—¿A qué viene eso? ¿Me vas a hacer la pelota para convencerme o qué?

Paula se encogió de hombros con actitud huraña.

Ella tampoco se explicaba la repentina curiosidad.

—Simplemente me gustaría entender tus elecciones profesionales. Siempre dices que este era el único camino que podías tomar por falta de formación, y no creo que eso sea así. Además; ningún niño sueña con poner un bar de alterne para la gentuza de Silicon Valley y Hollywood. Algo habrías querido hacer antes de convertirte en Califa.

—Que sean gentuza para ti no significa que sean gentuza para mí.

—Ya, está claro que te gusta lamerles el culo a los millonarios. Es obligatorio cuando se quiere entrar a formar parte de la *socialité*, ¿no? Y no se te puede culpar por haberle cogido el gusto.

Karim se acercó a ella con una sonrisa burlona.

—Yo no le lamo el culo a nadie, Paulita —le dijo con una mezcla de advertencia y socarronería—. Que admire hasta dónde han llegado algunos tipos no quiere decir que se lo demuestre constantemente.

Paula hizo una mueca desdeñosa.

—¿Ves por qué no me gustas nada? —le soltó con indiferencia—. Es antierótico que tus referentes sean Jeff Bezos y Bill Gates. Me repeles.

Karim se prestó a seguir la broma que no lo era tanto devolviéndole una pregunta.

—¿Quién debería ser mi referente para que me quieras un poco, entonces? ¿Thomas Sankara? ¿El Che? ¿Paula León Hernández?

Ella no pudo evitar sonreír.

—Por ejemplo.

—Pues si Paula León Hernández quiere que cuelgue un póster suyo en mi cuarto —aprovechó para decir con aparente desenfado—, tendrá que volver a Stanford, graduarse *cum laude* y aprobar el BAR.

—Sí, claro, y hacerte una paja con los pies también, ¿no?

Se arrepintió del arrebato en cuanto brotó de sus labios, temiendo que Karim le arrojase una mirada ardiente que subrayara el erotismo de su respuesta. Pero eso no sucedió. Él echó la cabeza hacia atrás y, entendiendo su sarcasmo, se rio amistosamente.

Cuando volvió a mirarla, los ojos le brillaban divertidos.

—Para juzgar mi vocación laboral con tanta dureza, estás muy interesada en inmiscuirte en el mundillo.

—Así puedo juzgarlo con conocimiento de causa, la que es mi afición preferida.

Él todavía mantenía una expresión amigable en el rostro. Se frotaba el vientre descubierto, ahí donde le había pellizcado la risa.

—Es imposible que te lleve a French 75 sin que Marcelo se entere —retomó con un suspiro—. Ya es un milagro que anoche no le contaran que su hermana había prestado una visita. O no un milagro, porque tuve que tomar medidas que no me hicieron muy feliz. No me gusta ir por ahí como los ladrones, borrando fotogramas de las cámaras de seguridad, sobornando con copas gratis a mis clientes y amenazando a los trabajadores con el despido para que mantengan el pico cerrado. Me pones una situación muy difícil, ¿entiendes?

—Hay máscaras integrales específicas para el BDSM, ¿no? Si llevo la cara cubierta y una prenda impropia de mí, por decirlo de alguna manera, no me reconocería ni si se presentara por sorpresa. Tampoco podría describirme ningún invitado. Por otro lado —continuó. Pasó el dedo índice por el borde de la mesilla donde se habían quedado humeando los huevos recién hechos—, si alguien conoce a la perfección las puertas traseras y las habitaciones secretas, ese eres tú.

Karim se pasó la punta de la lengua por el labio inferior, más atormentado que pensativo.

—Te llevaré solo esta noche. Y porque te debo una. Pero con una condición —añadió, y entonces su semblante mudó de vacilante a riguroso—. No vas a participar en ninguna sesión. Una cosa es que Marcelo sepa que te he metido en la boca del lobo y otra muy distinta es que se entere de que te han azotado bajo mi supervisión.

Ella puso los ojos en blanco y se encaminó a la salida.

—Sí, seguro que ese es el motivo.

—Lita —la llamó, ignorando su comentario con segundas. Esperó a que lo mirara para decir—: Tú y yo estaremos en paz, ¿de acuerdo?

Paula se encogió de hombros con aire huraño y salió del gimnasio.

Capítulo 13

Parecía que Paula fuera una Capuleto y Karim, o, mejor dicho, el club French 75 fuera un Montesco. Habían tenido que trazar toda una estrategia vía mensajes de texto para cerciorarse de que la escapada no llegaba a oídos de Marcelo, el malvado primo Teobaldo que podría desafiarlos a duelo.

Para empezar, ella tendría que salir de casa unas horas antes con un atuendo la mar de sencillo y especificar que pasaría la noche haciendo una pijamada con una compañera de la universidad. Karim iría a recogerla al cabo del tiempo con las prendas apropiadas para entrar en el club sin llamar la atención: la mencionada máscara integral de cuero con las aberturas justas para respirar, un body sin tirantes del mismo material y unas botas de caña alta con tacón.

Karim detuvo el coche bajo la luz de una farola, allá por la calle céntrica en la que ella se había perdido para hacer tiempo. Cuando vio el contenido de la bolsa que había dejado a los pies del asiento, Paula se sintió cohibida. No porque le temiera a exhibir la piel, sino porque otro día no habría tenido miedo de preguntarle con sorna por qué había elegido ese bonito disfraz y no uno distinto; si es que acaso tenía el fetiche de verla haciendo *cosplay* de conejita Playboy.

No le apretó las tuercas porque, visto lo visto, implicaba apretárselas a sí misma también. No sabía a dónde diablos se había ido la Paula que provocaba sin temor a las consecuencias, pero lo preocupante era que no parecía que fuera a volver.

Fue a retirarse al asiento trasero para cambiarse. Karim sacudió la cabeza sin mediar palabra y le dijo que dispondría de una habitación con intimidad para desnudarse. Ella, que no se consideraba mojigata en lo que a la desnudez respectaba, lo agradeció para sus adentros con sospechoso alivio.

Hicieron el viaje en silencio salvo por la música que manaba del estéreo, esta vez un artista y canción que desconocía. El recuerdo del beso todavía flotaba entre los dos. Insólito, porque, de acuerdo a la experiencia de Paula, una vez expresaba lo que le había fastidiado

y recibía una disculpa, hacía borrón y cuenta nueva. Y santas pascuas.

A lo mejor le era imposible porque Karim también había cambiado a raíz del incidente.

De una manera sutil, sí, pero ella lo notaba.

Lo observó con el rabillo del ojo a lo largo del trayecto. Se había puesto una camisa de seda negra remangada por los codos y abierta un botón por encima del esternón, lo que permitía apreciar el relieve de su zona pectoral y el destello de una cadena dorada a juego con el pendiente de la oreja derecha y la pareja de anillos. Conducía con una sola mano y los cinco sentidos en la carretera, pero tenía la espalda totalmente apoyada en el asiento. Su pose cómoda era la de un hombre que podría guiar con un vehículo con los ojos cerrados.

You know that I'm obsessed with your body
But it's the way you smile that does it for me
It's so sweet, knowing that you love me[19]

Karim reparó en que Paula lo estaba mirando —o decidió dar a conocer que llevaba sabiéndolo todo el rato— y ladeó la cabeza hacia ella. Reaccionó como una estúpida agachando la vista y perdiéndola en los dedos, cuyos bordes se había dejado en carne viva en las últimas cuarenta y ocho horas. A pesar de la complicidad compartida en el gimnasio, notaba el corazón suspendido en algún rincón del pecho, todavía en guerra abierta con su mente.

Una parte de ella seguía furiosa con Karim, pero la otra no. La otra reflexionaba. Calibraba. Se dejaba seducir por la idea de que no había sido para tanto. Repitió la letra de la canción para sus adentros y se preguntó si de verdad era tan horrible. Que un hombre estuviera obsesionado con su cuerpo siempre y cuando fuera su sonrisa lo que cerrara el trato. Siempre y cuando la quisiera.

Paula no había querido aceptar que los hombres eran capaces de sentir afecto sincero por una mujer, pero lo había visto escrito en la cara de Karim antes de oír siquiera sus insinuaciones en el despacho del club, en el aparcamiento. Lo había visto cuando le preguntaba si

tenía hambre, por qué no volvía a la universidad; cuando le rogaba que no se enfadara con él.

¿Sería un delito o estaría traicionándose a sí misma si aceptaba que sí, en realidad era muy dulce saber o por lo menos sospechar que la quería?

¿La quería de verdad, entonces? ¿Por qué? ¿Porque estaba buena?

Paula se giró hacia la ventanilla para esconder de él una sonrisa triste. Necesitaba perderlo de vista, incluso si eso era imposible cuando su perfume había infestado el vehículo de recuerdos de países que no había visitado.

A lo mejor él pensaba que la quería, pero no la quería. Claro que no. No se podía amar a alguien que no se había visto —ni pretendido ver— en su totalidad. Oportunidades de conocerla no le habían faltado, y no se podía decir que las hubiese desaprovechado —prueba de ello era que podía anticiparse a sus deseos y necesidades—, pero apostaba por que la había idealizado como todos los demás y había sido la prohibición de Marcelo lo que le había convencido de que representaba el último trofeo.

Sí, eso debía de significar Paula para Karim. El reto definitivo. Y como era, además del reto definitivo, el reto primigenio, pues había pasado largo tiempo admirándola de lejos, de seguro creería que no haberse repuesto a la obsesión aún era síntoma de la incondicionalidad de su amor.

Como si el amor se diferenciara del capricho por una cuestión temporal.

Como si no existieran caprichos capaces de abarcar la eternidad.

—Ya hemos llegado. Esta es la puerta trasera.

La oscuridad les facilitó pasar desapercibidos en la ruta del coche al acceso privado. En el pasillo hasta la habitación en la que la dejó para cambiarse no se cruzaron a un solo alma, aunque, por lo que Paula pudo apreciar, sí había cámaras. ¿Borraría los fotogramas de nuevo?

Karim le indicó que la esperaría fuera y cerró la puerta con cierta prisa, como si estuviera ansioso por quitársela de en medio. Lo cierto es que ella también agradeció la soledad. Aunque había

podido pasar unas horas en su única compañía en los últimos días, el beso había activado en ella un radar sensible que la hacía sentirse observada incluso a solas, como si de alguna manera llevara a Karim consigo a todas partes.

La habitación le recordó al camerino de un teatro venido a menos. Estaba repleto de percheros hasta los topes de prendas fetiche y contaba con un puñado de espejos para admirarse desde varias perspectivas.

Paula se miró solo en uno cuando acabó de subirse la cremallera de la bota.

Nicole le dijo una vez con socarronería que, para gustarle tan poco que la cosificaran, siempre iba «muy apretadita». Ella le contestó que no podía renunciar al estilo de vestir que le gustaba y la favorecía solo porque los hombres fueran a deleitarse con su aspecto. Esta habría sido otra forma de complacer sus apetitos, y una que para colmo traicionaba su carácter y sus preferencias personales.

Pero la verdad era que, por ajustados que le gustaran los vestidos o, en ese caso, el *body*, nunca exhibía la piel. Como mucho los hombros, los brazos y las pantorrillas, nunca un escote, nunca un vientre, nunca las piernas.

Así pues, al final seguía habiendo un hombre dentro de ella dictando qué debía ponerse y qué no. Y ella le seguía obedeciendo en mayor o menor medida para evitar comentarios desagradables, miradas que la incomodaran o que se tomaran la libertad de tocarla.

Por desgracia, pese a haber adoptado medidas cautelares, no siempre los había podido evitar.

Sacudió la cabeza en un intento por ahuyentar los pensamientos negativos. Ese no era el ánimo con el que debía enfrentar la noche. Tenía que mostrarse interesada, entusiasta, incluso, para que a Karim no le quedara otro remedio que invitarla otra vez, y otra, y otra, y así hasta coincidir con Carver.

Monkey Gland.

Salió de la habitación con la máscara en la mano y el corazón encogido. No quería que Karim la mirase. No quería que nadie la mirase. La otra noche había ido mucho más tapada. A pesar de sus

transparencias, la camisola la había cubierto lo suficiente para convencerse de que no estaba provocando.

Ahora se sentía terriblemente expuesta.

Como si él lo hubiera sabido, la recibió mirándola a los ojos y dijo:

—Nadie va a verte. Todo esto del disfraz es solo por si acaso. Para que no desentones.

—No sé ponérmela —fue cuanto respondió ella.

Karim aceptó la máscara que le había tendido y se la colocó con destreza. Le recogió el pelo cuidadosamente con la goma del pelo que tenía en la muñeca para sacarlo por la abertura trasera. Además de esta, creada para liberar la coleta, contaba con dos agujeros para los ojos y nada más. Cuando había ajustado la correa del cuello, de la que pendían dos hebillas para colgar cadenas, le abrió la cremallera que había estado sellada a la altura de la boca.

—Si ves que te agobia, dímelo y te la quito, ¿vale?

Paula asintió, pero si bien sospechaba que podría ahogarse de calor al cabo de las horas, prefería el anonimato a la comodidad.

Karim le ofreció la palma en un gesto desprovisto de todo romanticismo y ella aceptó entrelazar los dedos con los suyos.

No recordaba haberse cogido de la mano con nadie que no fuera Nicole o, cuando aún era niña y él la trataba como su hija, no como una mujer atractiva cuya presencia le inquietaba, su padre. Esperaba que la sensación fuera extraña o agobiante, que le trajera recuerdos de una infancia ya perdida y dolorosa, pero la piel de Karim emanaba una calidez agradable, y lo que era más: se sentía resguardada por él de lo que fuera a recibirla al otro lado.

Estaba acostumbrada a que la miraran y había aprendido a fingir que no le importaba, pero eso no significaba que no quisiera evitarlo siempre que le fuera posible.

Karim la escoltó a través de los pasillos en los que se habían peleado el primer día, del que parecía que hubieran transcurrido mil años. Halló una cierta paz en el silencio que habían elegido para afrontar la noche. Había pocas personas en el mundo que le despertaran la confianza necesaria para encontrar placentero el acto de callar, y Karim era una de ellas. Sabía que él nunca le reprocharía su mutismo.

Entraron en una antesala provista de un sofá tipo Chesterfield de dos plazas y un minibar. El asiento estaba orientado hacia una cristalera de tres metros de alto y ancho con una puerta plateada a mano derecha. Encima del marco brillaba una luz roja y, a la altura del picaporte, destacaba un botón rojo que Karim pulsó sin mayor ceremonia.

La cristalera que en un principio había creído tintada fue desvelando poco a poco la escena que se desarrollaba en el interior. Lo que había estado preservando la intimidad de la pareja era en realidad un estor que había respondido automáticamente a la petición de Karim elevándose con seductora lentitud.

Con un ademán, invitó a Paula a sentarse en el sofá.

No iban a entrar en la habitación, entonces.

Iban a mirar desde el otro lado.

—¿Pueden vernos? —preguntó ella en voz baja—. ¿Como nosotros a ellos?

—No. Tampoco pueden oírnos a no ser que pulsemos el interfono —señaló con la barbilla el teléfono fijo que descansaba sobre la mesilla auxiliar—, pero saben que estamos aquí. Cuando una pareja, un trío o lo que sea hace uso de esta habitación, es con la idea de que los miren. Aun así, a fin de respetar el consentimiento de las partes, se advierte de que hay alguien observando pulsando el botón. ¿Has cenado?

—Sí.

—¿Quieres beber algo?

Paula no contestó. Se inclinó hacia delante, apoyando los codos en los muslos desnudos salvo por las medias de rejilla, y se fijó en los involucrados. Un hombre y una mujer, para no variar. Él era, por descontado, quien llevaba la batuta. Parecía que siempre eran ellos los que llevaban la batuta, una de las razones por las que despreciaba el sexo heterosexual y no se dijera ya el BDSM.

Era un hombre objetivamente atractivo, alto y robusto. Los pantalones de cuero negros favorecían su cintura estrecha. Ella era pequeña y redonda, una de esas mujeres pálidas y rubias con la piel muy sensible. Apostaba por que la había elegido por eso, porque le

gustaba cómo sus caricias y azotes dejaban marcas rojizas en su cuerpo.

Desnuda y sentada sobre los talones, se sujetaba, temblorosa, a las estrechas caderas de su amo. Era la postura más sólida para recibir los lentos pero profundos embates de él, que introducía el miembro en su boca a un ritmo inclemente que a ella le costaba seguir.

Al principio lo soportó con esfuerzo y tesón. Por lo que Paula podía apreciar, el orgullo motivaba a la chica, que se erguía y se balanceaba de forma seductora para acoger su erección. No tardó en sobrevenirla la primera arcada, sin embargo, y el amo, sin pensarlo dos veces, la agarró del pelo con firmeza y la abofeteó.

Aunque le giró la cara hacia la cristalera, ella jadeó con algo de la familia del placer y escupió en el suelo una mezcla de saliva y líquido preseminal.

—¿En qué piensas? —le preguntó Karim, que no había dejado de mirar su perfil con curiosidad—. Si ya es difícil leerte viéndote la cara, cuando vas tapada parece imposible.

—No veo la necesidad de venir a un club sexual para que te traten así —respondió, mordaz—. Si te casas con un hombre violento, eso es lo que te espera en casa cuando se te olvide hacer la compra.

Karim sacudió la cabeza con una pequeña sonrisa de circunstancia.

«Hay que ver cómo eres», decía sin palabras.

—Estás pasando por alto que aquí la violencia es elegida y por eso mismo bien recibida. El consentimiento mutuo cambia por completo la naturaleza de un gesto, ¿no te parece?

—Lo que a mí me parece es que a ella le gusta —reconoció con reticencia y sin ocultar la opinión que le merecía—, así que no la voy a juzgar aunque no entienda qué le ve de atractivo.

—Hay mujeres a las que les excita que hagan con ellas lo que quieran. A algunas les interesa el trato violento porque desfogan mucho más que solo teniendo sexo; a otras, porque encuentran placer en someterse a los deseos de un amo o ama. Otras se lo toman como una competición.

—¿Una competición?

Karim señaló hacia la cristalera.

—La abofetea cada vez que le da una arcada. Es como un toque de atención: «Hazlo mejor», le dice. Ella se recompone y vuelve a la carga con más ganas si cabe.

—No sé por qué llaman «juego de rol» a algo que se ve todos los días en la vida real. Nos educan para querer impresionar a los hombres, ¿sabes? Para competir entre nosotras y también contra nosotras mismas; para hacer felices al fulano que hayamos elegido, o ni siquiera: a cualquier fulano que se nos cruce.

—Lo sé. El BDSM no niega esta realidad, pero tampoco creas que la perpetúa o empeora. Al revés. Se reapropia de lo que se supone que es nocivo para hacerlo placentero.

—Sigue siendo humillante —murmuró sin apartar la vista de la escena.

El amo sujetaba por la nuca a su sumisa con una mano inamovible. Había empujado las caderas hasta adelantarlas completamente para quedarse un rato alojado en su garganta. Ella lo soportaba con la mandíbula relajada y los ojos cerrados, pero en un momento dado sufrió un espasmo muscular y él no tuvo piedad: la abofeteó de nuevo, esta vez sin sacar el miembro de su boca.

—La humillación es uno de muchos rituales del BDSM. No tiene por qué gustarte eso en concreto para proclamarte sadomasoquista. Toca muchos otros palos.

—Querrás decir que pega muchos palos —masculló ella. Le sorprendió toparse con el gesto divertido de Karim al buscar su mirada, y le sorprendió más aún hacer su pregunta con temor a la respuesta—: ¿A ti te gusta?

—Me gusta humillar, no ser humillado. Y no encuentro placer en el acto *per se*, sino en lo que significa. En el sacrificio que revela. Precisamente porque no soporto la sensación de ser ninguneado, que una mujer se someta a mí y se deje tratar de una determinada manera me produce un orgullo indescriptible. Lo aprecio de veras y se lo agradezco más aún.

Paula lo miró con gesto inexpresivo.

—Te gusta tratar como no te gustaría ser tratado, entonces. Un rasgo muy masculino.

Karim se rio sin otro remedio.

—No vas a dejar títere con cabeza esta noche, ¿verdad?

—Yo solo me limito a señalar los hechos.

—Porque crees entender su trasfondo mejor que nadie, cuando lo que haces es criticarlo desde el desconocimiento y el prejuicio —meneaba la cabeza con tierna exasperación—. No se puede ser más papista que el Papa, Lita.

—Solo planteo un debate que me permita comprender mejor por qué os interesa esto. Disculpa si te llevo la contraria en vez de darte la razón como a los locos. Entiendo que es lo contrario a sumiso y, por tanto, muy poco sadomasoquista por mi parte —se mofó.

Karim se incorporó hacia delante, así como lo estaba ella, y entrelazó las manos sobre el regazo. Su mirada brillante apuntaba hacia la cristalera.

Era obvio que estaba en su salsa. Le encantaba estar allí y le encantaba que ella lo acompañara. Sobre todo le encantaba poder enseñarle una parte tan íntima de sí mismo, vinculada a sus verdaderas inclinaciones y que además constituía su forma de ganarse el pan.

—¿Cómo no me va a interesar esto, si es la vida misma?

—¿Qué quieres decir?

—Todo en este mundo es un juego de rol. En cualquier modelo relacional (romántico, sexual, laboral, familiar), cada uno de los implicados cumple su parte, y en la mayoría de los casos existe un desequilibrio de poder. El padre y el hijo. El profesor y el alumno. El jefe y el empleado. El dominante y el sumiso. El que ama más y el que ama menos. Tú misma lo habrás observado en las parejas que has conocido, con la diferencia de que en las que se consideran sanas no se cumple la verticalidad que menciono y que condena a uno a estar encima del otro, sino la ley de los opuestos: suele haber uno sociable y otro más introvertido, uno que es derrochador y otro más frugal, uno que quiere y es demostrativo por vocación y otro que prefiere dejarse querer. Hay un sujeto activo y otro pasivo, y ninguno es mejor que el contrario. El BDSM, como te decía, ha

encontrado una manera placentera y consentida de llevar al extremo tanto los roles verticales como los opuestos... sobre todo los verticales, que son los problemáticos. Pero que no te engañe lo que ves. Lo extremo no es tanto la práctica como la confianza que se tiene que trabajar con el amante para que haya una entrega plena.

—¿Y no te parece una desafortunada casualidad que el rol dominante siempre recaiga sobre la parte masculina?

—Entonces lo que te molesta es la cuestión de género.

—Entre otras cosas.

Karim se reclinó en el sofá mientras se doblaba los puños de la camisa.

—Si esa es tu crítica —empezó con desenfado—, deberías empezar preocupándote por el mundo en general y no por el BDSM en particular. Ningún ámbito de la vida escapa a la cultura predominantemente machista. Todo lo que involucre a la humanidad está y estará siempre corrompido por la forma en que se organiza la sociedad, y si esa sociedad es sexista... pues *voilà*, blanco y en botella.

—Pero la sociedad no se regodea en sus fallas. El BDSM, en cambio, sigue las reglas del juego con gusto.

—También las desafía, y lo demuestra tanto que vivamos en la clandestinidad como que seamos el chascarrillo de las películas. ¿Cuántas veces no habrá aparecido alguien con un látigo en una serie para hacer humor? ¿Y quién atiza con el látigo para arrancarle una carcajada burlona al público masculino? Una dominatriz, no un amo. Te sorprendería saber la cantidad de hombres sumisos que se pasean por aquí. Está bastante equilibrado en ese sentido.

—¿Tú has sido sumiso alguna vez?

El cuerpo de Karim reaccionó con desprecio tensándose con la sola insinuación.

—Jamás.

Aunque quiso seguir preguntando sobre su experiencia personal, se dijo que estaría adentrándose en terreno pantanoso y dando a entender que le interesaba algo que en el fondo no debía interesarle.

—¿Y cómo sabes si eres el que lleva la batuta o el que recibe los golpes?

Karim se rio por lo bajo.

—Qué forma tan mordaz de describirlo —murmuró—. Diría que lo sabes y ya está, siempre y cuando sepas reconocer lo que necesitas. El BDSM invita al autodescubrimiento. Es otra de sus ventajas. Y lo bueno es que al ser siempre consentido no tienes que conformarte con quien te llegue y bregar por hacer que funcione, con el riesgo que existe de perderte a ti mismo en el proceso o sacrificar tus preferencias. En eso se diferencia de las relaciones románticas, en las que parece que vale con que la persona te guste; en el sadomasoquismo se hila muy fino para que la compatibilidad más allá de la atracción sea fulminante. ¿Quieres a alguien resistente pero preparado para el dolor porque doblegar es lo que complace tus deseos de dominación? ¿Quieres a alguien más bien sensible, porque lo que te excita es que te conmuevan y te obliguen a cuidar las formas? ¿Quieres a alguien escurridizo porque disfrutas más persiguiendo que disfrutando de lo cazado? —Hizo una pausa para mirarla con intención y bajó el tono—: ¿Quieres a alguien que no te intimide ni te presione en absoluto, alguien inofensivo, porque solo así te sentirías cómoda compartiendo intimidades con él? Si ese alguien necesita a su vez lo que tú puedes ofrecerle, está hecho. La gente se echa las manos a la cabeza con esto del BDSM porque piensan que consiste en recibir golpes, pero no dejarías que te diera ningún golpe (y tampoco ninguna caricia) una persona que no entendiera tus necesidades y le satisficiera complacerlas.

Paula lo miró de reojo.

—¿Esa es siempre la condición? ¿Que la persona que elijas esté puesta de entrada para todo lo que quieras?, ¿que sea lo que buscabas y no haya que hacer sacrificios?

Karim sonrió con nostalgia.

—Los sacrificios solo se hacen por amor, Paula. El BDSM es un juego, y para jugar únicamente tienes que encontrar un compañero de juegos. ¿No te diviertes? Pues puerta. Sin rencores. Pero te adelanto que es casi imposible encontrar a alguien que se ajuste a

todos los requerimientos. En las divergencias amo-sumiso es donde entran los límites infranqueables. Hay que sentarse a negociar.

—Como en las relaciones de pareja.

—Como en las relaciones de pareja —convino con un guiño cómplice—. La línea es tan fina que aquí más de uno y más de dos se han enamorado de su sumisa o su dominante.

—¿A ti te ha pasado?

—No.

—Porque no mezclas negocios con placer —dedujo—. Eres un profesional.

Karim volvió a reírse, esta vez con una mezcla de ternura y melancolía.

—Y un romántico.

Paula seguía mirándolo de soslayo, reacia a dar su brazo a torcer pero muy consciente de que se la había metido en el bolsillo. No podía resistirse a un argumento razonable desplegado con elocuencia, y eso era justo lo que él le había otorgado.

—Eres muy convincente al exponer tus opiniones —dijo, y no sonó como un cumplido.

—Porque no son opiniones. Esa es la teoría.

Paula devolvió la vista a la pareja. No veía tanto el vaivén de sus cuerpos sudorosos como las palabras de Karim desfilando ante sus ojos. El amo y su sumisa se habían tendido en la cama para un fin que descubriría a continuación.

—¿Y qué hay de la práctica? ¿Te unirías a ellos si te lo pidiera?

—¿Quieres que me una a ellos? —Como Paula no respondía, resolvió—: Sí.

—¿Sí? ¿Con un par de desconocidos? ¿Sin estar siquiera excitado? —Torció el gesto—. Yo no llamaría romántico a un hombre capaz de hacer algo así.

Karim descruzó las piernas y las volvió a cruzar a la inversa.

—He hablado de romanticismo en su sentido estricto, no de la variante platónica, que es la única que se opone a la acción sobre el sentimiento. Ser fetichista y hedonista no excluye el ser romántico. De hecho, y esta solo es mi opinión, lo complementa de maravilla. Ya me conoces. Soy una persona de grandes apetitos. He venido al

mundo para comer bien, beber bien, follar bien, y para eso hay que probarlo todo. En definitiva, nunca desaprovecharía una oportunidad de divertirme, y ¿qué hay más romántico que estar enamorado de la vida?

—¿Por eso levantaste el club?

—Entre otras cosas.

—Es como ver porno —murmuró ella, contrariada.

—En absoluto. Aquí la gente no está actuando para una cámara. No está actuando, a secas.

—Y si lo importante es la confianza que se forja entre un amo y su sumisa, o entre una dominatriz y su sumiso, ¿cómo es que aquí la gente se acuesta con desconocidos todas las noches y se somete a su voluntad sin saber de lo que es capaz?

—Aquí la gente no se acuesta con desconocidos todas las noches, ni tampoco se somete a su voluntad sin saber de lo que es capaz. Experimenta quien quiere y solo si está mentalmente preparado. No se obliga a nadie a hacer nada. Si me interesara unirme, tendría que darme a conocer primero y esperar el consentimiento de ambas partes después. El noventa por ciento de los socios vienen aquí ya acompañados de sus parejas del rol. Hablando en plata, Paulita, French 75 no da la bienvenida a pajeros desesperados, sino a artistas.

—Como Red Eye.

—Como Red Eye, sí.

Paula se quedó en silencio observando el cambio de dinámica de la pareja. Con el rostro colorado por las bofetadas y el pecho chorreando de fluidos, la chica se incorporó, tambaleante, y se sentó en el borde de perfil a sus espectadores. Procedió a desabrochar los pantalones de su amo mientras él la miraba con una insinuación de sonrisa en los labios. Ella no sonreía, pero porque la solemnidad guiaba sus movimientos y porque no lo necesitaba para sentir que existía una conexión cómplice con su acompañante.

Él le acarició la mejilla con los nudillos y se inclinó para besarle la raíz del pelo, un gesto que sorprendió a Paula por la ternura que encerraba.

—¿Son pareja en la vida real?

—Sí. Creo que se van a casar la próxima primavera.

Paula lo confirmó al atisbar el brillo de un anillo de compromiso en el anular de la chica.

Dudaba que el hombre fuera a consentir que Karim se uniera considerando que era su futura mujer lo que estaba en juego. No iba a dejar que otro le pusiera la mano encima, o al menos así tenía entendidas ella las relaciones de pareja heterosexuales: la parte masculina poseía a la parte femenina. No podía ser de otro modo. Esa era la tónica también en las relaciones familiares. Paula era de la propiedad de su padre, de Marcelo y, a veces, de Karim.

Así estaba predispuesto el mundo.

O *su* mundo.

—Quiero ver qué pasa si pides participar —dijo de repente.

Comprendió la vacilación inicial de Karim. Por más que la deseara y por más indómito y desinhibido que fuera en cuestiones sexuales, seguía siendo el niño que había crecido con ella. No lo sería nunca más si se desnudaba ante su mirada y demostraba de lo que era capaz en una sesión de sadomasoquismo.

—¿Estás segura? —preguntó en voz baja.

Paula asintió. A fin de cuentas, ya habían perdido toda inocencia la noche del beso. Estaba segura de que verlo en acción con otra mujer no la sorprendería ni la incomodaría ni la mitad de lo que la sorprendió e incomodó que entrara en acción con ella.

—Sí, estoy segura.

Capítulo 14

Con la misma naturalidad que si le hubiera pedido que fuera a echar las cortinas, Karim se levantó y se dirigió con parsimonia a la puerta.

Llamó tres veces con los nudillos.

Paula no confiaba en que la pareja fuera a oírlo, estando como estaban sumergidos en sí mismos, pero lo había subestimado. Los vio comunicarse con una mirada silenciosa antes de tomar la decisión tácita de invitarlo a pasar.

El amo se giró hacia la entrada y pronunció un solemne «adelante» con la curiosidad pintada en la cara.

Esta curiosidad se transformó en asombro cuando Karim se dio a conocer.

«Claro», pensó Paula. «Tienen que saber quién es de haberlo visto pulular por el club. Gobernar el club, en realidad».

No solo el dominante se había quedado gratamente sorprendido con la incorporación; Paula dirigió su atención a la sumisa y descubrió que se erguía con los ojos muy abiertos y un principio de rubor placentero. Transmitía ya de entrada sus intenciones al recién llegado mediante el lenguaje no verbal, a saber, arqueando la espalda para exhibir su generosa delantera. Esto no escapó a la observación de su futuro marido, quien, lejos de volver a abofetearla o reprocharle su insaciabilidad, esbozó una sonrisa divertida.

La pareja intercambió un segundo asentimiento cómplice. Ella se levantó, orgullosa de su desnudez, y se paseó, provocativa, hasta llegar a Karim. No podía verle la cara estando de espaldas a la cristalera, pero supuso que le devolvía la sonrisa a la sumisa mientras esta iba desabrochando los botones de su camisa.

Paula se percató entonces de que se había quedado sola admirando la escena. Era la única que no participaría. La única que no tomaría decisiones. El único sujeto pasivo.

Comprendió que esto no le gustaba especialmente viendo que la chica pretendía desnudar a Karim.

No quería ver a Karim desnudo, pensó.

Tampoco le interesaba que le dieran placer a Karim.

Alargó la mano hacia el telefonillo que descansaba sobre la mesa y pulsó el botón que le permitiría hablar con los involucrados.

—Quiero que conserve la ropa —dijo sin entonación.

Karim fue el primero en mirarla por encima del hombro. Mirar la cristalera, en realidad, porque, si no le había mentido, no podría ver a Paula.

La sumisa dejó las manos suspendidas cerca de la hilera de botones, esperando una confirmación o negativa de parte de la novedad.

Karim no tardó en volver a mirar a su víctima y negar con la cabeza, ratificando la orden.

¿Era así de fácil?, se preguntó Paula. ¿Si no le apetecía hacer o ver algo, lo comunicaba y se cumplía su voluntad? Aunque la victoria había sido anecdótica y no significaba que ostentara ningún tipo de poder, ni sobre los sadomasoquistas ni sobre su práctica de la noche, se estremeció de puro gusto. No recordaba la última vez que había dado una orden y se había ejecutado en el acto, quizá porque ni siquiera podía recordar la primera. Quizá porque jamás se le había ofrecido la oportunidad de ejercer el rol dominante. Ni en el sexo, ni en una relación, ni en su propia vida personal.

Siempre había alguien más al mando.

Siempre había alguien a quien debía consultar o al menos considerar antes de actuar.

Paula se reclinó en el sofá y se puso cómoda ahora que estaba a solas. La pose relajada no le duró mucho tiempo: lo que la sumisa tardó en ponerse de puntillas, rodear la nuca rapada de Karim y tomar sus labios con un beso húmedo. Él correspondió el movimiento de sus labios con la misma energía, si acaso demandando una cierta lentitud para mayor recreación.

Paula se echó hacia delante otra vez. Dudó entre fijarse en la reacción del futuro marido, al que por lo visto no le molestaba compartir, y fijarse en la boca de Karim.

Se llevó una mano a los labios y los rozó distraída.

¿Así se habría visto desde fuera el beso que le había dado a ella?

«No», se respondió. A diferencia del que estaba atestiguando, el beso con el que él la sorprendió no había tenido la menor pretensión sexual. No había sido ni siquiera una declaración de intenciones, sino una capitulación.

Únicamente podría haberlo interpretado de este modo ahora que podía comparar un beso con otro; ahora que sabía de lo que Karim era capaz cuando se le daba carta blanca.

Sin dejar de besarse, la sumisa retrocedió y retrocedió hacia la cama donde el amo se había sentado para admirar el espectáculo. Karim se dejó guiar por ella rodeándole la cintura con los brazos, recorriéndole la espalda con delicadeza de abajo arriba, de arriba abajo, hasta que se cansó de monerías y le sobó las nalgas introduciendo los dedos desde atrás en la hendidura del sexo.

Ella rompió el beso para gemir con los ojos aún cerrados y, siguiendo las indicaciones no verbales de Karim, que tenía un don para comunicarse con las manos, se tendió boca arriba en la cama.

Karim la giró de manera que su cuerpo enfrentara a la única observadora.

Era verdad que no se parecía al porno. Había una encantadora torpeza a la par que una complicidad especial en el modo en que los integrantes se trataban, y aquellos eran los pechos y los muslos naturales de una mujer que podría encontrar en la calle: nada de implantes, nada de cirugías para replicar una figura imposible. Su goce, además, no era sobreactuado como el de una actriz de cine adulto. Se permitía expresar su deleite a su manera mientras Karim la manipulaba a su antojo: se había posicionado a su espalda completamente vestido y le había doblado la pierna que no tocaba el colchón para introducir la mano en su sexo. Paula podía ver desde su posición la mano de los anillos cubriendo el pubis como la concha tapaba la intimidad de una venus de Botticelli.

Era una visión casi artística, se sorprendió pensando.

Y todavía no la había penetrado. Se limitaba a acariciarla de forma superficial, a frotarle los labios verticales una y otra vez. Sin duda la estaba estimulando, porque la sumisa movía las caderas en la misma dirección en la que él curvaba la mano.

Paula había visto porno por primera vez en casa de Nicole. Su mejor amiga le había enseñado tres vídeos: uno entre un hombre y una mujer blancos, otro entre un hombre afroamericano y una mujer caucásica y un tercero entre dos mujeres.

Prefería no acordarse de lo violenta que se había sentido viéndolo. No había querido compartir ni siquiera con Nicole hasta qué punto la afectó ver esos vídeos con doce años. Su amiga había señalado que, al ser películas, sus involucrados eran actores, pero lo único que Paula entendió fue que no todos estarían de acuerdo con lo que estaba sucediendo, no todos sabrían lo que iba a suceder de antemano, no todos habrían accedido a grabar el cortometraje de haber sospechado cómo se daría la sesión.

Estas terribles dudas no la asaltaron viendo al trío en French 75. Todos tenían el control de la situación. Y a diferencia de como podía llegar a ocurrir dentro de una relación romántica, en las que decir «no» no siempre era suficiente para detener al amante, en el BDSM había una palabra de seguridad que, una vez pronunciada, frenaba en seco la sesión.

Lo sabía por experiencia.

Era un consuelo agradable.

Paula tuvo que entrecerrar los ojos para confirmar que Karim la había penetrado con dos dedos. Tenía la boca apoyada en el cuello sudoroso de la chica, que había empezado a balbucear que la mordiera, que la chupara.

A él no le había parecido bien que se expresara y se la había cubierto con la mano libre.

Sin pararse a pensarlo mucho, volvió a pulsar el botón que conectaba con el dormitorio.

—No quiero que la silencies. Déjala que hable y diga lo que quiera. Y no le metas nada —ordenó. La motivaba la plena seguridad de que las mujeres, en general, solían preferir la estimulación del clítoris a la penetración. Ladeó la cabeza y esperó a que una buena idea la iluminase—. Me gustaría ver cómo se lo comes.

Observó que Karim arqueaba las cejas, sorprendido con la petición. No debía de ser esta una práctica alejada de rango de acción, porque, ni corto ni perezoso, cambió su postura y la de su

sumisa: ella respiraba con dificultad tendida boca arriba en la posición de una parturienta y él se arrodillaba en el lateral de la cama con las manos sobre sus tobillos.

Por lo poco que sabía, el sexo oral de hombre a mujer era una de las prácticas menos frecuentes dentro del abanico de opciones. Había tipos que ni siquiera se lo planteaban porque les daba asco. Nicole se había quejado más de una y más de una vez porque alguno de sus amantes esporádicos, esos que se buscaba entre ruptura y reconciliación con Marcelo, no había estado a la altura de sus expectativas; por eso, en palabras suyas, «prefería a las mujeres, que se bajaban al pilón sí o sí».

Paula no había disfrutado nunca del *cunnilingus* de un hombre porque apenas había disfrutado de un par de besos, estos ocurridos o bien en contra de su voluntad o propiciados por ella para un fin muy alejado del placer sexual. Pero de todo lo que existía en el repertorio, le parecía una de las pocas prácticas que un tipo podía emprender desde la generosidad y que no se fundaban sobre la dominación de la mujer.

El instinto no le había mentido, porque no le desagradó lo que vio. Gracias a la flexibilidad de la sumisa, que había podido descansar las rodillas sobre el colchón en postura de mariposa, pudo prendarse observando el movimiento de la boca de Karim. Incluso sin prestar atención a los detalles, el cuadro impresionaba: un hombre tan grande y moreno, vestido de negro, acariciando los muslos e ingles de una mujer con la piel pálida. Los labios de Karim eran varios tonos más oscuros que los pliegues de la chica, pliegues que se había entregado a lamer y succionar con la gentileza que exigía la tarea.

Había pensado que durante el sexo sería tan brusco como imaginaba al amo canónico; demandante, crudo, egoísta. Pero se movía con la misma seguridad y elegancia con la que caminaba, se vestía o pasaba las páginas de un libro.

Paula era muy morena. Si hubiera sido ella la que se hubiese tendido boca arriba en aquella cama y hubiera abierto las piernas para él, el color de la boca mullida de Karim se confundiría con el tono de sus labios inferiores. Este curioso pensamiento surcó su

mente como una estrella fugaz. La dejó levemente estremecida, sensibilizada.

Como acto reflejo, cruzó las piernas y contrajo los muslos para contener allí el espasmo que había sentido.

Por supuesto, lo que acababa de notar no le era del todo desconocido. Paula había experimentado el deseo sexual, solo que en una fase todavía embrionaria. Por vergüenza y desorientación, también por desconocimiento, se había obligado a abortar esta sensación tomando medidas drásticas: imaginar auténticas catástrofes o solo pensar en lo que harían su hermano o su padre si se enteraban de lo que había pasado por su cabeza. En esta ocasión, en parte porque con el tiempo se había ido desprendiendo de las expectativas ajenas y en parte porque se sentía cómoda estando Karim involucrado, lo dejó ser, aunque no sin inquietud.

Veía a la sumisa arquear la espalda y rodear por la nuca a Karim, veía al amo contemplando la escena como ella, acariciándose despacio el miembro erecto, veía a Karim lamiendo entre sonrisa y sonrisa a la joven, y aunque ninguno la estaba tocando de forma directa, se sentía parte de la escena. De hecho, si la hubieran tocado de forma directa, no habría sentido ni la libertad ni el gozo que la embargaban siendo el sujeto pasivo y, a la vez, el sujeto sin el que no habría sido posible.

Al final, Karim había obedecido sus órdenes. Había sido precursor de su placer.

No terminaba de decidir si le gustaba o no que el desconocido se masturbara. Por un lado no. Por otro, se estaba regalando el mismo placer físico que Paula experimentaba tan solo apretando los muslos. No podía juzgarlo, pues, y ni mucho menos cuando le suscitaba tanta curiosidad.

Le costaba creer que un hombre estuviera conforme con que otro tocara a su mujer. El propio Karim había perdido la cabeza viéndola a ella con otro hombre, y allí estaba: haciendo con disposición y alegría lo que odiaría que le hicieran.

Aunque en un principio lo había juzgado por reconocer sin preámbulos que le gustaba tanto humillar como le disgustaba ser humillado, contemplando la escena se le encendió la bombilla.

A ella le había gustado darle una orden y verlo obedecer a sabiendas de que odiaba que le mandaran.

Tal vez no fueran tan diferentes en ese sentido.

La sumisa empezó a contonearse, síntoma de su proximidad al orgasmo. Karim entendió la necesidad de su cuerpo y se incorporó para catapultarla más deprisa y con mayor intensidad estimulándole el clítoris con los dedos. La miraba desde abajo con una mezcla de competitividad y orgullo; sin conocerla, se regocijaba en que estuviera disfrutando de sus atenciones. Eso bien podía parecer generosidad, pero no lo era. Seguía siendo una satisfacción para Karim. ¿O no? ¿O no solo eso?

La chica se corrió ruidosamente. Su cuerpo, no contento con sufrir espasmos y arquearse de forma involuntaria, descargó un líquido muy fluido sobre la sábana que a punto estuvo de salpicar a Karim.

Paula se puso de pie, sorprendida, y se acercó a la cristalera para verlo mejor.

No parecía orina. Tenía que ser el famoso *squirt* sobre el que Nicole le había hablado.

Paula tragó saliva y se quedó muy quieta. Como no sabía qué tocaba hacer ahora, se conformó con mirar. Karim incorporó a la sumisa con gentileza y le introdujo el pulgar en la boca para que probara sus propios fluidos. Ella lo chupó con ímpetu mirándolo a los ojos. Tenía restos de máscara de pestañas en la ojera y las comisuras, y no le quedaba mal. No ofrecía un mal aspecto. Todo lo contrario.

A modo de agradecimiento, o eso pensó Paula, la chica besó a Karim en la boca y alargó la mano hacia su bragueta para acariciársela. Esto la llevó a actuar impulsivamente acercándose a la puerta y golpeándola hasta tres veces con los nudillos. Abrió en cuanto oyó la invitación de la chica, que tenía un acento del norte de Europa.

Plantada bajo el umbral con la mirada perpleja de Karim sobre ella, ordenó:

—No lo toques. No quiero que se excite.

Ella obedeció enseguida apartando la mano, pero no la mirada.

—¿Es tu sumiso? —preguntó, vacilante. Una incredulidad muy legítima impregnaba su voz. Cómo no, si todo el mundo sabría que Califa no tenía dominatriz; él era el amo en todos y cada uno de los casos. Viendo que ella no contestaba, se dirigió al aludido—. ¿Eres su sumiso?

Karim no había apartado la vista de Paula. Estaba sentado de manera informal en la cama, con una pierna recogida y una mano apoyada sobre el colchón. Tenía los labios y la perilla aún húmedos y sus ojos brillaban de un modo que no había observado antes, tal vez porque hasta entonces no había tratado con el hombre lujurioso que había dentro de él.

Podría haberle asqueado la mirada que le dirigió, a todas luces embriagada de deseo, pero complació sus ansias de dominación con una sencilla respuesta:

—Soy algo un poco más complicado —cabeceó, resignado—. Soy todo suyo.

Paula se conmovió con la proclama. Tenía tan íntimamente grabados en el disco duro los «eres mi hermana» y «eres mi hija» de sus respectivos parientes, siempre entonados como pretexto para controlar sus salidas, decisiones, opiniones y sentimientos que era un soplo de aire fresco que por una vez alguien la considerara a ella la propietaria... con la excepción de que con Karim no solo llevaba las riendas en ese caso, sino que podía gobernar con mano de hierro cuanto quisiera. Y a diferencia de como había jurado y perjurado para sus adentros si alguna vez estaba en una posición de poder —no se aprovecharía, se decía; demostraría ser distinta, más justa, más transigente—, Paula se plantó ante él a los pies de la cama con expresión fría.

Hasta a ella la asombró la facilidad con la que se acopló al rol: levantó la rodilla y apoyó la suela del tacón en la bragueta abultada de Karim. Descubrió que no le habían mentido ni sus instintos ni él: para participar en la sesión no tenía que actuar ni fingir, porque no estaban grabando una película porno. Solo tenía que hacer lo que le apeteciera con el consentimiento ajeno.

Solo tenía que decir la verdad.

—No quiero que estés excitado delante de mí. —Le presionó la semierección con el pie—. Me hace sentir incómoda.

Karim había apoyado las palmas a su espalda. Estaba más o menos reclinado hacia atrás y la miraba intensamente con la barbilla casi pegada al pecho.

—Eso no puedo controlarlo.

Sin retirar el tacón de su entrepierna, Paula se inclinó para tomarlo de la mandíbula con la mano. Observó que él tragaba saliva y se esforzaba por no incomodarla de más permaneciendo muy quieto.

Escudriñó su expresión durante un buen rato. Ni ella misma era consciente de que lo estaba poniendo a prueba: «¿Hasta dónde estás dispuesto a llegar con tal de no desobedecerme?, ¿de no fastidiarme?».

—Puedes intentarlo —le replicó al fin con una ceja arqueada.

En el gesto que tuvo de cerrar los ojos, entendió que se esforzaría por complacerla. Le pareció que aislándose de la situación le sería más fácil huir de la excitación y le dio una palmadita contundente en la mejilla.

—No. Quiero que me mires. Quiero que me mires a la cara —repitió más despacio—, quiero que me mires el cuerpo y seas capaz de no excitarte con él.

Karim obedeció sin oponer resistencia. Mantuvo los ojos bien abiertos, fijos en la expresión inmune a todo de una Paula expectante por el reto. Él ni siquiera se había endurecido porque ella hubiese llegado; imaginaba que el cuerpo de la sumisa y el hecho de que hubiera voyeristas presentes habían sido responsables de su erección, pero necesitaba tener la tranquilidad de que haría lo que ella le pidiera, cuando y como se lo pidiera. Incluso si lo que le pedía era el milagro de domar las reacciones involuntarias de su cuerpo.

No le importaba si la feliz pareja seguía allí, si estaban o no mirando. Ella solo tenía ojos para Karim y para su esfuerzo, porque no dudaba que le requería un esfuerzo. Al fin y al cabo, luchaba contra su primerísima naturaleza evitando ceder a la pasión, así como Paula luchaba contra su primerísima naturaleza formando parte de una sesión sadomasoquista.

Aun y con todo, estaba descubriendo que no era tan desagradable como había imaginado siempre y cuando nadie le diera órdenes inasumibles.

Siempre y cuando nadie le diera órdenes, a secas.

Un hilo de sudor resbalaba por la sien de Karim, despejada salvo por la sombra de una patilla que nunca dejaba brotar. No se lo estaba poniendo fácil manteniendo el pie estable sobre su miembro. Así producía una fricción inevitable. Pero poco a poco, tal vez tratando de disociarse o a lo mejor invocando pensamientos autodestructivos y terribles, la dureza de la entrepierna fue desinflándose hasta volver a su estado natural.

Karim se llenó los pulmones de aire con una profunda inspiración en cuanto Paula volvió a poner el pie en el suelo.

«¿Ahora qué?», le preguntó él con su silencio.

Le sorprendió lo clara que tuvo la siguiente orden, que, como la anterior y todas las demás, respondía a algo tan sencillo como sus deseos inmediatos.

—Me desagrada el tacto del cuero sobre la piel. Quítame todo esto. Empieza por la máscara.

—En ese caso, los demás tendrán que irse. No quiero que te vean.

Paula se giró hacia el amo y la sumisa. Él estaba de pie, cruzado de brazos, contemplando la escena con curiosidad. Ella se había cubierto con la sábana de satén rojo como una afrodita recién besada. Parecía haberse escapado o de un anuncio de perfume francés. En el silencio que siguió pudo oír la música que sonaba a través de los altavoces. Una voz masculina entonaba una canción con una cadencia erótica.

You don't have balls to blow my brains (...)
Your mind's all messed up right now
But before I open the door
Just let me speak my heart 'cause i'm sure
That you don't feel this way
I know I'm the one who put you through all this
And you want me to pay[20]

Devolvió la vista a Karim con energía renovada.

—Pero yo quiero que te vean a ti. El gran Califa, obedeciendo por una vez en su vida... —Ladeó la cabeza con aire condescendiente, sin dejar de vigilar las microexpresiones del hombre que tenía delante—. Un capítulo para los anales de la historia, ¿no te parece?

Karim reflexionó si ceder o poner un alto. Se pasó la lengua por los labios y comprobó con una mirada rápida, para su mayor contrariedad, que el amo europeo fingía rascarse la punta de la nariz con el dedo para ocultar una sonrisa. Dicha sonrisa no era desdeñosa, pero podía figurarse por qué a Karim le molestó. Dios sabía que a Paula le habían molestado todas las sonrisas de índole similar que se habían formado en los labios de su hermano después de que su padre dictara una sentencia ineludible, casi siempre en contra de la autonomía de su hija.

No dijo ni sí ni no. Rompió la postura y se puso en pie para tirar de las correas de la máscara anudadas al cuello. Se le escapó un suspiro de alivio en cuanto el aire de la habitación le acarició la cara, sudada por la presión del cuero sobre la piel. Se retiró los mechones que se le habían pegado a la frente y las sienes, y acto seguido puso la mano en el pecho de Karim.

—Quítame la ropa —le ordenó—, pero sin tocarme la piel ni por casualidad, ¿me oyes? No quiero sentir tus manos en mi cuerpo.

Él tan solo le sostuvo la mirada. Había desbloqueado una forma nueva y especial de transmitirle su asentimiento no verbal y tampoco gestual.

Sin renunciar a su carácter desafiante y ambicioso, procedió rodeándola con los brazos. Así llegó a la cremallera trasera sin alcanzar a tocarla. La insinuación de un roce, sin embargo, estuvo presente entre los dos en tanto que el calor que emanaba su torso la apresaba como un aroma envolvente, como un rayo de luz.

Karim atinó a atrapar la cremallera, mas tuvo que retirarle la coleta de la espalda y apoyársela sobre el hombro para no pillársela.

—No es tu cuerpo —se adelantó a justificarse.

Paula no quería dejárselo pasar. No quería dejarle pasar ni medio atrevimiento. Pero la hechizó con su mirada fija en ella, la hechizó

con la gentileza de la que se valió para ir liberándola lentamente de la constricción del *body* encorsetado.

No había contado con que Karim evitaría apresurarse y, de hecho, se recrearía en la oportunidad que se le había otorgado. No sabía cómo la hacía sentir que ni siquiera bajo su mandato renunciara a sus deseos propios, pero sí sabía que bastaría con decirle que la desnudara en tiempo récord para que aligerara el proceso.

No lo dijo. Solo abrió la boca para tomar aire en cuanto el fresco de la habitación entró por la ranura que la cremallera iba abriendo cada vez más, y más, y más.

A Karim no se le cayeron los anillos por tener que arrodillarse a sus pies para bajarle la tela por la cintura, las caderas y, por último, las piernas: lo hizo tirando de los extremos superiores del *body* con los dedos índice y pulgar, con cuidado de no desobedecer su única imposición.

Aunque no le había exigido que no admirase su desnudez, Karim se cuidó de contemplarla agachando la vista hacia las botas, con las que repitió la ceremonia con actitud abnegada. No por revelar una parte del cuerpo menos atractiva que los pechos o el vientre fue más rápido. Le puso la misma dedicación, si no más, al acto de descalzarla.

Paula cerró los ojos en cuanto tocó con el suelo con las plantas de los pies. Aunque apenas había caminado con los zapatos puestos, podría haber llegado al orgasmo viéndose libre de prendas que no solo le apretaban, sino que estaban demasiado sexualizadas para hacerla sentir cómoda.

Karim bajó las manos un segundo para contemplar las medias. Ahí residía, sobre todo, el reto. Era complicado quitar una prenda adherida a la piel sin rozarla. Ni siquiera por ser de rejilla le era posible pellizcar uno de los hilos y tirar para bajarlas a la fuerza.

Y Karim no habría empleado la fuerza.

Paula disfrutó enormemente de su vacilación. Le gustaba verlo esforzarse por no violar sus límites, por no entrometerse en su espacio. Podría decirse que incluso le pareció erótico que se moviera de puntillas, no porque fuera ella de cristal, pues a esa sensación la

tenían muy acostumbrada, sino porque para variar temía su ira reactiva.

Después de mucho pensar, Karim se resignó a no poder evitar tocarla. Tuvo que introducir los pulgares en la tirilla de las medias, a la altura de la cintura, y aunque el roce fue breve y en absoluto sexual, Paula sintió que la embargaba una emoción compleja y hasta el momento desconocida: indignación mezclada con el perverso placer de poder cobrarse una venganza.

Esta sensación hacía hervir su sangre, la llenaba de adrenalina.

¿Era así como se sentía tener el pleno dominio de una situación? Casi podía entender, entonces, por qué los hombres a su alrededor lo habían ejercido una y mil veces sobre ella.

Casi.

Le plantó el pie en el pecho y lo empujó con fuerza.

And I know you feel the same way too
Why else would you bring a gun to shoot me
I need you to calm down
So we can try and figure it out (...)[21]

Karim no se rindió pese al golpe y, en cuanto recuperó la postura con visible irritación hacia su ineficacia, lo intentó de nuevo. Volvió a rozarle la piel sin querer, pero Paula tampoco se apiadó de él esta vez y le soltó una bofetada que lo dejó momentáneamente catatónico. No le hizo soltar, aun así, el borde de las medias, que pudo seguir agarrando alejadas de su cuerpo con el cuerpo entero en tensión.

Paula se regocijó en la rabia que vio brotar en sus ojos.

Si hubieran podido saltar chispas, habrían quemado la habitación entera.

—No te pases ni un pelo —la advirtió Karim con una mirada atravesada.

Ella se dio el lujo de sonreírle desde arriba, burlona, y se inclinó lo justo para que no se perdiera detalle de su respuesta: ponerse el dedo índice en los labios y mandarlo callar con una condescendencia que no habría soportado en ninguna otra circunstancia.

Con la mandíbula apretada, Karim fue deslizando las medias por sus piernas. Paula le hizo el favor de levantar un pie y el otro para que pudiera depositarlas con cuidado sobre la cama sin mayor inconveniente.

—No te incorpores aún —le ordenó.

Él permaneció como estaba, sentado sobre los talones con el rostro orientado en su dirección. Seguía furioso, pero ¿de qué le servía en una posición tan vulnerable?

Le gustaba cómo le sentaba ser, por una vez, Paula León, no la hermana de Marcelo ni un cuerpo atractivo. Recordó de nuevo lo que Karim le había dicho un rato antes: le encantaba que las mujeres se dejaran humillar precisamente porque él odiaba ser humillado.

Ahora entendía a la perfección de dónde venía ese principio y qué lo hacía tan poderoso.

Adictivo, incluso.

Paula estaba exultante. El esfuerzo de desnudarla sin tocarla pese a desearlo con cada fibra de su ser y la certeza de que no daría un paso en falso la excitaban como no había conseguido excitarla ni siquiera verlo entregado al sexo oral. Tenía la respiración agitada y el corazón a punto de salírsele del pecho.

The way I make you feel
Is filled with some fire[22]

Aun arrodillado, era tan alto que su rostro le llegaba por la cintura. Solo tuvo que inclinarse un poco para tomarlo entre las manos y embeberse de aquella insólita visión: la de un Karim que renunciaba a la fuerza. La de un Karim que se ponía al servicio de alguien.

Podía imaginarse por qué no permitía un cambio de roles. A lo largo de la infancia había sufrido suficientes vejaciones como para no querer volver a verse en situación de inferioridad. En ese aspecto, Paula siempre había empatizado con él. Lo había comprendido como solo dos inmigrantes podían comprenderse. A ella le habían perdonado su procedencia porque las mujeres latinas

eran brutalmente sexualizadas, lo que no lo hacía mejor, pero que un chiquillo viniera de Marruecos y se atreviera a salir a la calle en pleno auge del movimiento antiislámico había sido para algunos poco menos que un atentado contra el patriotismo norteamericano.

Nada perdonaba el control que había ejercido sobre ella, con o sin la excusa de protegerla. Pero en ese momento se sintió apelada por su fragilidad y, conmovida, le acarició las mejillas con los pulgares.

Vio en su expresión la duda entre cerrar los ojos para entregarse al gesto cariñoso o mantenerla fija en quien se lo estaba prodigando. Al final le sostuvo la mirada con una fidelidad ciega que solo intensificó las emociones de Paula, muy próximas al desbordamiento.

En otro momento quizá se sentiría ridícula por haberse emocionado por algo tan estúpido como que hubieran respetado sus deseos. Pero en aquella situación solo podía abrazar su alivio y su entusiasmo.

Al final, hacía meses que no experimentaba una emoción positiva.

—Quiero probar algo —murmuró ella—. No te muevas.

Fue apenas un segundo, pero la extrañeza arrugó el ceño de Karim antes de que la revelación de lo que iba a suceder le sacudiera. Entonces sus ojos se abrieron como una flor, no habría habido otra manera de describirlo, y su rostro los acompañó despejándose repentinamente para permitirle a Paula apreciar al niño que habría sido; *habría* y no *había* porque la emoción que le suavizó el semblante era demasiado pura, demasiado inocente, para pertenecer a un chico que había llevado una vida corrupta y atravesada por la crueldad.

La sorpresa y también la disposición le separaron los labios, a los que ella bajó la vista con el vértigo atascándole la garganta.

«Sé que te ha gustado porque te has enfadado», le había dicho en el aparcamiento de la hamburguesería a propósito del beso. Por más que había querido encontrar una respuesta que desmontara el argumento, había sido incapaz.

Según sus principios, había odiado que la besara. Sus sensaciones, por otra parte, habían clamado algo muy distinto. Y aunque Paula sabía que quien tenía la razón en todos los casos era

la mente y no el cuerpo, necesitaba salir de dudas. Comprobar, en definitiva, si le era de veras placentero o su imaginación lo había magnificado.

Rozó su boca entreabierta con los cinco sentidos puestos en apreciar hasta la última de las sensaciones. Todas las texturas del mundo estaban ahí: el terciopelo en los labios, la felpa del bigote y, luego, el húmedo satén de la lengua que acarició durante el beso.

No así todas las temperaturas, sin embargo. Karim se había traído del Rif marroquí los calores del desierto, y nada podía templarlo, ni Karl The Fog ni la frialdad de una mujer en la que el desprecio había echado raíces profundas. Paula debía reconocer que encontraba su calor intimidante y reconfortante a la vez.

Karim dudó antes de cubrir las manos femeninas con las suyas. Sabía que era él porque, además de la aspereza de los callos, un recuerdo de sus decenas de trabajos precarios, notaba la dureza de los anillos. No se opuso a que le acariciara suavemente los dorsos con los dedos en su recorrido por los brazos. No se opuso a que se sujetara a ella por los hombros. No se opuso a que se fuera levantando, despacio, sin soltar su boca.

Paula tuvo que ponerse de puntillas y echar la cabeza hacia atrás para seguir besándolo. ¿Había sido así también la otra noche? ¿Había percibido su altura con gran impresión? El shock le había borrado los detalles. No quería que nada borrara estos nuevos. Tenía que descubrir si le gustaba que la tocara y, en caso afirmativo, tendría que averiguar en quién o qué la convertía eso. Pero había subestimado el talento de Karim para convencer a una mujer de olvidar dónde estaba y derretirse en su abrazo. La había rodeado por la espalda con una gentileza que de pronto no la aliviaba, sino que la abrumaba. Del mismo modo la iban sobrepasando las emociones que antes había estado observando desde una cómoda posición de control; las tornas habían girado y de pronto ella era el sujeto vigilado y hasta manipulado por esas emociones, ¿o de qué otro modo explicaría que ya no fuera quien besaba, sino la persona besada?

Se revolvió brevemente, acostumbrada a rebelarse contra lo que le fuera impuesto, pero la conciencia de estar equivocada la paralizó

casi enseguida.

Aquello no le había sido impuesto. No estaba siendo sometida. Estaba siendo *cuidada*.

Cuántas veces no habría renunciado a tratar de diferenciar una cosa de la otra, exhausta y confundida por lo complicado que lo encontraba. Esta escurridiza diferencia se manifestaba ahora ante sí con claridad cristalina: en el cuidado real había una voluntad de respetar y tratar bien. No lo había comprendido hasta entonces porque le habían estado vendiendo el dichoso cuidado como un mal menor que evitaría el temible mal mayor, fuera cual fuera ese: «¿No ves que te lo prohíbo para protegerte? ¿No ves que te castigo, te reclamo, te reprocho porque te quiero?».

Pero ¿qué mal menor o mayor había en lo que estaba pasando?

Ninguno.

Y, sin embargo, la intensidad de su abrazo terminó por sobrecogerla y se tuvo que apartar. Mantuvo la mano sobre el pecho de Karim, el brazo estirado para abrir la mayor distancia posible entre los dos. Lo miró a los ojos, los de él convertidos en oro líquido, y, como hiciera Eva después de ser expulsada del Edén, cubrió su vergonzosa desnudez con el antebrazo libre. El gesto fue lo bastante expresivo para que Karim comprendiera su vulnerabilidad y, sin mediar palabra, la cubriera con su propio *body*.

Paula se abrazó a la tela y se dio la vuelta con la vista desenfocada, sumida en un silencio excepcionalmente sepulcral, incluso para tratarse de ella.

Lo único que sentía era el latido obstinado de su corazón, alojado en el pecho, en los oídos y en la boca sensible que él había devorado. Se pasó la lengua por los labios y esperó a que el cuerpo se le templara. El deseo de estar sola fue superior al incomprensible bochorno y, en un arrebato, recuperó sus prendas y se dirigió a paso ligero a la habitación donde se había cambiado para marcharse de allí cuanto antes.

Capítulo 15

Karim no había contado con que teniendo en las proximidades al objeto de sus fantasías, su rutina se desestabilizaría hasta enajenarlo.

Con lo fácil que le había resultado estar enamorado en la distancia.

Llevaba un par de semanas sin poder dormir más de cuatro horas de corrido. Se despertaba repentinamente, desorientado, y luego no podía volver a cerrar los ojos porque le trastornaba la certeza de que Paula estaba bajo el mismo techo, al alcance de su mano... y a la vez no, porque estaba demostrando ser más complicada incluso de lo que había imaginado.

Una vez más, Karim rememoró lo sucedido la noche de la visita al club.

Desde entonces habían pasado dos días que quedarían para siempre grabados en su recuerdo.

Tras la velada que lo había cambiado todo, logró alcanzarla después de que saliera vestida de la habitación y llevarla en coche de vuelta a casa. Por suerte, el silencio entre los dos no había sido incómodo o violento, sino reflexivo.

Paula estaba concentrada en sus pensamientos, fueran los que fueran estos, y él, como siempre, estaba concentrado en Paula.

Siempre había sabido que a la pequeña León no le interesaba el amor en ninguna de sus facetas. Ni el físico, ni el emocional. De todas las experiencias que ofertaba el mundo a través de los sentidos, le parecía una pérdida de tiempo obsesionarse con algo tan frágil y caprichoso como el sexo existiendo otras muchas materias mil veces más sólidas, importantes de cara al desarrollo intelectual del individuo o de la defensa de la sociedad y, huelga decir, gratificantes.

Pero hasta que no la había visto en acción, Karim no se había dado cuenta de un matiz crucial. Paula no sentía indiferencia hacia el amor, hacia los hombres y hacia el hecho de complacerlos. Sentía un

rechazo visceral. Y lo contrario a los sentimientos positivos no eran los sentimientos negativos, sino la ausencia de los mismos.

Paula no era ajena a nada, pues. Paula estaba herida.

Durante la sesión, Karim la había visto descubrir que podía superar su repugnancia y, casi inmediatamente después, reprocharse a sí misma que así fuera.

Como si se hubiera prohibido disfrutar.

Como si algo tan inofensivo como el goce estuviera en disputa con sus principios.

Lo había terminado de confirmar a lo largo de los dos días siguientes, en los que había tenido el placer de tratar a una Paula que hasta entonces no le había sido revelada.

Entre otras cosas, porque ni ella misma había lidiado con esa faceta suya.

Paula había amanecido al día siguiente de la sesión en el club con la determinación de contener sus movimientos, pero no así su curiosidad. Karim recordaba haberse tirado toda la mañana intentando concentrarse en sus obligaciones para con French 75 y no haber visto más que borrones en la libreta de cuentas. Sus cinco sentidos estaban puestos en los paseos sin destino de Paula por toda la casa, en las visitas relámpago y silenciosas que le prestaba en el despacho cada hora, hora y media.

Había sido una suerte que Marcelo estuviera durmiendo con la habitación apestillada para recuperarse de la fiesta que se había pegado el día anterior, o habría sospechado de la actitud errática de su hermana y del hecho aún más insólito de que buscara consolar su desorientación con la compañía de Karim.

Paula se asomaba a la habitación con los brazos lánguidos junto a las caderas y lo miraba mientras trabajaba —o fingía hacerlo— sin decir ni media palabra. Había esperado ver en su expresión un rastro de la ofensa o desprecio con el que le castigó tras el primer beso, pero no había nada distinto de interés. La clase de interés que un científico mostraba hacia su sujeto de estudio, una criatura a la que no entendía pero deseaba descifrar.

Huelga decir que no era Karim a quien tenía que desentrañar, sino lo que ella sentía en su presencia.

—¿Necesitas algo? —le había preguntado él con voz aterciopelada una de las veces que ella apareció por el despacho.

Paula alzó la vista y le trasladó con la mirada que no tenía nada que decir, que lo ocurrido la noche anterior le había revelado que había veces en que las palabras no servían. Acto seguido, había cruzado el umbral y había rodeado el escritorio para sentarse en su regazo.

El asombro de Karim había sido tal que no se le había ocurrido advertirla de que Marcelo estaba a menos de cincuenta metros de distancia. Se quedó inmóvil, sintiendo especialmente viva la parte del cuerpo que ella calentaba con el suyo tan solo permaneciendo aposentada en uno de sus muslos.

Supuso que esperaba que retomara sus obligaciones como si tal cosa, como si no le hubiera caído del cielo un ángel, y con tal de no llevarle la contraria, asustado de pensar en espantarla, le rodeó la cintura con un brazo relajado, un brazo que daba la opción de retirarlo si no lo quería ahí, y siguió garabateando en su cuaderno.

Cuando había terminado de escribir una página entera de invitados con los dedos temblorosos por culpa de unos nervios absurdos, había levantado la cabeza hacia Paula para comprobar que ella observaba la lista.

Fue consciente de su mirada y se la devolvió un segundo antes de bajar la vista a sus labios.

Paula lo besó inesperadamente con una suavidad que le encogió el pecho. No osó mover las manos o cambiar la postura. Solo devolvió el dulce roce de sus labios en la medida en que ella se lo demandaba, con delicadeza y a un ritmo pausado. Convencido de que no le perdonaría que se excitara a pesar de tenerla encima, intentó mantener la mente en blanco.

Y funcionó.

Luego ella se levantó y se marchó, como si ya hubiera cumplido con su tarea del día.

Karim se planteó salir en pos de Paula y preguntarle qué pensaba sobre la última visita a French 75, cómo se sentía, qué esperaba, pero rara era la vez que contestaba a una duda directa y, además, acababa de resolverla con su coquetería.

Una coquetería que se había estado repitiendo a lo largo de ese día y el siguiente.

Cuando terminó sus quehaceres en el despacho a la hora perfecta para preparar un *brunch* casero, Karim se dirigió a la cocina. Allí se dispuso a elaborar el desayuno-almuerzo con la sensación de estar flotando en una nube. No le ayudó a salir del brote de éxtasis que Paula se acercara, sigilosa, por detrás, y observara lo que estaba haciendo como si su forma de mover la sartén fuera a revelarle algún secreto de estado. Karim se giró hacia ella para preguntarle si quería algo, pero no llegó a pronunciar palabra porque no quería romper el acuerdo tácito que parecían haber establecido. Paula le devolvió la mirada con aquella expresión inocente de curiosidad y deseo contenido, y se puso de puntillas para recibir el beso en los labios que él le dio inmediatamente después.

La había encontrado sentada en el borde de su cama con aire desvalido cuando había salido de la ducha unas horas más tarde. Llevaba el altavoz en la mano —sonaba *Adorn*, de Miguel, una canción muy apropiada— y solo una toalla anudada a la cintura cuando la vio con las rodillas juntas, las manos apoyadas a la espalda, la mirada vagando por la habitación en búsqueda y captura de detalles que pudieran satisfacer su reciente interés.

Conocía a Karim desde hacía más de una década y, sin embargo, no era hasta ahora que se le presentaba como un hombre digno de curiosidad.

Paula sustituyó la atención hacia los elementos decorativos por una atención consciente por su cuerpo. Lo examinó de arriba abajo con la cabeza ladeada, como si sopesara su atractivo desde un punto de vista objetivo. Lo había valorado de un modo similar el día que le pidió que la llevara al club de nuevo. Parecía que necesitara tiempo y mucha disposición, una que no siempre encontraba, para decidir si merecía la pena hacerle caso.

La canción de Miguel no hacía sino llenarlo de ideas alocadas: *these lips, can't wait to taste your skin, baby; and these eyes, can't wait to see your grin*[23]. Paula no estaba atendiendo ni a la canción ni a nada que no fuera él, pero Karim se sentía particularmente

desnudo escuchando la sincera declaración de amor del cantante, que bien podría haberse puesto él en la boca.

Just let my love adorn you
Please, baby
You gotta know
You know that I adore you[24]

Ante otra mujer, Karim no habría dudado en quitarse la toalla y empezar a secarse con toda tranquilidad. Pero con ella había que ser cuidadoso. Y, aun así, algo en su postura relajada, en la paz que había encontrado a solas en su habitación, lo convenció de que no interpretaría como una repugnante insinuación que él procediera a vestirse.

Primero apagó el altavoz. Luego deshizo el nudo de la toalla y retiró con parsimonia las gotas de agua que corrían por los muslos prietos, por las ingles. No se detuvo hasta que Paula abrió los ojos lo justo para dar a conocer su sorpresa y sonrió con incredulidad.

—¿De qué te ríes? —le preguntó él, contagiado de su extraño pero exuberante buen humor.

Paula ladeó la cabeza y siguió mirando su miembro.

—¿Te dolió?

Como si lo necesitara para recordar que ahí estaba, agachó la cabeza y comprobó que se refería al *piercing* del prepucio.

—Lo justo.

—¿Por qué?

Karim entendió a qué se refería.

—Maximiza las sensaciones.

—Pensaba que simplemente te gustaba cómo quedaba.

—También —reconoció con un asentimiento.

—Qué gracioso.

No era la primera mujer que se refería al *piercing* príncipe Alberto, pero sí la única que lo hacía en esos términos.

«Gracioso» no era un adjetivo que le hubieran asociado antes.

No se ofendió, claro. Si Paula hubiera querido abochornarlo o dar a conocer una opinión negativa, habría utilizado otro lenguaje.

O, peor: ningún lenguaje en absoluto.

Hasta que no se levantó de la cama y se dirigió a él con toda naturalidad, no tomó la vertiginosa conciencia de que era la primera ocasión en que lo veía desnudo.

Aunque la posibilidad de que Marcelo irrumpiera en su habitación como cientos de veces antes era muy elevada, ni la frenó ni se apartó para cerrar la puerta cuando se plantó delante de él con la vista fija en su miembro. Alargó la mano y amagó rodearla con los dedos, pero al final solo los dobló en un puño indeciso.

Su cambio de idea tuvo que tener su base en que la polla se le endureciera ligeramente, porque alzó la vista hacia él y preguntó, más o menos turbada:

—¿Te excita que te mire?

—Sí —admitió.

No tenía ningún sentido mentir.

—Eso es raro. ¿Por qué?

Si tenía que gritar a los cuatro vientos que estaba tan enamorado de ella que su cuerpo reaccionaba violentamente al solo hecho de que entrara en una habitación, preferiría no hacerlo estando en pelotas y vulnerable en su dormitorio.

Se decantó por la respuesta diplomática.

—Porque me atraes.

—¿Podrías correrte solo con eso? ¿Con mi mirada?

—Desde un punto de vista biológico es improbable —meditó—, pero juraría que no imposible.

Paula asintió, pensativa. Se quedó un momento quieta ante él, sin saber muy bien cómo comportarse respecto del miembro semiduro que había captado su atención. Al final solo rozó con los dedos las bolitas del *piercing*, se pasó la lengua por los labios y volvió a alzar la cabeza para pedirle lo mismo que un rato antes: un beso que le fue enseguida concedido.

Karim luchó contra sus instintos para no atraparla en un abrazo y obligarla a sentir la dureza de su cuerpo. No se resistió, aun así, a sostenerla por la baja espalda y murmurar:

—¿A qué se debe tu comportamiento? —Se arriesgó a tomar la iniciativa de seguir besándola, a buscar su lengua con la propia y

profundizar hasta arrancarle un jadeo sorprendido. Karim presionó su piel con las yemas de los dedos—. Pareces un gato abandonado que persigue a su dueño pidiendo mimos, pero que se va antes de que pueda acariciarlo.

—¿Ah, sí? ¿Y no puedo parecer la dueña que se acerca a su gato amaestrado para acariciarlo cuando tiene tiempo y se va a seguir sus quehaceres en cuanto ha satisfecho su deseo?

Karim se resignó a asentir. Se habría resignado a que le estallara la bomba atómica en los pies si hubiera sido ella quien la hubiese puesto ahí.

—También.

Paula se relamió, saboreando el último beso que le había dado, y acto seguido se marchó.

Esa había sido la dinámica durante todo el día, con o sin Marcelo despierto, con o sin Marcelo pululando, lo que había hecho del juego algo tan excitante como francamente aterrador. Al menos Karim era muy consciente de que estaba jugando con fuego, pero no se veía en posición de negarle nada.

Si se la cruzaba por el pasillo y ella se paraba, él la rodeaba por la cintura y le daba un beso. Si tenía que salir a hacer un recado y ella se sentía tan magnánima como para escoltarlo hacia la puerta, la besaba a modo de despedida, y si era quien le abría la puerta a su regreso, la besaba para regalarse —y, esperaba, regalarle a ella— una encantadora bienvenida. Si acudía a su encuentro cuando abría el balcón de su dormitorio para fumarse un cigarrillo, la besaba también; si estaban sentados viendo una película y de pronto Paula se levantaba para sentarse a su lado o en su regazo, la besaba de nuevo.

Los besos habían ido escalando poco a poco en intensidad y ganando contacto físico. El primero, en el despacho, apenas había sido un roce de bocas con las manos quietas. Conforme habían ido progresando las horas, pues había sido cuestión de horas, los dos habían acordado sin pronunciarse ir más allá rodeándose con los brazos, acariciándose la espalda, la nuca o el pelo, alargando el momento de separarse y utilizando la lengua para quedarse con el sabor del otro en el paladar.

Cuando Marcelo se marchó esa noche a trabajar en el club como le correspondía, Karim se dispuso a hacer la cena con la mirada de Paula clavada en su espalda. Cada vez que se giraba a por un ingrediente o un utensilio de cocina y la veía sentada en la encimera, se hacía un hueco entre sus piernas y le acariciaba las rodillas antes de tomar sus labios, al principio con gentileza. Cuando sintió que ella cruzaba los tobillos para evitar que se marchara y le arañaba la nuca con las uñas largas, Karim descubrió que lo que se había estado fraguando las últimas cuarenta y ocho horas le estaba resultando insostenible, y lo descubrió de la peor manera: la agarró por los muslos para traerla hacia sí y ladeó la cabeza para encontrarse con su lengua en un beso tórrido y precipitado.

Ella emitió un sonido que le pareció buena señal y respondió a sus necesidades con aquella lánguida sensualidad suya que le había estado volviendo loco.

—Paula... —suspiró con el aliento entrecortado. Encerró un grueso mechón de pelo negro en el puño y lo mantuvo pegado a su cabeza, así como su cabeza a él—. ¿Qué significa esto?

Se separaron lo suficiente para mirarse a la cara.

—No lo sé —reconoció ella después de morderse el labio inferior —. Me gusta besarte.

—¿Sí? —fue lo único que se vio en la capacidad de contestar. Le retiró el pelo de la cara con la mano libre y se lo colocó detrás de la oreja—. A mí también me gusta.

Paula interrumpió la conversación volviendo a besarlo, y con ese beso eliminó cualquier intento de Karim por formular un pensamiento coherente. Su olor femenino lo embriagaba, la tersura de sus labios, cómo su cuerpo ondulaba para acercarse a él. Estaba convencido de que estaba soñando y en algún momento despertaría, o, peor: Paula era la que estaba sumida en una especie de delirio del que saldría asqueada. Le prohibiría volver a ponerle la mano encima y lo dejaría enfermo de obsesión de por vida por una humilde caricia de su boca.

—Sabes que es peligroso que hagamos esto aquí —logró articular.

—Sí. Podríamos hacerlo en otra parte. En el club, a lo mejor.

—¿En el club?

—Me gustó lo que hicimos.

—¿Te gustó someterme, dices?

—Sí.

Karim vaciló.

—A mí no me disgustó —reconoció al cabo de unos segundos—, pero sabes que ese no es mi papel. Yo no soy sumiso, y, por lo que he visto, juraría que tú tampoco. Un club al que se acude para desempeñar papeles tan marcados no es el lugar indicado para que hagamos nada. Parece que somos incompatibles según las leyes del BDSM.

Paula le cubrió la mejilla con la mano y se la acarició con las yemas de los dedos. Siguió el contorno de la patilla que no había dejado crecer, la línea de la mandíbula, así hasta la barbilla.

En lo que duró la caricia, Karim no pudo apartar la vista de su preciosa cara, de la expresión curiosa que no la había abandonado desde hacía días.

—¿No harías lo que yo te pidiera? —preguntó en voz baja.

Karim se ablandó.

—Podría negociarse. Pero sabes cuál es mi naturaleza.

—Y tú sabes cuál es la mía. Una no particularmente sexual. Sin embargo... —continuó—, aquí estoy. A lo mejor somos la excepción del otro. Jamás había sentido atracción por un hombre, y, lo que es más, nunca pensé que podría querer de uno lo mismo que él quiere de mí.

Karim esbozó una sonrisa afligida.

—No te preocupes por eso, *qalbi*. Todavía no quieres lo mismo que yo quiero de ti.

—¿Estás tirando piedras a tu propio tejado en serio? —Arqueó las cejas—. ¿Ahora que por fin has conseguido lo que deseabas te dedicas a poner pegas?

—Aún no he conseguido ni la mitad —reconoció con humildad—, pero algo me dice que si pretendo acercarme a ti, tengo que dejarte tranquila en ese aspecto. Si lo que te va a impedir dormir es darle la razón a un tipo, descuida. Estoy muy lejos de darme por complacido, y ya ves que ahora mismo eres la que manda.

—¿Y no me dejarías mandar otra vez... en ese otro plano?

Karim se imaginó sometiéndose a los deseos y órdenes de Paula.

—La idea no me produce el mismo rechazo que si la dominatriz fuera otra mujer, pero no termina de convencerme. Al final, para mí el BDSM no es una mera práctica sexual, sino una forma de vida. Quiero ser el que gobierne y controle.

—¿Cuándo empezaste con esto?

—En cuanto lo descubrí, hace unos cinco o seis años. Entonces era un juego inofensivo que improvisaba con mis... parejas sexuales y que solo habían inspirado los vídeos porno que había visto. Las mujeres con las que salía se prestaban a ello y yo pude experimentar hasta averiguar mis preferencias y perfeccionar mi desempeño en las sesiones. Pero antes de conocer los entresijos del sadomasoquismo —añadió—, ya había elegido mi rol en la cama.

Y era el rol que por aquel entonces no tenía en su vida personal.

French 75 tuvo que hacerse popular entre las celebridades de San Francisco, con todo lo que eso conllevaba —que el propietario se ganara su respeto y que su nombre se pronunciara con cierta admiración—, para que Karim dejara de ser marginado y acosado en los círculos que frecuentaba. Hasta hacía poco, o al menos él sentía que no había transcurrido el tiempo suficiente para olvidarlo, era un estudiante de instituto incapaz de hacerse valer frente a las élites escolares.

—¿Por qué? —inquirió Paula con la vista fija en él.

—¿No te lo puedes imaginar? ¿Tú, que has crecido a mi lado y lo has visto todo? Si hasta me he cambiado el apellido, Lita.

—Pero eso es porque tu padre se marchó, ¿no?

—Y porque tenía la esperanza de sacudirme un poco de racismo de encima.

Ni medir un metro noventa ni ser una de las estrellas de baloncesto habían conseguido que sus compañeros lo apreciaran o por lo menos lo tolerasen. Había quien se sentía intimidado por su apariencia, pero el miedo iba cogido de la mano del odio hacia lo que era: un inmigrante que se mantenía gracias a trabajos precarios y al sueldo más bien modesto de su madre, el único miembro de su familia que se había quedado en San Francisco con él.

A pesar de vivir en un estado mayoritariamente demócrata y que había amasado su riqueza gracias al trabajo duro de gente como la señora Najdi o como los padres de Marcelo y Paula, se había levantado y se había acostado cada día con la plena conciencia de que era un despojo social.

—Te refieres al *bullying* escolar —comprendió Paula—. ¿En qué se relaciona eso con tu manera de vivir el sexo?

—En todo. —Vaciló antes de continuar con una pequeña sonrisa avergonzada. Aunque Paula hubiera sido testigo del maltrato recibido, no le entusiasmaba compartir con ella sus sentimientos al respecto de un tema que llevaba años siendo tabú. Era su ley: si no lo contaba, no había sucedido—. Ya sabes. Tuve que soportar bromas desagradables de toda índole, empezando por la de que ni mi propio padre me quería (lo cual supongo que es válido; al fin y al cabo, regresó a Marruecos al poco de llegar a Estados Unidos, y no le importó que su hijo y su esposa quisieran perseverar en el País de las Oportunidades para contemplar quedarse) y terminando por tópicos como que no comiera cerdo, «oliera a especias» y mi madre se cubriera la cabeza en el nombre de un dios que presuntamente «propagaba el odio». —Puso los ojos en blanco—. Y esto lo viste: mis compañeros me miraban de soslayo cuando pasaba los detectores de metales del instituto y debía enseñar lo que llevaba en la mochila cuando entraba en una tienda. Incluso los chinos que regentaban los bazares del barrio, que me conocían por nombre propio y sabían en qué puerta vivía, me vigilaban por las cámaras cuando me adentraba en el pasillo de alimentación para comprar unos fideos instantáneos.

»Hasta en los barrios racializados existe una jerarquía. La injusta asociación entre ciudadanos de habla árabe y el terrorismo yihadista me condenó al último escalón de la pirámide. Ningún grupo social ha tenido piedad conmigo jamás, salvando un par de excepciones individuales..., pero en la cama es distinto —suspiró con alivio—. Siempre ha sido distinto.

Paula lo miraba sin pestañear.

—Porque eres el que manda.

—En parte. En la cama encuentro, además de placer, un gran consuelo. Es mi forma de catarsis. Ha sido así desde que era un crío. Me puedo cobrar todas las humillaciones siendo quien da las órdenes, quien decide el cómo y el dónde, y tengo el poder de decir que no si las cosas no se hacen a mi modo. A través del BDSM he ido construyendo mi identidad dándome el valor que siempre he querido tener. ¿Qué coño? —se apresuró a corregir con vehemencia—. *Que siempre he merecido tener.* No concibo agachar también la cabeza en el ámbito que ya he conquistado. Es como ser derrotado en mi propio terreno.

—¿Y ese rol es inamovible?

—¿Acaso tu rol sí es intercambiable? ¿Tú te pondrías en mis manos o en las de otro hombre? —No pudo evitar que le embargara la decepción cuando ella negó con la cabeza—. Entonces se confirma lo que he dicho. Yo tampoco cedo con facilidad. Sobre todo si es para humillarme ante ti.

—¿Sobre todo si es para humillarte ante mí? ¿Por qué?

—Ya has presenciado suficientes momentos desagradables protagonizados por este servidor, ¿no te parece? Que estuvieras un par de cursos por debajo de mí no evitó que asistieras a escenas de acoso en los pasillos, en la cancha de baloncesto, a las puertas del edificio...

—¿Y qué? —Arqueó una ceja, estupefacta porque siquiera considerara aquello como un factor negativo—. ¿Tan poca fe le tienes a mi criterio propio, que piensas que la opinión de gentuza como esa contribuye en lo más mínimo a lo que opino de ti?

Un acceso emocional le impidió contestar.

Siendo aún menor de edad, Karim se había hecho a la idea de que Paula nunca se enamoraría de él porque sus compañeros la contagiarían del odio ciego que le profesaban.

Y, si no, por lo menos le costaría verlo como una persona digna de respeto.

—Queriendo o sin quererlo, lo que viste tuvo que deshumanizarme de alguna manera a tus ojos —respondió con tiento—. En parte por eso nunca había tomado la iniciativa contigo.

Pensaba que te sería imposible sentir nada positivo por un hombre al que no percibías como tal.

—¿Cómo se supone que te tenía que percibir? ¿Sigues pensando hoy día?

—No —admitió, y se le escapó una pequeña sonrisa de regocijo—. Me demostraste que estaba muy equivocado el año que me gradué. ¿Te acuerdas?

Paula asintió con distancia, como si aquello no hubiera tenido la menor importancia para ella.

Aunque la mayoría de los miembros del equipo de fútbol americano aprovechaba cualquier excusa para burlarse de Karim, y, en menor medida, de Marcelo, el *quarterback* era, con diferencia, el que más se cebaba con él. Se llamaba Richard Chaplin y era tal y como uno imaginaría a la joven promesa de la NFL: alto, rubio y carismático. Llevaba haciéndole la vida imposible a Karim desde que coincidieran en la misma clase a los trece años, y desde entonces ya habían transcurrido cinco. Cinco años en los que había pasado por todos los estados imaginables, de la rabia a la reacción y de la reacción a la resignación, pues sin importar el desenlace de una pelea verbal o física —irse a casa con la cabeza gacha y la mandíbula latiendo o informar a un adulto—, los profesores se posicionaban indistintamente del lado de Richie. No merecía la pena ni ir con el cuento a la dirección ni demostrarle que él también hacía suficiente ejercicio como para dejarlo fuera de juego con un contundente puñetazo.

Así pues, Karim se había acostumbrado a los insultos y humillaciones más o menos originales del capitán. Más tarde que pronto, llegó un punto en el que terminó de pulir la coraza para que sus desprecios le resbalaran. Había estado viviendo en mayor o menor armonía, anestesiado al acoso, hasta que Paula, su punto débil, entró en el juego.

No era ningún secreto que Richie bebía los vientos por la chica latina dos cursos más pequeña. Tampoco se pudo mantener en secreto que Paula le dijo que sí cuando la invitó al baile de graduación como su acompañante.

Karim nunca olvidaría cómo se sintió al enterarse. Traicionado. Herido en lo más profundo. Presa de unos celos dementes. Perdió los papeles y fue llevado a la jefatura de estudios para explicar por qué demonios la había emprendido a golpes con Richie. En lugar de expulsarlo, le prohibieron asistir a la mencionada fiesta de graduación.

Karim lo agradeció, porque no habría soportado ver a Paula cogida del brazo de Richie posando frente a las cámaras del fotomatón.

No podía admitir por qué estaba furioso y dolido, ni ante Marcelo ni ante ella, así que pasó los dos meses siguientes tratando de comportarse con normalidad alrededor de la pequeña León. Marcelo canalizaba la frustración por él reprochándole a su hermana que hubiera elegido como primer novio formal a semejante hijo de puta. Ella era ajena a estos reproches como siempre era ajena a todo. Iba al instituto, dejaba que Richie aireara a los cuatro vientos su amor por ella invitándola a pasar los recreos a su lado, dedicándole los goles que marcaba en los partidos. Se aseguraba de que todo el mundo supiera que quedaban en su casa una vez concluían las clases.

A Karim se lo llevaba el demonio imaginándosela desnuda en la cama de Richie, pero no llevaban ni un par de semanas saliendo oficialmente cuando empezaron los rumores.

«He oído que lo tiene a pan y agua».

«Parece que Paula no se deja tocar, que se comporta como una mormona».

«El pobre Richie está desesperado. Ni un beso ha conseguido darle».

«Sarah me ha contado que el otro día se encontró al *quarterback* en una cafetería. Estaba con Paula León. Me dijo que no es que estuvieran discutiendo, porque ella ni lo miraba, pero Richie se puso a llorar y se levantó y se fue muy cabreado».

Todo el mundo llegaba a la misma conclusión después de debatir el candente asunto en las esquinas del instituto: «Debe de ser mentira, o él no estaría con ella».

El rumor tenía que tener su cuota de verdad, sin embargo, porque el mismo capitán sintió la necesidad de proteger su reputación, así como su orgullo, divulgando la que era su ilusión: «Estamos esperando a la noche de la graduación. Entonces pasará lo que debe pasar».

Era imposible marginar a Paula. Era una chica guapa e inteligente que nunca se metía en problemas, y, además, se juntaba con la despampanante Nicole Carson, a la que ni el hecho de ser pareja del caótico Marcelo León le afeaba el carácter. No obstante, por más que Paula levantara pasiones adolescentes, tampoco podía decirse que fuera popular.

Salir con Richie fue lo que la puso en el punto de mira de sus compañeros.

Estaba en boca de todos. Karim no podía cruzar un pasillo sin oír su nombre al menos tres veces. Había chicas esforzándose por replicar su estilo sobrio y su manera de hablar, con un acento neutro difícil de encontrar en San Francisco. Otras le tenían unos celos patológicos y los aireaban involuntariamente agraviándola a la menor oportunidad.

Pero, en general, era una figura admirada por el misterio que la envolvía: no podía haber conquistado a Richard Chaplin solo con su físico. Tenía que haber algo más.

Karim no podía entrar en la graduación por culpa del veto. Marcelo sí. Él acudió acompañado de Nicole, como no podía ser de otra manera, pero también escoltado por su mejor amigo, que ni se molestó en ponerse un traje.

Total; tendría que darse la vuelta en cuanto inaugurasen la fiesta.

Aunque no estaba seguro de poder contener sus sentimientos cuando viera a Paula aparecer del brazo de Richie, tampoco toleraba la idea de quedarse en casa imaginándose lo que sus compañeros habían descrito con todo género de detalles: se harían una foto que pasaría a los anales de la historia en el fotomatón, se besarían con lengua delante de todos durante una coreografía lenta, él le levantaría la falda en el baño y, al final, achispados pero no borrachos, follarían en su coche, el flamante Ford Mustang de

primerísima mano que le había conseguido su padre, un exitoso agente inmobiliario de Malibú.

Marcelo había proclamado una y mil veces que impediría el desarrollo de los acontecimientos «aunque tuviese que marcarse un Carrie», esto en palabras suyas, pero Nicole ejercía tal poder sobre sus actos y sus nervios desquiciados que prácticamente se olvidó de su hermana en beneficio de divertirse con su novia.

Karim recordaba haber esperado a las puertas del pabellón, decorado para la feliz velada, con las manos metidas en los bolsillos del chándal y la angustia devorándolo por dentro. Esa angustia alcanzó cotas inimaginables cuando vio bajar del Ford a un elegante Richie. Lo rodeó por delante para abrirle la puerta a Paula, que descendió del vehículo casi a cámara lenta con un vestido ajustado pero largo y muy poco revelador que la hacía parecer una actriz de Hollywood.

El azul medianoche siempre había sido su color.

No aceptó el brazo de Richie, pero caminó a su lado hasta la puerta. Todos los compañeros, apelotonados a las puertas con el mismo propósito que Karim, los vieron llegar con el aliento contenido y una expectación irrepetible.

Todos se morían por saber qué ocurriría.

Y lo que ocurrió fue que Paula se dirigió lenta pero determinada hacia Karim, al que no había dejado de mirar desde que lo localizó.

En completo silencio, lo tomó del brazo y se dispuso a entrar con él.

Karim no atinó a decir nada. Se había quedado mudo.

—¿Qué haces? —ladró Richie, entre perplejo y aterrado. Miraba a su alrededor sin el deseo real de ver lo que el espectáculo estaba ocasionando en el público—. Ven conmigo, vamos. Entraremos juntos.

Paula ya se había girado para cruzar las puertas. Karim fue el que vio con mayor género de detalles su expresión de absoluto desdén cuando ni se molestó en dar la vuelta: se limitó a reconocer su miserable existencia mirándolo por encima del hombro.

—¿En serio pensabas que iba a dejar que me tocaras? —Su voz tuvo una proyección asombrosa considerando que estaban en un

espacio abierto y lleno de gente. Como la palabra de Dios, llegó a todos los rincones del mundo—: Eres patético.

Karim se hizo una foto con Paula en el fotomatón momentos más tarde. Todavía la conservaba, como oro en paño, entre las páginas de su agenda personal. Cada año nuevo, la mudaba a la nueva agenda para no perderla, para tenerla siempre a mano. En la imagen, Paula salía tan regia y atractiva como cualquier otro día, convencida de estar donde debía. A él se le notaba en la cara que su pesadilla se había convertido, casi por arte de magia, en la mejor velada de su vida.

Apenas pudieron bailar una canción antes de que el director se acercara a recordarle su castigo. A Paula la invitó cordialmente a quedarse a disfrutar de la fiesta. Ella agradeció con diplomacia el gesto, pero tomó de la mano al que había proclamado su acompañante y lo invitó a unas patatas fritas con queso *cheddar* y beicon en una hamburguesería cercana.

Paula nunca daba explicaciones. Esa noche no fue distinto. Tampoco hizo falta que se las proporcionase. Nicole le confirmaría unos días después el plan que su mejor amiga había compartido de manera ambigua cuando la confrontó a propósito de su elección de pareja. Nunca había pretendido otra cosa que minar su autoestima a lo largo de los dos meses y asestarle una puñalada final con la humillación del baile.

Curiosamente, su actitud fría y vengativa no le causó problemas durante los dos años posteriores. El instituto se mantuvo parcial al respecto de lo sucedido y, como mucho, se limitaron a caminar de puntillas a su alrededor.

—En un principio, estuve tan ocupado dando gracias al cielo porque la relación entre Richard Chaplin y tú no hubiera sido tal que no pensé en las implicaciones de tu gesto —confesó el Karim del presente—, pero con el tiempo y la distancia, empecé a sentirme incómodo.

—¿Por qué?

—Te habías visto en la obligación de protegerme, de luchar mi batalla por mí, y eso solo podía significar que me tenías por un débil o un tipo tan patético como el propio Richie.

«Nunca he sabido cómo hacerte cambiar de idea», habría añadido si no hubiese temido quedar peor. «Y aunque lo hubiese sabido, ¿cómo lo habría puesto en práctica delante de Marcelo?».

Paula rompió todos sus esquemas haciendo una simple pregunta.

—Con el sentido de la justicia que tengo, ¿de verdad crees que me sentiría cómoda dándole órdenes a un hombre que tomara por débil? —Esperó a que él le devolviese la mirada, pasmado, para suspirar—. Si, de hecho, me atrae la idea de dominarte, es porque te tengo por un rival al que derrotar, alguien que, si no me iguala en fuerza, es porque me supera.

»Respeto la que ha sido tu experiencia, pero el papel que desempeñas en mi historia no es el que desempeñabas en la de Chaplin. Por si acaso lo has olvidado, eres uno de los controladores obsesivos que llevan truncando mi vida desde que recuerdo. Es lógico que quiera darte órdenes o, dicho de otro modo, enseñarte a escucharme. Porque ni siquiera pretendo humillarte, Karim —suspiró de nuevo—. Solo quiero tener algo que decir cuando me acueste contigo, ¿entiendes? Quiero que importe lo que yo deseo y necesito y que algunas veces, para variar, importe más que lo que se le haya metido en los cojones a un puto hombre.

Karim soltó una carcajada sincera por la que enseguida se disculpó con un abrazo.

—Lo siento. Es que es tan inusual que hables de una forma apasionada que me emociono cuando pasa —se justificó, abochornado. Paula se dejó hacer poniendo los ojos en blanco—. Claro que importa lo que deseas y necesitas. Es lo único que me importa, de hecho.

—Solo ahora, solo porque hablamos de la cama y solo porque te he dejado muy claro que, si no me respetas, te vas a quedar a dos velas —le reprendió—. ¿No ves lo difícil que me lo ponéis, miembros de la raza cruel, para que os aprecie una pizca? ¡Sois repugnantes!

Karim volvió a reírse y volvió a arrepentirse cubriéndose la boca con la que no abrazaba a Paula.

—Perdón. Lo siento. Es que tienes razón.

—De todos modos —añadió ella—, podría venirnos bien empezar a asimilar que la cama no es la vida real.

—Algo de vida real tiene, y ya ves que no solo para mí, sino también para ti. No quieres que te sometan a placer porque bastante controlada has vivido ya entre unos y otros, ¿no? Te gustó llevar las riendas porque era novedoso. Sé mejor que nadie lo adictivo que puede llegar a ser el poder y lo reacio que te vuelves a cederlo cuando lo has probado.

—¿Entonces? —preguntó mirándolo con atención—. Si yo quiero poder y tú también, ¿cómo nos ponemos de acuerdo?

—Para empezar, no deberíamos ponernos de acuerdo en este sentido porque tu hermano...

—Voy a penalizarte con cinco dólares cada vez que menciones a Marcelo.

—Por cinco dólares me sigue saliendo a cuenta —bromeó con ánimo risueño.

—Esta es nuestra vida, no la suya —continuó sin hacerle caso—, y debería estar más ocupado arreglando sus asuntos personales que metiendo las narices en lo que yo haga o deje de hacer —barbotó con vehemencia, una que no estaba acostumbrado a ver viniendo de ella—. Sé que Marcelo no está bien, pero sé, también, que no hace nada por remediarlo. No nos corresponde a nosotros coartarnos para que no se sienta peor, Karim.

»Y yo también perdí a Nicole —añadió para su sorpresa—. Si el trauma de su muerte va a ser la excusa de Marcelo para hacer lo que le venga en gana sin consecuencias, ¿por qué no iba a ser la mía para concederme los caprichos que se me antojen?

Karim no supo qué responder.

Ninguno de los hermanos León había vuelto a mencionar el nombre de la difunta desde su entierro. Parecía que esa fuera su manera de enfrentarse al luto: fingir que Nicole no había existido a pesar de que su relación con ella los había moldeando como personas y su pérdida les seguía pesando.

Karim se había acogido a los deseos implícitos de ambos evitando sacarla a colación. Solo lo había hecho a propósito del abandono universitario de Paula, y se había estado arrepintiendo del arrebato desde entonces.

Comprendió, pues, que iba muy en serio. Quería experimentar *de verdad*. Ni loca habría utilizado el nombre de Nicole para tirarse un farol. Y aunque no hubiera mentado a su mejor amiga, Karim habría terminado cediendo porque resultaba que su lealtad hacia Marcelo no era tan inquebrantable. Dos días de besos a escondidas le habían demostrado que sería capaz de quemar una ciudad hasta sus cimientos con tal de estrechar a Paula entre sus brazos.

Cuando aún no la había probado, podía fingir que todo estaba en orden, que no pasaba nada. Pero ahora no podía ni vivir. Su necesidad de ella había alcanzado una intensidad tal que enfermaba de pensar en renunciar al universo nuevo que se abría ante él.

—Podemos explorarlo —cedió al final. Le acarició la cara exterior de los muslos y la besó en la barbilla, en la mejilla y en el puente de la nariz. Observó con regocijo que ella cerraba los ojos, entregada a los arrullos—, pero a mi manera.

»Lo hicimos a la tuya el otro día, en el club. Ahora me toca a mí elegir dónde, cuándo y cómo.

Capítulo 16

Karim terminó de arreglarse las hombreras de la americana frente al espejo.

Consultó el reloj de pulsera y confirmó que todavía no habían dado las once.

Había elegido aquel modelo de Rolex en particular porque era el que Marcelo le había regalado las pasadas Navidades. Le convendría tener a su amigo presente durante lo que se prolongara la cita. No había estado pensando en él cuando se habían celebrado los últimos y felices encuentros con Paula, pero considerando que luego se sentía miserable por lo que entendía como una traición a pequeña escala, le convenía curarse en salud.

Esa mañana tendría que ser un perfecto caballero. No solo en señal de respeto hacia Marcelo y su hermana, sino hacia sí mismo.

Debía hacer las cosas bien si no quería arruinar la que presentía su única oportunidad.

Como si la hubiera invocado, Paula se asomó bajo el umbral de su habitación con un vestido en cada mano y el pijama todavía puesto.

Nunca había tenido un pijama como tal, todo fuera dicho. Desde que era pequeña, y esto Karim lo sabía de tantas noches que había pasado con los León haciendo maratones de franquicias ya consideradas clásicas —*Ghostbusters*, *Rocky*—, conjuntaba camisetas antiguas que habían pertenecido a su padre con pantalones cortos y ajustados o, si era invierno, con unas mallas.

Karim nunca había podido ahuyentar el deseo de regalarle una bata de seda y un camisón a juego, alguna pareja de prendas caras y elegantes que le hicieran justicia a su figura.

—¿Qué se ajusta más al código de vestimenta de hoy? —preguntó ella—. Nunca he tenido una cita diurna y no sé qué es lo que se pone una en esos casos.

No se le escapó el tonito en que pronunció «cita diurna». Ya le había observado una expresión con las mismas connotaciones la noche anterior, cuando Karim le anunció que saldrían por la mañana y no por la noche.

Entendía que tuviera sus reticencias. No solo había descartado de entrada una visita a French 75, la que sin duda era la prioridad de Paula, sino que todo apuntaba a que la salida no explotaría su sexualidad.

Subestimaba a Karim, que podría sacar partido de cualquier situación.

Pero a la vez no lo subestimaba, porque no, no pretendía sacar partido en esta ocasión.

—Claro que has tenido citas diurnas —replicó con serenidad impostada mientras se arreglaba los puños de la camisa frente al espejo—. ¿O no has salido nunca con amigos a desayunar?

—¿Me vas a llevar a desayunar? —se burló—. Sé que te estás muriendo por comer rico, pero tenía la esperanza de que el hambre no fuera de tortitas con sirope de arce.

—Ese está bien. —Señaló el vestido de algodón gris oscuro sin entrar al trapo de la discusión. De forma indirecta y pronto también directa, Paula exigía explicaciones y exigía, también, que cambiara el modelo de salida por otro que se adaptara a sus querencias. Eso no iba a suceder—. Estate lista en veinte minutos. No me gustaría que llegáramos tarde.

—¿Tarde a dónde? ¿Vamos a una sesión matinal de cine? ¿A mirar posibles regalos de Navidad antes de que empiece la fiebre de las compras? ¿A qué otro sitio se puede llegar tarde antes de la hora del almuerzo?

Karim la miró a través del espejo, todavía entretenido acicalándose.

—Me sorprende que te extrañe mi elección de hora y lugar. ¿Creías que te iba a montar en el coche para llevarte a un hotel en cuanto Marcelo saliera por la puerta para cubrir su puesto en el club?, ¿que me iba a prestar a hacerte alguna maldad mientras él trabajaba sin tener ni la menor idea de nada?

—¿Acaso le has avisado de que hoy partimos hacia un misterioso pero inocente destino?

—Por supuesto —contestó, controlándose para no carcajearse.

Ahora que habían superado la etapa de la extrañeza debida al drástico giro en su relación, Paula no temía mostrar su humor

sarcástico.

Karim lo había estado echando de menos.

—No me digas que has rogado por su beneplácito.

—Qué va. Nuestra cita es tan poco sospechosa que no ha sido necesario pedir tu mano en matrimonio.

Paula bajó los brazos que habían seguido sujetando en alto las dos opciones de vestuario.

Miró a Karim con suspicacia.

—Tienes la oportunidad de llevarme a donde quieras y te reprimes para no cabrear a Marcelo. Empiezo a pensar que te gusta meterlo entre nosotros. ¿Te da miedo que se ponga celoso? ¿O es que tu verdadero fetiche es acostarte con los dos? ¿Al mismo tiempo o por separado? —siguió pinchándolo.

Karim se giró en su dirección. Le dio el último toque a su atuendo, informal pero elegante: se cerró la bragueta del chino y empezó a ajustar el cinturón.

—Mi fetiche es hacer las cosas en condiciones, Lita. Si sé que me voy a arrepentir de algo en un futuro cercano, no se me ocurre hacerlo.

Con la vista clavada en él, Paula depositó sobre la cama los dos vestidos y fue a su encuentro en silencio. Apartó las manos de Karim de la correa y, con un manejo hipnótico, procedió a introducirla por las trabillas. Mientras buscaba intuitivamente el agujero que mantendría los pantalones en su sitio, se puso de puntillas y alzó el rostro hacia él.

—¿Y no crees que te vas a arrepentir de no haberme llevado a un hotel? —preguntó en voz baja, y aprovechó que Karim se había quedado inmóvil un segundo para besarle la barbilla y la comisura de la boca.

—Me parece sabio ir de menos a más —respondió a trompicones.

—¿Quién te ha dicho a ti que te voy a dejar sacarme de casa otro día como para «ir a más»?

—¿El sentido común? ¿O es que te vas a encerrar aquí a partir de esta tarde por orgullo?

—Yo solo digo que a lo mejor esta es tu primera y última oportunidad de conquistarme y la vas a desaprovechar llevándome a

pasear por la Bahía.

—¿No te gusta pasear?

—Estamos a finales de noviembre y odio el frío.

—¿Qué hay del cine?

—Solo me interesa el *anime shonen*.

—¿Y salir de compras?

—¿Estás de broma? Odio toda manifestación de consumismo.

Karim la rodeó por la cintura y la pegó a su cuerpo.

—Excepto si me estás consumiendo a mí a base de provocaciones, ¿no?

Hasta el momento, había dejado que fuera ella quien llevara la voz cantante, quien eligiera cuándo besarlo y hasta qué punto se profundizaba, y, por descontado, no había tratado de convertir ningún contacto en un encuentro sexual. Se había dado cuenta de que a Paula no le gustaban las erecciones, que prefería los acercamientos íntimos pero no carnales.

En esta ocasión, sin embargo, no pudo resistirse y procuró que sintiera el bulto de la entrepierna apretando su bajo vientre.

—Nos vas a hacer perder el tiempo —atinó a rezongar ella, quitándole la cara solo por fastidiarlo.

—Para mí —replicó él, buscando su boca—, nada de lo que pueda hacer contigo será nunca una pérdida de tiempo. Lo que sí denominaría una miserable pérdida de tiempo sería sentarme a averiguar qué te gustaría que hiciera contigo para asegurarme una segunda cita. Por más que te conozca desde hace años, *qalbi*, es imposible anticiparse al misterio de lo que te haría feliz... así que voy a disparar al aire, a ver qué pasa. —La separó de él antes de darle la opción de separarse ella y le soltó un azote desenfadado en una nalga—. Y ahora vístete, que no tenemos todo el día.

Observó que la reacción de Paula al gesto era sobresaltarse y después quedarse de ánimo huraño. No le lanzó una de sus miradas perdonavidas, sin embargo, ni tampoco decidió que le retiraría el saludo. Se marchó tal y como había venido, dejando sobre la cama el vestido que Karim le había escogido, el gris oscuro de algodón.

Él sonrió por el tonto gesto de rebeldía y sacudió la cabeza.

La sonrisa no le duró mucho rato en los labios, porque lo cierto era que sí que podía anticiparse a lo que Paula quería. Era una sabiduría que no le había venido dada de nacimiento, sino que había cultivado a través de la observación constante. Jamás se había equivocado suponiendo que le gustaría cenar esto o aquello, le gustaría este o aquel regalo navideño, le gustaría que cerrara el pico o que siguiera hablando, le gustaría que la tocara ahora o que la soltase.

Así pues, sabía de sobra que no le iba a gustar ni un pelo el lugar de la cita.

Pero porque a nadie le gustaba que le hicieran una encerrona.

Sin lugar a dudas, iba a desaprovechar la oportunidad de conquistarla y, encima, la iba a cabrear. Pero Paula no necesitaba a un buen hombre persiguiéndola como un perro fiel, regalándole los oídos y abriéndole las puertas de todos los reinos. Quizá la Paula del año anterior sí se habría merecido que obedecieran sus órdenes; alguien tenía que curarle la terrible aversión al género masculino y solo un caballero podría haberse atribuido el mérito. Pero la Paula actual, la Paula que había dejado la universidad y fingía interesarse por el BDSM, no necesitaba ni experimentar el sexo extremo ni la adoración incondicional de Karim. Le hacía falta un toque de atención que la devolviera a su centro.

Si para ello debía sacrificar su mañana, su tarde o su noche de cortesía con ella, así fuera.

A veces, hacer lo correcto era una jodienda para los intereses de uno. Pero si un hombre no se conducía por la vida con unos principios mínimos, ¿qué le quedaba? No mentía cuando decía que la prioridad rotunda y absoluta era garantizar el bienestar futuro de Paula. Incluso si ella no lo veía todavía —y habría que averiguar por qué demonios no lo veía, o, mejor dicho, por qué había dejado de verlo de repente—, debía regresar a Stanford y concluir sus estudios.

La reina de Roma estuvo lista en la puerta media hora después.

No se había puesto el vestido que se había llevado consigo, sino unas mallas negras, un jersey de cuello vuelto y un abrigo de paño. Eran la clase de prendas que no se ponía nunca, pero no se podía decir que no le sentaran bien.

Pasó por su lado con aquella actitud desapegada que a veces le exasperaba y otras le hacía reír para sus adentros. Como nada en el mundo podría arruinar el hecho de que había accedido a pasar la mañana con él, Karim sonrió y le sostuvo la puerta como un perfecto *gentleman*.

—¿Vas a estar enfadada conmigo todo el día porque te he dado un azote en el culo? —le preguntó cuando ya estaban sentados en el coche—. Porque yo podría devolverte el cabreo, ¿sabes? Te has tirado tres días besuqueándome a placer sin preguntarme qué me parecía a mí.

Paula lo miró desde el asiento del copiloto con gesto inexpresivo.

—¿Es que te he hecho pupita?

—¿Te he hecho pupa yo con el azote? —contraatacó arqueando la ceja—. Anda, pon algún disco que te guste y cambia la cara de perro. No es que no te favorezca el ceño fruncido, pero es demasiado temprano para andar mosqueado.

Paula hizo un mohín encantador y le tomó la palabra husmeando entre las carátulas de discos que guardaba en la guantera. Solo en aquel vehículo, la colección ascendía a la friolera de quince discos.

Estaba seguro de que elegiría uno de The Notorious B.I.G. Su instinto no le defraudó. La mano de uñas largas de Paula introdujo el cedé de *Ready to Die*. Sujetando aún la caja compacta, estudió el índice de canciones de la parte trasera. Pasó unas cuantas hasta llegar a la que le interesaba.

Karim sonrió con la vista en la carretera al oírla canturrear la letra. Se unió a ella en el estribillo que le daba nombre a la canción: *I love it when you call me big poppa, throw your hands in the air, if you're a true player*[25].

Como sucedía siempre después de una discusión absurda, porque todas eran absurdas —al fin y al cabo, Karim nunca quería pelearse con ella— hicieron las paces sin conversaciones profundas ni disculpas, tan solo demostrando un compromiso por volver a la normalidad. Paula se puso a bailar al ritmo de Biggie tanto como se lo permitió estar sentada en el coche con el cinturón puesto,

arrojando los brazos al aire, y Karim la siguió en menor medida marcando la cadencia del rap con la cabeza.

Se chocaron los nudillos como un par de colegas raperos.

Paula no llegó a reírse, porque era muy difícil hacerla reír —casi imposible; era un don que solo tenía Nicole—, pero sí sonrió. Para zanjar del todo la discusión, Paula se estiró en su dirección aprovechando un semáforo en rojo y le dio un beso rápido en los labios. Karim no quiso que se quedara ahí y le rodeó la cintura para mantenerla pegada a su boca.

Cualquiera que lo hubiera visto desde fuera habría pensado que se había propuesto borrarle el pintalabios. Y lo consiguió. Más que una ofrenda de paz, el beso fue una declaración de intenciones, el entrante de la cita que advertía del hambre que traía.

El vehículo que lo seguía a la cola lo instó a reanudar la marcha usando el claxon. A regañadientes, Karim, volvió a rodear el volante con una mano y pisó el acelerador para llegar cuanto antes a su destino.

Paula sacó del bolso un lápiz de labios y un espejito.

—Yo que tú no me lo retocaría —dijo él—. Te va a durar bien poco conmigo al acecho.

—¿Es una amenaza?

—Una promesa, más bien.

Pero ella se lo retocó de todos modos.

—Si hubiera sabido que algún día me gustaría que un hombre me besara, me habría preocupado de comprar alguno de esos labiales mate y resistentes al agua que sobreviven a cualquier cataclismo —comentó con desenfado después de aplicarse el maquillaje.

—¿Antes no te gustaba que te besaran?

—No. Y sigo decidiendo si me gusta o solo es un vicio que he adquirido por aburrimiento —apostilló con el fin de pincharlo.

Karim la miró ceñudo y confirmó con su expresión que estaba bromeando. No porque la hubiera mudado a una más risueña. El sentido del humor estaba implícito en sus ojos, que brillaban como los de una niña cuando estaba de buenas.

«Desde luego te vas a aburrir de mí, porque no me van a separar de ti ni con agua hirviendo», estuvo tentado de contestar. No lo hizo

porque al final sabía que, con ella, caminaba sobre una capa de hielo muy fina.

Una que se quebraría en cuanto supiera que la había llevado a Fraenkel Gallery para tenderle una trampa.

La galería llevaba operando en San Francisco desde finales de los años setenta. Ofrecía exposiciones de arte contemporáneo, entre otras cosas, a un público heterogéneo con inquietudes intelectuales. Hacía un par de días habían descolgado los cuadros de una artista conocida en la Costa Este para exhibir la obra fotográfica de un talentoso estudiante de Stanford, al que el folleto informativo describía como una joven promesa.

—Desde luego que es joven —meditó Karim para sí en cuanto cruzaron las puertas, atento a la breve biografía que ofrecía el folleto informativo de la exposición—. Solo tiene veintiún años.

Paula lo imitó haciéndose con otro volante satinado. No reconoció a Mauricio de primeras: el texto iba acompañado de una acuarela imprecisa, no una fotografía, y en vez de describir sus logros académicos en Stanford, narraba con una prosa poética sus orígenes mexicanos, de los que estaba orgulloso.

—¿Qué quieres decir? —preguntó mirándolo de soslayo—. Tú solo tienes veinticinco. Le sacas cuatro. Tres, en realidad, porque por lo visto él cumple veintidós el mes que viene.

—Para mí, la gente de tu quinta pertenece no ya a otra generación, sino a otra galaxia —respondió, y esperó a que Paula cruzara el recibidor del edificio para seguirla—. No por la edad, sino la posición socioeconómica y el nivel de responsabilidad. Apuesto por que este chico ha conseguido que le reserven un hueco en esta prestigiosa galería gracias a la donación de un pariente o bien por intercesión de algún profesor que ha creído en su mensaje. Y su única obligación, al igual que la de la mayoría de los chavales que hay por aquí —señaló al coro de jóvenes que se paseaban por el laberinto de salas con una copa de champán en la mano—, será estudiar, asistir a algún barril universitario el fin de semana para fomentar nuevas alianzas con otros estudiantes (que tengan apellidos compuestos y chalés en Santa Mónica, a poder ser) y

perder la virginidad antes de que alguien se entere de que no tuvieron pareja en el instituto.

Paula había entrelazado las manos a la espalda. Lo escuchaba con una mezcla de curiosidad y socarronería.

—¿Y cuál es tu obligación, esa que tanto se diferencia de la de ellos?

—Yo nunca he tenido que preocuparme de nada de esto, pero he tenido que preocuparme de absolutamente todo lo demás. De llegar a fin de mes. De que no me largaran del trabajo. De que no me metiera una paliza en el aparcamiento del Costco el supremacista blanco que me estaba mirando cruzado en el pasillo de productos de limpieza —bromeó con humor oscuro—. A veces he tenido la sensación de que he venido al mundo con la responsabilidad de salvarlo.

—Y en un acto de rebeldía te has negado a tomar la senda del héroe para convertirte en el gran hedonista. Ni el salvador ni el villano: eres el trovador que cuenta el cuento tocando el laúd en una rama.

Karim le sonrió, divertido con la analogía.

—El hedonismo también requiere esfuerzo, ¿sabes?

—Y tanto. Te has esforzado para sorprenderme y debo decir que lo has conseguido. ¿En serio me has traído a ver una exposición de fotografía?

La mencionada exposición se desplegaba en el espacio respetando las normas tácitas de todas las galerías del planeta: la sala principal estaba vacía salvo por la serie de cuadros enmarcados y un sofá aislado en el centro desde el que se contemplaba la obra cumbre a la distancia perfecta. Al tratarse del segundo día desde su inauguración, todavía había suficiente gente merodeando como para que gozara de un ambiente social además de cultural. Una pareja debatía entre susurros el significado de una pieza. Una chica solitaria admiraba otra con la cabeza ladeada. Un muchacho copiaba a lápiz en un bloc de dibujo una de las fotografías. Un coro de personas escuchaba atentamente la explicación de un guía.

Paula le dio una leída más exhaustiva al folleto de la exposición y se adelantó hacia las primeras fotografías. Por extrañada o fastidiada

que estuviese por la sorpresa, al final siempre le había interesado la crítica a través del arte, y eso era justo lo que ofrecía Mauricio.

Karim la siguió con aire desenfadado, como si no se hubiera informado de antemano. El texto desplegado a un margen de las primeras imágenes enmarcadas ofrecía contexto político a la obra, titulada *Fronteras insalvables.* Advertía del auge del Tea Party, de su terrible influencia en el Partido Republicano —lo había desplazado aún más hacia la derecha con su propaganda anti-inmigración— y del impacto que estaban teniendo las teorías conspirativas en el gobierno demócrata. A través de una colección de retratos de estudiantes con diversos orígenes étnicos, Mauricio Mert pretendía concienciar a la población de lo que sucedería si se olvidaba la historia reciente —la segregación, el surgimiento del Ku Klux Klan, los atentados supremacistas, la violencia policial contra los ciudadanos afroamericanos— y se volvía a estigmatizar a la población racializada.

Karim observó de lejos a Paula. Papel en mano, se había parado en la tercera fotografía para admirar la imagen en sepia de una chica con rasgos *cherokees*. Vestida con la toga y el birrete de rigor, la joven sonreía a la cámara sosteniendo con orgullo el diploma de su graduación universitaria. A su derecha, la misma chica aparecía concentrada en elaborar una pieza de cerámica rodeada de sus familiares nativos en una reserva de Montana. Justo debajo, el observador podía reproducir un vídeo apaisado en el que Maurice la entrevistaba a propósito del giro drástico en su vida profesional.

El modelo expositivo se repetía con un chico de origen sirio, que también se había graduado con honores en una universidad pública. Había acabado trabajando en una gasolinera.

Todos contaban el mismo relato, algunos con un discurso beligerante y decepcionado con las fallas del sistema; otros empleaban eufemismos por miedo a salir más perjudicados. También variaba la actitud con la que se enfrentaban al escamoteo de oportunidades, la explotación, la diferencia salarial, el racismo más o menos flagrante en el entorno laboral: ira, resignación..., simple y llana tristeza.

—Limpiar habitaciones en un motel es un empleo tan digno como cualquier otro, que no se me malinterprete —decía un chico pakistaní mirando a su entrevistador. En el vídeo aparecía con el mono de trabajo—. Lo único que yo critico es que se me arrebate la opción de elegir a qué quiero dedicarme. Soy tan responsable, puntual y hábil como cualquiera de los blancos que la empresa ha ascendido de camareros de piso a recepcionistas en menos de tres meses, pero a mí ni siquiera me suma el grado superior en finanzas que me saqué en la universidad pública para que me muden al departamento de contabilidad. Si quiero ser taxista, me dan la placa enseguida; si quiero repartir comida a domicilio o reponer mercancía en una estación de servicio, me contratan sin pensarlo. Pero si quiero trabajar en una oficina con una corbata y recibir clientes insatisfechos o empleados a mi cargo en un despacho, tengo que someterme a una criba de más de cinco entrevistas con preguntas caóticas que se contradicen y para las que no existe una respuesta correcta. Y todo para que luego le den el puesto al puto Mike Jacobs, por decirte un nombre aleatorio, solo porque nació en un pueblo de Ohio y tiene los ojos azules.

Karim se metió tanto en la narración del chico —según la placa con sus datos, se llamaba Bilal— que casi pasó por alto el momento de la esperada coincidencia.

—¿Paula?

Había sido cuestión de tiempo que el responsable de la exposición reconociera a su compañera. Mauricio Mert —este era un nombre artístico, por lo que Karim sabía— era un chico alto y extremadamente delgado. Tenía los ojos enormes y tan oscuros que parecían delineados con kohl, y aunque había sido bendecido con una barba copiosa, a juzgar por la sombra de vello de la mandíbula, luchaba cada día por borrarla y así conservar un poco más los rasgos aniñados.

Vestía como uno esperaría viniendo de un aspirante a artista, con la justa pretensión para no quitarle protagonismo a su trabajo: combinaba una elegante chaqueta oscura con unos vaqueros desgastados y unas zapatillas de lona.

—¡Me ha parecido que eras tú! ¡Qué alegría verte! —Fue a abrazar a Paula, pero en el último momento recordó que no era una fanática del contacto físico y solo sonrió con la turbación que la actitud esquiva León sembraba en sus allegados—. ¿Dónde te habías metido, chica? Quería invitarte personalmente a la exposición, pero no te encontraba por ninguna parte.

—Ya —contestó sin aspereza, pero sin mostrarse accesible—. He estado ocupada.

—¿Ocupada? ¿Seguro? Como no venías a Derechos Humanos Internacionales, le pregunté a tu compañera Kelsey si te habías quitado optativas consiguiendo créditos por otro lado y me dijo que no tenía ni idea, que tampoco se te veía el pelo en la residencia desde hacía por lo menos un mes. Ni en Derecho Laboral, que me dijiste que era tu asignatura favorita. El señor Blackwood debe de tener el corazón roto. Eras su alumna favorita... ¿O lo eres, en presente? ¿Te has regalado unas vacaciones porque sí, o ya no te interesa la ley?

En lugar de contestar, Paula ladeó la cabeza hacia un pretendidamente distraído Karim. Vio chisporrotear en sus ojos la llama de la rabia. Él, en vez de inquietarse o pedir disculpas por la encerrona, se encogió de hombros y fingió darles espacio para hablar girándose hacia una de las piezas.

Un chico afroamericano contaba con la vista fija en las manos que, a pesar de haber asistido a más de cien entrevistas para trabajar en empresas de tecnología sanfranciscanas, la que era su especialidad, no había conseguido pasar de la segunda fase. No querían jóvenes venidos de universidades públicas, por asombrosos que fueran sus resultados académicos, y, además, siempre había un candidato mejor que él por el hecho de ser blanco y mantener algún tipo de relación con el CEO del departamento.

—Lo he dejado —respondía Paula con ambigüedad.

—¿Que lo has dejado? —Mauricio puso los ojos como platos—. ¿Qué dices, mujer? ¿Cómo vas a abandonar la universidad? Eres la estudiante más brillante de todo el curso, y ya sabes que no soy el único que lo piensa. El señor Thorne estuvo preguntando si sabíamos dónde estabas porque quería saber si podría publicar tu

ensayo sobre los abusos laborales en la agricultura californiana y el estatus legal de los indocumentados. ¡De hecho, eso me recuerda...! —Le hizo un gesto con la mano para que lo acompañara a la sala vecina—. En la biografía de una chica llamada Sofía Harper cito tu publicación sobre la discriminación racial en el salario y las posibilidades de ascenso en la industria tecnológica. La que te sacaron en la revista académica, ¿te acuerdas? Ven, quiero que lo veas...

Capítulo 17

Karim agradecía el entusiasmo de Mauricio. No había contactado con él personalmente para darle indicaciones sobre el modo de abordar a Paula; había confiado en que la temática de la exposición y reencontrarse con su compañero bastarían para ablandarla. Pero el chico estaba haciendo el trabajo de Dios arrastrándola por toda la galería, como si fuera una invitada de honor, para recordarle la importancia de luchar por los valores propios.

Convencido de que Mauricio tendría más suerte que él persuadiéndola de encauzar su camino, Karim se dio una vuelta por su cuenta y después salió a fumarse un cigarrillo en la puerta. Sonrió pensando en todas esas publicaciones académicas firmadas por Paula León, cuya existencia por descontado conocía y había podido leer gracias a la plataforma digital de la que gozaba Stanford para divulgar sus escritos.

La pequeña de la familia se había volcado en sus investigaciones. Había ido a las distintas áreas del estado para entrevistarse con los trabajadores afectados, a veces también con sus empleadores. ¿Cómo no iba a obtener resultados académicos formidables cuando radiografiaba la realidad con precisión quirúrgica, tenía un don para la palabra escrita y, además, sabía moderar su vehemencia para que no pudieran acusarla de progresista recalcitrante o feminista radical? En el mensaje estaban implícitas sus creencias e ideología, pero no permitía que esto fuera lo único que se pudiera extraer, y ni mucho menos para demeritar su discurso.

Volvió a entrar en la galería, pero esta vez para lavarse las manos en el servicio de caballeros. El reloj marcaba las doce y media, la hora del almuerzo o, al menos, de ir pensando en almorzar. Esto explicaba que las salas de exposición se hubieran ido vaciando y Karim apenas tropezara con un chico con el flequillo teñido de azul. Como sucedía —o debía suceder— cuando uno coincidía con una sola persona en un espacio enorme, se saludaron con un asentimiento y una sonrisa respectivamente.

Karim se miró al espejo mientras se frotaba las manos bajo el agua con estudiada paciencia. Se le encendió la pantalla del móvil, que descansaba a la derecha del lavabo. Marcelo le había enviado un mensaje en el que preguntaba cómo estaba yendo la mañana, de qué humor andaba Paula, si se había divertido.

Recibir el wasap de rigor le subió el ánimo.

No había podido evitar sentirse vagamente nostálgico, incluso preso del deber, a lo largo de la presunta cita: al fin y al cabo, no solo había priorizado una visita a la exposición para despertar a Paula del trance en el que parecía sumida desde el abandono universitario. También para que no se lo comiera la culpabilidad de mentirle a su amigo sobre su paradero y sus objetivos. Solo informándolo al detalle de dónde estarían y lo que harían lograría acallar las voces de la cabeza que le decían que estaba siendo un perro traicionero que priorizaba un puñado de besos y un futuro indefinido sobre la sólida amistad de Marcelo.

Se secó las manos y cogió el teléfono para contestar.

Un rato más tarde, estaba dando una vuelta por la galería casi vacía en busca de Paula. Como no la encontraba por ninguna parte, terminó interrumpiendo educadamente la conversación que Mauricio estaba manteniendo con una compañera.

—¿Paula? —se sorprendió, y echó un vistazo rápido a su reloj de pulsera—. Se fue hace veinte minutos o así. A lo mejor media hora. Yo mismo le he pedido el taxi.

Karim no supo si se preocupó más de lo que se enfadó o al revés. Le preguntó a Mauricio qué dirección había tomado. Al principio inseguro por si proporcionaba un dato privado, el artista acabó diciendo que había mencionado un almuerzo rápido en casa.

Karim se despidió de él procurando moderar su carácter y se encaminó a toda prisa al aparcamiento para llegar cuanto antes al edificio The Harrison. Contaba con que Marcelo no estaría allí aún; tenía una comida de trabajo con un inversor puntual para compartir las ideas de velada de Año Nuevo que se les habían ocurrido hasta la fecha. Karim se fiaba del buen hacer de su socio cuando se trataba de hacer *networking*. Y aunque no se fiara, le convenía

empezar a delegar responsabilidades para que volviera a alzar el vuelo.

Entró en el ático dando un portazo para advertir de su llegada. Arrojó las llaves sobre la cómoda de la entrada y buscó a Paula por la cocina, el salón, el despacho, el gimnasio. Se quedó inmóvil en el pasillo cuando la vio salir del baño con la cara lavada, el pelo húmedo y la ropa de andar por casa, unos pantalones cortos y ajustados que parecían unas bragas y una sudadera varias tallas más grande de *Cowboy Bebop*.

Ella lo localizó con una mirada carente de expresión.

Luego le giró la cara y se encaminó al salón como si no hubiera visto nada.

—¿Por qué te has largado sin avisar? —le preguntó en cuanto pasó por su lado. Paula no contestó—. Te estoy hablando.

Tampoco respondió a eso.

La vio sentarse en el sofá, cruzar las piernas y alargar el brazo hacia el mando de la televisión. Se entretuvo echando un vistazo al catálogo de Netflix mientras Karim trataba de poner en orden sus ideas.

—Lo de aplicar la ley del hielo cuando te cabreas era adorable cuando tenías quince años, Paula, pero con veintidós es una falta de educación simple y llana.

Su mano se crispó sujetando el mando.

—Prefiero ser una maleducada a una manipuladora —respondió sin mirarlo.

Karim fingió una risa que se le entrecortó.

—¿Se puede saber cuándo te he manipulado yo?

—Llamaste por teléfono a Mauro para que me diera la charla durante una hora y media, ¿no? ¿Le pagaste para que me convenciera de volver a la universidad, o solo te aprovechaste de su debilidad por los hombres guapos regalándole una sonrisita arrebatadora?

—Ninguna de las dos. Me enteré por un socio del club, el que regenta la galería, de que un chico del último curso de Stanford iba a exponer sus fotografías este fin de semana y se me ocurrió llevarte. —Hizo una pausa antes de decidir que sí, lo diría—: Pensé

que con una terapia de choque entrarías en razón, porque a la vista está que mi opinión no basta para convencerte de terminar tus estudios.

—¡Es mi opinión la que no basta para que se me deje en paz! —estalló Paula. Arrojó el mando a un lado y se levantó para señalarlo con el dedo—. ¡Y lo único que está a la vista, cada vez más claro, además, es que mis decisiones no se respetan en esta puta casa!

—¿Cómo coño voy a respetar que te pases el día tumbada en el sofá, Paula? Si hubieras sustituido tu vocación legal por otra, si te estuvieras buscando un trabajo digno, no diría ni mu, pero has abandonado una carrera profesional a la que pocos pueden aspirar para deambular aburrida por la casa y rogar que por las noches te lleven a un club de BDSM.

—¡Como si me quiero prostituir en una esquina! ¡Ni tú ni mucho menos Mauro vais a dar mi brazo a torcer! ¿Es que acaso no me conoces, joder? ¡Cualquiera que haya hablado conmigo cinco minutos sabe que no cambio de parecer por más que me insistan, sobre todo cuando ya he tomado una determinación! ¿O qué cojones te creías? ¿Que lo que me dijera un tío con el que a veces coincidía en una clase me iba a convencer de algo?

Karim se quedó un momento en silencio con la vista fija en la cara congestionada de Paula. El sofá se interponía entre los dos como una barrera física.

No podía seguir fingiendo que no estaba estupefacto con su ira reactiva. Exceptuando un par de momentos aislados, como la discusión en el aparcamiento de la hamburguesería y la conversación en la que abrieron sus corazones un día atrás, no la había visto jamás tan fuera de sí. En los casos mencionados, apenas había alzado la voz o utilizado palabras malsonantes. Ahora volcaba sobre él una rabia de la que Karim sabía que no era el único responsable. Buena parte de ella provenía de ese lugar secreto y profundamente herido que Paula había estado ocultando y al que Karim, a fin de entender el porqué de su autosaboteo, había estado intentando acceder por las buenas... y ahora también por las malas.

Intentó templar los ánimos tomando el camino de la persuasión diplomática.

—¿No te han inspirado ni un poco las historias de discriminación de todos esos chicos? Hasta a mí se me ha revuelto el estómago, y eso que no tengo vocación de salvador.

—¡Pues para no tener vocación de salvador, te has tomado muy en serio la tarea de devolverme a la puta universidad! ¡Como si yo no supiera lo que me hago!

Karim estaría mintiendo si dijera que no había esperado una reacción negativa, pero no había imaginado que perdería por completo los papeles.

—Es lo mejor para ti, Paula —resumió en un tono relativamente amable.

—¿Y eso quién lo dice? ¿Tú? No es suficiente con que Marcelo quiera controlar lo que hago y con quién lo hago, ¿verdad? Tienes que unirte a él y brindarle refuerzos, ¿eh?

Estaba acostumbrado a que le reprochara su cobardía y se refiriese a él como el perro faldero de su hermano, pero no a que los comparara. Esto último no solo no le gustó, sino que le pareció injusto, y en un arranque de dignidad bordeó el sofá para poner los puntos sobre las íes.

—Yo no te estoy obligando a ponerte este u otro vestido para tu graduación, ni te estoy haciendo chantaje emocional para dejes a tu novio *quarterback*. Te estoy recordando que te aceptaron en Stanford viniendo de un instituto público porque eras y eres brillante. Estás desaprovechando la oportunidad que te dieron para convertirte en alguien. Para marcar la diferencia. Y eso no es lo que yo quiero o lo que tu hermano quiere —le recordó—. Es lo que *tú* quieres. Alguien tendrá que defender tus intereses en vista de que ni tú luchas ya por ellos.

—¡Que tenga una oportunidad no quiere decir que deba cogerla y aprovecharla! ¡Y deja de ser condescendiente conmigo! —le advirtió clavándole el índice en el pecho.

—No soy condescendiente... a no ser que mi preocupación te parezca un insulto a la inteligencia. Me inquieta lo que sea que te traigas entre manos, Paula, o que no te traigas nada en absoluto y hayas decidido echarte la vida por lo alto. Tienes un comportamiento

que se sale de tu normalidad, empezando por la renuncia a tus propósitos intelectuales y....

—... y acabando con el hecho de que quiera conocer el BDSM o, en su defecto, acostarme contigo, ¿no? —lo interrumpió con la respiración agitada. Ya no le temía a airear los síntomas físicos de su indignación—. Cualquiera habría dicho que estarías batiendo las palmas con el giro que le he dado a mis prioridades. ¿Por qué no lo aprovechas y ya está?, ¿tú, que tan obsesionado estás con aceptar todas las oportunidades que a uno se le ofrecen?

Karim apretó los labios un segundo.

—Si mi prioridad hubiera sido follarte, no habríamos ido a la galería Fraenkel.

—¿Y a dónde habríamos ido, eh? —Se cruzó de brazos a un palmo de distancia de él—. ¿Dónde? Dímelo.

Karim tragó saliva, agitado con su cercanía. Paula lo miraba a la cara con los ojos chispeantes. Le gustara más o menos, era una buena señal. No le había gustado reencontrarse con su antiguo compañero de universidad, y esto es, con el recuerdo de la Paula que era hasta hacía más o menos un mes. O la echaba de menos o lamentaba haberla sacrificado, pero fuera cual fuera el caso, la conclusión era que esa Paula no le era indiferente aún.

—No puedo imaginármelo —mintió, porque la verdad era que no había hecho más que imaginar desde que supo que podría llevarla a donde quisiera. Al club. A su cama. A las Maldivas durante todo un fin de semana. Las posibilidades eran infinitas, como infinitas habrían sido las sesiones de sexo a las que la habría sometido—. Ni puedo ni quiero desprenderme de lo que me ha movido toda la vida para anteponer mi deseo físico.

—¿Lo que te ha movido toda la vida? ¿El miedo a Marcelo, dices?

—El deseo de que estés bien, Paula —espetó, fastidiado con su tono burlón—. ¿Odias a toda la raza? Me parece de puta madre, pero a mí no me metas en el saco atribuyéndome intenciones y sentimientos con los que no me identifico.

Paula esbozó una sonrisa gélida.

—Una parte de ti debe saber que no es lo bastante bueno para mí, ni en la cama ni fuera de ella, o de lo contrario habrías

aprovechado que te he concedido una cita para llevarme a un hotel.

—Un hotel, ¿eh? —repitió con incredulidad—. Crees que me acostaría contigo en un hotel. Como si fueras una puta.

—A lo mejor quiero ser una puta. —Entornó los ojos con afán retador—. No me costaría nada encontrar a otro tío que satisficiera mi ilusión, y tú lo sabes. No juegues con fuego, o me voy a largar y entonces no me vas a ver ni deambular ni tumbarme en el sofá. No me vas a ver, sin más, y no vas a tener ni puta idea de lo que estoy haciendo para venirme con monsergas.

—Lo que de seguro no estarás haciendo será acostarte con ese otro tío, porque no te gusta otro tío; te gusto yo —contraatacó con la misma expresión desafiante—, y esto son palabras tuyas, no mías.

Paula fingió una risotada.

—No creas que me gustas porque disfrazas tu paternalismo de preocupación. No creas que me gustas, a secas, o que esta tontería que me viene pasando me durará para siempre. Esa inteligencia mía que tanto admiras no solo me sirve para escribir ensayos académicos, Karim. También me ayuda a disuadirme de pensar o sentir emociones que no me convienen.

—Lo único que no te conviene es hacerle caso a tus decisiones autodestructivas y a esa absurda convicción que tienes de que todo cariño que se te demuestre parte de una raíz condescendiente.

—¿Y es que no parte de ahí, acaso? Si no fueras condescendiente, me dejarías ser y hacer lo que quisiera, siempre y cuando no hiriera a los demás ni a mí misma en el proceso.

—¡Es que te estás jodiendo en el proceso! —le espetó a un palmo de la cara, exasperado.

—¡He dejado la universidad, joder, no me he vuelto adicta al crack! ¡Y quiero conocerme mejor a través del sexo, la que es una forma de autodescubrimiento tan válida como cualquier otra! ¿Cuál es el drama?

—El drama es que pienses que tienes que sustituir una cosa por otra. No hace falta abandonar toda pretensión académica para echar un polvo.

—No te puedo echar un polvo a ti si estoy en Stanford. En mi cama de la residencia no cabemos, y están prohibidas las visitas

masculinas. Sobre todo si vienen de fuera.

Karim sacudió la cabeza, furioso.

—Todas las discusiones son circulares contigo, ¿eh? Te acabo de decir que prefiero que te gradúes y te conviertas en una prestigiosa abogada del estado mucho antes que tenerte encerrada en mi habitación con las persianas bajadas, un paquete de condones y una botella de agua, y tú sigues erre que erre.

—Sigo erre que erre porque no soy gilipollas, Karim. Sé que presionándote conseguiré que te sinceres no solo conmigo, sino contigo mismo, porque por supuesto que eres lo bastante egoísta para quererme durmiendo bajo tu techo, y no a kilómetros de distancia y demasiado centrada en mi carrera como para prestarte una visita.

—Pues deberías saber también que puedo luchar contra ese deseo egoísta de poseerte y ganar. Lo he luchado y ganado esta misma mañana, cuando te he llevado a una galería y no a una suite del Four Seasons.

—¿Y puedes luchar y ganar ahora que te digo que yo nunca te he pedido que seas bueno y prudente?, ¿que, de hecho, mi única esperanza ha sido y es que te portes mal por una vez?

Paula no entendió la expresión desesperada de Karim como lo que era, una capitulación impotente. Dándose por vencida con un suspiro decepcionado, fue a esquivarlo para poner una casa de distancia entre los dos. Karim lo evitó utilizando el brazo como barrera a la altura de su pecho.

Ella alzó la barbilla hacia él, y él, con los ojos ya vidriosos del deseo que no podía aguantar, que solo se había precipitado con la discusión, le rodeó la espalda para atraerla hacia sí. Con la otra mano le cubrió la base de la garganta, y fue escalando con los dedos muy despacio hasta que Paula echó la cabeza hacia atrás.

—La discusión no se ha terminado, ¿me oyes? —le advirtió con tono afectado. Ella le devolvía la mirada con una mezcla de indignación y anhelo—. Me vas a acabar explicando por qué haces todo esto, porque te conozco, Paula. Te conozco y sé que si te diera igual la universidad, no te habrías cabreado conmigo.

—Lo que no me da igual eres tú —replicó con la voz estrangulada —, por eso me cabreo contigo.

Karim se derritió con su confesión, que supo que contenía mucha más emoción de la que se había atrevido a revelar. Se inclinó sobre ella y le besó la línea del mentón antes de zambullirse en su boca entreabierta, que lo había estado esperando horas, días, siglos; el tiempo que parecía haber transcurrido desde el último beso.

En lugar de corresponder su abrazo posesivo, Paula le quitó la americana y la arrojó sobre el reposabrazos del sofá. Tener la sospecha de que quería desnudarlo lo encendió, y con la mente nublada por el eco de sus últimas palabras, se agachó para agarrarla de los muslos y la tendió sobre el sofá.

Karim se estiró encima de ella sin dejar de besarla, acariciándole el cuello y los hombros. Tenía el vello erizado y temblaba todavía por la mezcla de fastidio y deseo que pronto la haría entrar en combustión. Introdujo la mano debajo de la sudadera y confirmó con un gruñido de placer que no llevaba sostén. Cubrió uno de sus pechos con la delirante certeza, no exenta de asombro excitado, de que era la primera vez que la sentía piel con piel.

Solo Dios sabía la cantidad de sordideces que le diría si no fuera Paula, si fuese cualquier otra, una mujer que no le hubiera revelado mil y una veces que le asqueaba la lujuria. Había soñado tantas veces con sobarle los senos que lo embargó una sensación de familiaridad mientras le acariciaba los pezones, como si ya lo hubiese hecho antes.

Quería verla desnuda. Necesitaba verla desnuda. Llevaba casi un mes con la mente dañada a ese efecto; en concreto, desde que ella se quitara la camiseta delante de sus narices y él tuviese que apartar la vista para no sucumbir a la locura que habría sido follársela.

Karim le separó las piernas y se apretó contra su sexo expuesto por la posición de apertura. Oyó que Paula jadeaba entre besos y, envalentonado, le alzó las caderas con las manos para que sintiera la presión de su dolorosa dureza. Se había excitado con el desdén de sus palabras, lo que solo podía significar que había una parte de él, recóndita y muy privada, que reaccionaba con placer al látigo de una mujer dominante. Pero su respuesta a la provocación no había sido

—y nunca sería— agachar la cabeza, sino demostrarle que no sería ella quien le echaría el polvo a él, sino al revés.

Paula lo empujó por el pecho para romper el beso. Karim la miró un segundo, vacilante, pero vio en su rostro sonrojado que no quería detenerse, tan solo tomar las riendas. Él se opuso a que ella intercambiara los papeles sujetándole las muñecas sobre la cabeza y rotando las caderas para frotarse bruscamente contra su sexo. «¿No era lo que querías? Ahora te vas a enterar», sugería el movimiento ondulante de su cuerpo. Paula jadeaba sin control por el esfuerzo del forcejeo y por el deseo que la hacía delirar; luchaba para ganar terreno resistiéndose al agarre de Karim y, a la vez, hacía quiebros con la cintura para mantenerse pegada a su erección.

Aunque se pirraba por las sumisas que nunca decían que no y se dejaban hacer, laxas, encontró tan erótica la resistencia de Paula que pensó que podría correrse solo así, con aquel burdo y torpe teatro de coito. Este pensamiento le hizo descuidarse, y antes de poder darse cuenta, ella había conseguido reunir toda su fuerza para enviarlo de espaldas al suelo.

El impacto fue tan inesperado que apenas emitió un gemido de sorpresa. Paula evitó que se levantara sentándose a horcajadas entre sus muslos. Vio, pasmado, que le bajaba la cremallera del pantalón. Entró en estado febril de imaginarse que lo agarraba de la polla y lo montaba sin mayor dilación, pero eso no fue lo que hizo. Tiró de los chinos hacia abajo, impaciente, y se sentó sobre el bóxer.

Había una capa de ropa menos entre los dos, y eso ambos lo notaron: cerraron los ojos a la vez, complacidos, pero seguía sin ser suficiente. Nada era suficiente. Karim intentó suplir esa carencia rodeándole las nalgas con las manos y apretándolas con ansiedad. Paula se las apartó de un manotazo y lo inmovilizó como él la había inmovilizado antes, clavándole las muñecas en el suelo.

Quiso replicar, ceñudo, pero la vergüenza que inicialmente le inspiró la postura quedó en segundo plano cuando ella empezó a mover las caderas como si estuviera bailando, al principio lento y después más rápido. A Karim no le costó deshacerse de su agarre y

recuperar la autonomía que necesitaba para volver a meter las manos debajo de la sudadera.

Paula apretó los labios en claro desacuerdo y trató de esquivar sus caricias, a lo que él le sacó la prenda por la cabeza y la rodeó por la espalda para tenderla sobre su pecho.

Resopló de alivio al sentir la dureza de sus pezones aplastados contra su camisa, pero no contento con eso, aprovechó la postura vulnerable para rodar con ella encima y recuperar su dominancia.

—No quiero... que estés... encima... —masculló Paula entre jadeos.

Estaba totalmente ruborizada, con los ojos vidriosos y los labios hinchados. Su cuerpo seguía buscando el de Karim, oscilando entre la oposición y la entrega total..., si es que tal contrasentido era posible.

—¿Seguro? —Karim le bajó el culote en un visto y no visto. Introdujo en el bóxer la mano que no sujetaba uno de los muslos de Paula y se agarró la erección para acariciar verticalmente la abertura de sus labios inferiores. Ella emitió un suspiro anhelante—. ¿Seguro? —repitió.

La vio cubrirse la boca con el antebrazo y ladear la cabeza para que no la viera. Tenía los ojos más que cerrados. Los tenía apretados. Ya estaba temblando antes, pero ahora que Karim acariciaba su sexo empapado con dedicada lentitud, vibraba de pura pasión. La oía emitir sonidos vulnerables que no había imaginado viniendo de Paula, que quizá tampoco había escuchado antes en ninguna otra boca; una suerte de gemido ahogado, casi un maullido.

Aquella postura suya, entre tímida y reticente, le excitó más si cabía y no pudo resistirse a introducir suavemente la cabeza del miembro.

—Joder —bramó en *darija.* Se agarró a uno de sus pechos con la otra mano y se empujó un poco más, hasta que el prepucio desapareció en el interior de su cuerpo—. Estás chorreando... No puedo. No puedo. Paula... —Se mordió el labio para controlar una exclamación lujuriosa—. Me estoy volviendo loco. Necesito follarte.

Sin apartar el brazo que cubría la mitad inferior de su rostro, Paula meneó la cabeza y buscó su mirada con una mezcla de deseo y espanto. Revolvió las caderas para alejarlo y, como no lo conseguía, le asestó una patada en el pecho que lo obligó a retroceder sobre las rodillas. Débil sobre su eje, Paula se incorporó sobre los codos y luego imitó la postura arrodillada de Karim, que la miraba con la respiración agitada. La vio avanzar, vacilante, y rodearle la erección con la mano.

Se la acarició con dedos inseguros, ejerciendo demasiada presión.

—Déjame... —logró articular, y le plantó la palma sobre el pecho para exigirle que se tumbara— a mí.

Karim intentó tragar saliva, pero todos los fluidos de su cuerpo se habían concentrado en el miembro endurecido, en el corazón que le latía como si estuviera en riesgo de muerte. Quiso oponerse. Todo su cuerpo se negaba a que ella volviera a sentarse encima, a inmovilizarlo, pero más se negaba aún a concluir lo que parecía una lucha de gladiadores.

Alargó los brazos para amasarle los pechos. Paula lo apartó de un manotazo. Intentó cubrirle las nalgas o solo la espalda.

Ella volvió a negarle el acceso con un golpe contundente.

—No me manosees —le espetó, y la mano que le había pedido educadamente que se tendiera boca arriba lo empujó.

Con más determinación que antes, Paula se encaramó sobre él y le plantó las palmas en los respectivos hombros. Echó todo el peso sobre su cuerpo y sentó el sexo encima de la erección para acariciarse con ella. El contacto tórrido con su coño húmedo le puso a temblar de pasión incontenible. Intentó incorporarse, intentó participar en su movimiento, pero Paula lo tenía inmovilizado en la postura.

Un recuerdo miserable lo alcanzó como un rayo. Solo se había visto una vez en una tesitura similar: cuando uno de los amigos de Richard Chaplin consiguió derrumbarlo de un firme puñetazo y, no contento con eso, se plantó a horcajadas sobre él mientras otro compañero evitaba que se protegiera de la paliza sujetándole las manos y clavándole las rodillas sobre los hombros.

La misma rabia indignada de entonces le sobrevino, con la diferencia de que ahora no estaba totalmente a merced de nadie: dos tipos que jugaban al fútbol americano no tenían la complexión de Paula, a la que pudo reducir en un solo segundo rodeándola por la cintura y placándola contra la moqueta. Ella consiguió poner las dos manos para evitar que le doliera el impacto de la mejilla en el suelo.

Karim la mantuvo boca abajo presionándole la espalda con la mano en tanto que recuperaba la posición activa: erguido sobre las rodillas, le levantó las caderas para ponerla a cuatro patas y se inclinó para hablarle al oído.

—No vuelvas a hacer eso, ¿me oyes? —le advirtió en tono ominoso, y le asestó un azote en la nalga que la empujó ligeramente hacia delante.

Karim la recolocó acercando las caderas femeninas a las suyas y estrelló su erección contra su pubis. Se frotó despacio entre la abertura del ano y el sexo cada vez más empapado, movimiento al que Paula reaccionó estremeciéndose y balbuceando. Perdió el equilibrio sobre las manos al alargar una hacia atrás para agarrarlo, detenerlo, soltarle otro golpe; Karim la cogió de la muñeca y se inclinó a besarle la cara interna sin detener las sacudidas.

—Moriría por este culo tuyo —gruñó él—. Estás tan buena que podría ponerme a llorar.

Paula emitió un sonido incrédulo que se fue convirtiendo gradualmente en un gemido de alarma. Karim reconoció en los espasmos de su cuerpo la llegada del orgasmo. A fin de catapultarla al clímax, siguió apretando la polla contra ella. Cuanto los sollozos femeninos se cristalizaron en el gemido final, le separó los cachetes para no perderse el espectáculo de la contracción de su sexo. Nervioso y tan excitado que casi perdió el equilibrio, Karim volvió a penetrarla con el prepucio y un poco más, solo un poco más, para notar la deliciosa presión de sus paredes vaginales succionándole el miembro.

Él mismo estaba a punto de correrse, y se habría liberado con un profundo rugido si ella no se hubiera apartado y se hubiese apresurado a recoger las piernas, todavía débil, para evitar que la

apresara de nuevo. Karim buscó sus ojos, ceñudo, pero Paula le negó la mirada y la visión de su rostro mientras buscaba su sudadera y su culote con las manos temblorosas.

Se vistió apresuradamente con la prenda superior y se levantó con el equilibrio tan perjudicado que por poco trastabilló.

—¿Paula? —la llamó, alarmado—. ¿Qué pasa?

Ella se tiró de la prenda hacia abajo con la mano con la que no se cubría el pecho.

—Así no —murmuró con un hilo de voz. Más que marcharse, huyó hacia la habitación de su hermano—. Así no.

Capítulo 18

—Vale, vale, tú solo visualízalo. Cierra los ojos y visualízalo —insistió Marcelo. Aunque ofrecía un aspecto atractivo cuanto menos subido a una silla con nada más que el pantalón del pijama puesto, un cigarrillo entre los labios y un rotulador permanente en una de las manos extendidas, Karim cedió a sus deseos y se privó de la vista—. Muérdago por todas partes. No solo en las puertas, sino colgando de guirnaldas en los zócalos de las paredes, en el marco de los baños, en los bordes superiores de las cristaleras. Debajo de un árbol enorme y majestuoso, los regalos: dentro hay esposas, látigos, fustas, dilatadores anales, bolas chinas, todo lo que te puedas imaginar. Quien abra el paquete de las esposas, tiene que usarlas. Lo mismo con las bolas chinas. Me la suda que seas un tío y no te vaya el anal.

Karim abrió un ojo.

—Consentimiento, Marcelo. Consentimiento.

—Bueno, sí, vale —bufó e hizo un aspaviento impreciso—. Pues las tiene que usar con la sumisa o dominatriz de su elección. ¿Mejor?

—Significativamente mejor. Continúa, por favor.

—Dos opciones de cara al código de vestimenta: folclore oscuro o palacio de Elsa.

—¿Palacio de Elsa?

—¿No has visto *Frozen*? Un rollo reino-del-hielo, todo decorado en tonos plata, azules, blancos... Por variar respecto de la estética habitual del club, ¿me entiendes? Para hacerlo inolvidable. Podríamos alquilar hasta una pista de hielo. Debe de haber *strippers* a las que les guste patinar sobre hielo y se presten a hacerlo desnudas, solo con una máscara integral, por un módico precio...

—No pagamos prostitutas —interrumpió Karim en el tono cansino de quien llevaba meses repitiendo la misma cantinela.

—¡No son prostitutas, Karim, joder! ¡Son profesionales! ¡No me arruines las ideas!

—Pero ¿se puede saber dónde coño quieres meter una pista de hielo, si apenas caben los sesenta clientes que pretendes invitar? ¿O

acaso vamos a llevar a los sadomasoquistas de todo el estado de California al pabellón municipal? ¿Y qué más? ¿Los integramos con las parejitas que van a patinar en la tercera cita, las familias hartas de aguantar a sus hijos y los grupos de niños que andan festejando un cumpleaños? ¿Los unimos a todos en una búsqueda del tesoro? ¿Hacemos una yincana?

Marcelo se quitó el cigarrillo de los labios y lo apuntó con los dos dedos que lo sujetaban.

—Menos ironías, listillo.

—Pues menos cocaína, Marcelo —le reprochó, y apuntó con la cabeza al rastro de polvo blanco que había dejado en la mesilla del tocadiscos. Había tenido la gentileza de meterse la raya antes de que Karim apareciera. ¿O la precaución? Al final, debía saber que habría tratado de impedirlo de una forma u otra—, que se te empieza a notar en los planteamientos. Suenas como un completo desquiciado.

—Hay que soñar a lo grande, ¿no? Y esto lo van a pagar los socios.

—¿Qué te hace pensar que pagarían una millonada por una pista de hielo? Vienen a follar, no a hacer un triple axel.

—A ver, yo pagaría una millonada, y dos, si me apuras, para ver a Kir Royale vestida de campeona olímpica de patinaje. Me preguntó por ti anoche, ¿sabes? —añadió. Se bajó de la silla de un salto y se encaramó al escritorio para sentarse como una de esas secretarias seductoras que protagonizaban los vídeos porno—. Dice que no te ve por allí desde hace algún tiempo y que le preocupa que la hayas olvidado.

—Ya la veré cuando me toque el turno. Todavía tienes que recuperar diez días de vigilancia, amigo. Te vienen bien para distraerte y alejarte de eso, además. —Volvió a señalar la cocaína con la barbilla—. ¿O estás incumpliendo mis normas antidrogas?

—No, hombre. Allí *popper* y poco más.

Karim puso los ojos en blanco.

—Bueno, ¿y qué hay de la segunda variante? Eso del folclore que has mencionado.

—No es tan navideño o invernal como la primera opción —se lamentó—, pero sería oscuro, más en nuestra línea, y los disfraces estarían muy currados. Como Papá Noel no deja de ser un personaje de mitología, ¿por qué no centrar la fiesta en otros miembros del imaginario popular? Unos que den miedo. El Yuki-onna japonés, La Llorona mexicana, las *banshees* celtas, El Barghes inglés... Lo suyo sería centrarnos en los que castigan a los niños malos, como El Kampus alpino o El Coco español. Solo en Centroeuropa hay decenas de monstruos malvados que se le aparecen a los críos o les traen carbón. El Knecht Ruprecht, el Belsnickel, Frau Holle...

Karim había empezado a divertirse.

—¿Cómo es que tienes tanto conocimiento sobre los... monstruos malvados que se le aparecen a los críos? ¿Fue una de las numerosas hiperfijaciones a las que te entregabas de pequeño, cuando aún no me conocías?

—Algo así. Una vez mi padre me amenazó con el castigo de El Viejo del Saco si no me portaba bien. Busqué en internet, vi que el susodicho era chileno y a la noche siguiente le dije: si el saco no pasa el control de seguridad de Santiago para volar hasta aquí y se queda con las manos vacías, ya solo sería un viejo desarmado, y a un viejo desarmado le parto yo la cara sin problemas. Cuando volví a hacer una travesura, me dijo que la Llorona me iba a secuestrar. Le respondí que esa era de México, y que con lo difícil que estaba conseguir una *green card* siendo latino —continuó con el humor negro que le era propio—, la iban a mandar de vuelta a casa si llegaba a poner un pie en San Francisco. Así sucesivamente. Se cansó de buscar cuando ya había cruzado el océano para buscar genios malignos en Alemania, por eso no conozco monstruos polacos o rusos. —Chasqueó la lengua—. Una pena.

Karim se rio de buen humor y dio unos toquecitos con el extremo del bolígrafo en la mesa.

—No dejas de sorprenderme, Marcelito.

Él se encogió de hombros.

—¿Qué te parece? Las sumisas y sumisos disfrazados de niños malos. Los amos y dominatrices vestidos de distintos personajes mitológicos. Si nos calentamos, podemos hasta meter a Cthulhu, al

Kraken... A todos los de Lovecraft. Me encantan los cuentos de Lovecraft.

Karim contuvo una risotada.

—¿Cómo coño te vas a disfrazar del Kraken, Marcelo?

—Ya tengo un tentáculo. —Encogió un hombro con encanto—. Es cuestión de añadir los demás con prótesis o ir con un vibrador en cada mano.

No pudo seguir aguantándose y rompió a reír. Marcelo se quedó un rato mirándolo con un rastro de sonrisa triunfal, como siempre que conseguía que alguien se petara de la risa, y luego se unió a la diversión con carcajadas satisfechas.

—Pues ya tienes disfraz, chaval —articuló Karim con dificultad, secándose una lágrima de la comisura del ojo—. Enhorabuena.

—De nada. A ver cómo me lo monto. Ya sabes que tengo la fantasía de la doble y triple penetración. Y de la penetración bestial —separó las manos para abarcar una distancia de treinta centímetros—. He consumido tanto porno *monsterfucker* que se ha vuelto una necesidad penetrar a una mujer con una polla así de grande.

Karim aspiró entre dientes.

—No creo que le quepa.

—Alguna habrá. Te recuerdo que le metí el puño por el culo hasta aquí —se señaló el antebrazo casi a la altura del codo— a Clover Club, y sospecho que por culpa de la articulación no llegué al hombro. Una superpolla no es mucho más larga.

Karim suspiró, en lo absoluto sorprendido u horrorizado con su descripción.

—Yo intentando que el BDSM sea una práctica elegante y tú siendo lo más gráfico que existe.

—Es que te crees que aquí todos somos maricones y nos conformamos con azotitos.

—El que le metió el puño por el culo a un tipo fuiste tú, no yo.

—El maricón no es el que penetra, sino el que es penetrado.

—Qué nivelazo de conversación —comentó Paula desde el umbral. Karim había estado tan picado con las idioteces de Marcelo que ni se

había dado cuenta de su llegada—. Por cierto, que te hayas divertido con hombres no te legitima los comentarios homófobos.

Marcelo recibió a Paula montándole una fiesta. Fue hacia su hermana dando saltitos y aplaudiendo, como un moreno Rumpelstiltskin, y se le enganchó a los hombros hasta que ella manifestó su incomodidad empujándolo hacia un lado.

—Yo diría que follarme a un tipo es lo contrario a homófobo, Litita.

—Eso díselo a los heterosexuales que se violan entre ellos en la cárcel.

Marcelo compuso una mueca contrariada rayana en la comicidad.

—No me chapes, ¿vale, Paula? Que yo estaba muy contento narrando mis aventuras.

—Y Karim estaba muy contento escuchándolas, por lo que se ve.

Paula desvió la mirada de su hermano al otro hombre presente. Él ya la estaba mirando con una mezcla de molestia porque hubiera interrumpido —en los últimos tiempos, un Marcelo de buen humor era un tesoro que había que preservar a toda costa—, culpabilidad y recelo.

No había tenido oportunidad de abordarla a propósito de lo ocurrido la mañana anterior ni a lo largo de la tarde, ni por la noche, ni en la mañana y tarde del día siguiente. El sol llevaba un rato poniéndose a sus espaldas, lo que significaba que se habían cumplido treinta y seis horas sin verla o hablar con ella.

Por suerte, había reaparecido, y eso solo podía significar que estaba dispuesta a sentarse a explicar el porqué de su comportamiento.

—Tu hermano es un comediante nato —se justificó Karim.

—Ya. Os iba a avisar para cenar. He hecho empanadas de pino.

—¡Empanadas! —exclamó Marcelo, y arrojó los puños hacia arriba —. ¡*Bacán*!

—No es que te las merezcas —replicó Paula de brazos cruzados—, pero ya que están preparadas, alguien se las tendrá que comer. Espero que no te afecte de cara a los *fistings*.

—No te preocupes, Lita, que los *fistings* no me los hacen a mí. Puedo ir rellenito de empanadas, que no me voy a cagar sin querer

encima de nadie. —Le lanzó un guiño.

Pasó por la mesita del tocadiscos para limpiar los restos de polvo blanco. Marcelo no era tan limpio y ordenado como Karim, pero en los espacios que compartían procuraba hacer el esfuerzo de no dejarlo todo patas arriba. Especialmente si lo que había dejado por medio era medio gramo de cocaína esperando su consumición inmediata; al menos, Marcelo se la metía vía nasal como si tuviera fecha de caducidad.

Echó los restos con cuidado en el interior de una bolsita con el símbolo de la hoja de marihuana —«CBD», rezaba debajo, como si la falta de olor a naturaleza fuera a engañar a alguien acerca del contenido— y limpió la madera con el canto de la mano. Luego se incorporó con la vista apuntando hacia el mural de fotografías de su autoría.

La expresión divertida que traía se atenuó al intercambiar una mirada con la Nicole en blanco y negro.

Siempre que entraba en la habitación la saludaba silenciosamente, como si en lugar de un pedazo de celulosa fuera Nicole en carne y hueso o algo aún mayor: una suerte de imagen religiosa. Antes de salir, le presentaba de igual modo sus respetos. Dependiendo de cómo le sentaran la borrachera, el tiro, las setas o lo que quiera que hubiese elegido para anestesiar su dolor, se ponía de puntillas para besar los labios de la fotografía o, furioso, descolgaba el cuadro y depositaba en el suelo girado hacia la pared.

Daba igual que la tomara con la pieza. Al día siguiente, Karim entraba en el despacho y la encontraba de nuevo en su lugar de honor. O, si no se había recuperado del arranque, por lo menos lo había depositado en el sillón, como si no soportara que el retrato de Nicole tocara la tierra.

Si por Karim fuera, el cuadro de marras llevaría meses en la basura. Años. La foto no habría llegado a hacerse siquiera. A poder ser, Nicole no habría llegado a convertirse en *Nicole*, pronunciado como una oración.

Habría sido simple y llanamente Nicole, una tía cualquiera.

Lo que siempre había sido en el fondo, si no algo peor.

Uno de esos monstruos de Lovecraft, por ejemplo.

Marcelo salió del despacho sin sospechar en lo más mínimo de la tensión que se había instalado entre Paula y su mejor amigo.

Karim se levantó despacio y esperó con una mano apoyada en la mesa a que ella dijera algo. Como eso no sucedió, y, de hecho, se había quedado mirando el retrato de los mil amores —de los mil demonios para él—, tuvo que romper el silencio.

—¿Hay empanadas también para mí, o estoy castigado?

Paula apartó la vista de Nicole y se concentró en Karim.

—¿Por qué ibas a estar castigado?

Dio la vuelta y se marchó pasillo abajo.

Él dudó entre suspirar hondamente o, en un arrebato impotente, asestarle una patada a uno de los pies del escritorio. Como corría el riesgo de quedar lesionado de por vida —la madera era noble—, decidió no desafiar a ningún objeto inanimado y se conformó con maldecir para sus adentros.

Con ella era un paso para adelante y tres pasos para atrás.

Se reencontró con los hermanos después de anotar rápido algunas de las rocambolescas ideas de Marcelo, matizadas, claro estaba, para que fuera posible materializarlas. Paula había llevado la cena a la mesa baja del salón y había ocupado con prudencia la esquina del sofá, mientras que el hermano mayor se había tendido de cualquier manera ocupándolo en su totalidad. Con o sin el permiso de su hermana, había plantado los pies en su regazo.

Karim reconoció ya en un primer vistazo la película que habían elegido. En su ausencia, Marcelo habría propuesto *Love Actually* y *Vacaciones* con el pretexto de que eran apropiadas para las fechas y las sensibilidades de Paula, como si a su hermana le hubieran interesado alguna vez las películas navideñas o románticas; en realidad, el fin era rendir homenaje a Nicole reproduciendo sus títulos preferidos.

Se tenían que ver las películas favoritas de Nicole incluso sin estar Nicole presente. Era un clásico de Nicole: imponerse a toda costa y a través de cualquier medio, estuviera aquí, allí o a tres metros bajo tierra.

Karim tomó asiento en el único sillón reclinable, en la otra punta del salón respecto de Paula. Si un matemático hubiera trazado una

línea invisible entre los dos, habría obtenido una gráfica lineal. A Marcelo no le habría parecido sospechoso que exigiera sentarse entre los dos, pero Karim no habría soportado acercarse al espacio donde la mañana anterior había estado a punto de hacerle el amor.

Si se paraba a pensarlo, se estremecía de puro placer desatado y reprimido al mismo tiempo. Le recorría entero un escalofrío, desde las puntas de los pies hasta la nuca, donde procedía a extenderse un recuerdo del calor que había sentido.

Se preguntó si ella lo tendría tan presente como él. Karim fingía prestar atención a la pantalla, pero en vez de a Kate Winslet o a Jack Black, veía los pezones oscuros de Paula; cómo arqueaba su cuerpo para restregarse con él; lo que había sentido al amenazar con penetrarla mientras ella se corría entre sus brazos.

Su polla había estado tan cerca de la gloria.

Tan cerca.

Karim tuvo que alejar los pensamientos para no endurecerse en presencia de Marcelo. De seguro a Paula no le gustaría ni la manifestación de sus deseos ni que estuviera regocijándose en ellos para sus adentros. ¿Y qué le gustaría, si podía saberse? Había pensado que lo del día anterior era lo que quería, pero Karim se había equivocado, y se había equivocado porque quizá ella había estado equivocada desde el principio y en el fondo no pretendía acostarse con él.

«Una mierda», se contestó. Correrse no era indicativo de disfrute, eso bien lo sabía él. El cuerpo podía estar en una y la mente en otra muy distinta. Pero la había visto temblar y jadear, descontrolada. La había visto tomar el control y cederlo; revolverse para redirigir los movimientos y recuperar el control en lugar de atarlo en corto con un severo «no».

Y, sin embargo, ¿y si la había malinterpretado?

—Bueno —introdujo Marcelo con cansancio. Se palmeó los muslos, enfundados en un pantalón de chándal ajustado, y se incorporó casi como si esperara que alguien lo detuviese. Alargó la mano hacia las empanadas y se introdujo en la boca la última de la hornada—. Me voy a ir yendo al club. He quedado un rato antes con Rob Roy y los demás para compartirles las ideas del fiestón de fin de

año. Si me dieran luz verde, ya sí tendrías que acompañarme a las reuniones para cerrar los presupuestos, los detalles y la lista de invitados.

—Claro.

Marcelo estiró los brazos hacia el techo y se puso de puntillas para estirarse. Se dobló sobre un costado, se dobló sobre el otro. No puso a fin a la rutina hasta que le crujió el esternón, una manía que tenía que toda la gente a su alrededor encontraba escalofriante. Cuántas veces no se habría reído como un bobalicón observando la reacción de sus compañeras de clase cuando se crujía los nudillos, el cuello y la columna vertebral a base de hacer peripecias de trapecista en horario lectivo.

Marcelo solía ser esa clase de chaval. El que molestaba a los demás por diversión y no quedaba otro remedio que quererlo porque estaba totalmente comprometido con la tarea de arrancar carcajadas.

Antes de marcharse, miró a su hermana y miró a Karim de forma intermitente.

Dudaba que fuera a decir nada a propósito de su silencio. No habían dado muestras de estar enfadados y, por lo general, Paula y él nunca habían tenido largas conversaciones delante de Marcelo. El mutismo voluntario de ambos no ponía de relieve ningún problema mayor.

Al final solo le robó un beso rápido en la coronilla a Paula, le dio un pellizco en la cara que la irritó y se largó sin pasar por la habitación a cambiarse. No le preocupaba tanto la imagen como a Karim, y ¿por qué le iba a preocupar, si él era quien tenía el carisma, la creatividad y el humor?

Karim esperó a que la puerta principal se cerrase para echar un vistazo rápido a Paula.

Estaba encogida en una esquina del sofá con las rodillas dobladas a un lado imitando la cola de una sirena. Una manta de pelo suave la cubría hasta el cuello. Llevaba el pelo recogido en una coleta de la que escapaban los mechones de la sien y los vellos finos del nacimiento del pelo. Parecía concentrada en la película, pero nunca le había gustado *Vacaciones* ni la mitad de lo que les gustaba a su

madre y a su hermano —en realidad, lo que le gustaba a Marcelo era Cameron Diaz, su prototipo de mujer, y Jack Black, al que adoraba desde *Escuela de Rock*— y lo demostraba que a pesar de tener la vista orientada hacia la pantalla, su mirada estuviese desenfocada.

Con indecisión, Karim sacó el móvil del bolsillo. Tecleó un par de palabras en la barra blanca del chat y se las quedó mirando con una expresión inevitablemente sardónica.

«¿Estás enfadada?», rezaba el mensaje. Directo, no muy vulnerable y, además, generoso. Al no exigir predicado, le ponía en bandeja la oportunidad de dar la que era su contestación de oro: un monosílabo esquivo.

Considerando las tensiones del ambiente, era legítimo y hasta necesario que hiciera la pregunta, pero imaginó cómo se vería desde fuera su iniciativa y por poco le entró la risa.

Era un hombre hecho y derecho, por Dios santo. Estaba sentado en el sillón que dominaba la sala de estar de su *penthouse* millonario con vistas a la Bahía de San Francisco, el que pagaba religiosamente con el holgado sueldo que percibía gracias a su legendario club de alterne, y estaba, también —o sobre todo—, tan asustado de la mujer de metro sesenta que veía la televisión en la otra esquina del sofá que tenía que mandarle un mensaje y no abordarla sin rodeos porque la posibilidad de su rechazo directo le cagaba de miedo.

Reprimió un suspiro para sus adentros y envió el mensaje sin mayor ceremonia.

¿Y qué más daba si al final era eso —nada más que un cobarde— cuando Paula entraba en la conversación? Como decía Marcelo muy a menudo, alguien tenía que ponerlo en su sitio. A lo mejor ella lo ponía un par de sitios por debajo, esto en su nada humilde opinión, pero desde luego se lo solía tener merecido.

Y más le valía averiguar por qué se lo merecía en esta ocasión.

El móvil receptor del telegrama descansaba al lado de su propietaria con la pantalla boca arriba. Aunque se iluminó, avisando de la llegada de un wasap, apenas giró la cabeza hacia él. En lo absoluto picada por la curiosidad, ignoró al remitente. Reacomodó la postura en la esquina del sofá y se preparó para el momento estrella

de la película: cuando Cameron Díaz descubría que Jude Law era, además de guapísimo, un padrazo.

Karim masculló una imprecación para sí y volvió a teclear un mensaje.

Uno aún más patético.

Consistía en tres signos de interrogación.

Paula ni siquiera se dio cuenta de que se volvía a activar el centro de notificaciones.

Al menos ahora sabía que no había otro hombre en su vida, o de lo contrario se habría lanzado sobre el *smartphone*.

Intentó llamar su atención por última vez escribiendo su nombre.

Parecía que a la tercera iba la vencida, porque por fin cogió el teléfono.

Con exasperación, pero lo cogió.

Karim esperaba que lo mirase con cara de «¿En serio?», pero eso no sucedió. Paula se quedó contemplando un rato su chat —si es que había abierto *su* chat y no cualquier otro chorro de mensajes— y, tras unos segundos que se le hicieron eternos, por fin tecleó la esperada respuesta. Solo había dos opciones: «Sí» o la que le contestó.

No.

¿Estás decepcionada, entonces?

No exactamente.

¿«No exactamente»? ¿Estás triste?

No lo sé.

¿Cómo que no lo sabes?

Pues eso. No lo sé.

Voy a necesitar que me ayudes, Paula. Todavía no te puedo leer la mente. Solo un poco la cara, y hace un día y medio de la última vez que me miraste.

Vio que recogía aún más las piernas dobladas a un lado y se hacía pequeña bajo la manta. Lo pensó un rato antes de teclear muy despacio, vacilante, una respuesta algo más sustanciosa.

Es que no sé qué pensar. Creo que estoy confundida.

¿Quieres salir a que nos dé el aire? Marcelo se ha comido todas las empanadas solito. ¿Nos compramos unos *gyros* y damos una vuelta?

OK.

Karim estuvo a punto de suspirar.
¿«OK»? *¿En serio?*

¿No quieres terminar la película?

Ya sé que todos acaban juntos y felices.

Sin mirarlo, apartó la manta y se encaminó al aseo con su escueta bolsa de viaje colgada del hombro, de la que aún no se había dignado a sacar su colección de vestidos de algodón.

Karim vigiló su trayecto con el alma en vilo.

Era cierto que no estaba enfadada. Paula no se enfadaba casi nunca, y, si lo hacía, o se cortaba a la hora de demostrarlo o, como hizo el día anterior, estallaba en recriminaciones.

Pero podía estar algo mucho peor que furiosa. Podía estar decidida a cortar la relación en la que quiera que se hubiesen embarcado, si así podía llamarse. Podía estar harta de él cuando no habían hecho más que empezar.

Suspiró y rezó a Dios una plegaria.

«Que nosotros también acabemos juntos y felices».

Capítulo 19

Karim también se levantó y fue a vestirse con algo más apropiado para echarse a las calles sanfranciscanas: un chino, un jersey básico con el escote en pico del mismo tono oscuro y un abrigo Chesterfield cruzado. Se echó la bufanda al cuello y esperó en el recibidor a que Paula apareciera con una gabardina beis abotonada hasta arriba.

Se había arreglado la coleta. Cuando se encaminó al ascensor, la melena lisa barrió su espalda como el péndulo de un reloj.

No hablaron ni mientras bajaban del edificio, ni durante los quince minutos que se prolongó el paseo desde The Harrison hasta el Pier 7, la zona del embarcadero que había atestiguado algunas de las escenas más románticas del cine.

Aunque Paula estaba callada, no parecía absorta en esa suerte de burbuja de introversión que la aislaba del mundo y que él tanto temía penetrar. Se dijo que estaba receptiva por el simple hecho de que caminaba lo bastante cerca de sí para que sus brazos se rozaran.

Cuando Karim buscó su mano a tientas sin despegar la vista del frente, aparentando desenfado, ella no solo dejó que le acariciara el dorso, sino que entrelazó los dedos con los suyos. Así recorrieron el kilómetro que los separaba de la cena y las espectaculares vistas desde el Pier 7.

Karim sabía adónde ir para comprar el *gyros* que le había prometido: un establecimiento minúsculo regentado por una familia árabe que ofrecía productos *halal*. Mientras el chico del mostrador le preparaba el pedido, se recostó bajo el umbral y miró a Paula con aire pensativo. Ella se había alejado del local para asomarse a la barandilla, a partir de la que se desplegaban el *skyline* de la ciudad y sus luces de colores.

Se le ocurrió que no estaba ni triste ni decepcionada, sino nostálgica.

Vulnerable, en realidad.

Acudió a su encuentro con la bolsa ya en la mano y le hizo entrega de su cena en el mismo embarcadero, vacío a esas horas de

la noche.

De forma tácita retomaron el paseo hacia la desembocadura del espigón.

—¿Cuál fue el problema? —preguntó con suavidad en cuanto consideró que había transcurrido un tiempo prudencial—. ¿Por qué estás así?

Paula fue ralentizando la caminata hasta detenerse por completo.

No había desenvuelto aún su cena.

Lanzó un vistazo indeciso al agua, que hacía de espejo para los distantes neones de los rascacielos. A Karim le pareció ver un destello de lágrimas en sus ojos, o a lo mejor fue la caprichosa iluminación de San Francisco filtrándose en su mirada limpia.

—Querías imponerte e ibas a hacerlo a toda costa. Lo hiciste a toda costa —dijo sin acritud. Inspiró hondo y se arrebujó en el abrigo. Luego añadió—: Yo también quería imponerme, lo reconozco, y no conseguirlo me desesperó y me hizo sentir... indefensa. A lo mejor tenías razón y al ser una pareja de dominantes somos incompatibles. —Otra pausa—. No sé cómo me hace sentir ser incompatible con el único hombre que me ha atraído jamás.

—«Incompatibles» es una palabra muy grande —respondió él, controlando su vehemencia. «Una palabra que nunca vas a pronunciar en referencia a nosotros», le habría dicho si no hubiese temido ahuyentarla—. Que no hayamos congeniado un día no significa nada. Podemos encontrar un punto intermedio.

Paula agachó la mirada al *gyros*.

—Yo estaba desnuda —continuó con voz queda—. Tú ibas completamente vestido.

—Es verdad.

—Ni siquiera nos encontramos en una cama. Forcejeamos en el suelo. Como los animales. —Tragó saliva—. Creo que por eso tuve la impresión de que me forzabas, o de que... —Buscó la respuesta en el cielo—. No sé. De que yo estaba en inferioridad de condiciones. De que estaba a tu merced. De que mis deseos no importaban.

Karim le rodeó las muñecas con las manos sin ejercer presión. Esperó a que Paula dejara de huir de su mirada para pedirle perdón, primero con su silencio, después con el corazón en la mano:

—Por supuesto que importan. Lo siento.

—Y no me gustó que me hablaras así —continuó, no sin dificultad. No porque le costara verbalizar sus sentimientos, sino porque los estaba desenredando sobre la marcha—. No me gusta que alabes mi cuerpo en términos groseros ni que me describas lo que te hace sentir. A ratos ni siquiera me gusta *ver* cómo te hace sentir. Hubo momentos en los que me dejé llevar y lo disfruté, lo disfruté de verdad, a pesar de tu... virulencia, pero, de pronto... Era como si me estuviera durmiendo y de repente me despertaran de una sacudida o una bofetada. —Alzó la vista para mirarlo vacilante—. No puedes evitar ser así, ¿verdad?

—Así ¿cómo? ¿Intenso?

Paula boqueó unos segundos en tanto que encontraba la palabra adecuada.

—Demostrativo, más bien.

Karim se pasó la punta de la lengua entre los labios, nervioso. Sentía que estaba en un examen de cuyos resultados dependería el desarrollo del resto de su vida. No podía permitirse una equivocación.

—El sexo es un acto. Es demostrativo en sí. Que no te guste que te hable de una determinada manera lo entiendo y lo respeto; no es ni raro ni novedoso. Hay muchas mujeres que prefieren el silencio a la charla sucia. No me supondría un sacrificio quitarme ese vicio. Que no quieras que un hombre vestido de la cabeza a los pies te toquetee como le plazca estando tú desnuda también me parece coherente. Y, aunque no me lo pareciera, lo aceptaría sin condiciones —especificó, y esperó a que Paula asintiera, aliviada, para proseguir—. Pero es un poco complicado esconder de una amante las emociones y efectos físicos que te provoca, especialmente cuando estás acostándote con ella. ¿Qué me pides con exactitud? ¿Quieres que finja que no me atraes?

—No. O sí. Es que —carraspeó— es intermitente. La primera vez que te vi excitado...

—En el club.

—Sí. Aquella noche me asqueó tu excitación. Pero ayer...

Tuvo que hacer una pausa para masajearse una de las sienes, frustrada por que las palabras no brotaran con fluidez.

Estaba agobiada, y esto no dejaba de ser asombroso para Karim.

Si algo tenía Paula, era un manejo del lenguaje maravilloso, lo utilizara o no. Por suerte para él, esa noche, además de falta de elocuencia, estaba sorprendentemente expresiva, y le dijo todo cuanto debía saber con el gesto de agachar la barbilla.

—Odio que me gustara —terminó confesando con voz temblorosa —. Sí, me estaba gustando en el momento, estaba... inmersa, disfrutando, pero de pronto me salí de mí misma, me vi desde arriba, y sentí... Yo nunca he querido complacer a un hombre, ¿entiendes? Y estaba segura de que un hombre jamás me complacería a mí. Y, de pronto... de pronto, vas y me tratas de un modo que a nivel intelectual interpreto como violento y desagradable, pero mi cuerpo responde a ello con gusto. Si lo recuerdo ahora, siento que quiero repetirlo, y siento también que te mereces un bofetón. Siento que quiero llorar de rabia y siento... siento que si paso unas horas alejada de ti empiezan a dolerme la cabeza y el estómago. Estoy muy confundida. Creo que sigo en shock.

Karim dejó que corrieran unos segundos de silencio para que ella se recompusiera.

Que Paula no soportaba al género masculino no era noticia. Además de novios y amantes, no se le habían conocido amigos del sexo opuesto que no fueran abiertamente homosexuales. Solo había que ver cómo miraba a todo aquel espécimen que no fuese Marcelo o él: con una mezcla de recelo, indiferencia y asco que clamaba al cielo..., si es que tal combinación era posible y no un contrasentido.

Tomó aire e hizo la pregunta que no podía seguir esquivando.

—¿Sientes que te violé? —vaciló—. ¿Lo hice?

Paula levantó la cabeza con los ojos como platos.

—¡No! No, no. Sabía en todo momento que te apartarías si me negaba, y yo no quería ni negarme ni que te apartaras. —Bajó la vista de nuevo al *gyros* envuelto—. Es que no estoy acostumbrada a esta... intensidad corporal, ni a que las sensaciones físicas se me mezclen con un cóctel de emociones, ni... Yo nunca había hecho

nada parecido. Adentrarme en el sexo con un episodio tan... apasionado, me... —Los ojos se le llenaron de lágrimas. Se apresuró a girarse y a cubrirse la cara con la mano libre—. Lo siento. No sé qué me pasa.

—¿Puedo abrazarte?

—Por favor.

Karim no le pidió que se diera la vuelta. La cubrió con los brazos por detrás y apoyó la barbilla en el nacimiento de su pelo. La estrechó cariñosamente, con cuidado de mantener las caderas a una distancia prudente. Así evitaba fomentar un contacto que pudiera leerse de forma sexual.

Aunque odiaba verla derrumbada por el sufrimiento o, como mínimo, por la confusión, la esperanza le tenía agarrado el corazón en un puño. Si le chocaba lidiar con una Paula que exteriorizaba su debilidad, era porque ella nunca había bajado las defensas ni ante él ni ante nadie. Ahora se enfadaba, gritaba, insultaba, manifestaba su opinión sin tapujos y hurgaba en la maraña de sus sentimientos, esos que a ratos parecía que ni a ella misma le interesaban, para ayudarlo a comprenderla y, a través de esa comprensión, formar un vínculo irrompible.

Karim llevaba largos años resignado a su condena: permanecer en el borde de un foso plagado de bestias, soñando, en vano, con llegar al castillo de la orilla contraria. Había estado a punto de rendirse cuando, de repente, la princesa que allí vivía voluntariamente recluida había empezado a tender el puente levadizo para invitarlo a conocer sus tesoros.

—Cuando dices que nunca habías hecho nada parecido —retomó Karim—, ¿quieres decir que todavía no te has acostado con un hombre?

Paula rompió el abrazo para volver a encararlo. Desenvolvió la cena y esperó a haberle dado un primer mordisco para negar con la cabeza.

Karim asintió muy despacio. Se tomó su tiempo para asimilar la información y aún fue insuficiente para gestionar cómo le hacía sentir semejante revelación. Por lo pronto tuvo que reprimir un saltito victorioso que ella encontraría, lógicamente, muy deplorable.

—Pero sí has besado a otros hombres.

Paula negó con la cabeza otra vez.

—¿No? Y... ¿habías tenido antes un orgasmo?

Paula asintió con otro gesto.

Karim soltó una carcajada.

—¿Piensas usar la boca en algún momento?

Paula se tragó el bocado con dificultad y arrugó el ceño.

—¿Para qué?

Karim volvió a reírse de buen humor.

No sabía cuánto lo había necesitado después de haberse temido lo peor.

—Para responder a mis preguntas, Paulita. Para responder a mis preguntas. —Hizo una pausa para suspirar—. Entonces es cierto que nunca te dejaste tocar por Richard Chaplin.

Su rostro se ensombreció.

—Por ese hijo de puta menos que por ninguno. Solo salí con él para hacer de su vida un infierno.

Eso Karim ya lo sabía, pero confirmarlo de su boca sanó una herida que creía ya cerrada.

—Entonces, según los datos recabados —recapituló pacientemente—, eres inexperta en el ámbito sexual por decisión propia. Ayer te asusté por una parte y te disgusté por otra, y la razón de ambas reacciones tiene su origen en esa inexperiencia y en el celibato voluntario que te inspiran los hombres..., pero, al mismo tiempo, te gustó. No quieres complacerme y tampoco quieres que yo te dé placer. Y, sin embargo, te encantaría continuar explorando tu cuerpo y probar en condiciones el BDSM. ¿Es ese un buen resumen? —Esperó a que Paula, obediente, asintiera con la cabeza. A Karim se le escapó una sonrisa—. Casi nada, ¿eh? Todo muy lógico, muy cabal, muy abordable.

Más que con ironía, suspiró con resignación.

Porque no iba a rendirse. Por supuesto que no iba a rendirse.

—¿En qué piensas? —le preguntó ella después de que Karim se sumiera en un silencio pensativo.

Habían retomado el paseo hasta la desembocadura del embarcadero, desde donde solo se podía admirar la negrura de las

aguas y, no muy lejos, la modesta extensión de tierra de la Isla Treasure. Soplaba una brisa gélida que no tardó en calarle la ropa a Paula, quien, acostumbrada a la temperatura más apacible de Palo Alto, se había vestido sin considerar las condiciones climatológicas.

Al verla temblar, Karim se quitó la bufanda y se la echó al cuello. Era lo bastante ancha y tupida para que por un momento le cubriera medio rostro. Le hizo gracia verla desaparecer bajo la prenda. La dobló para que le protegiera el cuello y la barbilla, pero no así la boca o la nariz. Karim necesitaba tenerlas a la vista para leer sus pensamientos.

Le echó un nudo pequeño a la altura del pecho para que la brisa no la moviera del sitio.

—Pienso en que voy a necesitar que me des algo con lo que pueda trabajar —admitió—. No quiero volver a asustarte, incomodarte y ni mucho menos asquearte. Lo malo, lo que no puedo cambiar, es que soy dominante. Lo bueno es que tú en concreto puedes mandarme cuanto te plazca en muchos ámbitos de la vida, incluido, quizá, el sexual, siempre y cuando no incurras en la humillación. Estos son los límites de los que te hablaba el otro día: tú no quieres ser la única que esté desnuda, no quieres retozar en espacios carentes de intimidad, no quieres charla sucia. Tus razones tendrás. Yo no quiero que me inmovilicen o me vejen verbalmente. Y mis razones tengo.

Paula todavía estaba masticando el segundo bocado cuando compartió su reflexión.

—Nadie diría que en el fondo somos tan conservadores. Ni que nos falta imaginación —añadió después de tragar—. Míranos. Ni yo puedo olvidar cuánto odio que me cosifiquen y me utilicen a placer en un ámbito en teoría disfrutable, como lo es el sexual, ni tú puedes sustraerte a tus experiencias desagradables para disfrutar de la violencia en otra tesitura. De todos modos, yo tengo la excusa de que aún no he probado ni la mitad del repertorio. A lo mejor me sorprendo como me he venido sorprendiendo estos días.

Karim la tomó de la barbilla para que lo mirara a los ojos.

—Si tú vas a hacer el esfuerzo de exponerte a prácticas que en un principio no te convencen para descubrir qué te gusta y qué no, yo

también lo puedo hacer. Lo voy a hacer.

Ella pestañeó despacio un par de veces, como si estuviera hipnotizada.

—¿Por qué? Pensaba que el BDSM consistía en encontrar a alguien compatible y, si no lo era o no te gustaba, darle puerta.

—Pero es que sí me gusta —murmuró Karim. Deslizó la yema del pulgar por la suave protuberancia de su barbilla, por la curvatura del cuello. Presionó con suavidad el centro de la garganta y se la rodeó con la mano bajo la bufanda para atraerla hacia sí. Apoyó los labios en el nacimiento de su pelo y cerró los ojos para recalcar casi sin voz —: Me gusta mucho.

Paula dudó antes de rodearle la cintura con los brazos. Fue un abrazo torpe porque en una mano sostenía la cena, pero Karim se conformó con la intención y se quedó ahí, conteniendo entre sus cuerpos la única chispa de calor concentrado en todo el embarcadero.

Ella encontró en el torso masculino el hueco ideal para descansar la mejilla. No solo la apoyó, sino que se recostó y lo estrechó contra sí.

Sorprendido por su iniciativa, se guardó la lata de Coca-Cola sin abrir en el bolsillo del abrigo para recorrerle la espalda con una caricia prolongada. Ella reaccionó a la carantoña con un estremecimiento. Luego se separó para mirar hacia las aguas iluminadas por el reflejo de los neones, ahora sí con los ojos cuajados de lágrimas que no pensaba derramar.

—Sí es por Nicole —le pareció que decía.

Karim se inclinó hacia ella.

—¿Cómo dices?

—Lo de haber dejado la universidad. Claro que es por Nicole. —Esperó a haberse recompuesto con una profunda inspiración—. Todo está infestado de recuerdos de ella. Los pasillos. Las aulas. Las conversaciones con mis compañeras de la residencia. Los paseos por las zonas verdes. El club de lectura. La contraseña de mi ordenador. Las fiestas de fraternidad. La ropa que me pongo. La marca de cerveza que se comercializa en Palo Alto. La línea de transporte

público que conecta Stanford con la ciudad. Los grafitis de detrás de las puertas del baño.

»Era como si su fantasma me persiguiera desde que me levantaba hasta que me acostaba, y todavía en sueños la seguía viendo. No es que quiera olvidarla. Claro que no quiero olvidarla. Pero aquí, en San Francisco, se desdibuja lo suficiente para dejarme vivir. O para no morirme cada día un poco más.

Karim se quedó catatónico con la confesión. No tanto por el contenido, que en el fondo siempre había sido de fácil deducción —fue su primera teoría; la que le arrojó sin compasión el primer día—, sino porque se había atrevido a compartirla con él.

A compartirla con alguien, en general.

Sabía que Paula había sufrido, seguía sufriendo y seguramente sufriría de por vida el trágico final de Nicole. No solo había muerto a la tierna edad de veintidós años, sino que ella misma se había quitado la vida de forma sorpresiva y sin despedidas que valieran. Para colmo de males, y por lo que le había contado Agustina —la madre de los León— poco después del entierro, había sido Paula quien se la había encontrado con las muñecas abiertas en el baño de la residencia.

Si unos días antes del suceso le hubieran preguntado a Karim cuál era la última persona sobre la Tierra que se imaginaba cometiendo suicidio, habría respondido, sin pensarlo dos veces, el nombre de Nicole Carson.

Era una fuerza de la naturaleza. La palabra «arrestos» se quedaba corta para nombrar todo lo que traía a la mesa además de un paquete de Ducados, un lápiz de labios robado de la droguería y una baraja francesa para echar una partida de *blackjack*... o una detrás de otra.

Todo en ella era escandaloso. Medía un metro setenta y ocho y caminaba por la calle casi zapateando, con la intención de que se enteraran hasta los ciegos de que la sensación del bloque había llegado. Se decoloraba las cejas para pasar por rubia nórdica y, si le preguntaban si lo era, por algún motivo forzaba el acento.

Tenía una risa contagiosa a pesar de su matiz sarcástico. Exigía que todo el mundo se callara cuando iba a hablar y, obviamente, la

gente obedecía sin rechistar. No solo el grupo con el que estaba sentada dando buena cuenta de una pizza hawaiana —«¡Os juro que está cojonuda!»—, sino todo el Joe's Pizza de Santa Mónica. ¿Y por qué obedecían? «Por su don para contar historias», habría dicho Marcelo. «Porque era guapa», habría respondido algún baboso de fraternidad que le había echado el ojo. «Porque tenía muy mala leche cuando se enfadaba», habría contestado su padre, para quien Nicole siempre había sido la princesa del reino hasta que el castillo fue arrasado por la Parca. Ninguno se estaría equivocando, pero la verdad no residía ni en el carisma ni en el duende, sino en la gracia ni mágica ni inexplicable —ni graciosa en absoluto— de saber publicitarse. Convencía a quienquiera que tuviese delante de la que fuera su creencia, y la creencia que Nicole había sostenido toda su vida era que no había nadie como ella.

Esa era una de las razones por las que Karim nunca la había querido a pesar de haber crecido simultáneamente; a pesar de haber compartido quedadas de parejitas con Marcelo y con ella, a pesar de tener el compromiso de amar todo lo que amaran Paula y su mejor amigo, a pesar de haberse divertido a lo grande con ella tirado en el suelo de una habitación con una botella de ron de supermercado agarrada por el cuello, a pesar de haberla llevado al cine cuando lo había llamado quejándose de que nadie quería acompañarla, a pesar de, a pesar de, *a pesar de*. Karim había estado en casi todos sus recuerdos y no la había adorado ni un tercio de la mitad de lo que la habían querido los León.

Para Marcelo había sido su primer —y a veces parecía que último — amor.

Para Paula había sido su primera —y, por supuestísimo, última— mejor amiga.

Si alguien sabía lo caprichosos que eran los afectos, ese era Karim. Había pasado más tiempo con Nicole que con Paula y, sin embargo, Paula era el objeto de su devoción... del mismo modo que Nicole era el objeto de la devoción de Paula. Tanto así que no había tenido corazón para mencionarla desde que supiera de su muerte.

Hasta ese día, que le había confesado con una franqueza desgarradora que su fantasma la estaba atormentando, la única vez

que Paula había pronunciado el nombre de Nicole para algo más que criticar el luto de su hermano había sido para dar la noticia de su suicidio, y ni siquiera la dio propiamente. Karim estaba consolando a Marcelo, al que la susodicha había dejado un par de meses antes sin dar explicaciones —como cientos de veces antes, por otra parte—, cuando Paula llamó y el hermano mayor puso el manos libres.

—Tienes que venir al velatorio de Palo Alto ahora —había conseguido decir con la voz de otra persona. Karim recordaba haber pensado que esa no era Paula. Tuvo que añadir, como se añadía un sollozo al final de una frase—: Nicole.

Por inmenso e insoportable que fuera su dolor, no obstante, Paula no había derramado una sola lágrima. Al menos en público. Ahí donde Marcelo se había agarrado al borde de su ataúd abierto, aullando como nadie había aullado nunca antes, ella permaneció al otro lado del cristal con las manos entrelazadas en el regazo y la mirada perdida en Dios sabía dónde.

Durante el velatorio, Karim llegó a sospechar, muerto de preocupación, que estaría en shock el resto de su vida y nada ni nadie podría despertarla del trance.

Esa noche tampoco rompió la maldición que Nicole le había echado derramando las por largo tiempo esperadas lágrimas. Su llanto fue apenas un simulacro frenado a tiempo.

—Lo entiendo —dijo Karim al cabo de un rato. Pensó la mejor manera de llevarle la contraria. Terminó decantándose por una réplica diplomática—. Si lo que te afecta es la asociación de Nicole con el espacio en sí mismo pero sigues queriendo terminar sus estudios, podrías solicitar un traslado. Con tus notas y tu popularidad académica, te cogerían en cualquier facultad privada. Berkeley, por ejemplo, no está muy lejos, y ya te aceptó como alumna en su momento.

«Nicole está muerta, pero tú no», le habría gustado añadir. «Y aunque a ella seguramente le habría encantado que te arruinaras la vida en su nombre, yo no lo voy a permitir».

A pesar de haber tomado la estricta senda de la educación, Paula leyó la contrariedad en su rostro y esbozó una sonrisa que en realidad no era tal, sino una mueca.

—A ti nunca te gustó. —No era una pregunta—. Ella lo sabía y le molestaba, ¿sabes? No gustarte, me refiero. No sé si enamorada como tal, pero siempre estuvo interesada en ti.

«Siempre estuvo interesada en todos los que no eran su novio», habría espetado con mucho gusto. Pero estaba prohibido de manera terminante, por sacerdotes y por moralistas, echar pestes de los muertos. Incluso si en vida esos muertos habían sido un peligro público y la causa y origen del arco de villano de una de las personas que Karim más quería en el mundo.

Había defectos que se sentía en la obligación de perdonarle a Marcelo porque no eran suyos, y ni siquiera eran tales; eran las secuelas psicológicas que le había dejado salir con Nicole desde los catorce años de ella y los dieciséis años de él, manifiestas en sus brotes, en sus manías persecutorias y hasta en su flagrante sexismo.

«Pero cualquiera le dice algo», concluía con resignación siempre que pensaba en ello.

No se podía decir que no lo hubiera intentado cientos de veces a lo largo de los años.

—No me voy a enorgullecer de haber sido quien sentó el precedente —contestó Karim con pies de plomo, aunque con la determinación de no callar su verdad—, pero alguien tenía que hacerle ver que no siempre puedes tener lo que quieres.

Paula no contestó. Se separó de él para acercarse al barandal donde finalizaba el embarcadero. Depositó la cena en un banco cercano y apoyó las manos en el borde para perderse en la contemplación de la nada, que a menudo era más inspiradora que un paisaje.

Karim se acercó por detrás y, sin poder resistirse, la abrazó a la altura del pecho. Apoyó la barbilla en su hombro y le besó la mejilla, la oreja enrojecida que la coleta dejaba a la vista. Ahora que no contenía sus emociones —aunque le habría convenido, porque todavía caminaba por terreno minado—, sentía el corazón a punto de explotar de lo mucho que la quería.

Cuánto le habría gustado decírselo en ese preciso momento.

—Me llevaste a la exposición porque querías una reacción por mi parte. Porque priorizaste espabilarme sobre lo que yo te estaba

pidiendo. Lo elegiste por encima, incluso, de lo que tú deseabas —murmuró ella—. Quiero que me muestres a dónde me habrías llevado de verdad. Dónde habría sido esa cita. Qué habríamos hecho. Creo que lo sabio y lo seguro es seguir experimentando por ahí.

Karim lo pensó un momento.

—De acuerdo.

Un rato más tarde, le preguntaba si quería regresar ya a casa. Hacía tanto frío que ni siquiera envolviéndola con su cuerpo podría mantenerla a salvo de la tiritona por mucho tiempo. Pero Paula no quiso poner fin al paseo. Volvieron sobre sus pasos para internarse en la ciudad, donde siempre se concentraba el calor. Ella lo tomó de la mano con toda naturalidad y recorrió a su lado, hombro con hombro, las calles principales.

Karim se dejó seducir por la fantasía de que eran una pareja formal. Desde luego, eso era lo que sugería su proximidad y así era, también, como desde fuera los viandantes interpretaban que se hicieran arrumacos. Se paraban a mirar escaparates —él señalaba su intención de adquirir esta u otra prenda y Paula sonreía con tierna condescendencia porque fuera un «acumulador» y un «presumido»— y entraban en los hoteles para refugiarse un rato del frío y husmear por los pasillos. Se tomaron un chocolate caliente en una cafetería con horario nocturno y subieron a una famosa azotea para ver las estrellas. Preguntaron a las aglomeraciones de gente con las que se toparon qué se cocía detrás de la puerta en la que hacían cola, si las luces parpadeantes de una discoteca de moda o una irresistible oportunidad de compra.

Paula se empecinó en comprarse un donut en West Berkeley y, con la solemnidad de Cristo en la última cena, lo partió con la mitad para compartirlo con un Karim que se deleitaba con su apetito.

Al principio del paseo fueron más o menos escuetos en sus demostraciones de afecto. Aunque caminaran cogidos de la mano, apenas se dieron un par de besos en el curso de media hora. Pero con el paso del tiempo, fueron espaciando cada vez menos las caricias, los apretones; se besaron en cada esquina, en cada semáforo, en cuanto cumplían cien metros de recorrido.

Con Paula era como si empezara todos los días de cero: todos los días tenía que ir de menos a más, todos los días tenía que ganársela, seducirla, y si bien otro hombre se habría desesperado con la tarea, Karim adoraba el reto.

Y lo adoraba, sobre todo, porque sabía cómo terminaba.

Tal y como terminó.

La escondió de los ojos vigilantes de la ciudad apoyándola contra la pared de una callejuela sin salida. Allí la besó profundamente. Paula suspiró cuando él la aplastó con su cuerpo y le rodeó los hombros con las manos. Le pidió en un susurro que la acariciara bajo el abrigo y Karim cumplió la orden con obediencia canina. Recorrió sus formas y contornos con las palmas sin soltar sus labios con sabor a restos de pintalabios y glaseado.

—¿Por qué me tocas con tantas ansias? —gimoteó Paula sin crítica alguna—. No me voy a ir a ninguna parte.

—Pero no voy a poder besarte cuando volvamos —se lamentó Karim con el aliento entrecortado—. Marcelo habrá llegado.

—¿Por qué crees que no quiero que regresemos? Por favor, llévame a un hotel —le rogó. Tenía los ojos cerrados y cabeceaba hacia él para seguir demandando besos. Esa noche no forzaba nada, no trataba de imponerse: hacía el amago de pedir y esperaba que Karim le concediera su deseo—. Quiero volver a intentarlo.

—Hoy no. Así no.

—¿Ahora me copias la frase?

Karim le estrechó los costados con las manos, arrebatado por un deseo absurdo de exprimirla, de hacerla lo bastante pequeña para que cupiera dentro de sí, y la atrajo hacia su torso necesitado de calor. Notaba el pecho henchido de orgullo e ilusión, y de un anhelo que todavía no podía satisfacer: el de declarar sus sentimientos.

«Ojalá todos los días fueran como esta noche», le habría dicho. «Ojalá pudiera llegar a mi casa, a mi cuarto, y que fuera tu casa y también tu cuarto, y que tú y yo nos pudiéramos meter bajo las sábanas para hacer cualquier cosa», habría seguido. «Nada me hace tan feliz como que estés conmigo. Me gustaría no volver a soltarte jamás».

—Es que tenías razón —dijo en su lugar—. Seguro que no crees en el concepto de la virginidad, que lo encuentras arcaico y hasta machista, pero desde un punto de vista biológico es una transición importante que requiere calma y un poco de premeditación.

—Hablas como si fueras a cometer un asesinato.

—Bueno, me voy a cargar una membrana de tu cuerpo.

—Qué romántico te pones cuando quieres. —Paula soltó una especie de risa que Karim secundó, borracho de entusiasmo—. ¿De cuánta premeditación estamos hablando?

—Dame unos días. No creas que yo puedo esperar. Me siento como cuando era adolescente y tenía que pedir prestado un coche para enrollarme con una chica —siguió riéndose él, risueño.

Paula lo miraba y veía lo único que era capaz de asumir por el momento: veía que estaba exultante, que disfrutaba de su compañía y que la deseaba más allá de la razón, pero aún no veía los porqués que había detrás. No veía que el motor era un amor desesperado.

—Un coche me valdría.

—No digas tonterías. Un coche no te hace justicia.

—Y dale con la justicia —fingió fastidiarse poniendo los ojos en blanco—. A ver si no eres tú el que se tiene que sacar la carrera de Derecho y yo la que debo colgar un póster con tu cara en mi cuarto, junto al del Che y al de Thomas Sankara.

Karim rozó su nariz con la propia, los dientes destellando en una sonrisa juvenil.

—Sería un honor para mí ocupar un espacio en la pared de tu cuarto, aunque sea junto a un par de dictadores..., pero, a poder ser, preferiría un lado de la cama.

Capítulo 20

Regresaron a The Harrison en torno a las tres de la madrugada, cuando el termómetro de la calle marcaba seis grados. Los escoltaron las luces tenues de la ciudad, amodorrada a esas horas. Aunque no había bebido una sola gota de alcohol, Karim cruzó el portal del edificio presa de un éxtasis que solo podía atribuirse a la eclosión del enamoramiento.

Había tenido la prudencia de soltar la mano de Paula en cuanto doblaron la esquina, pero todavía le duraban en la palma, el hombro y el pecho los efectos de haber paseado pegado a su cuerpo. Los labios habían dejado de responderle hacía rato. Por más órdenes cerebrales que les enviara, rehusaban limitar su estúpida sonrisa a una simple y poco sospechosa expresión de calidez.

Pero ¿para qué fingir a esas alturas?, se decía. Tarde o temprano, Paula se daría cuenta de que lo suyo no era ninguna obsesión puntual con su cuerpo, sino que llevaba toda la vida viviendo de acuerdo a las leyes de la sagrada devoción que sentía por todo lo que ella era.

Si se percataba antes de que él tuviera que declararse, le ahorraría el bochorno de exponerse.

A no ser que fuera correspondido, claro, en cuyo caso no sería ningún bochorno.

«No es el momento de pensar en eso», se dijo mientras subían en el ascensor.

Y no lo era, no. Más que nada porque en el fondo de su corazón sabía que no era correspondido en absoluto, no todavía, y no debería arruinarse ni el día ni las ilusiones recordándoselo.

—Supongo que una vez lleguemos a casa tendremos que comportarnos —señaló ella con la vista clavada en las hojas de acero del ascensor, que se fueron cerrando a cámara lenta. Karim admiró su perfil con el alma en vilo. De este modo no se perdió la agilidad con la que giró sobre los talones y le echó los brazos al cuello—. Me darás un beso de buenas noches, ¿verdad?

La sonrisa de Karim adquirió la misma dulzura que exasperación. Le encantaba convivir con Marcelo a pesar de los retos que presentaba, sobre todo en los últimos meses, pero en días como aquel le habría gustado tener su propia guarida para invitar a Paula con todas sus consecuencias.

Satisfizo su deseo inclinándose sobre ella y tomando sus labios con delicadeza.

Después de toda una noche agarrándose el uno al otro con la impotencia de no poder hacer el amor aún, angustiados porque los besos eran cada vez más insuficientes, ambos tenían la boca hinchada y dolorida, el cuerpo en llamas. Pero eran incansables. No se resignaron a una despedida tierna y se volcaron en el beso como si les fuera la vida en ello, introduciendo las manos bajo la ropa del otro para tocarse sin ningún autocontrol.

Karim interpretó la osadía de Paula de colar los dedos en su pantalón como que tenía carta blanca para ir un paso más allá, y, ni corto ni perezoso, infiltró las palmas bajo el aro del sujetador y le sobó los pechos empujándola contra la pared del ascensor.

Le vino a la cabeza la sentencia de Rob Roy: «No es una mujer apasionada».

Igual que en su día le dio la razón a medias, ahora tenía que quitársela.

No era apasionada *con él.*

Que se jodiera.

Paula siseaba incoherencias cuando le agarró la erección, que por desgracia llevaba ahí gran parte de la noche, y empezó a masturbarlo con determinación. Karim pronunció su nombre en tono de advertencia y ella lanzó una mirada rápida a las puertas, pero el ascensor iba escalando pisos y no le abría paso a nadie.

Por una vez, Dios o el destino estaban de su parte, y Paula se aseguró de sacarle provecho a esa suerte exprimiéndolo con ganas.

Karim apoyó la palma en la pared y la dejó experimentar con su cuerpo, porque ¿qué otra cosa iba a hacer? No llevaba ni medio minuto acariciándolo y ya había empezado a sudar.

No recordaba haber estado tan cachondo en toda su maldita vida. Había subestimado el poder de los sentimientos, que potenciaban las

sensaciones del contacto físico igual que un afrodisiaco.

Movió las caderas hacia ella y se esforzó por mantener el pico cerrado a pesar de arder en deseos de confesarle todo lo que pasaba por su cabeza. Descubrió que no se perdía elocuencia por renunciar a la expresión verbal: Paula tenía que estar leyéndole en la cara las groserías que andaba pensando, porque se ruborizó y dudó si decir algo, con el riesgo de espolear indirectamente su imaginación, o guardar silencio.

Al final habló.

—Vas a correrte antes de que lleguemos arriba. —Apretó su miembro con los dedos y siguió frotándolo a un ritmo hipnótico. Se puso de puntillas y le robó un beso rápido para suavizar la frialdad de la orden—. ¿Podrás?

Karim miró de reojo el número digital sobre el panel de plantas.

Todavía no habían llegado a la vigésima, el ecuador del viaje.

Apretó los labios y se concentró en la cara de Paula, en el hoyuelo que se insinuaba en su barbilla, en la forma redonda de su rostro, en los ojos rasgados por naturaleza y acentuados por la línea de kohl negro que le daba aspecto de faraona o de diosa Bastet; de mujer inaccesible, en cualquier caso. Le cubrió la mejilla con la mano y le apretó la cara, y luego bajó la vista a la muñeca fina que se perdía en el interior de su pantalón.

La noción de que era Paula la que batía su carne con el deseo de darle placer le mareó y sintió que se aproximaba al orgasmo.

El ascensor acababa de salvar el trigésimo cuarto piso cuando ella, interpretando de forma correcta los sonidos incontrolables de Karim, se apresuró a agacharse. Él abrió la boca, no supo muy bien para decir qué, pero se quedó sin saliva en la garganta y casi sin pulso al verla rozar el *piercing* con la lengua. Aquella caricia cálida y a la vez húmeda selló su destino haciéndole gemir en voz alta y correrse en la cavidad de su boca, donde Paula había apoyado su erección para tragarse hasta la última gota.

No pudo apartar la vista de su expresión concentrada mientras cataba su semen, porque parecía que lo estuviese catando; hacía pausas para paladearlo y limpiarse los labios, y siguió lamiéndolo con pereza de gata aun cuando Karim había terminado.

—Creía que el sabor sería desagradable —admitió, todavía mirando su miembro. Lo acarició despacio hasta el brote de vello negro y, en un gesto que trastornó a Karim, atrapó las bolitas del *piercing* entre los dientes y tiró con una sonrisa divertida—. Me gusta.

—¿El *piercing*?

Paula se levantó al tiempo en que las puertas del ascensor se abrieron. Karim se apresuró a arreglarse el bóxer y la bragueta y siguió con una mirada trastornada su paseo triunfal hacia el pasillo. En menos de diez minutos había ratificado lo dicho durante la salida y dos días atrás: que necesitaba tener el mando para gozar del sexo.

Ella esperó a que la alcanzara para humedecerse los labios y decir:

—Tu polla. Cómo sabe. Cómo se siente. —Se acercó lo suficiente para continuar en voz baja—. Me la metiste un poco ayer, ¿verdad? No eran tus dedos.

Karim sintió que volvía a endurecerse.

—Sí —contestó con la voz cascada.

—¿Eso no cuenta como follarme?

—Claro que no —replicó, ofendido, y se inclinó para desafiarla con la mirada—. Tengo mucho más tamaño para ti, cariño... y pensaba que no te gustaba la charla sucia.

—No me gusta que me hablen sucio, pero a mí sí me gusta hablar sucio —contestó, y agachó la vista un segundo para cerciorarse de que todo estaba en regla. Paula le subió la cremallera de la bragueta y, sin importarle dónde estaban, le cubrió el bulto caliente con la mano y lo acarició nuevamente—. Saca la llave, ¿no?

Hipnotizado, Karim buscó en los bolsillos el llavero de la casa. Al revolver el abrigo sin quitarle la vista encima, demoró tanto en ubicarlas que a Paula le dio tiempo a producirle una segunda y dolorosa erección.

—Joder —espetó con una mezcla de rabia impotente y súplica—. Tú te lo has buscado.

Karim la agarró de la cintura y tiró de ella hacia la puerta del apartamento. En cuanto introdujo la llave en la cerradura, reclamó sus labios con un beso que duró lo que tardaron en cruzar el umbral,

soltar el llavero en el plato de cerámica y empezar a desvestirse por los abrigos en el recibidor.

Acababa de girarla hacia los percheros para desabrocharle el sujetador bajo el jersey cuando una breve explosión cortó el aire. Karim reconoció al vuelo el origen del sonido, que había penetrado en la neblina de su deseo como una flecha.

Alguien había disparado una pistola.

Los dos se detuvieron en seco. Oyeron el tintineo de un puñado de cristales rotos derramándose en el suelo y un alarido que no parecía humano.

Alarmada, Paula miró a Karim por encima del hombro.

Él le puso una mano en la espalda para indicarle que se quedara donde estaba.

Con la mente en blanco y el pulso martilleándole en los oídos, pues más que la sospecha, tenía la certeza de lo que se encontraría —otra de sus grandes pesadillas—, corrió pasillo a través. Había cogido tanta carrerilla que tuvo que agarrarse al marco de la puerta del despacho para no precipitarse hacia delante cuando frenó en seco.

Marcelo estaba plantado en el corazón de la sala como el único superviviente de un naufragio. Encorvado y de perfil al recién llegado, se tambaleaba sobre su eje con el dorso de la mano pegado a la nariz. En la otra sujetaba la pistola con la que había reventado el cristal del cuadro de Nicole, así como había perforado la fotografía a la altura de su rostro.

Ajeno a Karim —ajeno a todo, en realidad—, se miró los dedos ensangrentados y volvió a tocarse las fosas nasales para confirmar que una de ellas era el origen de la sangre que le chorreaba boca abajo.

Aprovechando que estaba distraído, Karim se apresuró a arrebatarle el arma y se la guardó a la espalda entre el pantalón y la camisa metida por dentro. Si la hubiera arrojado al suelo, Marcelo habría encontrado el modo de recuperarla; si la custodiaba él, tendría que pasarle por encima para volver a empuñarla. Y en el estado en el que se hallaba, no estaría en condiciones de pelear.

A Marcelo le costó enfocar la vista en el rostro de su amigo. Tenía las pupilas tan dilatadas que los suyos parecían los ojos de un animal salvaje. Rechinaba los dientes y movía la mandíbula de un modo antinatural, y por el modo en que se le contraía la cara cuando entrecerraba los párpados, comprendió que le molestaba incluso la luz cálida del despacho.

—Karim —balbuceó al cabo de unos segundos. Primero le puso una mano en el hombro y, luego, dudoso, la otra—. Ka... rim. La he matado. Por fin la he matado.

Él intercaló una mirada entre el cuadro reventado y el rostro masculino. Dos emociones contradictorias iban proyectando luces y sombras en su expresión como los focos intermitentes de un túnel: alivio, dolor. Alivio, dolor. Alivio, dolor.

—¿A Nicole? —le preguntó con toda la naturalidad que fue capaz de fingir.

—A esa puta. Sí... Me la he cargado por zorra. Tú me entiendes, ¿verdad? —Sorbió por la nariz con fuerza, pero la sangre seguía manando—. Se lo tenía merecido después de todo lo que me ha hecho pasar. ¿A que sí? ¿A que tú opinas lo mismo?

Nada le habría gustado más que darle la razón, pero no convenía alimentar lo que para él era un delirio. En cuanto le bajara la temperatura corporal y volviera en sí mismo, no solo se arrepentiría de lo que había dicho, sino que condenaría la crueldad de Karim.

—¿Qué has tomado? Has mezclado la merca con el alcohol, ¿verdad? Te has puesto a beber como un loco en el club... ¿Cómo has venido hasta aquí?

Karim recorrió con un vistazo rápido el atuendo de Marcelo.

Llevaba un pantalón de cuero ajustado con una cadena colgando de la trabilla, y estaban intactos a excepción de un agujero en la rodilla y un par de manchas que parecían de semen.

Le palpó la cintura, la espalda y los brazos esperando una mueca de dolor por su parte, incluso si el único dolor que podía sentir en semejante estado de euforia era el emocional.

Marcelo torció el morro cuando le tocó en el antebrazo desnudo. Karim observó con horror una serie de rojeces con la circunferencia exacta de un cigarrillo. De varios.

Decenas, a lo mejor.

—Marce, por Dios. ¿Dónde has estado? ¿Has cogido el coche para volver a casa?

Marcelo desvió la mirada a los cristales rotos que descansaban sobre el parqué.

—¿Tú crees que me quería?

Karim hizo una pausa para respirar profundamente. Lo sostuvo con firmeza de los hombros y lo guio hasta el sillón donde le gustaba sentarse a leer antes de desarrollar un gusto aún más desmesurado por la autodestrucción. Marcelo se dejó hacer en un principio, pero forcejeó cuando Karim intentó retenerlo contra el respaldo.

—Suéltame, hostia —balbuceó—. Me tengo que ir.

—¿A dónde?

—Tengo que ir... a verla... —Él mismo arrugó el ceño, sin saber muy bien de qué estaba hablando—. Se ha escondido de mí, pero yo conozco el sitio. Seguro que está en su coche... en Twin Peaks... fumándose un cigarrillo... Lleva allí nueve meses, esperando que vaya a buscarla. Es imposible que esté muerta. —Asintió con la cabeza, validando su delirio—. Es imposible que esté muerta —repitió, y clavó en Karim una mirada penetrante— porque yo la quiero.

Karim presionó la mandíbula para reprimir un acceso de lágrimas impotentes. Para otro a lo mejor no habría tenido sentido lo que decía, pero para él sí, porque claro que era incomprensible e imposible que Nicole hubiera muerto con lo que Marcelo la quería, si su amor podría haberle ganado un pulso a la Parca.

Ignoró sus balbuceos y procuró centrarse en los síntomas para valorar la gravedad de su estado. Palpándole la nuca halló una piscina de sudor caliente, y tomándole el pulso descubrió que estaba al borde de la taquicardia.

Fue a incorporarse para ir en busca de un paño, pero se frenó al ver a Paula de pie bajo el umbral con la vista sobre su hermano.

—Tráeme un trapo mojado, por favor. Con hielo, si hace falta —le rogó, arrodillado a los pies de Marcelo—. Y una botella de agua no muy fría.

Ella demoró unos segundos en obedecer. Fueron unos segundos, pero bastaron para que Karim frunciera el ceño para sus adentros y se extrañara con su falta de reacción. No le dio mayor importancia, enfermo de preocupación como estaba, y tomó el rostro de Marcelo entre sus manos.

—¿De dónde has sacado la pistola? ¿Me estás escuchando, Marce? La pistola.

Marcelo le devolvió la mirada y esbozó una sonrisa ida. Le devolvió el gesto de cariño a Karim rodeándole las muñecas e intentando inclinarse hacia delante, pero estaba tan nervioso, tan acelerado, que acabó meciéndose arrítmicamente.

—Mi amigo Karim.

—Sí, soy tu amigo Karim. ¿De dónde —repitió marcando cada palabra— has sacado la pistola, Marcelo? ¿Qué pretendías hacer con ella?

—¿Qué pistola?

Karim se obligó a ser paciente. Cerró los ojos un segundo para visualizar, como mil veces antes le había enseñado su madre, el palacio de su mente, que en tamaña situación estaba cubierto de una bruma roja y profusa que le impedía ver el otro lado.

Se imaginó atravesándola con paciencia y tesón hasta que poco a poco se fue difuminando.

Entonces volvió a enfrentar a Marcelo.

No podía enfadarse con él. No en ese estado. No iba a responder ninguna de sus preguntas en condiciones, tal y como demandaba la incredulidad y el shock en el que se hallaba, pero tampoco podía alimentar su fantasía. Asimismo, no contestar quedaba fuera de toda cuestión; con una combinación letal de alcohol y cocaína, era tan impredecible que podría reaccionar con violencia si se sentía ignorado.

—¿Qué hago? —murmuraba Marcelo—. ¿Qué hago para que me quiera? Nada es suficiente. Siempre me abandona. En el fondo me desprecia. Me odia. Por eso se va con otros hombres. Es culpa mía, ¿verdad? Es porque soy un fracasado.

—No eres ningún fracasado —replicó Karim—. Y claro que te quería, ¿cómo no te iba a querer? Eras su guachito.

—Era su guachito —repitió Marcelo con un cabeceo errático—. Es verdad. Me lo decía... Me lo decía todo el tiempo... *Guachito*. —Un tic se apoderó de su barbilla después de que la pegara al pecho para esconderse de la mirada angustiada de Karim. Cuando volvió a erguirse por petición desesperada de su amigo, tenía los ojos cuajados de lágrimas. Se derramaron, gruesas y calientes, por sus mejillas—. No lo entiendo. No lo entiendo, Karim. ¿Por qué no me lo dijo? ¿Por qué no me dijo qué le pasaba? ¿Por qué no me dijo que estaba triste? ¿No confiaba en mí? ¿No quería que la ayudara? Yo podría haberla ayudado, ¿verdad? ¿O no? A lo mejor no, porque no lo vi, no lo predije, ella... ella me abandonó y yo no pensé...

Marcelo empujó de repente a Karim por los hombros. No logró derrumbarlo, pero sí apartarlo lo suficiente para levantarse, tambaleante, y deambular con el equilibrio viciado por la habitación hasta reparar en los cristales rotos.

No importó que Karim tratara de persuadirlo de alejarse de allí. Marcelo cayó sobre sus rodillas muy cerca de los cristales más grandes, seguramente también sobre las esquirlas, y alargó las manos para recogerlos como si de conchas de mar se tratase. Lloraba en completo silencio, conteniendo los hipidos, lo que solo hacía de la imagen algo más desgarrador. Pero a esas alturas las lágrimas le empapaban la cara entera.

Nunca había sabía llorar con disimulo.

A Karim no le quedó más remedio que dejarlo ser durante unos minutos, en parte porque no encontraba el corazón para arrastrarlo lejos de los cristales, a saber, lo único que quedaba de Nicole; porque a él mismo se le había retorcido algo en el pecho y sentía que rompería a llorar también en cualquier momento.

Esa criatura herida que se arrastraba sobre las rodillas para limpiar el destrozo, como si en lugar de pedazos inertes fueran los despojos de Nicole, había sido un hombre orgulloso e irreductible. Había sido el capitán del equipo de baloncesto. Había sido el temible huracán que se cernía sobre los acosadores engreídos y los ponía en su sitio con una facilidad abrumadora, fuera mediante su palabra, que era ley, o con el puño de acero. Había sido, además de campeón en todas las disciplinas deportivas que había emprendido, un colmo

de sensibilidad en lo referido a las letras: había leído todos los clásicos, había estudiado fotografía por su cuenta, había llamado un día por teléfono a Karim y le había dicho que había soñado con un club de BDSM que organizaba fiestas temática para la *crème de la crème*.

Antes de todo eso, había sido la única persona en todo el instituto que se acercó a él en el recreo, se agachó para quedar a su altura después de una de las primeras palizas injustas, y le dijo con toda solemnidad que a partir de entonces sería su amigo. Y lo dijo de tal manera que pareció que en realidad le hubiera prometido que no volvería a llorar jamás.

Lo hizo, volvió a llorar, pero porque ni Marcelo, con toda su iniciativa, poder autorregalado y pasión podía estar en todas partes al mismo tiempo para evitar que la desgracia se cerniera sobre sus seres amados.

Ahora, de ese Marcelo no quedaba ni el recuerdo.

Cualquiera, empezando por el propio León, habría dicho que Nicole había sido su fuente de inspiración, pues a fin de cuentas llegó unos años después de que Karim y Marcelo pactaran su amistad eterna y no había dejado de configurar su vida desde aquel fatídico día. Pero Nicole le había ido chupando la sangre poco a poco hasta no dejarle nada.

A veces, consumido por el odio y el rencor, Karim se atrevía a pensar que matarse había sido su crimen final contra Marcelo. La guinda de un pastel envenenado.

—Perdóname —balbuceaba. No se había dado cuenta de que uno de los cristales le había cortado la palma—. Perdóname, Nini. No soy digno. Nunca lo he sido.

Paula se acercó por detrás de un Karim paralizado por la impotencia. En silencio y sin la menor intención de colaborar, le tendió la botella de agua y el hielo envuelto en el paño que había solicitado.

Karim se armó con una inspiración y primero consiguió convencer a Marcelo de volver a tomar asiento. Si se dejó, fue porque la euforia se le había bajado a los pies, y de los efectos del consumo solo restaban los tics nerviosos y el sudor frío.

Se arrodilló en silencio y comprobó que la herida no era profunda. Alivió sus ardores posando gentilmente el hielo en su nuca, en sus mejillas, en su cuello. Abrió la botella y le dio a beber un sorbo breve. Tuvo que impedir que se acabara el contenido de golpe para cumplir a rajatabla el protocolo de acción y evitar una debacle peor; protocolo que, por descontado, Karim había tenido que estudiar para proteger a Marcelo de sí mismo.

—Me prometiste que no volverías a hacerte esto —le dijo con la mirada gacha por la culpabilidad.

No fue acusatorio ni victimista, pues en el fondo estaba convencido de que él era el único responsable de que Marcelo no levantara cabeza. Saber que Paula estaba detrás, observando la escena, le obligaba a recordar con terrible detalle el deseo que había pretendido imponer esa misma noche sobre la salud mental de un pobre desgraciado.

Mientras se hacía cargo de los espasmos y sudores del doliente, iban desfilando ante sus ojos los momentos vividos con ella. La advertencia de que nada de aquello le gustaría un pelo a su amigo y socio había estado latiendo en un discreto rincón de su cabeza, pero había podido ignorarlo gracias a la presencia acaparadora e inescapable de Paula, que ostentaba un poder soberano sobre sus emociones y prioridades. Ahora, sin embargo, le había estallado en las narices la certeza de que pagaría muy cara su desobediencia y egoísmo.

Marcelo había iniciado un proceso autodestructivo ante sus ojos y él, en lugar de volcarse en cuidarlo como sin duda Marcelo habría hecho de haberse dado la situación inversa, se había estado divirtiendo con su hermana. La fruta prohibida. Aquello que Marcelo tanto quería y que era a su vez lo único que le había pedido, rogado y exigido que mantuviera alejado de sus apetitos insaciables.

No solo se lo había saltado a la torera, sino que había seguido su instinto a sabiendas de que aquella sería la gota que colmaría el vaso. Y en sus circunstancias, un vaso colmado no equivalía a una discusión, sino a algo significativamente peor.

—Lita —oyó que decía. Por fin había salido de su ensimismamiento y se había percatado de que su hermana estaba

allí, contemplando la escena con los pensamientos cifrados, a salvo de que Karim o nadie supiera qué opinión le merecía—. Dile a Nicole que lo siento. Dile que la quiero, que no volverá a pasar, que... que ella lo es todo para mí.

Paula avanzó un paso, colocándose a la altura de Karim, y se agachó en cuclillas para mirar a su hermano a los ojos. Antes de que separara los labios, él supo, por el intuitivo vuelco que le dio el corazón, que diría algo espantoso.

—Nicole está muerta —anunció en tono inexpresivo—. No va a volver contigo. No va a volver con ninguno de los dos. Sé un hombre, acéptalo y sigue tu vida.

El asombro y el rechazo irguieron de golpe a Karim, que solo pudo girarse hacia ella con la incredulidad grabada en la cara. Pero Paula no le prestaba atención a él. Volcaba todas sus fieras expectativas y su rencor en Marcelo.

Ambos hermanos compartieron una mirada en la que cabían significados y secretos que Karim nunca entendería. La suya era una relación complicada. La dinámica, por lo general, consistía en que Marcelo la retara, le reprochara o fuera afectuoso hasta un punto empalagoso. Paula, por su parte, respondía de la misma manera a las recriminaciones, a las prohibiciones y a las demostraciones de cariño: con una fría distancia de la que su hermano mayor parecía no percatarse.

Pero había momentos como aquel en los que se imponía la sangre, y, si no, la verdadera y misteriosa naturaleza de su vínculo. Cualquiera habría dicho que Marcelo había vuelto a poner los pies en la Tierra bajo los efectos de la mirada de Paula, lo único que quedaba en el mundo, en su mundo, con el don de devolverle el sentido común.

Marcelo asintió con la cabeza muy despacio. A partir de ahí, se mostró cooperativo y suave como la seda a pesar de seguir temblando y balbuceando incoherencias.

Paula se retiró de la habitación, así como de la escena, sin decir mucho más. En manos de Karim quedó la complicada tarea de levantarlo, llevarlo casi a hombros a la habitación y tenderlo de lado muy despacio para que no se ahogara en caso de vómito.

Prendió la luz cálida de la lamparilla de la mesita auxiliar, le dio de beber un par de sorbos más antes de apoyarle la cabeza sobre dos almohadas que le mantuvieran erguido y le limpió lenta y pacientemente el rastro de sangre del arco de Cupido y de la palma de la mano.

Marcelo se dejó cuidar con los ojos entrecerrados, los párpados temblándole por efecto de los tics.

Dudaba que desnudarlo para mayor comodidad fuera posible tal y como estaba, pero al menos le descolgó la cadena del pantalón.

Marcelo murmuró unas palabras ininteligibles.

Karim acercó la oreja.

—¿Cómo has dicho?

—Lo siento. —Tuvo que hacer un esfuerzo hercúleo para vocalizar —. No estoy siendo un buen amigo.

El estómago se le encogió al escucharlo.

—No digas tonterías. Eres el mejor amigo que podría tener, ¿me oyes? Simplemente estás pasando por una mala racha, pero lo superarás. Yo te ayudaré, ¿de acuerdo? Estaré aquí todo el tiempo, cuidándote.

—Pero sin mariconadas, ¿eh?

Karim soltó una risita desinflada por cortesía.

A pesar de que las drogas le habían deformado la expresión y tenía los ojos cerrados, todavía se intuía una pequeña sonrisa sincera. La certeza de que lo quería más que a sí mismo le sobrevino como una brisa cálida y como una puñalada trapera a la vez.

Era una crueldad que existiera otra persona a la que también quería más que a sí mismo.

Pero si tenía que elegir...

—Sin mariconadas —confirmó Karim.

Le dio un apretón afectuoso en el hombro y le besó la coronilla antes de incorporarse.

A fin de montar guardia toda la noche lo más cómodo posible, abandonó el cuarto con prisas y fue al suyo para cambiarse de ropa. Hizo el apunte mental de que recoger el estropicio del cuadro y decidir qué hacer con él. El disparo había perforado el rostro de celulosa de Nicole y no se podía hacer nada al respecto, pero si a la

mañana siguiente Marcelo despertaba entre sonámbulo y con amnesia y descubría que faltaba la joya de la corona de su obra fotográfica, podría perder los papeles.

Karim frenó el seco al toparse con Paula de espaldas a él. Había abierto las puertas dobles del pequeño balcón de par en par y se asomaba al paisaje con pose distraída. La brisa entraba como un espectro y sacudía las cortinas, su abrigo, su pelo negro.

Vaciló un segundo, pero terminó avanzando con seguridad y corriendo las puertas del armario para ponerse el chándal rápidamente. Ella se percató de que había entrado y lo miró por encima del hombro. Se había quitado la bufanda, pero no así la gabardina, que ondeaba a su espalda como la capa de una superheroína. Su melena ahora suelta se confundía con la noche que la enmarcaba. A excepción del punto de luz del cigarrillo que se había encendido y sujetaba entre los dedos, todo en el cuadro que ella protagonizaba estaba a oscuras.

—¿Vas a pasarte la noche vigilando que no se muere de un infarto? —preguntó, armada de nuevo con la indiferencia que le era propia.

Karim cerró la puerta de un golpe seco y la miró con las prendas apiladas en el antebrazo.

—¿Cuál es tu problema, Paula? ¿Te encuentras a tu hermano en pleno episodio maníaco y te encoges de hombros? Llegamos a aparecer diez minutos tarde, veinte minutos tarde, y a lo mejor lo encontramos con la segunda bala incrustada en el cráneo.

No lamentó haber sido tan gráfico. Al fin y al cabo, a ella no le importó.

Paula volvió a acodarse en el barandal de espaldas a él.

—Eso no ha pasado —desestimó sin más.

—Lo que sí ha pasado es que ha mezclado coca y alcohol a sabiendas de los efectos que eso produce. Lo que sí ha pasado es que ha conseguido un arma. ¿Por qué no muestras una mínima compasión? Es tu hermano.

Vio tensarse la línea de sus hombros.

—Y yo soy su hermana. Y tú eres su amigo. Al igual que sabe los efectos que produce mezclar coca y alcohol, sabe que vivimos con

él, sabe que nos iba a tocar limpiar el estropicio o, como tú has dicho, encontrarlo con una bala en la cabeza cuando no hace ni un año que yo me encontré a Nicole en un charco de sangre —describió en tono neutro. Se giró para apoyarse en la baranda de espaldas al paisaje, la mirada prendida del cigarrillo al que le sacudió la ceniza con unos toquecitos de dedo índice. Antes de llevárselo a los labios, miró a los ojos a Karim—. No me apetece tener consideración con alguien que no la ha tenido conmigo.

Karim arrojó la ropa sobre la cama y extendió los brazos. Trató de mantener una actitud perfectamente natural, pero sus movimientos secos rezumaban indignación.

—Ya ves que no te estoy obligando a «limpiar el estropicio», y él menos aún; como habrás podido apreciar, no está ni en condiciones de caminar. Si no quieres apiadarte porque esos son tus sentimientos, al menos no lo tortures con recordatorios innecesarios.

—Era necesario recordarle que Nicole está muerta.

—No, no era necesario, Paula —la interrumpió con hosquedad—. ¿Qué coño te pasa?

Ella rompió la postura informal para encararlo.

—¿Qué coño le pasa a él? —espetó fríamente—. Tiene veinticinco años, dinero de sobra para costearse un terapeuta y me gustaría pensar que también una pizca de sesera y sentido de la vergüenza. Se le podía disculpar un numerito autodestructivo las primeras semanas tras el entierro. Los primeros dos meses. Pero va a cumplirse un año y solo va a peor.

—No hay límite de tiempo para pasar un luto.

—Esa es una frase muy bonita para imprimir en una taza, pero la realidad es muy distinta. La vida sigue, y si no te acoplas a sus ritmos exigentes, te quedas atrás.

—Querrás decir que tú lo quieres dejar atrás —contraatacó. No hubo palabras en el mundo para expresar cuánto le dolió que ella no lo negara—. No sé si es que sientes algún tipo de superioridad respecto de Marcelo por gestionar la pérdida de un modo más discreto o es que no lo soportas, pero sea cual sea el caso, lo estás tratando inmerecidamente. No olvides que esta es su casa y que no

le ha hecho daño a nadie. Se está hundiendo, sí, pero procura hundirse solo.

—¿Estás seguro de que se hunde solo? ¿No te está arrastrando a ti?

Karim no supo cómo reaccionar con la pregunta devuelta.

—No, claro que no —respondió a la defensiva.

—Por eso has decidido nada más verlo hecho un despojo que lo que sea que haya entre tú y yo se ha acabado, ¿no? —le sorprendió deduciendo con el gesto ensombrecido—. Porque el daño que se inflige Marcelo es ruido de fondo para ti, y no algo que tienes presente a la hora de tomar decisiones que, por cierto, me van a afectar a mí.

Karim apretó la mandíbula.

Como siempre, Paula tenía razón.

—En vista de la situación —expresó con tiento—, seguir adelante sería contraproducente.

Ella desvió la vista de nuevo a su cigarrillo con un rastro de sonrisa desdeñosa.

—Me gusta la expresión que has elegido para darme la noticia. Muy diplomática. Sobre todo me encanta que me la des cuarenta y cinco minutos después de casi follarme en el pasillo.

Karim fue hacia el balcón. No llegó a reunirse con ella en el estrecho cubículo, no porque no cupieran, sino porque acababa de revocarse el derecho a invadir sus espacios. Iba a cumplir esta nueva ley con efectos inmediatos.

—Por indignada que estés por lo que has visto, no me creo que tu hermano te la sude tanto como para priorizar el sexo conmigo a su bienestar emocional.

Paula lo atravesó con una mirada firme.

—¿No lo crees? Ponme a prueba.

Karim se quedó perplejo.

—No entiendo tu actitud —murmuró, incrédulo—. Nunca has sido la mujer más sentimental del mundo, pero tampoco una desalmada. Supongo que el luto tiene efectos muy distintos dependiendo de la persona que lo padece, ¿no? A Marcelo se le han magnificado las emociones y a ti te las ha apagado por completo.

Paula imitó una especie de risa seca exhalando por la nariz. Arrojó la colilla a su espalda en un movimiento impreciso y esquivó a Karim para marcharse sin añadir nada más. Él la frenó cogiéndola de la mano en un último y desesperado intento por hacer que entrara en razón. Aunque estaban a solas, porque un Marcelo dormido era un Marcelo inconsciente, tuvo la discreción de inclinarse sobre su oído.

—Sabes que te... —se interrumpió para tragar saliva—. Sabes lo que siento por ti y sabes cuánto tiempo he soñado... he esperado para tenerte. Para estar contigo, aunque fuera bajo tus términos. Pero no todo vale, Paula. Hay que hacer las cosas bien.

Ella alzó el rostro hacia él. De la calidez y la vulnerabilidad que le había conmovido durante el paseo ya no quedaba ni rastro. Una dureza determinada se había adueñado no solo de su semblante, que parecía no ya el de una mujer madura, sino el de un general militar; también de su cuerpo, que había perdido la blandura y la receptividad.

—A veces, o se hacen mal o no se hacen —sentenció—. Pero tú siempre has sido el héroe, ¿verdad? El héroe cobarde que no emprende buenas acciones porque de verdad persiga la justicia, sino porque su conciencia es demasiado débil para soportar las consecuencias de otro tipo de actos; actos que no le merecerían tantos aplausos.

Karim se enderezó, indignado con su comentario, y replicó con desdén:

—Estoy orgulloso de que mi conciencia no pueda soportar perder a Marcelo.

Un sentimiento inclasificable destelló en los ojos negros de Paula. Se deshizo de la mano con la que Karim la había estado reteniendo y le dirigió una última mirada.

—Lo sé, se nota. Se lleva notando unos cuantos años. Solo espero que soportes igual de bien perderme a mí.

Capítulo 21

De una manera u otra —más o menos ortodoxa—, Paula había conseguido lo que quería: garantizarse el acceso a French 75 y empaparse de los detalles de la fiesta de Año Nuevo a la que James Carver había sido invitado. ¿Qué importaba que le hubiera salido rana la relación, si así podía llamarse, con Karim? Por fin tenía en sus manos todos los datos que necesitaba para actuar. Por fin se acercaba la hora de la verdad. Por fin, por fin, *por fin*.

Pero entonces, ¿por qué se sentía desorientada, dolida y frustrada? ¿Cuál era el maldito problema?

«Ninguno», se repetía Paula en un bucle infinito. No había dejado de repetírselo desde que diera por zanjada la conversación con Karim y se marchara de vuelta al salón cargando con sus absurdas esperanzas y deseos abortados: «No hay ningún problema. Todo está bien».

Paula había querido pensar que la pose de duro no le duraría ni dos días; que bastaría con que tropezara con ella en un pasillo o tuviera que llevarla en coche a alguna parte para recordar que la deseaba locamente y volver a actuar en consecuencia. Había estado convencida de que no necesitaría echar mano de sus malas artes para dar su brazo a torcer y se había limitado a existir a su alrededor, confiada en su atractivo y en la debilidad que Karim había demostrado por ella. Pero resultaba que existía una dimensión del llamado Califa con la que no había tenido que tratar antes: aparte de tierno y apasionado, era un hombre firme en sus decisiones e imposible de manipular.

Karim no actuaba como si Paula no existiera. Era aún peor. Le reconocía su lugar en la habitación mirándola directamente, se dirigía a ella con cortesía e incluso calidez, pero al mismo tiempo imponía una distancia terrible. Daba igual que Paula le devolviese las miradas con intensidad, le rozara los dedos «sin querer» y mantuviera el contacto visual por más tiempo del estimado: Karim se hacía con el control de sus ojos y sus manos y los retiraba como si nada.

Paula no dejaba de castigarse por haberse creído irresistible. Sí, Karim le había dado a entender por activa y por pasiva que ella era su punto débil, pero ¿acaso no llevaba también toda la vida demostrando que lo primero era su amistad con Marcelo, la sensibilidad de Marcelo, la felicidad de Marcelo, y, luego, en todo caso, la suya, la de Karim?

Había tardado alrededor de diez años en aceptar que la deseaba y comportarse de acuerdo a ello, por Dios santo, y llegar a este punto había exigido que Marcelo estuviera en la otra punta de Estados Unidos.

Pasó los días posteriores al numerito de su hermano sintiéndose estúpida. Confundida. Vulnerable. Los matices de sus sentimientos iban apareciendo y desapareciendo con el paso de los minutos. Todo un abanico de emociones competía por adueñarse del terreno de su cabeza. Creía que se volvería loca, no sabía si de impotencia o de pena, hasta que coincidió con Marcelo a las puertas del apartamento.

Su hermano, algo más recuperado tras un tiempo prudencial, cargaba el retrato destrozado de Nicole con el objeto de deshacerse de él. Paula sabía que le había tomado días y lágrimas aceptar que no podría arreglarlo y llevar a cabo la ceremonia necesaria para despedirse del recuerdo.

—Ah, hola, Lita —la saludó en castellano con una sonrisa desinflada—. ¿Sabes si hay más basura que tirar?

Paula desvió la vista del rostro apagado de Marcelo para fijarse en el cuadro, que captó su atención durante un buen rato: rato crucial para despertarla del trance autocompasivo en el que el desdén de Karim la había sumido.

El acto de tirar el retrato que por tanto tiempo le había acompañado y supervisado mientras trabajaba tenía sus implicaciones. Paula lo interpretó de la siguiente manera: hasta Marcelo, el único que podía jactarse de haberla amado tanto como ella, estaba deshaciéndose de Nicole. Ni siquiera él defendería que alguna vez había existido preservando sus objetos.

Así fue como recordó que quedaba en sus manos la tarea de reivindicarla. Así fue como recordó, asimismo, que no podía permitir

que el idilio con Karim siguiera distrayéndola de lo que había ido a hacer. Cuando se mudó a The Harrison para estar cerca de su familia de sangre y de la que había creído que también lo era pese a la falta de parentesco, no fue con la intención de embarcarse en una relación sexual.

Tenía objetivos que cumplir.

Sin decir nada, se apartó de la puerta para que Marcelo pudiera marchar hacia los contenedores. En lugar de facilitarle el tropiezo en el recibidor desapareciendo sin más, su hermano cambió el peso de pierna y vaciló antes de decir en castellano:

—No he tenido ni un momento *pa* disculparme por lo del otro día.

—No es asunto mío —respondió Paula en inglés, y fue a darse la vuelta para zanjar la charla.

No podía pensar en nada que le apeteciera menos que escuchar sus justificaciones, y menos teniendo tan reciente el recuerdo de aquella noche.

Abochornado, Marcelo contestó también en la lengua oficial de California.

—Lo sé, y me avergüenza que en cierto modo te cargara con ello, lo... «convirtiera en asunto tuyo», por hacerlo estando tú por aquí. Pero muy en el fondo creo que me entiendes, ¿me equivoco? Entiendes cómo me siento, que a veces me desespere y...

—¿No te cansas de tener que pedir perdón cada tres días? —lo interrumpió.

Pensó que Karim la odiaría más aún por dirigirse a él con brusquedad, y acto seguido guio dicho pensamiento a la papelera de su mente. «Cómo se sienta tiene que importarme lo mismo que a él le importa cómo me sienta yo: nada en absoluto».

—¿Qué?

—¿Por qué no pruebas a hacer las cosas bien, a tener bajones y días malos como la gente corriente? Así no te verás en la tesitura de arrastrarte con disculpas con una periodicidad alarmante. Es más fácil de lo que crees, ¿sabes, Marcelo? Es muy fácil evitar pimplarte una botella de vodka, pillarle cocaína al camello de SoMa y comprar una pistola en el mercado negro.

Como sucedía siempre que Paula tenía la osadía de cantarle las cuarenta, Marcelo olvidó que estaba intentando hacer las paces y se puso a la defensiva. Su mente funcionaba de un modo muy sencillo: si pedía perdón, era para que le perdonaran de inmediato. Le resultaba inconcebible que alguien le llevara la contraria, y ni mucho menos su hermana pequeña.

—¿De qué periodicidad estás hablando? No es como si tuvieras que verme así a menudo.

—Es que no estoy hablando por mí. La calma resignada con la que Karim gestionó tu brote me dijo todo lo que necesitaba saber: que tus arrebatos autodestructivos llevan siendo el pan de cada día de esta casa desde hace casi un año. No se lo merece —pronunció en tono de advertencia, rígida en medio del pasillo—. Si no te respetas lo suficiente a ti mismo para evitar autodestruirte, genial, pero se supone que Karim es tu amigo. ¿A él tampoco lo quieres lo bastante para ahorrarle estos sustos?

—Ya he dicho que lo siento. Os lo he dicho a ti y a él. No sé qué más quieres.

—¡Lo que quiero es que lo sientas de verdad! —espetó Paula. Odió perder los nervios, pero entendió cuánto había necesitado canalizar la rabia y la pena por el rechazo de Karim cuando las palabras empezaron a brotar sin control de su boca—: ¡Lo que quiero es que pidas perdón con el propósito de no volver a repetirlo, no para quedarte en paz contigo mismo! Pero eso es mucho pedir viniendo de ti, ¿verdad? Papá te enseñó siendo muy pequeño que eso de «lo siento» solo es una coletilla que utilizar para aplacar los ánimos convulsos. Pues te equivocas. Es un compromiso, Marcelo. El compromiso de mejora que se establece con un damnificado.

—A mí no me hables así, Paula —le advirtió con gesto sombrío.

—No —se sorprendió replicándole. Por lo general, le dejaba ganar las discusiones limitándose a asentir y retirarse. Esta vez lo apuntó con el dedo—. Eres tú el que no me va a hablar como le dé la gana, Marcelo. Yo no soy ni tu amigo Karim ni tu exnovia Nicole. No te querré hagas lo que hagas porque tenga un sentido de la lealtad rayano en lo absurdo, y tampoco te voy a aguantar una gilipollez tras otra porque piense que no merezco algo mejor.

Momentos más tarde, Paula se largaba de la casa con la esperanza de que el aire fresco le aclarara las ideas. Le dolía la cabeza después de la discusión, y a pesar de estar convencida de que tenía razón, punzadas de culpabilidad la atacaban a cada tanto. Odiaba que sus padres, Karim y hasta Nicole hubieran puesto sobre sus hombros la obligación de decirle la verdad a Marcelo, de reprenderlo como era debido. No le gustaba ostentar el papel de mala. Entre otras cosas, porque llevaba toda la vida esforzándose por romper el contacto con su hermano mayor, y si tenía que preocuparse por él constantemente, nunca lo conseguiría.

Para Karim era fácil y hasta romántico adorar a Marcelo sin condiciones. Por más que parecieran mellizos, no dejaban de ser amigos. La ausencia de las obligaciones ineludibles que implicaba una atadura familiar admitía y hasta animaba la decisión de abandonar el barco si la relación de amistad —o solo de índole no sanguínea— se tornaba complicada. Saber que tenía la puerta abierta, que gozaba de la libertad y el derecho de rendirse, permitía a Karim lidiar con Marcelo desde la paciencia y la tranquilidad.

Pero Paula era su hermana de sangre. No podría romper el vínculo que le unía con él ni siquiera si se incomunicara mudándose al otro lado del océano. Estaban atados de por vida, para colmo atrapados en una habitación sin ventanas.

A diferencia de lo que Karim pudiera pensar, no era nada nuevo para Paula que, más que un hombre que caminaba a su lado con el hilo rojo anudado a su meñique, su hermano fuese un lastre que la hundía en el fondo del mar. No podía recordar un solo día que Marcelo no hubiera sido su condena, fuera por su carácter controlador, su tóxica manera de pensar, su problemática relación con Nicole o, ahora, por el influjo que tenía sobre Karim.

Su acercamiento con este último no era lo único bonito y genuino que le había saboteado, consciente o inconscientemente, ¿y se suponía que tenía que demostrarle compasión?

Y una mierda.

Paula dedicó la primera parte del paseo a desahogarse. Una vez ratificó que estaba en su derecho de desentenderse de la locura

autodestructiva de un adulto, por más hermano suyo que fuera, se puso a precisar los pasos a seguir para retomar sus planes.

Llamó por teléfono a Rob Roy para pedirle que la invitara al club esa misma noche. Le aseguró que las cosas habían cambiado entre Karim y ella y que no tendría el valor —ni la poca vergüenza— de oponerse a que se divirtiera con otro hombre.

El amo decidió creerla, o tal vez no y solo le apeteciera un poco de marcha.

Cualquiera que fuese la verdad, no era su problema.

Esa noche acudiría a la fiesta de French 75 respetando la temática que Rob Roy le había descrito con pelos y señales: *Cyber-Dungeon.*

En torno a las cuatro de la tarde, el amo le hizo llegar a través de un repartidor las prendas que habría de vestir. Paula lo llamó por teléfono de nuevo en cuanto sacó del paquete un *cat suit* a medio camino entre un disfraz de superheroína y un cuerpo biónico. Era tan ajustado que dudó que pudiera caber dentro. Se cerraba con un par de broches bajo la nuca y contaba con parches irregulares y translúcidos que insinuaban la curvatura inferior de los pechos, los costados de la cintura y las ingles.

—¿Casualmente tenías esto por casa? —se mofó Paula con el móvil entre el hombro y la oreja.

—Una mujer con la que salía se lo dejó. No creo que le moleste que se lo preste a otra.

—¿Porque ahora te odia y no te quiere ni ver?

—Porque está preñada de su segundo hijo y ya no le cabe, y me extrañaría que viniera a recuperarlo con lo celoso que es su marido.

—Ya. ¿Cómo es que las mujeres con las que sales se dejan la ropa en tu habitación? ¿Qué se ponen para volver a casa?

—Prendas más cómodas que yo tengo la bondad de regalarles.

—Eres tan magnánimo.

—¿Verdad? —Incluso sin verlo, supo que había guiñado un ojo—. Siéndote franco, cariño, no confío mucho en que el disfraz logre contener tus encantos. Crucemos los dedos.

—Te aseguro que cabrán, por eso no te preocupes. Aunque tenga que ir a presión.

—¿Tanto te gustan las fiestas de *techno*? ¿Por qué es esta en concreto la que no te quieres perder?

—No pierdes el defecto de preguntón, ¿eh?

Colgó justo cuando Rob Roy empezaba a decir: «Pero si la que me ha estado interrogando sobre los orígenes histórico-culturales de mi *catsuit* eres tú».

Unas horas más tarde, Paula se estaba cerrando a la cintura la gabardina, larga hasta media pantorrilla. Con unas botas de caña alta solucionaba el riesgo de que le asomara el disfraz, que se cerraba en los tobillos. Se recogió el pelo en una coleta alta para acentuar el cuello ajustado del mono y se lio una bufanda para tapar también los detalles geométricos del escote. Eran las medidas cautelares mínimas que podía tomar para evitar que Marcelo adivinara adónde iba.

Pero Marcelo ni siquiera lo sospecharía. Llevaba encerrado en su habitación desde que su hermana pequeña le había gritado, como el crío inmaduro que era.

Aunque estaba segura de que su hermano no la interrogaría, no se dignó a avisarlo de que pasaría la noche fuera y se marchó procurando no hacer ruido. La voz interior que por lo general lograba acallar con éxito se filtró en su consciente para decirle que no tenía corazón.

Dicha voz se parecía peligrosamente a la de Karim.

Mientras viajaba en taxi al barrio de SoMa, mantuvo para sus adentros una discusión agitada en la que la voz de Karim le arrojaba acusaciones sobre su falta de escrúpulos y ella se defendía con frialdad. Su impiedad no se debía a que Paula fuera de la escuela de que era más elegante sufrir en silencio, ni a que creyera que su hermano no tenía derecho ya a llorar por Nicole. Se debía, simple y llanamente, a que no lo quería por convicción, sino por inercia.

Y para la gente a la que uno no quería, no había ningún tipo de condescendencia.

Paula se reunió con Rob Roy a las puertas de French 75, donde, como cada noche, el guardia de seguridad se erigía con el mismo poder e infalibilidad que un dios olímpico. Como la última vez que estuvo allí fue Karim en persona quien la escoltó por los pasillos

traseros, no se opuso a cederle el paso: entendía que la etapa en que debía vetarle la entrada había tocado a su fin.

Esto no sorprendió a Paula, pero sí a Rob Roy, que no se resistió a comentarlo en tanto que hacían entrega de sus respectivos abrigos a God Mother.

Él vestía una especie de neopreno cromado que recordaba al diseño de vestuario de los tributos de *Los Juegos del Hambre*. Ahora que Paula se había descubierto como una mujer sensible a los encantos masculinos, podía reconocer que le sentaba como un guante, y lo que era más: que Rob Roy era un hombre bastante atractivo.

—Sí que han cambiado las cosas, sí. No tengo la sensación de que vayan a meterme un tiro en la frente si se me ocurre cruzar esa puerta contigo del brazo.

—¿Y pensabas que ibas a tener esa sensación cuando me cogiste el teléfono y me dijiste que sí, que vendrías conmigo? Yo pensaba que eras el sádico, no el masoquista.

—Intento disfrutar de lo mejor de ambos mundos. —Le lanzó un guiño de ojos verdes—. ¿Te apetece beber algo, Magic Garden?

—No te voy a rechazar un botellín de cerveza.

—Sales barata.

—No tanto. Te recuerdo que no vamos a follar, y eso para ti es un precio inhumano, ¿no?

Rob Roy se echó a reír con simpatía. Intercambió una mirada divertida con God Mother, que había asistido al intercambio con una mezcla de curiosidad y puro entretenimiento. Aceptó el whisky de malta que acababa de tenderle y chocó el cristal grueso con el tercio de cerveza de Paula antes de internarse en la fiesta *Cyber-Dungeon*.

Aprovechando que aún no bajaba el par de peldaños hacia la pista, barrió el espacio con una mirada calculadora.

Había al menos cuarenta personas distribuidas entre la barra del fondo, la zona de baile, el escenario —las más extrovertidas se habían encaramado para bailarle al público, espectaculares dentro de sus disfraces— y los dos palcos vip. La inmensa mayoría lucía trajes como Rob Roy o ella, pero algunos clientes habían ido un paso más allá maquillándose el cuerpo con pintura brillante y colgándose

correas y arneses metálicos. Había *bodies* que imitaban exoesqueletos, cabellos decorados con cables de neón, collares que emitían luces LED, guantes y medias metalizados, sombras de ojos que brillaban igual que la piedra de luna; hombreras y coderas que imitaban la composición geométrica de un robot...

El ambiente estaba que ardía. En lugar de *techno*, sonaba una canción de Kim Petras que no acompañaba precisamente la estética, pero tampoco la afeaba: *xxx*.

Aunque había llegado allí con una sola esperanza y ninguna intención de dejarse distraer, los ojos de Paula se desviaron al palco donde se había reencontrado con Karim un mes atrás.

Al igual que aquel día, no estaba solo.

A través del cristal se le podía ver disfrutando de la conversación y las caricias de la mujer que tenía sentada en el regazo, la misma beldad de cabello negro y ojos rasgados que captó la atención de Paula la primera noche.

Parecía que, a pesar de ser un casanova, tenía unas preferencias muy marcadas, o eso pensó con un nudo en el estómago. Le costó despegar la vista del espectáculo que ofrecían, ella de una belleza inmaculada y frágil por su exotismo, y él dueño de un *sex appeal* apto para todos los ojos, pero no abarcable por todas las manos.

Ambos le daban el perfil a la concurrencia. Karim le rodeaba la cadera con un brazo y ella solo dejaba de hablar para robarle un beso en los labios.

Beso que él aceptaba mucho más que conforme.

See you got a girl, I could give a fuck
If you wanna cum, gotta level up[26]

Paula nunca había sido una mujer celosa salvo en una ocasión: la única que tuvo la desdicha de enamorarse de alguien inalcanzable. No quería asociar los sentimientos que la estaban asaltando ahora con aquellos que por poco la destruyeron en un pasado no muy remoto, pero recordaba demasiado bien cómo quemaban la envidia, la rabia y el fervoroso deseo de estar en el lugar de otra persona.

No podía ignorarlo, como tampoco la certeza de que Karim no había tardado ni cuatro días en regresar a los brazos de aquella mujer.

—¿Te encuentras bien, princesa? —le preguntó Rob Roy. Tuvo que ponerle una mano amistosa en el hombro para hacerla reaccionar—. Hey, Paula. ¿Todo en orden?

—Sí.

Naturalmente, su esquivo monosílabo no le satisfizo.

—Parece que las cosas han cambiado en estas semanas que no te he visto, ¿no? —planteó con todo el tiento con el que se podía hablar en una fiesta multitudinaria—. No solo para Califa, que pasaba por aquí a supervisar y nada más, sino también para ti, la mujer de hielo.

Paula hizo un esfuerzo por tragar saliva y bebió, nerviosa, de la boquilla del botellín.

—¿Por qué no te metes en tus asuntos?

—Tranquila, fiera. Solo para que conste —añadió en su oído—, es la primera noche que regresa a los brazos de Kir Royale.

—Kir Royale —repitió.

Paula devolvió la vista a la susodicha y se fijó en la discreta elegancia de su figura, en su piel de porcelana. Era todo lo contrario a ella. Solo tenía curvas donde se suponía que las mujeres debían lucirlas, y no eran ni exageradas ni producto del esfuerzo deportivo, sino de la bendición de la naturaleza. No contenta con que le hubiera sido dado el físico de una supermodelo, en su rostro convivían en perfecta armonía los rasgos orientales y occidentales.

Notó una punzada de celos viendo que Karim parecía hipnotizado por ella.

Y cómo no iba a estar hipnotizado.

Seguro que ella no era difícil de llevar, ni más asexual que apasionada. Seguro que ella no tenía planes a corto plazo que implicaban arruinarse la vida y la de quienes la rodeaban.

—Son amo y sumisa desde hace un año y pico, si no recuerdo mal. Quiero decir que Kir Royale ostenta el «puesto oficial» —explicó Rob Roy—, aunque luego se diviertan por separado.

—¿Dirías que ser amo y sumisa oficiales cuenta como tener un compromiso? Es decir; ¿sería una infidelidad que alguno de los dos tuviese sexo con otras personas sin ponerlo en el conocimiento del otro?

—Eso depende de sus acuerdos personales. Aquí cada maestrillo tiene su librillo. Cuando yo he tenido sumisa oficial, por ejemplo, ha sido con todas sus consecuencias. Debía decirme dónde estaría y con quién, no solo si salía a French 75 o pasaba por la casa de alguien, sino en todo momento. Hay un derecho de preferencia, por así decirlo. Si estás conmigo y hemos establecido que soy tu dueño, yo tengo la última palabra sobre si vas o no vas, te lo pones o no te lo pones, te lo follas o no te lo follas.

Paula dudaba que Kir Royale hubiera sido consultada a propósito del paseo que Karim y ella se dieron por San Francisco unos días atrás. Dudaba que le hubiera escrito para preguntarle si podía pasar media semana pegado a los labios de Paula, y si le estaría permitido correrse en su boca en un ascensor en movimiento.

—Ya —respondió por decir algo, la vista perdida en el gentío.

—Te has puesto celosa —dedujo Rob Roy al cabo de un rato. Sonó maravillado, como si hubiera advertido una estrella fugaz en el cielo—. Es asombroso observar el cambio en según qué mujeres, ¿sabes? Y en ciertos hombres, claro. Pareces otra persona.

—No estoy... yo no... —Se mordió el interior de la mejilla. Carecía de sentido tratar de ocultarlo, y, además, era vergonzoso tartamudear delante de un cabrón sadomasoquista, por más que le cayera en gracia. Inspiró hondo y cuadró los hombros—. Estoy asimilando aún el cambio abrupto que ha habido en la relación o... o en lo que quiera que tuviera con Califa, eso es todo.

—¿No te parece curioso que a veces sufra más quien toma la decisión de romper que quien es abandonado?

—Yo no fui quien tomó la decisión de romper.

Su cara de pasmo fue tan llamativa que ni la falta de luz en el salón pudo disimularla.

—Y una mierda —se le escapó—. Eso es imposible. ¿Cómo te iba a dejar Califa?

—Pues ya que lo preguntas —contestó, envalentonada—, diciéndome que soy una desalmada y que hay cosas más importantes que yo, como, por ejemplo, proteger los celos y envidias que pueda sentir mi hermano al saber que nos relacionamos.

Paula pasó por alto la reacción de Rob Roy al reparar por casualidad en un rostro familiar.

Alejado del cúmulo de gente por un par de escalones y el cristal del segundo palco, un hombre que llevaba la mediana edad con orgullo y elegancia bebía de su copa de vino tinto mientras se deleitaba con el movimiento de la pista.

A diferencia de los invitados, vestía de un modo formal: pantalón de traje, discreto cinturón de cuero, camisa azul marino. La corbata desanudada colgaba de su cuello con dejadez para permitir respirar a la nuez de Adán y un escote que se intuía esculpido y coronado de vello oscuro.

No podía discernir los colores por culpa de la iluminación de neón del club, pero sabía que tenía las patillas y sienes encanecidas y que sus ojos eran de un vibrante azul claro.

Un cosquilleo de anticipación le recorrió la espalda.

Finalmente, allí estaba.

James Carver en carne y hueso.

—Eres una desalmada —contestaba el amo, ajeno a sus pensamientos—, pero también lo bastante guapa e inteligente como para que se te perdone...

Paula dejó a Rob Roy con la palabra en la boca para adentrarse en la marea humana. Su mirada apuntaba en una única dirección: el palco que ocupaba la sección izquierda del salón de fiestas. A diferencia de Karim, él sí estaba solo, salvo por la camarera que, apostada al fondo de la salita privada, esperaba una señal para prestarle algún tipo de servicio.

Por suerte para ella, la pista de baile estaba algo más despejada en la orilla que coincidía con la cristalera de su interés. Paula pudo detenerse allí con la vista fija en Carver y esperar a que él se percatara de su presencia para desplegar todos sus encantos.

No tardó mucho en localizarla. Sobre un lienzo de gente bailando, era llamativo que una joven se posicionara, inmóvil, en el primer

plano. Paula reconoció en la curva de la sonrisa de Carver un destello de curiosidad. No le devolvió el gesto de simpatía, pero alzó la barbilla a modo de saludo, remarcando que estaba allí por él y solo por él, y empezó a moverse despacio al ritmo de la canción que estaba sonando: *Guess* de Charli XCX y Billie Eilish.

Fue concienzuda al reproducir cada paso, premeditada al tocar cada zona de su cuerpo con una caricia insinuante. Con la certeza de su mirada y el corazón latiendo a toda velocidad, Paula se recorrió los brazos, los hombros, la cintura y las caderas con dos manos que demandaban saciarse. Cerró los ojos al echar la cabeza hacia atrás y se desabrochó los botones de la nuca como si estuviera acalorada.

Unos minutos después respecto del comienzo de la seducción, Carver no había hallado aún nada ni a nadie mejor sobre quien poner sus cinco sentidos.

Paula lo miró a los ojos en la distancia, retándolo a acudir a su encuentro. Sabiendo que contaba con su observación cómplice, se quitó la coleta lentamente y sacudió la melena para que recuperara su caída natural.

Carver depositó la copa de cristal fino sobre la mesilla y se dio la vuelta. Paula creyó por un momento que lo había perdido, pero nada más lejos de la realidad. Salió del palco por la puerta de vidrio lateral y fue en su busca con la parsimonia de quien sabía que tenía el negocio cerrado.

Paula confirmó lo que ya sabía pero había olvidado: medía al menos un metro ochenta, olía a perfume caro y le gustaban las jovencitas.

Por supuesto que le gustaban las jovencitas.

Carver le pasó una mano por la cintura y la atrajo hacia sí para, sin antes preguntarle el nombre o lo que quería, besarle el lateral del cuello sudoroso. Paula se estremeció de puro asco, pero él lo interpretó como una buena señal y entrelazó las manos tras la espalda femenina para mantenerla cerca de sí.

—Me suenas familiar —le dijo con la boca pegada a su sien—. ¿Te conozco de algo? ¿Vienes mucho por aquí?

—No diría que sea una clienta frecuente —le respondió al oído. Tendrían que turnarse para poder conversar; la música estaba muy

alta. Paula prefería no pensar en lo que le suponía mental y emocionalmente acercarse tanto a él—, pero vengo de vez en cuando. A las fiestas temáticas más... exclusivas, por así decirlo.

—No me digas. Esas son también mis favoritas.

Paula tuvo que hacer acopio de toda su energía para esbozar una sonrisa verosímil. Ladeó la cabeza hacia la derecha para oír lo que él tenía que decirle, con la mala suerte de que su mirada aterrizó en lo que se cocía en el interior del palco paralelo.

En algún punto de la noche, Karim había reparado en la aparición de Paula, y, como no podía ser de otro modo, se mostraba disgustado con su desobediencia y su libertad. No solo disgustado, de hecho, sino rígido de tensión.

A pesar de que la imagen de Paula y Carver le estaba produciendo rechazo, si no algo peor, se había levantado del sillón para admirar la escena lo más cerca de la cristalera posible.

Kir Royale le rodeaba la cintura por detrás y se ponía de puntillas para hablarle al oído.

Las arcadas que había tenido que contener con la proximidad de Carver solo fueron a peor con el extra de la mirada de Karim. Se obligó a resistir, a ser fría e invulnerable. Aquello era lo que llevaba queriendo desde hacía meses. No podía desaprovechar la oportunidad. Y menos porque la estuviera desestabilizando un hombre con el que no había contado.

Tenía que apañárselas para arrastrar a alguna de las habitaciones privadas al aspirante a gobernador. No podía permitir que Karim la siguiera distrayendo con o sin su acción directa. Pero bailaba contra el torso y las caderas de Carver, le sonreía al rostro lujurioso de Carver, dejaba que Carver la sujetara como si su cuerpo le perteneciera, y lo único que evitaba que vomitara, lo único que mantenía a raya el violento deseo de estrangularlo, era el hecho de que Karim estaba cerca; la certeza de que Karim actuaría si el tipo se excedía; el estúpido regocijo porque Karim estuviese viendo —o creyendo, más bien— que ella tampoco perdía el tiempo lamentando que su relación no hubiera salido adelante.

Paula también estaba rodeada de hombres que podían darle el placer que él le había escamoteado. El mundo no se había detenido

porque la hubiera desechado sin más por cobardía, o, peor: por alguien que no le devolvería jamás esa lealtad ciega ni con actos, ni con palabras, ni con la misma intensidad.

No solo no se apiadó del gesto sombrío de Karim, sino que se regodeó en su rabia lanzándole una mirada desafiante. «Mira lo que ya no vas a tener», le decía. «Si alguna vez tuviste la oportunidad de follarme, eso se acabó».

You wanna guess the colour of my underwear
You wanna know what I got going on down there[27]

—Eres un espectáculo de mujer —le decía Carver. Había introducido los dedos en su melena y se la peinaba despacio a la altura de la sien, una excusa para tener el control móvil de su cabeza y poder acercarla a sus labios o alejarla en función de sus deseos—. ¿Cómo es que me has elegido a mí, un pobre mortal, de entre todo el público?

—Me gustan los zorros plateados.

Carver se rio con placer y deslizó la otra mano, la que no enredaba en sus mechones, por la curva de su cintura. La agarró de las nalgas y presionó hasta arrancarle una débil protesta.

—Y a mí me gustan los culos grandes —dijo entre dientes, poseído por una pasión impaciente. Así era el deseo de los hombres como él: exigía que lo satisficieran ya. No estaban acostumbrados a esperar—. ¿Cómo puedo convencerte para que vengas conmigo a una habitación?

Paula observó con el rabillo del ojo que Karim había dado un paso adelante en el palco con la mandíbula desencajada. Una cosa era bailar y otra muy distinta era tocar; ese debía de ser el curso de sus pensamientos. Su mirada de tigre apuntaba a la mano atrevida de Carver como el láser de un francotirador, que seguía masajeando sus cachetes con posesividad.

Por un momento, Paula pensó que volvería a repetir la jugada del primer día: detendría la música e iría a buscarla. Incluso si esto hacía que saltara por los aires su oportunidad con Carver, en esta ocasión no le reprocharía la intervención y aceptaría de buen grado

una disculpa y un beso. Por desgracia, Karim recuperó la compostura convenciéndose de que no era asunto suyo y le pagó con la misma moneda tomando a Kir Royale de la mano y sentándola en la mesilla donde descansaban los cócteles.

Paula vio que la sumisa apoyaba la espalda desnuda en el cristal y abría las piernas para encajar a un Karim encantado de sobarle los pechos e inclinarse a besarlos como había besado los suyos no mucho tiempo atrás.

Siendo ella quien desencajaba la mandíbula ahora, subió la apuesta alargando la mano hacia la bragueta de Carver. Este recibió con una sonrisa su iniciativa y dejó que ella le acariciara verticalmente la erección. Karim no se perdió el espectáculo por estar ocupado manoseando a Kir Royale: alternaba las succiones, besos y mordiscos a su boca y cuello con miradas veloces y rabiosas al punto donde Paula masturbaba de manera superficial a un hombre que no era él.

Y por más que miraba, no se acostumbraba a la ira brava que le hacía sentir. Paula lo veía con claridad en el modo en que Karim ralentizaba sus movimientos un segundo antes de retomar la tortura sexual con mayor intensidad. Pagaba con Kir Royale su indignación.

Recordó que lo único que había conseguido alguna vez una reacción terminante por parte de Karim fue el beso de Red Eye. Así pues, y aun corriendo el riesgo de que interrumpiera la necesaria seducción de James Carver, echó todo el peso en las puntas de los dedos para alcanzar la boca del abogado y político, una boca tan distinta de la de Karim que podría haberse echado a llorar de pura tristeza. La de Carver no estaba enmarcada por el bigote y la perilla, su lengua no era una caricia de terciopelo, no sabía con qué movimientos de lengua devolver los suyos para ponerla a delirar entre sus brazos.

Sus besos no eran ni siquiera un sustituto de los que había perdido porque habría sido una blasfemia compararlos.

Cuando se separó de la boca de Carver buscó de inmediato a Karim. Lo encontró de espaldas a ellos, a punto de salir del palco, pero no para intervenir o reunirse con ella, como indicaba el hecho de que hubiera cogido de la mano a Kir Royale; pretendía dar por

zanjado el jueguecito sucio poniendo distancia de verdad entre los dos.

Se retiraba de la partida.

Y se retiraba, quizá, porque no le importaba.

Notó que Carver aflojaba su agarre y temió que además de haber perdido a Karim fuese a perder la atención del abogado. Gracias al cielo, no fue así. No se había dado ni cuenta de lo sucedido entre el dueño del club y la misteriosa mujer del *catsuit*. Se había retirado para sacar del pantalón del chino un móvil que había entrado en vibración.

Comprobó que además de una llamada perdida le habían dejado un mensaje de texto y, sin vacilar, volvió a guardarlo con prisa.

Miró a Paula a los ojos.

—Tengo que marcharme. ¿Cuándo podré verte otra vez, preciosa? ¿Cuál es tu nombre?

—Magic Garden.

—Magic Garden —se relamió—. Muy apropiado.

—¿Y el tuyo?

—Monkey Gland. Te buscaré en la fiesta de Año Nuevo y terminaremos lo que empezamos, ¿de acuerdo? Es una promesa.

Se inclinó a besarla en los labios otra vez, ahora con una intención sexual muy explícita y por eso mismo repugnante. Paula contuvo la bilis como buenamente se lo permitió el estómago revuelto y todavía logró despedirlo con una sonrisa lasciva. No fue hasta que confirmó que se había perdido entre la masa de gente que relajó los hombros tensos y lanzó un suspiro sonoro.

Un suspiro sonoro que, por suerte, se perdió en el aire.

La buscaría en la fiesta de Año Nuevo y terminarían lo que habían empezado.

Tal y como había sospechado, lo difícil había sido conseguir entrar en French 75 sin que su hermano o Karim la encerraran en una habitación de The Harrison, llamaran a la policía o la sometieran a una tortura digna de la Santa Inquisición. Encandilar a James Carver había sido pan comido. Una vez más, esos dones físicos que la habían condenado a despreciar la lujuria, a los hombres y también el

sexo le había abierto puertas que para otras personas habrían permanecido irrevocablemente selladas.

Sintió que la adrenalina se filtraba en su torrente sanguíneo, llenándola de una energía inusitada.

Así se sentía ganar, entonces. Así se sentía acercarse a la línea de meta, ver que los esfuerzos invertidos le eran retribuidos. Aunque tenía todavía un sabor amargo en la boca por el contacto físico y los besos intercambiados con el abogado, se animó a esbozar una sonrisa demente para celebrar la primera victoria.

Ya quedaba menos para el triunfo definitivo.

Ya quedaba menos para enterrar en vida a James Carver.

Capítulo 22

—¿Puedo preguntar por qué has ido directa a los brazos del tipo ese? —fue lo primero que quiso saber Rob Roy cuando Paula regresó a su lado sobreestimulada y fuera de sí.

Parecía que el amo no se dejaba seducir por el bello arte de la danza en grupo. Prefería reclinarse en una esquina a admirar el espectáculo en lugar de participar en él.

Siempre y cuando el espectáculo no fuese sexual, claro.

O siempre y cuando no estuviera padeciendo las consecuencias de una ruptura reciente, como le había dado a entender durante varias de sus salidas.

—No, no puedes preguntar —resolvió Paula.

Con una mueca divertida, Rob Roy levantó las manos en señal de amnistía. En una de ellas sujetaba lo que restaba del whisky de malta, apenas un dedo de líquido ambarino.

—Ni siquiera te lo he reclamado con celos, preciosa. Deberías relajarte. Tú y yo somos buenos amigos. Por eso he salido esta noche contigo. Porque somos amigos... —Observó que Paula se acodaba en la barra a la espera de que la camarera la atendiese. La imitó adoptando una postura desenfadada. Ladeó la cabeza hacia ella con una sonrisa suspicaz—. Sabías quién era, ¿no?

—¿Quién?

—El zorro plateado que has ido a buscar. Es difícil no estar al tanto teniendo en cuenta que sale en televisión. Hoy se ha arriesgado viniendo al club con el rostro descubierto. Yo no lo habría hecho si fuera él, eso ya te lo digo. Ni siquiera sabiendo que, gracias a Dios, está prohibido hacer fotos y grabar vídeos. —Hizo una pausa deliberada para escrutar la expresión premeditadamente neutra de Paula—. También estás al corriente de esa norma, ¿verdad? No puedes ir por ahí contando a quién has visto por aquí o, en su defecto, lo que le has visto hacer.

—Yo solo he divisado a lo lejos a un tipo atractivo y me he acercado, Magnus. Sé que piensas que soy asexual y misándrica, pero únicamente me veo representada en uno de los dos

diagnósticos. A mi parecer, con que estés libre de uno de los dos diagnósticos ya tiene sentido que vayas a hablar con un hombre.

—Pero no tiene tanto sentido que te dejes manosear por él.

Paula lo fulminó con la mirada.

—¿Qué eres? —le espetó de mal humor—. ¿La puta policía?

Rob Roy ocultó una sonrisa entre divertida y exasperada en tanto que la camarera surtía a Paula de su segunda cerveza. No había cenado en condiciones antes de empezar a vaciar botellines en el estómago, y tanto el inesperado encuentro con Carver como descubrir que Karim volvía a dormir acompañado le habían activado el sistema en el peor de los sentidos: se notaba ansiosa, impaciente por hacer algo. Al borde de la histeria, incluso. Y así era como se sentía porque en el fondo lo que necesitaba era huir de la tristeza insondable y la decepción que no habían dejado de acosarla desde la despedida de Carver, casi simultánea a la despedida de Karim.

—En el fondo entiendo el numerito. Querías poner celoso al Califa —Rob Roy cabeceó, comprensivo, y levantó su copa recién rellenada en señal de brindis—. Enhorabuena. Diría que lo has conseguido.

Paula desvió la vista al suelo.

—No lo habré conseguido tanto si se ha largado a una habitación privada a enseñarle el Kamasutra a Kir Royale —masculló con rencor.

—Kir Royale conoce el Kamasutra mejor que él, así que por su aprendizaje y conocimientos no te vayas a apurar. ¿Y qué esperabas? ¿Que se pusiera a llorar a tus pies?

«¿Por qué no?», se sorprendió pensando.

—¿Por qué estamos manteniendo esta conversación? —suspiró con la boca pegada al borde del botellín, al que ya le había dado un trago rápido—. Cuando te conocí eras curioso y algo impertinente, pero no parecías el puto hada del amor.

—Me alegro de que hayas mencionado el amor. No quería ser yo el que dijera primero que es eso lo que no te está sentando muy bien. Te noto tocadita de los nervios, cariño. Quizá deberías volver a casa y acostarte... o tomarte un Valium en lugar de una cerveza.

Señaló con la barbilla el gesto de Paula de empinar el codo.

—Y tú quizás deberías irte a hacer puñetas.

Rob Roy se echó a reír de buen humor.

—Joder. Tienes todos los síntomas. Estás nerviosa e irritable y no queda ni rastro de esa elegante indiferencia propia de la realeza que exhibías cuando te vi la primera vez. ¿Qué ha hecho Califa para enamorarte, si no es indiscreción?

Se le encogió el estómago.

«Claro que es indiscreción, gilipollas», le habría rugido si no tuviera una reputación que mantener.

—No me he enamorado. ¿Me has oído? —insistió viendo que no respondía—. ¡No estoy enamorada!

—Una doble negación equivale a una afirmación.

—¿Y eso quién cojones lo dice?

—Yo.

—Y tú eres el experto en esto del amor, ¿no? Por eso estás en casa con la mujer que adoras y no en un club para fetichistas y salidos —barbotó sin pensar.

No podía decirse que Rob Roy le hubiera confiado su pena más reciente, puesto que no había aportado datos importantes sobre el caso sino solo insinuaciones ambiguas, pero estas segundas habían bastado para que Paula supiera de sobra que su comentario podría ser de una crueldad injusta. Desde luego lo fue, porque él ladeó la cabeza para mirarla en un gesto resignado que parecía decir: «¿En serio, Paula?».

No le dio a Rob Roy la oportunidad de recordarle que él no era su enemigo y pedirle también que, por favor, reservara su lengua viperina para denostar a quienes merecieran de veras los agravios. Paula se disculpó e intentó desmentir su teoría al mismo tiempo soltando el botellín sobre la barra, tomándolo del rostro y poniéndose de puntillas para darle un beso húmedo en la boca.

Fuera por memoria muscular o porque, al final, ningún hombre se opondría jamás a los avances de una atractiva señorita, Rob Roy respondió a las demandas del beso.

No se pudo decir que la experiencia le resultara desagradable o que el sujeto fuese un mal besador, pero desmontó la cínica hipótesis de Paula de que, una vez despertada la bestia del deseo, cualquier tipejo con una mínima experiencia en el circo podía domarla a placer. No sintió el asco que le había producido tocar a

Carver, cosa que de todos modos tenía su justificación en una causa muy concreta. Tampoco revivió el rechazo visceral que le solía despertar la idea de complacer a un hombre, fuera cual fuera este.

Pero por Dios que se quedó muy lejos de vibrar como había vibrado en brazos de Karim.

Cuando se separó, Rob Roy la estaba mirando con una ceja enarcada.

—¿Qué tal? —inquirió con sorna—. ¿Te has reafirmado en que no estás encaprichada del otro, o has confirmado mi hipótesis de que solo te gusta besarte con él?

—No significa nada —se apresuró a decir ella, y dio un trago nervioso al botellín. Al ritmo que estaba bebiendo, no le sorprendía notar la cabeza y el cuerpo pesados pero el espíritu sobrevolando el salón. Mirándola con juicio, además. Apuró la cerveza, aun así, e hizo un gesto con el mentón hacia la puerta—. Vámonos ya, por favor. No tiene sentido seguir aquí.

Sin esperar una respuesta de Rob Roy, depositó el botellín sin apurar sobre la barra y echó a andar hacia la única salida que conocía. Esa por la que no mucho tiempo atrás Karim la había arrastrado para sacarla cuanto antes del club.

Tenía tan presente el cambio drástico de su relación por culpa de los comentarios del amo que sintió que se mareaba abriéndose camino pasillo a través. Los ojos se le llenaron de lágrimas de incredulidad; incredulidad hacia el hecho de haber besado a Carver, incredulidad hacia el rechazo tajante de Karim, incredulidad hacia sus propios sentimientos.

¿Por qué demonios le dolía tanto no estar con él? ¿Quién coño era él, joder? Siempre había estado ahí y casi nunca le había prestado atención. ¿Por qué tenían que afectarla su presencia y su ausencia ahora?

«Maldito seas», se lamentó.

—No es por ahí —le dijo Rob Roy a su espalda.

En lugar de detenerse o girar en redondo para seguir sus órdenes, Paula siguió caminando hacia arriba, más arriba, más arriba. Algo interesante debía de estar sucediendo en las habitaciones privadas.

No tardaría en reconocer el papel de pared: el mismo que había captado su interés en el camino hasta las salas aptas para sesiones voyeristas, ahí donde Paula había vivido su primera y última sesión dominante con Karim.

Rob Roy la alcanzó sin prisa. Confiaba en ella y en el lugar al que decidieran guiarla sus deseos. Al menos, Paula interpretaba la calma del amo como que no estaban haciendo nada prohibido.

Continuó su expedición.

No quería reconocer ante sí misma que buscaba a Karim; que tenía la esperanza de encontrárselo, todavía de brazos cruzados, al otro lado de una cristalera, esperándola para reprenderla o disculparse por haberla apartado sin más. No se consideraba celosa en lo más remoto, pero una corazonada le decía que tras el desprecio del otro día no se tomaría con deportividad que hubiera retomado su ajetreada vida sexual.

Ni siquiera había terminado de averiguar cómo la haría sentir que Karim se acostara con otra cuando llegó a la pequeña antesala con vistas a la habitación para voyeristas. Reconoció los sillones en los que la Paula y el Karim del pasado se habían puesto cómodos para adivinar cómo se las gastaba el futuro matrimonio sadomasoquista. Reconoció la puerta colosal, con su botón y su luz verde. Y, por último, reconoció la melena negra de la mujer que se encaramaba a la cama completamente desnuda para acudir al llamado del hombre que le tendía la mano.

También reconocía a ese hombre.

Su piel morena. Sus ojos del color del aceite.

—¿No me ven? —preguntó con un hilo de voz a sabiendas de que no, no la veían.

No la habían visto el amo y la sumisa a los que conoció aquella primera noche, al menos.

—No. Desde el interior no se sabe si hay público o no.

—¿Qué sentido tiene eso?

—Si quieres ver quién te mira, hay otra sala. Esta es para los que permiten que se les observe, pero no les interesa saberlo.

A Paula le costó tragar saliva. Kir Royale se acababa de sentar a horcajadas sobre Karim y él, con una media sonrisa socarrona, le

retiraba el pelo de la cara antes de aceptar el regalo de sus labios.

Paula le había confesado que no le había gustado estar a su merced completamente desnuda mientras él conservaba la mayoría de las prendas. Estaba claro que a él sí le gustaba que las mujeres estuvieran a su merced y completamente desnudas en esas circunstancias, porque con Kir Royale había repetido la dinámica.

Y ella sí habría prestado sin oponer resistencia.

Se sintió indefensa contemplando la escena.

¿Eran celos? En tal caso, ¿los celos determinaban si se quería o no a alguien? ¿Determinaban cuánto? ¿O no significaban nada en absoluto?

A Paula nunca le había importado que Karim tuviera sexo a menudo. Si acaso le producía rechazo que alguien pudiera tener un apetito tan desmesurado, pues suponía que al no atender a criterios de ninguna clase, arramplaba con lo que se le pusiera por delante. Después de haber probado según qué prácticas con él, no se podía decir que esto hubiera cambiado: no le había importado que le hiciera un *cunnilingus* a la joven de la pasada noche. Y, en el fondo, tampoco le importaría descubrir que había seguido acostándose de manera esporádica con mujeres anónimas mientras a ella la besaba por toda la casa y todo el centro de San Francisco.

Pero esa noche en concreto sí le importaba.

Y le importaba porque la había rechazado.

No creía que el hecho de que Karim tuviera plena libertad para probar carne fresca pudiera disputarle su puesto. A su modo de ver, era compatible que disfrutara de otros cuerpos al mismo tiempo que gozaba del suyo. Ahora, sin embargo, Paula estaba fuera de su lista de opciones. No podía ser la primera porque no era nadie para él.

—En cualquier caso, ¿cómo podrías saberlo? —barbotó ella de pronto. Lo dijo de forma atropellada, como si así pudiera disimular que la respuesta a la pregunta la afectaría.

Sintió la mirada insondable de Rob Roy clavada en su perfil.

Había conseguido contagiarlo de su ánimo inquieto y nostálgico.

—¿El qué?

Paula tragó saliva e hizo un movimiento frenético e impreciso con la mano. Contestó con la misma impaciencia, incluso con fastidio.

—Lo de que estás enamorado.

Rob Roy apartó la vista de ella y se centró en la escena que se desarrollaba al otro lado del cristal. Se tomó tanto tiempo para contestar que Paula no pudo sino sorprenderse. Desde el primer momento, el amo se había presentado como un hombre que captaba al vuelo las energías de una habitación, la naturaleza de un vínculo y la verdad de las cosas. No necesitaba detenerse a echar un largo vistazo o reflexionar. Su intuición hacía el trabajo por él.

Que le diera más de un pensado, pues, tenía dos significados claros: que lo había estado meditando largo y tendido por su cuenta antes de que arrojara su pregunta y que no quería más que ofrecerle su ayuda sincera para deshacer la maraña de sentimientos.

—Lo sabes por la curiosidad.

—¿La curiosidad?

—Si eras una persona que hablaba, cuando te enamoras te conviertes en una persona que escucha.

—¿Y si eras una persona que escuchaba de por sí?

—Seguirías sabiéndolo por el exceso de curiosidad que te digo. De pronto, cosas que no te importaban empiezan a ser muy relevantes para ti. Quieres saber dónde está y con quién. No por una cuestión de control, sino por el deseo de participar en su vida, aunque sea en diferido y a posteriori. Además del deseo de participación que digo, está el deseo de deducción: si conoces los datos materiales, como el cómo, el quién y el dónde, puedes más o menos imaginar qué ha sentido y qué ha pensado, los dos misterios cuyo conocimiento atormenta y apacigua a un enamorado. Y aparte de la curiosidad —prosiguió—, lo sabes porque cambias.

—¿En qué sentido?

—Eres más paciente. Eres más vulnerable. Eres más dulce. Eres mejor persona, quizá.

—No soy mejor persona.

Lo dijo con alivio, feliz de haber encontrado una fuga en su argumento.

—Yo tampoco —admitió él con una sonrisa triste—, pero creo que es porque ni tú ni yo nos hemos dado la oportunidad. ¿Qué

esperamos del amor si elegimos la distancia y la negación? No nos queda otra cosa salvo la amargura.

—No quiero estar amargada —se le escapó de repente.

No había apartado la vista de Karim y Kir Royale, que se hallaban inmersos en su sesión de besos y caricias. Preliminares, en definitiva. Preliminares que Paula no había tenido la oportunidad de explorar con él porque había sido demasiado lenta, demasiado indecisa, demasiado crítica, demasiado *demasiado*.

—¿Y qué vas a hacer al respecto? —le preguntó Rob Roy con gentileza.

Paula se había conformado con la decisión de Karim, en gran medida porque eso era lo que ella esperaba cuando tomaba un curso de acción: que se respetara su criterio y se la dejara vivir en paz. Pero a lo mejor no era eso lo que él quería. A lo mejor él quería que, para variar, Paula demostrara que lo vivido no había sido un capricho e insistiera un poco más.

Sintió que sus pies no tocaban el suelo cuando se dirigió a la puerta y pulsó el botón para pedir, no, exigir una cuota de participación. Karim la invitó a pasar con la naturalidad del que había invitado a desconocidas miles de veces antes, y entre envalentonada y furiosa porque su experiencia fuera tan vasta en comparación con la suya, se plantó en la habitación con gesto determinado.

Karim separó los labios nada más verla allí parada, pero no llegó a articular palabra.

Paula esperó a que Kir Royale mirara por encima de su hombro, no muy convencida de tener que compartir a su amo. En cuanto hicieron contacto visual, sufrió un latigazo de posesividad impropio de ella que la instó a rugir:

—Sal de aquí.

Kir Royale pestañeó dos veces antes de sonreír incrédula.

—¿Perdona?

—Que te largues.

La sumisa soltó una risita nerviosa. Paula comprendió entonces que su rostro no le era desconocido. O la había visto antes o le habían hablado de ella. Cualquiera que fuese el caso, la conclusión

era solo una: Kir Royale la tomaba por una amenaza seria en lo que tocaba a Karim.

—Oye, guapa —amenazó con los ojos entrecerrados—, yo solo obedezco órdenes de mi amo, ¿me oyes? ¿O quién te has creído que eres?

—La dueña de ese amo tuyo —soltó sin más ceremonia—. Si conoces los órdenes jerárquicos, sabrás que me corresponde a mí tomar las decisiones.

Capítulo 23

Kir Royale se quedó patidifusa. Vacilante, alternó una mirada entre Paula y Karim, que, una vez concluido el choque de titanes, solo tenían ojos el uno para otro; ojos embriagados de deseo reprimido y por eso mismo dolorosamente intenso.

Cuando el dominante consiguió despegar la vista de quien le había robado el aliento, se centró un instante en su sumisa y solo asintió con la cabeza.

Así le daba la venia para que marchara en paz.

Indignada, Kir Royale apretó los labios. Se incorporó y recogió las pocas prendas que había perdido, apenas un tanga y una mísera parte de arriba que pretendía hacerlas de top.

Salió de allí dando zapatazos a los que nadie prestó la más mínima atención.

Paula se adentró en la habitación en cuanto Kir Royale se despidió con un portazo. Caminó con el tiento y la cautela del animal salvaje pero astuto que estudiaba a su presa escurridiza. Todavía no sabía qué era Karim en esas circunstancias, si su posesión de verdad o alguien a quien le convenía temer por más que le hubiera demostrado que era sólido y confiable.

Nunca había sentido atracción física por nadie por quien no hubiera albergado a la vez sentimientos profundos, pero se negó a reconocer que le atrajese la visión del torso desnudo de Karim por algo distinto de su objetiva hermosura. Seguía sentado en la cama con las manos apoyadas a la espalda y las piernas ni recogidas ni estiradas. No por evocar una postura de letargo menguaba su peligrosidad.

A Kir Royale solo le había dado tiempo a despojarlo de las prendas superiores y desabrocharle el botón del pantalón. Por lo demás, sus accesorios se reducían a los anillos y los ojos dorados, que brillaban en la penumbra como faros en alta mar.

Paula se plantó a los pies de la cama con los hombros tensos y la respiración viciada por la amalgama de emociones que la tenía desconcertada.

Decidió apagar el sentido común y solo seguir su instinto.

—¿Ibas a acostarte con ella? —preguntó en voz baja.

—Sí. —Karim ladeó la cabeza como si la encontrara adorable. Había una intención de ser condescendiente, pero en el fondo de sus ojos solo había una tensa curiosidad, incluso un respeto temeroso por lo que ella hubiera venido a hacer con él—. ¿Pensabas que iba de farol cuando te dije que tú y yo no iríamos a ninguna parte?

—Lo que pensaba era que te gustaba lo prohibido.

—Cuando lo prohibido merece la pena, desde luego. —Sus ojos emitieron un destello furioso que conjugaba la indignación y el deseo. Estar enfadado o decepcionado no le había ayudado a olvidarla—. Pero parece que no tienes corazón.

—Seguro que es el corazón la parte que más te gusta de Kir Royale —se burló Paula con frialdad. Apenas había conseguido camuflar que su comentario se le había clavado en el pecho como un hierro candente.

Karim se encogió de hombros con desdén.

—Ella es lo que es. No se esconde.

—Tiene el valor que a ti te falta, ¿no?

Karim se incorporó hacia delante muy despacio y apoyó los antebrazos en las rodillas flexionadas. Era la postura que le había visto reproducir mil veces antes, siempre que se cansaba de acertar canastas o trotar por la cancha y decidía que era el momento de descansar, jadeante, sobre las líneas que delimitaban el área.

El contexto era ahora muy distinto. En su mirada astuta no brillaba el orgullo de un partido exitoso, sino el desafío.

—Así como la disciplina de la que tú careces. Ahórrate los insultos y las humillaciones..., *Magic Garden*. Te recuerdo que tú y yo no vamos a volver a jugar a ser dominatriz y sumiso.

—¿Y si jugáramos esta vez al amo y la sumisa? —propuso. No pensaba darse por vencida—. ¿También te opondrías? No habrías permitido que echara a tu Kir Royale si no pretendieras que alguien la sustituyese.

Karim esbozó una sonrisa distante.

—Le tienes muy poca fe a mi autocontrol, ¿verdad? Supongo que es culpa mía por lo que vengo demostrando estas semanas. Tendré

que recordarte de alguna manera que he perfeccionado durante más de diez años el arte de resistirme a ti.

Se levantó de la cama con agilidad felina y pasó por su lado con el propósito de invitar a Kir Royale de nuevo a la habitación.

Paula miró por encima de su hombro la espalda en forma de uve de Karim.

—Estaré encantada de ver lo bien que lo has perfeccionado —respondió con fingida indiferencia.

Esto sorprendió al amo, que frenó en seco.

—¿Cómo?

—Vas a acostarte con ella, ¿no? Es lo que ibas a hacer antes de que me colase. Me interesa averiguar de qué me has privado exactamente con tu rechazo. Al final, la promesa que te has hecho es no tocarme, ¿me equivoco? Eso no impide mi participación pasiva en tus aventuras.

Karim imitó su postura echándole un vistazo incrédulo sin girarse. Un silencio cómplice se instaló entre los dos, permitiendo que Paula apreciara por fin a través de los altavoces la música suave que amenizaba las sesiones.

Una voz femenina y sensual entonaba una declaración de amor frustrado. La letra expresaba el deseo insatisfecho, agotado, quizá, tras una espera demasiado larga.

So tell me, baby, do you want me like I want you?
Even if you did you wouldn't say, I know you (...)
'Cause I was dyin' for this love, this love[28]

—¿Quieres mirar? —preguntó Karim al cabo de unos segundos eternos.

Paula viró sobre los talones y caminó hacia él con paciencia. Se plantó ante su pecho desnudo y lustroso por el sudor.

Lamentó todos los conocimientos que había recabado durante su aventura amatoria; tener la conciencia de cómo se movían sus labios contra los suyos, de cómo sabía su boca dependiendo del momento del día; de las palabras que pronunciaba cuando perdía los papeles, los sonidos ni humanos ni animales con los que profanaba el

silencio. Ese saber le pesaba y la torturaba ahora que se lo habían arrebatado.

Se puso de puntillas y, sin apoyarse en él —ahora la prohibición iba en ambas direcciones: ella tampoco podía tocarlo—, le susurró al oído.

—Quiero que la acaricies como si fuera yo. Quiero que te muevas como lo harías si me estuvieras follando a mí.

Karim se estremeció con la orden, como si le hubiera llegado a la parte del cerebro que obligaba a obedecer. Vio que tragaba saliva con dificultad y a la vez se erguía, no supo si intimidado por lo que a todas luces era una responsabilidad abismal, a lo mejor hasta una falta de respeto hacia Kir Royale..., o decidido a aceptar el reto.

Quizá todas a la vez.

Karim la miró de soslayo con los ojos casi cerrados. Tuvo que alzar la voz para que se le oyera al otro lado de la puerta.

—Vuelve a entrar.

Asumiendo que había dado su consentimiento tácito, Paula se apartó del acceso y de la cama para sentarse en el borde del potro de tortura del que disponía la habitación. Pensó con sorna que la forma de la herramienta recordaba a los bancos de las iglesias, que también contaban con un tablón debajo del asiento para apoyar las rodillas.

O se le había pasado la indignación o no tenía nada que reprocharle a su veleidoso amo, porque Kir Royale no regresó con el ceño fruncido y tampoco con la ropa puesta; se plantó ante Karim con la expresión entre inocente y coqueta de una niña a la que le gustaban las travesuras y esperó, paciente, a que diera la siguiente orden.

Paula absorbió su postura abnegada con una mezcla de rechazo y curiosidad.

Si ella hubiera querido someterse a Karim, habría tenido que hacerlo respetando la idiosincrasia del BDSM, y, esto es, reproduciendo el comportamiento exacto de las sumisas que la hubieran precedido. No le gustaba pensar que eso era lo que él quería de ella: una mujer idéntica a las demás en carácter y disposición que para colmo se plegara a sus deseos sin oponer

resistencia. Pero, al mismo tiempo, Kir Royale ofrecía un aspecto tan atractivo y seguro de sí mismo que no pudo sino reconocer que la estética del sadomasoquismo era imbatible.

Al menos, la pareja que formaban Karim y la joven asiática resultaba más que hermosa: le parecía coherente. Un hombre guapo y una mujer espectacular. Igual e igual.

¿Se vería ella igual de espectacular a su lado? ¿Tendría Karim con ella el mismo sentido?

El amo tomó de la mano a Kir Royale y le besó el dorso muy despacio. Coló sus labios llenos entre los huecos de los dedos, los presionó contra el canto de la palma y en la venosa muñeca, como el caballero medieval que se rebelaba contra la contención del amor cortés.

Con el aliento contenido, Paula observó la gentileza con la que se movía, preguntándose si siempre sería así o si Karim estaba siendo especialmente tierno porque de veras la imaginaba a ella.

La duda no le duró mucho tiempo. Él aprovechó que tenía que ladear la cabeza para seguir el recorrido de besos por el pálido antebrazo femenino y clavó en Paula una mirada ardiente.

Ella, que se jactaba de conocerlo, supo que le estaba trasladando un mensaje claro.

«Vas a lamentar no estar en su lugar».

El recorrido de sus labios ascendió hasta el hombro. Allí solo se detuvo para propinarle un pequeño mordisco que hizo suspirar a Kir Royale. Los besos continuaron por la clavícula y el cuello y desembocaron, al fin, en la boca, en un apoteosis descontrolado de humedad.

Karim entrelazó los dedos con los de la sumisa y así la condujo hasta la cama, con la misma elegancia que si fueran a bailar un vals sin música. La sentó en el borde del colchón, donde Paula pudiera verla bien, y acto seguido se colocó de espaldas a Kir Royale para seguir tentándola con su boca. Le retiró la melena larga del hombro para besarle, morderle y lamerle el cuello, mientras que con las manos la acariciaba primero en el bajo vientre y, no mucho más tarde, entre las piernas, que Kir Royale separó obedientemente para él.

Paula se estremeció. La había invadido la misma sensación que la primera vez que estuvo en aquella habitación: no estaba viendo porno, sino lo que de verdad podía suceder entre un hombre y una mujer que se deseaban con el permiso del consentimiento pleno. Kir Royale se entregaba a él sin condición alguna. Para saberlo bastaba con observar sus extremidades laxas, la manera en que echaba la cabeza hacia atrás para apoyarla en el torso firme de Karim.

Se conocían desde hacía bastante tiempo, al fin y al cabo. Era su «sumisa oficial», o así la había descrito Rob Roy. Por inconcebible que pareciera según la ciencia, que clamaba que el intercambio de fluidos generaba oxitocina, la hormona fundadora del amor, no se habían enamorado en todo ese tiempo. Pero desde luego parecía que ella lo amara por el modo en que arqueaba su cuerpo e intentaba atrapar entre los muslos la mano que la masturbaba, no para impedir su dulce tortura, sino para instarlo a seguir.

Karim apoyó la barbilla en el hombro femenino para mirar hacia Paula. Kir Royale, en cambio, tenía los ojos cerrados y jadeaba en función de la profundidad con la que él la penetraba con los dedos.

Incluso en la distancia, Paula podía jurar que la sumisa estaba biológicamente excitada. Cuando Karim paraba por el placer de verla retorcerse y hacerla rogar que continuara, advertía el brillo transparente de sus fluidos, la humedad que había salpicado sus pliegues rosados.

Ella no tenía el sexo tan pálido, pensó, sin saber cómo sentirse al respecto. La única persona que le había dado placer antes que Karim lo había señalado sin ninguna acritud, tan solo como un dato descriptivo, pero tal vez él, que de haber probado tantos cuerpos se habría reservado el derecho a ser exquisito, hubiera encontrado el suyo insuficiente.

¿Le importaba a Paula lo que él opinara? ¿De veras iba ahora a preocuparse por detalles a los que nunca antes había dedicado un pensamiento?

La respuesta era obvia.

No.

No le preocupaba ser más o menos atractiva que Kir Royale.

Pero seguía guardando una opinión sobre Kir Royale.

Paula tenía los pechos grandes, las nalgas abundantes, los muslos anchos y redondos. La asiática parecía modelo: cintura estrecha, caderas justas, pezones pequeños. Y más allá de los aspectos físicos, mirarla era hipnótico. Su manera de suspirar, de contraer los abdominales y buscar la boca de Karim sin miedo de que la pasión la hiciera vulnerable no solo no la dejó indiferente, sino que le produjo una punzada de deseo.

¿Se había entregado ella de esa manera la mañana que retozó con él en el sofá? ¿Habría sido así de accesible? ¿Quería ser tan accesible, o quería que la viera siempre tal y como Paula ansiaba ser: indiferente, intocable, inconmovible?

—¿Te gusta? —quiso saber Karim.

Kir Royale asintió entre gimoteos, pero la pregunta no iba dirigida a ella, sino a la callada Paula, que alternaba miradas entre la expresión malévola del amo y el éxtasis de su amante.

¿Le gustaba?

Se tomó su tiempo para paladear una respuesta sincera. Sí y no. Sí, pero no del todo. Un sí inexacto. Sentía que no le habría importado verlo otro día, con otra mujer. Pero esa noche contemplaba la escena con cierta inquietud, quizá porque esa noche Paula no era la primera en la lista. No era la favorita. No era por la que Karim se plantearía obedecer una orden.

Esa noche, nada era seguro.

—¿Quieres verme desnudo?

Paula alzó la vista hacia Karim, que esperaba en vilo su contestación. Asintió con la cabeza igual que Kir Royale, que no abrió los ojos hasta que el orgasmo la sorprendió con sus devastadores efectos.

Correrse entrañaba una cierta vulnerabilidad. No entendió cómo era posible que hubiera gente dispuesta a exponerse a que terceros lo vieran; a que un público de voyeristas lo vieran. Correrse delante de Karim había tenido sentido para ella solo porque habían disfrutado de una mínima intimidad.

Pero a Kir Royale no le importaba.

Tampoco le había importado que la echaran y luego la invitaran a pasar de nuevo.

Paula lo encontraba inspirador y atrayente.

Rob Roy le había dicho que se trataba de una mujer tremendamente experimentada. No habría límite que no estuviera dispuesta a cruzar, mientras que Paula había cercado a Karim por todas partes en lo que a su cuerpo respectaba. Le había vetado caricias; hasta los mismos besos al principio.

No pudo decirse que se sintiera amenazada por todo lo que Kir Royale era, ni siquiera porque era todo lo que Paula nunca sería. Pero sí experimentó un fuerte antagonismo a la vez que una poderosa y turbadora atracción.

¿Cómo sería vivir libre de todo prejuicio? ¿Cómo sería follar con un desconocido sin pensar en los significados implícitos de prestarse a una práctica humillante u otra, sin avergonzarse, sin asquearse del placer de un hombre que, igual que la había tocado a ella, tocaría a cualquiera?

Siempre había pensado que los hombres sadomasoquistas carecían de criterio, pero la experiencia demostraba lo contrario. Marcelo era fetichista y cruel, y, sin embargo, Nicole habría sido la pieza central de cada una de sus noches de desenfreno. Rob Roy era un amo empedernido y se había enamorado de una mujer que sospechaba que no se movía en el circuito BDSM. Karim regentaba un club dedicado a la perversión por convicción propia y se había doblado ante ella.

No cualquiera les valía, entonces.

En eso Paula podía encontrar un ligero parecido. Un punto común.

Tampoco a ella le valía cualquiera.

Karim tendió boca arriba a Kir Royale y se abrió un hueco entre sus muslos, que no por estrechos estaban menos tonificados. En esta nueva posición, Paula solo acertaba a ver el cabello de la asiática desparramado colchón abajo y sus rodillas formando un vértice. Karim era el protagonista central del cuadro, erguido ya sin pantalones y entregado a una sesión de caricias devotas a las piernas que se había apoyado por los talones en los hombros.

Paula recorrió con la mirada el torso que había visto cientos de veces antes. El examen avivó una contradictoria mezcla de

familiaridad y sorpresa. Era un fenómeno curioso que mirando a la misma persona se pudieran experimentar sensaciones tan distintas cada vez. Siempre había despreciado la anatomía masculina. Todo lo masculino, en realidad. Pero él era cada vez más bello. Prácticamente perfecto. Se deleitaba en el modo discreto en que los músculos ondulaban bajo su piel dorada, como si hubiera un estanque de vida bajo esa superficie; en el vello oscuro que dejaba crecer donde él quería, delatando así el aspecto central de su carácter: las cosas se tenían que hacer a su manera.

Se imaginó en el lugar de Kir Royale, tumbada de esa manera tan expuesta. Paula fue Kir Royale en el suelo del salón apenas unos días atrás, pero entonces se había inclinado más por el rechazo que por la satisfacción. Amo y sumisa estaban hoy en una cama y más o menos en igualdad de condiciones; esa era una diferencia. Otra gran diferencia era que Karim era inofensivo esa noche para Paula. En todo caso, era el torturador de otra mujer... y el responsable de producirle placer a ella, la observadora, a través de ese otro cuerpo.

Lo vio apoyar las manos en el colchón para inclinarse sobre Kir Royale. Tomó su boca despacio, y luego se alimentó de su cuello. Se bebió sus gemidos acariciándole la nariz con la propia. Desde esa posición, alzó la barbilla lo suficiente para mirar a Paula, para que no olvidara ni por un segundo que todo aquello era una fantasía; la prueba de lo que podrían haber sido juntos, de lo que podrían haber hecho, si no fuera un cobarde o, aunque ella odiara admitirlo, un amigo fiel.

—Te deseo tanto —oyó que decía. Paula se quedó muy quieta—. Si pudiera, te haría esto todos los días, a todas horas.

—Entonces...

Karim silenció a Kir Royale poniéndole un dedo sobre los labios. Ella no volvió a intentar hablar, pero hizo saber en todo momento lo que iba sintiendo con sonidos variopintos.

Paula descubrió que estaba incómoda en el potro porque la excitación se había colado también entre sus piernas. Modificó la postura lo justo para rozarse con el asiento acolchado, y no se atrevió a hacerlo de nuevo por miedo a volver a jadear por lo bajo.

Como si tuviera los sentidos hiperdesarrollados, Karim irguió la cabeza al escucharla y apretó la mandíbula Dios sabía por qué.

Para recordarse que no podía abandonar lo que estaba haciendo e ir a por ella.

Para lamentar su maldita suerte.

El deseo imposible de Paula, la hermana prohibida, le secó toda la ternura e impuso la rabia en su lugar: Karim no fue ni tan gentil ni tan paciente cuando se incorporó y le separó las rodillas a Kir Royale para embestirla bruscamente.

Paula aguantó la respiración a la vez que ella, como si estuvieran conectadas de algún modo. Tal vez lo estuvieran. Ambas eran deseadas por Karim, si bien no en la misma medida.

Aunque llevaba toda la vida evitando participar en ninguna manifestación real o ficticia del sexo, clavó la vista en el punto en el que se unían sus cuerpos.

Ya sabía que él era grande en todos los sentidos y sabía cómo se sentía el húmedo resbalar de su miembro en el sexo; la presión del prepucio abriéndose camino. Pero no podía ni imaginar cómo se sentía la unión total. Debía de ser dolorosa, y, sin embargo, Kir Royale gemía y se retorcía con cada una de las rítmicas embestidas. Alargaba las manos hacia él, pero él le impedía tocarlo como se lo había impedido a Paula aquella mañana y se las clavaba en el colchón en señal de dominancia.

No contento con domarla en aquella postura, la manipuló a placer para ponerla a cuatro patas y volvió a penetrarla. Kir Royale habría salido propulsada hacia delante con el empujón si Karim no la hubiera agarrado del pelo a tiempo.

Paula se llevó la mano al cuero cabelludo en un gesto de empatía, sintiendo allí el picor del tirón. También sentía a menor escala la presión y el cosquilleo entre los muslos, presión y cosquilleo que la obligaron a introducirse la mano y juntar las rodillas para proteger su cuerpo del deseo.

Pero el deseo se propagaba por todo su ser con o sin su consentimiento.

Quizá por eso lo odiaba. Porque escapaba a su control.

Karim también era un obseso del control y, sin embargo, disfrutaba de aquello en lo que le convertía la impenitente persecución del placer. En esta nueva posición seguía pudiendo mirar a Paula, y la miraba con los ojos en llamas, dos topacios encarnados.

Creyó que le causaría rechazo el inevitable engreimiento que venía con el hecho de montar a una mujer, que le asquearía su rostro contraído por las ganas desatadas. A fin de cuentas, Paula odiaría que la pusiera de rodillas. Odiaría que la tratara como una puta.

Pero eso era la teoría.

Le gustaba verle gozar, esa era la verdad. Le gustaba verle fuera de sí con alguien que no era ella, porque ella no se concebía participando en sus deseos de forma tan activa sin sentirse sucia después. No soportaría que le hiciera algo así, que le tirase del pelo, la azotara de golpe, mascullara una grosería y la penetrara con crudeza..., pero le encantaba que pensara en ella mientras se lo hacía a otra mujer que sí podía disfrutarlo. Paula se sentía la urdidora de un plan maestro cuya ejecución podía sentarse a contemplar con orgullo. Era la reina que admiraba cómo sus peones desempeñaban felizmente sus respectivos roles.

Karim dominaba a un nivel físico y Paula dominaba a un nivel espiritual.

Así, ninguno de los dos cedía el poder.

Al igual que ella fue la primera y única en correrse la mañana de la discusión, Kir Royale alcanzó el orgasmo primero. Reconoció en la sumisa los mismos efectos que transformaron su cuerpo por unos dulces y efímeros segundos. Reconoció también en Karim, en el frenético vaivén de sus caderas, que se iba aproximando asimismo al final feliz.

Con la mente en blanco, Paula se levantó. Él se percató al instante y se desconcentró lo suficiente para posponer el clímax; lo justo para que ella se encaminara hacia la pareja y se colocase de rodillas a los pies de la cama. Alzó la barbilla hacia Karim y lo miró sin decir nada. Su deseo estaba implícito en su expresión.

Del mismo modo que había dado el pistoletazo de salida, quería ser quien cerrase la función.

Él, que en semejante estado febril no habría podido oponerse a nada, abandonó el cálido interior de Kir Royale. Agarrándose la polla dolorosamente recta, se giró, sin bajar de la cama, para apuntar con el *piercing* al rostro de Paula.

Más adelante se preguntaría qué la había motivado a emprender tal iniciativa, pero si le hubieran exigido una explicación en ese momento, habría dicho que era lo que debía hacer.

Abrió la boca y esperó, sin pestañear, a que Karim apoyara el miembro entre su lengua y su paladar. Estaba salado, húmedo y ardía. No le disgustó la sensación.

Paula siguió su instinto y relajó la garganta con la aplastante certeza de que podría engullirlo entero. Y así fue. Se tragó su polla hasta rozarle el vello público con el arco de Cupido y, cuando creyó que la acechaba una arcada, escondió los labios para separarse despacio. Solo lo suficiente. Siguió acogiéndola sobre la lengua, endurecida y palpitante, hasta que el semen caliente le colmó el paladar.

Karim alargó la mano libre hacia su barbilla y evitó que el líquido le manchara el traje rescatándolo con el pulgar. En cuanto Paula tragó sin poner muecas ni reaccionar en lo más remoto, le introdujo el dedo en la boca y esperó a que terminara de lamerlo para esbozar una sonrisa turbada.

—¿Así sí? —le preguntó él con voz queda.

Ella asintió con la cabeza.

—Así sí.

Capítulo 24

Karim cerró la lista de invitados poniéndole un historiado rabillo a la «t» del apellido Cabot. Con esto terminaban sus tareas pendientes de conclusión antes de viajar a Santiago de Chile para celebrar las fiestas navideñas.

El reloj de pulsera marcaba la una del mediodía, lo que significaba que contaba con un par de horas para recoger sus pertenencias del ático y enfilar al aeropuerto de San Francisco. El vuelo le obligaría a hacer escala en la ciudad de Dallas y, a no ser que hubiera retrasos —lo más probable, considerando las fechas que eran—, llegaría a la casa de la familia León a la mañana del día siguiente. Solo tendría que sacrificar diecisiete preciadas horas de su vida, más de seis matando el tiempo en las salas de espera del aeropuerto, para poder pasar tres días en compañía de quienes eran prácticamente sus padres adoptivos.

Y, por supuesto, de Paula, a quien más que nunca le convenía mantener a distancia.

«Algún día tendré un avión privado», se juró mientras cerraba la libreta y se recostaba en el asiento del despacho. Sí, pondría fin a la tortuosa precariedad de las escalas y dejaría de conformarse con los vuelos comerciales que ofertaran las aerolíneas adquiriendo un lujoso jet con los asientos en cuero blanco. Le pagaría una pequeña fortuna al piloto de rigor a cambio de que estuviera disponible a cualquier hora del día para llevarlo a Nueva York a las tres de la madrugada si se le antojaba ir a un musical de Broadway o solo pasear por Central Park.

Todo lo que estaba en sus manos solucionar había quedado sobradamente resuelto. Junto al ligero equipaje que le esperaba en el recibidor del apartamento, había depositado los regalos para Marcelo y el señor y la señora León. Con esta última se entendía de maravilla a pesar de las diferencias culturales.

Se había encargado en persona de comprar los presentes, envolverlos con primor y escribir el nombre de su futuro dueño con la mejor caligrafía. El único regalo que todavía no había adquirido

era el de la mujer que asistiría a las cenas navideñas y, a fin de ayudar con los preparativos, se había adelantado a Marcelo y a él tomando el vuelo del día anterior.

Llevaba una semana sin dejar de darle vueltas al condenado regalo. Ese año no sería tan fácil como comprar algo que le hiciera ilusión, tarea imposible para Marcelo y el resto de sus familiares pero pan comido para Karim: históricamente, se había erigido como el mejor Papá Noel de la casa regalándole una colección de libros de Bertrand Russell, otra de Georges Bataille, un calendario de Adviento de maquillaje de su marca preferida, una suscripción anual a Crunchyroll para disfrutar de sus bienamados *animes shoujo* y videojuegos de género arcade, *RPG* o acción para la PlayStation.

Seguir por esta línea de opciones le valdría una sonrisa exuberante de Paula y su aliviado agradecimiento, pues el regalo de Karim siempre llegaba en el momento justo; cuando ella ya había empezado a perder la esperanza de que sus seres queridos, los que se suponía que mejor la conocían, acertaran.

Pero este año Karim no debía querer ni impresionarla ni satisfacerla. No podía llevar a cabo ningún gesto que diera a entender que le importaba hacerla feliz después de haber determinado que tenían que mantener las distancias.

No podía aparecer, sin embargo, con las manos vacías. Era la casa de Paula tanto como era la casa de la señora León. Y aunque hubieran celebrado la cena y almuerzo de Nochebuena y Navidad respectivamente en The Harrison por cortesía de Karim, nunca se vería capaz de sacar los regalos de su escondrijo y pasar por el lado de Paula sin entregarle su parte.

Hacerle un desaire era superior no solo a su educación, de la que se enorgullecía y hacía gala en toda ocasión, sino también a sus fuerzas.

Alguien lo sacó de sus pensamientos llamando a la puerta con los nudillos. No reconoció en el enérgico golpeteo los ritmos pegadizos que improvisaba Marcelo, la prudencia de sus guardias de seguridad o la suavidad de God Mother.

—Adelante.

¿Cómo iba a reconocer de antemano al invitado? Era la primera vez en la historia de su relación que Kir Royale ponía un pie en French 75 con el sol aún brillando en el cielo. También era la primera vez —o una de las muy escasas veces— que se presentaba sin haber sido convocada con tanta ropa encima.

Debía de haber llegado a pie. Tenía las mejillas ruborizadas o por el frío o por el paseo, y llevaba la gabardina de cuero negro anudada a la cintura.

Sin saludar primero, cerró la puerta tras ella y caminó sobre sus botas de tacón de aguja hasta plantarse detrás del asiento de las visitas. Apoyó la dos manos en el respaldo, ambas forradas por unos guantes de piel negros —debía ser friolera, pensó; iba muy cubierta para ser San Francisco— y lo miró a la cara con una expresión que no le había visto antes.

Aunque no se la hubiera visto antes, Karim tuvo la seguridad de que estaba moderando su indignación.

—¿Qué fue lo del otro día?

De lo ocurrido «el otro día», Karim tenía lagunas.

Recordaba haber llegado al club en un estado lamentable después de haberse emborrachado con Marcelo y haberse encerrado con Kir Royale en el palco en busca del placentero desahogo de siempre, que solo había interrumpido durante las semanas que parecía que entre Paula y él podría llegar a darse algo significativo.

Recordaba haber localizado a la fuente de sus desdichas de pie junto a Rob Roy en la pista de baile y luego haberse desafiado con ella con un baile sensual.

Recordaba haberse largado cuando no había podido soportar ni un segundo más la visión de Paula en brazos de otro hombre, de cuyo rostro no se acordaba pero al que había jurado odiar de por vida.

Recordaba que luego ella lo había encontrado en su escondrijo voyerista y le había retado a enseñarle cómo le haría el amor.

Recordaba haberse corrido en su cálida boca y haberla mirado a los ojos en los efímeros pero delirantes segundos que había durado la experiencia.

Recordaba que luego todos se habían evaporado de la escena por separado para analizar y asimilar en calma lo sucedido.

Visto lo visto, Kir Royale había sido la primera en extraer una conclusión acerca de la sesión. Con Paula no había vuelto a coincidir para preguntarle —no lo habría hecho ni aunque hubiese tenido la oportunidad—, y él mismo estaba aún gestionando el acercamiento.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Karim, todavía repantigado en el sillón—. Follamos con público, como tantas otras veces antes. No fue nada del otro mundo.

—¿No fue nada del otro mundo? —Arqueó las cejas—. Nunca habías sido tan dulce conmigo. Nunca me habías susurrado según qué cosas al oído.

De eso también se acordaba.

Se acordaba, sobre todo, de que lo que le había susurrado había ido dirigido a Paula.

—Siempre hay una primera vez para todo.

Kir Royale se inclinó hacia delante.

—No me tomes por tonta, Califa. No va con tu personalidad, y menos aún con la mía. Lo mínimo que puedes hacer teniendo en cuenta que soy tu sumisa y me debes un respeto es avisarme de que vas a invitar a alguien más a la sesión. No solo eso: sino que ese alguien más va a dirigirlo...

—Fue algo improvisado. Sabía lo mismo que tú cuando entramos en la sala.

—... especialmente si, para colmo, ese alguien más es Paula —concluyó Kir Royale sin cambiar la postura. Estar de pie ya la situaba en una situación de superioridad respecto de Karim, pero que tuviera razón la hacía parecer más alta, más sabia, más segura y más peligrosa—. Recuerdo haberte puesto al corriente de que sabía quién era y qué aspecto tenía.

—Y yo te acabo de poner al corriente de que fue algo improvisado y de que no estaba advertido de que fuera a colarse en nuestra sesión.

—Eres el dueño del club, Califa. Si alguien conoce las normas, ese eres tú. Nadie puede colarse en la sesión de nadie si el amo no está de acuerdo. Y, de hecho, la sumisa también debe estar conforme.

¿No se te olvidó preguntarle a alguien si le apetecía ser la tercera rueda en su propia noche?

—Todas las noches son tu noche, cariño. Cuando incluimos a una tercera persona para animar la cosa o porque nos apetece poner a prueba nuestros límites, no te pones tan a la defensiva.

—Hasta el otro día, ninguna tercera persona me había largado desnuda de la sala para quedarse a solas contigo. Hasta el otro día —repitió, más despacio, los ojos atravesando a Karim—, nadie me había tratado con desdén con tu complicidad.

Karim se echó hacia atrás, doblando el respaldo plegable lo suficiente para mirar a Kir Royale con los ojos entrecerrados.

—Tú misma lo has dicho —dijo al cabo de un silencio—. Sabes quién es Paula.

No fue necesario añadir nada más. Era injusto y cruel señalar sin tapujos que saldría perdiendo todas y cada una de las veces que Paula le exigiera que la priorizara, pero era la verdad, y ¿no era eso lo que Kir Royale había ido buscando?

—Sé quién es y también sé quién no es. No es tu sumisa. No es un miembro del club con libre albedrío para entrar y salir según le apetezca. Y, sobre todo, no es alguien con quien vaya competir por tu polla. Claro que no la vi muy interesada en tu polla —añadió, y acompañó el comentario de una ligera sonrisa que no pretendía suavizar el golpe; más bien subrayarlo.

Había que tener cuidado con sacar de sus casillas a Kir Royale, porque todo lo que tenía de sumisa en la cama siempre y cuando supieran tratarla, lo tenía de general militar fuera de ella si amenazaban su orgullo.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que lo siento? ¿Que no se va a volver a repetir? Lo primero no va a pasar. No siento nada de lo que pasó. Te follé con tu consentimiento, te corriste, te divertiste y luego te fuiste a casa. Lo segundo sí te lo puedo asegurar. No se va a volver a repetir.

Kir Royale lo miró de arriba abajo, como si así pudiera cerciorarse de que era sincero.

En este contexto, importaba más el convencimiento con el que Karim hablara que su propia honestidad. No hacía falta sincerarse

sobre lo que él quería o no quería, pues a la vista estaba que, si de él dependiera, sucedería de nuevo; lo que sí hacía falta era tener la certeza de que no se repetiría porque Paula estaba en contra.

—Claro que no se va a volver a repetir —señaló Kir Royale después de tomar aire. Soltó el respaldo de la silla y se irguió empezando por los hombros y terminando por la barbilla—. La chica no estaba a disgusto, pero no diría que sea voyerista. Y que se pasee por French 75 como Pedro por su casa tampoco la convierte en sadomasoquista. Es una pérdida de tiempo y un riesgo emocional innecesario que la sigas invitando con la esperanza de que se una al culto. La chica es vainilla y tú eres el rey de la depravación.

No había dicho nada que Karim no se hubiera estado temiendo averiguar desde que perdió los papeles y besó a Paula contra la puerta de aquel mismo despacho. Y, aun así, odió que alguien, en concreto alguien que lo conocía muy bien, lo hubiera verbalizado.

—No es tan vainilla como tú te crees —se sintió impelido a decir.

«No llamaría "vainilla" a una mujer a la que le asquea el sexo», podría haber especificado. Pero había tratado lo suficiente con Kir Royale fuera de la cama para saber que su carcajada cínica no se habría hecho de rogar, y a Karim no le gustaba que se rieran de él.

No le gustaba nada.

—Y, sin embargo, eso tampoco la hace tan sumisa como tú la querrías. Eres un hombre inteligente, Califa. Si yo estuviera en tu lugar, no me arriesgaría a cabrear a mi pareja en el rol, una pareja dispuesta a todo y con la que te diviertes a lo grande, para solo *intentar*, que no *conseguir* —recalcó—, complacer a una mujer que nunca te haría feliz.

—¿Qué te dice que me he quedado en el intento? —contraatacó guiado por el orgullo—, ¿que no lo he conseguido con honores? Al final, si te has sentido amenazada después de la sesión, será porque viste algo. Una chispa, aunque fuera.

Kir Royale soltó una risita seca.

—Mírate —se mofó—, rogándome que te diga que no te lo imaginaste: que de verdad Paula seguía tus movimientos con deseo y pasión. Cualquiera que te vea ahora no se creería que vayas de dominante.

En lugar de ofenderse, Karim le sonrió venenoso.

—Ten cuidado con lo que dices, cariño. No queremos que se vuelva en tu contra.

Ella se miró el borde de las uñas con una sonrisa desdeñosa.

—Respondiendo a tu pregunta, Califa, lo que vi es que no te la follaste. Ni esa noche ni ninguno de los días que has pasado sin venir al club, ausencia que imagino que se ha debido a que la bella Paula te tenía agarrado por los huevos en algún rincón de San Francisco. Créeme —añadió con la misma condescendencia—, sé lo que es obsesionarse con un alguien que no te da ni la hora. Soy la primera que cae en la vieja trampa de sentirse impelida a defender su valor ante quien no deja de cuestionarlo con su indiferencia o sus jueguecitos mentales. Pero no deja de ser poco atractivo y hasta irónico que un amo, un hombre que se excita con la obediencia y el consentimiento, pierda el culo por una mujer inaccesible.

Karim se levantó a un ritmo controlado, ni de forma brusca ni con lentitud, y apoyó las manos en la mesa para inclinarse hacia Kir Royale.

La miró a la cara con una expresión aún más fría que ella, aún más despectiva.

—Sabes lo que es obsesionarte con alguien que no te da ni la hora, pero ¿sabes lo que es amarla incondicionalmente? —La pregunta retórica pilló a la sumisa con la guardia baja. La sonrisa se le congeló en la cara y se fue resquebrajando en el doloroso silencio que siguió—. Si lo supieras, desde luego no lo sabrías gracias a mí, porque de ti me excita la obediencia y el consentimiento; de ella me estimulan otras muchas cosas a las que rendiría culto mil veces antes que a... ¿cómo lo has llamado? ¿«Una pareja dispuesta a todo y con la que me divierto a lo grande»?

Kir Royale se inclinó un poco más, solo un poco más, para que le viera bien la expresión retadora. Hallándose a un palmo de distancia de él, su contestación pareció atravesarlo.

—¿Ah, sí? ¿Renunciarías a tu vida de diversión y desenfreno para estar solo con ella? ¿Renunciarías al sadomasoquismo, a la poligamia y el poliamor, a las noches sudando con exuberantes desconocidas?

¿El hombre de los apetitos insaciables tendría suficiente con su querida Paula, que no solo no lo quiere, sino que tampoco lo desea?

Karim rodeó la mesa sin apartar la vista de Kir Royale, que a la luz de la mañana no solo no se parecía a su sumisa, sino que se presentaba como una enemiga que no convenía subestimar. Pero hacía tiempo desde la última vez que Karim le tuvo miedo a un rival. Y ni mucho menos a ella, que con la gabardina ajustada a la estrecha cintura, el tacón afilado de las botas y la melena suelta sobre los hombros tenía el mismo aspecto apetecible que cuando se tendía desnuda, gozosa y manchada de semen sobre sus sábanas.

La agarró de la garganta y la obligó a retroceder hasta que se estampó contra la pared. Kir Royale le rodeó la muñeca firme con las dos manos, pero no le pidió que aflojara ni con una mirada de horror ni empujándolo con fuerza. En su lugar, le sostuvo la mirada con los ojos negros brillantes de excitación, la misma que había invadido a Karim de solo hablar de Paula con Kir Royale. Estaba descubriendo para su asombro, su regocijo y también su tremenda decepción que tenía un ligero punto de sumiso. Le había puesto cachondo que le recordara que para Paula era un entretenimiento, una alternativa que le suscitaba curiosidad y le interesaba explorar con quién sabía qué fines —quizá antropológicos— y, a lo mejor, una forma de rebelarse contra el hermano que por lo visto odiaba. Nada más.

Le había puesto cachondo que subrayara su insignificancia.

—Dilo otra vez —la retó entre dientes.

—¿El qué? —Kir Royale irguió el cuello en la medida en que se lo permitió su mano de hierro—. ¿Que tu querida Paula no te ama? —Echó las caderas hacia delante para frotarse con la bragueta de Karim—. ¿Que nunca se va a dejar follar como me dejo follar yo?

—A lo mejor esa es una de las cosas que me gustan de ella —sugirió con voz aterciopelada. Le presionó el centro de la garganta con el pulgar y ladeó la cabeza para mirarla casi con dulzura—. Que no es una puta que se vende fácil.

Kir Royale esbozó una sonrisa burlona y alargó la mano hacia la erección de Karim.

—¿Y qué sería de ti si el mundo no estuviera infestado de putas como yo?, ¿si solo hubiera una santa Paula? Te morirías de hambre,

de pena, de soledad y de aburrimiento. Al fin y al cabo, tú eres la puta más fácil de todas las que circulan por aquí. Entiendo que te atraiga lo desconocido, lo que no entiendes..., pero los perros van con los perros, los sados van con los sados y las putas van con las putas. Así es la vida.

Karim odió que tuviera razón. No había dejado de ponerle voz a sus preocupaciones desde que había entrado por la puerta.

A modo de autodestrucción y de castigo, presionó aún más los dedos contra su frágil garganta y la besó con la boca abierta. Ella correspondió su iniciativa de inmediato, algo que ni en sus más locos sueños habría sucedido con Paula.

Si hubiera llamado puta a Paula, incluso si lo hubiera hecho con la voz teñida de deseo y como un halago erótico, ella lo habría abofeteado y le habría aplicado la ley del hielo durante dos semanas. Si a continuación se hubiera bajado la bragueta y se hubiera sacado la polla erecta para metérsela en la boca, como lo hizo allí mismo con la obediente y deseosa Kir Royale, Paula lo habría empujado y le habría deseado la condenación eterna con una de sus miradas mortales. Si, a posteriori, la hubiera cargado como si fuera cualquier cosa hasta el escritorio, le hubiera abierto la gabardina a tirones y la hubiera empalado bruscamente...

Joder, ni siquiera en su imaginación podía concebir los pasos previos a una brutalidad semejante con Paula como protagonista. Paula podía sentir curiosidad, podía querer acostarse con él, pero no quería someterse a sus deseos. Y ni mucho menos quería ser su mujer, la que había sido, por encima de ninguna otra cosa, la fantasía y propósito de Karim.

Se folló a Kir Royale en el escritorio como si tuviera la culpa de su mala suerte.

Karim ya lo había visto. Lo había visto cientos de veces antes, maldita sea. Había visto que las parejas rompían por falta de compatibilidad, de reciprocidad; rompían porque tras un estallido magnético, el deseo de uno de los dos o de ambos se apagaba y, sin rasgos del carácter o intereses en común, carecía de sentido apostar por la relación. Lo había observado en el club, en sus parejas sadomasoquistas. Lo había observado en la calle.

¿Qué futuro tenía Karim con la reina de su obsesión, pues? Paula y él eran la noche y el día. Ella odiaba lo que no fuera trascendente, espiritual y justo. Perseguía la intelectualidad y lo que quisiera que hubiese detrás de las cosas, si es que había algo y no sucedían por inercia. Karim estaba volcado en regalarse placeres mundanos, acumular riqueza y ganar notoriedad social. Le era indiferente con qué intención se dijera o se hiciese nada en el mundo siempre y cuando no le repercutiera negativamente.

Ya no era una cuestión de que Paula quisiera dominarlo y Karim no fuera a dar su brazo a torcer. Tampoco era una cuestión de que Paula mereciera una relación monógama y Karim estuviera tan loco por el sexo a deshoras y el sabor de las desconocidas que tuviese que hacer una renuncia descomunal en deferencia a ella.

Era sobre todo cuestión de que él no tenía nada que ofrecerle que pudiera tentarla.

Pero por Dios que Paula tenía todo lo que le tentaba a él.

Era curioso el fenómeno del amor, caprichoso a veces y transformador en todos los casos. Desde siempre, la vida de Karim había girado en torno a los excesos y los placeres superficiales. Perseguía la relevancia y el éxito de un modo incansable. Y, sin embargo, aunque por supuesto preferiría besarla, acunarla y despertar a su lado, le importaba un carajo si se acostaba con Paula o si algún día se ganaba sus afectos. Con ella le daba igual ganar porque no se podía perder. Con ella no existía la competición: aparecía y Karim entraba en un estado de abstracción tal que solo podía compararse con el éxtasis. Le bastaba con que revoloteara a su alrededor, con que hablara con él de vez en cuando, con que le apretara las tuercas con sus respuestas cáusticas o se riera tras las páginas de un libro para que él se diera por bendecido.

Kir Royale no podía entenderlo porque Karim tampoco lo entendía.

Su amor por ella era como la verdad. No había ni que entenderlo ni cuestionarlo. Solo aceptarlo. La gravedad impedía que los seres flotaran en el aire, la Tierra era un planeta redondo y Paula era la mujer de su vida.

Eso era todo.

—Entiendo con esto que no voy a tener que volver a competir —fue lo que dijo Kir Royale un rato más tarde, cuando ya se había vuelto a vestir.

Se ajustó la gabardina a la cintura y le lanzó una mirada expectante a Karim, que, camisa y cinturón arreglados, también había regresado al refugio de su fuerte: el sillón detrás del escritorio.

—No hay ninguna competencia.

«Porque ella no está luchando por mi atención... y porque ella ganó antes de que tú aparecieras», podría haber especificado. Pero Kir Royale no era estúpida y captó al vuelo el contenido oculto de su respuesta, enunciada con cansancio e incluso un ánimo huraño, algo inexplicable después de haber alcanzado un orgasmo magnífico.

Amo y sumisa se midieron en la distancia.

Fue ella la que volvió a romper el silencio.

—¿Sabes? —inquirió en un fingido tono desenfadado. Debajo de su voz borboteaba la indignación. Se sacó el pelo del abrigo con un movimiento no exento de coquetería—. Al menos podrías tomarte la molestia de endulzar tus respuestas. Hacerme sentir deseada, elegida... Todas esas cosas que conmueven a una mujer.

—Eres demasiado inteligente como para encontrar placer en que sea condescendiente contigo. Y eres, también, una chica con armas de sobra para conquistar a quien se te meta entre ceja y ceja. Sabes que no me necesitas ni para pasarlo bien ni para demostrarte que eres un monumento.

Kir Royale le dedicó una sonrisa vacía.

—Eso está mejor.

Sin más dilación, y en absoluto dispuesta a seguir entreteniendo sentimentalismos insinceros —no era el estilo de ninguno de los dos —, abandonó el despacho tal y como había entrado, con la soltura de una de esas supermodelos que no se habían vuelto a ver en pasarela desde los años noventa. Karim no se privó del espectáculo; a fin de cuentas, una de las muchas razones por las que se había dejado seducir por ella era el parecido que le veía en actitud a Shalom Harlow, la musa de sus amores.

La primera vez que vio a Kir Royale fue en la mismísima inauguración de su adorado club —bromearían a menudo con que

«había sido el destino»—. Llevaba un *little black dress* con tirantes finos y escote redondeado idéntico al que lució Shalom Harlow en el desfile de Versace de 1995. Aquella despampanante modelo, segura de sí misma y que no contenta con tener un rostro de ensueño sabía domarlo para exhibir expresiones más propias de dibujos animados para adultos que de seres humanos, había sido su despertar sexual. Recordaba haber visto la retransmisión televisiva a escondidas de su padre y por petición de su madre, que siempre había sido una apasionada de la moda y necesitaba que algún miembro de la familia le hiciera compañía cuando se comía la pantalla para no sentir que estaba haciendo algo prohibido.

Kir Royale se había movido la noche de la inauguración de una manera muy similar a esa Shalom de Versace. No desfiló ni chocó el hombro con ninguna bella Naomi Campbell para remarcar su superioridad, pero Karim había pensado que esa era una de las pocas mujeres del planeta con talento para todo.

Y se lo llevaba demostrando mucho tiempo.

Desafortunadamente, ni la perfección bastaba para conquistar a un hombre. Nada bastaba para conquistar a un hombre salvo el misterio que un día, de repente, lo cazaba descuidado. ¿Qué podía hacer él si Paula era su misterio?

A la casualidad se le antojó que Marcelo cruzara el pasillo hacia el despacho al mismo tiempo que Kir Royale se marchaba. Karim vio a su amigo casi romperse el cuello para mirarla de arriba abajo y luego compartir con él tanto su fascinación —aspiró entre dientes e imitó el gesto italiano de los dedos juntos en un silencioso *mamma mia!*— como su curiosidad arqueando la ceja.

—¿Qué le has hecho? —inquirió nada más cruzar el umbral.

No cerró la puerta porque venía para llevárselo de vuelta a casa y, de casa, al aeropuerto.

A diferencia de los pasados días, que no se había quitado el chándal que las hacía de pijama ni para comprar fideos instantáneos en el bazar de la esquina, iba apropiadamente vestido para reunirse con su familia: unos vaqueros, un jersey negro y unas botas sencillas.

Se había tomado la molestia de afeitarse, como delataba el corte en su barbilla.

Siempre se cortaba en la barbilla.

—¿Yo? A esa mujer no se le puede hacer nada. Será más bien qué me ha hecho ella a mí.

Marcelo cabeceó con aire risueño, dándole la razón, y se derramó, porque no había otra forma de describirlo, sobre el sillón de las visitas.

—Parecía ofendida.

—Se le pasará. A veces le dan pequeñas crisis de dignidad, o así gusto yo de llamarlas —dijo Karim sin ningún desdén. De hecho, no dejaba de resultarle curioso a sus interlocutores que no tuviera más que palabras afectuosas para una mujer a la que le faltaba el respeto en la cama de todas las formas posibles—. Le entra la paranoia esquizoide de que debe conquistar mi corazón o de lo contrario su familia morirá y viene a intentarlo con todas sus fuerzas o a reprocharme que aún no lo haya conseguido. Luego vuelve a su casa y recuerda que no está enamorada de mí, que simplemente le molesta que no bese el suelo que pisa, y duerme a pierna suelta.

Marcelo había estado escuchando con un principio de sonrisa maravillada.

—Siempre he envidiado tu profundo conocimiento de la psicología femenina. Si a mí se me diera igual de bien entender las motivaciones y sentimientos de las mujeres, quién sabe. Las cosas habrían sido distintas. —No se dejó vencer por la tristeza de los recuerdos implícitos y añadió—: Aunque de poco te sirve toda esa sabiduría si no la pones en práctica, amigo mío. Eres como el entrenador. Te conoces todas las jugadas pero solo miras el partido cruzado de brazos frente al banquillo.

—Acabo de poner en práctica esa sabiduría, ¿no? ¿O acaso no he hecho un buen análisis de mi situación con Kir Royale?

—Podrías demostrar que tienes un cerebro de dimensiones cósmicas de otra manera. Echándote una novia y manteniéndola, por ejemplo. Es esa época del año —añadió levantando las cejas a modo de justificación—. Será mejor que practiquemos lo que le vas

a decir a mi madre cuando una Navidad más te pregunte cuándo le vas a presentar a una chica.

—A lo mejor estoy a tiempo de invitar a Kir Royale.

—¿Aceptaría?

—¿Con tal de atribuirse una victoria? Te lo aseguro. Luego volveríamos a San Francisco y me diría que no quiere verme más, que es un alma libre y no habrá hombre, mujer, eminencia o deidad que consiga convencerla de sentar la cabeza. Y me daría con muchísimo gusto una palmadita condescendiente en el hombro, como diciendo: «Siento mucho que te hayas enamorado de mí. Pero bueno, le pasa a los mejores. Les pasa a todos, de hecho».

Marcelo se echó a reír.

—Pensándolo bien, a mi madre no le gustaría Kir Royale. Va vestida a todos lados como si fuera a coincidir con la reina de Inglaterra y de pronto te suelta una palabra pretenciosa de cojones dando por hecho que te la vas a saber. Doña Agustina te soltaría algo como: «Oye, terrible cuica[29] me trajiste, *po*».

—Pues lo diría porque no la ha visto enfadada. Cuando se cabrea, es más de barrio que Tupac.

Marcelo volvió a carcajearse.

Karim se unió a él por el gusto de participar en su alegría.

Era un placer verlo recuperado. Ahí donde se le veía o se le había visto, tirado por las calles con una botella en la mano, pasando la noche en el calabozo de comisaría por llevar un gramo para consumo propio en el bolsillo, volviendo a casa con un brazo en cabestrillo y la cara amoratada por una pelea buscada adrede, era la persona más resiliente que conocía.

Karim nunca había tenido que demostrar que podía resurgir de sus cenizas porque nunca lo habían quemado vivo ni tampoco había visto arder su casa con su ser más amado dentro. Marcelo, en cambio, había bajado al infierno tantas veces, cada una de esas a un nivel más y más profundo, que era un milagro que al día siguiente volviera a salir.

Como el sol.

Marcelo era el sol, sí. Estaba convencido de que nunca se apagaría.

—A lo mejor este año, por ser el primero que pasamos sin Nini, nos deja a todos en paz con lo de los *pololos* y las *pololas* —suspiró. Se quedó pensativo unos segundos, mesándose la barbilla, hasta que decidió que iba a hacer partícipe a Karim de sus devaneos—. Igualmente va siendo hora, ¿no? De que presentes una novia, digo. Mi padre empezará a pensar que eres cola[30], y, créeme, no quieres enterarte de cómo trata a los hombres que a veces besan a otros hombres.

Karim procuró mantener una expresión serena. Convenía andarse con pies de plomo cuando Marcelo sacaba a colación el nombre de su padre o, peor aún, sus inquietantes opiniones sobre los colectivos oprimidos.

A los que, claro estaba, el señor León era el primero en oprimir.

Y con mucho gusto.

Eso bien lo sabía Marcelo y Karim por extensión, que se enteraba de todo lo que acontecía en la vida de su amigo ya fuera porque tomaba la iniciativa de contárselo o porque el alcohol le soltaba la lengua y le aflojaba los grifos de las cuencas lagrimales.

—Algún día.

—¿Cuándo? —insistió Marcelo.

—Cuando me enamore de alguien que encaje en mi esquema de vida, supongo. Ya sabes que no es fácil encontrar a una mujer dispuesta a aceptar que regente un club de BDSM y me guste acostarme con señoritas que no sean ella.

—Sí, lo sé. Me espanta incluso a mí. En parte por eso he sido siempre tan estricto con tu relación con Lita —soltó como si tal cosa, mirando distraídamente el techo—. Creo que mi hermana merece algo mejor que un tipo que gana dinero gracias al sexo y para el que nunca sería la única mujer del planeta.

Aunque Marcelo había sacado el tema con el mismo desenfado que los resultados del último partido de fútbol, Karim procuró disimular el impacto que había tenido en él conservando la expresión intacta.

Ya le había transmitido ese mensaje con anterioridad, y no con palabras objetivamente diplomáticas. Aquella primera vez tenían diecisiete años, estaban borrachos como piojos en la bañera de la casa de los León, el único lugar del edificio donde se estaba fresco durante las calurosas Navidades. Marcelo no consideró los sentimientos de Karim al agarrarlo por el cuello.

«Tú a mi hermana ni pienses en tocarla», le advirtió con la mirada cruzada.

Lo único que Karim había hecho para merecer la amenaza física y verbal había sido comentar que no había Dios que le ganara a Paula jugando al *Street Fighter.*

De qué manera lo diría, que se dio cuenta.

El Marcelo del presente ladeó la cabeza hacia él con una expresión más o menos inocente.

—A mi madre, en cambio, le encantaría. No le gustabas mucho cuando éramos críos por eso de que eras musulmán, pero descubrió que tu madre era educada y trabajadora y como luego apostataste, o como quiera que se llame el acto de apostatar en el islam, se le pasó. Ahora te adora, eso no tengo ni que decirlo. La última vez que hablamos me dijo que sueña con que Paula y tú os caséis.

—Nos casemos, ¿eh? —bromeó con la garganta seca—. Así, sin noviazgo previo.

Marcelo se encogió de hombros.

—Tampoco te importaría, ¿no? A ti mi hermana te gusta.

Esperaba que acompañara la pregunta retórica de una mirada intensa, una de esas al más puro estilo Marcelo que parecían preceder al tornado que arrancó la casa de Dorothy del suelo y aplastó a la Malvada Bruja del Este.

Pero Marcelo solo esperaba una respuesta con el semblante relajado, casi en blanco.

Era la oportunidad de oro. No se le volvería a presentar otra igual. Karim inspiraría hondo, esbozaría una sonrisa en su cantidad justa y le diría, con uno de esos suspiros de amor contenido, que no, que a él no le gustaba Paula; que él a Paula la quería más que a su vida. Pero por más que Marcelo hubiera guiado la conversación hasta ese punto, sabía que no era el momento.

Había tenido un brote crítico apenas una semana atrás. Estaban a punto de celebrar la Navidad en casa de sus padres. Ese año había perdido a su propia novia, exnovia, qué importaba. No podría asimilar una verdad tan grave como que llevaba queriendo a Paula el mismo tiempo que llevaba queriéndolo a él.

Pero ¿cuándo cojones sería el momento perfecto, eh? ¿Existía el denominado momento perfecto, o era uno de esos conceptos imprecisos y romantizados al máximo en el que los cobardes se escudaban para posponer una conversación importante y que le daban a los pobres infelices, aunque fuera por un rato, la esperanza que les faltaba?

Karim no pudo decirlo mientras Nicole estuvo viva y trastocando la psique de Marcelo porque, durante alguna de sus rupturas cíclicas, cualquier mención al amor o las mujeres era para su amigo el equivalente emocional de la bomba atómica. No pudo decírselo antes, entre los doce y los trece años, porque su padre enfermó de cáncer. No se lo pudo decir a los dieciocho porque Paula estaba saliendo con el *quarterback* y bastante tenía Marcelo con eso. No se lo pudo decir cuando Paula cumplió la que llamaban «primera mayoría de edad» porque se le empezaron a acercar babosos de toda clase, incluidos un profesor del instituto y un vecino del bloque, y Karim no podía declararse uno de ellos.

Ese año menos aún, porque Nicole había muerto, pero el año anterior tampoco, porque Nicole había roto con él.

A ese ritmo, nunca podría decirlo.

Pero ¿para qué decirlo, si, al final, Marcelo y Kir Royale tenían razón? Karim ganaba dinero gracias a los fetiches de los demás y no podía darle a Paula lo que quería: un hombre que la quisiera respetuosamente desde la distancia. Incluso si pudiera perdonarle su perversión, Karim necesitaba amarla piel con piel, mejilla con mejilla.

—No creo que haya un hombre sobre la Tierra al que no le guste. Es guapa e inteligente —resolvió con diplomacia y un cierto regusto amargo. No era justo reducir a Paula a dos adjetivos imprecisos—. Pero casarnos sería la forma más rápida de arruinarnos la vida, ¿no te parece? Somos el agua y el aceite.

—Eso pienso yo —convino Marcelo—. A lo mejor de idiosincrasia femenina entiendo lo justo, pero de compatibilidad de caracteres... Ah, en eso soy el maestro, y lo vuestro lo vengo viendo desde que somos niños. Ya es un milagro que os soportéis como para que encima os enamoraseis.

Karim observó largamente a Marcelo.

A veces introducía una pelea tal y como había introducido el tema de Paula, con aparente naturalidad. Pero no tenía la sensación de que estuviese conteniendo a duras penas una rabieta. Tampoco le daba la impresión de que se hubiera enterado de que había estado tocándola a escondidas. De haber sido así, ni siquiera habría entrado a pie en el despacho. Se habría propulsado desde el pasillo hacia él como un cohete de la NASA para morir los dos del impacto.

Pero si Karim estaba tranquilo no era porque tuviese la seguridad de que Marcelo no estaba enfadado. Tampoco porque tuviera también la dolorosa certeza de que Paula y él no irían a ninguna parte, aunque esto indudablemente sumara.

Estaba tranquilo porque en el fondo de su corazón sabía que no había hecho nada malo.

Al igual que la pequeña de los León, lo que el hermano mayor despreciaba era la lujuria, y a Karim no le había movido más que el deseo de conexión, de intimidad y de poner la primera piedra de un futuro conjunto. Bien podía no ser creyente, pero estaba de acuerdo con los dioses monoteístas en que mientras el motor fuera el amor, no es que todo fuese perdonable; es que no había nada que perdonar.

—Sí que sería un milagro, sí —asintió Karim con una leve sonrisa. Se levantó de la silla por fin y señaló la puerta con la barbilla—. Será mejor que nos pongamos en marcha. Una cosa es no aparecer con novia y otra distinta es no aparecer. Estoy seguro de que tu madre no me perdonaría la segunda ni con una buena excusa.

Capítulo 25

Veinte años después de mudarse a San Francisco en busca de una vida mejor, los León habían regresado a sus raíces, esto es, a su Santiago de Chile natal. En lugar de ocupar la vivienda de la abuela materna, un adosado de dos pisos construido en los años cincuenta en el barrio de San Miguel, se compraron con sus ahorros una casa de unos cien metros cuadrados que les apañara las necesidades de pareja.

Desde hacía un bienio, pues, Agustina y Pablo León vivían en una coqueta casita de Maipú que se llenaba de jóvenes y de regalos con la llegada de la Navidad.

Karim pasaba únicamente los días veinticuatro y veinticinco con ellos. Quedarse una semana más, hasta Nochevieja, y luego celebrar Año Nuevo le parecía un exceso incluso si la familia llevaba años insistiendo en que se quedara a pasar todas las fiestas: los trece años que había cumplido celebrándolas con ellos, primero en San Francisco y después en Santiago.

Como su familia provenía de la tradición musulmana, la Navidad no significaba nada ni para su madre, Zara, ni para su padre, quien llegaba a tener una actitud beligerante hacia las costumbres occidentales. Esto había horrorizado a Agustina, que al año siguiente de conocer en persona al mejor amigo de su primogénito le había rogado a Zara que permitiera a su hijo cenar con ellos en fechas tan especiales.

Al principio, y por razones obvias, su madre se había negado. Precisamente porque Karim nunca había sido un musulmán consagrado —ya de pequeño tenía sus reticencias espirituales—, Zara temía que inculcándole tradiciones católicas sustituyera la fe de Alá por la otra gran religión monoteísta. Al final, entre las insistentes presiones de los León y las más aún insistentes presiones de la sociedad en general, que no le perdonaba que hubiera emigrado de su país y rehusara adaptarse a las costumbres populares, aceptó que Karim celebrase el día veinticinco en casa ajena.

Al año siguiente pudo celebrar también la Nochebuena y recibir regalos igual que los otros dos hermanos.

Se podía decir, pues, que Karim y los León habían establecido una tradición propia.

Una tanto o más sagrada para él que el nacimiento del Señor.

Bajó del taxi que los había llevado a Marcelo y a él a las puertas de la casa. Se tomó un segundo para admirar el buen aspecto del barrio, al que siempre le complacía volver.

Sobre todo cuando lo hacía huyendo de los fríos californianos.

Después de haber trabajado durante dos décadas en la industria de transportes, una industria humilde pero con sindicatos fuertes y por la que sus currantes percibían un salario en dólares, Pablo León habría podido costearse la vivienda que se le hubiera antojado en Chile. No obstante, había querido ser frugal por si acaso un revés vital le vaciaba las arcas. La comuna de su elección estaba surtida de todos los servicios con los que pudieran soñar, además de estupendamente conectada con el corazón de la capital.

Karim se quitó la chaqueta fina y se la colgó del codo. Esperó a que Marcelo rodeara el vehículo para adentrarse con él en el patio delantero. Ahora que no tenía niños que atender, Agustina dedicaba sus días a cuidar de sus plantas. El resultado de su vocación era espectacular. Las bugambilias y jazmines del acceso a la puerta crecían, sanos y fuertes, sobre el verdor de un césped cortado al ras.

La temporada estival favorecía el aspecto de la naturaleza.

Eso sí; hacía un calor de mil demonios. Se podían alcanzar los treinta grados en horas puntas durante las vacaciones navideñas. Suerte que a él, a diferencia de a Marcelo, le encantaba el calor y estaba acostumbrado de sus viajes a Marruecos.

—Joder, cada año se suda más —rezongaba su amigo, tirándose de la camiseta para airearse el torso. Gotas de sudor habían empezado a resbalar por su sien y su cuello—. No sé cómo cojones lo haces para soportarlo, tío.

—He pasado más de un agosto dando tumbos por Marrakech. Después de algo así, no hay calor que se te resista —señaló con una sonrisa divertida.

La mención a Marrakech, además de las fechas familiares, le recordaron que le debía un mensaje a su madre. Escribió que había llegado sin incidencias y que le daría recuerdos a la señora León de su parte.

Tuvo que cambiar el idioma del teclado del inglés al árabe.

Zara no había querido volver a su país natal después de que su hijo se independizara: años atrás había conocido a un hombre encantador de fe musulmana pero nacido en Norteamérica y eran muy felices en San Francisco. Eso no significaba, aun así, que fuera a prestarse a hablar con Karim una lengua que no fuera la materna.

«Alguien tendrá que recordarte que eres bilingüe», solía decir después de reprenderlo por haberse pasado involuntariamente al inglés.

El reencuentro con los León fue tal y como había anticipado.

Pablo estaba sentado en el sofá viendo la televisión con una lata de cerveza en la mano. Dio la bienvenida a los recién llegados sin levantarse, solo brindando en su honor y señalando que había partido, como si eso lo justificara todo —y, a su modo de ver, lo justificaba—.

Agustina emergió de la cocina con la sonrisa que le quitaba veinte años de encima. Se secó las manos en un paño de cocina y extendió los brazos para acoger a la vez a Marcelo y a Karim, con los que no había hecho distinciones de ningún tipo desde que aceptó que «el amigo oriental», como lo llamaba al principio sin acritud alguna, había venido para quedarse.

Se podía imaginar cómo se veía desde fuera la escena. Aunque de primeras Agustina podía parecer inofensiva de tan pequeña y regordeta que era, agarraba con tanta fuerza las mejillas de sus dos hombres de más de metro ochenta que por unos segundos parecían niñitos a su merced.

¿Y no lo eran, acaso? Para Karim era su segunda madre. Algo más que eso, en realidad. Era la persona que llevaba supliendo sus carencias paternas desde los trece años.

Luego, Agustina los saludó por separado, y entonces se hicieron evidentes sus preferencias. Entre que Marcelo había sido el primer niño que albergó en sus entrañas, el más difícil de llevar —y, por

tanto, el que más atención había exigido— y que había pasado recientemente por una experiencia traumática, no fue de extrañar que lo estrechara contra su cuerpo durante una eternidad y media. El primogénito se dejó con una sonrisa bobalicona, encantado, como siempre, con toda la atención femenina que pudiera recibir.

En lo que duraron las carantoñas entre madre e hijo, a Karim le dio tiempo a estrecharle la mano a Pablo, intercambiar con él algunas preguntas de cortesía, y regresar al pasillo donde estaba teniendo lugar la bienvenida. Desde allí, gracias a la cocina abierta, observó que Paula se entretenía rellenando el pavo con un delantal anudado a la cintura y el pelo recogido en una coleta.

Como si estuvieran conectados —¿quién decía que no fuera así? —, ella levantó la cabeza y se encontró con su mirada. Karim tragó saliva y permaneció donde estaba sintiendo que un cosquilleo le recorría de pies a cabeza.

Paula no dijo nada.

Podría haber interpretado con su silencio que las cosas se habían quedado raras después de su última cita en el club y que debía actuar en consecuencia dejándola estar.

Pero se negó a pasar un solo día más distanciado de ella.

Al final, era Navidad, ¿no?

Se adentró en la cocina, que olía a gloria bendita, y esperó a que Paula detuviera lo que estaba haciendo para decirle:

—*Pop-tarts*.

Ella agachó la cabeza para ocultar una sonrisa divertida y asintió, indecisa, antes de tenderle la mano para sellar el pacto.

Desde que podía recordar, este había sido el procedimiento infantil de Paula, Marcelo y él para pedir disculpas. Cuando alguno se enfadaba con otro —las combinaciones eran reducidas, en realidad: o Marcelo se enfadaba con Paula, o Marcelo se enfadaba con Karim—, lo manifestaba retirándole el saludo y fingiendo que no existía. La primera vez que la ley del hielo alcanzó un punto insostenible, Marcelo, que siempre llevaba *Pop-tarts* en los bolsillos para saciar los prontos de hambre canina que le sobrevenían, sacó una de las galletas de chocolate glaseado y se la tendió a Karim en señal de paz.

Así, sin quererlo, instauró una tradición. Como pedir perdón abiertamente no figuraba en el idioma de ninguno de los tres, orgullosos hasta decir basta, si se cansaban de estar de morros o se daban cuenta de que se iban a arruinar las vacaciones enteras, la salida al cine o la tarde en la playa con su cabezonería, el responsable del ambiente nocivo hacía entrega de un *Pop-tart* o bien exclamaba «¡*Pop-tarts*!» en voz alta.

Como por arte de magia, después de invocar la palabra, las aguas volvían a su cauce.

Esa vez no fue distinto. Fue así de sencillo aplacar a Paula..., si es que había que aplacarla a ella y no era Karim el que se sentía fuera de lugar, extraño y también ansioso recordando lo que había ocurrido entre ambos.

—¡Cari! —exclamó Agustina—. ¿Cómo estás, mi niño? ¿Cómo está tu madre?

Karim se giró para recibir el abrazo exclusivo de su segunda figura materna. Una sonrisa cálida se dibujó en sus labios. Incluso se emocionó estrechando a la señora contra sí. En ausencia de su verdadera madre, que era tan o más cariñosa que Agustina, el afecto de aquella mujer era un bálsamo reparador.

—Ahí sigue con Ahmed. Creo que el día veintiocho es su aniversario. En unos meses se mudan a una casita nueva a las afueras de la ciudad. Espero verla pronto.

—Claro que sí. No le hagas lo que me hacen a mí estos niños, que me ignoran todo el año y se presentan aquí en Navidad solo porque cocino como los dioses.

—Eso no es algo que te puedas decir tú, engreída —se mofó Marcelo, recostado bajo el umbral de la puerta—. Te lo tienen que decir los demás.

—Pues como tenga que esperar a que vengáis a verme para oírlo, me voy a morir sentada. Anda, salid de aquí. —Los ahuyentó sacudiendo las manos—. La cocina no es sitio para señoritos cosmopolitas. Salí *pa* afuera *voh* también, Lita —alternó el español —, ya me encargo yo del relleno y lo demás. Vosotros poneos cómodos o salid a dar una vuelta. Pero a las ocho en punto os quiero aquí.

Hacía años que Paula ya no discutía con su madre. ¿Para qué, si no había Dios que diera su brazo a torcer? Como la gran mayoría de madres a lo largo y ancho del mundo, tenía la concepción de que debía cargar sobre sus hombros el peso de la familia, del menú, de la limpieza, de la felicidad de sus vástagos y marido, y se tomaba tan en serio la responsabilidad, de la que se enorgullecía visiblemente, que interpretaba como un desprecio a su buen hacer que quisieran echarle una mano.

Paula, por su parte, encontraba tan despreciable que su padre se despatarrase viendo la tele mientras Agustina cocinaba durante el día entero que había dedicado la adolescencia y parte de la edad adulta a manifestarse en contra de los privilegios masculinos: «Dile algo, *ma*, no es justo», «Tiene que cooperar, *po*, aunque sea recogiendo la mesa, ¡aunque sea llevándose su plato *pa* la loza!», «¿No *cachái* que se aprovecha de *voh*?», «Ni cagando me siento esta noche al lado de ese inútil», había llegado a decir.

Pero por más mordaces y amenazantes que hubieran sido los comentarios de Paula, cada Navidad se había desarrollado acorde a los deseos de Agustina. Y sus deseos consistían en ser como Dios: estar en todas partes al mismo tiempo y hacerlo todo ella sola.

Paula se había rendido. Demostró un año más que ya no creía en su lucha quitándose el delantal y dejándolo sobre la silla de la mesa de la cocina. Pasó por el lado de su madre con resignación. Agustina, que no era tonta por más que lo fingiera en el nombre de la paz, le hizo una caricia en el pelo a modo de disculpa o de consuelo.

A Karim tampoco le gustaba dispersarse nada más llegar. Por bien que lo hubieran acogido, no olvidaba que era un invitado y que su obligación era, como mínimo, proporcionar compañía y cariño a sus anfitriones. Pero entre que Pablo no era santo de su devoción por razones que no se debían recordar en fechas señaladas y que Agustina creía que debía sufrir de soledades y sobreesfuerzos para merecerse una velada navideña inolvidable, no le quedaba otro remedio que entretenerse hasta las ocho como buenamente pudiera.

Desde tiempos inmemoriales, Paula y Karim solían estar condenados a pasar esas horas juntos jugando a las cartas, a las

palabras encadenadas, dando vueltas con el perro de sus padres por el barrio o haciendo compras de última hora: ella tampoco quería estar cerca de su progenitor, mientras que Marcelo se pegaba a él desde que aterrizaba en la ciudad hasta que tenía que volver a San Francisco.

—¿Sacamos a Nicanor? —le preguntó Paula en cuanto salió de la cocina.

Karim no se vio en posición de negarse.

El *border collie* había cumplido ya siete años, pero tenía la misma energía que cuando era un cachorro. Había sido bautizado como Nicanor para honrar a uno de los muchísimos y muy queridos poetas chilenos, el señor Parra, que iba camino de cumplir los cien años en su casa de la comuna de La Reina. A Pablo no le gustaba la literatura, pero Agustina se había aficionado a la poesía —o antipoesía, mejor dicho— para contrarrestar la dolorosa soledad en la que vivía por culpa de un marido que, cuando no estaba abstraído en sí mismo, estaba de un humor pésimo.

El perro también había sido una medida positiva para paliar esa ausencia de compañía. Una muy buena medida en opinión de Karim, porque el *border collie* era la alegría de la casa. Lo demostró brincándole a todos los invitados con la lengua fuera en cuanto se le abrió la puerta del patio trasero.

Paula cogió las llaves de la casa y silbó para atraer a Nicanor, que la siguió sin rencores por lo mucho que había tardado en volver a visitarlo. Karim acarició el pelaje suave de la criatura con una sonrisa lejana en su camino hacia el coche.

—¿A dónde quieres ir? —preguntó Karim desde el patio, rematado por parterres de hortensias y petunias que, más por cabezonería que por una consagración a la estética decorativa, Agustina no dejaba morir ni en verano.

—A la playa. Viña del Mar está a hora y media. A Nico le encanta el agua y a mí me apetece conducir.

«Más bien te apetece alejarte», pensó Karim.

—Estupendo.

Ni se les ocurrió avisar a Marcelo, al que desde fuera de la casa se le veía ya sentado junto a su padre en el sofá. Si había alguien más

cómodo reproduciendo las tradiciones antiguas que Marcelo, Karim no estaba seguro de querer conocerlo. Ni siquiera una tragedia como perder a Nicole había podido cambiar su manera de vivir la Navidad.

Claro que Karim no recordaba un solo año que Nicole hubiera preferido cenar con los padres de su novio antes que cenar con el suyo, el que fuera el gran soltero de oro.

Gracias al cielo, Karim no había tenido que pasar ninguna Nochebuena con ella.

No tuvieron que coger toallas ni crema solar. Desde tiempos inmemoriales, Agustina dejaba listo todo lo necesario para disfrutar de una mañana o una tarde en la playa en el maletero, amplio como solo podía serlo el de un Kia Sportage.

La única razón por la que Karim no luchó para adueñarse del volante fue porque no era su coche. También, en parte, porque Paula nunca lo había llevado en el asiento del copiloto y sentía curiosidad por cómo conduciría..., por no mencionar que ofrecía un aspecto irresistible estando al mando de la operación.

Hacía tanto calor que no le quedó otro remedio que convertir la coleta en un moño con ayuda de una pinza. Llevaba un top marrón oscuro anudado detrás del cuello y unos pantalones cortos de talle alto que se deshilachaban por el borde inferior. Exceptuando los labios, que siempre llevaba pintados, no se había maquillado.

Olía tan bien que se le hacía la boca agua.

Karim no le temía al silencio entre los dos. De hecho, de un tiempo a esa parte había aprendido a apreciarlo y a sentir que se comunicaba con ella mejor a través de ese medio que con palabras. Aun así, se limpió el sudor de las palmas en el pantalón de lino y toqueteó el estéreo para poner alguna canción interesante.

No había otra opción que escuchar la radio, que empezó reproduciendo un éxito de Ariana Grande.

And if it feels right, promise I don't mind
And if it feels right, promise I'll stay here all night
Just let me love you
Just let me love you[31]

En cuanto llegaron a la cala desierta, Paula soltó a Nicanor para que corriera felizmente por la orilla. El océano los había recibido con una calma inusual que estaba en disonancia total con los ánimos de Karim, quien no dejaba de mirar furtivamente a su acompañante a la espera de que ocurriera algo.

¿El qué?

No lo sabía.

Pero en el último mes Paula lo había acostumbrado a algo a lo que nadie lo había acostumbrado antes: a las caricias robadas, a los besos, a las manos entrelazadas, a la proximidad física sin sexo involucrado, y se daba cuenta ahora no solo de que lo necesitaba terriblemente, sino de que su carencia le producía los síntomas del mono. Sudaba por el esfuerzo de reprimir sus impulsos amorosos, que iban desde alargar el brazo y rodearle la cintura hasta besarla con desespero.

No había ni un alma en la cala, pero con o sin gente alrededor era y sería la más guapa de toda la playa.

Paula extendió una toalla desgastada por el tiempo y se sentó encarando el mar. Karim se puso cómodo a su lado sin decir nada.

Una mirada rápida a su perfil respingón le bastó para comprender que estaba reflexiva. Aunque la brisa soplaba suavemente, le sacudía los mechones que le enmarcaban la cara de un modo que Karim interpretó molesto. Acercó la mano, como si temiera que se la mordiese, y evitó que siguieran fastidiándola colocándoselos detrás de la oreja.

Ella lo miró de reojo con algo parecido a la timidez y luego volvió a concentrarse en el paisaje marítimo.

—No quiero que me odies porque no quiera a mi hermano —le soltó de sopetón con voz queda—. No es mi culpa.

Karim se quedó perplejo.

—¿Cómo?

—Tu cara. La cara que pusiste la noche que encontramos a Marcelo drogado y con la pistola en la mano. No me la saco de la cabeza. Sé que fui dura con él. «Una desalmada», dijiste. Y lo dijiste de corazón. —Se llevó la mano al pecho y se frotó despacio el torso

a la altura del órgano vital—. No hace falta que lo niegues. Lo vi en tu expresión.

Era cierto que su actitud fría con Marcelo le había desencantado y hasta asustado: si no quería a su propio hermano, ¿cómo iba a quererlo a él? Karim podría haberle contestado muchas cosas, pero terminó inclinándose por la única verdad que podría defender desde la presente Nochebuena hasta el final de sus días.

—No hay nada en este mundo que puedas hacer para que te odie, Paula. Nada.

—No es mi culpa —repitió ella, y ladeó la cabeza para mirarlo a los ojos—. Tú no puedes entenderlo porque ni Marcelo es tu hermano ni tú eres una mujer, pero no lo es. No es mi culpa.

Karim tomó aire. Dedicó unos segundos a seguir con la vista el frenético recorrido de Nicanor, que brincaba para evitar mojarse las patas y le ladraba a las olas que osaban salpicarle al romper en la orilla.

—Sé que no es tu persona favorita y que no os entendéis, pero no es verdad que no lo quieras.

—Pero ¿y si lo fuera? —insistió ella, ahogada—. ¿Y si no lo quisiera *de verdad*? ¿Y si, de hecho, lo odiara? ¿Cómo te sentirías tú? ¿Me negarías el saludo como me has negado todo lo demás porque no he estado a la altura de lo que consideras que debo ser para Marcelo?

Karim sacudió la cabeza con dulzura y exasperación.

—Nunca se ha tratado de que tú debas estar a la altura de las exigencias emocionales que implica relacionarse con Marcelo, exigencias que entiendo numerosas y a menudo extenuantes —replicó con calma—, sino de que yo lo esté. De que *yo* sea honrado y leal.

—Me reprochas que yo no lo sea. Ni honrada ni leal.

—Tú no tienes por qué serle fiel a Marcelo en ningún sentido, y eres más honrada que nadie que conozca.

—No lo soy porque, en tus palabras del otro día, antepongo acostarme contigo al bienestar psicológico de mi hermano. No te desdigas ahora porque te compadeces de mí —le recriminó con una mirada dolida— o porque sea Navidad, o por quién sabe qué razón.

—¿Qué quieres que te diga, Paula? No me gusta que seas fría con él. No me gusta oír que no lo quieres. No me gusta ver con mis propios ojos que es cierto que no lo soportas. Pero eso no cambia en absoluto —continuó, más despacio— lo que siento por ti, y...

—No antepongo acostarme contigo a su bienestar psicológico, ¿sabes? —le espetó antes de que terminara de hablar—. No se trata de acostarme contigo. Nunca se ha tratado de eso, o no solo de eso. Yo me abrí contigo, ¿entiendes? Te confié mis secretos, mis miedos y vulnerabilidades y, aun así, decidiste malinterpretarme. Decidiste que tenía mal fondo y que tanto yo como el hecho de estar conmigo éramos egoístas. Decidiste por los dos, decidiste que...

Paula se pasó las manos por el rostro con impaciencia. Esperó a haber acompasado la respiración, que se le había agitado por los nervios, para retomar el desahogo entrecortado. Pero en lugar de continuar verbalmente, suspiró, exasperada, y salvó la distancia entre los dos sentándose en su regazo.

Karim no se opuso.

Ella cubrió la cara con las dos palmas y empezó a manipularla con suavidad, como si nunca antes hubiera visto a un hombre, como si no supiera lo que era una barbilla, una mandíbula, un pómulo o la línea de las pestañas más tupidas del mundo. Él no se atrevió a moverse, a respirar, a apartar la mirada de su expresión entre confundida e impotente.

A pesar de la rabia, Paula estaba abducida y tal vez también sobrecogida por su belleza. Karim, por su lado, no estaba menos subyugado solo porque la emoción dominante fuese la cautela.

Un acceso de tristeza la golpeó con fuerza, dejándola con el cuerpo blando.

—Me hiciste daño, ¿sabes? —murmuró ella con la voz quebrada. Su semblante era el de alguien que acababa de sufrir una revelación —. Al rechazarme esa noche. Me hiciste daño.

Karim apartó una mano de su espalda para rodearle la cintura. La acarició verticalmente hacia la nuca y se enganchó al nudo que mantenía la prenda en su sitio para desahogar una tensión insoportable.

—Lo siento.

Se quedaron un rato de este modo, pegados pero sin tocarse del todo.

—¿El qué sientes? No lo sientes —respondió ella misma con la barbilla temblorosa—. Piensas que hiciste lo correcto. Me desdeñaste en favor de Marcelo como si mi hermano fuera todo bondad y yo un jueguecito pervertido para un rato. Como si mi hermano fuese el único que puede darte una relación continuada en el tiempo, una seguridad, y yo, en cambio, solo pretendiera usarte y tirarte. ¿Es que acaso no me conoces?

—Claro que te conozco.

—Yo nunca hablo de mis emociones o mis miedos. Pensé que tú podrías sostenerlos y no fue así.

—Claro que fue así —insistió, para lo que tuvo que interrumpirla. Si no se filtraba de alguna manera en su monólogo, nunca conseguiría imponerse en la discusión, y esto era estrictamente necesario para aplacarla—. Entendí y sostuve tus emociones y tus miedos. Los que no sostuve fueron los míos. No te rechacé porque te malinterpretara o me cabrearas, aunque no esté en posición de negar que hicieras esto segundo, sino porque a veces, Paula —hizo una pausa—, a mí también me vienen grandes las situaciones y actúo por impulso. A veces yo tampoco sé qué coño hacer.

Paula se mordió el labio inferior para no empezar a sollozar.

—¿Por qué no pudiste preferirme a mí esa noche? ¿Por qué no puedes preferirme a mí? —susurró sin acritud, tan solo vulnerabilidad. Cerró los ojos y ladeó la cabeza en la otra dirección, amagando un beso—. Necesito que me prefieras a mí. Necesito que alguien me prefiera a mí antes que a él. Aunque solo sea una vez.

La mano de Karim se cerró con más fuerza en el nudo.

—Te prefiero a ti —admitió en voz baja, tal y como se pronunciaban los secretos que no hablaban muy bien de uno mismo —, claro que te prefiero a ti. Pero tengo que ser realista. En el largo plazo me convertiría en tu peor pesadilla, mientras que para él seguiría siendo la mejor compañía. Es más fácil ser su amigo que ser tu hombre, y no porque seas complicada, sino por lo que soy yo. Mujeriego. Posesivo. Insaciable. Dominante. Tengo todos esos defectos de tu hermano que tú desprecias. Aunque me parta el alma

admitirlo, no somos compatibles. Si tensáramos la cuerda yendo más allá, terminarías odiándome.

—No te he pedido matrimonio —se quejó ella—. Solo que sigamos como empezamos.

—Eso también es un problema para mí. —Tragó saliva y, sin poder aguantarlo más, la besó en el cuello y en el mentón mientras la estrechaba con fuerza—. Paula, mi amor. No puedo ni quiero dinamitarlo todo por un puñado de noches contigo. Yo quiero más. Por ese más, te aseguro que no hay nada que no estuviera dispuesto a hacer, porque te prefiero a ti antes que a nada ni nadie, por Dios que te prefiero a ti..., pero el sexo no está por encima de Marcelo. Tu atención esporádica no está por encima de Marcelo. Un «a ver qué pasa» no está por encima de Marcelo.

—¿Qué significa ese «más», entonces?

—¿Qué va a significar, criatura? Que te quiero —confesó, y en cuanto lo pronunció, apretó la mandíbula como si le exigiera un esfuerzo sobrehumano no repetirlo en un bucle infinito—. Siempre te he querido. Obsesiva y desesperadamente. Cuando era un niño, cuando era adolescente y ahora que intento ser un hombre que hace lo correcto. Por ti sería monógamo y manso. Por ti renunciaría a mi fuerza. Pero tengo una vida, un orgullo y un gran amigo, Paula. Y si tú no me quieres también, no tiene sentido que los destruya para someterme.

No sabía qué reacción había esperado por su parte. No era una persona violenta, por más violencia que le inspiraran los hombres —en especial los hombres que se atrevían a soñar con ella—, así que por lo menos había descartado de entrada un bofetón. En el peor de los casos, pensaba Karim, Paula se levantaría y se marcharía en completo silencio.

Sin duda, eso sería más doloroso que un golpe físico.

Paula no se movió de donde estaba. Lo único que hizo fue perder la vista en un punto por encima de su hombro, presumiblemente en las paredes rocosas de la cala.

—Debería haber imaginado que me pedirías algo así —dijo al cabo de un rato. La brisa que cada vez cobraba más protagonismo estuvo a punto de arrastrar sus palabras antes de que Karim las escuchara

—. Eres inconformista por naturaleza. No te darías por satisfecho solo con acostarte conmigo. Querrías que te quisiera.

—Ya te lo dije una vez, Paula. No es una cuestión de ambición. Contigo siempre es una cuestión de justicia.

—Debería ser una cuestión de ponerse de acuerdo, más bien —repuso—, porque lo que tú consideras justo no tiene por qué coincidir con mi definición de ecuanimidad, y si dices que por mí podrías ser manso y razonable, deberías empezar a demostrarlo evitando imponer tu criterio. Dices que mantener una relación de algún tipo conmigo te obligaría a renunciar a tu vida, pero ¿es que acaso te he prohibido algo yo? ¿Acaso no estuve presente mientras te divertías con Kir Royale? ¿Acaso me pronuncié negativamente al respecto?

—No —contestó, sorprendido—, pero tú te mereces un hombre que esté solo para ti, y...

—Yo me merezco lo que yo quiera —interrumpió—, ni más, ni menos, y eso, por descontado, es algo que no te corresponde elegir a ti. ¿Y es que acaso tú no estás solo para mí? ¿No acabas de decir que me quieres?

—Sí.

—¿No soy la única por la que sientes eso?

—Lo eres, claro que lo eres.

—Entonces ¿qué me importa que te acuestes con otras? El sexo no significa nada para mí salvo si me relaciono físicamente con un hombre con quien tengo un vínculo emocional, y creo que así es, en cierto sentido, para toda criatura sintiente.

—Sí. No es lo mismo acostarse con alguien a quien uno quiere que con alguien a quien no.

—Me gustó verte disfrutar —reconoció ella—. Me gustó saber que aun teniendo a una mujer despampanante entre tus brazos y a tu disposición, buscarías mi mirada y mi aprobación. Me gustó que tu placer físico se mezclara con el placer de hacer lo que yo decía.

Karim sacudió la cabeza.

—No.

—No ¿qué?

—No podría tener una relación abierta contigo.

—Nadie ha dicho nada de una relación abierta, si con relación abierta se entiende que ambos tendríamos vidas sexuales paralelas aparte de la común. A mí no me atrae nadie más. Lo que sí me atrae, de hecho, es la idea de que el único hombre que me hace sentir algo me proteja de lo que yo hago sentir a otros hombres. Lo que sí me atrae —continuó— es estar con un hombre que no se victimizará ni me castigará por mi falta de libido, pues si quisiera divertirse siempre tendría la oportunidad de acostarse con otras.

—¿Cómo puedes estar de acuerdo con que yo tenga una vida sexual paralela mientras tú te consagras a mí? —preguntó, anonadado.

—No lo concibes porque tú eres posesivo y orgulloso a rabiar. No te culpo por esto, que conste. Son rasgos que suelen desarrollar los hombres que nunca han estado muy seguros en su centro y que se han tragado alegremente la propaganda de la masculinidad. Pero yo siempre he sabido cuánto valgo y que nada ni nadie puede convencerme de hacer algo que no quiero. Sí que opino como Marilyn Monroe —añadió con aire risueño, y se balanceó sobre su regazo para sonreírle a un palmo de la cara, burlona—. Ningún hombre se merece dos mujeres, no se diga ya una colección entera. Pero ¿sabes? Nada relativo al sexo es asunto mío. Para mí no vale ni significa nada, sobre todo si para ti también es un mero juego.

Karim se pasó la lengua por el labio inferior. En una arriesgada caricia, bajó las manos de su cuello a sus nalgas, que abrazó sin apretar.

—Sí, a mí me gusta jugar como al que más —reconoció—, pero tú no eres ningún juego para mí. Si me lo pidieras, dejaría al resto de mujeres del mundo. Sin pestañear.

—No soy ninguna tirana, y no tienes que demostrarme que me quieres con gestos drásticos. Además; alguna tendrá que satisfacer tus grandes apetitos sexuales, ¿no? Ya sabes que conmigo no vas a pasarte follando las veinticuatro horas del día de lunes a domingo, festivos incluidos. Conmigo sabes que no va a haber bofetones ni tirones de pelo, al menos con frecuencia. Mi libido es reducida, así que no contarías conmigo como menú del día, sino como... un festín puntual.

Karim echó la cabeza hacia atrás para besarle la cara.

—¿No podría estar contigo todos los días? —murmuró contra su piel.

—Estar, sí. Pero no puedo ni quiero hacerme cargo de tus infinitos fetiches a todas horas, Karim. Hay líneas que no me gustaría cruzar.

—¿Como cuáles?

Paula no llegó a responder: propulsado por las patas traseras, Nicanor se arrojó sobre ellos con la lengua fuera y el pelaje húmedo de haber estado batallando con las olas. Karim tuvo que extender los brazos para detener su aterrizaje y evitar que los arrojara sobre la toalla. Sus esfuerzos fueron en vano. No convenía subestimar la energía de un *border collie*, sobre todo cuando estaba sobreestimulado por el regreso de dos de sus personas preferidas.

Paula rodó para separarse de Karim y recibir con diversión los besos y empujones de hocico del animal. A lo mejor por lo inusuales que eran —y más que se habían vuelto después de la muerte de Nicole—, se quedó gratamente sorprendido oyendo sus carcajadas. Paula era un público difícil para los comediantes, pero no así para un perro bobalicón y enamorado de las féminas de su familia.

Karim entendió la obvia preferencia de Nicanor por ella. Si de alguien se puso celoso, fue del tupido pelaje que recibió las caricias de sus manos pequeñas. Suerte que no tuvo que pelear por su atención durante mucho tiempo: en cuanto Paula atrapó la pelota que había rodado fuera del bolso de playa y se la lanzó a la otra punta de la cala, Nicanor salió trotando, dejándolos solos de nuevo. Y si había pensado que la interrupción perruna acabaría con el momento de intimidad, se equivocaba. Con toda naturalidad, Paula volvió a rodar para abrazarse de perfil a la cintura de Karim.

Apoyó la barbilla en su hombro y cerró los ojos un segundo.

Él le besó la frente con el corazón a punto de salírsele del pecho y se entregó a la sensación de profundo alivio y esperanza.

A lo mejor se había precipitado dándolo todo por perdido.

A lo mejor todavía podía tener todo lo que quería; más de aquello con lo que había soñado.

Capítulo 26

Volvieron a casa canturreando las canciones que la radio, compinchada con sus gustos y preferencias, fue reproduciendo entre los comentarios de los locutores.

Paula agradeció ser la encargada del volante. La obligaba a concentrarse en la carretera y, como mucho, en la letra de los éxitos de Los 40; cualquier cosa menos el nudo de culpabilidad que iba ganando más y más terreno en sus entrañas.

Cuando tomó la decisión de abandonar Stanford y quedarse en casa de su hermano, tenía un objetivo, la cabeza fría y una determinación capaz de mover montañas. Conforme se había ido acercando a Karim, sin embargo, esa frialdad que requería operar con éxito a espaldas de los demás, ese obstinado sentido de la justicia que la convencía de imponer la verdad sobre el bienestar ajeno, se había ido tambaleando hasta caer del pedestal de prioridades.

Todavía no olvidaba el que era su propósito: arruinar la vida de James Carver. Pero ya no era el rostro del abogado y político el primero que afloraba en su mente en cuanto abría los ojos. Tampoco era el que había ido filtrándose en sus sueños, cada vez con mayor frecuencia, hasta convertirse en el primer protagonista de las tramas oníricas.

Lo que al principio había sido apenas una semillita, una humilde habichuela, había ido germinando hasta convertirse en la planta del tamaño de un rascacielos que el joven Jack del cuento trepaba para enfrentarse al gigante. Paula había contado con la semilla de la culpa, claro estaba; no era tan cínica como había creído o como le habría gustado. Pero sí había subestimado hasta qué punto podría gobernarla. Había subestimado, también, lo lejos que llegaría con tal de consumar su venganza: ni en sus más locas fantasías se había visualizado en brazos de Karim, en gran medida porque nunca había sido necesario seducir o conquistar a Karim para lograr lo que quería. De hecho, habría sido preferible que no se hubiera acercado

mucho a él para que luego el golpe no fuera tan brutal como inevitablemente lo sería.

¿Por qué había tenido que complicarlo todo? Y, lo que era más, ¿por qué tenía que seguir complicándolo? Debería haberse apartado de su regazo, espantada, nada más oír que Karim la quería, no haber insistido en que había una oportunidad entre los dos y consumarla era cuestión de valentía. Pero, según parecía, uno nunca se conocía del todo. De pronto, Paula se descubría a sí misma siendo lo bastante egoísta para exprimir al máximo el tiempo que le quedara con él, aun sabiendo que concederse la ingenua fantasía de un romance los destruiría a los dos.

Procuró alejar los pensamientos y centrarse en el ahora.

Todavía no había llevado a cabo ningún acto irreparable.

Todavía no había traicionado a Karim.

Todavía contaba con el apoyo incondicional de su hermano.

Llevaba meses viviendo en el futuro, ese futuro próximo e inminente en el que hacía arder el mundo desde los cimientos para que los villanos pagaran por sus crímenes. Ahora se sorprendía aferrándose desesperada al presente y soñando con que duraba un poco más, solo un poco, lo suficiente para poder decir que había vivido algo significativo mientras estuvo muerta por dentro. Que tras Nicole no solo la habían azotado la ira, la pena y el resto de emociones de las fases del luto elevadas hasta el paroxismo; también había experimentado el placer, y el deseo, y la esperanza, y a lo mejor también el afecto sincero, con todo lo que eso conllevaba: una revelación ante la que no se podía cerrar los ojos.

Porque ¿cómo no iba a ser revelador enterarse de buenas a primeras de que podía anhelar la compañía y caricias de un hombre?

Un hombre, ni más ni menos.

En casa los estaban esperando su madre, su padre y Marcelo. La escena era similar a la que habían despedido unas horas atrás: los hombres repantigados en el sofá, ruborizados y sudorosos por efecto de una docena de latas de cerveza, y la única mujer del grupo multiplicando sus manos como Cristo multiplicó los peces para llegar a la hora estipulada con las viandas recién salidas del horno.

Paula se adelantó a toda prisa para ayudarla a emplatar el pavo relleno, la ensaladilla rusa, las empanadas y demás alimentos del pantagruélico banquete. Karim, el único miembro masculino que sabía dónde estaban los manteles y servilletas adquiridos para la ocasión, se encargó de poner la mesa sin que nadie tuviera que pedírselo.

Paula se fijó con el rabillo del ojo en que lo hacía con la misma elegancia con la que lo hacía todo, con una dedicación, incluso, que la habría hecho reír si no llevara días con un nudo en la garganta. Lo veía moverse con desenvoltura en el comedor, alineando los cubiertos de acuerdo a las normas de sala, doblando las servilletas, separando las sillas del borde de la mesa. Parecía que siempre hubiera estado allí, y ¿acaso era una sensación engañosa? ¿No había estado allí desde el origen de los tiempos?

Paula no recordaba casi nada anterior a los once años, y fue a los once cuando Karim apareció en su vida. Desde entonces había transcurrido más de una década. Habían crecido. Habían elegido sus vocaciones. Se habían encontrado, desencontrado y vuelto a encontrar.

¿Se habían enamorado?

—Qué mino[32] se ve nuestro Cari, ¿eh? —oyó que decía Agustina por lo bajo, por supuesto, en español.

Recalcó su comentario dándole un codazo más propio de una amiga que de una madre.

Paula se obligó a poner los ojos en blanco.

—Si eso no es ninguna novedad, *ma*.

—¿Y por qué no le *dai* una oportunidad? *Sabís* que yo sería feliz con cualquier pololo que me *trajerai*, pero este tincudo[33] mío es el que más me gusta.

—Primero me tiene que gustar a mí, ¿no?

—¿Y no te gusta? ¿Ni un poquitito? —Le pellizcó la mejilla con una sonrisita juguetona.

Odió no poder decir que no. Esa había sido la fortaleza de la que siempre se había enorgullecido, al fin y al cabo: de no conmoverse con ningún tipo, no buscar su aprobación ni comportarse como una

estúpida a su alrededor. Era una fortaleza, dicho fuera de paso, con la que no contaban la mayoría de las mujeres. Ni mucho menos su madre, que por estar anclada a la cultura de otro tiempo, encontraba placer en la conversación que giraba en torno al sexo opuesto, en la contemplación de la belleza masculina y en obedecer las órdenes de los masculinos de la mesa.

Paula lamentaba no poder seguir negando que existía una poderosa excepción a su indiferencia.

Cuando Karim hacía acto de presencia, a lo mejor no cambiaba radicalmente de actitud, a lo mejor no se reía igual que los pavos y le daba golpecitos en el hombro exclamando su nombre con un lamentable acento nasal o del Valle de San Fernando, pero algo dentro de ella mutaba y se erguía por defecto, como si los átomos de su cuerpo dijeran: «Arriba. Su Majestad ha entrado».

Se escabulló de la pregunta de su madre llevando el pavo a la mesa con la bandeja bien agarrada por los bordes. Había tomado la precaución de cubrirse con un paño húmedo para no quemarse. Humeaba y a uno se le hacía la boca agua admirando la corteza crujiente y aceitosa.

Karim le hizo el favor de coger la bandeja y depositarla con cuidado en el centro. Se miraron un instante y esa mirada fue como darse un beso telepáticamente.

Luego retomaron sus obligaciones, que concluyeron, al fin, en la reunión del comedor.

Poco importaba que los León se hubieran mudado un par de veces. Los asientos llevaban numerados desde la primera Navidad con Karim. El anfitrión presidía la mesa, Marcelo y su amigo se sentaban el uno frente al otro y Paula se quedaba junto al invitado y enfrente de su madre para poder servir a ese otro sector de la mesa sin necesidad de que Agustina se levantara.

Agradeció un año más que la disposición se hubiera acordado así, y decía «un año más» porque, desde siempre, Karim había sido su persona preferida de la noche. Esto no era ningún tipo de halago hacia el aludido, sino un insulto dirigido a los demás: no soportaba compartir espacio y oxígeno con su padre, el culpable de todos los males que habían aquejado a la familia, desde los materiales hasta

los psicológicos, ni con su hermano, que en lugar de romper el círculo rebelándose contra esa violencia la había perpetuado con gusto.

Su madre no tenía culpa de nada, y, de hecho, manifestaba un carácter propio y bastante temperamental, algo revolucionario considerando que convivía con un monstruo, pero a Paula le dolía el solo hecho de verla deshacerse en esfuerzos. Si procuraba no exteriorizarlo, era porque Agustina necesitaba fingir que eran una familia feliz y corriente.

Si es que eso existía.

Karim era, pues, el clavo ardiendo. El soplo de aire fresco.

Paula no era la única que celebraba que aceptara la invitación navideña. Marcelo se alegraba de contar con un aliado si se iniciaba una acalorada discusión, Agustina se conmovía con los modales del único hombre con una mínima sensibilidad que conocía y Paula no perdía de vista ni por un segundo que era la razón por la que su padre, para variar, se comportaba con decencia. Este último era el único miembro de los León que aún percibía a Karim como un aditivo y no un miembro de pleno derecho; como una persona de fuera que tarde o temprano tendría que desaparecer.

Buena suerte con eso, Pablo.

Esa Navidad en concreto, Paula se regocijó con especial ilusión en el hecho de tenerlo sentado a su lado. La mesa era demasiado pequeña para poder mantener con Karim una conversación privada; además, cuando Marcelo se emborrachaba, era imposible hablar más alto que él o evitar prestarle atención, pero su sola proximidad la tranquilizaba. El vello se le erizaba igual si su padre hacía algún comentario sobre las políticas migratorias, como si él mismo no hubiera sido un inmigrante, como si el resto de los inmigrantes no se deslomaran de igual modo para llevar el pan a la mesa, pero se lo tomaba con relativa resignación porque Karim estaba ahí.

Mientras Marcelo contaba una anécdota divertida con los aspavientos que le eran propios, Paula alargó la mano bajo la mesa para apoyarla en el muslo de Karim. Él no dio muestras físicas de percatarse. Mantuvo la sonrisa intacta en los labios y fingió hallarse

absorto en la narración del primogénito, pero casi enseguida le cubrió el dorso con la palma y entrelazó los dedos con los de ella.

A duras penas probó bocado, y eso que la cena se extendió hasta las tantas y vaciaron un total de tres botellas de vino. Tenía un nudo de pasión apretando en el estómago, y por más que daba sorbos a la copa, el alcohol no lograba deshacerlo.

Nada podía deshacerlo, y ni mucho menos la mirada cálida con la que Karim la alentaba a seguir dando su opinión las pocas veces que se le concedía la palabra.

Era muy posible que fuera la única persona en toda la mesa, en toda la casa, en todo el mundo a la que le importaba de corazón lo que tuviera que decir. Eximía de la regla, por supuesto, a la mujer que se pudría bajo tierra desde el pasado febrero y a un par de profesores universitarios, pero para el resto de la gente, en especial para sus familiares directos, la opinión de Paula era como regalar un *souvenir*. Sí, constituía un detalle adorable que trajera un pin para la nevera de su viaje al extranjero, pero podría haberse ahorrado el gasto porque, en fin, el diseño era cutre, no valía ni tres dólares y tampoco quedaba espacio para pegarlo.

A veces sorprendía a su madre sonriéndole con el mismo interés forzado que si hablara con alguien cortito de entendederas. Veía el inconformismo de su hija como un defecto de nacimiento que exigía paciencia y compasión, no como un principio enarbolado con orgullo. De seguro había rezado a lo largo de su infancia para que al menos un hombre pudiera perdonarle la insufrible tendencia a manifestar sus desacuerdos. No había nada a lo que le temiera más que a morirse sin haberla casado.

Marcelo la atendía con la barbilla apoyada en la mano, condescendiente como él solo a pesar de que Paula andaba sobrada de argumentos para humillarlo en un debate. ¿Qué importaba que la hubieran aceptado en Stanford? Para su hermano era poco más que un coño en el que todos sus amigos querían meterla. El resto de las partes de su cuerpo, en especial su cerebro, eran una anécdota.

Y luego estaba su padre, que ni siquiera levantaba la cabeza cuando ella hablaba. Fingía oír llover, concentrado en cortar su filete y masticar el bocado con parsimonia señorial. Si se levantaba

magnánimo, ignoraba su apreciación y saltaba a otro tema de mayor interés... para él, claro. Si, por el contrario, tenía un día de perros, soltaba una perlita de la familia de «no dices más que gilipolleces» y la fulminaba con una mirada furibunda.

Karim no siempre había compartido su punto de vista, eso era cierto, pero nunca la trataba como si fuera estúpida o una molestia.

Pese a todo esto, Paula descubrió que existía una cantidad de vino concreta con el don de obrar el milagro de relajarle los hombros, bajarle las defensas y permitirle disfrutar en la medida de lo posible de la velada navideña. Se sorprendió riéndose con las payasadas de su hermano, dándole besos a su madre y hasta intercambiando unas palabras con su padre que se salieron de la fría diplomacia.

Ni se le pasó por la cabeza que este sorprendente giro de los acontecimientos pudiera atribuirse a nada distinto de la mano que la sujetaba por debajo de la mesa, mano que, con una obstinación maravillosa, se había negado a soltarla en toda la noche.

Cuando Karim tuvo que levantarse para ir a por los regalos, Paula se sintió como si la hubieran arrojado de golpe al frío de la Antártida. Se irguió, erizada, y miró a un lado y al otro con una ligera indefensión. Fue su madre la que se dio cuenta de la torpeza con la que se movía y penetró la bruma de la borrachera para recordarle que Karim volvería enseguida.

La entrega de los regalos del invitado de honor constituía, indiscutiblemente, el mejor momento de toda la Navidad. No porque los León fueran una familia de superficiales, sino porque sus cuidadosas elecciones cumplían los deseos más humanos: sentirse visto y saberse entendido.

No decepcionó a ninguno de los comensales. Su madre recibió entradas para *La Traviata* de Verdi, ópera a la que llevaba soñando con ir por culpa de su película fetiche desde los noventa, cuando vio *Pretty Woman* por primera vez en el cine. Su padre, que se había aficionado al ajedrez en los últimos meses justo después de apuntarse a un club para socializar ahora que ya no trabajaba, se topó con un tablero tallado en madera noble pero a la vez minimalista, perfecto para jugar en casa y llevar a la playa. Su

hermano era algo más difícil de complacer, en parte porque sus ingresos procedían del mismo sitio y tenía suficiente capacidad de ahorro para comprarse el capricho caro que se le antojase, y en parte porque, además, tenía la mentalidad del hedonista: si quería algo, se lo compraba sin más. Pero Karim acertó una vez más regalándole una experiencia mágica. Le había conseguido entradas para ver al Manchester en casa, y eso no era todo. Solo Dios sabía cómo había contactado y convencido a un jugador estrella de la NBA para que dijera, mirando a la cámara: «Alguien me ha dicho que eres muy fan mío, Marcelo. Gracias por seguirme desde tan pequeño. Cuídate mucho, ¿eh? Prométemelo. Feliz Navidad».

—¿Cómo coño lo has conseguido?

Karim aguantó una risa culpable.

—Le dije que tenía un hijo que estaba en el hospital. Si no me enviaba el vídeo enseguida, se moriría sin verlo.

A Marcelo le encantó la anécdota y se rio tanto que le dio un ataque de tos.

Luego le llegó el turno a Paula, la más complicada para regalar con diferencia.

Ella no se consideraba tan difícil, pero sus padres y hermano contenían el aliento siempre que le tocaba desenvolver su paquete.

Le tenía tanta confianza a Karim que ni siquiera se le aceleró el corazón por miedo a componer una expresión que delatara su descontento. Esperaba toparse con algo impersonal pero por largo tiempo añorado, como algún libro con un prólogo académico que llevara años descatalogado. La sorprendió descubrir que esa Navidad Karim había superado el pánico a que la familia supiera que tenía una favorita: había ratificado a través del paquete más grande y de contenido más íntimo que su complicidad era especial.

—¿Qué es eso? —preguntó Marcelo, ceñudo.

Ni la propia Paula supo de qué se trataba hasta que empezó a reconocer los nombres y rostros que había impresos en el interior de un grueso archivador. Además de biografías detalladas e historias laborales, había adjuntos unos cedés envueltos en plástico fino. Imaginaba qué se encontraría cuando los introdujera en el

ordenador: los testimonios en primera persona de cada uno de los veinticinco sujetos citados en el estudio.

Buscó la mirada de Karim con pasmo.

—¿Has conseguido que Mauricio te regale toda la información de su exposición?

Él sacudió la cabeza.

—Lo fotocopió con la conformidad de los implicados cuando le dije que podría motivarte buscar la manera de ayudarlos. —Señaló los documentos con la barbilla—. Me pareció que sus problemas podían tener solución y me pareció, también, que te gustaría proporcionársela.

Paula contempló el exquisito material con sentimientos encontrados.

Por una parte quiso arrojárselo a la cara, ofendida porque, a su manera sutil, hubiese seguido insistiendo en que volviera a la universidad, aprobara los últimos exámenes, se presentara al BAR y alcanzara el que había sido el sueño de su vida.

Porque sí, había sido el sueño de su vida.

Pero por otra parte se conmovió inexplicablemente. No porque le hubiera tomado tiempo y esfuerzo convencer al orgulloso Mauricio de llamar de nuevo a sus musas, no porque denotara que le había dado vueltas y vueltas al regalo, sino porque había cumplido su promesa.

Un par de semanas atrás le dijo, furioso, que alguien tendría que luchar por sus intereses en vista de que ella había renunciado a su vocación.

Eso había hecho, y entrometiéndose lo justo.

Paula podía descartar todos aquellos testimonios, a todas aquellas personas. Pero él sabía tan bien como ella misma que no tendría el corazón ni el valor de desentenderse. No si la oportunidad de encontrarles un futuro mejor había caído en sus manos.

Como abogada podría representarlos algún día no muy lejano. Podría llevar a juicio a quienes los habían explotado, a quienes les habían negado finiquitos y salarios íntegros, a quienes no les habían pagado las horas extra, a quienes los habían vejado por el color de su piel, por su procedencia humilde; a quienes los habían denigrado

en entrevistas, a quienes les habían suspendido una asignatura a las puertas de la graduación por una razón que nunca admitirían en público, pero que habían visto implícita en su mirada repugnada: «Un moro no va a ser periodista mientras yo pueda evitarlo».

Como abogada podría hacer muchas cosas.

Marcelo seguía preguntando qué coño era toda esa Biblia y Karim lo explicaba con paciencia aludiendo a la exposición a la que la llevó casi un mes atrás.

Paula tenía la mirada perdida en los datos, en los rostros jóvenes. Reconoció a la chica nativa que se había largado a una reserva al no encontrar trabajos bien remunerados de la que era su especialidad. Reconoció al chico gay al que habían contratado para «cubrir el cupo de las minorías» y habían despedido unos meses después porque no había sentado bien que llevara a su novio con pluma a la cena de empresa.

—Gracias —murmuró Paula.

Guardó el contenido en la carpeta y se levantó para ponerla a resguardo en la encimera de la cocina, barajando, a la vez, si no debería deshacerse de todo ello para evitar tentaciones.

Ya había elegido un camino. El camino de autodestruirse en el nombre de la justicia. Una vez lo hubiese conseguido, no podría ser abogada. No podría representar a nadie. Estaría marcada.

Sintió la mirada de Karim sobre ella tratando de discernir cómo le había sentado en realidad el atrevimiento.

Paula no estaba enfadada con él. Si acaso, estaba enfadada consigo misma por haber descartado sin pensar en otros futuros posibles. El odio de la venganza la había cegado, y ahora estaba encaminada a un destino peliagudo. Era tarde para dar marcha atrás.

Pero si no se hubiera precipitado...

—¿Estás bien? —le preguntó Karim en voz baja.

Paula solo asintió y forzó una sonrisa antes de incorporarse a la conversación plural.

Capítulo 27

Unas horas más tarde, animados y al mismo tiempo derrotados por el cansancio del viaje y la modorra del alcohol, la familia se había despedido en el salón para perderse cada uno en su dormitorio.

Paula y Karim se quedaron recogiendo la cocina en silencio a pesar de que Agustina había insistido en que ya limpiaría mañana cuando se levantara. Ninguno de los dos estaba especialmente espabilado: habían bebido como cualquiera de los demás y, aunque el deseo los mantenía lo bastante despiertos para no considerarse borrachos, se movían con lentitud y poca precisión.

Ninguna cantidad de vino bastaba, sin embargo, para dejar de ser conscientes de la proximidad del otro.

Cada vez que Karim pasaba por detrás de Paula, la advertía de que traía una mano cargada de platos pellizcándole la cadera, y cada vez que ella se inclinaba sobre la mesa para alcanzar un vaso escurridizo, buscaba la mirada de él para asegurarse de que la devoraba con uno de sus vistazos contenidos.

Dejaron la cocina y el comedor como una patena en torno a las tres de la madrugada, una hora después de que el resto de los comensales se hubiesen retirado.

Karim acompañó a Paula a su habitación con las manos en los bolsillos. El pasillo era lo bastante largo para que pudieran caminar un rato en silencio rozándose los hombros. Ella procuraba resistirse para no agarrarse a su muñeca o a su cintura, en parte porque seguía aturdida por el regalo, en parte porque estaban en casa de sus padres, en parte porque era una debilidad y no estaba del todo de acuerdo con manifestarla.

—¿Estás enfadada conmigo? —le preguntó con la precaución de no despertar a nadie.

Paula negó.

—¿No te ha gustado el regalo?

Paula meneó la cabeza de forma ambigua.

—¿Quieres otra cosa?

Paula volvió a negar.

Karim se cubrió la boca para disimular una carcajada.

—¿No vas a volver a contestarme verbalmente jamás? ¿Ese va a ser mi castigo?

Paula se paró a la altura de su dormitorio e irguió la barbilla hacia él.

—Te has arriesgado mucho.

Karim se encogió de hombros. La serenidad había vuelto a relajar su expresión.

—Bueno —suspiró. Apoyó la palma de la mano sobre la cabeza morena y le acarició el pelo con aire distraído—. Soy un hombre de ideas fijas, y se me ha metido entre ceja y ceja devolverte a Stanford. Tampoco me he pasado, ¿no? Solo quería inspirarte.

—Ya.

Aunque respondió cortante, atrapó la mano de Karim, que iba camino de esconder de nuevo en el bolsillo, y entrelazó los dedos con los suyos. Se recostó contra la pared sin dejar de mirarlo a los ojos. Incluso ella sentía que sus propias pupilas ardían.

—Yo no te he regalado nada. Es difícil sorprender a alguien que lo tiene todo. Y te apasionan las cosas caras —se quejó por lo bajini—. Soy demasiado pobre para tus exquisitos gustos.

—Sí que son exquisitos —admitió con la boca pequeña, cerrando la mano en torno a la de Paula—. No importa, *qalbi*. Sería ridículo exigirle una aportación material a la única persona del mundo que me apasiona con su sola presencia, ¿no crees? —suspiró de nuevo y rompió el contacto. Se retiró por unos pasos con aspecto cansado—. Buenas noches, anda.

Paula apretó la espalda contra la pared y retorció las manos en su regazo, presa de una extraña necesidad que en su estado no comprendía. Alzó la vista hacia él con cierta timidez y se sintió intimidada por el fulgor de sus ojos, que tras la velada y por los efectos del vino se habían convertido en recipientes de oro líquido.

—Buenas noches.

Mantuvo la barbilla erguida esperando un beso. Karim se rio entre dientes y miró a un lado y al otro del pasillo antes de inclinarse para complacer su deseo. Fue casto, pero no rápido, y la forma en que la

miró nada más separarse fue otra forma de besarla igual de excitante, si no más.

Fue él quien se retiró con las manos en los bolsillos, donde había estimado pertinente refugiarlas de sus ansias por acariciarla. Ella no movió más que la cabeza para verlo perderse al final del corredor, donde se encontraba la habitación de invitados.

No supo de dónde salió el suspiro quebrado que escapó de sus labios cuando desapareció de su campo de visión sin haberse girado ni una sola vez.

No le gustaba la persona en la que se convertía con unos vinos en el cuerpo.

Era como si de pronto la teletransportaran a una estúpida comedia romántica.

Paula entró en la que era su habitación —no la había ocupado lo suficiente desde la mudanza como para sentirse dueña del espacio— y se sentó en el borde de la cama para quitarse los zapatos. Pensó que una ducha le vendría bien para sacarse de encima la salitre de la brisa marina, el calor concentrado en la casa pese a las horas y, a poder ser, también la sensación de que debía hacer algo, lo que fuera, menos quedarse de brazos cruzados.

Con el pelo húmedo y la toalla de la ducha anudada al pecho, regresó del baño y se sentó otra vez en el borde de la cama. Aguzó los sentidos para confirmar que todos habían caído redondos: oía los ronquidos lejanos de su padre, y si no había objetos siendo pateados por la torpeza de Marcelo, debía de ser porque él tampoco seguía despierto.

«No sería justo», le dijo la voz de la razón. «Cuanto más te acerques a Karim, más te costará luego seguir tus planes sin sentirte miserable».

«Él también quiere. *Te quiere*, de hecho. Y lo habéis hablado en la playa».

«Precisamente porque me quiere no puedo hacerlo».

«Puedes hacerlo porque deseas hacerlo. *Necesitas* hacerlo».

Un escalofrío le recordó a Paula que debía vestirse. Improvisó un pijama con una camiseta de tirantes ajustada y unos *shorts* de

cuando era adolescente. Volvió a tomar asiento, ahora con vacilación, y lanzó una mirada al reloj de la mesilla de noche.

Eran las cuatro de la madrugada.

«No».

«Sí».

«Vamos, venga. No seas cobarde».

«Lo que no tengo que ser es mala».

Debatirse, indecisa, entre una opción y otra no impidió que se levantara, cerrara la puerta tras ella con cuidado de no emitir sonido y se deslizara de puntillas pasillo arriba.

Se detuvo a unos pasos de la habitación de invitados. Luego los avanzó mordiéndose el labio con fuerza. Los retrocedió de nuevo, no por falta de valor, sino por miedo a que le diera un ataque al corazón. Tenía el pulso disparado por el desconocimiento, la inquietud y el deseo. Sobre todo el deseo.

Apoyó la espalda en la pared y cerró los ojos un segundo.

«No».

«Sí».

«Sí, sí».

Lo que la convenció de seguir adelante fue uno de esos misteriosos e inquietantes crujidos de muebles que de niña la hacían sobresaltarse y acudir en busca de su madre.

Esta vez no sería su madre a la que buscaría.

Caminó hacia la puerta de la habitación de invitados y la abrió sin llamar. Se infiltró con rapidez y la selló a su espalda como una vulgar ladrona. La única luz que entraba por el ventanal de la habitación era la de la luna y las farolas de la calle, más que suficiente para delinear los contornos ondulantes de la espalda de Karim.

Lo había cazado sacándose la camiseta.

Él miró por encima del hombro con una expresión a caballo entre la resignación y el regocijo, sabiendo de antemano que se trataba de ella.

Relajó los hombros con una suerte de suspiro.

Era la noche de los suspiros.

—Paula —dijo, y en la palabra cupieron un sinfín de comentarios.

«No deberías estar aquí».

«Regresa a tu cuarto».

«No te vayas, por favor».

Ella se acercó todavía de puntillas y lo abrazó por la espalda. Todavía olía a mar y a sol. El sudor adherido a su piel solo le daba un toque salado y delicioso a su cuerpo, como descubrió dándole un beso en el omóplato que se convirtió en un suave lametón.

Karim se estremeció.

—Paula... —carraspeó para sonar terminante. No lo consiguió—. Vamos, vete a dormir.

—No quiero hacerlo sola.

—¿Cómo que no? ¿De qué tienes miedo? Es la casa de tus padres.

—Tengo frío.

—Eso es imposible. Hacen veinte grados.

Ella lo soltó a regañadientes y se quedó de pie en medio de la habitación. Así pudo admirar sin perderse detalle la actitud derrotada y a la vez tensa por el deseo que Karim arrastró hacia la cama, donde se tendió ignorando su presencia.

No volvió a decirle que se marchara. Paula interpretó la falta de reiteración y el gesto de tumbarse como una invitación, y no osó desaprovecharla. Con un sigilo innecesario, porque ya debía de haberle leído las intenciones y hasta el pensamiento, se coló bajo la sábana y pegó el rostro a su cálido pectoral. Volvió a probar la piel salada y ardiente, muerta de necesidad, y lo obligó a reaccionar cubriéndole la nuca con una mano demandante.

—Paula —repitió con la voz enturbiada—. Has bebido.

Pero a ninguno de los dos les importaba eso, como demostró él mismo rodeándola por la cintura y atrayéndola hacia sí.

Había perdido la cuenta del número de veces que la había tocado así, que la había manejado a su antojo, que la había girado, acariciado, apretado, besado, pero cada vez era más intensa que la anterior. La bomba iba a estallar en cualquier momento.

—Tú también.

—No es lo mismo. Tú no estás acostumbrada y te afecta. Puede inspirarte a hacer cosas que en el fondo no quieres.

—¿Qué cosa estoy haciendo que no venga queriendo un tiempo?

Paula buscó sus labios en la oscuridad. Karim se dejó encontrar sin oponer más resistencia. Había intentado persuadirla, y si no lo había conseguido era porque en el fondo no quería hacerlo.

Tenía la boca también caliente, también húmeda de sal. Su cuerpo parecía un planeta y ella era el tesoro escondido que protegía con su corteza. Estaba atrapada contra él. Estaba envuelta por él.

Nunca le había inspirado confianza la supremacía física del género opuesto, pero tenía sentido que Karim fuera grande, tenía sentido que tuviera los brazos y las piernas largos, que fuera poderoso e inquebrantable. Era un hombre que sabía ceder su poder. Lo que pasaba era que lo guardaba en secreto porque solo lo cedía con ella, por y para ella.

No tuvo que decirle lo que quería. Karim la entendía a la perfección y no necesitaba que le dieran directrices en según qué ámbitos. Introdujo la mano entre sus piernas, que Paula separó temblando de anticipación, y le bajó el pantalón lo suficiente para cubrirle el sexo con los dedos. La sola presión de su mano en una zona sensibilizada por las semanas de anhelos acumulados le arrancó un suspiro de alivio.

Karim le cubrió la boca y la mandó ser discreta con un susurro, y hasta ese susurro le pareció erótico. Paula quería besarlo para siempre y se lo hizo saber tomándolo y no soltándolo ni para respirar mientras él seguía acariciándola superficial y rítmicamente en ese punto que no todos sabían o querían estimular; ese punto que hacía que Paula se derritiera.

—Me vas a hacer desairar a mis anfitriones.

—No seas anticuado —rezongó ella con el aliento entrecortado.

—Los valores morales nunca pasan de moda, Paulita.

—No me llames Paulita. No soy una niña.

—Claro que sí —le susurró con los labios a la altura de su nariz. Le besó la punta—. ¿No ves que estás todo el día demandando que se cumplan tus caprichos? Niña sabionda, demandante y maleducada, eso es lo que eres.

—¿Por qué? —jadeó ella.

—Por qué ¿qué? ¿Por qué lo eres?

—¿Por qué me quieres? —le sorprendió preguntando. Por un segundo, no se oyó ni un ruido en el dormitorio—. Sé que es verdad, que me has dicho la verdad. Lo he visto. Lo noto. Pero ¿por qué?

Hubo otro largo silencio solo interrumpido por los discretos sonidos que hacía su garganta, que parecía conectada a la estimulación de sus dedos. A pesar del secuestro de la nube de deseo, a pesar del vino, se acordó de lo que le había dicho Nicole: «Ni tú sabes cuáles son las razones adecuadas».

Y era verdad.

Paula no sabía qué pretendía oír, ni si una respuesta concienzuda la dejaría tranquila.

Karim la besó despacio, a lo mejor para regalarse el tiempo necesario para contestar, a lo mejor solo porque quería, a lo mejor porque esa era la contestación. Y resultó que sí había una respuesta correcta, pero tenía que ser también la persona correcta quien la diera:

—Porque no has dejado que nadie te diga nunca quién eres.

No hubo nada más que hablar después de eso. En once palabras improvisadas que no dudaba que provinieran de las profundidades de su corazón, ese que por fin estaba abriendo para ella, había logrado integrar los sentimientos que Paula ansiaba inspirar en los demás: respeto, admiración y deseo, porque no le cupo la menor duda de que Karim había encontrado un modelo de principios y carácter en su figura.

Se apretó contra él y lo empujó con insistente suavidad para que se tumbara boca arriba. Ella, como una sirena que acabaran de arrastrar las olas, quedó tendida sobre su pecho, besándolo aún y ahora frotándose con su mano y su erección. Lo agarró por los hombros, y luego por las mejillas, y luego de la nuca; lo agarraba por todas partes porque en la oscuridad era difícil saber de quién se trataba y no pretendía olvidarlo.

Como si fuera posible.

Como si fuese a estar alguna vez en esa postura con otro o con otra.

—No tengo condones, Paula —le advirtió él con un lamento—. Y este no es el sitio. No es el momento.

—No existen ni el sitio ni el momento. Y si existen, nunca van a ser mejores que el sitio y el momento en el que tú y yo queramos. Nunca van a ser mejores que ahora —murmuró entre besos. Se le escapó una risa tonta por lo insólito de que fuera ella quien insistiera y no él, pero ¿cuándo había insistido él? La había dejado ser todo el tiempo a pesar de desearla más allá de la razón, a pesar de las provocaciones y de la locura pasional que lo arrasaba.

Karim no lo dijo, pero tuvo que pensarlo: «En ese caso, habrá que hacer algo».

A eso le supo, al menos, el gesto que tuvo de rodar para intercambiar posiciones y producir un roce delirante entre sus sexos.

Sí, eso debió ser lo que dijo para sus adentros: «En ese caso, allá vamos».

Karim no se llegó a incorporar, como si no soportara la idea de despegarse de sus pechos, de su cintura; solo introdujo la mano entre los dos para agarrarse la erección y seguir frotándola contra sus pliegues abiertos.

Paula aspiró entre dientes y le robó un beso en la mandíbula, donde empezaba a condensarse el calor en forma líquida. Recorrió la línea de su mentón marcado con la lengua y mordió con suavidad la desembocadura, el lóbulo de una oreja que ardía.

Se quedó un rato más prodigándole atenciones a esa oreja, deleitándose con su calidez.

Él gimió en voz baja sin poder aguantarlo más.

—Joder. —Y la apretó más entre el único brazo que la rodeaba y su pecho.

Paula movió las caderas para alentarlo a seguir torturándola con roces íntimos. Llevaba toda la vida pensando que un momento así no llegaría, que jamás se sentiría preparada, y allí estaba, tan segura de lo que hacía que no concebía que aquello pudiera detenerse de pronto.

Tenía la certeza de que rompería a llorar si él sufría un ataque de culpa y se retiraba, si la mandaba castigada a su habitación por niña sabionda, demandante y maleducada.

Pero no haría tal cosa. El placer del uno estaba comprometido con el placer del otro.

Paula abrió más las piernas, se arqueó para llamar su atención, y Karim, que ya había empezado a presionar su abertura con la cabeza del miembro, se empujó suavemente.

Siseó algo por lo bajini y, sin retirar más que el brazo, pulsó el interruptor de la luz de la mesilla.

—Quiero verte la cara —se justificó, alterado. La iluminación parecía venir de sus ojos dorados. Paula se conmovió con su expresión arrebatada, que solo se intensificó al rodearle la mandíbula con los dedos—. Tu preciosa cara de ángel.

Ella se mordió el labio inferior y rogó una última vez rotando las caderas contra su ingle. Karim entendió el mensaje y se empujó un poco más, un poco más, un poco más. Paula lo fue acogiendo en sus adentros con el aliento contenido, y lo contenía solo porque estaba emocionada, que no nerviosa, que no asustada.

Karim se incorporó para apoyar la palma sobre su vientre, como si quisiera acompañar la penetración, y vigiló cada una de sus reacciones para saber si detenerse. Lo único que vio fue a una Paula relajada sobre las sábanas, con los brazos extendidos hacia él para no perder el contacto; una Paula que no quería cerrar los ojos pero que no lo necesitaba para componer una expresión de éxtasis.

Sintió con rigurosa intensidad cómo la llenaba y los efectos que esto tenía en su cuerpo, que no había vacilado en abrirse para él.

—No te duele —murmuró, maravillado.

Ella solo atinó a sacudir la cabeza, sobrecogida por el cúmulo de sensaciones. Le rodeó las nalgas con las manos para atraerlo más y más, y no se dio por satisfecha hasta que sus ingles chocaron. Entonces sí cerró los ojos y emitió un suspiro que derribó una barrera en Karim.

La barrera de la contención.

—Joder —repitió—. Siempre he sabido que estabas hecha para mí, Paula.

Y antes de poder darse cuenta, él se había acodado a un lado de su rostro para activar un ritmo de penetración exquisito y profundo. Paula le clavó las uñas en los hombros, en la cintura, en la nuca

rapada. Buscaba algo a lo que aferrarse para no perder el equilibrio, porque aunque era imposible que se cayera de la cama, sentía que se estaba desbordando.

Él era lo único real en toda esa habitación. Ni siquiera su cuerpo era materia, ni siquiera su cuerpo tenía verdad, era la deliciosa intromisión del hombre y su delicioso movimiento lo que la hacía consciente de que estaba viva, de que existían emociones y sensaciones capaces de arrancarla de sí misma, de despojarla de todo cinismo y reserva y hacerla simple y llanamente feliz.

Así se sintió, al fin. Poseída por la plenitud. Conmovida hasta las lágrimas. Arrebatada de pasión. Y él no ayudaba a que saliera de su ensimismamiento y su contento embistiéndola una y otra vez con firmeza, cada vez más loco de ganas. Alternaba agarrones con besos, besos con mordiscos, mordiscos con apretones, y Paula sentía que todo eso se le adhería a su cuerpo para siempre cambiado como una cicatriz.

—Hazme un chupetón aquí —logró pedirle con la garganta seca. Se señaló el pecho izquierdo, y allí que fue Karim para hincarle los dientes y beber de su piel con ansias—. Hazme otro aquí. Y aquí...

Él obedecía sin discusión, zambulléndose en sus adentros sin descanso, con la mezcla perfecta de rabia y compasión. Una compasión envenenada, en realidad, porque Paula notaba en cada movimiento de sus caderas y su boca que deseaba destruirla para hacerla renacer. Y ella lo permitió sacudiéndose debajo de él, apretando los muslos y los músculos internos para que se supiera bienvenido y deseado, porque cuánto lo deseaba, Dios santo, cuánto.

No podía soltarlo, no podía ni quería respirar. Ansiaba que Karim la asfixiara con todo su ser.

—Que te quiero, Dios mío —murmuraba él con la boca pegada a su cuello.

La mordió y luego suavizó el efecto de los dientes lamiendo la marca.

Fue al entrar en el bucle de fantasías delirantes cuando comprendió que se acercaba el orgasmo. Selló los labios para no hacer ruido y se agarró a él con fuerza; se preparó, en definitiva,

para que la sorprendiera un clímax para el que no hubo comparación.

Arrampló con todo, con los deseos nuevos que seguían brotando en su conciencia, con sus estructuras prefijadas, con su locura desenfrenada, y la dejó temblando como un potrillo entre sus firmes brazos.

Karim advirtió de que se derramaría pronto creciendo y palpitando en su interior. Paula se maravilló con la íntima sensación y le cruzó los tobillos a la espalda para evitar que se apartase. Quería saber cómo se sentía y lo supo al cabo de unas últimas y devastadoras embestidas: se corrió profundamente anclado a ella y procuró no hacérselo saber al mundo entero mordiéndola en el hueco entre el cuello y el hombro.

—Entonces esta noche ha acabado todo —consiguió formular Paula—. La angustia... y la espera... y la represión.

No había esperado ninguna declaración en concreto de Karim, pero sobre todo no había esperado estremecerse hasta los huesos al oírle decir con voz grave:

—Al revés, *qalbi*. Esta noche empieza todo.

Capítulo 28

Había perdido el juicio. Ninguna otra cosa podía explicar lo que había permitido que sucediera —siguiera sucediendo, en realidad— durante toda la madrugada y hasta bien entrado el mediodía.

Lo razonable, lo que le habría evitado riesgos, habría sido mandar a Paula de vuelta a su habitación y bloquear la entrada a la de invitados como en las películas, colocando una silla bajo el picaporte.

Pero había sido incapaz.

Se confirmaba, pues, lo que llevaba toda una vida sabiendo a pesar de haberse resistido con tesón: no había nada que pudiera negarle a la criatura, ni mucho menos cuando lo que la criatura quería era resarcirse por el tiempo desaprovechado renegando de los placeres carnales.

La cama del dormitorio era más pequeña aún que la individual genérica. Los ratos que habían dormitado, más por culpa de la impositiva necesidad física que porque hubieran querido parar, Paula había tenido que tumbarse prácticamente sobre Karim para evitar la caída. A él no le había importado y, de hecho, había celebrado la extrema proximidad, pero ella se había revuelto con incomodidad. En vez de marcharse a su habitación para dormir en condiciones, Paula había buscado su mirada con los ojos aún entrecerrados y le había pedido más besos y caricias con una expresión tierna que le había conmovido el corazón.

Le había pedido, también, nuevas posturas.

Si no hubiera pasado toda una vida esperando ese momento y prometiéndose que memorizaría cada pormenor, Karim habría perdido la cuenta de los polvos que habían echado. Todos a pelo. Todos mordiéndose las bocas y asfixiándose con las manos porque nadie podía enterarse. Todos habían terminado con Karim rugiéndole de una manera u otra cuánto la quería. Era un apasionado de la mujer silenciosa pero exigente en sus demandas que tenía entre sus brazos. La había sentado sobre su regazo, la había tendido sobre el costado, la había puesto a cuatro patas, convencido de que él podría

hacer que le gustara. Le había recorrido el sexo hinchado con los dedos y con la lengua y ella había explorado su anatomía masculina con una curiosidad del todo sensual.

Para cuando el reloj de la mesilla marcó la una de la tarde, entendieron que no podían seguir arriesgándose y, con todo el dolor de su corazón, Karim la instó a separarse, ir a la ducha y prepararse para el almuerzo navideño.

Sus pieles bien podrían haber producido el sonido de dos velcros al despegarse. Habían sudado sobre sudor, él se había corrido dentro y sobre ella una y otra vez.

De pronto no la asqueaban los fluidos, o a lo mejor no la asqueaban *sus* fluidos.

Era difícil saber qué pensaba o sentía más allá de que le había gustado poner a prueba sus límites y conocer la pasión.

Obviamente, Paula no le había dicho que lo amaba ni una sola vez.

En los escasos pero demoledores segundos que la intensa actividad física le había concedido un pensamiento, Karim se había dolido porque ninguna de sus declaraciones hubiera sido correspondida. Pero en virtud de la masculinidad que defendía a capa y espada, había ahuyentado esas estúpidas protestas: ¿de qué demonios iba a quejarse, si ella no había dejado de demostrar que lo deseaba? ¿Qué más podía pedirle en un solo día, por Dios?

«Todo», se respondía aun así. «Podía pedírselo todo».

Al final, eso era lo que él quería. Ni más, ni menos.

Karim esperó con paciencia en el borde de la cama a que Paula regresara de la ducha. Se había escabullido vigilando que no hubiera moros en la costa con un sigilo de Pantera Rosa que le había arrancado una carcajada.

En su ausencia, sustituyó las sábanas manchadas por otras limpias y las introdujo en una bolsa con la intención de tirarlas antes de que alguien se enterase.

Se quedó mirando la mencionada bolsa con cierta impotencia.

No podía negar que le diera rabia tener que esconderse. Siempre le había gustado lo clandestino, lo prohibido, pero ¿qué estaba haciendo tan malo, tan terrible, como para tener que andar de

extranjis? ¿De verdad era un pecado del que debía proteger a los León?

Como si Dios pretendiera responder sus preguntas, la puerta se abrió. Karim giró la cabeza para recibir a Paula de vuelta con una sonrisa, pero el gesto se le congeló en la cara.

Agustina acababa de cruzar el umbral con una expresión extrañamente solemne que no revelaba ni molestia ni alegría. Karim abrió la boca para decir algo, pero le pareció que todo sonaría estúpido.

¿«Buenos días»? Muy frívolo.

¿«Necesitas que te ayude a poner la mesa»? Le parecería una broma de mal gusto.

¿«Siento haberme follado a tu hija bajo tu propio techo»? No sentía una mierda.

Por supuesto, ella sabía lo que había ocurrido. Si se adentró en el invernadero en el que habían convertido la habitación con su delirante calor, fue para tender la mano hacia él exigiendo que le entregara las sábanas.

Por poco no había cazado a Karim tal y como vino al mundo.

Menos mal que había podido ponerse el bóxer antes.

—Yo me encargo de eso —dijo.

—Agustina —empezó Karim con voz suave. Tenía que agachar la cabeza para quedar a su altura; apenas llegaba al metro cincuenta —. Discúlpame, sé que...

Ella lo interrumpió poniéndole la mano en el brazo.

—Tranquilo, Cari, nadie se ha enterado. Yo me levanté la primera, sobre las siete, y entré en la habitación para ponerte el ventilador. Os vi medio dormidos y dije: ay, voy a tener que ingeniármelas para distraer a Marcelito si se desvela y quiere venir a molestarte.

Pese a la reticencia con la que lo trató al conocerlo más de diez años atrás, Karim comprendió que Agustina sería la única de la familia que no se opondría a llamarlo yerno. Pero no se le había ocurrido pensar que lo aprobaría y hasta lo estrecharía con esa sólida firmeza que no se encontraba en ningún otro lugar de la Tierra, solo en los brazos de las madres cariñosas.

—Te debo una disculpa, Agustina —barbotó con un nudo en la garganta mientras le devolvía el arrumaco—. No es lo más apropiado hacer este tipo de cosas en la casa familiar. Quiero que sepas que no lo tenía planeado, que te respeto y te aprecio, y...

Agustina lo cortó sacudiendo las manos con un gesto impaciente.

—Tonterías. —Los ojos oscuros, los mismos que los de Marcelo, los mismos que los de Paula, brillaban como un cielo estrellado—. No sabes lo feliz que me hace esto. Sé que tenemos que andarnos con cuidado porque Marcelito es un niño muy celoso, no creo que le siente bien. Os guardaré el secreto hasta que queráis anunciarlo, ¿sí?

Karim se mordió la lengua para preguntar qué se suponía que debía anunciar. Si Agustina se hubiera quedado solo unos minutos más tranquilizando su taquicardia y su culpabilidad, se habría desahogado largo y tendido al respecto de las dudas que le embargaban sobre su relación con Paula. Pero ni la madre era la persona indicada para escuchar según qué cosas ni había nada que decir al respecto. Al final, ¿qué significaba que se hubieran acostado? En el idioma de Karim, que estaba acostumbrado a vincularse con las mujeres exclusivamente en el sentido carnal, no significaba nada. En el idioma de Paula, que no contaba con experiencias previas, solo Dios sabía.

Agustina se marchó sin tener que enfrentarse a su hija pequeña. Siguiendo las últimas indicaciones de la anfitriona, Karim hizo uso del baño del piso superior para ahorrar tiempo de espera.

Al cabo de media hora, estaba limpio como una patena e igual de cansado que si hubiera pasado la noche remando en una galera romana. Lamentó no llegar a tiempo al comedor para echarle una mano a Agustina, que se les había adelantado a todos preparando una mesa gloriosa con los restos del día anterior y algún que otro plato nuevo.

Pablo y Marcelo ya estaban allí, con los ojos aún pegados por el sueño y los pijamas puestos... si es que podía llamarse pijama a un pantalón de cuadros y una camiseta de propaganda del antiguo negocio del patriarca. Como de seguro no podía llamarse era «atuendo apropiado para sentarse a la mesa», al menos bajo el

punto de vista del riguroso Karim, que de haber estado en su casa habría reprendido a los adultos por su falta de respeto.

Paula fue la última en presentarse, pero a ella no habría osado decirle nada sobre su vestimenta. Se había puesto una camiseta de tirantes con escote cuadrado y un vaquero corto deshilachado. El pelo húmedo le caía sobre los hombros formando suaves ondas.

Su melena natural siempre había sido ondulada, pero llevaba tanto tiempo alisándoselo que Karim casi lo había olvidado. Casi, porque no creía que pudiera olvidar nada.

Cerró el puño sobre el muslo para reprimir el impulso de acariciarle un mechón.

—Ve y te pones otra cosa —le ordenó Pablo—. No es de recibo sentarse a comer enseñando las tetas.

—Pablo —se quejó Agustina—. No le hagas ni caso, Lita, es que está de mal humor.

—Lo que me pone de mal humor es que tenga que ir enseñando cacho incluso cuando no procede. Cámbiate —insistió, mirando fijamente a su hija.

—Estoy cómoda así —resolvió Paula, y retiró la silla para sentarse.

Pablo lo evitó poniendo la mano sobre el asiento mullido e intensificando la mirada desaprobadora.

—Que te cambies —silabeó—. En la calle te puedes vestir como quieras, pero en mi casa se mantiene un mínimo decoro. Nada de disfraces de putita.

Karim observó que Marcelo se borraba de la discusión agachando la vista hacia su plato, donde había empezado a servir ensaladilla rusa, empanadas y algunos trozos de pavo que se entretuvo deshilachando.

Le vino a la cabeza el comentario de Paula del día anterior: «No quiero que me odies porque no quiera a mi hermano. No es mi culpa».

Precisamente porque la frase le había sonado demoledora en el momento, no se había detenido a cuestionar si era o no verdad lo que insinuaba: que Marcelo se había ganado a pulso su desprecio. Había determinado en el acto que su visión de su hermano era

injusta y, cuando no, una exageración. Al final, Paula no había aportado anécdotas o datos para sustentar su argumento. En parte porque no hacía falta, o eso comprendió Karim justo entonces, cuando los recuerdos se desplegaron ante sí con doloroso detalle.

Él había estado presente mil y una veces en situaciones desagradables como aquella. Cuando no era Marcelo quien insinuaba que su hermana andaba provocando, era el que asentía con la cabeza gacha, de acuerdo con el otro miembro de la familia que la acusaba de ligerita de cascos.

O cómplice o perpetrador, pero nunca inocente.

Lo vio tan claro de repente que no pudo resistirse a intervenir.

—A mí, personalmente, lo del supuesto escote me violenta mucho menos que un hombre que le mira las tetas a su hija..., pero puedo ignorarlo por un rato para disfrutar de la maravillosa comida de la anfitriona. ¿Por qué no hacemos todos lo mismo?

Pablo podría haber reaccionado de muchas formas. No le habría sorprendido ni que golpeara la mesa con los cantos de los puños ni que le espetara quién coño se creía que era. Pero, por sorprendente que pareciera, se limitó a sostenerle la mirada a Karim con una sombra de antagonismo.

Luego, sin decir mucho más, le alargó el plato a Agustina para que le sirviera la comida.

Almorzaron en completo silencio. A veces sucedía. Pablo se levantaba de mal humor y entonces todo el mundo debía agachar la barbilla y procurar no hacer ni un ruido. El que osara abrir la boca, podría desencadenar una situación aún más violenta, una que involucrara gritos, portazos, a lo mejor algún bofetón.

Pablo no se había cortado porque Karim estuviera delante. Siendo aún menor, había visto con sus propios ojos que le giraba la cara a Marcelo por algo tan inocente como estar comportándose como un niño: hablar muy rápido y muy entusiasmado, reírse a carcajadas, correr por el salón, darle sin querer con el balón a un macetero que ni siquiera salió perjudicado...

A pesar de haber puesto la segunda piedra para convertir el almuerzo navideño en un infierno, Karim no se sintió ni remotamente culpable. En ese momento solo le importaban los

sentimientos de las mujeres a la mesa, y ahí donde Agustina comía con la calma resignación de quien veía morir un día más en la misma situación de siempre, Paula se mostraba serena, casi jubilosa por no tener que oír hablar a su padre.

Karim había temido que encontrara despreciable que saliera en su defensa, pero en lugar de espetarle que no se metiera ni la tratara con condescendencia, le había cogido de la mano bajo la mesa para transmitirle su agradecimiento.

Cuando ya iban por el postre —nadie había pronunciado palabra —, la madre se limpió las comisuras de los labios con la servilleta y se levantó para sacar de la cómoda del saloncito un par de paquetes envueltos.

El papel satinado tenía un aspecto caro. Estampaba un patrón sobrio de rayas diagonales.

—No quise entregarlos anoche porque, bueno..., todos estábamos pasando un buen rato y sospechaba que... En fin, que el ambiente cambiaría después —se justificó Agustina. Tenía la bondad de dirigirse a sus hijos en inglés siempre que Karim estuviera delante—. Pero le prometí que os los daría esta Navidad, como ella me pidió, y no soy nadie para oponerme a los deseos de alguien que ya no está.

Karim se enderezó igual que si Agustina hubiera advertido de una amenaza de bomba. Clavó la mirada en un paquete y en otro, la tensión disparada por un miedo muy legítimo. Vio a cámara lenta que los entregaba a Paula y Marcelo respectivamente.

No tardó en reconocer la caligrafía de Nicole en las etiquetas. Tenía una letra muy característica: sus eles sobresalían más por abajo que por arriba de la línea del texto, y a raíz de un curso de tipografía que tomó en la universidad, empezó a redactarlo todo en cursiva.

—¿Qué es esto? —exigió saber Marcelo, rígido en el asiento.

—El padre de Nicole me los mandó por correo hará un mes. Me explicó que ella... —hizo una pausa para entrelazar las manos en el regazo e inspirar hondo— había comprado los regalos hacía tiempo y dejó explicitado que quería que se entregaran dondequiera que los niños fueran a pasar la Navidad. Y como siempre la pasáis aquí...

Agustina suspiró.

Al igual que a Karim, Nicole nunca le habría gustado del todo. No podía decirse, sin embargo, que ella tuviera las mismas —y tan numerosas— razones para vigilarla de reojo: no había visto a su hijo perdiendo los estribos entre ruptura y ruptura, rompiéndole los dientes a un par de los muchos tipos con los que Nicole se acostó, presumiblemente estando con él, y despertándose en plena pesadilla con los ojos vueltos y el cuerpo cubierto de sudor.

No, no lo había visto.

Pero era una madre. Y aunque siempre que Marcelo había llevado a su novia a casa de sus padres lo había hecho con una sonrisa de orgullo, Agustina había sabido reconocer el dolor y el esfuerzo desmesurados que había detrás del relativo éxito de su relación.

Lo mismo sucedía con la amistad que unió a Nicole con Paula. La madre no había dejado de rogarle al cielo que su hija se volviera algo más extrovertida, que confiara a los demás sus penas y preocupaciones, que saliera a menudo a disfrutar del ocio mundano, y cualquiera habría dicho que pensaría en Nicole como el ángel de la guarda: al fin y al cabo, la sacaba de casa y era la única oreja —mejor una que ninguna— que recibía y guardaba sus secretos.

Pero nada más lejos de la realidad.

Agustina estaba convencida de que Paula se había ido haciendo más y más reservada precisamente porque Nicole la acaparaba. Porque Nicole la quería solo para ella.

No obstante, Agustina era ante todo una mujer prudente. Era un rasgo de la personalidad que no tenía tan desarrollado cuando era madre joven, pero que se había ido imponiendo por una cuestión de supervivencia para poder convivir en relativa armonía con su marido. Así pues, no era de extrañar que solo hubiera hecho un comentario a propósito de Nicole Carson. Este comentario le reveló a Karim, además de su instinto único para calar la verdadera naturaleza ajena, que se fiaba de él para compartir sus temores: «Esa chica va al sol que más la calienta. Miedo me da el día que le dé por pensar que mis hijos la dejan fría».

Marcelo sacó a Karim de sus pensamientos levantándose de forma brusca con el paquete en las manos. Le temblaba todo el cuerpo, pero no se largó porque le abochornara que lo vieran en semejante

estado, sino porque todo lo relacionado con Nicole se había convertido en algo que merecía la más estricta solemnidad; el mismo silencio y soledad que los rezos.

Paula, en cambio, no se interesó en abrirlo. Depositó con cuidado el paquete sobre la mesa y se levantó también, pero en lugar de encerrarse en su dormitorio, se dirigió, en apariencia serena, a la puerta de salida.

Cerró tras ella sin emitir sonido, como siempre procurando que no repararan en ella.

Karim y Agustina intercambiaron una mirada cómplice. «Esperaremos», se dijeron, y permanecieron sentados, el uno frente al otro, con los platos a medio rebañar y el silencio instalado entre todos. Pablo no participó ni en la espera ni la inquietud de los niños y se marchó al salón a ponerse un partido de fútbol en diferido.

Pasaron diez minutos. Veinte minutos. Cuarenta minutos. El paquete de Nicole dirigido a Paula desentonaba en la mesa como una pistola cargada en un altar religioso.

Cada vez que la mirada de Agustina caía sobre el regalo, se le tensaba la mandíbula, pero no decía nada. No hacía falta. Karim le leía el pensamiento. «Esta hija de puta», habría dicho si su devoción cristiana no le impidiera moral y espiritualmente desquitarse con los muertos. «Como siempre, destruyéndolo todo».

—Tendría que haberlos tirado —fue lo único que se atrevió a decir —, pero me preocupaba que su padre coincidiera con los niños al cabo del tiempo, les preguntara por los paquetes y Marcelo me llamara aullando.

—Nunca te lo habría perdonado —convino Karim con suavidad—. Has hecho lo correcto.

Agustina lanzó un vistazo preocupado al pasillo.

—Están tardando mucho en volver. Deberíamos ir a hablar con ellos.

Apoyó las manos en la mesa. Lo necesitó para impulsar un cuerpo anquilosado por la inquietud y la tristeza. Se comunicó mentalmente con Karim una vez más: «Tú vas a buscar a Paula, yo voy a buscar a Marcelo. A ti se te da mejor la niña».

Así era. Karim siempre había llevado a Paula mucho mejor de lo que había sabido entenderla su madre.

Como agentes en plena misión, se dividieron. Ella desapareció corredor arriba para llamar con suavidad a la puerta del dormitorio de su hijo; él salió al patio delantero para confirmar que el coche seguía allí, que Paula no se había escapado a recorrer la costa del país para olvidar que una bomba radiactiva la esperaba sobre la mesa de la cocina.

Oyó el ladrido de Nicanor en el patio trasero. Allí se dirigió Karim con prudencia.

Encontró a Paula sentada en una hamaca que su padre había improvisado en un arranque de benevolencia para que Agustina pudiera leer tumbada al fresco. Tenía las piernas abrazadas y la barbilla apoyada sobre las rodillas.

Su mirada desenfocada apuntaba a la nada.

Karim se detuvo frente a ella y se agachó lo suficiente para mirarla desde abajo. Descubrió que, además de catatónica y aterrada por lo que quiera que hubiese dentro del paquete, tenía los ojos cuajados de lágrimas.

Esta vez, su firme determinación a bloquear todo indicio de debilidad no había logrado resistir el empuje del llanto. Llevaba un buen rato llorando sin hacer ruido.

Karim siempre había albergado una sospecha terrible. La clase de sospecha que, de llegar a darse a conocer, podría romper una familia. Quizá por eso la descartaba; para preservar el equilibrio entre sus seres queridos, no tanto porque pudiera perjudicarle a él en concreto.

Pero hasta ese momento no se dio cuenta de que había estado haciéndole un flaco favor a Paula.

Por silenciosa e introvertida que fuera, por más que quisiera protegerse, necesitaba compartir con alguien lo que llevaba toda la vida cargando.

Karim podía ser esa persona.

Quería ser esa persona.

—Estabas enamorada de ella, ¿verdad?

Paula se erizó al oírlo. Alzó la cabeza y lo miró con una expresión de puro horror en la cara: los ojos espantados, la vulnerabilidad haciéndolos temblar en el refugio de las cuencas. Rompió la postura con la rapidez de un animal que se creía en peligro e hizo ademán de marcharse de allí, pero Karim la tomó gentilmente de la mano.

—No pasa nada —le aseguró en voz baja—. No lo he dicho nunca, no lo diré ahora. Aunque tú creas que le soy fiel a Marcelo, también he protegido tus secretos todo este tiempo.

Paula lo miró de soslayo. Tenía las mejillas estriadas de lágrimas secas.

Llovía sobre mojado.

—¿Cómo puedes serle fiel a Marcelo y a mí a la vez en esta cuestión? —consiguió decir después de boquear sin éxito, trastornada.

—No iba a sacar nada bueno diciéndole que tenía mis sospechas. Y querer a alguien todavía no es un delito.

Paula le negó la visión de su rostro clavando la vista en la dirección contraria. Protegida detrás de su melena y con la respiración agitada, tenía un aspecto tan desvalido que Karim no supo ni por dónde empezar a ayudarla. Pensó que un abrazo no estaría de más y tiró de su mano para arroparla con todo su cuerpo.

—Para mí sí era un delito —confesó ella con la voz aguda. Podía hablar ahora que no tenía que hacerlo partícipe de su vergüenza mirándolo a los ojos, ahora que podía esconderse enterrando la nariz en su pecho—. Mi padre nunca me lo habría perdonado.

—No te lo habría perdonado porque no tendrías que haberle pedido perdón. Por nada. Nunca —replicó con amargura, y la estrechó con más fuerza.

—Marcelo tampoco me lo habría perdonado. Ni mi madre. Nadie.

—No tienes que justificar por qué era tu secreto. Son tus sentimientos. Puedes hacer con ellos lo que quieras. Puedes no hacer nada con ellos, también.

Paula se separó lo suficiente para limpiarse la cara con los dedos. Dejó que Karim la convenciera de sentarse de nuevo en la hamaca de tela. Se tensaba a una altura quizá excesiva considerando que su

usuaria más frecuente era una mujer de metro cincuenta, por eso las piernas le colgaban haciéndola parecer una niña indefensa.

—No he querido abrirlo delante de los demás por si era algo incriminatorio.

—¿Incriminatorio, has dicho?

—Nuestra relación... se volvía ambigua a veces —confesó con dificultad—. Ella... A veces me regalaba ropa suya. No vestidos ni pantalones, sino ropa interior. Le gustaba que me pusiera sus bragas. Habría sido capaz de dejarme eso por Navidad. Habría sido capaz de escribirme una carta de amor. —La voz le tembló.

A Karim le habría gustado decir que le sorprendía, pero ¿cómo le iba a sorprender algo a esas alturas, y más viniendo de Nicole? Ya sabía que la exnovia de Marcelo era bisexual, que le gustaba el coqueteo, inocente o no, y que su amistad con Paula era tan intensa que más de una vez se habían peleado por celos patológicos e inhumanos hacia otras amistades.

—¿Ella te correspondía?

—Sí. No. No lo sé. —Se recogió las piernas otra vez y las contuvo en un firme abrazo—. Estaba con Marcelo, ¿no? Será porque lo quería a él. O porque lo prefería a él, al menos.

«¿Por qué no puedes preferirme a mí?», le había preguntado Paula en la playa. «Necesito que me prefieras a mí. Necesito que alguien me prefiera a mí antes que a él. Aunque sea una vez».

Karim tragó saliva y tomó asiento a su lado. Esperó a que la hamaca demostrara ser capaz de sostener dos cuerpos estabilizándose poco a poco y le pasó un brazo por la cintura. Ella aceptó la carantoña recostándose contra su costado y apoyando la mejilla en su hombro.

Era curioso que en él conviviesen dos emociones contradictorias: el asombro porque Paula se hubiera puesto tan cómoda en tan poco tiempo con él y, a la vez, la engañosa familiaridad de que llevaba haciéndolo años. Décadas, incluso.

—Lo odio por muchas razones —admitió ella con un hilo de voz—. Porque es como mi padre. Porque tiene permiso para autodestruirse, para ser grosero; permisos con los que yo no puedo ni soñar. Porque es el favorito de todo el mundo, y lo es porque dan igual los

defectos cuando se es irreverente, divertido y carismático. Porque es un machista de mierda, porque proyecta sus inseguridades sobre mí, porque disfraza de amor la obsesión de controlarme... Pero nada de eso me ha impedido nunca quererlo. Si al final lo odio, si al final no soporto a veces ni mirarlo, si al final no quiero pasar con él ni un día, ni un minuto..., es porque los celos me matan. Marcelo la tenía para él y nunca estuvo a la altura. Nunca. A veces pienso que se suicidó por su culpa —acabó escupiendo.

—No digas eso —se horrorizó Karim.

—Sé que es injusto y sé, además, que no es toda la verdad, pero, lo supiera ella o no, mi hermano sumó una razón. Yo la conocía. Yo sabía quién era Nicole Carson, ¿sabes? Si Marcelo hubiera sido de otro modo...

Dejó la frase al aire.

—Ahora que no está —retomó con cuidado. Se sentía solo y desarmado en medio de la selva: nunca había corrido tanto peligro abordando un tema como esa tarde—, es decir, que nada se interpone entre vosotros, ¿no podrías aprender a perdonarlo? ¿Apoyarte en él? Sois las dos personas que más la queríais.

—Si él supiera que Nicole y yo...

—Él sabía perfectamente *que Nicole* —la interrumpió con más hosquedad de la cuenta. Tuvo la gentileza de respetar su memoria no mencionando en voz alta el crimen tal y como le parecía que debía ser descrito. Paula despegó la mejilla de su hombro para mirarlo con una clara advertencia: «Ten cuidado con el modo en que hablas de ella»—. Que Marcelo sepa, le puso los cuernos por lo menos seis veces. Otra cosa es —continuó mirándola con fijeza— que se entere de que se los puso una séptima con su propia hermana.

Paula le rehuyó la vista.

—Nunca me acosté con ella, si es lo que insinúas.

Karim sintió un profundo alivio a la par que una gran desazón.

Alivio porque había visto el efecto que Nicole tenía sobre la gente, no solo sobre Marcelo, sino sobre alguno de los pobres incautos que se habían metido en la cama con ella. No le desearía ni a su peor enemigo —ni mucho menos a Paula— la clase de delirio en la que

uno se sumía voluntariamente para recordar su única noche con la *femme fatale* en un bucle infinito.

Desazón porque no había nada peor que la incertidumbre y el desconocimiento. Llevaría de por vida una espina clavada. O a lo mejor no. Al fin y al cabo, Paula no era una mujer en exceso sexual. Mucho antes le habría partido el corazón no poder compartir con Nicole un vínculo romántico sagrado... si es que no lo había compartido, cosa que empezaba a dudar.

—Nos besábamos mucho —le sorprendió confesando con la voz trastocada—. En público y en privado. No es raro que las mujeres heterosexuales se líen entre ellas, o así era como se percibía a nuestro alrededor en los últimos años de instituto y en la universidad... Pero ella me besaba y me tocaba en serio. Sí que hubo una noche —continuó con dificultad— que fuimos algo más allá. Apareció en la habitación de la residencia a las tres o cuatro de la mañana, muy envalentonada. Acababa de romper con Marcelo. Tiró el bolso y el abrigo de pelo donde pilló y me dijo que necesitaba hablar, pero... —Cerró los ojos con fuerza. Las lágrimas se derramaban por sus mejillas sin que ella lo supiera—. Me soltó que no podía más, que me necesitaba, que me quería, que... Empezamos a tocarnos por debajo de la ropa. Fue la primera persona que me hizo correrme. No sé qué más habría pasado si nuestra compañera no hubiese entrado al poco rato.

Incluso si a todas luces había tenido una especie de romance con la novia de su hermano, que resultaba ser, al final, su mejor amigo, Karim no podía juzgarla. Y no podía juzgarla porque se trataba de Nicole, a la que resultaba que había conocido demasiado bien como para ser benevolente con ella.

Nicole Carson había sido una manipuladora de alto nivel. Karim lo había visto con sus propios ojos. Escogía con meticulosidad a qué personas se acercaba y sabía con exactitud qué decir para metérselas en el bolsillo. Podía tener cientos de amigos a lo largo y ancho del mundo, pero sus más cercanos eran siempre criaturas torturadas, mentalmente inestables, inseguras, maltratadas por su familia. Marcelo era el mayor ejemplo. Solo quienes lo conocían —esto es, quienes sabían que cumplía todos los requisitos de la lista—

habían podido explicar su lealtad hacia ella, blindada pese al menoscabo al que lo había sometido. Era él, era *este*, el único modelo de persona que alimentaba su complejo de diosa.

No había más que ver los estragos que había causado. Los León seguían convencidos de que Nicole era la única mujer que existía en el planeta, de que no encontrarían otra como ella, de que le debían su vida y algo más, cuando había sido urdidora y ejecutora de las tragedias y traumas más severos que aún padecían y que, con toda seguridad, les acompañarían para siempre.

Nicole le daba su atención a Marcelo, haciéndolo sentir genio y figura, y, en cuanto se le cruzaban los cables, se la retiraba, arrojándolo a un vacío miserable. Después de sufrir los siete males de su indiferencia, su amigo terminaba persuadido de que solo volviendo a ella recuperaría de nuevo su valor y su dignidad.

Así era como aquella mujer hacía sentir a los demás: como reyes o como mendigos en función de lo que conviniera a sus propósitos. Karim la había calado en cuanto la conoció y procuró mantener las distancias hasta el final de sus días.

Nicole, que no era estúpida, había llegado a decírselo una vez.

Una noche se dejaron caer por un pub de moda para echarse unas copas en la barra. Aprovechando que Marcelo se había ido trotando al baño, como siempre perjudicado hasta el punto de abochornar a su compañía, Nicole le puso la mano en el muslo y se inclinó hacia él.

—Tú estás muy por encima de mis malas artes, ¿verdad? —le había susurrado—. Eres un hombre honrado —lo pronunció como si fuera una burla y, a la vez, con intención admirativa. Nicole estaba llena de contrasentidos que, de algún modo, obedecían a una inquietante armonía—. Qué pena. Estoy segura de que tú me habrías redimido. Me habrías convertido en una chica buena.

Como Karim tenía terminantemente prohibido ser grosero con ella —la única vez que cruzó la línea, la monada le fue con el cuento a Marcelo. Casi les costó la amistad—, se limitó a sonreír, a apartarle la mano de su vaquero y a decir con ambigüedad:

—Hacen falta chicas malas.

¿Qué no le habría hecho a Paula, entonces?, se preguntaba Karim, aterrado. Con Marcelo nunca había tenido que hacerse esa pregunta porque, por suerte para él, su amigo era sincero, grandilocuente. Todo lo había compartido en el preciso momento en que había sucedido. Con el hermano mayor cargaba otro tipo de cruz, la no menos pesada de la impotencia, pues había tenido que aceptar que no conseguiría despegarlo de Nicole jamás.

Pero con Paula sí se podía negociar. Paula escuchaba y era una persona razonable. Si le hubiese contado a alguien lo que Nicole estaba haciendo con ella, porque de seguro que estaba haciendo algo terrible, algo inimaginable, su interlocutor podría haberle sugerido que se alejara.

Y a lo mejor Paula habría aceptado el consejo.

—También odiaba a Nicole a veces, ¿sabes? —soltó de repente—. Al final, era ella la que volvía con Marcelo después de jugar conmigo. Durante las rupturas me prometía que se había terminado, esta vez en serio, y que podríamos estar juntas, pero a los pocos días me decía, como si tal cosa, que habían arreglado sus diferencias, y a mí me tocaba fingir que nada había sucedido y que éramos las mejores amigas del mundo. La última vez me lo soltó en plena clase, mientras se perfilaba los labios, sin mirarme siquiera a la cara; luego cerró el espejito de mano y me preguntó con una sonrisa si quería ir a la fiesta de Dawson. Era como si hubiera dos personas dentro de ella. —Inspiró hondo—. Ya he aceptado que ninguna de las dos me quería. Cuando me lo decía era porque estaba tan dolida por el desprecio de Marcelo que necesitaba sentir cerca a la persona más parecida a él. Me lo dijo una vez que me besó borracha, ¿sabes? Me acarició la cara, con la expresión ida, y susurró: «Sois iguales. Veo su cara cuando te miro». Veía su cara cuando me miraba a mí, no mi cara cuando lo miraba a él.

Karim sacudía la cabeza, preguntándose por cuánto tiempo podría seguir siendo diplomático y no prorrumpir en insultos dirigidos a la difunta.

¿Y qué si se había quitado la vida, joder? Estaba bien muerta y más que muerta.

Que la jodieran, pensaba, calentado de rabia. Que la jodieran una y mil veces.

Si existía el maldito infierno, Nicole Carson estaba allí, asustando hasta al diablo.

—No era culpa suya —añadió Paula. Tenía que habérselo visto escrito en la cara—. Marcelo la volvió loca.

La ceja le salió disparada.

—¿Disculpa?

—Tú solo veías a mi hermano lloriquear porque Nicole lo había dejado. Yo veía a Nicole renacer mientras estaban separados y sufriendo los siete males durante la relación. No era su novia, era su prisionera. Ya has visto cómo me trata a mí. A Nicole la trataba peor. Por qué llevaba eso puesto, a dónde iba, quién coño era ese tío...

—No voy a justificar los delirios de Marcelo, pero ¿cómo esperas que actúe un hombre al que han engañado mil veces, si no es sufriendo ataques de celos y desconfiando hasta de su sombra?

—Ya era así antes de los cuernos.

—No te equivoques, Paula —la advirtió con una mirada severa—, y no intentes venderme esa relación infernal haciendo publicidad engañosa, como si yo no hubiera estado tan en medio como tú. Ni Marcelo es el demonio ni Nicole era un angelito de la caridad. Intentó follarme hasta a mí, que era el mejor amigo de su novio.

Paula agachó la cabeza.

Ni siquiera ella, con sus argumentos y su obstinación, podía defender lo indefendible.

—¿Para qué seguir hablando de algo que ya pasó? ¿De alguien que no está? Es una pérdida de energía. Estoy bien. La mayoría del tiempo —concretó con la mirada perdida en el cielo—. Es solo que el regalo me ha cazado con la guardia baja y me he venido abajo, eso es todo.

—Eso no es todo, Paula, porque más allá de que estés pasando el luto, que es normal, Nicole ha afectado y sigue afectando a ámbitos muy importantes de tu vida. A la relación con tu propia sangre. A tu relación con el sexo y las relaciones. A tu carrera profesional. Has renunciado a llevarte bien con Marcelo, a enamorarte y a ser

abogada por Nicole. Y ahora que lo he confirmado, no puedo consentirlo.

Paula se quedó callada un rato.

Al final, lo miró con aire desvalido.

—¿Y qué vas a hacer al respecto?

—No lo sé —confesó, impotente—, pero algo se me ocurrirá, te lo aseguro. Me da igual que la quisieras más que a nadie. No te vas a arruinar la vida por ella, ¿me oyes? Ni por ella, ni por nadie.

Capítulo 29

Paula y Karim regresaron a San Francisco la mañana del veintiséis de diciembre. Ninguno de los dos le insistió a Marcelo para que volviera con ellos, a pesar de que el primero podría haberse valido de un argumento irrefutable como solo podía serlo que debía atender su negocio.

No importaba. Karim se encargaría sin ayuda de las cinco noches de desenfreno hasta la anhelada fiesta de fin de año.

No podía decirse que prefiriese montar guardia en el palco cuando le constaba que Paula le esperaría en casa para lo que se prestara la noche, que, ya fuera el visionado de una película en blanco y negro o un agradable forcejeo en la cama, seguía y seguiría siendo siempre su indiscutible preferencia.

Pero tenía que ser paciente con Marcelo, se repetía sin cesar.

No se había repetido otra cosa en los últimos diez meses.

El regalo de Nicole había echado sal en una herida que de por sí supuraba. Le había sumido en esa clase de ánimo disociado que solían proporcionarle las drogas anestésicas.

—Tendré que pasar la noche en el club. Ya sabes que debe haber alguien de cuerpo presente en todo momento por si se presentara algún inconveniente —le había explicado a Paula mientras se quitaba el cinturón de seguridad. Había esperado con ansiedad que se encendiera la luz que indicaba libertad para moverse por el avión. Odiaba sentirse atrapado—. ¿Estarás bien?

—¿No le tocaba hoy a Marcelo? Y mañana. Y pasado. Y unas cuantas semanas hasta resarcir el casi mes entero que te has tirado cubriendo su turno.

—Hablas de cubrir turnos como si tuviera que estar dando viajes estresantes con una bandeja en cada mano. Me paso la noche admirando mi reino desde el trono, a veces muy bien acompañado.

—Estamos de acuerdo en que tu trabajo no es picar piedra en la cantera a las cinco de la mañana, pero sigue siendo un trabajo y levantaste el club con un socio para no tener que encargarte tú solo de las obligaciones que comporta.

Karim había suspirado con cansancio. No sabía qué le agobiaba más, si el estado de Marcelo, lo mucho que empezaba a pesarle llevar casi un año enfrentándose solo a la dirección de French 75 o que Paula no dejara de subrayar esto último.

—Marcelo no está pasando por un buen momento, Lita. No me importa responsabilizarme en su lugar hasta que vuelva a estar en pie. Él haría lo mismo por mí.

—¿Seguro?

—Sí, Paula —atajó cansinamente—. Seguro.

Ella no había insistido en pincharlo.

Desvió la mirada a la ventanilla, que le quedaba justo a la izquierda, pero no había terminado con él. No había terminado con él ni con el tema *ni por asomo*. Karim lo sabía. Había aprendido a interpretar los distintos silencios de Paula: unos eran obstinados e infranqueables, otros constituían la cortesía que permitía al otro asimilar sus comentarios y el tercero solo era una pausa para tomar el aliento antes de volver a la carga.

—La pregunta es, Karim —había retomado con la vista aún perdida en las nubes. «En efecto, era un silencio de los terceros», pensó él con sorna—, si algún día se presentará la ocasión en la que pueda devolverte todo lo que has hecho por él.

Karim levantó la cejas con un nudo en el pecho.

¿Le estaba queriendo decir lo que creía que le estaba queriendo decir, o se había llevado el significado a su terreno porque estar con ella era todo cuanto ocupaba su mente? ¿Acababa de insinuar si tendría la valentía de decirle a Marcelo que estaba enamorado de su hermana, y si él demostraría estar a la altura dando su bendición?

¿Quería Paula que diera su bendición, acaso? Por el momento, no la había oído decir nada parecido a un «te quiero» o «me gustas en serio». Ni siquiera un comentario al más puro estilo *Succession*, que honraría mucho mejor su carácter y su humor sarcástico que una romántica declaración: «Te castraría y me casaría contigo sin pensarlo dos veces».

Como si hubiera intuido su duda, Paula se giró hacia él.

—No creo que exista en este mundo una catástrofe capaz de hacerte perder tu sentido de la responsabilidad y la dignidad. Y si la

hubiera, ya te digo yo que Marcelo seguiría sin verse en la tesitura de devolverte los favores que le has hecho y la benevolencia que le has demostrado, porque tú nunca te tomarías la confianza de comportarte como un kamikaze. Ni delante de él, ni delante de nadie. Y menos sabiendo que le tocaría a otro pagar el pato. ¿O acaso miento? —lo retó enarcando una ceja oscura, visible gracias al pelo recogido en un moño cómodo.

No mentía en absoluto.

Con tiempo y trabajo personal, Karim se había repuesto de muchos de los síntomas de estrés postraumático que le habían legado el acoso y marginación. Pero experiencias como aquella moldeaban el carácter de por vida, y no había sabido —ni querido— desprenderse de las herramientas defensivas que había desarrollado en consecuencia. De hecho, las enarbolaba con orgullo. Una de ellas era su determinación a no dejarse ver jamás en situación de vulnerabilidad. Haber sido odiado desde niño por razones que escapaban a su control había sido una estupenda escuela para erigirse como un hombre independiente que sobreviviría sin ayuda a cualquier adversidad.

—Nunca digas nunca —replicó con tal de cuidar la imagen de Marcelo, aun a costa de la suya—. Pero estoy dispuesto a concederte que es muy improbable que me acoja a pretextos, razonables o no, para escaquearme del que es mi trabajo.

—O para descuidar tus relaciones —apostilló ella—. Te recuerdo que el club no es lo único que Marcelo está ignorando. También te está desatendiendo a ti. Según lo veo yo, se habría dado cuenta hace rato de que andas de un buen humor sospechoso y muy relacionado con su hermanita pequeña si no tuviera la cabeza metida en el culo.

Karim había tenido que volver a suspirar para recalcar que no le gustaba el tema de conversación.

—Ya hemos hablado de esto, Paula, y no acabamos en muy buenos términos, ¿recuerdas? No soy imbécil. Me doy cuenta igual que tú, igual que todos, de que Marcelo está siendo irresponsable en todos los sentidos. Tampoco soy un santo, y reconozco que me fastidia su falta de disciplina como me puede fastidiar viniendo de

cualquier ser humano. Pero he decidido ser paciente porque, al final, mientras yo esté al mando, ni mi French 75, ni las cuentas, ni absolutamente nada se irá a la mierda.

Paula se quedó un momento en silencio. Karim esperó con paciencia a averiguar qué parte de su discurso había sido responsable de su vacilación.

—¿Es muy importante para ti? —inquirió con voz queda.

—¿Marcelo? De lo más importante.

—No. El club.

—Por supuesto —contestó sin titubear—. Es mi niño. Más allá de que sea mi medio de vida, he depositado en él todas mis expectativas. Diría «todos mis sueños», también, pero sería una cursilería excesiva y no respondería a la verdad. No del todo. Mis sueños son más grandes que French 75 y tengo la esperanza de cumplirlos algún día no muy lejano. Pero, por ahora, es desde luego de lo que más me enorgullezco en esta vida.

Paula estiró los dedos de las manos para mirarse las palmas.

—Al final solo es un local con luces ambientales y gente con fustas.

Karim se rio de buena gana.

—Es un refugio, ¿no lo entiendes? Muchas de esas personas que describes como «gente con fustas» no pueden ser ellas mismas en ninguna otra parte. Solo en la que es mi casa. Me satisface garantizarles diversión y discreción en idéntica medida. Tú tienes una mente abierta, por más que insistas en reducir el BDSM a una mera manifestación de violencia sexual, pero la mayoría de la población se horrorizaría y se plantearía el divorcio y la denuncia si su pareja se presentara sugiriéndole según qué prácticas. A Rob Roy le pasó, de hecho.

Aquello había captado la atención de Paula.

—¿Ah, sí? A mí solo me dijo que estaba pasando por una ruptura.

—Qué confianza tan grande habéis construido en tan poco tiempo, ¿no? —masculló Karim por lo bajini. Se recompuso sin otro remedio, pues poco podía hacer frente a ese pasado en el que había creído que Rob Roy le disputaría su cariño—. Sí. Yo no lo sabía, pero

se lo contó a Marcelo y Marcelo me lo ha contado a mí estas vacaciones en Santiago.

—Marcelo, tan discreto como siempre.

—Tú tampoco eres tan discreta. Me estás pidiendo que te lo cuente.

—Yo no te he pedido nada —se enfurruñó—. Pero si quieres entrar en detalles...

Karim volvió a reírse.

—No es un secreto de estado. La última mujer con la que salió se negó inicialmente a probar el BDSM. Huyó espantada. Luego se dignó a acompañarlo al club. Huyó espantada otra vez —se lamentó con un cabeceo—. Para no volver, como ya te habrás imaginado.

Esperó que Paula preguntara qué demonios le había hecho el amo para propiciar semejante reacción. Karim estaba acostumbrado a que culpara a la parte masculina de la pareja fuera cual fuese el conflicto.

Sorprendentemente, no lo hizo. Y si no lo hizo, fue porque decidió posicionarse —sin proclamarlo en voz alta, claro estaba— de parte de Rob Roy.

Asombroso.

—Volviendo a mi hermano —retomó en lo que Karim interpretó como una señal de respeto a la intimidad del amo—, y señalando de nuevo que ni está en sus cabales ni lo estará pronto, ¿no sería mejor que te fueras por tu lado? No te ayuda. Solo te obstaculiza y te carga de trabajo. Y, para colmo, uno de los motivos por los que te has reprimido durante años conmigo es que Marcelo está hasta en la sopa. Si rompieras vuestra sociedad, para empezar yo podría ir todas las noches al club. Si te mudaras a un piso tú solo, yo podría dormir contigo siempre que quisiera. Dejarías de sentirte atrapado entre lo que quieres y lo que crees que debes hacer.

Karim la miró largamente con una especie de sonrisa divertida.

—Paula, cariño de mi vida —le dijo con voz aterciopelada. Atrapó un mechón de pelo que le enmarcaba la cara y fingió estudiarlo—, no te equivoques. Respeto a mi amigo y nunca he querido ni defraudarlo ni tocarle los cojones. Pero la razón principal y casi única por la que he estado años atrapado entre el deseo y el deber era

haber asumido que lo que deseaba no me correspondía ni lo haría nunca.

—Y, sin embargo, ahora que te corresponde sigues sin tener el valor de decírselo.

—No me correspondes —contestó con sencillez—. No me has dicho que me quieres.

Vio en el rostro de Paula la sorpresa porque hubiera sido capaz de pronunciar algo así sin sonar ni victimista ni herido en su orgullo. Lo había enunciado como se enunciaban las verdades inapelables: con total naturalidad.

—Entonces eso es lo que te impide actuar —dedujo con gesto huraño.

—¿Crees que si me hubieras querido, algo habría podido detenerme? —se inclinó para besarla en la sien y, cuando giró la cabeza hacia él, buscando el arrullo, la besó también en la nariz—. Nada. Nada me habría frenado. Ni tu hermano, ni la condenación eterna, ni Dios en persona. Pero como ya te dije, dinamitarme la vida solo para obtener el desahogo efímero de gritar a los cuatro vientos que me conmueve tu existencia no entraba en mis planes.

No esperaba que Paula aprovechara que habían vuelto a sacar el tema a colación para pronunciar las ansiadas palabras. No le diría que lo quería solo para ponerlo a prueba y averiguar cómo se las ingeniaba para anunciárselo a Marcelo. Paula era tan disciplinada como él: no mentía ni se andaba con jueguecitos cuando había emociones serias sobre la mesa. Podía burlarse de las sensibilidades de los hombres cuando estas sensibilidades eran de tipo lujurioso, pero jamás con los sentimientos. No si los intuía sinceros.

—¿Acompañarte al club esta noche sería una manera de «gritar a los cuatro vientos que te conmueve mi existencia»?

—¿Quieres volver a French 75?

—La última vez no lo pasé muy mal.

—Me reprochaste que fuera a acostarme con Kir Royale.

—No me gusta Kir Royale —admitió de repente.

Recordó cómo había mirado aquella última noche a su sumisa —¿seguiría siéndolo después de haberse acostado con Paula? Por sadomasoquista y partidario de las relaciones abiertas que fuera, no

le parecían realidades compatibles—, Karim pensó que no solo le gustaba Kir Royale, sino que *le encantaba* Kir Royale. Ser partícipe de la manera en que Paula se recreó en las formas de su cuerpo, la atención que le puso a sus gemidos y movimientos, fue una de las razones que sumó a la secreta sospecha de que había estado enamorada de Nicole.

¿O lo estaba, en presente?

Ese era su mayor miedo.

—¿Qué quieres decir? Al menos atractiva te parece —señaló con pies de plomo.

No hacía falta ser un lince para saber que a Paula no la hacía feliz fijarse en las mujeres, de seguro a causa de los comentarios homófobos que llevaba oyendo pronunciar a su padre desde la infancia. Paula se rebelaba contra la tiranía de terceros, pero habría sido inevitable que le calaran según qué opiniones habiendo estado expuesta a ellas durante tantos años.

—Sí —respondió con ambigüedad—, pero también era guapa la chica de la primera noche en French 75, la rubia de aspecto nórdico, y verte con ella no me hizo sentir...

—¿Sentir...?

—Amenazada.

—¿Amenazada? —Karim puso los ojos como platos.

No pudo evitar reírse.

Paula no lo encontró en absoluto divertido. Lo fulminó con la mirada.

—¿Qué te hace tanta gracia, si se puede saber?

—Que pienses que alguien puede disputarte el trono, Paulita. Eso me hace gracia. Me mondo de la risa, de hecho.

—¿Quién dice «me mondo de la risa»? De tanto escuchar música en tocadiscos y conducir coches con marchas, te has convertido en un abuelo —rezongó por lo bajini. Sabía que Karim no se estaba burlando de ella, pero aun así se sentía expuesta y eso la ponía a la defensiva—. Supongo que asocio a esa chica al momento en que me rechazaste para proteger los sentimientos de Marcelo. La asocio a la vida que ibas a seguir teniendo después de mandarme alegremente a la mierda.

—Nadie te mandó a la mierda. No alegremente, al menos —concretó, procurando disimular una sonrisa—. Lo hice muy triste, ¿vale?

—Que te den. —Vaciló un segundo—. No me gustaría que volvieras a acostarte con ella. No me gustaría que te acostaras con mujeres que... —se miró las manos— que a mí me parecen guapas.

Se había inclinado por un eufemismo para no tener que decirlo textualmente, pero Karim lo entendió: «Mujeres que a mí me gustan».

—Tiene sentido que no me quieras acaparando a alguien que te interesa. Pero se podría probar un trío —sugirió—. Es verdad que Kir Royale te tiene un poco de manía por el numerito de que la echaras con cajas destempladas y demás..., pero es bisexual y le encanta experimentar. No creo que se opusiera a una sesión de tres contigo.

Paula volvió a desviar la mirada a la ventanilla.

—Preferiría que no.

Karim observó el poco perfil que le permitía admirar su postura. Estuvo tentado de suspirar, y no tanto porque fuera tan difícil; más bien porque se asombraba del trabajo que le quedaba por delante.

No podía decirse que no tuviera parte del camino recorrido, aun así. Todavía no lo quería, de acuerdo, pero el punto de partida había sido la resignada tolerancia y ahora no podía separarse de él. Con paciencia, práctica y habilidad, había conseguido que Paula le quitara el estigma al sexo en general, a los hombres en especial y hasta al BDSM, que al principio describía como «un tipo que le pega a una mujer». Había conseguido que confesara por primera y seguramente última vez que había pasado la vida enamorada de su mejor amiga. Sus objetivos serían los siguientes, y se emplearía a fondo para alcanzarlos aunque le tomara el resto de su existencia: lograr que lo quisiera a él, y no como sucesor de Nicole, sino como amor real y verdadero, y que no solo aceptase que la atraían mayoritariamente las mujeres, sino que se prestara a disfrutar con ellas.

Karim era un tipo ambicioso. No podía conformarse con una Paula resignada. Quería una Paula segura y poderosa que temiera estallar de felicidad.

La única duda que le asaltaba en momentos como ese, momentos en los que ella se cerraba en banda volviéndose inquietantemente esquiva, era si lo conseguiría. Karim había demostrado ser, si no implacable, como mínimo persuasivo. Podía sacar dinero de debajo de las piedras, persuadir a personajes célebres de apostar por sus empresas, manipular en su beneficio la opinión pública..., pero hasta él tenía unas limitaciones, y todavía no se había inventado hombre o mujer que pudiera convencer a alguien de amarlo locamente. Esta operación era más costosa aún si la mujer a la que insistirle era Paula León, que además de ser fría por naturaleza, tenía el corazón carcomido por el veneno de un romance imposible.

Mientras ella contemplaba el mar de nubes que surcaba serenamente el pájaro de hierro, Karim la observaba con una mezcla de afecto contenido y preocupación.

Si quería lograr lo aparentemente inimaginable, se dijo, tenía que empezar por demostrar que era fiable y estaba comprometido con ella. Eso empezaba por ceder en según qué casos e introducirla en los lugares que le había vetado, que eran, a su vez, los lugares que para Karim eran más importantes.

—Muy bien. Esta noche iremos al club. Pero antes debes saber algo.

—¿Qué?

—Me acosté con Kir Royale antes de las vacaciones navideñas. Vino a retarme al despacho, me tocó los cojones, y... Bueno, no te sorprenderá cómo acabamos. Tampoco hace falta entrar en detalles. —No esperó a que ella respondiera para preguntar—: ¿Estás enfadada?

—Dame tiempo para decidirlo, ¿no? —rezongó—. Al menos unos minutos.

—Vale. —Karim no apartó la vista de su expresión inicialmente contrariada en los sesenta segundos que siguieron. Hubo otros sesenta, y otros sesenta, y cuando se cumplieron cinco minutos de larga observación, inquirió—: ¿Y bien?

Paula alzó la vista con gesto inexpresivo.

—Me lie con Rob Roy en la fiesta *Cyber-Dungeon*. ¿Estás enfadado?

Karim sintió que su corazón caía por un séptimo piso.

—¿Qué quieres decir con «me lie»? ¿Te liaste tanto aquella noche que acabaste volviendo a casa a las tantas de la madrugada? ¿Le diste un puñado de besos? ¿Llegasteis a tercera base? ¿Es un eufemismo de que follasteis?

—Tampoco hace falta entrar en detalles —le parafraseó ella con una sonrisita burlona.

—¡Claro que hace falta entrar en detalles! —se indignó. Una punzada de dolor y preocupación pinchó el globo de la ira—. ¿Te gustó?

—No. Ya hay que ser audaz para ofenderse por un besito después de confesar que te tiraste a Kir Royale en el despacho. ¿Sobre la mesa?

—Sí.

—¿Te gustó?

—Lo justo.

—¿Pensaste en mí?

—Todo el tiempo. ¿Pensaste tú en mí al besar a Rob Roy?

—Todo el tiempo —admitió con sinceridad.

Karim le sostuvo la mirada con la certeza de que decía la verdad. Aunque el conocimiento del beso le había sacado de quicio, no le quedó otro remedio que reírse.

—El que esté escuchando nuestra conversación se lo estará pasando en grande.

—No tanto como tú cuando te tiraste a Kir Royale en la mesa de tu despacho, pero sí.

—¿En serio? ¿Lo vas a usar como arma arrojadiza a partir de ahora?

—Solo hasta que se me olvide —contestó mirándose las uñas—. Por si no te quedó claro, Califa, no te puedes acostar con nadie si yo no te doy permiso.

—Y tú no te puedes besar con nadie que no sea un servidor. Punto.

Fingieron desafiarse con la mirada por el placer de alargar una discusión divertida. En el fondo de los ojos de Paula brillaba la carcajada que había aprendido a domesticar largo tiempo atrás: no

sería la primera en romper a reír. Y resultó que ninguno se rio al final, porque se acabó imponiendo una forma aún más atractiva de hacer las paces: la de buscar los labios del otro y besarse hasta que la azafata tuvo a bien interrumpirlos con el almuerzo de la aerolínea.

Capítulo 30

Aunque el desfase horario estaba causando estragos en los dos, Paula no cambió de opinión sobre la salida nocturna.

Karim estuvo esperando que se desdijera a lo largo de las horas previas a la marcha; prorrogó el momento de entrar en la ducha, alargó el ritual de vestirse y todavía esperó a salir de la habitación con la esperanza de encontrarla derrotada en el sofá, donde estimaba que debía quedarse. Exclusivamente por una cuestión de cuidado y descanso, porque, a esas alturas, ¿qué podía importarle que Paula acudiera a French 75, con o sin una máscara que dejaba a la vista solo la boca? Tenía que reconocer, aunque fuera ante sí mismo, que el problema nunca había sido que se paseara por allí porque Marcelo pudiera enterarse. El problema había sido que se paseara por allí de la mano de cualquiera que no fuese él.

Pero ahora que su mano le pertenecía, ¿por qué preocuparse? ¿Por qué impedir su ingreso?

Para sorpresa de nadie, pues en sus determinaciones no había quien le ganase, Paula aguardaba su aparición de pie en el recibidor del apartamento. Se estaba ajustando los guantes largos hasta el codo, que Karim había podido prestarle gracias a su flamante almacén de accesorios femeninos. Era la guinda del pastel de un atuendo ideal para la noche de etiqueta: llevaba una gargantilla de perlas falsas pero con un brillo muy conseguido, unos *stilettos* negros y un vestidito sin mangas perfectamente ajustado a su figura.

Karim se puso nervioso cayendo en la cuenta de que Paula había traído la prenda en cuestión de Stanford, lo que significaba que lo habría lucido ante un público impresionado en alguna otra ocasión.

Los celos retroactivos le pasaban casi tanta factura como los celos comunes.

—¿Lista?

Paula asintió y se echó el abrigo sobre los hombros.

Aunque iban juntos al club, le dio un casto beso que parecía una despedida.

Karim se podía imaginar haciendo aquello con frecuencia. Se podía imaginar haciendo aquello todas las noches del resto de su vida, quizá con algunas modificaciones: despertaría con ella de una siesta necesaria para soportar la madrugada en French 75, la invitaría a ducharse con él, la vestiría con sus propias manos igual que una niña a su muñeca preferida y haría todo el trayecto en coche con la palma imantada al muslo femenino.

Ese día le había faltado todo esto excepto lo último, y, aun así, la sensación de cruzar el umbral de su reino llevando del brazo a la única consorte posible le produjo una satisfacción desmesurada.

Poco importaba que le hubiera anudado la máscara a la nuca antes de entrar. Aunque no exhibiera el rostro, contrincante dignísimo de la competición por la parte más atractiva de toda ella, sus curvas de infarto seguían captando la atención. El antifaz negro satinado cubría hasta la nariz, al más puro estilo veneciano, dejando a la vista su barbilla redondeada y coronada por la insinuación de un hoyuelo y la boca llena pintada de su característico marrón claro, solo dos tonos más oscuro que su piel canela.

Un rato en la playa había bastado para potenciar su bronceado natural.

Karim, en su rol de Califa, fue saludando uno a uno a los clientes frecuentes que se acercaron a darle la enhorabuena por la fiesta, a preguntarle un par de dudas, a informarse a propósito de la velada de Año Nuevo que estaba al caer y cuya exclusividad la convertía en algo particularmente jugoso. Paula se erguía a su lado, blindada por la atractiva indiferencia que empezaba a atraer a los que habían coincidido con ella en un par de ocasiones. Miraba a un lado y al otro, se apretaba contra el costado de Karim, y no abría la boca ni para devolver los saludos.

Bastaba con verla para saber que por callada que estuviera, no era sumisa. Tampoco dominaba al Califa. Fuera lo que fuese aquella misteriosa deidad, todavía no se había inventado un término que abarcase en su totalidad lo que había ido a hacer allí; lo que había ido a hacer a la vida de Karim.

Un éxito de The Weeknd estaba sonando en los altavoces cuando Paula se separó de él para conseguirse un simple botellín de

cerveza. En lugar de volver a su lado, se quedó contemplando el espectáculo que había desplegado en el corazón de la sala.

Esa noche no se ofertaba ningún baile, sino un teatro: una mujer altísima y tonificada había atado al potro a su sumisa y se divertía castigándola con un látigo en la mano.

Era la primera vez que Paula asistía en primera persona a uno de los juegos de rol públicos de French 75.

No parecía asombrada.

—¿Por qué las sirenas? —fue lo primero que le preguntó cuando Karim regresó a su lado.

Alzó la vista y confirmó que lo que había atraído su interés era la réplica del panel de la entrada principal, el dibujo de las dos sirenas que, tendidas en una pose erótica, se miraban la una a la otra muertas de curiosidad.

—Son, a mi parecer, las criaturas más eróticas de la mitología. Scorpion y yo —tuvo cuidado de mencionar el apodo de Marcelo— mandamos diseñar dos para hacerle justicia a la naturaleza dual del BDSM. El sadismo sin masoquismo es solo sadismo, no una práctica placentera y compleja. El amo sin su sumiso o sumisa es simplemente un déspota, y el sumiso que se pliega a los deseos de cualquiera en lugar de una sola persona de su elección, es un esclavo. Además, el BDSM representa un estilo de vida que exige el compromiso de dos personas... como mínimo. —Entrelazó los dedos de las manos para ejemplificar la unión perfecta de dos energías—. Rechazamos los demás diseños porque este era el único en el que las sirenas entrelazaban sus colas.

—Me gusta.

Karim contempló el perfil de su nariz respingona con inevitable expectación. Ella se reiría de él si se lo soltaba a bocajarro, pero no dejaría de ser la pura verdad: llevaba excitado desde que había salido de casa. La sola idea de pasar con Paula una noche allí, donde más cómodo estaba, donde se sentía él mismo, le trenzaba el cuerpo de pasión.

No se resistió a convertir su brazo en un tentáculo que le rodeó la estrecha cintura con posesividad.

—¿Por qué querías venir? —le preguntó en voz baja, los labios casi pegados al nacimiento de su pelo.

El estómago le dio un vuelco. Hasta verle la raya blanca desde arriba le llenaba de ternura. Le gustaba cómo le caía la melena sobre los hombros, tan imperturbable como ella misma. Le gustaba cómo sujetaba la bebida más barata de toda la carta, como si fuera un *pinot noir* de Château Margaux.

Paula dio un sorbo sin apartar la vista de la conclusión de los azotes: ama y sumisa habían terminado su espectáculo. La primera besaba la curvatura elegante de la espalda de la segunda mientras la desataba con mimo.

—¿Me castigarías ahí arriba? —le sorprendió preguntando—. En el escenario. A la vista de todos.

A Karim le extrañó su pedido. Llevaba toda la vida impresionándolo de tanto salirse por la tangente, pero aquello no casaba con su carácter y si había algo que Paula nunca traicionaba era su forma de ser.

Su forma de ser no permitía exhibiciones. Protegía su intimidad con el celo que sin duda merecía una vida tan maravillosa.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

—No te gustan los golpes. Al menos, no te ha gustado verlos. ¿Cómo va a gustarte recibirlos?

—Tampoco me gustan el sexo o los hombres, y me ha gustado el sexo contigo. —Paula levantó la barbilla para mirarlo con solemnidad —. ¿No querías someterme? Hoy estoy dispuesta.

Karim abrió la boca para llevarle la contraria, convencido de que esa noche, de entre todas las noches del mundo, era, con diferencia, la peor para embarcarse en una experiencia intensa. No hacía ni veinticuatro horas que había confesado sus sentimientos hacia Nicole, así como el rencor que le guardaba a su hermano. Acababan de volver de la casa de sus padres, un lugar inhóspito para ella. La interacción con sus parientes la dejaba demasiado exhausta para quedarse hasta Año Nuevo. Había perdido la virginidad hacía dos noches... Claro que eso, de entre todas las razones, era lo que menos significado tenía para Paula.

Entonces Karim lo comprendió. Por eso quería que la castigara esa noche y no otra. Porque necesitaba desahogo, y Dios sabía que Paula nunca había sabido desahogarse por su cuenta. Sabía callar, sabía maquinar, sabía vengarse, pero no sabía hablar, no sabía llorar, no sabía abrazar en busca de consuelo. Su planteamiento debía de haber sido el siguiente: «¿Por qué no probar a canalizar el dolor emocional a través del dolor físico?».

No era la primera ni sería la última en llegar a esta conclusión.

No bajo el techo de French 75.

Karim le tendió la mano como si fuera a sacarla a bailar. Ella dejó la cerveza a medio beber sobre una mesita alta que le quedaba cerca y, en lugar de aceptar el gesto con languidez, entrelazó los dedos con los de él y apretó para hacerle saber que no tenía ningún miedo.

¿Por qué iba a tenerlo?, se dijo Karim con orgullo. Era en sus manos en las que se pondría.

En lo que tardó en invitar a subir a Paula al escenario, solo se oyó la música de The Weeknd. Aquella noche apenas habían recibido un total de veinte, quizá treinta clientes. El ambiente era sosegado de por sí, y los ánimos estaban expectantes porque el dueño de todo lo que alcanzaba la vista se hubiera prestado a deleitarlos con un espectáculo.

La presencia de Paula no sembraba menos agitación. Atinó a escuchar los murmullos de algunos invitados de la primera fila, que se habían extrañado de que el Califa se entretuviera a solas con una mujer que no era Kir Royale, quien sí gozaba de popularidad y hasta una categoría estrella en el club.

Le habría gustado decir que se acordó de ella mientras jugaba con la cuerda que amarraría las muñecas de Paula, pero no fue así. Durante el año que había pasado con Kir Royale, la sumisa había acaparado toda su atención con la excepción de dos días: el que Paula cumplía veintidós años y esperaba, ansioso, una escueta respuesta a su mensaje de felicitación, y el que Paula publicó una foto provocativa en Instagram. Ahora que Paula había aparecido en persona, no había espacio para Kir Royale. No había suficientes horas en el día para dedicar a la pequeña León como para reservar

un solo segundo a la que podría haber sido —pues lo había demostrado— una excelente compañera.

—Junta las manos sobre tu cabeza.

Paula obedeció con actitud indiferente, una muy válida en los juegos de rol. No era una *brat* porque no se revolvía ni le retaba. Tampoco era abnegada como las mujeres que se acogían a la inmovilidad, llegando a aparentar la *rigor mortis*. Pero su comportamiento esquivo no habría llamado la atención si ella no la estuviera llamando por sí sola.

You got me touchin' on your body
To say that we're in love is dangerous
But girl, I'm so glad we're acquainted[34]

Karim le ató las muñecas a la barra que colgaba del techo, una de las pocas herramientas permanentemente a disposición de los espectáculos públicos. Dio un paso atrás para admirar su obra y sintió un escalofrío de placer anticipado viéndola así, sobre los tacones, con el escote palabra de honor a punto de desbordarse y la raja de la falda cerca de enseñar lo prohibido.

También los demás podían admirarla y eso no le complacía, pero estaba dispuesto a ceder por esa vez.

En el fondo, siempre estaba dispuesto a ceder ante y por Paula.

Cuando ya se había llenado de inspiración, tomó aire y se paseó con parsimonia en busca del instrumento de su elección. No le gustaban los látigos, no le convencían las pinzas, no le volvían loco las varas. Le apasionaban, en cambio, las fustas con sus flecos de cuero y su mango grueso. Flexibles y estéticas.

Perfectas.

Bien surtido ya, y con los ojos del público pegados a la espalda, se plantó ante Paula dándose toquecitos en la palma de la mano con las colas de la fusta.

—¿Por qué te voy a castigar? —exigió saber Karim—. ¿Qué has hecho?

Ella se pasó la lengua por los labios, brillantes aún por el último beso.

—Te he traicionado.

No le hizo falta fingir ningún tono de voz grave para sonar solemne.

Karim aparentó sorprenderse, no por el público, que no podía importarle menos, sino por ella, que lo miraba con la expectativa de que estuviera a la altura de su propuesta de rol.

—¿Me has traicionado? ¿Cómo?

—Te he sido infiel. Y eso —añadió tras una vacilación— te ha roto el corazón.

Karim se extrañó con la emoción que se había infiltrado sutilmente en su voz. Sabía que era imposible que le hubiese sido infiel y sabía que era imposible que le hubiera roto el corazón porque, por desgracia, ella aún no era suya.

Pero sonaba como si fuera cierto.

Había subestimado su talento para el rol.

El mismo talento que tenía para todo.

Karim dio un paso adelante y le acarició el borde de la mandíbula con el extremo de la fusta.

—¿Con quién me has sido infiel?

—Con un hombre.

—¿Cómo es ese hombre? —insistió. Deslizó las colas de cuero cuello abajo, siguió la línea vertical que dividía sus pechos y continuó hacia el ombligo. Al verla contraer el vientre, supo que le hacía cosquillas pese a la interposición del vestido—. Descríbelo para mí.

—Es mayor. De raza blanca —empezó, dudosa. Su imaginación no podía ir más rápido de lo que iba el deseo de Karim, que no se detuvo en su torso y siguió explorando su cuerpo con la fusta—. Tiene el cabello largo, canoso, y los ojos azules.

—No se parece nada a mí.

—No.

Paula se sobresaltó con el primer azote, que aterrizó en su costado, ahí donde comenzaba la curva de la cadera. Se dobló para tratar de escapar del picor, pero no así de la mano de Karim: en cuanto sintió la caricia de sus dedos, con la que pretendía intensificar el calor de golpe, recuperó la postura y hasta se sacudió para retenerlo ahí.

Pero no pudo.

Karim viró sobre los talones para colocarse a su espalda, donde ella no pudiera verlo. Observó que su respiración se agitaba, creyéndose abandonada, hasta que reveló su posición delineando el contorno de sus nalgas con la fusta.

—¿Qué hiciste con él? ¿Lo besaste en la boca?

—Sí.

Karim apretó la mandíbula. Cuanto más verosímil fuera la historia del juego y más se la creyeran ambas partes, más intensa sería la sesión, pero de solo imaginarse la escena de Paula besando a otro se le puso el vello de punta.

—¿Le chupaste la polla?

—No.

Karim desplazó la fusta al hueco entre sus piernas. Se abrió camino desde abajo, recorriendo con una caricia de cuero totalmente atrevida aquella piel tan sensible. No se detuvo hasta llegar a su destino: introdujo el extremo bajo el vestido y presionó su sexo hasta arrancarle una reacción.

—¿Te lo follaste?

—Sí.

Karim volvió a estremecerse.

En él convergían dos sensaciones aparentemente contradictorias: la ira fría y al mismo tiempo debilitadora de los celos, y el ardoroso deseo de tenerla a su merced por fin.

La imaginó montando a ese otro hombre como lo había montado a él en la habitación de invitados, lo imaginó corriéndose donde ya se había corrido él, llenándola hasta cuatro veces seguidas sin haberla limpiado antes, y sintió que hasta la piel le quemaba, porque le quemaban las venas, la nuca, el vientre... y la erección.

—¿Te gustó? —preguntó él en voz baja—. ¿Te gustó cómo se sentía su polla?

Sacó la fusta del refugio de sus muslos y se la acercó al rostro para besarla ahí donde la había tocado.

Estaba caliente. Olía a ella.

Rodeó el cuello de Paula desde atrás y la sujetó por ambos extremos para amenazar con asfixiarla.

—No —respondió, temblando.

—¿No?

—Solo me gusta —articuló— lo que me haces tú.

Sin retirar la fusta de su garganta, Karim ciñó sus caderas a la curvatura de sus nalgas para que sintiera el calor. Y lo sintió.

Paula se estremeció.

—¿Y por qué me engañaste, entonces?

—Porque soy una mala persona.

Su respuesta le aturdió y dolió a partes iguales. No le cabía la menor duda ya de que no todo era el guion improvisado de un teatro. Exudaba culpabilidad y tristeza; ni siquiera su visible excitación podía ocultarlo, y aunque podría haberla abrazado para apaciguarla, no era así como funcionaba el BDSM.

La disuadió de caer en la trampa del victimismo azotándola con fuerza en las nalgas.

Ella jadeó con alivio.

—Yo decidiré si eres una mala persona, ¿me oyes? Ahora mismo no eres ni siquiera una persona. Eres mi muñeca.

La azotó entre los muslos para instarla a separar las rodillas.

Cuando la tocó entre las piernas apenas se lo pudo creer. Sus gemidos entrecortados ya le habían advertido que aquello no era una interpretación, pero confirmarlo terminó de enloquecerlo. Contempló la imprimación de sus dedos, empapados del fluido que le había manchado también entre los muslos.

«¿Asexual? Una mierda», pensó con rabia encendida, y le agarró una nalga con fuerza hasta que ella emitió un ronroneo lastimero.

—Por favor —suplicó—. Fóllame.

Karim enarcó una ceja. Le dio la vuelta a la fusta, sujetándola por el extremo contrario, y con ella le subió la falda lo justo para que asomara el triángulo de vello oscuro. Apoyó el mango ondulado contra sus pliegues y lo deslizó suavemente hacia la abertura del sexo.

La penetró despacio hasta que la parte más gruesa desapareció en su cuerpo.

—No, no —sacudió la cabeza a un lado y al otro, aunque se retorcía de placer—. No quiero eso. Quiero tu polla.

—¿Por qué metería yo mi polla en una mujer que se ha dejado toquetear por otro?

Paula abrió los ojos. A la luz de los focos anaranjados, parecían dorados y no negros. Un fulgor salvaje les había prendido fuego.

—Porque me quieres a pesar de todo.

Karim selló los labios en señal de resignación. No podía negar esa verdad ni siquiera en un juego de rol, ni siquiera en una broma inofensiva, ni siquiera si de ello dependiera que le apartaran la pistola cargada de la sien.

Recuperó la fusta retirando el mango de su cuerpo y la arrojó al suelo salpicada de fluidos. Se bajó la cremallera del pantalón y la ropa interior. La tomó por los muslos, uno sobre cada una de sus manos, y la alzó en vilo para cumplir su voluntad, que al final era la misma que la suya.

—Estoy ocupado sujetándote —explicó él con las cejas arqueadas —. Si la quieres dentro, muévete hasta que entre.

Paula agachó la vista y movió las caderas circular y verticalmente, tan concentrada que sudaba a mares, en busca de la unión perfecta. Karim estaba duro y listo para que lo arropara, pero ella temblaba tanto y estaba tan desesperada por sentirlo que no atinaba y terminó casi sollozando. Se tuvo que apiadar de Paula —y de sí mismo— poniendo fin a la tortura. Soltó uno de sus muslos un segundo y se agarró la polla por la base para clavársela de una sola embestida.

El sonido de alivio y júbilo que emitió Paula estuvo a punto de catapultarlo al clímax.

Karim hundió los dedos en su carne, generosa en aquella parte del cuerpo, y empezó a moverse sin ninguna clase de suavidad. Si en la habitación de invitados había sido piadoso y había ido incorporando poco a poco la impaciencia, esa noche fue salvaje desde el principio. Una estocada impenitente seguía a otra más cruda, la siguiente era directamente cruel. Tenía hambre de su cuerpo como nunca antes, un hambre insaciable, pero no podía decirse que ella no pretendiera satisfacer su fantasía. Lo ponía todo de su parte recibiéndolo con gemidos, con balbuceos ansiosos.

A una sumisa le habría ordenado que se callara. A ella quería hacerla hablar.

Siempre quería hacerla hablar.

—¿Te gusta? —murmuró con la boca pegada a la suya—. ¿Te gusta cómo se siente?

—Sí... sí...

—¿Para qué querrías a otro?

—Para nada.

—¿Por qué te follarías a otro?

—Por nada. Porque soy estúpida. Soy estúpida —gimoteaba sin descanso—. Solo te quiero a ti. Eres mi único deseo.

—Dime que eres mía. Dime que me perteneces.

—Soy... tuya. Toda tuya. Solo tuya.

Si podía un hombre alcanzar la plenitud con un conjunto de palabras, Karim lo consiguió. Se creció físicamente, clavó aún más los dedos en su piel morena y se corrió con las letras que Paula había pronunciado desfilando ante sus ojos igual que una fantasía delirante.

Chocó el torso con el de ella con la burda esperanza de cubrirla de los demás, si bien apenas recordaba que los cercaba un público interesado; con la esperanza, también, de fundirse con su cuerpo y que nada volviera a despegarlos jamás.

Ese era su humilde deseo.

El bombeo de la erección enterrada en sus adentros terminó de estimularla y se abandonó a él apenas unos segundos después, casi como si los hubieran cronometrado. Karim se dejó llevar por el pensamiento ingenuo pero pacificador de que estaban en total armonía, por fin conectados, compenetrados.

—Angel Face —proclamó Karim para que todos lo escucharan—. Así es como te llamas. Nada de Magic Garden. Nada de nombres que te hayan puesto otros. Te llamas Angel Face.

A riesgo de que todo el mundo se enterase de que aquello no era un sumisa porque era su único amor, no se movió. No se movió durante un buen rato. Solo cuando Paula asintió y sacudió sutilmente las caderas, invitándolo a apartarse o a seguir, Karim se

retiró despacio, le arregló el bajo del vestido y el escote vencido, y la desató.

—¿Así sí? —preguntó él en voz baja, acunándola con su mirada cálida.

Ella curvó los labios temblorosos en una sonrisa adorable por su matiz desvalido y le aceptó el beso con el que quiso sellar la sesión.

Nada más despedirse de Karim con un beso y darle la espalda, Paula rompió a llorar.

Tuvo la fortaleza de esperar a encontrarse fuera del edificio y del alcance de su mirada para arrancar desconsolada, pero una vez cruzó el umbral de la puerta trasera y se supo a solas en el aparcamiento, no pudo seguir controlándose.

«Me vuelvo a casa», le había dicho después de la sesión. «Estoy cansada».

Él se había disculpado por no poder acompañarla —el deber le requería allí presente— y se había resignado a verla partir con cierta suspicacia, sospechando, muy acertadamente, que Paula no estaba del todo bien.

Gracias al cielo, la había dejado marchar sin hacer preguntas indiscretas.

Procuró hacer el ruido justo y limpiar las lágrimas conforme iban rodando por sus mejillas, por si alguien tropezaba con ella y se le ocurría ir con el cuento a la persona más indebida. No supo cuánto tiempo estuvo desahogando una pena que no hacía sino crecer, devorando el espacio en sus entrañas, pero para cuando consiguió detener el torrente, le dolían la garganta y la cabeza.

Se apartó el pelo de la cara, retiró el maquillaje que se le había corrido alrededor de los párpados e inspiró hondo. Aunque tenía prisa por alejarse de allí, tomó asiento un momento en un saliente del aparcamiento trasero y se rodeó las rodillas. Buscó la calma en el manto de estrellas que le cubría la cabeza, ahí donde se dibujaba una luna borrosa por la bruma.

Estaba dialogando consigo misma para recoger sus despojos e iniciar la marcha cuando la puerta se abrió de repente.

Lo primero que vio fueron las piernas desnudas de una mujer que mediría al menos un metro setenta, ochenta considerando la altura de las botas con tacón. La mirada de Paula trepó muslo arriba, más porque andaba desesperada por distracciones que porque le interesara.

Sobre el cuello más pálido que hubiera visto nunca, se erguía un rostro femenino con expresión sardónica. Llevaba un paquete de tabaco en una mano y un mechero en la otra.

—Mira quién es —dijo en tono desapasionado—. Angel Face. Así te han bautizado, ¿no? —Esperó a haberse colocado un cigarrillo entre los labios, a haberlo prendido y a haberle dado una larga calada para sonreír y añadir—: Precioso.

Paula encontró en la aparición de Kir Royale la excusa que necesitaba para salir huyendo. No se sentía amenazada por la mujer, como sí había jurado ante Karim, y tampoco le temía a la discusión que se palpaba en el ambiente; simplemente acababa de recordarle de forma indirecta que debía darse prisa en ir al apartamento, recoger sus cosas y desaparecer.

Si hasta Kir Royale estaba pensando en largarse, Karim no tardaría en hacerlo también.

Pero la sumisa, que poco o nada tenía de abnegada en esa tesitura, impidió que se escabullera cogiéndola de la muñeca.

Paula no supo por qué reaccionó con tanta violencia al hecho de que Kir Royale quisiera unas explicaciones cuando en otras circunstancias habría entendido que la encarase. La cuestión fue que lo hizo: se la sacudió de encima como no se había sacudido ni la mano dura de su padre, ni la mano larga de los tocones, y le lanzó una mirada que concentraba toda la rabia hacia sí misma que sentía.

Incluso Kir Royale, que no parecía ni por asomo una mujer impresionable, se quedó perpleja.

—Vaya. Cualquiera diría que estarías batiendo las palmas. Has ganado. Te lo has llevado.

—¿El qué?

La asiática arqueó una ceja.

«¿Me estás vacilando?», preguntaba con el gesto.

—Al Califa, princesa. Enhorabuena.

Paula puso los ojos en blanco.

—No tengo tiempo para esto.

—Venga, hombre, dame el gusto de tener unas palabras, ¿quieres? —Extendió los brazos. Sus manos seguían ocupadas con el cigarrillo y el mechero, que tenía estampada la marca de un comercio local—. Es la primera vez en mi vida que me levantan a un tipo. Estoy desolada —añadió con sorna forzada. Tenía la expresión a medio dibujar de una persona que había bebido en exceso. No tanto para perder la elocuencia o el sentido del humor, sin embargo.

—Descuida. —Le sorprendió que le costara un acopio de valor pronunciar unas palabras tan sencillas, y todo para que sonaran como el tiro que salía por la culata—. Para ti entero.

Fuera porque se trataba de una mujer, a saber, un espíritu de sensibilidad más desarrollada, o fuera porque Paula lo llevaba escrito en la cara, Kir Royale tuvo mucho menos problema que Karim en descifrar el mensaje implícito en sus ansias de huir.

—¿Perdón? ¿Has venido a armar todo esto para nada?

—¿Armar qué? ¿Y a ti qué coño te importa? Déjame en paz.

Intentó marcharse de nuevo, pero Kir Royale le cerró el paso. El llanto desesperado la había dejado mareada, y el calor sobrehumano que había puesto su cuerpo a vibrar en el escenario seguía instalado en sus adentros, como un recordatorio de que aún podía sentirlo todo. La proximidad de la sumisa, la finura de sus curvas y lo tersa que se adivinaba su piel bajo un atuendo impecable le robaron un instante la atención y el aliento. De esto ella se percató, porque primero abrió un poco los ojos, luego sonrió y, para rematar, la acorraló contra la pared descascarillada del aparcamiento apoyando una mano junto a su cabeza.

—¿Por qué no me cuentas qué te pasa? A lo mejor podemos llegar a una solución que nos satisfaga a los tres. Yo no quiero renunciar a Califa y, si tú tampoco, a lo mejor el final feliz pasa porque tú y yo nos conozcamos en condiciones. No me he presentado, ¿verdad? Soy Kir Royale. —Le tendió la mano del cigarrillo, como si Paula pudiera hacer algo con ella sin quemarse.

Nicole también fumaba. A veces. Solo cuando estaba muy nerviosa y juraba que «debía ocupar las manos en algo». Curioso

que su primer impulso fuera sucumbir a un vicio destructivo que, cuando no le provocaba un ataque de tos, le quemaba los labios. Recordaba el gracioso mohín que hacía cuando la chusta le daba un pellizco en la boca, cómo la arrojaba al suelo, insultando en francés por gusto, como si el daño no fuera autoinfligido.

También Nicole había hablado de «querer al Califa para ella» con el mismo regocijo perverso que Kir Royale. Era precisamente al mencionar a Karim en esos términos —los únicos que conocía una mente calculadora como la suya— cuando Paula se daba cuenta, para su inmensa tristeza, de que para ella todo era cuestión de ganar. Los ojos se le achataban para acompañar una sonrisita traviesa de gato de Cheshire al referirse a un hombre en el pleno sentido de la palabra, a esa humanidad tan completa y conmovedora que era Karim Aaron, como el trofeo que coronaría su salón de las conquistas.

Esto no podría haber asqueado a Paula en aquel entonces, cuando Nicole aún vivía. Tampoco la asqueaba el tabaco, a pesar de no soportar el humo si lo escupían su padre, su hermano o un desconocido en la parada del autobús. A Paula no le asqueaba que Nicole repasara con la mirada a todos los tipos que se cruzaba en la acera después de haberle enviado un mensaje a Marcelo que rezaba «te quiero más que a nadie». No le asqueaba que acudiera rauda a su costado, como un guardaespaldas, para rescatarla de la atención indeseada de un sujeto, aunque eso indicara que solo la quería cuando alguien se la disputaba; el resto del tiempo, ¿quién era Paula? No le asqueaba que colara a Marcelo en la habitación de la residencia para cabalgarlo desatada y con el torso desnudo sabiéndola a ella despierta al otro lado del dormitorio y rememorando palabra por palabra la hermosa declaración de amor que le había dedicado el fin de semana anterior, cuando Marcelo «era un hijo de puta» y «no volvería con él ni borracha».

Pero ahora que se adentraba en la etapa final de su venganza, esa que arruinaría su vida y la de sus seres amados, la imagen embellecida de Nicole se daba la vuelta como una moneda al aire.

Al ponerla sobre el dorso de la mano, descubría, no tan estupefacta, que era su cruz.

Siempre había sido su cruz.

¿O eran la culpabilidad y la vergüenza lo que trataba de convencerla de odiarla para dar marcha atrás? Aún estaba a tiempo. Aún podía regresar al club, buscar a Karim entre la gente como en las películas románticas, fundirse con él en un abrazo y transmitirle mediante el lenguaje no verbal que renunciaba por amor a sus propósitos, propósitos de los que él no tenía la menor idea. Aún podía permitir que cayeran en saco roto las noches sin dormir leyendo todo lo que sabía de James Carver y priorizar, en su lugar, una posible felicidad.

Paula cerró los ojos un momento y presionó y presionó y presionó los párpados, como cuando era niña y creía que si lo hacía durante el tiempo suficiente lograría teletransportarse a otro lugar. A una casa en la que no hubiera gritos, aliento con olor a ron barato y mujeres que agachaban la cabeza. Esperaba, rezando a dioses en los que no creía, que un ángel bajara del cielo y le susurrara al oído la respuesta correcta: «Hazlo» o «No lo hagas». Pero lo único que se le apareció fue el demonio de siempre, el que apenas había conseguido cubrir con una manta mientras había estado con Karim.

«¿Vas a dejar que los villanos se salgan con la suya?».

«¿A costa de mis seres queridos? ¿De Karim? ¿De mí?».

«Oh, vamos. No es como si te acabaras de enterar de que vas a putear a media familia. Siempre has sabido que, antes de empezar un viaje de venganza, hay que cavar dos tumbas».

«Pero es que no son dos tumbas», se defendía Paula ahora, meses después de su terminante decisión. «Son cuatro. Y al menos una persona de todas las implicadas no se merece esto».

«Ya lo sopesaste en su momento y decidiste que era justo. No era benevolente con las partes involucradas, no, pero era justo... dentro de lo que cabía».

Paula inspiró hondo de golpe con una mezcla de rabia y desvalimiento. Enfocó la vista en Kir Royale, que la estaba mirando con curiosidad. La empujó por el pecho y se escabulló procurando mantener la mente en blanco, o de lo contrario desandaría lo recorrido. No solo lo recorrido hasta el aparcamiento, sino lo que

llevaba construyendo piedra a piedra desde antes de la muerte de Nicole.

El suicidio de Nicole.

Rodeó el edificio a toda prisa y cruzó la calle con la mano en alto para alertar de su intención al desfile de taxis. *¿Suicidio? No fue un suicido. No con exactitud. Nicole estaba tan viva porque vivía por dos, por tres, porque Nicole era tantas personas como personas había querido.* Logró que un taxi frenara en seco solo cuando se plantó en plena calle. Subió, e ignorando las vehementes advertencias del conductor, que por poco se la había llevado por delante, pidió que la llevara a The Harrison, la esperase a las puertas mientras recogía su equipaje y luego la condujese al motel más barato del centro de San Francisco. *No, a Nicole la habían matado. A Nicole le habían hecho lo peor que se le podía hacer a una mujer, y Paula era la única que lo sabía; por eso era la única que podía hacer algo al respecto.*

¿Qué sería Paula si obviaba la responsabilidad sobre sus hombros por algo tan egoísta como un amor?

Una hija de puta. Eso sería.

El taxista obedeció y no medió palabra en todo el trayecto pese a lanzarle miradas preocupadas por el retrovisor.

¿Qué aspecto tendría? Ojos de loca. Manos temblorosas. Síntomas con los que no había contado del mismo modo que no había contado con Karim, o con lo que ella era con Karim. Pero es que lo que contaba era lo que Paula había sido con Nicole, y también contaba Nicole a secas. Sobre todo contaba lo que Nicole había sido con James Carver. Eso era más importante que ninguna otra cosa, y era más importante que los sentimientos de un hombre, sus propios sentimientos y los de su hermano porque, a diferencia de Nicole, ellos estaban vivos y podrían volver a empezar.

Nicole nunca había sido perfecta. Nicole había sembrado el caos a su paso.

Pero el único cadáver que había dejado detrás de sí había sido el suyo.

¿Quién iba a pagar por ello? ¿Nadie? *Y una mierda.*

Paula cumplió lo estipulado al taxista. Se infiltró en el apartamento que la había recibido calurosamente como una vulgar ladrona. Recuperó sus pertenencias, de las que no quedarían ni las huellas. Depositó las llaves en la cómoda del recibidor para declarar, sin ninguna puntualización verbal que acompañara, que no pretendía volver, que esa noche acababa todo, que en el fondo no había empezado nada, y salió con las mismas prisas con las que había entrado.

Una hora más tarde, estaba en el motel donde se hizo la última foto que había subido a Instagram, con la misma camiseta raída, la misma sensación de desamparo, la misma soledad demoledora: esa que habría podido remediar si no hubiera tenido aquel defecto, enfermedad o manía por la que se suponía que Karim la quería tanto.

Sentido de la justicia.

Capítulo 31

—¿Paula?

No hubo respuesta.

A Karim le habría gustado pensar que estaba dormida, pero un mal presentimiento le había acompañado como un asesino en la sombra durante el regreso a casa.

Había pasado las últimas horas en French 75 rezando para que los clientes se cansaran de estar allí cuanto antes y le permitieran librarse de ofertar el servicio de *after*. Había notado en la despedida de Paula una languidez extraña, y cuanto más rememoraba la sesión pública en el escenario, más seguro estaba de que había gato encerrado en el juego de rol, en teoría improvisado, y en su disposición a ser humillada.

—¿Paula? —probó de nuevo.

Repitió su nombre conforme iba abriendo las puertas de las habitaciones.

Y nada. No había nadie.

El ángel sobre el hombro le decía que debía ser prudente con ella. Le sugería dejar correr su ausencia y su comportamiento y llamarla al día siguiente a una hora decente. Pero más sabía el diablo por viejo que por diablo, y resultaba que Karim tenía una conexión especial y un mayor respeto por las opiniones del demonio que del querubín.

¿Con quién se habría ido Paula, si no estaba en casa? ¿Con otro hombre? ¿Con una amiga? ¿Qué hombre y qué amiga, si era una persona solitaria?, ¿si no había dejado de dar a entender con su comportamiento que él y solo él era su único apoyo?

Sacó el móvil del bolsillo y la llamó. Eran casi las cinco de la madrugada. Karim estaba muerto de cansancio, decepcionado por no haberse reencontrado con ella y, ahora, para colmo, terriblemente preocupado. Le habría gustado llegar a casa y aprovechar que Marcelo seguía en Santiago para acurrucarse con ella en la cama o en el sofá. Era lo que debería haber hecho después

de los azotes para que no se fuera con la sensación de haber sido maltratada, no unas horas más tarde. Ahí se había equivocado él.

Paula no cogió el teléfono.

Karim intentó llamarla otra vez, y otra, y aunque a la tercera no fue la vencida, sí que fue a la tercera que empezó a inquietarse de verdad.

Plantado en medio del salón con la ropa pegada a la piel por el sudor, decidió sustituir los toques por mensajes de texto.

¿Por qué no estás en casa? Me parece genial que hayas decidido continuar la fiesta, pero respóndeme para que sepa que estás bien.

¿Te he espantado antes? Con la sesión, quiero decir. Si es así, lo siento, pero dímelo para que pueda arreglarlo de alguna manera.

¿Cuándo vas a venir, Paula?

Sospechando que le esperaba una madrugada en vela, Karim se quitó la chaqueta y se desabotonó la camisa. Tomó asiento en el sofá y aguardó una contestación con la vista clavada en la pantalla iluminada.

No podía saber si Paula había leído o no los mensajes, pero por descontado estaba despierta. Nunca ponía el móvil en silencio —le parecía que iba contra la naturaleza de tener un móvil operativo, pues ¿para qué lo quería, sino para saber cuándo contactaban con ella?—, así que incluso si había conciliado el sueño, el politono predeterminado la habría espabilado.

Karim probó a llamarla otra vez.

A esas alturas, su desesperación había alcanzado tales cotas que se temía lo peor; nada relacionado con él, sino con su seguridad y bienestar. Y si estaba equivocado y lo estaba ignorando a secas —esperaba con todo su corazón que este fuera el caso, si la alternativa era que le hubiera ocurrido algo—, le importaba un carajo quedar como un completo arrastrado.

Paula, contéstame para que al menos sepa que estás bien. No quieres saber lo que me estoy imaginando.

Paula, sea lo que sea que haya hecho, ten por seguro que no me merezco esto.

Finalmente, Paula se apiadó de él haciéndole llegar un mensaje escueto.

Estoy bien.

Karim se precipitó hacia delante en cuanto recibió el wasap. Se apresuró a llamarla por teléfono antes de que ella soltara de nuevo el *smartphone* o lo arrojara a la otra punta de la habitación... suponiendo que estuviera en una habitación y no en la calle.

Su corazón latía diez veces más rápido de lo que sonaban los pitidos de la línea. No tuvo que hacer un gran esfuerzo de imaginación para visualizar a Paula sosteniendo con indecisión el móvil: ¿lo cogía o no lo cogía?

Descolgó, gracias al cielo.

No saludó ni le preguntó qué quería. Dejó que fuera Karim quien tomara la palabra, y en mala hora él se dejó llevar por el terror que había experimentado durante la última media hora.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? —le ladró—. ¿Dónde te has metido, eh? ¿No te ha parecido adecuado avisarme de que no dormirías aquí? Hemos pasado la Navidad juntos, Paula. No te has separado de mí en semanas. ¿A qué viene la repentina desaparición?

—*No tiene nada que ver contigo. Necesito espacio.*

Algo notó en la voz de Paula que Karim, lejos de tranquilizarse, se agobió más aún. Pero esta vez no permitió que sus emociones convulsas dominaran la conversación, entre otras cosas porque tenía la certeza de que Paula colgaría o se le escabulliría de alguna manera si no abordaba el asunto con delicadeza.

—¿Es por la sesión? ¿No te ha gustado? ¿Te he asustado?

—*No.*

—No ¿qué? —se desesperó—. ¿No te ha gustado?

—*No me has asustado* —corrigió ella, procurando mantener la calma—. *Estoy bien.*

—Pues no suenas nada bien para mí, Paula. No suenas bien en absoluto. ¿Ha pasado algo en tu regreso al apartamento? ¿Te has encontrado con alguien? ¿Te ha llegado alguna mala noticia? ¿Has

abierto el regalo de Nicole? ¿Qué coño ha ocurrido en el transcurso de... —echó una ojeada al reloj de pulsera— tres, cuatro horas?

—*No quiero que te preocupes por mí.*

La forma en que había compuesto la frase descolocó a Karim. Tenía un sabor a despedida que terminó de desquiciarlo.

—Dime ahora mismo dónde estás, Paula León. Voy a ir a buscarte.

—*No.*

—Dime dónde estás o llamo a tu hermano y le comunico la situación —amenazó—, y me la suda si no me vuelves a dirigir la palabra porque me consideras un chivato.

—*Estoy bien* —repetía como un disco rayado—. *Simplemente me he ido a un hotel, ¿de acuerdo? Y no estoy acompañada por nadie, si es lo que te preocupa.*

—¡Que te acompañe un hombre o una horda entera no es lo que me preocupa! ¡Me preocupa este cambio radical tuyo! Ayúdame a entenderlo, Paula. Si me hubieras avisado de que te ibas un rato o una semana, si me hubieras cogido el teléfono a la primera, si me hubieras dicho que puedo estar tranquilo, lo estaría. Estaría suave como la seda y te habría dejado dormir enseguida. Pero no haces nada de eso y encima esperas que ignore que te has llevado todas tus cosas. Has dejado las llaves en el cuenco, por el amor de Dios. ¿Así es como vas a tratar a alguien que conoces desde siempre?

—*Yo no tenía planeado que esto acabara así.*

Karim se quedó momentáneamente sin palabras.

—Esto —remarcó él con un gruñido— no ha acabado, Paula. Mira... —probó desde otro ángulo con un tono de voz más amable—. Si te has parado a reflexionar sobre los acontecimientos de los últimos días y te ha abrumado su intensidad, lo entiendo. Yo también estoy algo aturdido. Pero no te vas a aclarar mejor las ideas desapareciendo de mi vista.

—*Ya te he dicho que no tiene nada que ver contigo. No volví a San Francisco por ti, Karim. Vine porque había algo que debía hacer y por fin ha llegado el momento. Necesito que dejes de distraerme.*

Él compuso una sonrisa incrédula.

—¿Eso es lo que he estado haciendo? ¿Distraerte? ¿Y qué es lo que te ha convencido de que debes alejarte de esa distracción? ¿Qué ha roto tu burbuja? ¿Que te dijera que te quiero?

Paula no contestó enseguida.

—*No me digas eso.*

—Un poco tarde, ¿no? Ya lo he dicho varias veces. Y te lo puedo repetir. Te quiero —repitió, y apretó el teléfono con los dedos como si fuera Paula, a la que habría sacudido y estrechado entre sus brazos si la hubiera tenido delante—. No voy a renunciar a ti, ¿entiendes? Puedes tener todo el miedo y todos los reparos que te parezcan oportunos. Yo seguiré ahí, y...

Karim se calló al oír un sonido extraño al otro lado de la línea. Se estremeció de preocupación al reconocerlo: a Paula se le había escapado un sollozo.

Estaba llorando.

Cualquier enfado que pudiera haber sentido o manifestado de malas formas se desvaneció de un plumazo. Agarró la chaqueta y se la puso sin dejar de sostener el teléfono pegado a la oreja y se encaminó a la salida después de confirmar que seguía teniendo las llaves del coche en el bolsillo.

—Voy a dondequiera que estés. Dame la dirección.

—*No, Karim. Por favor.* —Su ruego lo frenó en seco antes de apoyar la mano en el pomo de la puerta—. *No lo hagas más difícil para mí, te lo suplico. Sé que he llevado esto demasiado lejos, que he sido egoísta al acercarme a ti sabiendo que no podría quedarme, y que te estoy pidiendo algo inasumible e injusto cuando te digo que espero que me dejes estar. Pero te lo tengo que pedir aun así. Déjame estar. Déjame en paz* —insistió sin rabia o acritud alguna.

—No suenas como si estuvieras en paz, Paula.

—*Pero eso es problema mío, no tuyo.*

—Tus problemas son mis problemas. Te quiero —repitió. Desde que lo dijera la primera vez, se había convertido en su respuesta por antonomasia, en su solución, en su mantra. No creía que fuera a solventar lo que quisiera que estuviese sucediendo, pero tenía la esperanza de que al menos la aplacara. Era su obligación recordárselo, puesto que era la única verdad inamovible que podía

ofrecer en momentos de confusión—. Sabes que puedes confiar en mí, ¿verdad?

—*Eres tú quien no puede confiar en mí*.

Y colgó.

Lo último que Karim escuchó fue un sollozo entrecortado.

Días después, Karim seguía sin tener noticias de Paula. No había encontrado la manera de averiguar si estaba bien, si estaba mal, si comía, si dormía, si había alguien haciéndole compañía. Solo podía aferrarse a sus sospechas para respirar tranquilo, pero ¿cómo hacerlo? ¿De qué le servían, si las mencionadas sospechas eran terribles?

Si Paula de verdad estaba tan conectada con él como él creía estar conectado con Paula, entonces estaría sufriendo los siete males en la misma proporción.

Karim no estaba bien. No comía, no dormía y evitaba que se le hiciera compañía porque cuando su ánimo no era irascible, seguía siendo intratable: se sumergía en una burbuja de dolor que lo anestesiaba como una droga de diseño y nadie podía penetrar en esa capa de neblina.

Habría sido más fácil obtener respuestas de un objeto inanimado que de él.

Por desgracia, todos los días debía atender sus obligaciones en el club con independencia del estado en el que se hubiese levantado.

Por primera vez en su vida, Karim odió a Marcelo por no estar ahí. Le hacía falta que alguien se hiciera cargo de sus responsabilidades mientras intentaba recuperar su centro, y tal y como Paula había recalcado no mucho tiempo atrás, su socio no estaba a la altura de sus necesidades. Le había pedido que regresara para la fiesta de marras, que, para más inri, había sido su idea, y Marcelo se había negado alegando que con que Karim estuviera allí no habría ningún problema.

Los últimos días, pues, había estado amaneciendo en una casa infestada de silencio y ausencias. Era una tortura para él utilizar el baño del que Paula disponía para hacer sus abluciones, cruzar los

pasillos en los que se habían robado besos los primeros días, sentarse en el despacho donde la había encontrado bailando una canción de Britney Spears; tenderse en el sofá donde había estado a punto de hacerle el amor o desayunar en la isla de la cocina, lugar en el que también había podido abrazarla y desahogar sus miedos.

El *penthouse* llevaba siendo su hogar alrededor de un año y, sin embargo, los casi dos meses de estancia de Paula lo habían convertido en un espacio intransitable y violento por el que no soportaba ni siquiera pasear la mirada.

Se había adueñado de su casa del mismo modo que se había adueñado de él.

Por eso, en un arrebato, se había terminado llevando unas cuantas mudas de ropa a French 75. Nuréyev había tenido la prudencia de no hacer ningún comentario al respecto de la mudanza de su jefe, que le constaba que llevaba al menos cuarenta y ocho horas durmiendo en el sillón declinable de su despacho.

No le había hecho el comentario a él, al que notaba lo bastante a la defensiva como para procurar evitarse un exabrupto..., pero sí que le había trasladado su preocupación a alguien.

Ese alguien se presentó en el club la mañana previa a la fiesta de fin de año. La visita encontró a Karim en un estado tan lamentable que, en un primer momento, se quedó inmóvil en su perplejidad bajo la entrada al salón.

¿El gran Califa ataviado con un pantalón de chándal y una camiseta raída? ¿El mismo Califa que no salía de casa si no era de punta en blanco, que se pirraba por los accesorios caros, que acumulaba una colección de zapatos que poco o nada tenía que envidiar a la de Carrie Bradshaw? ¿El que repudiaba los chándales si se usaban para algo distinto de hacer ejercicio en la intimidad del hogar, donde nadie pudiera verle en «situación de inferioridad», pues así era como describía el hecho físico de vestir sin clase alguna?

Karim estaba sentado en un taburete de la barra del fondo con una copa en una mano y el móvil en la otra. Se servía un par de dedos de alcohol para suavizar los nervios, pero no llegaba ni a probarlo por si a Paula le daba por enviarle un mensaje pidiéndole

que fuera a buscarla. Tendría que estar en plena posesión de sus facultades mentales para saltar de inmediato al coche y conducir hasta Seattle si fuera necesario.

Porque a pesar de que estaba al borde de una crisis nerviosa y sentía que la odiaba por su abandono, no le cabía la menor duda de que conduciría hasta Seattle para traerla de vuelta.

Una palmada enérgica lo distrajo de la tarea a la que había consagrado los últimos días: vigilar la pantalla del móvil por si se encendía.

A Karim le costó enfocar la vista en la figura femenina que cruzó el salón con la soltura que le venía dada.

—Ya está bien con el episodio autocompasivo —declaró Kir Royale. Se plantó a un paso de él y le dio unos toquecitos lo bastante sólidos en el hombro para instarlo a reaccionar—. Vamos. Levántate, vístete y actúa como un hombre. Tienes aterrado hasta a tu guardia de seguridad, y si no me engaña la memoria, dicho guardia de seguridad estuvo en la mafia rusa.

—Y debería devolverlo con la Bratva por haberte llamado como si fueras mi madre.

—No tengo la menor intención de convertirme en nada parecido, así que haznos un favor a los dos espabilando antes de que nos veamos en una tesitura freudiana, ¿quieres?

Karim no encontró las fuerzas para reprenderla por hablarle en un tono inaceptable.

Se limitó a apartar la vista de ella y volver a centrarla en el móvil.

—Haz el favor de marcharte —dijo sin rabia, tan solo cansado.

Ni siquiera Kir Royale era ajena a los sentimientos de los demás, sobre todo si esos «demás» solían ser, antes de su desgracia, hombres a los que no podían reducir ni la vergüenza ni la violencia. No fue de extrañar que perseverara en lo que fuera que hubiese ido a hacer allí permaneciendo en el sitio con la mirada fija en él.

—Te ha dejado, ¿no? —inquirió, y procuró hacer el esfuerzo de sonar comprensiva o, al menos, de poner a un lado su propio rencor —. Me lo vi venir la última noche que estuvo aquí.

Tal y como había planeado, captó la atención de Karim, que enseguida le lanzó una mirada recelosa de arriba abajo.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo es que tú lo viste venir y yo no?

—Supongo que se debe a que la vi llorando en la acera cuando salí a fumarme un cigarro, y a que me quitó de en medio de muy mal humor antes de esfumarse. Ah —añadió una vez se había sentado en el taburete libre a su lado— y a que me dijo algo parecido a «para ti entero» cuando le di mi sincera enhorabuena por haberte puesto los grilletes.

El gesto de Karim se ensombreció.

—¿Y no se te ocurrió venir a decírmelo?

Hallándose un estado tan débil, el arranque de ira de Karim apenas había sido un chisporroteo que se extinguió de inmediato. En lugar de sentirse intimidada o darse por aludida, Kir Royale le devolvió el guante con una sonrisa de advertencia.

—No te equivoques conmigo, Califa. Estoy aquí porque se me ha informado de que tu situación es límite y sería una auténtica arpía si no te hubiera tomado cariño en todo un año de relación. Pero no es mi deber hacerme cargo de tus sentimientos, y ni mucho menos de los de tu amorcito. Que haya problemas en el paraíso no es de mi incumbencia, ¿o ahora resulta que, además de ser humillada en mi propia cama, tengo que hacerlas de celestina?

Incluso a pesar de estar totalmente distanciado de las emociones y problemas externos, Karim sintió un pellizco de culpa.

Legitimó su rapapolvos con un silencio que pretendió ser una disculpa.

—¿No vas a decirme qué te dijo? —inquirió al cabo de un rato con una actitud abnegada, la que le correspondía tener con una mujer a la que había herido en su orgullo y a la que parecía que necesitaba para salir del bucle autodestructivo.

—No me dijo mucho más, Califa. Pero sí te puedo decir yo, si es que vale de algo, que la chica no estaba nada bien. Y no creo que se debiera al desarrollo de vuestra primera sesión pública.

—¿Y a qué crees que se debe?

—No lo sé. No la conozco —dijo en tono admonitorio.

Karim captó al vuelo lo que pretendía transmitirle en realidad: «Sigue sin ser mi asunto. No me interrogues a este respecto. No es justo para mí».

Apretó la mandíbula, fastidiado porque fuera verdad.

No era su asunto, no.

No era justo para ella, tampoco.

Se sintió desorientado al comprender que no solo Paula y toda la magia que venía con ella parecía haberse esfumado; asimismo, la relación con Kir Royale había tocado a su fin. Ya lo presintió cuando se acostó con ella en el despacho antes de las fiestas navideñas. La despidió con la sensación de que sería la última vez que echarían un polvo o se tratarían como amo y sumisa, pero no había tenido la flagrante certeza hasta esa mañana.

Se giró a mirarla y la descubrió protegiendo sus sentimientos y su dignidad con una pose pretendidamente indiferente. Se estaba examinando la manicura recién hecha como si no tuviera nada mejor que hacer, como si estuviera en una primera cita con un tipo soporífero, pero Karim la conocía demasiado bien para tragarse el teatrillo.

—Estoy enamorado de ella —se justificó él con voz queda. Kir Royale lo miró primero de soslayo y con una ceja arqueada; luego, viendo que pretendía abrirse, se irguió manteniendo la expresión recelosa—. Ni tú ni yo podemos hacer nada al respecto, cariño.

Kir Royale le sostuvo la mirada por el placer de saberse receptora de su entera atención. Esperó por si añadía algo más, pero Karim no sentía que hiciera falta proporcionar porqués.

Ella terminó arrojando un suspiro al aire y llevándose la mano al bolsillo trasero del tejano negro.

—Creo que esta conversación requiere un cigarrillo.

—No puedes fumar aquí dentro.

—Me la suda.

Karim soltó una carcajada que le recordó por qué aquella mujer le había gustado y le seguía gustando tanto. Era como Paula en el sentido de que nunca había pedido perdón por ser quien era. La diferencia entre las dos, si es que estaba obligado a explicar por qué amaba a una y a la otra no, era que Paula no sentía que tuviera que demostrar nada porque no dependía de la opinión ajena para sobrevivir. Kir Royale sí necesitaba esos aplausos. Sí necesitaba esos halagos. Esto no le hacía ni despreciarla ni juzgarla. De hecho, había

encontrado divertido y hasta adorable que persiguiera la aprobación de los hombres a los que respetaba, pues ¿acaso no lo hacía todo aquel con sangre en las venas? ¿Exigir una correspondencia en los afectos, por mínima que fuera?

Kir Royale ya había dado la primera calada al cigarrillo cuando inquirió:

—¿Cómo se siente?

—¿El qué?

—Eso de estar enamorado. —Ladeó la cabeza para buscar un lugar donde depositar la pavesa. Acabó haciéndolo sobre la misma barra, de un material resistente a las quemaduras que no se resentiría con la ceniza—. Creo que nunca lo he estado.

—Si crees que no lo has estado, es que no lo has estado. Eso te cambia la vida.

—¿Alguna pista para reconocerlo si me sucede?

—Claro. Esta es la clásica: te importará todo una mierda menos él o ella.

—Gracias, por la parte que me toca —ironizó—. ¿Y algún consejo para sobrellevarlo con cierta dignidad?

—Ríndete. —Se encogió de hombros—. Aunque luego acabes jodida como yo.

Kir Royale asintió despacio con el cigarrillo en los labios.

Lo retiró despacio y exhaló antes de mirarlo de soslayo.

—¿Y tienes, también, algún consuelo para que asimile más rápido que estás rompiendo conmigo?

Karim le hizo una graciosa caída de ojos.

—Si no te has enamorado de mí en todo un año, no ibas a hacerlo luego, créeme. O, al menos, la posibilidad era bastante reducida. A mí me parece un buen consuelo, no sé a ti.

—Supongo —respondió a desgana, contemplando cómo el borde del pitillo se consumía.

Pese a la despedida que se palpaba en el ambiente, a Karim le sorprendió alegrarse de que hubiera ido a visitarlo. No se había percatado de cuánto necesitaba un apoyo hasta ese preciso instante.

No era del todo inesperado que hubiera sido ella y no otra persona quien hubiese acudido a su lado, si se paraba a pensarlo.

Karim nunca le había dado la oportunidad de conocerlo. No realmente. Alguna que otra vez había insinuado que su infancia no había sido perfecta, y, alguna que otra vez, ella había dejado caer que su núcleo familiar tampoco era cojonudo. Alguna que otra vez habían aparentado ser pareja ante otros presentándose en restaurantes, saliendo a tomar una copa o paseando, abstraídos, por la ciudad, siempre con cuidado de no mencionar asuntos personales que pudieran complicar su relación superficial.

Pero nada de eso significaba que Kir Royale no se hubiera interesado en él, ni que él no se hubiese interesado en ella. Prueba de esto era su presencia allí, en un momento crítico para el amo.

Cuando Paula no era una posibilidad real, sino un sueño remoto e inalcanzable, Karim había sopesado seriamente revelarle su nombre y su historia a la sumisa. Al final, habían demostrado entenderse incluso sin enseñarse lo que eran. Incluso con cientos de obstáculos en el camino.

No podía decir que no le apenara decirle adiós. Si por Karim fuera, y si Paula no hubiese determinado que aquella mujer en concreto no era santa de su devoción, la habría mantenido cerca de él, pero no era justo para una mujer con el orgullo de Kir Royale. Aun siendo partidaria de las relaciones abiertas, no le gustaba que la degradaran de primer a segundo puesto.

Karim lo comprendía.

Siempre la había comprendido.

Kir Royale apagó el cigarrillo en la barra y se levantó del taburete. Se tomó la libertad de exhortarle:

—Sigue llamándola, ¿quieres? Sigue intentándolo. No sé si es lo que se hace en estos casos. Yo solo lo digo porque me hará sentir mejor que me mandes a la mierda para estar con la mujer a la que quieres. Si me has despreciado para nada... —aspiró entre dientes—. Me lo tomaré regular, no te lo voy a negar.

—¿Qué vas a hacer a partir de ahora? —inquirió, más con curiosidad que con compasión. Era imposible compadecerse de una mujer como esa, que no perdía la elegancia ni cuando rompían con ella—. ¿Vendrás por el club?

Compuso una expresión que venía a significar «¿Estás loco?», pero su respuesta fue diplomática.

—Procuraré abstenerme por un tiempo.

—De acuerdo.

Kir Royale golpeó la barra con los nudillos un par de veces con gesto abstraído y se encaminó a la salida sin besos o abrazos que valieran.

Nunca había sido una mujer cariñosa.

—Si cambias de opinión —dijo cuando ya estaba a punto de salir por la puerta. Ni siquiera se giró, pero sonó guasona—, ni se te ocurra llamarme.

Karim soltó una carcajada y asintió, escarmentado, aunque ella no pudiera verlo.

En cuanto desapareció de su campo de visión, desvió la mirada al recuerdo que había dejado sobre la barra. Estuvo tentado de soplar la pavesa quemada para confirmar que no había marcado la superficie, pero al final solo apoyó la barbilla en la mano.

Era verdad, pensó. Donde algo había ardido, cenizas quedaban siempre.

Capítulo 32

¿Dónde estás, Paula?

¿Por qué sigues sin contestar?

Me tienes preocupado.

Sé que lees los mensajes, Paula.
No me hagas sentir un acosador.
Tengo derecho a saber a dónde te has ido y por qué.

¿He hecho algo mal? Dímelo y así podemos arreglarlo.

Aquel último mensaje estremeció a Paula. Estuvo cerca de hacerla llorar de culpa, de pena, de cariño. Había aprendido a echar terriblemente de menos a Karim en apenas cuatro días de ausencia y premeditada distancia.

Encerrada en el motel en tanto que llegaba el gran día, había estado leyendo cada wasap desesperado que le había enviado en el preciso momento en el que había aterrizado en su bandeja. Era lo único que quería hacer: estar al tanto de lo que Karim sentía y pensaba, aunque no pudiera actuar al respecto.

Fue el miedo de que pensara que tenía la culpa de su huida lo que la instó a responder por primera vez.

No tiene nada que ver contigo.
Hay algo que necesito hacer.

La respuesta de Karim no se hizo de rogar.

Después de cinco días de silencio, lo imaginaba aferrado al teléfono como si le fuera la vida en ello.

No dejas de repetir eso y no lo entiendo. ¿Por qué no me ayudas a comprenderte? ¿Por qué cojones te fuiste sin avisar? Vamos, estas cosas no son propias de ti. Me estás asustando y sé que mi intuición no me engaña. Aunque el problema no sea conmigo, hay un problema.
¿Qué pasa, Paula?

Se quedó mirando su contestación. Le dolían los ojos de pasar tanto tiempo con la vista fija en la pantalla. Se los frotó con los

nudillos. Se presionó los párpados. Al final, depositó el teléfono en el borde del lavabo y dejó caer los brazos.

Estaba sentada sobre la taza del inodoro con la misma camiseta que se había puesto nada más llegar al motel. No se había duchado desde entonces. Todavía tenía el olor de Karim pegado a la piel y no quería renunciar a él.

Ni siquiera había encontrado las fuerzas para recogerse el pelo grasiento en una coleta. Los mechones que le enmarcaban la cara se le habían pegado a las mejillas.

Era una crueldad marcharse sin decir nada después de haber compartido todas las intimidades imaginables, pero más cruel le habría parecido seguir conviviendo con él como si nada para asestarle una puñalada fatal unas pocas horas después del último beso.

Paula había esperado que una semana después de desaparecer, el orgullo se hubiera impuesto a la incomprensión y al dolor y Karim hubiese empezado a despreciarla. De esta manera, la ejecución de su venganza le sería algo más llevadera a los dos.

Pero había subestimado la incondicionalidad de su cariño.

Le habría gustado contárselo todo. No solo porque se tratara de Karim, una persona con una disposición natural a entenderla y justificar sus acciones, sino porque el secretismo la estaba matando. Pero sería la forma más absurda de sabotearse. Él lo impediría a toda costa, y Paula no podía consentirlo.

Aún le debía un último favor a Nicole.

Marcelo no sabía nada de su precipitada marcha del mismo modo que no sabría por qué Karim estaba tan afectado. A pesar de haber insistido en celebrar la fiesta de fin de año de acuerdo a sus intereses y preferencias creativas, no había regresado de Santiago para la ocasión. Eso significaba que Karim estaba solo frente a la dolorosa incertidumbre. Nadie se estaba haciendo cargo de él mientras sufría por la estampida de Paula.

Había comprado todo lo necesario para homenajear la temática de la velada, que giraba en torno a los monstruos de mitología a los que aludían los padres para meter en cintura a los niños malos. No había querido complicarse y había adquirido por internet un *body* de

cuerpo entero que imitaba las escamas de una serpiente y unas lentillas reptilianas.

Era la idea que le había sugerido Rob Roy después de que lo llamara para cerciorarse de que acudirían juntos al evento.

—¿Estás bien? —le había preguntado nada más oírla hablar. Tendría que haber sido estúpido para no darse cuenta de que Paula tenía la voz cascada de llevar días haciendo voto de silencio, además de que sus respuestas habían perdido su espontaneidad—. No tienes que acompañarme si no te apetece. Puedo conseguirme otra amiga. Pero avísamelo con una mínima antelación, ¿de acuerdo? Llamar a una chica por teléfono a pocas horas de una fiesta de Año Nuevo es una grosería. No hay forma de disimular que te han dejado tirado y que ella es la segunda opción.

—No voy a faltar.

Aunque estaría mintiendo si dijera que no se lo planteó.

No había dejado de invadirla a ráfagas aquel ánimo culpable que hizo tambalear sus principios la última noche en French 75. Por momentos, sufría una suerte de revelación que la hacía empalidecer y la enfermaba de taquicardia. Estaba convencida de que Karim la odiaría en cuanto descubriera lo que había hecho y ella no podría soportarlo. No podría defenderse de ninguna acusación. No podría llevar a cabo ningún tipo de reparación para salvar ni su amistad ni la cortesía de la última década, y ni mucho menos el romance cuya construcción había fomentado ella misma por motivos egoístas.

Karim pensaría que se había acercado a él para aprovecharse, y no se estaría equivocando.

Muy al principio había sido así.

Luego Karim la había besado y todo se había vuelto terriblemente complicado.

A pesar de sus dudas, Paula no pospuso la hora de la verdad. De acuerdo al plan inicial, empezó a asearse a las once de la noche para estar lista en el taxi a las doce y media y presente en el club a la una, cuando la fiesta de entrada al Año Nuevo daría comienzo.

Se maquilló los ojos y los labios para llamar la atención, se calzó los únicos tacones que había llevado consigo y, como toque final, se colocó las lentillas. Se miró en el espejo antes de salir por la puerta

con la garganta atorada, los tobillos flojos, un intenso pitido perforándole los oídos. Había un ángel o un demonio enviándole un mensaje de alarma en un idioma que no conocía, pero cuyo contenido sabía interpretar: «Esto no está bien».

Tampoco estaría bien dar marcha atrás.

Rob Roy la esperaba con un disfraz también discreto, sobre todo en comparación con los invitados que Paula observó ya en su primer vistazo a la concurrencia. Había un Abominable Hombre de las Nieves, una Parca, una Llorona, unos cuantos hombres lobo. Muchos de los clientes se habían llevado el tema al terreno de Halloween, pero el resultado no era ni menos escalofriante ni menos creativo. Ningún vampiro a la vista lucía los típicos colmillos de plástico o la capa con el cuello elevado. El dinero se notaba sobre todo en la creatividad y calidad de la vestimenta.

Su acompañante se disculpó con ella para ir a desearle un feliz Año Nuevo a sus conocidos. Esto permitió a Paula concentrarse en lo que había ido a hacer, que, debía recordarse, no era buscar a Karim entre el gentío.

Carver le había asegurado que acudiría a la fiesta de Año Nuevo y le había prometido, también, que iría a por ella si volvían a coincidir. Esperaba que así fuera, porque no estaba en condiciones de ser quien fuese en su busca. Era complicado, por no decir imposible, distinguir unos rasgos más o menos familiares bajo las luces parpadeantes, los reflejos de neón, las capas de maquillaje y las prótesis. Era complicado orientarse cuando tanta gente, más de la que hubiera visto antes en el club, se apelotonaba alrededor del escenario, de la barra, de los palcos. Y era complicado, sobre todo, porque Paula apenas había comido en cinco días, tenía el frío de los nervios haciéndola tiritar y las lentillas le molestaban en los ojos.

Nada de esto tuvo la menor importancia cuando localizó a Carver acodado en la barra. Se había disfrazado de un médico de la época de la peste negra, pero para sobrevivir al calor concentrado en el salón, se había colgado la inquietante máscara del cuello, como si de un estrambótico collar se tratara. El resto del atuendo era la mar de sencillo: un *body* negro que realzaba su estrecha cintura y un capote a juego sobre los hombros.

Paula comprendió enseguida que le había sido sencillo localizarlo porque él la había localizado mucho antes. Nada distinto de la certeza de que estaba siendo observada por un sujeto peligroso la había instado a levantar la mirada.

Tomó aire hasta el tope de sus pulmones. Un poco más y la habría sorprendido una arcada, nada menos que lo que le inspiraba el hombre hacia el que se encaminó con decisión. No se molestó en sonreír o componer una expresión coqueta. Apostaba por que un hombre tan pagado de sí mismo interpretaría lo ominoso de su semblante como un adorno necesario para dar verosimilitud al disfraz, nunca como lo que era: un síntoma más del asco que le despertaba.

Paula se iba abriendo camino entre *goblins* y *banshees* cuando una figura inmensa con el torso descubierto le cerró el paso. Aun bajo las engañosas luces, el mareo y la terrible desorientación, reconoció la piel morena y satinada del hombre que tenía delante. Los pantalones de cuero negros se le ajustaban a la cintura gracias a un cinturón grueso, y de no haber sido por los discretos cuernos de la cabeza y el ala que le brotaba de la espalda, no habría sabido que era el temible Jersey Devil que se llevaba a los niños que se perdían en el bosque.

Sintió una abrumadora mezcla de horror y alivio al verlo. El amor que sentía y el dolor de saberlo furioso y decepcionado se dieron la mano allí, entre una masa de gente que pronto se entregaría a una bacanal.

Karim la miraba desde arriba con los ojos ardiendo en el rostro, debatiéndose, vacilante, entre expresar su indignación y tomarla entre los brazos.

Por instinto, Paula dio un paso hacia atrás, abrazándose los hombros. También por instinto, uno mucho más benevolente y humano que el suyo, Karim avanzó y la estrechó contra su cuerpo sin decir nada.

¿Tanto la había echado de menos, o solo se estaba apiadando de la angustia que ella debía llevar estampada en la cara?

Los ojos se le llenaron de lágrimas que tuvo que luchar para reprimir.

No podía permitir que la tocara, pensó, alarmada. No podía permitir que la acunara, le hiciera sentir aunque fuera el recuerdo de lo que era la intimidad con él. De lo contrario, el sexo con Carver le resultaría incluso más asqueroso. Podría hasta echarse atrás, espoleada por nada más que la repugnancia hacia el contacto con cualquiera que no fuera Karim; por la lealtad que había desarrollado hacia Karim.

—¿Dónde has estado? —le preguntó él con los labios pegados a la oreja.

Ella se revolvió para transmitirle que sus caricias no eran bienvenidas. Karim retrocedió, entre desconcertado y herido, pero no le soltó la mano que había entrelazado con la suya.

—Necesito que me dejes —clamó ella con forzada seguridad.

—¿Por qué?

—Porque sí. Porque tengo algo que hacer.

—No paras de repetir eso. ¿Qué es? —exigió saber—. Paula... ¿Por qué me estás haciendo esto? Sé que no es asunto mío. Sé que no está relacionado con nosotros. ¿Qué ha pasado?

Paula sacudió la cabeza, dando a entender que no era ni el lugar ni el momento de hacer ese tipo de preguntas, y ni mucho menos de esperar respuestas lógicas. Se deshizo de su agarre a pesar de que la había conmovido hasta formarle un nudo en la garganta. Repitió, moviendo los labios para hacer hincapié, que necesitaba que la dejara, y lo esquivó por el costado para enfilar directa hacia Carver.

Este no le había quitado la vista de encima.

La recibió con la ceja arqueada con sorna, muerto de curiosidad por el intercambio breve pero apasionado que había observado entre Karim y ella.

Paula se plantó ante él haciendo un soberano esfuerzo por no salir corriendo a refugiarse entre los brazos del amo. Carver dejó la copa sobre la barra con parsimonia, la de un tipo que estaba al tanto de su importancia, y la miró con una pequeña sonrisa.

—Me podía imaginar que tu atención me sería disputada. Hay algo en ti que enciende la curiosidad de los hombres... —meditó. Alargó una mano hacia su rostro y le acarició el borde—. Debe de ser la certeza de que por más que te sometas, nunca te vas a

entregar del todo. ¿Cómo es que me has elegido a mí pese a tener al Califa detrás de ti?

Paula forzó una sonrisa seductora y le rodeó la nuca con la mano para traerlo hacia sí.

—Eras tú a quien estaba esperando.

Carver se mostró encantado con la carantoña.

No quiso perder el tiempo bailando o invitándola a una copa. El cortejo no era su estilo, y eso Paula bien lo sabía. Por eso había tenido que infiltrarse en French 75 y esperarlo allí, entre las sombras, para engatusarlo: porque no habría valido con acercársele en un bar, donde pudiera reconocerlo el resto de la clientela y echarle un par de fotos para acto seguido divulgar rumores inofensivos en la red.

Le pasó el brazo por la cintura y la guio hacia los pasillos que conducían a las habitaciones privadas. Paula esquivó los besos que intentó darle fingiendo una actitud coqueta y le pidió que se los reservara para la intimidad, no tanto porque le revolvieran el estómago como porque estaba convencida de que Karim los seguía con la mirada.

Ella había presenciado encuentros sexuales entre el gran Califa y sus mujeres; los había dirigido, incluso, pero, para él, tener que compartirla con otros, verla con otros, no significaba lo mismo que para ella. Para Paula el sexo no significaba nada, mientras que para Karim era la piedra fundacional.

Por eso había tenido que alejarse, intentar romper el vínculo, antes de reunirse con Carver.

Pensaba, a lo mejor con ingenuidad, que la indignación por su abandono le suavizaría el golpe.

Le habría gustado poder apagar sus sentimientos como en aquella serie de vampiros que Nicole había estado siguiendo con furor, más por el atractivo de los protagonistas que por la trama en sí. Quería dejar en pausa su humanidad y así olvidar que había un hombre sufriendo a pocos pasos de ella, y que ella sufriría eso y muchísimo más porque así lo había decidido.

Pero parte de su castigo, por si no hubiera tenido suficiente, consistía en tener que vivirlo en primera persona. Estar

dolorosamente presente mientras se sometía a una violenta humillación que salpicaría a los demás.

No podía evitar sentir que, sin saberlo, había pasado la vida entera preparándose para ese momento. El destino de Nicole y el suyo habían estado escritos desde su nacimiento y por eso Paula llevaba toda la adolescencia y adultez promocionando su atractivo, utilizándolo en contra de los hombres, valiéndose de él para salirse con la suya. Esa noche le ponía fin a su andadura con el broche de oro. Esa noche llevaría su talento para la provocación hasta sus últimas consecuencias. A partir del día siguiente, ya nunca más sería la Paula sensual y juguetona. Sería solo Paula, o a lo mejor ni siquiera sería eso; sería un caparazón vacío, porque con James Carver agotaría todos sus recursos. Llevaría sus dotes interpretativas y las posibilidades de su cuerpo a un nivel hasta entonces inexplorado.

Después no quedaría nada más de ella que los despojos.

El precio de la venganza era inmolarse.

Gustosamente lo pagaría, porque al menos se llevaría a ese hijo de puta por delante.

Una vez abandonaron el salón para internarse en el pasillo, el agarre de Carver se hizo más seguro, casi asfixiante. Un pensamiento terrible que ya había circulado por su mente, si bien no había echado raíces, le heló la sangre: esa mano había estado sobre Nicole. Había estado sobre Nicole y, ahora, estaba sobre ella.

El día que coincidió por fin con él estaba tan exultante por la inminente conclusión de sus planes, tan borracha de nervios, angustia y alcohol, que no había sido consciente de nada salvo de que la venganza estaba cerca. Justo habría sido decir que había tenido más presente el reciente rechazo de Karim y las caricias que le prodigó a Kir Royale en el palco que la individualidad y los crímenes de Carver. Pero ahora que estaba desgraciadamente anclada al momento actual, no sintió su agarre como un simple abrazo, sino como una advertencia.

¿Cómo se habría sentido Nicole cuando aquel mismo hombre la abordó por sorpresa en la sala de las fotocopias? ¿La sostuvo con esa misma firmeza? ¿Qué hizo después?

¿Fue parecido a lo que le haría ella ese día uno de enero?

El pasillo hacia las habitaciones era largo y estaba preñado de secretos. Al otro lado de la pared, la gente se divertía, ajena a sus propósitos. Sonaba una música festiva que chocaba con el ánimo ominoso de Paula igual que el puño contra la palma. Era el mismo corredor que recorrió la primera noche, la segunda, la tercera. Aquel por el que Karim la arrastró tras encontrarla en la pista de baile para escoltarla a la salida.

Recordaba ese día con un cariño especial. Entonces estaba esperanzada de un modo retorcido, enferma de ansias malvadas; tenía un objetivo, y una mujer surtida de un objetivo no necesitaba más para seguir adelante.

O eso había pensado.

Se acordó de cómo se había portado Karim con ella a pesar de haberlo desafiado en su propio terreno. Esa primera noche, le cubrió los hombros con la chaqueta, paró en un restaurante de comida chilena para que no se fuera a la cama con hambre; la llevó en coche como si fuera lo más natural del mundo, porque para él ese era el primer impulso, velar por ella, cuidarla. Le pidió que no se enfadara. Al día siguiente, la interrogó en relación a la universidad porque quería verla triunfar. Deseaba de corazón su prosperidad, aunque fuera a costa de perderla de vista.

Perderla de vista, Dios mío, siendo ella el único deseo de su alma.

A eso estaba dispuesto a exponerse con tal de que tuviera la vida que merecía.

La había querido sin proyectar en ella deseos inasequibles o expectativas imposibles. La había querido sin demandar nada más que su sinceridad, ni su cuerpo, ni su compañía. ¿O acaso le había exigido que se acostara con él? ¿Le había exigido que lo amara?

No. Nada.

La quería como Paula no sabía que necesitaba que la quisieran.

Como nadie la había querido.

E iba a traicionarlo por una persona que la había querido como si la odiase. Por una mujer que había jugado con ella a su antojo, que la había manipulado para que se plegara a sus caprichos, que la

había obligado a ver cosas que no quería... cosas que sabía que le dolerían.

La había obligado a encontrarla muerta, por Cristo.

«No», se dijo Paula, que todavía sentía bien apretado contra ella el cuerpo de Carver.

No. Ya bastaba. No iba a traicionar a Karim por nada. Lo iba a traicionar por una persona que la había defendido de su propio padre y de su hermano, tanto de los comentarios hirientes como de las manos alzadas. Lo iba a traicionar por una persona que no se había perdido una sola de sus presentaciones universitarias, que había comprado la primera los números de la revista en los que aparecían sus ensayos, que había robado cervezas en el supermercado y pedido empanadas de su sabor preferido para celebrar sus matrículas de honor. Lo iba a traicionar por una persona que jamás había envidiado ni su éxito académico ni su aún más aplastante éxito con los hombres, a pesar de haberlo deseado siempre para ella. Lo iba a traicionar por una persona que estuvo ahí, la primera, cuando murió su abuela; la que la llevó a caballito por media ciudad cuando se dobló el tobillo para que la atendiera un médico.

Nicole era protagonista y egocéntrica. Nicole era inestable y a menudo incomprensible.

Nicole había sido su mejor amiga.

«Por eso Nicole no te habría perdonado que dejaras Stanford», le susurró una vocecita que se había mantenido obstinadamente callada hasta entonces. «Y no te habría perdonado que hubieses saboteado tu oportunidad de ser feliz con alguien que te quiere como nunca la quisieron a ella».

Paula redujo el paso.

—¿Qué pasa? —inquirió Carver.

Nicole no le habría perdonado que sacrificara su identidad anónima y su futuro laboral, social e incluso romántico divulgando un vídeo porno. Nicole no le habría perdonado que provocase, de forma directa o indirecta, la mala fama o incluso el cierre por demanda del club de su hermano. Pese a las múltiples idas y venidas de aquellos dos locos, pese a los gritos, pese a los llantos, pese a los

hombres con los que se acostó por despecho entre rupturas, pese a todo, a Nicole se le iba la vida amando a Marcelo León. Y más incluso que estar con él para siempre, lo que sobre todo habría querido —porque era lo que la había preocupado día y noche— era que encontrara su lugar, se ganara la vida de manera honrada y fuera feliz.

Por eso se suicidó. Porque la alternativa a desaparecer era decir la verdad, y si Nicole hubiera contado la verdad, Marcelo se habría inmolado peor de lo que se iba a inmolar Paula.

«¿Te vas a inmolar?», le preguntó la vocecita. «¿De verdad?»

El rostro de Nicole daba vueltas a su alrededor. El rostro de Karim. El rostro de Marcelo.

«¿Cómo que no quieres a tu hermano? Claro que lo quieres, estúpida. Los quieres a todos».

Aquella revelación le cayó como un jarro de agua fría. No, fría no. *Fresca*. Agua fresca al rostro inflamado de ira y enajenación. Agua que lo devolvía todo a su cauce.

Paula llevaba casi un año cargando con un secreto insoportable *precisamente* porque quería a Marcelo. Sabía lo que sucedería si decía la verdad: que se arruinaría la vida como se la iba a arruinar a ella.

¿Iba a hacerlo?

—Vamos —insistió Carver.

Pero Paula no se movió. Lo miró a los ojos, los suyos inundados de lágrimas de espanto por lo que había estado a punto de hacer.

Aquella era la cara de un hombre que había abusado de su poder para abusar del cuerpo de una mujer. Aquella era la cara de un hombre que había cometido un delito con los aditivos de nocturnidad y ensañamiento; con premeditación, también, porque llevaba semanas siguiendo a Nicole con la mirada como un lobo a su presa.

Aquella era la cara del ser humano que Paula más odiaba y odiaría nunca en el mundo.

¿Cómo podía haber pensado que conseguiría acostarse con él, incluso si era para destruirlo?

—No.

—¿Cómo que no?

—No quiero. He cambiado de opinión.

Paula se desembarazó de su brazo, temblando de la cabeza a los pies, y giró en redondo para volver al salón. Volver a Karim, porque, por desgracia, no había una vida sólida y segura a la que volver; solo él le era familiar y conocido.

Carver la agarró de la muñeca.

—De eso nada, muñeca. Me calentaste el otro día y me calientas hoy, ¿y ahora me dices como si tal cosa que has cambiado de opinión? Estás muy equivocada. —Tiró de ella con fuerza y la atrapó entre dos brazos que parecían grilletes. Le besó la sien con dulzura envenenada y aclaró—: A mí nadie me dice que no.

Paula quiso replicarle que había una primera vez para todo, pero la indignación le había formado un nudo en la garganta. Se revolvió con ímpetu para librarse de él, pero Carver era un hombre alto, fornido y tenía de su parte la convicción de que se saldría con la suya.

La embargó el deseo de vomitar, de gritar, y, sin embargo, no pudo separar los labios ni para pedir ayuda. Trató de zafarse de él empujándolo por el pecho, pero lo único que consiguió fue que Carver la estampara contra la pared, le diera la vuelta y le tirase del pelo.

—¿Quieres que empecemos la sesión aquí fuera? Me parece muy bien.

Ella boqueó en busca de aire y palabras.

¿Dónde demonios estaba su fuerza? ¿Y su determinación? ¿Y su seguridad?

¿Por qué de pronto no era nada?

Paula se sorprendió a merced de la voluntad de un hombre teniendo el rostro de otro grabado en la cabeza. Pensó, horrorizada, en Karim, y se preguntó cuánto más no habría pensado en él si hubiera llegado a la habitación por voluntad propia.

Utilizó las caderas para embestir a Carver y así apartarlo. Para su alivio, lo logró. Pero sus piernas débiles no fueron lo bastante rápidas para encaminarse al salón, y él la atrapó de nuevo agarrándola de la melena con violencia.

—Creo haberte dicho que no ibas a ninguna parte, zorra.

Ella se giró entre sus brazos con la palma alzada. No llevó la bofetada a término. Alertado por la amenaza, Carver la cogió de la muñeca y con la mano libre la golpeó en la cara con tanta fuerza que se quedó sin respiración. La tuvo que sujetar enseguida para que no se desmontara ante sus ojos, como si estuviera hecha de algodón.

Paula no pudo oponerse a que la tomara de la cintura y le plantara las palmas en la pared, en la postura ideal para lo que se proponía: que recibiera el insinuante roce de sus caderas. Sintió unos dedos clavándose en su baja espalda y luego notó el aire del pasillo acariciarle la piel desnuda. Había abierto un agujero en la parte baja del *body*, y se disponía a agrandarlo para obtener acceso a sus nalgas y entrepierna.

Oyó el tintineo de la hebilla del cinturón.

Oyó la risa suave y divertida de Carver.

Luego no oyó nada más que el pitido de sus oídos y, en la lejanía, unos pasos apresurados y una exclamación en un idioma desconocido.

En cuanto Carver dejó de sostenerla, las rodillas de Paula cedieron al miedo y la impresión y se derrumbó como un castillo de naipes. No vio nada de lo que sucedía, pero le pareció escuchar la voz del guardia eslavo con el que tantas veces antes había coincidido.

«Nuréyev», se dijo con tal de aferrarse a algo conocido. «Se llama Nuréyev».

Le pareció escuchar, también, la justificación de Carver.

Le pareció que se dirigían a ella.

—Yo no quería —se oyó decir con voz llorosa, la voz de una Paula de ocho o diez años—. No quería.

—Conoces el protocolo, ¿verdad, Igor? Llévate a este tipo a la calle —pidió un guardia de seguridad al otro. Entonces no estaba viendo doble a Nuréyev. Dos gorilas distintos habían acudido en su rescate—. Yo me quedo con ella mientras llamo a la policía.

Paula sollozaba sin control con el rostro todavía orientado hacia la pared, las manos ahí apoyadas con el convencimiento de que de eso

dependía que salvara el pellejo. Estaba derramada como un charco de agua en una postura totalmente desvalida.

Sintió que el eslavo se agachaba ante ella y le pedía permiso para tocarla.

Paula le dijo que no y trató de enfocar la vista en él.

—¿Puedes... puedes llamar a Karim? —tartamudeó ella. Se llevó un puño cerrado al pecho, ahí donde seguía creciendo la bola de agonía. No sabía de dónde brotaban las palabras, pero al menos no la habían abandonado. Estaban de su parte—. ¿Puedes decirle... que vuelva conmigo?

Capítulo 33

—Señor, ha habido un código doce en el pasillo de las habitaciones.

Karim levantó la cabeza de donde la había tenido enterrada hasta el momento, en dos manos inútiles que no habían sabido retener lo que querían. Fijó una mirada inexorable en Nuréyev, su fiel guardia de seguridad. Además de ser un hombre responsable que no faltaba a su puesto ni siquiera ardiendo de fiebre, era una persona de una bondad que asombraba, sobre todo considerando su temible aspecto físico.

Se obligó a sacudirse la desdicha y los celos que lo habían encerrado en su despacho un día más. Armado con la actitud fría que requería un código doce, tuvo la decencia de ponerse una camiseta de algodón y salir en pos de su trabajador.

—¿Has llamado a la policía?

—Sí. Está en camino.

—¿Dónde está la víctima?

—La he llevado a la única habitación con vistas a la calle. He pensado que no le gustaría quedarse a solas en uno de los zulos de... —Nuréyev hizo una pausa para tragar saliva. Se había ruborizado—. No pretendía criticar los dormitorios, señor, pero he imaginado que después de lo sucedido no querría estar cerca de una cama y apreciaría el paisaje exterior.

Karim le puso una mano amable en el hombro, perdonándole la torpeza.

—¿Cómo de grave?

—No lo sé. Estaba arrancándole la ropa y quitándose el cinturón cuando he llegado, pero tiene una señal de violencia en la cara y parecía... —carraspeó. Le lanzó una mirada de reojo sin dejar de caminar apresurado—. Ha preguntado por usted en específico.

—¿Por el Califa?

—Ha dicho su nombre real, señor. —Volvió a carraspear—. El secreto está a salvo conmigo, no se preocupe.

Su mente había dejado de responder después de oír la palabra «nombre».

Si ya había puesto rumbo a la habitación con paso ligero, diciendo que lo apretó y hasta lo duplicó se habría quedado corto. Adelantó a Nuréyev sin dar ninguna indicación y prácticamente se abalanzó sobre la puerta cerrada para acto seguido quedarse helado bajo el umbral.

Paula había respingado en el sillón como si la hubieran apuntado con una pistola. Sabía que ella lo estaba mirando, pero por la orientación de la barbilla y no porque pudiera enfocar la vista. Le habían proporcionado un vaso de agua, una chocolatina y una manta con la que se había cubierto hasta el cuello.

Estaba sentada con las rodillas recogidas, ocultas bajo el tejido de falso terciopelo.

Habría sido difícil decir quién se emocionó primero. A pesar de que era ella la que había pasado por un código doce, una experiencia traumática con independencia del grado de gravedad, y a pesar de que él había estado rumiando la posibilidad de arrancarla de su vida, aunque fuera a tirones, en el rato que había pasado desde el cruce en el salón, a los dos se les cuajaron los ojos.

Karim se obligó a mantener la compostura cuadrando los hombros, como requería no solo el protocolo, sino su sentido de la responsabilidad.

Ella fue un mar de lágrimas para cuando se arrodilló a sus pies.

Paula no soltó la manta. Seguía teniéndola agarrada por los extremos con los puños crispados cuando lo abrazó cubriéndolo a él también con su calidez.

—Perdóname.

Su sollozo lo acongojó. Había hablado con la voz de la Paula niña, la Paula que Karim vio por primera vez al otro lado de la reja del patio: la Paula de la coleta que le despejaba la cara y la camiseta con cuello de bebé del uniforme. La Paula que, cuando le devolvió la mirada, fue para regalarle su respeto y su curiosidad.

Karim la estrechó entre sus brazos con una mezcla de confusión e inevitable ternura. Se preguntó por qué se disculpaba y sintió miedo a saber la respuesta. Hasta ese momento nunca había tenido que

enfrentarse a la cruda extensión de su amor por ella, que le advirtió justo entonces de que le perdonaría absolutamente cualquier cosa. Incluso que hubiera comenzado la sesión con Monkey Gland con mucho gusto antes de que se torciera. Incluso que ese hubiera sido su objetivo desde el principio: entrar en el club para acostarse con Monkey Gland.

Le perdonaría hasta que lo matara con sus propias manos.

Pero las manos de Paula no estaban en su cuello ni en el cuerpo de Monkey Gland.

Estaban abrazándolo.

—Pensaba que podría hacerlo —balbuceaba. La impresión de verla fuera de sí, cuando incluso en los peores momentos había mantenido una rígida frialdad, solo empeoró sus sospechas—. Pensaba que podría... llegar hasta el final, pero estaba cruzando el pasillo con él, estaba... estaba dejándome sujetar por él, solo sujetar, solo tocar, y tu cara... tu cara... me perseguía. Lo siento. No te merezco.

Karim le pidió que se tranquilizara chistándole suavemente, arrullándola con paciencia, besándole el nacimiento del pelo y ahí donde caían las lágrimas.

—¿Qué te ha hecho, Paula? —Ella no consiguió articular palabra —. Háblame, por favor.

—Lo tenemos grabado en vídeo, señor —dijo Nuréyev desde la puerta, donde se había quedado esperando órdenes del socio con una mezcla de incomodidad y compasión—. Ha sucedido en el pasillo, a la vista de las cámaras. No hace falta que le pida un testimonio detallado teniéndolo tan fresco —añadió en deferencia a Paula.

Karim asintió para sí con la mandíbula apretada.

—Gracias, Nuréyev. ¿Necesitaremos una ambulancia? —le preguntó a ella, que seguía deshaciéndose en llanto. Paula sacudió la cabeza—. En ese caso, eso será todo, Yev. Puedes volver a ocupar tu puesto.

—¿Quiere que informe a Scorpion?

—Scorpion no está en San Francisco. Yo me encargaré cuando regrese.

—De acuerdo, señor.

Karim esperó a que la puerta se hubiera cerrado. En lo que Nuréyev demoró en marcharse, no despegó la vista del rostro de Paula, donde en efecto destacaba el recuerdo de un golpe capaz de tumbar a una mujer de su tamaño. Apuntó mentalmente con sangre averiguar el nombre del hijo de puta, aunque estaba convencido de que había sido aquel con el que la había visto desaparecer: Monkey Gland.

Paula se escurrió del asiento para quedar sentada en el suelo ante el también agachado Karim. Rodeó su cintura con los brazos, ya sin sujetar la manta, y presionó la mejilla sana contra el poderoso latido de su corazón.

—Perdóname —repetía sin cesar.

—¿Qué te tengo que perdonar? —preguntó él, buscando su mirada. Pero ella no podía soltarse, no podía alzar la vista. Era una niña asustada. Había entrelazado los dedos a su espalda, temblaba violentamente y los hipidos le impedían pronunciar una frase coherente. Karim sabía que no se estaba disculpando por haberse marchado de repente. No se estaba disculpando por la discusión telefónica—. Paula, vida mía, ¿qué te tengo que perdonar?

—Yo no me quería acostar con él. Yo nunca he querido que me toque nadie que no seas tú. Es... es... demencial. No lo entiendo. Mi cuerpo solo responde a ti. Mi cuerpo es tuyo. Pero cuando vine a French 75... cuando vine a San Francisco... yo eso no lo sabía, no lo sabía. Pensaba que lo podía... alquilar una noche, que lo podía maltratar para vengarme...

—¿Vengarte? —repitió, perplejo. Viendo que Paula no reaccionaba ni seguía un hilo coherente, la cogió por las axilas y la instó a sentarse de nuevo. Tomó su rostro entre las manos y esperó a que enfocara la vista—. Vengarte ¿de quién?

—¿Me perdonarás?

—¿El qué? —La voz se le quebró—. ¿Qué es lo que me has hecho?

—No te he hecho nada, pero iba a hacerlo. Hacerlo era mi objetivo desde el principio. Encontrar a James Carver y destruir su reputación, aunque tuviera que destruirme a mí en el proceso. Nos

iba a grabar aquí, sin que él lo supiera, y lo iba... No sabía si enviárselo al candidato demócrata y confiar en que lo chantajeara para que se retirase de la carrera por la gobernación, o... o si publicarlo en Twitter, no sabía... Todavía no sabía qué iba a hacer para arruinarle la vida. Solo sabía que podría arruinarte el negocio —la barbilla le tembló—, y no me importaba. No me importaba. Pero tuviste que besarme, y tuviste que decirme que me querías, y entonces todo... todo se fue a la mierda. Por tu culpa. Tu culpa —insistió, y, en un arranque rencoroso, le dio sin fuerzas con los cantos de los puños en el pecho—. Tuya, cabrón. Por ser un hombre bueno. Por ser mi hombre bueno.

Karim tuvo que hacer un esfuerzo por concentrarse en el contenido del mensaje, pero los balbuceos de Paula eran una marea kamikaze y todavía estaba demasiado aturdido por los últimos días para captarlo todo.

—¿Un vídeo porno? —resumió, atónito. Su rostro se fue ensombreciendo conforme las piezas fueron encajando, empezando por el juego de rol de la última noche que pasaron juntos. Ahora cobraba sentido su puesta en escena—. ¿Tuyo y de James Carver?

—El partido no querría de candidato a un tipo que practica el BDSM estando casado, y...

—Pero tú también habrías salido en las imágenes.

—... y aprovecharían que la campaña está empezando para sustituir a Carver por otro...

—Pero tú también habrías salido —repitió más alto.

—... y entonces su carrera política, que tan preciada es para él, habría fracasado y habría tenido que dejar de aspirar a la gobernación; a lo mejor también habría perdido a su esposa, y la reputación de su bufete... Le habría destruido, y...

—¡Pero también te habrías destruido a ti! —le gritó. Paula enmudeció con los ojos muy abiertos—. ¿Cómo cojones se te ocurrió una locura semejante? ¿Es que no viste lo que sucedió con Bill Clinton y Monica Lewinsky? ¿Ves que tuviera alguna repercusión para él más allá de una multita y que le suspendieran la licencia de abogado un rato? ¡La que sobre todo se quedó con el estigma fue

ella! ¿Qué crees que te habría pasado, eh? —Intentó que volviera en sí misma sacudiéndola—. Paula, ¿en qué estabas pensando?

—A mí no me importaba —murmuró con la vista perdida en la alfombra—. A mí no me importaba nada. No me habría importado morir.

Karim se quedó helado.

—¿Qué dices? —barbotó. Tuvo que hacer una pausa para no sonar ahogado, y en esa pausa, todo cobró sentido: la repentina huida de Paula de Stanford, su insistencia en acceder a cualquier precio a French 75 y quién sabía qué más pasos recorridos a sus espaldas. No logró contener una nota de decepción al inquirir—: ¿Se puede saber qué te hizo ese hombre para que todo empezara a girar en torno a él?

Paula mantuvo la barbilla gacha.

—Juré que nunca lo diría —musitó.

—¿A quién?

—A nadie.

—No, Paula —se desesperó—. ¿A quién se lo juraste?

Ella se pasó las dos manos por la cara, manchada de rímel, lápiz de ojos y sombras oscuras. Karim quería estar furioso por su testimonio tremebundo. Quería estar furioso por el silencio de los peores cinco días de su vida. Quería estar furioso porque lo había ignorado como si no fuera más que un perro atropellado a un lado de la carretera para irse con ese hijo de perra a un dormitorio de su club. *Su* club. Pero la miraba a la cara, esa cara descompuesta de dolor, una cara que de veras parecía el cuadro en el que se había torcido todo, y no podía.

No podía.

No habría podido aunque su expresión hubiera sido la de una mujer feliz por la ejecución de su plan maestro.

Karim se puso a dar vueltas a la información de la que disponía, a las que sabía que eran las prioridades y anhelos de Paula, a los datos que tenía de James Carver.

El señor Carver, antes de meter la patita en el mundo de la política, había sido —y seguía siendo, según le constaba— un destacado abogado corporativo con clientes a lo largo y ancho de

Silicon Valley. Marcelo había tratado con él en decenas de ocasiones a propósito de las prácticas que Nicole había realizado en su bufete los meses previos a su muerte.

A Karim le bajó la sangre a los pies.

Espantado, miró a Paula a los ojos. Ella leyó la revelación en su semblante y su llanto se hizo más visible, aunque no más ruidoso.

—Nicole —pronunció en voz alta—. Nicole es la única persona en el mundo cuya confianza nunca habrías traicionado. Es la única persona por la que te habrías metido de cabeza en el infierno. ¿Verdad? —la pinchó—. ¿Me he acercado?

El dolor le torció el rostro en una mueca triste. Sacudió la cabeza despacio.

—No es la única persona —atinó a decir—. Ya no.

Karim no pudo seguir controlando la emoción y apartó la vista un segundo para limpiarse una lágrima rabiosa con el dorso de la mano.

Volvió enseguida a sujetar a Paula por los dos brazos.

—Pasó algo en esas prácticas, ¿no? Carver está relacionado con el suicidio de Nicole. Vamos, cariño, solo asiente o niega. Si lo adivino, no cuenta como revelación de secretos. No habrás traicionado a nadie. —Le tomó unos eternos minutos, pero, al final, Paula asintió. Sorbió por la nariz, avergonzada y todavía temblorosa. Karim se preparó mentalmente e invocó a los dioses en los que no creía para que le dieran la fortaleza de pronunciarlo. Y lo pronunció—. La violó.

Paula no contestó. Se hizo un ovillo en el sillón, sobrepasada a todos los niveles que existían, el mental, el emocional, el físico, y ocultó su expresión desfigurada por el dolor y la rabia detrás del pelo suelto. Así intentaba huir de la mirada de Karim, porque no podía huir por su propio pie, no podía levantarse e irse. Tampoco podría salirse del infierno de sí misma.

Karim se incorporó y la atrajo hacia sí. Parecía más pequeña que nunca, más incluso que cuando era de verdad pequeña. Tenía miles de preguntas rondándolo —¿cuándo? ¿Lo denunció y no hubo suerte? ¿La chantajeó? ¿Qué la empujó a hacerlo? ¿La vergüenza? ¿El miedo? ¿La depresión? ¿El asco?—, pero una sola obligación: acompañarla.

—¿Qué iba a hacer ella al respecto? —sollozaba Paula—. Era James Carver. La mitad de Silicon Valley es su amiga y la otra mitad es o ha sido su cliente. Conoce a Donald Trump, a los hermanos Koch, a grandes lobistas energéticos. Si a Nicole se le hubiera ocurrido denunciarlo, a saber qué le habrían hecho. En el mejor de los casos, intentar silenciarla mediante soborno; en el peor, hundir su carrera y su futuro llevándola a juicio por calumnias y difamación. ¿Para qué hablar? ¿Para que desestimaran su testimonio por falta de pruebas y tuviera que cargar el resto de su existencia con el estigma de «haber intentado hundir a un hombre inocente»?

—¿E intentar hundirte a ti misma era la única alternativa posible? —trató de sonar razonable, pero se lo llevaba el demonio de pensarlo.

—Esto no va sobre mí, sino...

—Esto solo va sobre ti —la interrumpió, ceñudo—. Tú misma lo dijiste, Paula. Nicole está muerta. La viva eres tú. La que casi se lo apuesta todo a una carta eres tú. La que podría haberse visto en esa situación de la que Nicole se libró de un modo obviamente drástico eres tú. Y la que me importa —añadió— eres tú.

—No lo entiendes. No lo quieres entender. Nini confió en mí —volvió a sollozar—. Me dio el nombre de su agresor. Me dijo dónde encontrarlo. Me dijo qué le hizo. Me encomendó una misión, y yo... no he podido cumplirla. No he podido hacerle pagar a ese cabrón por el sufrimiento que le causó. Estaba tan cerca, tan cerca... y tú —alzó la barbilla para mirarlo con los ojos aclarados por el llanto, ojos febriles e iluminados por algo más apasionado que el dolor: el amor. Paula le cubrió la mejilla con la mano—. Tú no me has dejado —concluyó con un hilo de voz.

Karim abrazó sus dedos y los estrechó.

—Por supuesto que no te habría dejado si lo hubiera sabido. Te habría dejado hacer otra cosa, cualquier otra cosa, pero eso no.

—Yo sabía que el club era importante para ti, y...

—¡Que le jodan al puto club, Paula! —rugió con vehemencia—. Son cuatro paredes. Pueden derrumbarlas y encontraría otras, más lujosas, más grandes, mejor surtidas, para promocionar exactamente el mismo negocio. No soy un pobre cabrón con suerte,

soy un hombre que persevera, e igual que conseguí esto, habría conseguido cualquier otra cosa. Hay algo que tengo que perdonarte, eso no lo voy a negar, pero no es que estuvieras a punto de abocarme a una denuncia por incumplimiento de mi contrato de confidencialidad con el cliente. Te tendré que perdonar por casi haberte jodido la vida delante de mis narices. Pero no lo voy a hacer.

Paula lo miraba con la respiración contenida.

—¿No me vas a perdonar?

—No, no te voy a perdonar. Te voy a ayudar —aclaró—. Vamos a hundir a ese hijo de puta, no te quepa la menor duda, pero lo vamos a hacer de forma legal y tú no vas a sufrir en el proceso. ¿Te has enterado? —Le secó las lágrimas con los pulgares y retiró las manchas de maquillaje corrido—. Vas a ver cómo las cosas salen bien si confías en mí. Si te apoyas en mí. Lo vas a ver.

Un nuevo puchero hizo temblar la barbilla de Paula.

—¿Cómo te lo iba a decir? ¿Cómo se lo iba a decir a Marcelo o a alguien más?

—Entiendo a la perfección por qué ni tú ni ella se lo dijisteis —cortó—. Que Nicole no se lo dijera me parece, de hecho, el mayor gesto de bondad que tuvo jamás con él, y por ello le estaré eternamente agradecido. No solo Dios sabe lo que habría hecho Marcelo si se hubiera enterado. Lo sabemos todos aquellos que conocemos cómo se las gasta. Pero yo, Paula —continuó con una mueca fruncida—, me jacto de ser algo más razonable que tu hermano.

—Tienes a Nicole sentenciada como la villana de la historia de Marcelo. ¿Habrías mostrado compasión por ella? Es decir —sacudió la cabeza enseguida antes de que la indignación calara a Karim. No osaría convertirse el protagonista de un asunto tan delicado como aquel, pero no podía evitar que le rompiera el corazón la percepción que Paula tenía de él—. Sé que promueves una intolerancia total contra este tipo de conductas. Pero ¿qué habrías podido hacer? ¿Qué podemos hacer ya? La prueba del abuso de Carver está muerta. Muerta —repitió con la mirada perdida.

Karim negoció consigo mismo una tregua temporal para deshacerse de sus sensaciones de malestar y centrarse en la

promesa que acababa de hacer, en el consuelo que Paula necesitaba; que, de hecho, llevaba necesitando casi un año entero y no había podido pedir hasta entonces.

Descubrir que había pasado meses y meses cargando no solo con el luto de una muerte trágica, sino con la impotencia de un crimen, presa de la locura de no entender por qué alguien haría algo así —por qué Carver abusaría, por qué Nicole se rendiría—, lo llenó de pena. Ahora entendía sus prolongados silencios, que por más que hubieran estado ahí toda la vida, habían adquirido una connotación inquietante; esos ratos en los que se le perdía la mirada contemplando el paisaje; su conducta erotizada y su insistencia febril.

Todo conducía a lo mismo.

—Nicole nunca ha sido mi persona preferida —dijo al fin con diplomacia—, pero resulta que sí lo era para las personas que más quiero en el mundo. Eso me ha hecho siempre, y me sigue haciendo por extensión, tan responsable de defender su memoria como lo sois vosotros. Y aunque la odiara por el sufrimiento que le causó a Marcelo, también me maravillaba con otros rasgos de su carácter. Era una mujer que no te dejaba indiferente.

—¿Sabes qué fue lo último que me dijo? —inquirió de repente.

Karim la miró a los ojos.

Paula había logrado calmarse después de un rato de conversación. Parecía que rodear la cuestión le doliera más que entrar en ella de cabeza. Y ¿cómo no? ¿Cuánto tiempo llevaría deseando desahogarse?

Ahora que había comenzado a hablar, no podría callarse.

—¿Qué?

—Que Carver le había hecho más daño a Marcelo del que nunca podría haberle hecho a ella. Que, si llegaba a descubrirlo, su proyecto de vida se iría por el desagüe y no podía consentirlo porque por fin había encontrado una vocación siendo socio de French 75.

—¿Por eso me dijiste el otro día que Nicole, en parte, cometió... hizo lo que hizo por culpa de Marcelo?

Paula agachó la cabeza, abochornada.

—Fui injusta al decir que fue su culpa. Fue una razón, sí, pero no el culpable. Nicole sabía que no podría volver a estar con él jamás sin contarle la verdad, y eso se traducía en que su relación se había acabado para siempre. Nicole no podía vivir en un mundo en el que Marcelo no formaba parte de su día a día. Nicole no podía vivir sin Marcelo, ¿entiendes? Se hirieron mutuamente. Se hirieron tanto, tan profundo, que ni su muerte ha podido romper el vínculo; tanto y tan profundo que hasta yo, que me creía en medio pero siempre estuve al otro lado de ellos, salí escaldada. Se han herido de formas que me han hecho temer las relaciones, odiar más al hombre... —Se mordió el labio inferior. Pareció tener que reunir valor para mirar de nuevo a Karim—. Pero he de decir que, en estos dos últimos meses, he conocido a unos cuantos que me han demostrado que podemos ser amigos. Es curioso que los encontrara en un sitio como este.

Karim le retiró la melena de la cara recogiéndole los mechones detrás de las orejas.

—A mí no me encontraste aquí. Yo siempre he estado a tu lado, y a tu lado seguiré siempre si tú me lo permites.

Paula le sostuvo la mirada.

Tenía los ojos aún vidriosos, aclarados por efecto de las lágrimas. Ya no eran negros, sino de un castaño oscuro que si uno admiraba en la suficiente profundidad descubría tan profundos e insondables como la misma tierra.

Las pestañas se le habían pegado, los labios se le habían inflamado.

Sobre la imagen de esa Paula vulnerable se superponía el recuerdo de la Paula de doce años, todavía bajita, todavía rechoncha. Era la primera Paula a la que Karim había querido. Y como él jamás rompía una promesa, era, también, una de tantas otras Paulas que amaría de por vida.

—En el avión me dijiste —empezó ella— que la razón por la que nunca le confesaste tus sentimientos a Marcelo no era el miedo a defraudarlo, sino el miedo a defraudarlo a cambio de nada.

—Sí.

Paula esbozó una sonrisa que pretendía ser burlona. No consiguió darle un matiz desenfadado, pero Karim entendió su intención.

—Eres un tiburón de las finanzas incluso para los afectos.

—Puedes llamarme conservador.

—¿Y si te dijera que ahora sí podrías conseguir algo si te atrevieras a pronunciar lo impronunciable? —Se mordió el labio inferior para mantener a raya un puchero—. ¿Y si te dijera que te quiero, y que no soportaría estar separada de ti ni un solo día?

Karim se obligó a mantener la expresión más o menos neutra, el cuerpo más o menos recio, la mente más o menos despejada, pero dentro de él estaba teniendo lugar una revolución de células y hormonas, un festival de alegría que no era justo celebrar en esas circunstancias. No obstante, comprendía que, después de tanto sufrimiento y del trauma reciente que había puesto la guinda al pastel, Paula necesitara cerrar en un tono de esperanza.

—Te diría que espero que me lo repitas mañana, y pasado mañana, y así hasta que tenga la certeza de que es verdad y no lo dices porque te sientes vulnerable.

Pero Karim ya tenía la certeza de que era verdad.

Paula había hecho el sobrehumano esfuerzo de confiar en él cuando no confiaba en nadie. No solo le había regalado esa noche la verdad que había tenido escondida bajo siete llaves; también le había entregado su cuerpo, sellado a cal y canto durante años, un cuerpo que había consagrado fielmente al principio de intocabilidad. Le había compartido sus preocupaciones, le había transmitido sus dudas y había admitido ante él la gran pena de su vida, el amor frustrado hacia una mujer que nunca podría haber sido suya, si no porque Nicole ya tenía dueño, al menos porque Paula jamás habría sido lo bastante valiente para robársela a Marcelo.

Sí había sido lo bastante valiente para postrarse ante Karim; para romper la maldición de Nicole, huir de ese influjo que aun muerta seguía teniendo sobre ella, y elegir la paz con él.

Karim le transmitió su infinito agradecimiento sin palabras. Solo la tomó entre sus brazos, como si fuera una criatura recién nacida, y se sentó en el suelo con la espalda tocando el sillón para acunarla en silencio.

Paula se dejó querer con los ojos cerrados, los brazos rodeándole el cuello, y aceptó con una sonrisa frágil y complacida los besos con

los que Karim quiso delimitar su rostro.

—Parece que los hombres no estamos tan mal, después de todo, ¿no?

—¿Qué hombres? —murmuró ella. Tocaba su mandíbula con las yemas de los dedos, abstraída por el cansancio y el hechizo de hipnosis en el que las caricias de Karim la iban sumiendo. Ella tampoco había podido dormir—. En este mundo mío, solo hay un hombre. En singular.

—Pues tendrás que cuidarlo para que no se extinga. Ya sabes; no volviendo a huir de repente ni mandándolo a la mierda alegremente.

—No te mandé a la mierda alegremente —lo parafraseó, y escondió la nariz en su pecho—. Lo hice muy triste.

—No lo hagas otra vez y ya verás que no estarás triste nunca más. Yo me aseguraré de ello.

Capítulo 34

Le costó Dios y ayuda despedirse de Paula dos días después para citarse con sus abogados, Marcelo y James Carver en el despacho de French 75. No porque le hubiera despedido en la puerta del apartamento con lágrimas en los ojos o se hubiera aferrado a su brazo, porque nada más lejos de la realidad, sino porque la noche anterior había conseguido ponerla a dormir por primera vez en cuarenta y ocho horas y había amanecido con los ojos pegados, soñolienta y especialmente serena, una estampa a la que a duras penas se había podido resistir.

Con la convicción de que confesarle a Marcelo sus sentimientos e intenciones para con su hermana era inminente, no había temido dormir con ella en su habitación manteniendo la puerta bien abierta.

—¿No debería estar yo ahí? Me daría satisfacción ver su cara —le había dicho Paula.

—No quiero que estés en la misma habitación que un hijo de puta que intentó forzarte. Además; si, por alguna razón, no consiguiéramos que la denuncia saliera adelante, no me gustaría que estuvieras presente. Esperemos que todo salga según lo previsto y ya celebraremos su caída en picado en las encuestas cuando suceda.

«Si sucede», había pensado con cierta preocupación.

No perdía de vista que James Carver era el abogado más renombrado y poderoso de California, y, cuando no, de toda la Costa Oeste. Pero se decía, a fin de no perder la esperanza, que precisamente por eso sabría que las pruebas en su contra eran lo bastante incriminatorias para obligarle a abandonar la carrera política.

Y, quizá, también su puesto de socio mayoritario en el bufete.

Menos de una hora más tarde, Karim se reunía en su despacho con Harry Fonda, el abogado de French 75, y con Marcelo. Tras enterarse de lo acontecido vía telefónica, había tomado el primer avión con escalas para estar presente durante la conversación.

En el año que llevaban abiertos, solo habían tenido que enfrentarse a dos código doce. La primera vez no fue tan grave

como al parecer de Karim lo había sido la segunda: durante una sesión consensuada, la sumisa había pronunciado la palabra de seguridad y su dominante había continuado durante unos cinco o diez minutos más. Esto había sido suficiente para que los guardias y Karim tomaran la drástica medida de prohibirle la entrada de por vida, pero la víctima no había querido que trascendiera alegando que seguramente él no la había oído y que no estaba en posesión de sus facultades por el uso de estupefacientes.

A pesar de los ruegos de la joven, que luchó para que fuera readmitido, Karim no había perdonado al infractor de sus dos normas infranqueables: cumplir con el consentimiento y no consumir drogas en su recinto.

Nada más estrechar la mano de Fonda, Karim se dirigió con gesto severo a Marcelo. Lo encontró recostado contra la pared fumando un cigarrillo con expresión sombría.

Nada más intercambiar una mirada con él, supo que tendría que mantener con él una conversación complicada a posteriori. Su amigo tenía ojeras bajo los ojos y se le marcaban unas arrugas de contrariedad en la frente y las comisuras de los labios.

Marcelo no había visto el vídeo, así como tampoco Karim, pero se le había informado de que la víctima del código doce había sido su hermana. No le había costado sumar dos y dos: si Paula se había visto en esa situación, había sido porque Karim había traicionado su confianza invitándola al club, un lugar que Marcelo le había vetado de forma tajante.

—Señores —dijo Nuréyev—. James Carver y su abogado ya han llegado.

Karim, Marcelo y Fonda tomaron asiento en un extremo del amplio escritorio. Al otro lado se sentarían los que pronto se las verían en un aprieto.

Nada más ser informado de lo ocurrido, Fonda se había puesto manos a la obra para conseguir en papel y vídeo todas las pruebas incriminatorias: el vídeo de las cámaras de seguridad del pasillo, el testimonio que el guardia extra contratado para la fiesta había dado a los agentes de policía que se llevaron a Carver, el testimonio de Paula, el testimonio de Karim, el testimonio de Nuréyev.

El acusado debía de tener una idea muy clara de que estaba jodido, porque entró en el despacho con un ceño ominoso.

—Buenos días, señores —saludó el abogado de Carver. Alargó la mano hacia cada uno de los presentes y anunció llamarse Oscar Payne—. Permítanme anticiparme a la conversación advirtiendo que tenemos la intención de llegar a un acuerdo que satisfaga a todas las partes.

—Eso es anticiparse mucho. Más de la cuenta —contestó Marcelo con una fría calma que sorprendió a Karim—, porque no sabe ni quiere saber qué es lo que a mí me satisfaría.

Payne no supo cómo reaccionar a su respuesta. Se limitó a sonreírle con educación, turbado. Invitó a sentarse primero a su representado y acto seguido lo hizo él, carraspeando y sacando de su maletín un cuaderno y un bolígrafo.

Karim estaba orgulloso de su capacidad para mantener la calma en las peores tesituras. Era una de las virtudes que le habían procurado un gran porvenir. Si hubiera perdido los papeles cada vez que se hubiera enfrentado a alguien que le había ofendido, acosado o maltratado, no habría llegado ni a la vuelta de la esquina; habrían terminado metiéndolo en la cárcel. Y, sin embargo, nunca se alegró tanto de haber practicado la prudencia como en ese momento. El momento en que tuvo delante al hombre que habría violado a Paula si el protocolo de emergencias de su club no hubiera sido casi infalible.

Fonda intercambió una mirada con los dos socios del club para pedir la palabra.

—Seguramente el señor Carver pueda figurarse por qué ha sido citado hoy. No habría cancelado o al menos pospuesto sus obligaciones más acuciantes si no supiera que se está enfrentando a unos cargos de suma gravedad —señaló, y procedió a abrir la carpeta que había traído consigo.

Con independencia del asunto que estuviera tratando, Fonda se movía con una parsimonia elegante que solo sacaba más de quicio al abogado contrario. Karim estaba convencido de que su actitud serena estaba muy estudiada y no tenía otro propósito que ese.

—En absoluto —contestó Carver con una mueca que pretendía ser una sonrisa—. Ha debido de haber un malentendido, señor Fonda. Señor Aaron, señor León —añadió con un cabeceo educado—. Si esto se debe al altercado con la señorita de la otra noche, puedo demostrar que ella vino a mí no solo ese día, sino que también mostró interés en mí una semana antes, cuando coincidimos por primera vez. Ya entonces acordamos que volveríamos a vernos y que consumaríamos nuestro mutuo interés.

—Estoy seguro de que sí, puede demostrarlo aportando testigos —le concedió Fonda con su flamante cortesía. Fue más rápido que Karim o Marcelo, que, como coreografiados, se inclinaron hacia delante para espetarle alguna grosería—, pero, como ya ha sido advertido, el establecimiento dispone de un vídeo incriminatorio que reproduce fotograma a fotograma lo que ocurrió después de que abandonaran el salón principal. Seguro que usted, como abogado que es, está familiarizado con el término del consentimiento, y sabe que faltando al mismo se incurre en delito de violación.

—Yo no he violado a nadie.

Karim tuvo que inhalar profundamente para no arrojarse encima de Carver.

Debía reconocer que sabía disimular de maravilla sus inclinaciones sexuales, si es que así podían llamarse. A pesar de no compartir su ideología política, lo había admirado por su ambición y por todos los mecanismos que había puesto en marcha, de forma muy inteligente, para llegar hasta donde estaba. Le había ayudado nacer en una familia con medios económicos y una cierta relevancia social en los círculos californianos, sin duda, pero de él y de nadie más había dependido seguir escalando puestos hasta convertirse en lo que era.

Una pieza muy difícil de derribar.

Pero las pruebas clamaban al cielo.

—A lo mejor su desconocimiento se debe a que está especializado en el ámbito corporativo, señor Carver, pero si conoce el Código Penal del estado de California, sabrá que el artículo 243.4 penaliza tocamientos íntimos u otras formas de contacto sexual no consentido. En el vídeo que le mostraremos a continuación a usted y

a su abogado entenderá de lo que hablamos, por si acaso lo hubiera olvidado.

Karim se inquietó cuando Fonda extrajo un iPad de su maletín, buscó entre los archivos multimedia y pulsó sobre el vídeo en cuestión. Era el primero que no deseaba ver lo que había ocurrido, a pesar de saber que era su obligación como dueño del establecimiento y también como persona que quería a la perjudicada.

Casi tanto como ser partícipe de lo que había sucedido a unos metros de él, le turbó que Marcelo tuviese que verlo también. Su amigo no mostraba la misma actitud recelosa, sino una disposición preocupante a empaparse de los detalles. Estaba convencido de que los quería para tomarse la justicia por su mano. No le extrañaría —y, de hecho, estaba preparado para impedirlo— que se levantara y estrangulase a Carver hasta matarlo.

Fonda se mantuvo convenientemente en silencio para que las imágenes hablaran por todos. Las cámaras del pasillo no captaban el sonido, pero no hacía falta para entender lo que estaba sucediendo. Paula lo acompañaba, al principio con una solicitud ya dudosa, hasta que un cambio de opinión la frenaba en medio del pasillo y se daba la vuelta para marcharse.

Carver la retenía. Forcejeaban. Le giraba la cara de una violenta bofetada. La estampaba contra la pared.

Karim miró de soslayo a Marcelo con el pulso disparado. Se sintió muy cerca de él, como siempre que el asunto se trataba de la defensa de Paula. Un músculo palpitaba en su mandíbula, y bajo la mesa resguardaba dos puños crispados que no podía permitir, bajo ningún concepto, que aterrizaran en la cara de nadie. No si quería que la justicia se pusiera de su parte. Miraba el vídeo con los ojos inyectados en sangre, al borde de la crisis nerviosa.

Karim previno cualquier exabrupto alargando una mano discretamente y posándola sobre una de sus tensas muñecas.

A Marcelo le costó enfocar la vista en él y entender lo que significaba que negara con la cabeza.

«Un puñetazo es un momento, y un moratón dura apenas una semana», le decía. «Tenemos que hacerle pagar un precio mucho

más caro que ese».

—No sé si sabe, señor Fonda —dijo el abogado de Carver—, que French 75 acoge interesados en prácticas sexuales extremas que no excluyen la violencia. Una bofetada fuera de contexto es, sin lugar a dudas, un abuso, pero hay que encuadrarla en el lugar y el momento.

—En su testimonio, la víctima insiste en que por más que acompañara de buen grado al señor Carver a las habitaciones privadas, cambió de parecer en el pasillo y se lo explicitó hasta tres veces de manera verbal. Después, como se ve, lo ratificó a través del lenguaje corporal —Fonda abarcó con una mano el iPad—. Un psicólogo experto no tendría el menor problema en describir los gestos de la víctima como una negativa.

—No sería necesario llegar a juicio —se apresuró a decir el abogado—. Mi cliente está dispuesto a pagar lo que haga falta para dejar atrás este lamentable asunto. No solo por su bien, sino por el de todos los implicados. Los representantes de French 75 y el señor Carver firmaron en su día un acuerdo de confidencialidad que le prometía la más estricta intimidad: se protegería su identidad y los detalles de sus actividades en el club...

—Con la excepción de que dichas actividades violaran algún artículo penal —apostilló Karim con severidad—. Si está insinuando que es un delito divulgar imágenes tomadas en un espacio público como lo es un pasillo, cámaras que no se hallan ocultas y cuya presencia está en el conocimiento de la totalidad de mis clientes, déjeme decirle que su denuncia no va a prosperar. El único que tiene algo que perder aquí es el señor Carver, porque no creo que ni a sus socios del bufete ni al gabinete de su partido les complazca enterarse de que su respetado miembro es un violador. Tampoco gustará a sus futuros clientes; ¿quién coño quiere que le defienda un letrado capaz de cometer un crimen? —Karim esbozó una sonrisa envenenada—. El chiste se cuenta solo, señor Carver.

—¿Seguro que soy el único que tiene algo que perder? —contraatacó el acusado con una ceja arqueada—. Por lo que he descubierto a raíz del incidente, la señorita es la hermana de su socio. No creo que quieran estigmatizarla vendiendo el vídeo a la

prensa. Por lo que tengo entendido, es una renombrada alumna de la Universidad de Stanford. A lo mejor la degradación a «pobre víctima de abuso» le cierra algunas puertas... y eso en el mejor de los casos. Tengo motivos para sospechar de que cambiara de opinión justo en el pasillo, el único lugar con cámaras del establecimiento.

A Karim se le heló la sangre.

No debía de haberle costado informarse sobre Paula una vez le había llegado la denuncia. Ya no era la misteriosa mujer morena de French 75; era Paula María León Hernández, estudiante de matrícula de honor de Stanford. Un profesional tan exhaustivo en sus investigaciones como Carver no se habría conformado con los datos generales y habría indagado hasta averiguar que Nicole Carson había sido su compañera de habitación en la residencia, su amiga del instituto y su cuñada. Asimismo habría asumido que la difunta le había narrado la espantosa experiencia en el bufete a manos de su socio principal.

Pero no sería tan imbécil como para confesar un crimen de esa categoría delante del que fuera su novio, ¿verdad?

—¿Qué motivos? —intervino Marcelo por primera vez. Se inclinó hacia delante y lo atravesó con una mirada de ojos negros—. ¿Insinúa que mi hermana sabía que iba usted a comportarse como un puto perro? ¿Va a decirme que lo provocó para obtener una reacción por su parte? Me encantaría que repitiera esto ante un jurado compuesto por un cincuenta por ciento de miembros femeninos, y que los oyentes que asistieran o bien escucharan luego la asquerosa grabación opinaran en redes sociales al respecto.

Gracias al cielo, Carver reculó quedándose en silencio y no siguió por esa vía.

Karim se preguntó por primera vez si no sería lo mejor para Marcelo que la verdad contenida por Paula saliera a la luz. Uno de los motivos por los que vivía desorientado y autodestruyéndose era la incertidumbre. ¿Cuántas noches no habría pasado tratando de entender por qué demonios Nicole, que era un estallido de luz, había tomado una decisión tan radical? Tenía una vida perfecta, solía repetir Marcelo. A lo mejor él no era el mejor novio del mundo; a lo mejor él era, de hecho, el veneno en su sangre, pero se lo había

quitado de en medio finalmente. Ya que no participaba en una relación tóxica, ¿de qué podía quejarse? Había conseguido unas prácticas en Carver & Ford a menos de un curso de graduarse por la Universidad de Stanford; su padre y su madre, aunque divorciados, la amaban tanto por separado que no era ni consciente del abismo de rencores y reproches que separaba a ambos excónyuges; era, con diferencia, la persona más querida de sus numerosos círculos, la clase de chica explosiva que llamaba la atención de los altos, los bajos, los ricos, los guapos, los humildes, los tímidos.

¿Por qué abandonar un mundo hecho a su medida?

¿No merecía Marcelo saberlo para por fin poder descansar? Karim se ponía en su lugar y se veía capaz de superar, en el curso de una vida, que un ser querido se hubiese quitado la vida siempre y cuando hubiera podido comprender el porqué.

Pero nadie podía salir del fango sin apartar las tinieblas del desconocimiento.

«Tú no eres como él», se respondió enseguida. «Tú podrías superarlo, pero él no».

—Considerando que no hubo penetración ni se causaron daños irreparables en la salud física o mental de la víctima —decía el abogado contrario—, estimamos que sería innecesario llevar el asunto a los tribunales. Mi cliente pagará con gusto una suma económica que sirva para cubrir el coste de la terapia de la víctima, si fuera precisa, o...

—Puede meterse su soborno por el culo —espetó Marcelo.

Fonda y Karim intercambiaron una mirada inquieta antes de fijarla en él. No intervinieron. Si esos eran sus sentimientos, perfecto. Como socio y propietario de French 75, tenía el mismo derecho que Karim a tomar una decisión al respecto de lo que se haría con el material.

—¿Disculpe?

—Han sido ustedes citados aquí como advertencia, no para llegar a un acuerdo —explicó Marcelo con una paciencia sorprendente viniendo de él—. Ahora que saben cuáles son las pruebas que tenemos en su contra, pueden marcharse en paz para ir ideando su defensa de cara al juicio.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que espera obtener con todo esto? —jadeó el abogado, perplejo—. ¿Venganza?

Karim vio un destello de Paula en la expresión determinada de Marcelo cuando dijo:

—Justicia.

—¿Y qué tipo de justicia pretende impartir? Mi cliente no ingresará en prisión por esto, señor León, eso ya se lo adelanto.

—No, seguro que no. Y apuesto a que dentro de un par de años todo el mundo habrá olvidado el escándalo social que se armará cuando la denuncia llegue a la prensa. Pero le puedo asegurar que mientras este vídeo y estos testimonios existan, James Carver no va a ser el gobernador de California, y tenga por seguro, también, que bajará algunos puestos en la lista de los mejores abogados del estado. Todavía hay gente a la que le importa que no haya violadores condenados en política, señor Payne, y si no se le llegara a condenar, por lo menos le tengo fe a la importancia extrema que se le da a la reputación en según qué círculos. —Marcelo apoyó los codos en el escritorio y le dirigió una sonrisa gélida a Carver—. Parece que ha tocado usted a la mujer equivocada, señor concejal.

Karim se estremeció pensando en lo acertado que había sido el comentario. No solo había tocado a Paula, que era, sin lugar a dudas, la última mujer a la que debería haber tocado; también había tocado a una por la que Marcelo habría cometido un acto irreparable.

Comprendió entonces que le tocaría cargar toda la vida con un secreto pesado y cruel. La clase de secreto que poco a poco iría abriendo una grieta en la amistad entre los dos hasta rasgarla por completo, y todo para evitar el desastre. Todo para salvarlo de sí mismo.

En completo silencio, acusado y abogado se retiraron del despacho jurando permanecer en contacto para hacer más llevadero el proceso.

Uno tras otro, los tres hombres que se quedaron fueron incorporándose.

—¿Está la víctima de acuerdo con que el delito trascienda? —preguntó Fonda con su prudencia habitual—. Ahora mismo soy

vuestro abogado y por eso mi rol aquí ha sido representar los intereses de ambos socios, pero una vez iniciáramos los trámites, la señorita tendría que dar la cara.

El hecho de que Marcelo se girara hacia Karim esperando que respondiera por Paula le dijo todo lo que tenía que saber. Estaba al corriente de que Paula y él habían intimado lo suficiente como para poder hablar por ella.

—Sí, está de acuerdo —confirmó.

—Muy bien. Si eso es todo... —terminó de recoger el iPad y guardó los papeles de los testimonios impresos en la carpeta—. Seguiremos en contacto, señores.

Estrechó la mano de Karim y apretó afectuosamente el hombro de Marcelo. Salió de allí con la expresión solemne de un hombre que sabía que, tras su marcha, se desataría o una lluvia de reproches o una conversación que marcaría un antes y un después.

Harry Fonda era una de las personas más inteligentes que Karim hubiera conocido. No lo había tratado tanto como Marcelo, del que era amigo cercano —tanto como para que acudiera de inmediato a la reunión con Carver y Payne a pesar de estar siempre desbordado de trabajo—, pero siempre se alegraba de verlo.

Celebraba que fuera a encargarse del tema legal.

En cuanto se quedaron a solas, Karim se guardó las manos en el bolsillo del pantalón.

—¿Una copa? —le sugirió con aparente tranquilidad.

Marcelo no dijo ni sí ni no, pero él interpretó su parsimoniosa salida del despacho como una afirmación... y como una advertencia.

Capítulo 35

Iluminado por la mañana, el salón del club parecía un escenario completamente distinto. Los camareros, cocteleros, guardias y animadores no llegaban hasta bien entrada la noche, y no tenía sentido prender las luces de neón. Sin la gente, sin la música y sin su ambiente nocturno, French 75 era un bar como cualquier otro. Tenía un aspecto incluso inocente.

Marcelo se había sentado en uno de los taburetes altos de la barra del fondo. Para sorpresa de Karim —grata, había que decir—, había sacado una botella de agua mineral de la nevera y se la había servido con hielo en un vaso de whisky.

No había consumido ninguna droga en las últimas veinticuatro horas. Lo sabía porque estaba derrumbado. Cuando no andaba bajo los efectos del alcohol o los estupefacientes, exhibía la clase de actitud que se esperaría de cualquier criatura con sus circunstancias personales: se tornaba una persona ceñuda y huraña que no conseguía apartar del pensamiento, ni por un solo segundo, la que había sido su desgracia.

—¿No crees que la situación merece un veneno más efectivo? —preguntó Karim para conocer el porqué de su elección. Señaló con la cabeza su bebida.

Marcelo le daba el perfil, tan parecido y tan distinto al de Paula a la vez. Ahí donde a ella se le insinuaba el hoyuelo de la barbilla, a él se le marcaba como a Kirk Douglas. Ahí donde ella tenía una mandíbula redondeada, él era afilado como la hoja de una navaja.

Por todo lo demás, eran idénticos.

Con la yema del dedo corazón, Marcelo delineaba el borde del vaso.

—Podría decirse, exagerando mucho, que estoy en el proceso de desintoxicarme. Tengo que estar consciente y atento para no pasar por alto lo que sucede a mi alrededor.

Directo al grano.

Era algo que siempre le había gustado de él. Andarse con chiquitas no era su estilo. Si tenía que arrojar un puñetazo, lo

arrojaba. Y no se disculpaba por ello. No por orgullo, sino por un sentido de la justicia muy particular.

En eso también era igual que Paula.

Le parecía hasta lógico que nunca se hubieran entendido, pero, al mismo tiempo, se hubiesen querido a su manera.

Karim tomó asiento a su lado procurando no hacer ruido. Marcelo giró el taburete hacia la colección de licores que se resguardaban tras la barra, como si su acompañante fuera un moscón indeseable. La indirecta habría sido clara si ese hubiera sido el caso —«No quiero tu atención»—, pero las connotaciones eran distintas porque se trataba de Marcelo y de Karim.

Su amigo estaba tan avergonzado por la parte que le tocaba y necesitado de procesar lo sucedido entre su hermana y él que no podía mirarlo a la cara.

Karim rompió el silencio después de asentir para sí.

—¿No quieres darme un puñetazo?

—¿Quieres que te dé un puñetazo?

—Si te va a hacer sentir mejor, sí.

—¿Te haría sentir mejor a ti?

—No, no lo creo.

Marcelo sorbió ruidosamente por la nariz y compuso una expresión distante. Seguía contemplando el fondo de su vaso de agua.

—Dudo que una hostia vaya a hacer por mí lo que no ha podido conseguir ni el alcohol, ni la cocaína, ni pasar tiempo con mis padres, ni follar con todas las tías buenas del recinto. —Lejos de sonar victimista, a Karim le pareció que se criticaba con dureza—. Pero me reservo el derecho a dártela en cualquier momento entre hoy y los próximos cien años si veo que te pasas de listo.

—En el curso de cien años seguro que me paso de listo alguna vez —contestó a fin de consolarle.

—Y en el curso de diez días. Y en el curso de los dos meses que ya han pasado, también... o *sobre todo*. Una hostia retroactiva —meditó el concepto en voz alta—. Eso sí que estaría bien si fuera espaciotemporalmente posible.

Karim esbozó una sonrisa desinflada.

—Te diría que lo siento —empezó después de coger aire—, pero sabes que eso es mentira. Sabes que no me arrepiento de nada que haya podido hacer para estar cerca de tu hermana.

—Sí, lo sé —respondió con hastío.

—Pero espero que sepas, también, que en mi mundo no es irreconciliable quererla para mí y respetarte a ti al mismo tiempo. Era consciente de que estaba cruzando una de tus líneas infranqueables. Era consciente, a la vez, de que esa línea era absurda, porque nunca he tratado a Paula como un divertimento ni como nada que se saliera de los límites de la adoración, a pesar de que mi adoración por ella es ilimitada. —Apoyó el codo en la barra y se inclinó sobre el costado para tratar de mirar a su amigo a los ojos —. Es el amor de mi vida, Marce.

Él se dignó por fin a encontrarse con su mirada.

Esperaba toparse con un rostro enrojecido de indignación o arrasado por un cúmulo de emociones contradictorias, ninguna de ellas salvable o positiva de cara a la esperanza de Karim, que no era otra que conservar su amistad.

Pero solo había cansancio.

—¿Crees que te voy a mandar a la mierda porque hayáis follado a mis espaldas?

Karim meneó la cabeza como si lo meditara.

—Sí, la verdad es que sí lo creo.

Marcelo suspiró y devolvió la vista al vaso de agua.

—Si mi madre no hubiera intervenido, a lo mejor lo habría hecho en un principio —confesó, visiblemente avergonzado—. Tienes suerte de que esté de tu parte. Doña Agustina, quiero decir. Aprovechó que me quedaba en Santiago unos días más para sentarme en la mesa de la cocina con un plato de empanadas caseras delante y explicarme que no puedo entrometerme en vuestra vida como si fuerais mis Action Man. Lo dijo así, tal cual: usó lo de los Action Man.

—Te encantaban los Action Man.

—Sí. —Dejó correr un silencio antes de retomarlo—. Aunque ni tú ni ella lo creáis, conozco a mi hermana. No solo la observo para

criticar sus errores o intentar ahorrarle un tropiezo, cosa que sé que me ha costado su cariño.

—Eso no es...

—Sí es verdad. Sé que no me quiere y sé que me lo buscado yo solito, como tantas otras cosas. Pero me he dado cuenta —continuó — de que a ti sí. A ti sí te quiere. Te respeta. Y, tras pensarlo largo y tendido, no me parece bien que estéis juntos porque mi madre me haya amenazado con que no arme la de Dios es Cristo..., o no solo por eso. Me parece bien porque creo que la única manera de conseguir que Paula me tenga algún aprecio alguna vez es apreciándote a ti, que, al final... —agarró con fuerza el vaso— eres una parte de mí. O yo soy una parte de ti, no lo sé. No he podido evitar atribuirme una pequeña victoria viendo cómo te ha estado mirando estas Navidades, cómo se ha ido animando conforme os ibais acercando. Era como si se acercara a mí también. Aunque no lo hiciera ni lo vaya a hacer.

No hablaba con lástima o desprecio hacia sí mismo, sino con una conciencia plena y quizá radical —tal vez un tanto pesimista— de quién era y a qué debía atenerse en la que era su realidad actual.

—Eso no lo sabes. La vida es muy larga.

—Ya. En el fondo soy yo quien debe la disculpa. Lo de Lita lo llevo yo sabiendo desde que el mundo es mundo, ¿sabes? —Lo miró de soslayo con un suspiro en la punta de la lengua—. Por si la forma en que la tratas no hubiera bastado para deducirlo, vi la foto.

—¿Qué foto?

—La de la graduación a la que te prohibieron entrar. Esa en la que sales agarrado a Paula como si todavía no te lo creyeras. Te la hizo Nicole después de que mi hermana mandara a paseo al *quarterback* aquel. Conservarla ya era indicativo de que algo te traías con ella, pero llevas más de cinco años mudándola de agenda anual en agenda anual, y te pasas el día pegado a esa puta agenda. Y yo tonto no soy.

—Nunca he pretendido tratarte como tal —se justificó enseguida —. Solo quería evitarte un mal rato.

—Y yo solo quería evitar que Paula pasara por lo mismo que Nicole.

Karim se quedó estupefacto.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que se enamorara de un tipo al que le gusta la noche, la fiesta, follar con otras y volver tarde a casa. A Niní también le gustaba la noche, la fiesta y follar con otros; eso bien lo sé yo. —Se le escapó una sonrisa despectiva hacia sí mismo que captó su reflejo en el agua—. Pero siempre me pregunté hasta qué punto lo hacía por seguirme el juego y no porque de verdad quisiera irse de *after* con dos desconocidos un martes cualquiera. Gracias al regalo que me dejó esta Navidad he podido confirmar que no me engañaba el instinto. Se follaba a otros porque yo me follaba a otras y tenía que ir mano a mano conmigo sí o sí. Decirme que la mataban los celos no entraba en sus planes. Sospechaba que yo la dejaría en beneficio de mi vida plena.

—¿Te ha dejado una carta? —se sorprendió.

—Entre otras cosas. Me alegro, no te vayas a creer que no. Me quedó debiendo una despedida escrita.

Karim inspiró hondo.

—Tu hermana no es como Nicole, Marcelo, y yo soy yo, no tú.

—No, Paula no es como Niní, y tú y yo no nos parecemos una mierda... salvo en la forma de vivir el amor y el sexo. Pero es que enamorarte de la persona equivocada te puede convertir en alguien que no eres. Imaginaba que podría convertir a Paula en una Nicole, y me negaba a ver a mi hermana en una relación intermitente y preñada de gritos, lágrimas y reproches. —Meneaba la cabeza, horrorizado de pensarlo—. Tampoco quería ver a mi amigo, al que conozco como a la palma de mi mano, rompiendo nuestra sociedad, que levantó con sudor y sangre, y alejándose del BDSM para conformarse con la monogamia.

—Hemos llegado a un acuerdo que nos hace felices a ambos —resumió con ambigüedad—. No va a haber ni lágrimas ni gritos. Y si los hubiera, ya nos encargaríamos de arreglarlo.

Marcelo asintió despacio.

—Bien.

—Entonces —retomó Karim con el corazón encogido—, si no es por mi relación con ella, ¿por qué me vas a mandar a la mierda?

Fantaseó con una sonrisa socarrona, un «No te voy a mandar a la mierda, ¿de dónde te has sacado eso?» y un abrazo sincero. Pero eso era demasiado bonito como para que ocurriera. La Navidad ya había pasado y los milagros se habían quedado en sus fechas.

—Porque no confías en mí —contestó quedamente—, y por eso ahora yo no confío en ti.

—Si es porque no fui a ti a...

—Claro que es porque no viniste a mí —lo interrumpió con vehemencia—. Mi hermana, que sabemos que no es la persona más fiestera y sexual del mundo, que, de hecho, sabemos que es formal y estudiosa, dejó la universidad para hacer lo posible y lo imposible para colarse en nuestro club. Y no te pareció que yo debiera saberlo.

—Paula ya no es una niña. Tenía que ser ella quien te lo dijera, tenía que...

—Paula no es una niña, pero sea una adulta, una vieja o un puñado de polvo en una urna, yo sigo y seguiré siendo su hermano —determinó. Los ojos le brillaban al mirarlo, desafiándolo a disputarle su lugar, a negar que su derecho fuera legítimo—, y teniendo en cuenta que estaba poniendo su vida del revés y haciendo cosas que no se pueden justificar de ninguna manera racional, deberías habérmelo comunicado para que al menos intentara razonar con ella. Para que intentara llegar al fondo de la cuestión. Y si no hubiera logrado ni una cosa ni la otra, al menos habría sabido que estaría en mi puto club exponiéndose a lo que se expuso la otra noche. Porque también es mi club, Karim. También yo decido quién entra y quién sale.

—No estabas en condiciones de hacerte cargo de la rebelión de Paula. No estabas... No estás en condiciones de hacerte cargo de nada, Marcelo. Tienes que hacerte cargo de eso antes de acusarme de mentiroso o reprocharme que no te informara de las decisiones de tu hermana.

—Créeme, voy a pasar el resto de mi vida torturándome por no haber sido digno de confianza y no haber estado a la altura de mis obligaciones laborales; al final, son dos de las razones por las que hemos llegado a lo que hemos llegado; a que casi abusaran de

Paula. Pero créeme también cuando te digo —añadió, acentuando la mirada sobre Karim— que nunca te voy a perdonar que estuvieran a punto de violarla a unos pocos pasos de donde estabas tú.

Karim aguantó la respiración un crítico segundo.

—¿En serio me vas a echar la culpa de lo que ha pasado?

—Tú y solo tú la dejaste pasar. Al no informarme de que ella estaría allí, igual que no me informaste de que por lo visto estuvo antes de la fiesta de Año Nuevo, eras el único responsable de su protección y bienestar. Pasaste por encima de mí para complacer un deseo de Paula que podría haberle costado una humillación irreparable, ¿o acaso no puedes imaginarte por qué cojones no he querido que ponga un pie en French 75? No le puse el veto para que no follara. Se lo puse porque conozco a mi público.

—Solo hemos tenido un par de códigos doce en un año, Marcelo.

—¿Y quién ha sufrido el segundo?

Karim calló un momento.

—Si no hubiera pasado nada, ¿habrías...?

—Ha pasado —interrumpió—. Ha pasado y no lo voy a olvidar nunca. Pero si no hubiera pasado, habrían pasado todos los eventos previos al abuso. Habría pasado que dejaste entrar a Paula a mis espaldas, a espaldas de tu socio, con el que levantaste todo esto —abarcó con una mano el espacio del salón— con la promesa de trabajar cada día codo con codo. Esa alianza se ha quebrado y es irrecuperable.

Aunque estuviera sufriendo lo inimaginable con la conversación, que no le habría dolido más si la hubieran mantenido a gritos, Karim entendía adónde quería llegar. No solo le había ocultado las actividades de Paula, ocultación que podría haberles salido cara; le había ocultado que había hecho uso de las instalaciones con ella.

Marcelo no podía saber esto, pero debía de intuirlo, sensible como era a esos detalles: debía de intuir que le estaba ocultando mucho más, un secreto de una magnitud capaz de destruir una vida. Y sobre todo, Marcelo sabía que Paula estaba por delante de él no ya en el ámbito personal, algo perfectamente aceptable y lógico, sino en el profesional.

Si seguían adelante, no serían Marcelo y Karim quienes tomaran las decisiones.

Paula tendría siempre algo que decir.

—¿Y qué sugieres?

Marcelo recuperó la actitud hastiada.

—Estoy cansado, Karim —reconoció—. Sabes que empecé amando este sitio y que lo he explotado a lo grande, pero hace tiempo que no lo miro con buenos ojos. Intento escaquearme de los días que me toca venir y, si vengo, tengo que emborracharme para soportarlo. Nicole inauguró French 75 con nosotros. Eligió las cortinas y el diseño de las moquetas. Estrené con ella una de las habitaciones, joder. Hay gente que todavía me pregunta «dónde está mi chica» cuando viene.

»¿Te acuerdas de mi viaje a Nueva York? Estuve a punto de quedarme allí. No habría vuelto si Paula no me hubiera avisado de que iba a quedarse unos días con nosotros. Veo el mundo de otra manera cuando no estoy cercado por cuatro paredes infestadas de recuerdos. Necesito... —Marcelo alzó la vista al techo. Tenía los ojos húmedos—. Necesito descansar.

—¿Estás hablando de tomarte un tiempo? ¿Dejarlo en mis manos hasta que te sientas con ánimo de...? —Marcelo contestó a su pregunta dirigiéndole una mirada vacía. Karim sacudió la cabeza—. No. No, hombre, no. Tú lo has dicho. Levantamos este sitio juntos. No puedes abandonarlo. No puedes abandonarme.

—Te venderé mi parte. Así podrás hacer lo que en el fondo siempre has querido: manejar el cotarro tú solo. Ser el rey de tu reino. Puede que seas polígamo, poliamoroso o como coño quieras llamarlo, pero nunca has estado cómodo compartiendo la pasta y la gloria con otro. Este ni siquiera es el club con el que soñabas, y no intentes convencerme de que te habías deshecho de esa expectativa. Sabes que esto era una transición, una primera prueba, así que dame las gracias por echarme a un lado y empieza a maquinar tu próxima conquista.

—Hablas como si siempre hubiera querido librarme de ti.

—¿Y me equivoco? En cierto modo es así. Vamos, admitir que estabas hasta los cojones de mí no te va a hacer peor amigo. Es la

verdad y es comprensible.

—No quiero que abandones el negocio —dijo Karim, evitando por todos los medios darle la razón—. Quiero que te quedes y quiero estar a tu lado para ayudarte en lo que sea necesario. ¿Vas a desintoxicarte? Estupendo, ahí estaré yo para apoyarte. ¿Quieres ir a terapia, empezar a hacer yoga o alguna de esas gilipolleces que no sirven para nada salvo para sacar los cuartos? Muy bien, me desharé de mis prejuicios y te llevaré en el coche. Esperaré en la puerta. Daré mi visión de las cosas al loquero de turno.

Marcelo sacudía la cabeza.

—Míralo de esta otra manera, Karim. Vamos a llevar a juicio a Carver. ¿Crees que eso no tendrá una repercusión significativa?, ¿que no impactará en la fama y la afluencia del club? Lo estaba hablando con Fonda antes de que llegaras y ha convenido en que perderemos, como mínimo, un treinta por ciento de la clientela. Cerremos antes de que nos den el palo. —Cogió el vaso por fin y se lo llevó a los labios. Antes de beber, dijo—: También hay que saber irse con dignidad.

—¿Y adónde te vas a ir tú? —insistió Karim, agobiado.

—No lo sé. Lejos. Cuando murió Nini, me aferré a ti y a Paula como si me fuera la vida en ello. Pensaba que era lo que tenía que hacer para no sentir que la vida se me había partido en dos; apoyarme en ese círculo huérfano para que el recuerdo siguiera latiendo. Pero ¿sabes? A toro pasado me doy cuenta de que lo único que estaba haciendo era intentar mantener unidos los pedazos de un cuadro irreparable. Lo que yo era con Nicole se ha acabado —declaró, y pareció sorprendido por la revelación. Asintió para sí mismo—. Ir los cuatro a probar cócteles al DNA Lounge un viernes noche, conducir como un kamikaze hasta Twin Peaks, apretados todos en el coche, para atrapar el atardecer; exclamar «*Pop-tarts*» cuando la discusión ha llegado demasiado lejos y estamos hartos de no mirarnos las caras. Eso se ha ido con ella.

—No puedes matarnos a los demás, Marcelo. No somos el reflejo de Nicole. Somos personas aparte. Yo era y soy tu amigo, no el suyo, y Paula es tu hermana.

—Lo sé, pero de un tiempo a esta parte, cuando os miro, solo veo al hombre que nunca soportó a Nicole y a su querida mejor amiga. Tengo que averiguar si hay otra gente en el mundo; si puedo querer a alguien que no la haya conocido. Estoy cansado —repitió en voz baja—. Necesito descansar.

Karim tragó saliva.

Era imposible tomarse como algo personal una confesión tan sincera y desgarrada. En el fondo, lo conocía demasiado bien como para decir que no se había dado cuenta, porque claro que se había dado cuenta: Marcelo había sobrevivido al luto solo para dejar constancia de que Nicole había existido una vez. Mientras permaneciera refocilándose en la ruina de su recuerdo, recorriendo sus pisadas aún húmedas en las aceras y playas de San Francisco, abrazando solo a los que la habían abrazado también por si siguiera ahí la huella de su olor, no sabría quién era o en qué podía convertirse sin su fantasma lastrándolo a los abismos.

—En ese caso —Karim cogió un vaso de whisky y vertió el agua de la botella que le había sobrado a Marcelo. Con la copa en mano, se levantó del taburete y lo invitó a acompañarlo al corazón del salón, donde ambos permanecieron en silencio, admirando su obra, durante un rato—, brindemos por eso. Por el descanso.

Chocaron sus copas con una sonrisa burlona en la cara —daba mala suerte brindar con agua— y las acabaron de un trago.

A saber cuál fue el primero que le pasó un brazo por los hombros al otro, pero unos segundos más tarde, Karim y Marcelo se sujetaban el uno al otro como se habían sujetado toda la vida.

El momento duraría lo que hiciera falta hasta que se grabara en sus respectivas memorias, porque sabían que, una vez rompieran el abrazo, se rompería también la promesa eterna de su hermandad.

Capítulo final

Paula llevaba un rato sentada en el escritorio del despacho de The Harrison. Concretamente sobre el lado de su hermano, el que más cerca quedaba del mural de fotos que había ideado para esa pared en específico y, más tarde, colgado él mismo.

No había vuelto a entrar allí después de encontrarse a Marcelo con una pistola en la mano. No había querido rememorar un momento que su mente había suprimido por mera supervivencia. Menos aún había tenido fuerzas para ver que ahora Nicole faltaba, además de en carne y hueso, en el centro de la composición.

Cualquiera que entrara en la habitación por primera vez preguntaría qué había pasado con la imagen del centro. Había un agujero más que grande. Era un agujero masivo. Un vacío que llamaba la atención ya de lejos.

«¿Qué había ahí?», preguntaría el invitado.

«Ahí estaba todo», podría haber respondido Paula.

Fue así como la encontró Marcelo poco después: con las piernas cruzadas sobre la mesa y la cabeza ladeada con cierta curiosidad, como si ella misma se cuestionara, sin tener la menor idea, el porqué de esa ausencia en el corazón de la obra.

Paula llevaba toda la mañana esperando el regreso de Karim con el alma en vilo. No había hecho falta que le transmitiera lo que quería que fuese de Carver porque él ya lo sabía. Tenía la certeza de que habría representado sus intereses de la mejor manera sin revelar ni por un instante el secreto que le había confiado.

—¿Y Karim? —fue lo primero que preguntó viendo que el aludido no se asomaba sobre su hombro ni se oían sus pisadas por el pasillo.

Gracias al silencio de su hermano, comprendió que dónde estuviera Karim ya no era su asunto.

Habían hablado, entonces.

Y Marcelo había reaccionado como siempre supieron que reaccionaría.

Hacía tiempo desde que Paula no esperaba de él más que decepciones, pero se dolió por Karim aun así. Ella había aprendido antes que Marcelo —porque Marcelo no lo había aprendido todavía— que los hermanos León eran personas separadas, seres aparte, criaturas autónomas unidas en exclusiva por un vínculo sanguíneo. Nada de lo que Paula hiciera era responsabilidad de Marcelo y, del mismo modo, ninguna decisión que tomara o estupidez que emprendiera Marcelo sería nunca culpa de Paula.

Pero ¿cómo no iba a estar dolida en el nombre de Karim? ¿Cómo no iba a sentirse responsable de la decisión unilateral que había tomado el primogénito?

Marcelo cruzó el umbral con un cansancio perceptible. Lo delataba el caminar. Cabeza más o menos gacha, hombros hundidos, manos en los bolsillos, mirada abstraída.

Por más que lo había intentado, Paula no había conseguido romper el mencionado vínculo con él. Por más que lo había odiado, envidiado, compadecido desde su pedestal —tal vez injusto— de superioridad, Marcelo todavía conseguía que el corazón se le encogiera cuando exteriorizaba su sufrimiento, cosa que debía reconocerlo que no sucedía a menudo. Al menos, nunca revelaba que padecía dolores inmensos de formas que pudieran garantizarle consuelo, si acaso regañinas o una noche en el cadalso.

Sin decir nada, Marcelo se hizo un hueco en el escritorio al lado de Paula. Los dos se quedaron sentados, con los muslos rozándose y los pies sin llegar a tocar el suelo. De lejos parecerían una sola persona: Paula sujetaba con la mano el borde de un lado del escritorio y Marcelo se aferraba al otro. Con esta postura de hombros casi pegados, presentaban de espaldas la imagen de una criatura deforme con dos cabezas y un cuerpo único.

Paula sabía exactamente lo que le tocaba decir.

—Siento haber actuado a tus espaldas. —Marcelo asintió con la cabeza, señal de que la había escuchado—. Siento haberme colado en el club, haber intimado con Karim bajo tu propio techo: tus dos techos, la casa y el club. Siento haberte metido en una batalla legal o, si no la habrá, siento haberte puesto en una situación complicada con un socio habitual.

—La habrá —fue lo único que respondió. Había clavado la vista en el espacio vacío de la pared—. Habrá batalla legal y la ganaremos.

Paula no preguntó por los detalles. Quería oírlos de la boca de Karim. Quería estar con Karim. La presencia y proximidad de su hermano la incomodaba. Sin Nicole entre los dos, ni su cuerpo físico ni su fantasma, no parecía tener sentido que compartieran espacio o hablaran.

Sin Nicole, muchas cosas habían perdido su razón de ser.

—Siento haberte quitado a tu mejor amigo —dijo al fin.

—Es lo justo. Yo te quité a la tuya, ¿no? —Ladeó la cabeza hacia Paula con una sonrisa triste—. Al menos, eso es lo que piensas. Me soportas menos desde que murió porque crees que fue mi culpa.

Podría decirle que sí. Podría decirle: «Sí, fue tu culpa porque si hubieras sido un hombre bueno, estable y serio, como bueno, estable y serio es Karim, Nicole se habría apoyado en ti después de lo que le sucedió en lugar de sufrir el doble de terrores nocturnos. Habría podido abrirse, desahogarse, emprender acciones legales contigo de su lado. Habría salido adelante».

Pero no lo dijo porque la triste verdad era que no estaba segura de ello. No estaba segura de que Nicole hubiera salido adelante incluso si Marcelo hubiese sido Richard, o Javier, o Peter, o cualquier otro novio paciente y cabal. Al final, la cuestión no era que Marcelo fuera el tipo de persona a la que no se le podía confiar una situación grave sin temer que emprendiera medidas drásticas. Era cuestión de que Nicole era el tipo de persona que se suicidaba.

Había personas que podían hacerlo y personas que no. A ella le había tocado tener ese valor o esa cobardía. Quién sabía. Paula jamás se atrevería a etiquetarlo de un modo u otro.

—Créeme —contestó ella al cabo del rato—. No fue tu culpa. Te puedo asegurar que ni siquiera estaba pensando en nosotros cuando tomó la decisión.

Marcelo aceptó de buen grado la respuesta y se refugió en el silencio un rato.

—¿Cómo crees que habría sido el resto de nuestra vida si no la hubiera tomado? —preguntó de repente. Su mirada apuntaba a los agujeros de la pared como si el rostro de Nicole siguiera allí, o como

si el cuadro pudiera haber dejado una impronta del mismo en el papel—. Porque estoy seguro de que no me habría dejado si no hubiera decidido morir. Ahora, de hecho, gracias a su carta, tengo la certeza de que me dejó porque pretendía morir.

—¿Había una carta con el regalo de Navidad?

Marcelo se sorprendió.

—¿No lo has abierto?

—No. Lo dejé en Santiago.

—¿Por qué? ¿No piensas ver qué es?

—Por ahora no —confesó ella—. Iré a buscarlo cuando tenga la certeza de que no me desestabilizará. Todavía me siento incapaz de enfrentarme a su último gesto, y si me dices que involucra palabras, menos preparada me veo.

—Es justo. Dios sabe que a mí me ha desestabilizado —murmuró. A fin de impedir que la conversación acabara ahí, pues por una vez su hermana estaba receptiva, insistió en su pregunta inicial—: ¿Entonces? ¿Crees que cinco años después, ella y yo habríamos seguido juntos?, ¿que vosotras habríais seguido juntas?

—No. —Los dos se sorprendieron con su respuesta, que había brotado de su boca como agua de un surtidor. De la misma manera fluyó la explicación posterior, como si hubiera estado secretamente almacenada en su memoria desde hacía años—. Eras un novio de mierda. Ella era una novia de mierda. Tarde o temprano, alguno de los dos habría llegado a su límite y habríais roto los lazos para siempre. A lo mejor, unos meses después de la ruptura, os habríais cruzado y habrían saltado las chispas. A lo mejor, unos años más tarde, tras coincidir en la boda de un conocido o en la misma calle, habríais insistido en quedar para tomar un café y habríais terminado echando un polvo que os habría hecho sentir fuera de lugar. A lo mejor, superada esa extrañeza inicial, os habríais reído, os habríais despedido con un beso en la mejilla y vuestras preguntas de si habría salido bien o no, de si tomasteis o no la decisión correcta, habrían quedado por fin respondidas. Pero estoy segura de que no —concluyó—, no erais el destino del otro.

—¿Y el tuyo?

—Yo tampoco la habría conservado para toda la vida —admitió con amargura—. También tarde o temprano me habría dado cuenta de que me quitaba más de lo que me daba. Me habría cansado de estar en medio de vosotros. Habría dejado de verla como si fuera Dios encarnado y, como consecuencia, habría dejado de aguantar muchas de sus estupideces y locuras; habría aceptado, por fin, que ella y yo no teníamos nada en común. Ni siquiera nuestros valores coincidían, y los valores son lo más importante.

Marcelo la estaba mirando con mucha atención. Ni rastro quedaba del hermano de la sonrisa condescendiente, rayana en la burla, que ponía los ojos en blanco cuando daba una opinión académica o personal sobre un tema que estimaba aburrido.

Nicole había tenido que morirse para que Marcelo viera a Paula como lo que era: Paula. No su hermana pequeña, no la mejor amiga de su novia, no la chica por la que Karim era capaz de bajar la luna del espacio; Paula en su totalidad.

—¿Y por qué no retomas la carrera que te permitirá dedicarte a esos valores tan importantes? —preguntó con suavidad.

Paula levantó las cejas.

—No me sorprende tanto que sepas que llevo dos meses faltando a clase como que hayas sacado el tema sin ladrarme.

Marcelo se concedió una pequeña carcajada.

—Era cuestión de tiempo que me enterase. Con alguien tenía que despotricar nuestra madre después de que le comunicaras tu decisión de dejarlo vía mensaje de texto.

—No tuve el valor de decírselo a la cara. Y menos en Navidad.

—Normal. Le ha roto el corazón. Y ya está bien de romperle el corazón a mamá, ¿no? A ella también se le murió Nicole, aunque no fuera su persona preferida. Lleva un año vigilándonos todo lo que se lo permite vivir en Santiago porque la aterra que uno de los dos le vaya detrás. Me ha tenido que rogar de rodillas que pare de drogarme, y ahora que me planteo obedecer, ¿tú abandonas la universidad? Ya te has colado en mi club y ya me has robado a mi mejor amigo. Ahora vuelve a Stanford y termina tus estudios, ¿o qué más quieres de mí?

Paula le devolvió la mirada con curiosidad. Por la paz, prefirió ignorar que se hubiera llevado sus estudios y sus decisiones personales al terreno propio, como si él fuera el centro del mundo.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Recoger mis cosas y mudarme unos días con mi colega Harry. El abogado que te llevará el caso —añadió—. La semana que viene cogeré un vuelo a no sé dónde. Nueva York, a lo mejor. Nueva Orleans. Algo que tenga la palabra «nueva» para que encaje con mi propósito de empezar una nueva vida. Desapareceré. No tendrás que verme el pelo.

Paula vaciló.

—¿Y si me graduara? ¿No vendrías a hacerme una foto con el birrete y el diploma?

Marcelo le sonrió, ahora sí, de verdad.

—Pues claro. ¿Qué vamos a colgar ahí, si no? —Señaló el hueco vacío de la pared. Luego suspiró y volvió a admirar el espacio que antes había ocupado Nicole—. Irse es lo que más sentido tiene. Es asombroso que no se me ocurriera antes. Mirando ese hueco lo entiendo por fin. Nicole era el centro de todo. Daba igual que fuese caótica y problemática. Me mantenía unido a ti y a ti te mantenía unida a mí, aunque fuera por la fuerza. Y, a la vez, de forma indirecta, os unía a ti y a Karim. Ella hacía que el cuarteto tuviera sentido. Ahora que no está, yo sobro en tu vida y en la de mi amigo. Solo tenéis sentido Karim y tú porque sois los únicos que habéis creado algo nuevo. Algo que no está manchado de sangre.

Marcelo no le dio pie a contestar, y en el fondo lo agradeció porque no habría sabido cómo consolarlo. Nunca había sabido cómo consolarlo porque nunca había sido accesible, y ella, por imitación o por venganza, tampoco le había permitido acercarse.

A diferencia de Marcelo, que pese a las limitaciones de ambas partes había aprendido a quererla a su manera, Paula no había conseguido desarrollar por su hermano un afecto sólido y más o menos demostrativo. Él truncaba cualquiera de sus amagos y esfuerzos con numeritos, su trato cruel e inmerecido y su inconsistencia. Y fuera por sus circunstancias o por una cuestión de

carácter, Paula era difícil de impresionar y conquistar ya de serie. Paula era infranqueable para la mayoría del mundo.

Para Marcelo también, o para Marcelo sobre todo.

Pero esa tarde la conmovió robándole un beso en la sien.

—¿No piensas echarme la bronca? —preguntó Paula, pasmada—. ¿No vas a recordarme por qué no podía entrar al club? ¿No quieres hablar o, mejor dicho, gritar sobre lo que ha pasado con Carver?

Marcelo la miró con llaneza.

—Si pensara que soy el único que puede hacerte ver la gravedad de todo esto, lo haría, pero no lo soy. Y, aunque lo fuera, no me escucharías. Lo pongo en manos de Karim, que es a quien quieres y respetas. A pesar de todo, ya ves que le confiaría mi vida entera. Se la estoy confiando.

Así fue como se despidió de ella para marcharse a recoger un puñado de mudas, el cargador del móvil, un par de chándales. No volvió a pasar por el despacho para decirle adiós en condiciones y tampoco esperó a que llegara Karim. Se marchó en silencio, como había llegado, y Paula pensó a su pesar que el gesto de dejarles a ellos la casa después de todo era curiosamente generoso.

Los socios debían de haber dispuesto así la precipitada mudanza y el fin de su contacto, porque no habían pasado ni quince minutos desde la partida de su hermano cuando Karim le relevó. Esta vez, Paula se levantó del escritorio y fue a recibirlo con agitación.

Lo había visto hacía menos de tres horas, pero el reencuentro fue tan festivo que parecía que hubiera ido a buscarlo al aeropuerto tras años de separación. El corazón se le encogió al verlo arrojar las llaves con desgana sobre la cómoda y suspirar por lo bajini. Todo rastro de tristeza desapareció de sus ojos al alzar la vista y verla acudiendo a su encuentro.

Entonces, una sonrisa cansada pero sincera iluminó su semblante.

Paula se puso de puntillas y lo besó en los labios, primero con suavidad y lentitud, después con la impaciencia y el furor que había sentido mientras había estado fuera. Karim la estrechó contra su cuerpo hasta el punto de levantarla en vilo y caminó con ella en brazos hasta el salón, donde siguió besándola a placer con calma y dedicación.

Si era posible borrar la preocupación de una persona a base de besos, él lo consiguió.

Se separó lo suficiente para mirarla a los ojos.

—Hola, por cierto.

—Hola —atinó a responder ella. Había terminado totalmente tumbada sobre su regazo, rodeándole el cuello con los brazos—. ¿Quiero saber lo que ha pasado en la reunión?

—Nada significativo. Sabremos cómo se va desarrollando todo conforme pase el tiempo. —Le acarició la cara con una expresión entre seria y conmovida—. ¿Cómo estás?

—Bien. El episodio con Carver no me ha dejado ningún trauma, si es lo que te preocupa. Creo que ya no queda espacio en mí para más dolor.

—¿Y queda espacio para la alegría, o eso tampoco?

—Algo quedará —respondió con una sonrisa remolona. De inmediato mudó la expresión para respetar la seriedad del tema—. ¿Qué ha pasado con Marcelo? Ha venido a despedirse y me ha dado la sensación de que no está furioso contigo.

Karim vaciló antes de contestar.

—Necesita tiempo. Eso es lo que quiero pensar, al menos. Sabes que soy un hombre optimista. Lo que tiene claro... Lo que tenemos claro es que vamos a cerrar el club.

Paula se incorporó con preocupación.

—¿Cómo?

—No pasa nada —se apresuró a decir sin detener las caricias a su pelo—. Se niega a seguir allí, y yo me niego a seguir allí sin él. No lo quiero obligar a permanecer atado a lugares y obligaciones con las que no puede cargar ahora mismo, y como tú bien sabes, nunca ha sido el tipo más responsable del planeta. Por esa parte, me alegro de tener libertad para buscarme la vida de nuevo.

—¿Te vas a buscar la vida de nuevo? —vaciló—. ¿Cómo?

—Bueno... —Karim sonrió y fingió ocuparse arreglándole a Paula el cuello de la bata—. Teniendo en cuenta que a mi novia le queda un semestre para graduarse y seguramente querrá hacer un doctorado después, lo más cómodo sería que nos mudáramos un tiempo a Palo Alto, para que esté cerca del campus. Con el dinero

que tengo ahorrado, que no es moco de pavo, puedo ir estudiando ciudades y locales interesantes para levantar otro club. Uno que, ahora sí, cumpla con cada una de mis expectativas.

—¿Quién es tu novia? —Paula arqueó una ceja—. Porque a mí no me ha pedido salir nadie.

—¿Y eso te fastidia? Mi novia se ha convertido en mi novia sin enterarse porque, por lo poco que la conozco, solo una década y pico observándola —cabeceó con humor—, no me ha dado la impresión de que le gusten los hombres que se arrodillan con un ramo de flores y pronuncian cursilerías.

—Tampoco tenías la impresión de que le gustara el BDSM y las relaciones abiertas, entre otras cosas.

—Eso es cierto. Tendré que ponerla a prueba, entonces. —Le hizo un guiño—. Tiempo al tiempo.

Paula le cubrió la cara con las manos. Se empapó de los detalles que ya se había estudiado de memoria, desde la huella de las arrugas consternadas que la conversación con Marcelo le había dejado en la frente hasta el borde del mentón, donde se perfilaba la el vello negro y corto de la perilla.

Le sonrió con los labios temblorosos, presa de una euforia inexplicable.

¿Así se sentía que todo hubiera acabado, o que estuviera en proceso de acabar?

—¿Sabes? Quiero estar triste por el modo en que se han dado las cosas. Quiero estar triste por Marcelo, por Nicole, por lo que ha ocurrido hace un par de noches, porque miro al horizonte y no veo nada claro... —tragó saliva—, pero no puedo. ¿Soy una mierda de persona por eso?

—No. Creo que ninguno de los dos hemos asimilado aún todo lo que ha pasado, pero creo que ni siquiera nos derrumbaremos cuando lo hayamos aceptado.

—Es como si fuéramos las únicas personas en el mundo, ¿verdad? —murmuró Paula, manipulando muy despacio el rostro de Karim; seguía con las yemas de los dedos sus pómulos erguidos, la línea de la mandíbula—. Eres la única persona que existe en mi mundo, y sé

que puede sonar triste o preocupante para otros, pero así es como a mí me gusta.

—Así es como me gusta a mí también —contestó en el mismo tono, y se inclinó para reclamarle un beso—. Todo va a salir bien. Me crees, ¿a que sí?

Paula cabeceó con aire socarrón.

—Es fácil creerte cuando todo te ha salido bien desde que te conozco. No hay nada que te hayas propuesto y no hayas conseguido tarde o temprano. Incluida yo.

—Más tarde que temprano —convino con una sonrisa risueña—, pero sí.

—En cuanto te has dignado a actuar, Califa. En cuanto te has dignado a actuar.

A fin de llenar la casa de un ruido que mantuviera alejados los pensamientos negativos, Karim propuso poner una película y Paula dejó en sus manos la decisión del título. Lo único que ella quería era sentirlo cerca, explotar de placer hasta olvidar el precipitado curso de los acontecimientos, pero entendía que, en cierto sentido, el cadáver de Marcelo aún estaba caliente. Incluso si no estaba allí para verlo y nunca se enteraría, podrían sentirse culpables acostándose después de la tragedia.

Y, sin embargo, en cuanto Karim seleccionó entre todo el catálogo la primera película del James Bond de Daniel Craig, *Casino Royale*, Paula no pudo evitar que sus manos cobraran vida propia. Cubrió su pecho con una caricia prolongada que se detuvo convenientemente en el ombligo, y luego ascendió hasta su nuez de Adán, que rozó con las yemas con expresión maravillada antes de besarla.

Karim agachó la cabeza hacia ella para amagar un beso tocándole los labios con los propios. La mano con la que le rodeaba la cintura descendió a sus nalgas, que atrajo hacia sí para sentarla con propiedad sobre su bragueta.

—Cuando te pregunten, dirás que tu novia está terminando la carrera... —murmuró contra su boca entreabierta—, pero ¿qué diré yo cuando me pregunten a qué se dedica mi novio?

—Di que lo único que hace en todo el día es pensar en ti. Lo demás es anecdótico.

Paula esbozó una sonrisa bobalicona que en otro momento de su vida quizá habría deplorado. Movió las caderas sutilmente para rozarse con el bulto del pantalón, que poco a poco fue endureciéndose.

—¿Y si me preguntan en qué trabaja?

Karim le miraba los labios con los ojos entornados.

—Pídeles que te lo pregunten en unos años, cuando haya abierto mi propio club. A poder ser, en otra ciudad que no albergue tantos recuerdos de Marcelo y Nicole. Será más grande. En él cabrán los ricos y los que no lo sean tanto. Me dará tanto dinero que podré enterrarte en ropa bonita y viajes a playas paradisíacas. Empezaré por regalarte un batín de seda importado de Asia —decidió después de echarle una mirada desdeñosa a su pijama—. Luego me regalaré un avión privado.

—Un avión privado —repitió en tono de burla—. Pues viajarás solito en él, porque no estoy de acuerdo con la huella de carbono que dejan los millonarios con sus estúpidos caprichos aéreos.

—Eso ya lo veremos.

Paula se incorporó muy despacio para sentarse a horcajadas sobre él. Le echó las manos a los hombros y dejó escapar un gemido cuando empezó a frotarse con su erección.

—¿En qué otra ciudad?

Con la mandíbula desencajada de deseo, Karim le rodeó las caderas.

—Los Ángeles, a lo mejor.

—¿Y cómo se llamará?

—¿Cómo quieres que se llame?

—¿Lo dejarías a mi elección?

—No te quiero solo por tu cara de ángel —le dijo con una pequeña sonrisa—. También me fío de tu criterio.

—Y yo no te quiero solo porque me tengas en consideración. También porque sabes que a veces debes hacer lo que crees oportuno, aunque no coincida con mi opinión. Y es oportuno que levantes ese club a la imagen y semejanza de tus sueños, sin la intervención de nadie.

Karim no contestó verbalmente. Agradeció su confianza cubriendo su cintura con las dos manos y prodigándole una caricia ascendente a su cuerpo. Imitó la ruta hacia abajo, deleitándose una y otra vez con las curvas femeninas.

La película seguía reproduciéndose en la televisión, de espaldas a Paula, pero pudo escuchar el diálogo que hizo que la expresión de Karim adquiriese un aire pensativo.

—*I'm the money* —decía una voz femenina.

—*Every penny of it.*

Paula giró la cabeza a tiempo para ver la escena en la que Daniel Craig y Eva Green intercambiaban la primera mirada.

Ella le tendía su tarjeta y la cámara enfocaba el nombre de su personaje: Vesper Lynd.

—Adoras esta película, ¿eh? Te has pasado viéndola los últimos... ¿ocho?, ¿nueve años?

—Es de 2005. Una de mis favoritas... y una de las razones por las que decidí que los apodos de los clientes serían nombres de cócteles.

—¿Quién era el Vesper?

Karim le guiñó un ojo.

—Hasta ahora, nadie. A partir de hoy, parece que será el nuevo club.

Epílogo

Se habían cumplido tres días desde que el decano de la Universidad de Berkeley había pronunciado el nombre de Paula María León Hernández. Bajo la mirada estupefacta de los que aún no podían creerse que una mujer tan bella hubiera renunciado a vivir de su apariencia para, en su lugar, cultivar la intelectualidad, la aludida había subido al escenario con la flamante toga y la estola para recibir los honores. El miembro de la directiva le había colgado sobre los hombros la capucha doctoral púrpura, como exigía el protocolo de los especialistas en Derecho, y había agregado unas palabras orgullosas en referencia a su excelentísimo trabajo, digno de matrícula de honor.

Seis años después de haberse graduado en Stanford, Paula se había trasladado a Berkeley para sacar adelante su tesis doctoral sobre los derechos laborales de los inmigrantes.

Entre el público de la ceremonia no habían podido faltar algunas amistades que había cosechado durante el último curso, su madre, su padre y, por supuesto, Karim, que había sido quien la había esperado a los pies del escenario para cogerla en brazos y «ridiculizarla» besándola delante de todo el mundo.

Hacía tiempo desde que ya no tenían por qué ocultar lo que eran: una pareja formal.

Salvo cuando no lo eran, claro..., pero eso pertenecía al ámbito privado.

Ambos habían mantenido hasta el último momento la esperanza de que Marcelo los honrara con su aparición. Como dictaba el decoro, le habían hecho llegar una invitación tanto a la ceremonia como a la celebración, que tendría lugar unos días más tarde en un exclusivo local de Los Ángeles famoso por su coctelería. Pero por más que Karim había buscado los rizos saltones de su amigo y el traje informal con el que le gustaba asistir a ese tipo de eventos, no había hallado ningún rastro entre la concurrencia.

El tiempo no había sido benevolente con el vínculo que había creído sagrado entre los tres. No le cabía la menor duda de que, estuviera donde estuviese, celebraba que su hermana hubiera concluido sus estudios —según Paula le transmitió, había sido la última voluntad que le manifestó antes de marcharse—, pero, por lo visto, acudir al campus de Berkeley para demostrarlo y felicitarla como Dios mandaba estaba fuera de toda consideración.

Karim no había sabido cómo sentirse al respecto, si triste, furioso o resignado. Había evitado compartir con la familia León o con la misma Paula estos sentimientos para no arruinar el día, si bien había sido la primera en percibir dicha ausencia.

No estaba prohibido hablar de Marcelo, pero todo el mundo parecía haberse puesto de acuerdo para no mencionar su nombre a la ligera. Pertenecía a un pasado impenetrable. Y, aunque dolorosa, la situación no les impedía disfrutar del glorioso presente que se abría ante ellos.

Hacía tiempo desde que Karim había entendido que la vida se trataba de eso. Hacerse a la idea de que las personas, los empleos y los sentimientos estaban en constante cambio, no necesariamente para su evolución hacia el éxito, y tratar de adaptarse a ello con dignidad.

Paula era su inspiración en este aspecto al ser el mayor ejemplo de que se podía encontrar un equilibrio. No había más que verla después de haberse consagrado como una de las alumnas más brillantes de Berkeley. Se movía por el salón que habían reservado para la fiesta con una seguridad aplastante y, a la vez, ese aire inalcanzable que advertía de no tomarla por inofensiva. Saludaba con educación, reservándose para Karim la sonrisa sincera, a los muchos compañeros y catedráticos que la querían y la admiraban. Lucía un vestido de tubo hasta la rodilla con el escote cuadrado y los tirantes finísimos.

El azul marino siempre había sido su color.

Apoyado en una de las mesas altas del garito, Karim la observaba con una fijeza que le habría valido la acusación de acosador si no hubiera sido su pareja. Estaba convencido de que sus amigos de la universidad se preguntaban qué hacía una mujer tan inteligente con

un hombre que había terminado el Bachillerato por los pelos en un instituto público y llevaba los últimos años cambiando de trabajo y moviéndose de ciudad en ciudad, ahorrando como un jabato, para invertir el dinero en un fin misterioso.

El único invitado que sabía lo que se proponía, Magnus Vass, era asimismo el único que entendía la pareja que formaban. Para él tenía todo el sentido que una joven intelectual y un hombre de grandes pasiones hubieran ido a parar a los brazos del otro.

«Hay que contrarrestar el veneno con otro distinto», había dicho en una ocasión, en parte para justificar su propia elección de pareja.

Karim se alegró de que Magnus hubiera podido ir a la celebración. Le había venido que ni pintado que la fiesta fuera en Los Ángeles, pues llevaba unos cuatro años viviendo en el barrio de Brentwood: los que llevaba casado con la mujer a la que había dejado embarazada sin querer... lo que no significaba, no obstante, que no la quisiera.

En honor al respeto que le tenía y la amistad que habían ido fomentando con el paso de los años, Karim había evitado compartir esto con él, pero opinaba que el destino en persona había interferido vinculándolo de por vida a la única mujer que había conseguido conquistarlo; aquella señorita tímida pero encantadora que no mucho tiempo atrás lo había rechazado, arrojándolo a su primera y última etapa de celibato voluntario y desesperación.

Paula y Karim se habían frotado las manos al descubrir que ella había vuelto a llamarlo, abochornada, nada más saber de su embarazo. Magnus había hecho lo que un hombre con sentimientos y sentido de la responsabilidad tenía que hacer: proporcionarle apoyo, sustento y amor incondicional.

En ese preciso momento, sacaba el móvil del bolsillo del pantalón para asegurarse de que no tenía mensajes de su mujer exigiendo que volviera a casa cuanto antes.

Por el camino, ya que estaba, consultó las últimas noticias.

Karim ya las había leído esa mañana. Sobre todo le importaba estar enterado de lo que se cocía en California, su rango de acción. No volvería a sentir jamás ni la mitad de la exaltación que experimentó cuando amaneció un día y leyó el artículo que se había

publicado destapando los abusos de James Carver; ni la mitad de la terrible satisfacción que delató Paula leyendo, no mucho tiempo después, que había muerto en extrañas circunstancias.

El espacio físico que antaño había alojado Carver & Ford seguía en pie, pero la firma, así como sus socios mayoritarios, habían cambiado de nombre y de prioridad. Fonda & Thorne se había convertido en muy poco tiempo, gracias a su éxito en casos polémicos, en el mejor bufete al que dirigirse cuando se tenía un pleito penal o civil.

Todo había ido poco a poco colocándose en su sitio. Si Karim hubiera creído en Dios, habría pensado que andaba inspirando a la gente que le rodeaba para favorecerlo. Pero lo único en lo que creía era en la mujer que acababa de disculparse con el catedrático que había guiado su tesis para regresar con él, cóctel en mano.

Le pareció que caminaba en su dirección a cámara lenta. Se derritió igual que cuando aceptó que estaba enamorado de ella, igual que el día anterior e igual que haría dentro de treinta años, cuando ya no fueran jóvenes.

Karim acudió a su encuentro y alargó la mano para pedirle la suya, que enseguida le fue concedida. La besó en el dorso, luego en la palma y, por último, entre los dedos.

Paula le sonrió, escueta como siempre, y dijo:

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

—Por experiencia y estadística, diría que no, no lo creo. —Acompañó la respuesta de una mirada abrasadora.

Ella puso los ojos en blanco, divertida, y se colocó a su lado para invitarle a admirar el salón. Hizo un gesto con la mano para abarcar los palcos superiores, que concedían una vista perfecta al amplio cuadrado que ocupaban los invitados. Señaló las barras escondidas, señaló las cristaleras que daban a otras salas más pequeñas para grupos que preferían intimidad.

Karim comprendió lo que le estaba queriendo decir antes de que ella lo mirase con la ceja arqueada.

—¿No te parece que este es el sitio?

—¿No te parece que no deberías andar maquinando el día que celebras tu título de doctora?

—¿No te parece que ha llegado el momento? Podrías comprarlo. No necesita demasiada reforma. Todavía tienes muchos de los... aparatos en el almacén de San Francisco. Y está en Los Ángeles —añadió—, la ciudad que querías.

Karim inspiró hondo, pensativo, y barrió con una mirada calculadora la arquitectura que les rodeaba.

Podía imaginárselo. Ya lo estaba viendo, en realidad.

La noche cerrada.

Las luces de neón.

El olor a cuero.

La gente bailando pegada.

Las camas ocupadas al otro lado de las cristaleras.

Y encima de todo eso, en el palco que dominaba el territorio como un trono monárquico gobernaba su salón de recibimientos, estaría él, el Califa.

Con su mujer al lado.

Eso por supuesto.

Nota de autora

Antes de zambullirme en el Momento Emocional de fin (¿o principio? Ahora elaboro) de saga, detalle a considerar antes de empezar a sacarme los colores:

- Me he tomado la libertad (y cuándo no) de no especificar el año en el que está ambientado la novela. ¿Por qué? Porque tengo dislexia para los números, así de simple, y no quería meter un gazapo. Sé que la historia sucede al menos diez años antes de *FURTIVO* (la primera que publiqué, no la primera cronológicamente hablando), y como *FURTIVO* se publicó en 2023, pues no sería descabellado asumir que Paula y Karim se juntan entre 2011 y 2013. Hasta ahí puedo contar.
- El poeta Nicanor Parra se menciona como si estuviera vivo porque lo que ya veis que sí tengo claro es que todo esto ocurre antes de su muerte en 2018.
- Habréis visto también que cito canciones publicadas con bastante posterioridad. Pero como Shonda Rhimes puede meter *thank u, next* de Ariana Grande versionada a violín en *Los Bridgerton*, una serie decimonónica, yo puedo meter canciones de Kim Petras de 2022, ¿a que sí?

Aclarado esto, podéis empezar a sacarme los colores por cualquier otra razón.

Seguro que resulta curioso que escriba ahora, en el libro final, la primera nota de autora de la saga *Fuego y Sangre*. Primero quiero aclarar que me reservo el derecho a cambiar el nombre de la saga en el corto o largo plazo si considero que es más sabio dividirlas en dos bilogías independientes y dos libros autoconclusivos. Le he dado muchas vueltas a esta cuestión y todavía no sé si *Prohibido* debería ser el que abra la saga —cronológicamente es el primero— o el que la cierre —es el último que he escrito, y me mola que sea la historia que remonta a los orígenes la que concluya—; todavía no sé si

Furtivo debería contar como libro en solitario, así como *Clandestino*; todavía no sé si es más sabio leer *Sentenciado* después de *Furtivo* o después de *Clandestino*.

Si este es el primer libro que lees y no sabes de qué hablo cuando menciono estos títulos, déjame iluminarte con el orden que yo seguiría:

1. ***Furtivo* I y II**, que funcionan como una única historia dividida en dos tomos, no para hacer más dinero, como se pueda pensar, sino para hacer de la experiencia algo más llevadero —a nadie le gusta leer y ver que no avanza el porcentaje— y porque de verdad me parece que la historia tiene dos partes diferenciadas, con dos narradores diferentes: el primero solo la protagonista, y el segundo una doble voz.
2. ***Clandestino* I y II**, y repito todo lo que he dicho en el punto número uno.
3. ***Sentenciado***, novela única.
4. ***Prohibido*** queda a elección del consumidor. Habrá quien la haya leído la primera y quien la haya leído la última. Cualquiera de las dos opciones es correcta, y creo que lo mismo sucede con ***Sentenciado***, en realidad. El eje central de las historias originales (*Furtivo* y *Clandestino*), quien hace posible que surjan, es **Kir Royale**, así que lo importante es leer en orden estos dos primeros libros y los demás como uno guste.

Por hablar un poco más y de forma personal sobre este proyecto que comenzó en enero de 2023 y termina a finales de 2025 —ya sabéis que soy rápida—, seguiré también este orden recomendado.

La escritura de *Furtivo* fluyó como un río de montaña. La idea brotó en mi cabeza a principios del año 2023 y se impuso a las que había estado acariciando con tanto empeño que no me quedó otro remedio que priorizarla. No me detuve un solo día desde entonces

hasta que culminé el primer tomo, y el segundo fue casi inmediatamente después.

Furtivo era la historia por la que tenía que empezar porque la protagonista era tan inexperta en el BDSM como yo misma, tan inocente como yo misma, tan normal y corriente como todas las que lo leyeron (insisto, como yo misma). Al tratarse de mi primera historia del género, categóricamente erótico y con un tinte de *thriller* que la distinguía del resto de mi obra, la puse al alcance del público en una plataforma de internet para hacerme una idea de cómo se iba recibiendo. Y se recibió de un modo que no podría haber soñado a pesar de ser veterana en esto de publicar libros «por fascículos» en Wattpad. Hubo un movimiento #proHurricane precioso y sentí que se me apoyaba sin importar lo que hiciera. Sin duda la trama del libro, sencilla, y el modelo de personajes —ella, tu *typical girl next door*; él, un hombre magnético y atormentado— ayudó.

Pero nada ayuda tanto como tener unas lectoras fieles y preparadas para dejarse sorprender.

La escritura de *Clandestino*, que me tomó el final del año 2023 y casi todo el año 2024, fue un camino oscuro y escabroso en el que tenía que internarme. Después de más de veinte años escribiendo, desde cuentos hasta poesía, pasando por reflexiones y ensayos, y, sobre todo, después de más de cinco participando en la industria como profesional del gremio, tenía que llevar a cabo un proyecto de mayor envergadura. Tenía que crecer. Tenía que pulirme, perfeccionarme, irme al extremo, y, a diferencia de como hice con *Furtivo*, tenía que distanciarme de la opinión pública, las modas literarias y las exigencias ajenas para crear algo mío. Algo que *me dijera algo*. Algo que me obligara a sentarme días y días a pensar antes de teclear una palabra. Es, hasta la fecha de hoy (diciembre de 2025), el proyecto que más tiempo me ha tomado y del que más me enorgullezco porque es íntegramente mío.

La escritura de *Sentenciado* siempre fue una posibilidad imprecisa, pues los protagonistas surgieron como secundarios de *Furtivo* y tuvieron la suerte de retener la atención. Siempre repetiré que fue una desafortunada casualidad que Michael terminase protagonizando un libro; si los protagonistas de *Sentenciado*

hubiesen sido creados para el propósito de una novela autoconclusiva y no se los hubiera robado a otra trama, jamás habrían concurrido las casualidades de que fuera narcotraficante y nacido en México. No me gusta caer en estereotipos y menos me gusta aún herir los sentimientos de mis lectoras, en especial las mexicanas, que son de las que más cariño me muestran.

Más allá de este detalle, el proceso de *Sentenciado* fue una gozada. Liberada ya de expectativas —*Clandestino* hizo ese precioso trabajo por mí—, pude dedicarme a la maravillosa tarea de buscar modismos, música y anécdotas mexicanas.

En cuanto a la escritura de *Prohibido*, no puedo negar que haya llegado en un momento complicado de mi vida. Después de haber escrito una novela gótica que algún día verá la luz y, a posteriori, una *romcom* ambientada en España, es complicado pasarse a una historia de este corte. Sobre todo cuando te sientes muy alejada del público, del acto disciplinado de sentarte a diario a añadir páginas; cuando hace más de un año que no tratas a los personajes sobre los que estás escribiendo.

Siendo muy franca, la posibilidad de abandonar de por vida esta vocación que tan feliz me ha hecho siempre no ha dejado de cruzar mi pensamiento, y estoy segura de que esto ha quedado plasmado de un modo u otro en el texto, sea en su aire pesimista, en el hecho de que Paula abandonara la universidad o algo que todavía no veo, pero que sin duda reconoceré cuando coja el libro dentro de unos años y lea un par de párrafos. Pero elegí a Paula y a Karim para intentar enamorarme de nuevo de la escritura porque presentaban lo que yo vengo necesitando desde hace un año: un reto.

Una mujer prácticamente asexual, reprimida, venida de un ambiente que la maltrata y contra el que se rebela; un hombre posesivo, adicto al sexo y a la diversión, en apariencia incapaz de dar su brazo a torcer. Les decía a mis amigas: si no fuera porque estos dos acaban juntos, como se ve en *Furtivo* y compañía, los dejaba separados. Pero la improbabilidad de esta pareja me resultaba llamativa, y representaba lo que para mí es el amor en su máxima expresión, lo que creo que todas buscamos cuando

hablamos del príncipe azul: Karim es un hombre que lucha y cede en idéntica proporción por la mujer a la que quiere.

Quiero dar las gracias, primero, a *Furtivo*, por haber abierto un poquito la puerta a ese mundo que pocas autoras de romántica se atreven a explorar por el carácter monógamo y tradicional que parece que deben tener todas las parejas —y novelas— del género. Le doy las gracias a *Clandestino* por curarme de la convicción de que no podría hacer lo que me diera la gana, de que la prioridad sería siempre complacer y no crecer. Le doy las gracias a *Sentenciado* por reafirmarme y consolidarme en esta determinación, y por brindarme una gran diversión en el proceso.

Le doy las gracias a *Prohibido* por haberme planteado retos que creía insalvables.

Le doy las gracias a mi público por leerme.

Le doy las gracias a los seres humanos por ser tan tremendamente complejos e interesantes. Si no los encontrara conmovedores, si no sintiera una poderosísima curiosidad por sus inquietudes, sus sueños y esperanzas, nunca habría escrito una sola palabra. Gracias a ese impulso de conocer, de comprender, pienso y lo plasmo, y gracias a plasmarlo, creo que vosotras, como mínimo, os entretenéis.

Ojalá siga así por mucho tiempo más.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo final
Epílogo
Nota de autora

---

[1] Es muy tarde para cerrar esa puerta (*Como Te Quiero Yo*, de Kali Uchis).
[2] No importa lo que digan. No te quieren como te quiero yo. Te quiero constantemente, eternamente, incondicionalmente.
[3] Se respeta la manera de fechar estadounidense: mes/día/año y no día/mes/año.

[4] Expresión coloquial chilena que quiere decir, básicamente, «no me toques los cojones».
[5] En Chile, a los novios se les dice «pololos»; «pololear», por tanto, es andar de novios, estar en una relación. Al ser un texto en castellano, en cursiva se pondrán todos los modismos que el personaje, que se sobreentiende que habla en inglés, menciona en su lengua materna, el español.
[6] Sinónimo de «pene» en Chile.
[7] «Estupendo» o «genial», coloquial en Chile.
[8] «Mi corazón» en árabe.
[9] Cuando estés listo, ven y lo coges, de la canción *Come & Get It.*
[10] Porque el desamor es astuto y el amor es una zorra (*Love Is a Bitch*).
[11] ¿Por qué estás tan obsesionado conmigo? Chico, quiero saberlo (...) Está claro que estás enfadado conmigo. Al fin has encontrado a una chica que no podrías impresionar, ni el último hombre sobre la tierra podría conseguir eso. (*Obsessed*, de Mariah Carey).

[12] «Intuir» en Chile y Bolivia.

[13] Modismo originario de Argentina, pero popularizado en Uruguay y Chile. «Chamullo» o «chamuyo» significa palabrería que tiene el propósito de convencer.

[14] Modismo chileno que quiere decir «excelente», «bacán».

[15] Servicio de Impuestos Internos, organismo estadounidense encargado de cumplir las leyes tributarias.

[16] Se suponía que te quería, pero parpadeé y no eras la misma. ¿Te quiero? No sé si te quiero. ¿Me quieres? No sé si te quiero. (*Est-ce que tu m'aimes?*).

[17] Te conozco de memoria, como si te hubiera conocido siempre. Eres mi mejor amiga, mi alma gemela, contigo estoy en el bono. Entre nosotros es físico; como la calle, me atraes como un imán. (*La meilleure* de Hatik, Jok'air).

[18] Amor, amor, amor, amor, eres la mejor, la mejor, la mejor, la mejor. Ven, nos largamos, vamos a ver otro lado. Vamos a vivir otra vida, olvidar nuestras desgracias.

[19] Ya sabes que estoy obsesionado con tu cuerpo, pero es la forma en que sonríes lo que me encanta. Es tan dulce saber que me quieres. (*Sweet*, Cigarettes After Sex).

[20] No tienes huevos para volarme la cabeza. Tu mente está confusa ahora mismo, pero antes de abrir la puerta, déjame abrir mi corazón, porque estoy seguro de que no te sientes de la misma manera; sé que soy yo el que te ha hecho pasar por todo esto y ahora quieres que pague. (*The Way You Make Me Feel*, de Elyah y Bloodlyne).

[21] Y yo sé que tú te sientes de la misma manera, ¿por qué si no traerías una pistola para dispararme? Necesito que te tranquilices, así podemos intentar arreglarlo.

[22] La forma en que me haces sentir está llena de algún fuego.

[23] Esos labios, no puedo esperar para probar tu piel, cariño; y esos ojos, no puedo esperar para ver tu sonrisa.

[24] Solo deja que mi amor te adorne, por favor, cariño, tienes que saber, *sabes* que te adoro.

[25] Me encanta cuando me llamas *big poppa*, pon las manos arriba si eres un verdadero jugador.

[26] Veo que tienes una chica, no me importa una mierda. Si quieres correrte, tienes que subir de nivel.

[27] Quieres adivinar el color de mi ropa interior, quieres saber qué me traigo por ahí abajo.

[28] Así que dime, cariño, ¿me deseas como yo te deseo? Incluso si lo hicieras, no lo dirías, te conozco. (...) Porque estaba muriendo por este amor, este amor. (*DYING 4 YOUR LOVE*, de Snoh Aalegra).

[29] Modismo chileno que significa «esnob».

[30] Modismo chileno que significa «gay», no necesariamente peyorativo.

[31] Y si se siente bien, prometo que no me importa. Y si se siente bien, prometo que me quedaré toda la noche. Simplemente déjame quererte, solo déjame quererte. (*Let Me Love You*, de Ariana Grande).

[32] Refiere a un hombre guapo en Chile.

[33] «Atractivo» o de buena presencia.

[34] Me tienes tocando tu cuerpo, decir que estamos enamorados es peligroso, pero, nena, me alegro de que nos hayamos conocido. (*Acquainted*, de The Weeknd).